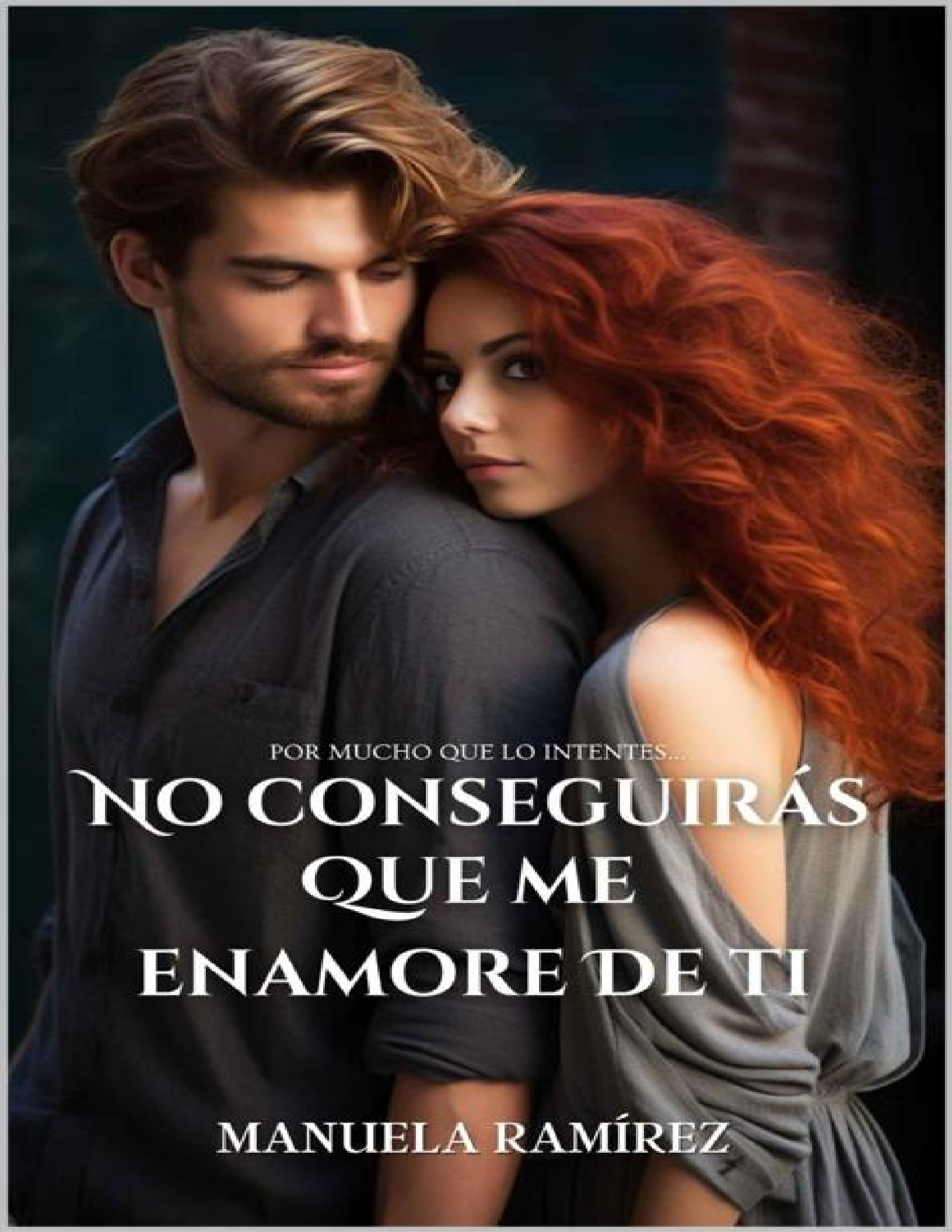


A romantic couple embracing. The man has long, wavy brown hair and a light beard, wearing a dark blue button-down shirt. The woman has voluminous, wavy red hair and is wearing a grey, off-the-shoulder top. They are both looking towards the camera with soft expressions. The background is dark and out of focus.

POR MUCHO QUE LO INTENTES...

NO CONSEGUIRÁS QUE ME ENAMORE DE TI

MANUELA RAMÍREZ

Copyright © 2023 MANUELA RAMÍREZ

Todos los derechos reservados.

Los personajes y sucesos que aparecen en este libro son ficticios. Todo parecido con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia y no intencionado por la autora.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo de la autora.

Imágenes de portada:

@manuelaramirez_escritora Licencia Midjourney

ISBN: 9798861219631

*A mi marido,
porque nadie me hace reír como tú*

*A mis hermanas,
porque compartimos casi las mismas locuras*

POR MUCHO QUE LO INTENTES...
NO CONSEGUIRÁS
QUE ME
ENAMORE DE TI

MANUELA RAMÍREZ

Nueva York, mayo

Cassandra, con el corazón destrozado en mil pedazos, sintió como si, a cada inspiración, un fuego abrasador le quemara la garganta. Las escasas palabras que había cruzado eran más que suficiente. Se dio la vuelta y, sin mirar atrás, ignoró los gritos desesperados de dos de las personas que más quería en el mundo. Hasta ese momento, claro. Tras dar un portazo, salió de aquel lujoso ático en Manhattan, ese que iba a ser su hogar en poco tiempo. En el ascensor, el ambiente le resultó aún más asfixiante, o podía ser que a la que le faltara el aire fuese a ella por lo que acababa de ver.

De pronto, el mundo había dejado de girar. Mientras bajaba, un pensamiento, que le resultó estúpido y al mismo tiempo cínico, hizo que la realidad tomara las riendas. Ahora, las flores, la distribución de las mesas, que le había producido más de un quebradero de cabeza, o las malditas dos semanas de retraso de las invitaciones de boda no importaban. No, porque nada importaba ya.

Dolida y colérica, se dejó caer dentro de su autorregalo de cumpleaños: un Dodge Challenger de color rojo intenso con el capó negro. Su prometido lo había despreciado nada más verlo porque no entendía cómo alguien de su profesión y nivel social era capaz de comprar semejante aberración. Por supuesto, sus elecciones rara vez eran las correctas. En esa ocasión, menos aún lo había sido ese modelo de coche, que se alejaba de manera preocupante de lo que su futuro marido consideraba como «el estilo adecuado». Bill era único para hacerla sentir ridícula, aunque debía reconocer que se las apañaba de maravilla para arreglar cualquier comentario desagradable con su labia y esa magnífica mueca bromista que siempre la hacía reír. Ese tiempo acababa de quedar atrás, puesto que en lo único que podía pensar era en borrarle esa sonrisa de la cara de un puñetazo.

El rugido del motor eliminó cualquier duda y le dio el arresto necesario para irse. Trató de salir a toda prisa, aunque de poco le sirvió. Tuvo que esperar a que la puerta se abriera con una cadencia exasperante. Eso proporcionó a Bill el tiempo suficiente para abandonar el ascensor con unas pintas que poco se acercaban a «su estilo». Camisa abierta, pantalones mal abrochados y pies descalzos. El ejemplo perfecto de haber sido pillado in fraganti.

Lo vio correr hacia el coche a voz en grito y manoteando como un loco.

—¡Cassie! ¡Espera! ¡Cassie!

El destino tuvo a bien en concederle un respiro porque la puerta desapareció y, con ella, el último obstáculo que le impedía pisar el acelerador a fondo. El bramido de la impresionante máquina bajo sus pies consiguió amortiguar cualquier sonido incómodo, como el del hombre que vociferaba para que se detuviera.

Pulsó con desesperación el botón del volumen. Necesitaba dejar de oírlo o no podría contenerse. Taylor Swift aprovechó entonces la oportunidad para llenar el ambiente con su canción *Paper rings*. De este modo, con la música reverberando en los altavoces, Cassandra salió como alma que lleva el diablo por las calles de Nueva York.

—¡Os odio! —rugió como una leona herida mientras golpeaba con furia el volante.

Ni siquiera ella sabía de dónde había logrado sacar ese torrente de voz. Aquello la alivió un instante al soltar parte de la rabia, pero el corazón aún le iba a mil. Justo en el momento en el que enfiló la siguiente avenida, Clinton Kane decidió acompañarla con otra canción, *Go to hell*, que describía de manera escalofriante cómo se sentía. Cada vez que él entonaba el estribillo, Cassandra lo acompañaba dejándose el alma en aquellas tres palabras. Y no era para menos.

Canción tras canción, condujo sin rumbo durante horas, repasando qué había cambiado entre ellos. Su supuesto amor verdadero no había dudado en romper, con bastante antelación, los votos que iban a pronunciar en apenas tres meses. Y mejor no hablar de su amiga y dama de honor principal. Ese rango lo había perdido en cuanto la vio jadeando sobre la carísima mesa de cristal de Bloomingdales que le había regalado su madre. La imagen de su prometido arremetiendo contra ella a la vez que compartía esos comentarios soeces con Peyton no dejaba de martillearle la cabeza.

Para empeorar el momento, su móvil no paraba de sonar. Los tonos de llamada que había elegido para ambos la estaban empezando a sacar de quicio. Primero, él, después, ella, y sin darle tregua. Así que aprovechó un semáforo para bloquearlos y activar el modo silencio. Sin embargo, no dejaba de vibrar. Subió un poco más la música y miró a la nada, esperando a que el color cambiara a verde.

Por un instante, pensó en volver a su piso. Estaba casi segura de que ese sería el primer lugar donde la buscaría, por lo que desechó esa posibilidad. La segunda opción era hospedarse en un hotel. La idea de que le consultara la tarjeta y viera el último cargo hizo que desestimara ese pensamiento. Conducir. Tal vez eso era lo único que la podía despejar en esa aciaga circunstancia.

Pasaron horas y, sin darse cuenta, llegó a su lugar favorito en Long Beach. Aparcó en el primer sitio libre y apagó el motor. Aún era de noche, pero la claridad no tardaría en aparecer. Cogió el móvil y salió a caminar por el paseo desierto hasta que decidió descender a la playa. Su respiración se acompasó al ritmo de las lejanas olas mientras avanzaba para alcanzar la orilla. No lograba entender por qué había terminado allí. Supuso que su subconsciente se había hecho cargo. El mar la reconfortaba, siempre había sido de esa manera. Aquel compás conocido la acompañó, haciéndola ver que su realidad había dejado de ser previsible, porque acababa de cambiar en un abrir y cerrar de ojos.

Bill. Una boda. Un destino decidido.

Continuar con el brillante futuro por el que llevaba años trabajando, de pronto, le resultó vacío y grotesco. Cayó de rodillas, hundió las manos en la arena y gritó con todas sus fuerzas.

El mundo volvió a girar, pero el eje ya no era el mismo.

CAPÍTULO 1.

UN RECUERDO PLACENTERO PERO ESPELUZNANTE

La tarde anterior fue caótica, aunque también muy satisfactoria para Adam. La famosa librería Harvard Book Store había creado un evento memorable para la presentación de su nuevo libro. La cola de fans, deseosas de compartir un minuto con su escritor preferido y conseguir el ansiado autógrafo en el ejemplar en papel, había sido kilométrica. Durante más de cinco horas, se dedicó en cuerpo y alma a saludar, hacerse fotos y sonreír a cuanta lectora se había acercado para conocerlo. También numerosos medios se habían presentado para cubrir el ansiado evento. Una docena de los bookstagrammers más influyentes de la ciudad fueron los afortunados en llevarse una copia, gratuita y dedicada, con la promesa de leerlo, como máximo, en un plazo de tres semanas para subir una reseña a las redes. Su editorial no había escatimado en gastos, y la inversión en publicidad había ido aumentando conforme se acercaban a la cima del mundo editorial: Nueva York.

Siempre le resultaba muy curiosa la reacción de ciertas fans a la hora de mostrar su efusividad. Había algunas que se insinuaban de forma sutil. Otras, en cambio, le pasaban sin pudor una nota con el nombre del hotel y número de habitación donde se hospedaban o, incluso, la dirección de su propio hogar. Él sonreía y agradecía el gesto, aunque, en cada ocasión, dejaba claro que su amor estaba en casa y no podía traicionarla. La cuestión era que no mentía. Su preciosa gata persa, blanca como la nieve y con los ojos más azules que había visto nunca, copaba gran parte de su corazón. Podría ser bastante egocéntrico y decir que el nombre había sido de su invención, pero lo cierto era que lo había leído en una famosa novela de fantasía que cayó en sus manos justo antes de que se la regalaran. Su historia le había servido de inspiración, ya que la protagonista era víctima de un embrujo que la había separado del hombre de su vida durante ocho siglos. Un libro lleno de magia, leyendas y amor verdadero. Un personaje fuerte. Una superviviente con una voluntad de hierro. Como no podía ser de otra manera, el nombre de aquella chica inventada le rozó el alma. De modo que no tuvo más remedio que seguir su instinto y darle vida, aunque fuera solo a través de aquella que ronroneaba nada más verlo.

Anora, que así era cómo la había llamado, estaba pasando unos días en la acogedora casa de su hermana mayor, Alice. Sabía que tanto ella como su sobrina, Madison, la cuidarían con esmero. Las echaba de menos a todas, incluso a su cuñado, Zac, pese a que siempre se reía de él por la temática de sus novelas.

La tarde había terminado siendo un verdadero éxito. Cientos de libros vendidos en pocas horas, reservas de otros tantos para regalar, leer y reseñar en las distintas redes. Todos se sentían tremendamente satisfechos porque habían logrado superar con creces los objetivos marcados.

Tras acabar la interminable jornada, se despidió de su equipo para regresar al hotel. Ellos volarían esa misma noche para ir ultimando los detalles de los compromisos de los dos días siguientes.

Una vez en la habitación, se dirigió directamente a la ducha. Esta le devolvió la capacidad de pensar, recordándole sin reparos que estaba hambriento. Al comenzar a vestirse, se dio cuenta de que le dolía la mano de firmar tantos ejemplares y la cara de sonreír, pero había merecido el esfuerzo. Es cierto que era un trabajo, sin embargo, ver la expresión de aquellas que disfrutaban con lo que creaba bien valía la pena que casi no se mantuviera en pie. Tampoco es que se fuera a

quejar. Adoraba escribir, y sentía un profundo agradecimiento hacia cada una de las lectoras que había elegido su historia por encima del resto.

Bajó al bar y pidió una copa mientras hacía tiempo para que la mesa en el restaurante estuviera preparada. Recorrió la sala con la mirada cuando se fijó en una mujer impresionante que se dirigía con decisión hacia él como si quisiera devorarlo.

—Adam Wright —dijo ella acariciando cada palabra.

—Hum..., sí.

El escritor estaba seguro de que era una fan porque recordaba haberla visto fuera de la librería mientras hablaba con su editora. Supuso que se le había acercado para pedirle un autógrafo. O al menos eso es lo que dedujo al verla con un ejemplar en la mano. Aquella rubia de metro setenta, enfundada en un vestido de escote infinito que no dejaba al espectador la posibilidad de ignorar sus curvas, esbozó una sonrisa indescifrable. Con los labios entreabiertos y sin esperar invitación, ocupó buena parte de su espacio personal.

—Encantada de conocerte —añadió al tiempo que le ofrecía la mano. Adam la aceptó sin más—. Tenía la corazonada de que iba a encontrarte aquí.

—¿En serio?

Sin soltarle la mano, la mujer misteriosa continuó.

—Puede que le haya oído mencionar a la chica con la que has hablado fuera de la librería el nombre del hotel dónde te hospedabas. Como no me ha dado tiempo de que me firmaras tu novela... Bueno, he decidido arriesgarme y te he seguido con la esperanza de que lo hicieras. —Sin darle tiempo a responder, salvó la poca distancia que los separaba para susurrarle al oído lo que de verdad quería—. Me he atrevido a venir... porque deseaba conocer en persona al responsable de mis sueños húmedos. Mis múltiples sueños húmedos.

El perfume de la mujer era embriagador. Su voz, dulce como la vainilla. Sus labios, terciopelo rojo mecido por la brisa de su tibio aliento. Ella le había arrojado el guante de forma «sutil», así que Adam respondió como la ocasión lo requería. Aún no conocía su nombre, y tampoco le interesaba. Aquella parecía ser una de esas mujeres que, tal vez, no consiguiera olvidar con tanta facilidad.

Sin pensar más allá del deseo, la rodeó por la cintura. Esta vez fue él quien se acercó a su oído para susurrar algo que jamás le había fallado.

—Hoy es mi cumpleaños —dijo muy despacio.

No era verdad, por supuesto, pero a ninguno de los dos le importó lo más mínimo. Ambos coincidieron en que aquel evento era digno de celebrarse en privado. Ella suspiró mientras se humedecía los labios de una forma tan insinuante que Adam solo pudo inspirar mientras apretaba la mandíbula con fuerza.

Atracción. Deseo. Expectativas.

—¿Y tienes un bolígrafo en tu habitación? Me encantaría que me... dedicaras tu libro.

—Tengo un millón de malditos bolígrafos en mi habitación —respondió él con la lujuria adueñándose de su cuerpo.

—Espero que tardes toda la noche en... firmarlo.

—Deja que cancele la reserva para cenar y vamos a descubrir cuántas veces puedo usar mi... bolígrafo. ¿Te parece?

Ella le dedicó una sonrisa misteriosa cargada de hambre y promesas. Promesas de unas pocas horas de puro sexo caliente y desinhibido, porque ninguno aspiraba a nada más.

Tras sellar un pacto silencioso con una leve mirada, dejaron el restaurante para adentrarse el uno en el otro. Con suerte, toda la noche. Adam sabía que aquello le iba a pasar factura, pero,

por muy hambriento y cansado que estuviera, no iba a renunciar a una diosa. Menos aún, cuando ella le iba describiendo al oído, con todo lujo de detalles, lo que quería compartir con él entretanto subían hacia su habitación. Se dijo que ya dormiría algo en el vuelo al día siguiente.

En cuanto entraron, ella le despojó de la chaqueta y lo sujetó del pelo mientras lo besaba como si acabara de atravesar el desierto y él fuera un manantial de aguas cristalinas. Adam sintió verdadera atracción por la mujer que lo estaba calentando a marchas forzadas. Su aliento derretía todo a su paso, y sus manos expertas parecían conocer cada interruptor de su cuerpo para hacer que la necesidad de perderse en ella aumentara por momentos.

A tientas, encontró la cremallera lateral del vestido, que hacía las veces de segunda piel, y la bajó del tirón. Este cayó a los pies. Adam le ofreció la mano y la llevó hasta la cama, donde comenzó a besarle cada centímetro con lentitud estudiada.

Gemidos. Lascivia. Fuego.

Hubo de todo lo que se suponía y más. Tras un par de asaltos, se decidieron a hacer uso del servicio de habitaciones e incluyeron en el menú un par de botellas de Champagne Louis Roederer Brut Premier. Ella era interesante, pero no tanto como para gastar una fortuna.

La noche continuó, y fue movidita.

Las horas pasaron y la madrugada, poco a poco, fue comiendo terreno. El reloj marcaba las tres. Adam calculó como pudo el tiempo que faltaba hasta que lo recogieran a las cuatro y media. Se dijo que aún disponía de unos treinta minutos, de modo que pospuso la alarma. Deseaba seguir besando a aquella desconocida que se estaba esmerando en complacerlo y en cumplir sus propias fantasías... repetidas veces.

Había sido una noche larga, placentera y llena de momentos sorprendentes. Él ya sabía con seguridad que el corto vuelo hacia Nueva York lo iba a pasar durmiendo, así que no abandonó su cruzada por lograr que ella temblara entre sus brazos una vez más. Lo cierto era que no tendría que haberse distraído en nada más que no fuera disfrutar de aquel cuerpo espectacular, no obstante, un pensamiento fugaz, mientras oía cómo su improvisada cita lo deleitaba con decenas de gemidos de puro placer, se le coló en la mente para decirle que, si tuviera que describir su vida en una sola palabra, esta sería «sublime».

Aquella rubia lo estaba volviendo loco con la cadencia brutal que estaba imponiendo con sus caderas en cuanto se había colocado encima. Se sintió mal un instante porque aún no sabía su nombre, pero poco importaba porque dejaba Boston atrás para volar en unas cuatro horas. hacia La Gran Manzana. Allí, durante todo el viernes y el sábado, le esperaba otra jornada demencial de compromisos para la firma y promoción de la nueva novela.

Una vez que ella acabó, le tocó el turno a Adam. La puso de espaldas y se deslizó suavemente entre sus piernas, profundizando una vez más en aquel cuerpo delicioso que le había robado tantas horas de sueño. Tenía la mente nublada y su sexo le rogaba la recompensa del agradable esfuerzo. Durante un instante, sopesó acabar el encuentro con un último movimiento. Estaba tan cerca, pero la disposición de ella a seguir proporcionándole placer hizo que cambiara de planes. Aguantó como un campeón para llevarla a tocar, de nuevo, el firmamento. Sin duda, se lo había ganado. Una vez complacida su compañera por segunda vez consecutiva, solo entonces terminó su gesta, alcanzando un último orgasmo más que aceptable.

Se dejó caer a un lado de la cama, calificando el momento con su propio rasero. Esperaba que fuese algo casi inolvidable, tal y como había pensado al verla, pero la realidad era que no había sido, ni de lejos, la mejor de todas. Se contentó pensando que le había servido bastante bien para liberar la tensión producida por la tercera semana fuera de casa. Su editora, la entrañable y despiadada, Lucille Johnson, se había propuesto que su quinta entrega de la saga,

«Conseguiré que te enamores de mí», llegara a *best seller* mucho antes que la anterior. Así que no había parado de organizarle evento tras evento una vez publicado el libro unas seis semanas atrás. Le estaba muy agradecido porque, gracias a sus contactos e inmenso esfuerzo, el arduo trabajo que para él suponía escribir una novela no caía en saco roto. Conocía a otros escritores que habían firmado con otras editoriales y sus ventas no llegaban a rozar ni los cinco mil ejemplares. Y eso siendo muy generoso.

Tras besar por última vez a su espontánea cita, ella se vistió ante sus atentos ojos. Del bolso sacó unas gafas de sol y, sin retocarse el maquillaje, se despidió enviándole un beso con la mano para salir de la habitación sin mirar atrás. Aquello tan solo había sido lo que era, y a ninguno de los dos le interesaba indagar en la vida del otro. Adam se frotó la cara con energía y se levantó de la cama. Vio el ejemplar de su novela en la mesa y sonrió. Lo había olvidado o, quizás, solo había sido una excusa y estaba más que satisfecha porque él hubiera rubricado su firma por todo su cuerpo.

Una vez duchado, hizo el equipaje y se marchó de la habitación pensando en la fan que tan agradables recuerdos le había regalado para el futuro. No conocía su nombre, ni siquiera le había dado su teléfono. Pero ¿a quién iba a engañar? Sabía que, aunque se lo hubiera dicho, jamás lo recordaría. Y, pasado un tiempo, tampoco repararía en aquella interminable noche tan semejante a muchas otras.

Sí, su vida estaba tan llena de tantos «buenos momentos» que ya no reparaba en ellos. Tenía sus razones, y no eran para nada agradables. Desechó esos pensamientos y bajó a recepción. Allí, el chófer que iba a llevarlo hasta el aeropuerto ya estaba esperándolo.

Se acomodó en el asiento y cerró los ojos mientras se ponían en marcha. No se durmió por poco. Estaba agotado después de aquella noche intensa de sexo, pero no se iba a quejar.

El tráfico a esa hora era fluido. Dejando atrás la ciudad, se preguntó qué nueva «aventura» le depararía la mítica ciudad. Recordó la noche anterior y un bostezo lo devolvió a la realidad.

Hacía mucho que ninguna mujer lograba hacer mella en su corazón, y se alegró de que así fuera durante unos segundos. Unos segundos en los que se mintió descaradamente, pero ¿a quién le importaba?

CAPÍTULO 2.

estoy rota

Cassandra dejó la mirada fija en el mar. Continuó caminando unos pocos pasos antes de quitarse las Converse. A Bill no le gustaban. Solía decirle que parecía una camarera con ellas, pero en eso tampoco había cedido. Sonrió por haberse mantenido firme en su decisión de conservar esa mínima parcelita que aún la definía como única. Volvió a mirar sus zapatillas turquesas y las dejó donde el agua no pudiera mojarlas.

Al tocar la arena con los pies desnudos, sintió esa frialdad familiar. Faltaba poco para que saliera el sol, por lo que esos preciosos colores grises y anaranjados, que permitían entrever lo que estaba a punto de ocurrir, la reconfortaron más de lo que esperaba. A pesar de todo, su orgullo herido no se iba a contentar con un simple amanecer, así que escribió un wasap donde explicaba, de manera explícita, lo que había presenciado. Sopesó las consecuencias, aunque eso no la detuvo. Apenas dos minutos después de enviarlo, su teléfono comenzó a vibrar. Sin mirar quiénes eran, se lo guardó en el bolsillo. La vibración no cesaba, sin embargo, se sorprendió al darse cuenta de que había dejado de molestarla. Cada leve sacudida le recordaba lo que había visto a todo color y en tres dimensiones: a Peyton y Bill desnudos y sudorosos en mitad del salón mientras ella gritaba «¡Más fuerte!» y él respondía «¡Suplícamelo!».

Sin poder impedirlo, su mente reprodujo de nuevo la escenita de porno barato. Tragó la madeja de espinas que tenía en la garganta y repasó la discusión posterior. Había sido corta, ya que le cerró la puerta en las narices, aunque las pocas palabras que intercambiaron fueron dagas envenenadas. Apretó los dientes y volvió a mirar hacia el mar.

Los minutos iban comiendo terreno al día. Después de estar cerca de quince notando cómo su teléfono no tomaba ni un resuello, decidió mirarlo. Las llamadas perdidas y los mensajes no dejaban de llegar. Con el móvil en la mano, protestando sin descanso, caminó despacio hasta que la lengua de mar helado le cubrió los pies. Inspiró para llenar los pulmones de aire salado y exhaló de golpe tratando de sacar parte del dolor.

El amanecer no la defraudó, y el sol, sin pizca de timidez, comenzó a hacer acto de presencia. Las manchas coloridas anteriores cambiaron, dando paso a un sinfín de tonalidades moradas, lilas y rosadas que anunciaban lo que estaba por venir: un nuevo día. Miró hacia la línea horizontal que siempre la hacía preguntarse si de verdad había algo detrás. Sus ojos no aguantaron la belleza que desprendía el magnífico astro y la traicionaron. Las lágrimas trataban de impedirle que presenciara la maravilla de ver cómo el sol nacía a lo lejos. Deseó tener su grandeza para fulminar con la mirada a aquellos que la habían hecho conducir toda la noche, que se habían reído de ella a sus espaldas y destrozado sus sueños: su prometido y su dama de honor.

Se limpió las mejillas con rabia. En ese momento, no sabía qué traición le dolía más. Y, menos aún, si era capaz de encontrar una explicación a cómo habían logrado ocultárselo durante tanto tiempo. Aquello distaba mucho de ser un encuentro casual, más bien era el resultado de un profundo conocimiento del otro. Nunca mejor dicho.

Mientras su corazón seguía latiendo, sin importarle lo rota que estaba por dentro, se preguntó cómo había estado tan ciega. La situación se le antojó tan típica y patética que sintió náuseas. Lo había visto en el cine y leído en más de una novela, pero sentirlo en las propias carnes, sin duda, no era lo mismo.

Llevaba pensando toda la noche qué había cambiado entre Bill y ella. Se reprochó no haberle hecho caso a su hermana cuando los primeros rayos de sol iluminaron su rostro. Cerró los ojos para saborear el momento. Tras otra inspiración profunda, repasó el mensaje que había enviado, incluyendo entre ellos a su jefe y futuro suegro. Dibujó media sonrisa por haber bloqueado a su prometido y a su mejor amiga desde el instituto. Cansada de que familiares y amigos no se dieran por vencidos, se guardó el móvil. Debería haberlo apagado, pero no se veía capaz.

Perdida en la inmensidad del océano, trató de dar un paso más. Su cuerpo apenas le respondía, lo sentía agarrotado. El frío le llegaba al alma, y se preguntó qué era lo que quería hacer en adelante porque sus planes ya solo eran papel mojado. Su vida profesional y carrera de editora estaban a punto de acabar, puesto que renunciaría ese mismo día. Tal vez su jefe pusiera el grito en el cielo, pero no le importaba lo más mínimo. Su maldito hijo acababa de ponerle los cuernos en la casa de ambos, con lo que podía irse al infierno con él si intentaba hacerle cumplir el contrato.

«Quizás me haga falta un abogado», se dijo. Sin esperarlo, se dio cuenta de que necesitaba una aliada, alguien que la reconfortara en un momento tan difícil. Una imagen de su hermana le vino a la mente y sintió la necesidad de llamarla. Lo más probable fuese que le soltara cualquier impropiedad porque solo eran las seis de la mañana, pero todo el mundo madrugaba en Nueva York y, con suerte, ya habría leído el wasap.

Cogió el móvil y un número desconocido la estaba llamando. Sabía que era Bill o Peyton, o alguien de la familia, daba igual. Esperó a que colgara y pulsó la marcación rápida de Samantha.

—¿Cass? Pero ¿qué demonios pasa? —soltó hecha un manojo de nervios.

—Hola, Sam. —Y no pudo añadir nada más porque comenzó a sollozar con fuerza.

Nadie podía reprocharle a Cassandra que se derrumbara porque lo que pensaba que sería su futuro acababa de desaparecer. Su hermana solo pudo decirle que todo iba a salir bien y esperó con paciencia a que se recompusiera lo suficiente como para poder hablar.

—Cass, ¿por qué lleva Bill llamándome desde las doce?

—¿Es que no te lo ha dicho?

—No, solo me ha contado que habéis discutido por un malentendido y que después has desaparecido sin darle la oportunidad de explicarse. ¿No has visto mis llamadas perdidas y las de todos?

—Ni las tuyas ni las de nadie. Y Bill tiene una faceta de cínico de manual que no te puedes hacer una idea.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué ha pasado entre vosotros?

—¿Es que no has leído mi wasap en el grupo de la boda?

—No, aún no. Lo siento.

—Te lo resumo: lo he pillado follando con Peyton como perros en celo encima de la «carísima» mesa del salón que mamá nos regaló. Si a eso lo llama discutir por un malentendido, es que ha perdido completamente la perspectiva de la situación.

—¿Que se estaba follando a Peyton? —gritó Samantha, poniéndose en pie. Tropezó y acabó golpeándose con el canapé en el proceso—. ¡Ay!

—¿Qué te ha pasado?

—Acabo de destrozarme el pie con el bajo de la cama.

—Típico. Me pasa algo terrible y te quedas con todo el protagonismo —intentó bromear Cassandra. Necesitaba salir de ese estado de bloqueo.

—No digas memeces. Dios, Cass, ¿y qué vas a hacer? —preguntó con cautela, esperando de ella la respuesta que deseaba oír.

—Lo que he hecho: contarle todo con pelos y señales en ese wasap. He pensado que los protagonistas no se merecían menos dada la necesidad casi patológica de Bill de ser el maldito centro de atención.

—No puedo creerlo —susurró Sam mientras entraba a toda prisa en la aplicación y leía como una posesa—. Por Dios, Cass, me has dejado sin palabras. Jamás pensé que serías capaz de hacer algo así.

—No solo sé leer manuscritos, también sé escribir.

—Lo sé. Me refiero a que nunca imaginé que podrías dejar a Bill en el lugar que le corresponde. No dirás que no te lo advertí.

—No hace falta que me lo recuerdes, Sam. Debí prestarte más atención, debí... Pero se mostraba tan atento a veces. Ahora entiendo por qué es un «tigre» en la cama. No paraba de ejercitarse.

—La zorra de Peyton me va a oír.

—No. Esto es cosa mía. Sabes que no me gustan los líos y que trato de evitar los enfrentamientos a toda costa, pero esto... Lo de esta noche me ha dejado una cosa clara: el amor no existe. Pensaba que Bill era el hombre de mis sueños y, como en una mala canción, se ha vuelto el monstruo de mis pesadillas.

—Cass, eso lo dices ahora. Sí, es una verdadera faena que te hayan engañado...

—¿Engañado? Sam, ¡ahora mismo soy toda una maldita pared de enormes cornamentas retorcidas! Me siento estúpida, débil, patética y avergonzada por haber pasado por alto las señales, porque estoy segura de que mi confianza hacia ellos no me ha dejado ver lo que ocurría.

—Venga, Pretty Woman, no te machaques con esto. Él no se lo merece. ¿De verdad vas a cancelar la boda?

Samantha hizo esa pregunta esperando un sí. Bill nunca le había caído bien. Fingía tolerarlo porque su hermana lo amaba. Ahora parecía que Cassandra estaba sacando fuerzas y determinación de algún lugar que desconocía. Esta versión le empezaba a gustar mucho más que la apocada chica que había moldeado su madre a base de cortarles las alas para hacer de ella la novia perfecta.

El cambio que llevaba esperando verle desde hacía mucho estaba a punto de suceder.

—Ya está cancelada. Más tarde enviaré los correos a la florista, a la imprenta, al hotel...

Varias lágrimas no tuvieron consideración y se deslizaron por sus mejillas. Ella se las borró con furia. Tragó otro bocado de espinas y cerró los ojos mientras las olas las recibían sin importarles el dolor que sentía al derramarlas ni la rabia que la estaba aniquilando por dentro.

—Puedo hacerlo yo, Cass —dijo intentando ser de utilidad porque, en cierto modo, se sentía culpable de su dolor.

Desde hacía casi un año, Samantha no había parado de bromear con ella diciéndole que quizás Bill no fuera el adecuado. La razón era la actitud inapropiada de su prometido con cualquier mujer con la que se relacionaba. No quería calentar a Cass recordándoselo, pero no pudo evitar lamentarse de lo poco que había servido advertirle del tipo de hombre que parecía su futuro marido. Pese a que todos coincidían en que Bill era encantador, Sam nunca fue capaz de aceptarlo. Entendía que su hermana hubiese caído rendida a sus pies, puesto que era tan guapo como el demonio. Cuidaba su cuerpo con esmero y su aspecto, en general, se acercaba al de un modelo.

Labia, cuerpo, dinero... Una combinación imposible de resistir. Pero él era muy listo,

porque siempre procuró comportarse de forma impecable con Samantha, solo que, a esas alturas, poco le importaba. Que Bill la hubiera traicionado era razón más que suficiente para odiarlo, y no dejaba atrás a Peyton. En cuanto tuviese la ocasión, le diría lo que pensaba de ella. Se regañó porque tampoco había sido capaz de darse cuenta de que esos dos se lo estaban montando delante de las narices de todos.

Un sollozo de Cassandra la sacó de sus cavilaciones.

—No. —Sorbió una vez—. Esta vez no, Sam. Por mucho que me duela y sienta esta humillación y esta rabia que casi no me dejan respirar, he de hacerlo yo. Es... era mi boda.

—El cerdo de Bill no se merece tus lágrimas. Mucho menos, Peyton. La muy...

—Basta, por favor —la interrumpió con el corazón encogido—. No quiero saber nada más de ellos y tampoco del amor. Ese maldito sentimiento me ha traído hasta aquí.

—No digas tonterías, Cass.

—¡No son tonterías! No quiero volver a sentir esto que me está destrozando. Te juro que jamás volveré a enamorarme —añadió con ira y determinación—. Ahora lo único que puedo pensar es en las opciones que tengo. Solo veo una salida: irme de Nueva York y comenzar de nuevo —decirlo en voz alta logró arrancarle la primera sonrisa sincera desde la escena de la que había sido testigo apenas siete horas atrás.

Mientras el sol salía triunfante, una idea cobró fuerza en su mente. De pronto, todo tuvo sentido. Al ver al astro rey se dijo que, si él podía renovarse cada día, tal vez ella también fuese capaz. Renacer de sus cenizas, cual ave fénix, para comenzar una nueva vida. Una en la que el amor ya no formaría parte de la ecuación, sino que se reiría de él y lo eliminaría por completo para no volver a tener esa sensación de estar desgarrándose por dentro. No veía el momento de dejar de notar esos cientos de mariposas con alas de púas incendiarias que caminaban a sus anchas por su pecho, despedazando y calcinando todo a su paso.

—¿Cass? ¿Sigues ahí?

—Perdona, me he quedado absorta en mis pensamientos.

—Vale, lo entiendo, pero no vuelvas a hablar sobre irte. Tu trabajo y tu vida están aquí.

—Aquí no me queda nada.

—Eso lo dices porque acaba de pasar. Vale, tienes todo el derecho a estar enfadada. Pero ¿irte? ¿No enamorarte más? Si eres puro amor. No puedes estar hablando en serio.

—Pues lo estoy, Sam. Lo digo muy en serio.

—Vale, entiendo que ahora mismo no es el mejor momento para hablar de ello. Incluso que reniegues del amor, porque es una putada lo que esos dos te han hecho, pero ¿dejar Nueva York? Eso sí que no lo veo posible. ¿Y tu contrato? ¿Has pensado en lo que va a decir Parker?

—¡Para, Sam! No, no he hablado con nadie, solo contigo. El trabajo no me importa nada. Y si Parker intenta retenerme, demandaré a su joyita de hijo por... ¡infidelidad!

—Eso no va a ninguna parte, Cass.

—Pues lo amenazaré con subirlo a las redes. Eso dudo mucho que les haga gracia.

El móvil vibró y, al mirar la pantalla, vio que era su madre.

—Es mamá —dijo pesadamente.

—Supongo que ya habrá leído tu mensaje magistral.

—Me imagino.

—¿Vas a contestar o prefieres que la llame yo? —Samantha sabía lo intensa que podía ser Grace Wallace cuando se lo proponía.

—Hoy nada puede ir a peor. Este es mi problema. La llamaré yo, pero no ahora. Necesito tiempo para recomponerme, y no me veo capaz de aguantar el vendaval sin venirme abajo.

—Sabes que estoy de tu parte y que me tienes para lo que te haga falta, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—Solo un consejo: envíale aunque sea un simple wasap antes de que le salgan rayos por los ojos.

—Eso haré. Gracias, Sam.

—De nada, Pretty Woman.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de llamarme así?

—Pues no. No, hasta que hagas lo que llevo pidiéndote años.

—¿Y crees que este es el mejor momento para recordármelo? —se le quebró la voz.

—Claro que no. Perdóname, pero ¿lo pensarás?

—Desde luego, eres insistente —dijo, formando una pequeña sonrisa.

—Lo que sea para oírte reír.

Cassandra apretó con fuerza la mandíbula para no romperse porque sentir el amor de Sam la sobrepasó.

—¿Quieres oír algo gracioso? Te lo creas o no, es una de las primeras cosas que me ha venido a la cabeza. Además de querer partirla la cara a ese mentiroso «folla arpías» sin corazón.

—Cass, ¿tú diciendo palabrotas?

—Ya ves, soy una continua decepción. Va a ser que, al final, mamá tiene razón.

—¡No vuelvas a decir eso! Eres perfecta tal y como eres. Solo necesitas imponerte un poco más.

—¿Imponerme? Sam, he sido una auténtica idiota. Cometí un error estúpido e infantil porque pensaba que conseguiría...

—¿El qué?

—Ahora no. Te prometo que te lo contaré, solo que hoy no puedo. ¿Mañana por la noche?

—Mañana salgo con... Quiero decir, he quedado con unos amigos.

—Bueno, el domingo entonces.

—¿Y si vinieras con nosotros? Iremos a tomar una copa al club El Cielo. De hecho, me gustaría presentarte a alguien.

—No sé si sería muy buena compañía.

—Cass, no puedo ni imaginar lo que debes de estar sintiendo. No soy tan insensible como para decirte que lo olvides y sigas adelante. Tienes derecho a gritar y a querer romper todo lo que caiga en tus manos, solo es que ese alguien del que te hablo es importante para mí. De verdad, me gustaría que lo conocieras.

—¿Sabes qué te digo? Tal vez no sea mala idea salir mañana y mandarlo todo al infierno.

Samantha sonrió al oírla hablar. Era la primera vez desde hacía mucho tiempo que veía cierta fuerza en su hermana, y eso la hizo sentirse aún más orgullosa de ella.

—Pues hazlo, ¡manda todo al carajo!

Ambas soltaron una carcajada catártica.

—Está bien, Sam. ¿Crees que Thunder me haría un hueco? Hoy o mañana, me da igual.

—¿Hablas en serio?

—Sabes que siempre lo hago. Necesito... Quiero hacerlo.

—La llamo y te digo algo, pero estoy segura de que te hará ese hueco. ¡Hasta creo que tiene más ganas que yo!

Ambas rieron.

—Perfecto.

—Otra cosa, ¿has hablado ya con Caleb?

—No, todavía no. Te lo he dicho, eres la primera a la que he llamado. Supongo que tendré alguna pérdida suya, pero no lo sé porque no lo he mirado. Te prometo que se lo contaré.

Las llamadas no cesaban y, de nuevo, vio la de su madre intentando copar toda su atención. Cassandra suspiró una vez más mientras imaginaba su expresión crítica.

—Sam, te llamo luego. Voy a mandarle un wasap a mamá antes de que le dé una apoplejía.

—Vale. Recuerda que tienes todo mi apoyo. Por mucho que insista, no te dejes amedrentar. Has tomado la decisión correcta de romper con Bill. Repítetelo: es la decisión correcta, Cass.

—Lo sé, lo sé. De verdad, Sam, gracias. Te quiero.

—Y yo a ti.

Cassandra colgó y rechazó una vez más a Grace. Sabía que, en cuanto descolgara, se desataría «Medusa». No hacía falta ser una vidente para saber que aquella iba a ser la discusión más difícil que iba a tener en toda su vida. Mucho peor que la que había mantenido con Bill en su futuro hogar. Una ligera mueca de satisfacción se le dibujó en la cara. No por la pelea en sí, sino porque esa era la primera vez que se enfrentaría a la furia de los dioses, aunque fuese con un simple wasap.

Tras enviarlo, inspiró profundamente y cerró los ojos. Sabía que aquello la desquiciaría, pero no dudó. Solo apretó los dientes para recordarse a sí misma quién era y todo lo que había sacrificado por un espejismo. De ninguna manera iba a perder esa batalla. La chica que era se había quedado al otro lado de la puerta, con Peyton y Bill.

Miró al mar y, con la misma furia con la que rompían las olas, se repitió que la nueva Cassandra acababa de resurgir de sus cenizas.

Capítulo 3. volar y olvidar

Una vez hechos los trámites, Adam se dirigió hacia la puerta de embarque. Leyendo las noticias, recibió un mensaje de Lucille confirmándole que otro chófer lo recogería en el J.F.K. cuando aterrizara. En otro audio, le recordó brevemente el itinerario. La primera parada estaba prevista en el One World Trade Center, donde había organizada una rueda de prensa a las diez de la mañana. Por la tarde, tenía programada una firma de libros en la famosa librería Barnes & Noble Booksellers.

En realidad, era un ritual que le encantaba. Allí siempre lo habían recibido con los brazos abiertos desde que su primer libro logró ser el número uno de la lista de los más vendidos durante cincuenta semanas, y aún continuaba en la lista de los «top diez» cinco años después. Nada despreciable para un autor de novela romántica con pinceladas eróticas. Pinceladas, que más bien eran brochazos. Pero él seguía defendiendo que el amor puro en sus libros estaba muy por encima del sexo, aunque, en el fondo, sabía que en algunas ocasiones no era así. Lo único que importaba era que miles de lectoras habían aceptado su versión del amor, y las ventas avalaban la visión que ofrecía, por lo que todo le llevaba saliendo a pedir de boca desde hacía más de seis años. Un tiempo más que razonable para afianzarlo en el mercado como uno de los escritores referente de ese género literario, que tantas pasiones levantaba y tantos ejemplares vendía.

El vuelo transcurrió sin imprevistos. Adam lo aprovechó para echarse una siestecita. En cuanto salió a la zona de llegadas, miró alrededor. Un chófer sostenía un cartel con su nombre. Se acercó a él y este le indicó que lo llevaría hasta su primera parada.

El tráfico en Nueva York era peor de lo que recordaba. Un dolor de cabeza comenzó a taladrarle la sien sin piedad. La noche anterior ya había comenzado a pasarle factura, y no estaba siendo demasiado compasiva. A eso tenía que añadir que no había tomado nada en el avión porque se había dormido justo al despegar. Buscó en su mochila un antiinflamatorio. Siempre los llevaba encima debido a que tenía tendencia a sufrir migrañas. Por suerte, la editorial había sido bastante generosa y lo habían recogido en una limusina. Abrió el minibar y cogió una botella de agua junto con un zumo y varios *snacks*. Eso tendría que valer hasta que pudiera comer algo decente. Se tomó la cápsula, cerró los ojos y, por primera vez, no miró por la ventanilla para observar las calles.

Pese a que el tráfico estaba imposible y tardaron una eternidad en alcanzar su destino, el chófer consiguió que llegara media hora antes del evento. Lucille y el equipo de la editorial lo esperaban en la planta 102, en la famosa sala de conferencias Aspire.

Adam llamó a su editora nada más bajar de la limusina. Ella le respondió con una frialdad digna de la mejor actriz de Hollywood, aunque él sabía que por dentro se la comían los nervios. Ese fin de semana daba por concluida, por el momento, la gira de presentación. Dejarían descansar al público durante una semana o dos, según fueran las ventas, y volverían al ataque. Lo cierto era que no tenía mucho sentido interrumpir de esa manera la publicidad, sin embargo, Lucille sabía que eso siempre creaba mucha más expectación, ya que jugaba con la posibilidad de que Adam no volviera a dar entrevistas. Esto había puesto sobre aviso a los medios y ya tenía cerradas tres en distintas cadenas de televisión. Él sabía que sus libros eran buenos, pero sin su

mano derecha nada de eso sería una realidad.

En cuanto entró en el edificio, el equipo le facilitó las credenciales y subieron a la sala. Allí, Lucille, su impresionante editora afroamericana de metro ochenta, lo estaba esperando. Adam, nada más verla, le pidió un café cargado y algo para comer. Sabía que no aguantaría ni un minuto sin «el líquido que daba la vida», como él lo denominaba. En menos de diez minutos, engulló un *bagel* con salmón ahumado untado de queso crema y se bebió, casi de un solo sorbo, el cappuccino que le había traído el camarero. Por supuesto que le hubiera gustado tener más tiempo, pero la sala estaba ya casi al completo.

La rueda de prensa se alargó hasta pasada la hora y media. El escritor fue acribillado sin piedad por periodistas, Youtubers y bookstagrammers. Todos buscaban la respuesta a la pregunta más ansiada: ¿habría una sexta entrega?

Adam fue esquivando con elegancia la cuestión para crear más interés. Sabía que aquello los pondría frenéticos. Lucille lo miró para darle a entender que esperara solo un poco. En el momento en que una reportera le preguntó si tenía alguien especial en su vida, encontró la oportunidad perfecta para soltar la información que todos ansiaban conocer como agua de mayo. Esto desvió la atención de su vida personal y la centró en la profesional: la saga continuaría. Al escucharlo, toda la sala se vino abajo intentando averiguar el título, en qué personajes estaría centrada la nueva historia, si la había comenzado ya y un sinfín más de cuestiones que tuvo a bien en aclarar.

Conforme avanzaba el interrogatorio, Adam sonreía para sí pensando en cómo se les había ocurrido creer que no iba a escribir una nueva entrega. Los libros funcionaban de maravilla. Las ventas no dejaban de aumentar. En cada rincón encontraba ideas para una nueva trama, una pareja, una situación excitante. Eso le hizo recordar durante un par de segundos la noche anterior antes de acabar.

Finalizado el evento, se formó un remolino de reporteros alrededor del escritor tratando de sonsacarle una última primicia. Lucille capeó el temporal con mano dura y, por fin, se dieron por vencidos. Ninguno se quejó, Adam había sido muy generoso respondiendo cada pregunta con una enorme sonrisa. Los presentes se fueron muy satisfechos porque habían obtenido lo que deseaban: el sí rotundo de su escritor favorito.

Mientras terminaban de recoger sus pertenencias, la periodista que le había intentado sonsacar algo personal se acercó hasta él. Cruzó varias frases vacías sin dejar de tocarse el pelo. Se veía de lejos que estaba interesada en mucho más que en su novela. Le iba a pasar su tarjeta a Adam, pero Lucille eliminó cualquier oportunidad al cortar por lo sano diciendo que debían irse. Tenían una reserva para almorzar y la presentación en la librería comenzaría en menos de cinco horas. La chica se despidió mostrándose muy decepcionada y él miró a su editora algo molesto, pero no dijo nada. Tampoco es que hiciera falta. Con su expresión, Lucille acababa de dejárselo claro: su carrera debía estar por delante de cualquier revolcón. El escritor aceptó la reprimenda velada. Ya lo compensaría en cuanto tuviera ocasión, y sabía que eso no tardaría en llegar.



Tras hablar con Samantha, Cassandra condujo de vuelta a la ciudad. Se sentía abotargada por haber estado toda la noche en vela. Eran pasadas las dos de la tarde cuando decidió aceptar la llamada de otra de sus damas de honor. Aún no había sido capaz de enfrentarse a nadie más.

Sentada en una cafetería, con un americano con hielo como único almuerzo, bebió un sorbo para coger fuerzas.

—Cass, ¡por fin! —dijo aliviada de que le hubiese contestado.

—Hola, Rachel —respondió con un tono serio.

—Dime que lo que he leído no es cierto. ¡Dime que Peyton no ha sido una maldita zorra y se ha follado a Bill!

Rachel podía ser muchas cosas, pero sutil no era una de ellas. Desde adolescentes, lo que más le gustaba a Cassandra de su amiga era que tenía la lengua más suelta que había conocido. Claro que eso siempre la metía en atolladeros de los que salir era bastante difícil, pero Rachel no se preocupaba por ello. Sin embargo, la editora siempre soñaba con llegar a parecersele algún día y sacar fuerzas para responder lo que pensaba. En su imaginación siempre lo lograba, pero ahí no tenían ninguna utilidad todas las réplicas ingeniosas que se le ocurrían.

—No puedo. Lo que he puesto en el wasap es cierto —confirmó Cassandra aguantando las lágrimas.

—¡Hijos de perra! ¿Y tú cómo estás?

—Dolida, humillada y muy cabreada.

—¿Cabreada, tú? Eso me resulta muy difícil de creer, Cass.

—Y a mí que Bill se follara en la mesa del salón a Peyton un jueves por la noche. Pero, ya ves, las dos tenemos motivos para no dar nada por sentado.

—Joder, ¡será zorra! Y de Bill mejor no hablo porque todo lo que se me ocurre es mucho peor.

—Ponte a la cola.

—¿Has hablado con Olivia?

—No. Ni siquiera he podido llamar a mis padres o a Caleb.

—Tu hermano es una fuerza de la naturaleza.

—Que a ti siempre te ha encantado —la interrumpió.

—Yo soy muy poco para él, y lo sabes. Una mísera profesora de universidad no es nada para el gran productor de cine.

—Mi hermano no sería nadie sin mi padre y mi abuelo. Es un engreído y pretencioso que ha tenido la suerte de nacer con una maldita flor en el culo. Y que quede claro, es mi familia, pero tú vales mucho más que él —dijo Cassandra llena de rabia.

Unos pocos años atrás, justo antes de ir a la universidad, Rachel y Caleb tuvieron un romance de verano. Ella estaba completamente enamorada del gemelo de la editora, pero él tenía otros planes. Unos en los que no entraba tener una novia. Caleb le destrozó el corazón, haciendo de Rachel una chica desconfiada del amor, aunque muy en sintonía con encontrarlo en cualquier rincón sin demasiadas complicaciones.

—No te quito la razón, pero supongo que no en esta vida, y menos para él.

—Es gilipollas. Lo lleva tatuado en la cara. No sé por qué aún no te has dado cuenta y sigues pillada por Caleb.

—¡Yo no sigo pillada! ¿Y qué haces diciendo palabrotas? ¿Es que te has emborrachado esta noche?

—Pero, bueno, Sam me ha dicho lo mismo. ¡Ni que fuera una puritana! Yo también digo palabrotas cuando me da la gana.

—No te pongas así. Es que nunca te había oído hablar de ese modo.

—Pues acostúmbrate porque he abierto las puertas del infierno. No, mejor dicho, Bill y Peyton las han abierto por mí. Y no estoy borracha, ¡estoy furiosa!

Una llamada interrumpió a ambas.

—Cass, es Olivia. ¿La añado?

—Vale, acabemos con esto.

—Mujer, no lo digas así. Dame un momento.

Segundos después, las tres compartían la línea.

—¿Cass? —dijo Olivia muy apurada.

—Hola, Oli.

—Acabo de colgarle a Peyton. No sé ni qué decir.

—¿Qué te parece llamarla «zorra» con todas las letras? —soltó Rachel al otro lado.

—La pobre me ha dicho que está destrozada. Que lo siente muchísimo y que quiere compensarte, Cass...

La editora sopesó un instante las palabras de su supuesta otra amiga hasta que la ira ocupó todo su pensamiento. Iba a contestarle a Olivia, pero ella prosiguió.

—... y yo le he dicho ¡que se puede ir al carajo! ¿Pero cómo se le ha ocurrido hacerte algo así? A ti, ¡que eres la mejor persona que conozco! Y se ha echado a llorar, la muy traidora. Por mí, que se pudran los dos. Bueno, ellos no me importan una mierda. Tú, dime cómo estás tú.

—¿Ya? —dijo Cassandra, que había pasado de querer colgarle el teléfono a desear abrazarla.

—Por ahora.

Las tres rieron para dejar salir la tensión que había provocado la periodista porque, por un momento, había parecido que estaba de parte de Peyton, y nada más lejos.

—Eres única para empezar una conversación, ¿sabes? Me ha faltado poco para mandarte muy lejos —añadió Cassandra.

—Oli siempre le da mil vueltas hasta decir lo que piensa. ¡Me pones de los nervios! —se quejó Rachel.

—Pues te aguantas, Rach. Y cállate ya, que la única que importa es Cass. Sigue, por favor.

Cassandra les describió entre lágrimas y palabras de pura ira lo que había visto. Las pocas frases que había intercambiado con Bill le parecieron insulsas y pueriles, pero ya estaban dichas. Nada podía cambiar el pasado, y tanto Rachel como Olivia le dieron la razón en que lo mejor que podía hacer era borrar y cuenta nueva.

Tras hablar con ellas cerca de una hora, Cass colgó sintiéndose más arropada que nunca. Necesitaba volver a casa, cambiarse de ropa y comenzar a pensar en serio cómo iba a afrontar su nueva vida. Pensó en Bill y en que, con toda seguridad, la estaría esperando en su apartamento. Así que, tras darle vueltas a qué podía hacer, se le ocurrió algo que jamás había entrado en sus planes.

Cogió su móvil y llamó a su agente.

—Señora Wallace, ¿en qué puedo ayudarla?

—Necesito sacar todo lo que he aportado a mi cuenta conjunta y pasarlo a una nueva solo a mi nombre. Voy hacia el banco. Por favor, ve preparando la documentación.

—Por supuesto, señora Wallace. Si me permite preguntarle, ¿va todo bien?

—No, pero lo irá. Nos vemos en media hora.

Cassandra colgó y pagó el café. Volvió a su coche y condujo camino del banco. Tener una familia y una cuenta como la suya otorgaba ciertas ventajas, como, por ejemplo, que su agente estuviera a su entera disposición siempre que lo necesitaba.

Mientras *Bad Liar* de Selena Gómez sonaba en la radio, ella avanzó por las calles de

Nueva York hasta llegar al aparcamiento público que siempre utilizaba en el centro.

Al salir a la calle, una brisa caliente la acompañó hasta la entrada del banco. Sabía que abrir esa puerta era el paso del cuento de hadas a la más cruda realidad. Se vio reflejada en el cristal y no reconoció a la mujer que le devolvía aquella expresión sombría.

Inspiró buscando la determinación que la había guiado hasta allí y dibujó una tímida sonrisa. Agarró el tirador con fuerza y entró, dejando atrás todo por cuanto había luchado.

Ahí estaba la nueva Cassandra.

Ahí comenzaba el resto de su vida.

Capítulo 4.

UN FUTURO PROMETEDOR

De camino al restaurante, Lucille iba repasando con Alex el evento de esa tarde. El escritor tenía una expresión de molestia porque le había roto sus planes sin consultarle. Eso sí, entendía los motivos, pero eso no significaba que no le hubiese fastidiado perder una velada de sexo con la periodista. La editora, cansada de verlo con aquella pataleta, le preguntó qué tal le había ido la noche anterior y el vuelo.

El autor prefirió cambiar de tema mientras disimulaba tratando de averiguar a dónde iban a almorzar. Ella no cayó en la trampa y no lo dejó salirse con la suya.

—No creas, ni por un momento, que no me he dado cuenta de tu estrategia: la callada por respuesta. Y, mucho menos, que no te veo en la cara el homenaje que seguro te diste anoche con alguna fan encandilada con tu novela —dijo la editora mientras dibujaba la silueta de una mujer con las manos, siendo más generosa en algunas de las proporciones.

Él levantó las cejas e hizo una mueca, tratando de no reír.

—Es verdad, había olvidado que eres una bruja y que con tu bola lo ves todo. No me has respondido, ¿dónde has reservado para comer?

—En Balthazar, como siempre, así que no te andes por las ramas y ¡confiesa!

Ambos soltaron una carcajada por la expresión cómica de ella.

—Vale, vale. Que conste que ni mi hermana me conoce tan bien como tú. ¡Eres un verdadero sabueso!

Lucille se frotó las uñas en el *blazer*, después se las miró y sopló con elegancia.

—Lo sé. Venga, deja de dar rodeos.

—¿Rodeos? Pero ¡si no has parado de hablar! —Rieron—. Bueno, una rubia bastante interesante me siguió hasta el hotel para que le firmara el libro.

—¿Ahora lo llamas así?

—Y tanto.

—Un momento, ¿cómo que te siguió?

A la editora no le hizo ninguna gracia el atrevimiento de la chica por mucho que le gustara la novela. Menos aún, la imprudencia del escritor.

—La culpa es tuya. Por lo visto, en algún momento, dijiste el nombre del hotel y ella lo escuchó —se intentó justificar. La miró y elevó los hombros en señal de que él era inocente.

—Te mintió. Yo no mencioné el nombre de tu hotel. Además, sabes que nunca doy ese tipo de información, así puedes tener intimidad y pasar casi inadvertido. Esa chica te siguió, no me lo puedo creer —reconoció, sintiéndose algo preocupada.

Lo cierto es que a Adam no le había importado que aquella mujer apareciera en el hotel, pero, pensándolo con detenimiento, ¿cuánto tiempo había estado en el bar esperando a que apareciera?

Fue al decirlo Lucille cuando reparó en que había tardado en bajar, al menos, cuarenta y cinco minutos. Eso demostraba la teoría de su editora sobre que lo había seguido hasta allí.

—Bueno, sí. La verdad es que no le di ninguna importancia, aunque no pasó nada que no fuera... placentero.

—Adam...

—Adam, no. Alex.

—¡Maldita sea, ya lo sé! Es que llevo todo el día llamándote Adam.

—¡Cómo me gusta fastidiarte! —se burló, divertido.

En público y a efectos publicitarios, siempre utilizaba su primer nombre. Sin embargo, para su familia y amigos íntimos, como Lucille, prefería que lo llamaran por el segundo. Eso lo distanciaba del escritor y, en algunas ocasiones, lo necesitaba.

—¡Déjate de tonterías, Alexander!

—Alex.

—¡Como sea! Solo te digo que debes ser mucho más cuidadoso. Siempre te ha ido bien en este tipo de encuentros, pero las fans cada vez son más atrevidas. Fíjate en esta, ¡te ha seguido hasta el hotel!

—Lo sé —la interrumpió.

—No, Alex, ¡no lo sabes! ¿Y si hubiera llevado una pistola o un... puñal?

Él no pudo aguantarse y dejó escapar una risa nerviosa. En el fondo, su editora tenía razón. Un escalofrío le recorrió la espalda porque, una vez más, la jugada le había salido bien; pero nada le garantizaba que siempre fuera a ir de ese modo.

Como acababa de decirle ella, tenía que ser mucho más cuidadoso. Las fans podían ser imprevisibles. Lo mismo que en esta ocasión esa despampanante mujer solo buscaba sexo de una noche, puede que, la próxima vez, se topara con alguien perturbado que no tuviera las mismas ideas que él de lo que era una noche entretenida.

Asintió, entendiendo el peligro al que había expuesto de forma gratuita por no ser lo suficientemente precavido. Se rascó la nuca mientras sopesaba qué decir.

—Tienes razón, Lucy, aunque lo del puñal me parece demasiado poético. Supongo que ayer estaba muy cansado para pensar.

—Pero no para follar como un conejo, ¿verdad? —Ambos rieron—. Venga, Alex, ya no eres un niño. ¿Cuándo vas a sentar la cabeza?

—¿Sentar la cabeza? ¿Estás loca? ¿Si acabo de cumplir los treinta!

—Vamos a ver, ¿es que no quieres encontrar un amor tan arrollador como el que describes en tus libros? —dijo ella en serio.

—Eso no existe, Lucy —respondió con seguridad—, solo está en mi cabeza. Además, te recuerdo que lo intenté y fíjate cómo salió. Ya no creo en el amor, por mucho que yo mismo lo venda.

—Venga, Alex. No todas las mujeres del planeta son infieles.

—Pues perdona que no te dé la razón. A mí me ha pasado, ¡y dos veces! Mi novia del instituto y mi exprometida, Jess.

—Vale, sí. Tengo que reconocer que eso es tener mala suerte.

—Por eso, olvidemos el tema. Prometo que la próxima vez le exigiré desnudarse antes de entrar en la habitación, o podría llevar un detector de metales portátil para estos casos.

Lucille lo golpeó un par de veces en el brazo en respuesta a su inconsciencia. El chófer se detuvo al llegar al restaurante. Una vez sentados en su mesa favorita, pidieron lo de siempre: dos hamburguesas Balthazar con extra de patatas fritas. Tras degustar el primer sorbo de su cerveza helada, que les había traído una camarera excesivamente servicial para el gusto de la editora, hablaron de los tres compromisos que tenía preparados para el día siguiente.

La chica no dejaba de mirar al escritor, y Lucille no tuvo más remedio que decirle a Alex que comiera de una vez y mantuviera la bragueta cerrada.

Cuando iban por la mitad, la editora recibió una llamada que la mantuvo al teléfono

apenas cinco minutos. Tras colgar, se quedó mirando con los ojos como platos al hombre que tenía enfrente.

—¿Qué pasa, Lucy? ¿Algo va mal?

Ella negó varias veces y comenzó a dibujar, poco a poco, una enorme sonrisa en su bonita cara.

—Me acaba de llamar la secretaria de Wallace Entertainment. ¡Quieren llevar tus novelas a la gran pantalla!

Alex se quedó sin palabras.

—Perdona, ¿cómo has dicho?

—¡Que lo has logrado, Alex! —dijo, apretándole con fuerza la mano—. ¡Vas a llegar a Hollywood! El lunes tendremos una entrevista a las once de la mañana con la productora.

Ninguno de los dos pudo evitarlo y comenzaron a reír con ganas. Cogieron sus cervezas y brindaron por la maravillosa oportunidad que se acababa de presentar. Alex bebió, sintiéndose eufórico. Sus historias llegarían a todas las salas de cine y sus amados personajes, por fin, tendrían voz propia. Si él no era capaz de encontrar el amor, al menos ellos sí lo harían y, en el proceso, miles de espectadores se enamorarían al verlos.

Durante un instante, mientras la editora no dejaba de hablar y reír emocionada por lo que supondría aquel contrato, él se perdió en un pensamiento recurrente que no dejaba de atormentarle: ¿por qué no era capaz de encontrar a la mujer adecuada?



Tras salir del banco, Cassandra se encontraba algo mejor. Tan solo le faltaba cancelar la cuenta conjunta con Bill para dejar su pasado atrás. Sabía que lo que había hecho lo iba a sacar de quicio. Aquello le dio cierta satisfacción porque lo que menos le importaba en ese momento eran los sentimientos de su exprometido.

Salió del aparcamiento hacia su casa. No había mirado el sinfín de mensajes que tenía, tampoco las llamadas perdidas o los wasaps que no cesaban de llegar. Dio una vuelta a la manzana. No vio ni el coche de Bill ni el de Peyton. Entró en el garaje y respiró al ver su plaza vacía. Subió a su piso y entró decidida a desatar el fuego del infierno si fuera necesario, pero solo encontró silencio y vacío. Suspiró con alivio. Acababa de ahorrarse una discusión monumental. Cerró la puerta con llave y dejó las suyas puestas, de ese modo nadie podría abrir sin ella saberlo.

Caminó hacia su habitación con solo un pensamiento rondándole la cabeza: darse una larga ducha. El agua no se llevaría la rabia, aunque, tal vez, le diera algo de paz. Se desvistió en un abrir y cerrar de ojos. Antes de entrar, se lavó las manos para quitarse las lentillas. En ese instante, se quedó helada mientras se miraba al espejo. ¿Quién era la chica que le devolvía ese reflejo tan distinto a quien realmente era? Pelo rubio, lentillas para oscurecer su verdadero color de ojos y maquillaje *full cover*, ahora algo ajado, para ocultar sus pecas.

Sin perder la serenidad, se quitó las lentillas y las tiró a la papelera. No las necesitaba, solo cubrían su impresionante color de ojos: grises azulados. Se dijo que jamás volvería a utilizarlas. Miró su cabello y dibujó media sonrisa. Pronto volvería a su color natural. Sin pensar en nada más, entró en la ducha deseando olvidar la noche anterior.

Media hora después, se preparó un café y un sándwich. Se sentó en el sofá y dejó a un lado el teléfono. Tras acabar el último bocado, se dijo que debía afrontar las consecuencias de

sus actos. Desbloqueó el móvil y repasó las llamadas: trescientas dieciocho. Abrió WhatsApp y se le cayó el alma a los pies. Los grupos de la boda y la familia echaban humo. En el primero, mil novecientos setenta y dos mensajes, en el segundo, setecientos veintiocho. No tenía fuerzas para leer ninguno de los dos, así que, a punto de volver a bloquear el móvil, recibió una llamada de su padre.

Cassandra cerró los ojos y resopló con pesar. Había llegado la hora de resolver los problemas. Aunque no le apetecía en absoluto tener esa conversación, esperaba que él no fuese demasiado duro con ella.

—Hola, papá.

—Cassou...

Desde muy pequeña, tanto sus abuelos como su hermano Caleb y su padre la llamaban con aquel diminutivo. Oír su voz, acabó por romper a Cassandra. Mientras lloraba, sentía una rabia incontrolable. No quería ser débil ni sentirse como la patética chica que siempre aceptaba el premio de consolación. Esta vez no. Esa era su vida, y ya no iba a permitir pasar de puntillas ni volvería a ceder el control.

Puso el manos libres y dejó el móvil en el sofá mientras buscaba los AirPods Pro. Se los colocó y cerró las manos con fuerza. Al abrirlas, le temblaban, pero no iba a echarse atrás.

—Papá, todo ha... acabado.

—Lo sé. Tu madre lleva todo el día llamándote.

—Ya, pero no puedo enfrentarme a ella ahora mismo —dijo Cass al tiempo que la garganta se le cerraba.

—Ella no es «La Justicia», cariño.

—Ella es «Mi Justicia». Sé que debe de estar furiosa conmigo, solo es que no tengo fuerzas para afrontarla.

—Yo seré tu coraza, Cassou.

—Prometo que la llamaré. Dame un par de días para recomponerme. No quiero... Sé que intentará convencerme para echarme atrás. Este era su cuento de hadas, pero ya no es el mío.

—Tu madre no es tan mala.

—Será para ti.

—Cassandra, por favor.

—Papá, dame tiempo. Solo te pido algo de tiempo.

—El domingo —sentenció Carmichael Wallace.

—El domingo —repitió ella, tratando de convencerse a sí misma.

—¿Has hablado con Caleb?

—Aún no.

—No puedes posponer esto, hija.

—Puedo hacer lo que quiera. Después de lo de anoche, créeme, puedo ser quien me plazca.

—¿Ocurrió tal y como lo has descrito en el wasap?

—Literalmente —aseguró con el corazón destrozado.

—Dime, ¿qué necesitas?

—Tiempo, papá. Solo eso.

—Yo hablaré con tu madre y con Caleb. Tómate hasta el domingo. Cualquier hora será buena, pero no lo pospongas más.

—Gracias, de verdad.

—Eres mi hija, quiero que te quede bien claro que Bill y Peyton ya no existen para mí.

Toma tus propias decisiones y piensa que estoy aquí para lo que necesites.

—¿Estás de mi lado? —preguntó ella sin poder creerlo.

—Siempre, Cassandra. ¿Qué te ha hecho pensar que no lo estaría?

Con un sollozo mostró que no las tenía todas consigo. Carmichael esperó a que ella se desahogara. Sentía como suyo el dolor de Cass, y es que la vida era demasiado cínica como para pasar por alto lo ocurrido.

—No me lo esperaba, papá —acabó por responder con un hilo de voz—. Supongo que temía que estuvieras de su parte. Estoy casi segura de que me va a pedir que vuelva con Bill.

—No andas descaminada, pero, por cómo te estoy escuchando, creo que eso no va a suceder.

—No, desde luego que no.

—Es la mejor decisión que has podido tomar.

—Sam me ha dicho lo mismo.

—Tu hermana es muy inteligente, así que hazle caso.

Ambos sonrieron para dejar atrás un poco de la pena que sentían.

—Eso haré, papá.

—Ahora descansa, Cass. Quédate en casa o sal a quemar el mundo. Pero, hagas lo que hagas, hazlo porque tú quieras, no porque te lo imponga nadie. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, papá. Te quiero.

—Y yo a ti.

Cassandra colgó con los nervios al límite. Tenía al cincuenta por ciento de los Wallace de su parte. Algo nada despreciable.

Un mensaje de Thunder diciéndole que hasta el siguiente lunes era imposible hacerle un hueco la hizo sonreír. En pocos días, volvería a ser ella misma. Le confirmó la cita y dejó el móvil cargando. Encendió la televisión y buscó su película favorita.

El silencio le regaló algo que había olvidado: estar sola no significaba el final, sino el principio. Subió el volumen y, por primera vez, se dio cuenta de que aquella calma era lo mejor que le había ocurrido en mucho tiempo.

Por fin, podía ser ella misma.

Por fin, podía ser Cassandra.

CAPÍTULO 5.

UN FIN DE SEMANA DE CAMBIOS

Tras cenar con Alex en el hotel, Lucille acompañó al escritor a su habitación para asegurarse de que pasaba solo la noche. Él se despidió sintiéndose bastante molesto porque le había insistido en que debía descansar y recuperar las horas de sueño del día anterior. Muy a su pesar, acabó por reconocer que ella tenía razón. Había llevado su resistencia al límite con esa fan durante toda la noche. Sonrió al recordar todo lo que habían compartido, pero lo cierto era que estaba agotado. Vencido, se fue directo a la ducha para eliminar la efusividad de los cientos de personas que habían pasado por la presentación.

Antes de meterse en la cama, fue al minibar para servirse una copa. Cogió su iPad para comprobar los correos y respondió unos cuantos. Por último, entró en la web de la productora. No recordaba si Lucy le había dicho con quién se iban a entrevistar, pero supuso que ninguno de los Wallace iba a aparecer por allí. Seguro que tenían decenas de empleados para llevar a cabo ese primer filtro. No le importó demasiado. La cuestión era meter la cabeza, por decirlo de alguna manera. Un enlace le llevó a otro y a otro más, hasta acabar repasando la lista de películas que habían producido. Se sorprendió al leer los títulos de algunos de los éxitos más taquilleros de los últimos años. Alex nunca había prestado atención a ese tipo de cosas, pero, ahora, debía empezar a hacerlo. Una puerta se había abierto, y no iba a dejar escapar esa oportunidad por nada del mundo.

Buscó a la familia Wallace para ponerles cara. El matrimonio era bastante más joven de lo que esperaba. Después echó un vistazo rápido a los hijos. Caleb había seguido los pasos del cabeza de familia. Ni se fijó en su melliza, ya que estaba comprometida con un tal Bill Morris, sino que se dedicó a buscar entradas de la hermana pequeña, Samantha. La chica era espectacular, pero pronto perdió el interés en ella y continuó buscando información sobre las distintas adaptaciones de otros libros que habían tenido éxito al llevarlos a la gran pantalla.

Cuando terminó la copa, se levantó a por otra. Pese a estar rendido, no podía dormir. Dejó el iPad a un lado para encender la televisión. Buscó una película en la parrilla y se abandonó a la historia. La protagonista le recordó a su ex, consiguiendo que dejara de gustarle lo que estaba viendo. Saltando de canal en canal, comenzó a pensar cómo sería, tal y como le había dicho Lucille, encontrar a alguien que no fuese una traidora. Una chica en la que pudiera confiar, de quien, quizás, se pudiera enamorar.

Inevitablemente, acabó volviendo al mismo canal. Mientras observaba a la actriz en la pantalla, no podía dejar de pensar en lo mucho que le había dolido la infidelidad de Jess. La película acabó como todas las comedias románticas: con un beso de amor verdadero y con el convencimiento de que los protagonistas estarían juntos para siempre. Una sonrisa triste se le dibujó en la cara porque sabía que todo era mentira. Para convencerse, se repitió que no existía la pareja perfecta y que renunciar al amor era la mejor decisión que había tomado.

Apagó el televisor y las luces, diciéndose que el amor era una estupidez. Su vida actual era mucho mejor de lo que recordaba con Jess, sobre todo la parte sexual. Apretó los dientes porque sabía que se estaba engañando a sí mismo. Aquel, como tantos otros, había sido un buen día, pero vacío. Cerró los ojos y, mientras se regañaba por pensar de nuevo en el amor, se dijo que estaba viviendo el sueño de cualquier soltero. Y se aferró a la idea de que así seguiría hasta

el fin de los tiempos.

Cero confianza. Cero expectativas. Cero amor.



A la mañana siguiente, el escritor se despertó muy temprano. Le aguardaba una jornada incluso más extenuante que la del día anterior. Mientras se desperezaba, reprodujo el momento en que Lucille le había dicho que Wallace Entertainment quería firmar un contrato. Habían acabado de almorzar entre risas. La oportunidad de que sus novelas llegaran a la gran pantalla no era algo para tomar a la ligera. Ambos habían coincidido en que el domingo tendrían que preparar la reunión a conciencia, pero la segunda jornada de promoción aún estaba por comenzar.

Se frotó la cara para dejar de volver a la pasada noche mientras se regañaba por haber acabado pensando las mismas tonterías sobre el amor. Además, muchos hombres darían un brazo sin pensarlo por tener la oportunidad de estar en sus zapatos. Con esa idea, cogió el móvil para enviarle un wasap a la editora. En treinta minutos, se verían para desayunar. Ella respondió un simple «OK». Alex se fue a la ducha para tratar de convencerse, bajo una cascada de agua templada, de lo perfecta que era su vida. Se encontraba en un nuevo día, y lo único que importaba era su novela.

Lucille, que llevaba unos minutos despierta, bloqueó el teléfono tras responderle. Frunció los labios aguantando una sonrisa al recordar cómo, tras la cena, lo había acompañado para asegurarse de que pasaba solo la noche. Sentía verdadero afecto por Alex, sin embargo, tenían poco más de un día para preparar la reunión con la productora, y no iba a aceptar a un escritor ojeroso con una resaca de campeonato.

Se incorporó en la cama y comenzó a analizar lo que le había sucedido horas atrás al entrar en su habitación. Tras encender las luces, se había detenido un instante delante del espejo del recibidor. Se dedicó una sonrisa, satisfecha de que el maquillaje le hubiera aguantado bastante bien. Con un placer inigualable, una vez liberada de los tacones, se dispuso a cambiarse. Solo le había dado tiempo a caminar varios pasos cuando un dolor en el abdomen la dejó sin aliento. Como pudo, logró llegar hasta uno de los sillones. Tras sentarse muy despacio, había tratado de tranquilizarse. Poco a poco, la fuerte molestia se fue aflojando hasta poder soportarla. Se dijo que, tal vez, fuese el resultado de tantas horas de pie o de aquellos malditos zapatos. Quizás le había sentado algo mal de la cena o puede que no hubiera sido tan buena idea terminarla con un Talisker de dieciséis años. Miró la hora: las once de la noche. Dudó un instante en si tendría que llamar a Alex. No quería preocuparlo, pero aquel latigazo no cesaba. Angustiada, se pasó la mano por la frente: la tenía empapada de sudor frío. Temblando, la bajó por el cuello hasta llegar a la altura del corazón. Las pulsaciones se le habían disparado, pero parecía que al fin le daban un poco de tregua. Por último, se palpó con cuidado la zona que le había producido aquel malestar. Un dolor sordo permanecía para recordarle que le había dado un aviso, aunque nada parecido a lo que había sentido antes. Su determinación la impulsó a levantarse. Al ver que podía sin problemas, logró tranquilizarse y descartó llamar al escritor. Después de desmaquillarse, fue directa a la ducha. Necesitaba que el agua caliente se llevara los restos del susto. Jamás pensó que acabaría así la jornada. Ya en la cama, volvió a mirar la hora: las doce menos cuarto. En California eran tres horas menos, así que se decidió a llamar a su marido, Theodore. Lucille no dudó en contarle el éxito que estaban teniendo en las

presentaciones y, al llegar a la llamada de la productora, olvidó todo lo demás, incluyendo el episodio que la había dejado sin aliento.

«Menuda novecita, Lucy», se dijo. Con esas palabras, dejó a un lado la pasada noche. Decidió darse otra ducha para acabar de despertarse. Era un nuevo día y se encontraba bien, así que pensó que aquello solo había sido el resultado del profundo cansancio.

Tras desayunar en el hotel, Lucille se sintió de nuevo ella misma. Con alivio, comprobó que de aquel extraño dolor no quedaba ni rastro. Al llegar a la librería, Alex y ella se sintieron eufóricos al ver que la cola daba la vuelta a la manzana. La repercusión en los medios estaba siendo tal, que cientos de lectores no habían querido perderse la oportunidad de conocer a su escritor favorito. Muchos ya tenían la novela, otros aguardaban al último momento para comprarla. Todos querían una foto con el autor y el ansiado autógrafo. Como siempre, las fans eran demasiado entusiastas con sus muestras de cariño. Sin embargo, él estaba tan feliz con la posibilidad de que su obra perdurara en la industria del cine que afrontó la ardua tarea con una actitud mucho más optimista que de costumbre.

Besos, *selfies*, risas... Adam compartió con sus fans todo lo que le pidieron y más. Su novela bien merecía el esfuerzo, y él se volcó encantado, durante horas, en dar la imagen del escritor perfecto.

Perfecto, pero vacío.



La mañana de Cassandra había comenzado de forma muy distinta a la de Alex. La tarde anterior, después de preparar una maleta rápida, se dirigió a la casa de su hermana, que la recibió con los brazos abiertos. Samantha, que la conocía bien, había avisado a Rachel y Olivia. Tras un par de botellas de vino y unos cuantos chupitos, terminaron despotricando de Bill y Peyton. Por supuesto, felicitaron a Cass por no haber pasado la noche en su apartamento, no fuese que a alguno de esos dos impresentables se les ocurriese aparecer.

Tras despertarse en el cuarto de invitados, se dirigió directamente a la ducha. Con la toalla aún alrededor de su preciosa melena rubia, buscó la cajita de las lentillas por inercia, pero no la tenía porque la había tirado. Una sensación placentera la arropó y se repitió que jamás volvería a usarlas. Inspiró tratando de coger fuerzas o, quizás, como recordatorio de que debía tener la determinación para llevar a cabo lo que había decidido. Se escurrió el cabello y se miró al espejo. «Solo estás muerta de miedo, pero no vas a echarte atrás», se dijo para reafirmarse en su posición.

A los pocos minutos, Sam llamó a la puerta.

—Cass, ¿puedo pasar?

—Sí, claro.

—¿Cómo estás? —preguntó con delicadeza.

—¿La verdad? Mejor de lo que esperaba.

—¿Y tus lentillas? Se me hace raro verte sin ellas —añadió Sam con una leve sonrisa.

—Te lo dije ayer, no voy a utilizarlas nunca más. ¿Desayunamos? Estoy famélica.

—Claro. —Se dirigieron a la cocina—. ¿Sabes una cosa? Me parece perfecto que no las uses —añadió Sam mientras metía un par de rebanadas de pan en el tostador—. Tus ojos son impresionantes. No sé por qué mamá se empeñó en esconderlos. Lo siento, no es el mejor

momento para volver a esa conversación.

La editora, que ya estaba preparando la cafetera, se dio la vuelta y miró a su hermana.

—Te equivocas. Es el momento ideal para hablar de ello. Ayer no fui capaz de decirte lo que sentía, pero quiero que sepas que he sido una estúpida. He dejado... He dejado...

Cassandra no sabía cómo decirle la verdad: que había sacrificado tanto de ella misma por un fin, que ahora no iba a ser tarea fácil encontrar el camino de regreso.

—¿Qué has dejado? Venga, Cass, soy yo. Puedes contarme las cosas sin tener que dar mil rodeos.

—Lo que quiero decir es que lo de ayer no fue un farol. Me voy de Nueva York. El lunes enviaré un email a las editoriales más importantes del país para buscar trabajo. No sé si encontraré algo, la verdad, pero prefiero ser camarera antes que volver a ver la cara de Bill. Aún no he hablado con Parker, solo le envié un wasap renunciando. Él me respondió con amabilidad que lo sentía mucho y que hablaríamos la semana que viene. Que me tomara unos días libres.

—Parker no es Bill, y creo que debes hacerle caso. Asienta lo ocurrido y actúa después. No decidas nada en caliente. Aunque, mirándolo con perspectiva, te comprendo. Yo también mandaría todo al carajo —dijo Samantha, bebiendo un sorbo de café—. ¿Y la productora? ¿Por qué no trabajas allí? Seguro que papá te encuentra algo.

—No, Sam. No soportaría depender de...

Cass se detuvo antes de decir lo que pensaba. Trabajar con ellos sería lo más sencillo, sin embargo, solo con imaginar la cara de condescendencia de Caleb en su despacho, dándole la bienvenida a la empresa que consideraba suya por derecho, se ponía enferma. Ella se había labrado un nombre con mucho esfuerzo. Y aunque casi toda su vida laboral se había desarrollado en Anthares Books, la editorial de su suegro, eso no significaba que no fuera una de las mejores editoras del país, pese a su corta experiencia.

Decidida, dejó salir lo que realmente sentía.

—No, ni hablar. No volveré a trabajar en la productora de papá y se acabó —respondió endureciendo el tono—. El país tiene cincuenta estados, estoy segura de que en alguno encontraré trabajo.

Sam, ante esa respuesta, elevó las cejas intentando encontrar las palabras adecuadas. Estaba muy sorprendida por la fuerza de la mujer que tenía delante, que no se parecía en nada a la hermana que conocía.

—A ver, Cass. Me alegro de que te muestres tan... decidida. Está claro que lo de Bill te ha abierto los ojos. Y lo entiendo. Pero lo que no me creo es que, de repente, te conviertas en Wonder Woman queriendo comerte el mundo. Estás hablando de dejar el trabajo y la ciudad. Lo siento, pero no me trago que seas capaz de hacer ninguna de las dos cosas siendo como eres.

—¿Siendo como soy? ¿Y cómo puñetas soy? —preguntó enfadada.

—Pues... Venga, no me hagas decirlo.

—Samantha Gavenia Wallace, ¿cómo crees que soy?

—Eres... Mejor lo dejamos, en serio.

Sam iba a dejar la taza en el lavavajillas, pero Cass se lo impidió interponiéndose en su camino. La miró con cara de pocos amigos. Nunca habían hablado de ese tema, pero parecía que su hermana tenía una imagen muy distorsionada de cómo era realmente.

Eso la destrozó porque comenzó a ser consciente de la suma de sus errores, y el resultado le dio aún más miedo.

—Ni se te ocurra guardártelo. Dime ahora mismo cómo crees que soy. Sin adornos. Venga, ¡suelta de una vez lo que piensas de verdad!

—Está bien, Cass. Tú lo has querido. Creo que eres infantil y que necesitas la reafirmación constante de los demás para todo. Por favor, ¡mírate! ¡Permitiste que mamá y Bill cambiaran tu aspecto de pies a cabeza!

—Ya veo —susurró.

Sam negó un par de veces, pero continuó su diálogo lapidario porque consideraba que a Cassandra le hacía falta un baño de realidad.

—Cass, sabes que te quiero muchísimo y que jamás querría hacerte daño, pero no creo que estés preparada para hacer nada. Si diciéndolo en voz alta te sientes mejor y te ayuda a avanzar, me parece genial. Piensa que siempre puedes contar conmigo, pero no hace falta que simules algo que no eres.

—Algo que no soy —la interrumpió porque no podía continuar en silencio—. No soy valiente, ¿verdad? Solo soy un monigote que ha dejado de ser ella misma para contentar al resto, ¿no es así?

—Cass...

—¡No, Sam! ¡No soy nada de eso! O sí, ¡a estas alturas qué diablos sé! Cedí porque estaba enamorada. Muchas veces cedí porque mamá es imposible de tratar, ¡y siempre la paga conmigo! Porque Bill me hizo la maldita promesa de una vida que era justo como la había soñado desde que tuve uso de razón.

—Lo sé.

—¿De qué demonios estás hablando? ¡Tú no sabes nada! Pero que te quede clara una cosa desde ya: ¡yo también soy una Wallace! Puede que no tan fuerte como tú o Caleb, ¡estoy harta de compararme con vosotros! Yo soy Cassandra, ¡y solo quería mi maldito cuento de hadas! Jamás pensé que Bill y Peyton me harían esto. Sí, fui una ingenua, lo reconozco. Cedí, ¡claro que cedí! Las lentillas, el pelo, la ropa... ¡Qué más daba si iba a conseguir mi vida soñada! Ellos eran felices con ese cambio y yo iba a vivir en Park Avenue. Por el amor de Dios, ¡me hubiera teñido de púrpura si a mamá y a Bill les hubiese parecido adecuado!

—¿A dónde quieres llegar?

—A que hacemos sacrificios por amor y por temor. Te lo he dicho: yo no soy tan fuerte como vosotros, aunque te aseguro que el miedo no va a volver a paralizarme. Así que puedes creerme o no, pero voy a hacerlo. —La voz se le quebró con la última palabra y sus preciosos ojos grises se llenaron de lágrimas—. Bill me lo ha robado todo, y ya no tengo nada que perder. Voy a hacerlo. Tengo que hacerlo, Sam.

Su hermana se acercó y la abrazó con fuerza. Cass se derrumbó y le devolvió el abrazo, llorando por última vez.

—Shh, lo solucionaremos —dijo Samantha, tratando de consolarla.

—Me he comportado como una estúpida —respondió furiosa mientras deshacía el abrazo. Le quitó la taza a Sam y comenzó a fregarla—. Creía que, siendo buena, que mejorando aquello de mí que no gustaba tanto, conseguiría mi premio. Pero nada te garantiza que recibas lo que mereces, incluso lo que crees que te has ganado a pulso.

—Cass, la justicia es ciega.

—La justicia es una auténtica hija de perra, y conmigo se ha cebado a gusto.

—No seas tan derrotista, por favor.

—No te confundas. No soy derrotista: soy realista. Acuérdate de cuando rompiste con Brian. Durante semanas, no hubo forma de consolarte, y todavía no has salido con nadie más.

—Ese era un impresentable, y yo... Da igual. Ya está olvidado. Y parece que has olvidado que hoy voy a presentarte a alguien muy especial. Es un bróker como yo, y está más

bueno que un *cupcake* de Magnolia Bakery —dijo Sam mientras cerraba los ojos pensando en él y en los dulces.

—¿Y por qué no me lo habías contado antes? —se quejó Cass.

—¡Porque tu boda lo lleva copando todo desde hace un año!

—Tienes razón, lo siento.

—Se llama Maverick Wells y lo conocí en la bolsa hace dos meses.

—Maverick. ¿Se llama igual que el personaje de Tom Cruise en *Top Gun*? —preguntó Cass, frunciendo los labios mientras trataba por todos los medios de no reír.

—Estaba segura de que harías una gracia por el nombre. —Sam negó al ver la expresión de su hermana—. Échale la culpa a su madre, que vio la película de adolescente y decidió que así llamaría a su primer hijo.

—Ya veo. Por tu cara, diría que te gusta mucho —preguntó Cass, encantada de ver a su hermana muy cerca de estar enamorada.

—No sé si mucho, pero sí bastante. No sé a dónde llegará esto, aunque tampoco me preocupa. Soy muy joven para pensar en un futuro juntos, menos aún, cuando solo hemos tenido seis citas.

—¿Seis citas ya? ¿Pero cuánto hace que salís juntos?

—Poco más de un mes. Esta noche hemos quedado en el Empire State, en la discoteca PHD. Viene mi compañera Marcia, y creo que Mav iba a traer a unos cuantos amigos. Podrías llamar a Oli y a Rachel.

—No sé, Sam. Sé que te dije que iría, solo es que no creo que esté bien que me vaya de fiesta después de...

—¿De qué, Cass? ¡Has roto con Bill! No le debes nada a nadie. Vente esta noche y disfruta por una vez de la vida sin pensar en las consecuencias. No te digo que la pases con un desconocido, pero salir conmigo y las chicas, tomarte unas copas y bailar un poco no creo que sea nada de lo que vayas a tener que arrepentirte.

Cassandra la miró mientras sopesaba qué hacer. La expresión de su hermana la animó. Puede que salir una noche y dejarse llevar no fuera tan mala idea.

—Está bien, Sam, llamaré a las chicas. Bueno, no sé sus planes, pero trataré de convencerlas para que vengan.

—¡Genial! Ahora vístete y vamos a salir de compras. Necesitas un vestido de infarto para esta noche.

—En la maleta llevo...

—El pasado, Cass. Ahí solo tienes el pasado.

Cassandra la miró y no tuvo más remedio que darle la razón.

—Está bien. Gracias, Sam. Por todo.

—Eres mi hermana. Decidas lo que decidas, estaré a tu lado.

—¿Incluso por encima de mamá?

—Por encima de todo. Es tu vida y tu decisión. Eres una mujer inteligente, tienes una carrera prometedora y no necesitas más reafirmación que la tuya propia. Ni siquiera la mía.

—Pero no es nada fácil.

—Nadie ha dicho que lo sea.

—¿Estás segura de que eres la hermana pequeña?

—Pues eso parece. Anda, ven y dame un abrazo.

—Te quiero, pequeñaja. Vamos a por ese vestido.

Esa noche comenzaría su nueva vida. Saldría al mundo siendo la verdadera Cassandra

porque, sin duda, se lo había ganado. Le pareció muy poético despedirse de Nueva York a lo grande. La Gran Manzana no se merecía menos, ni ella tampoco.

Regresó a la habitación de invitados y eligió uno de sus vestidos impuestos, volviendo una y otra vez a la idea de que los cambios daban miedo, pero estancarse y ceder de nuevo el control le parecía mucho más aterrador.

Se dijo que aquella noche iba a ser diferente a todas. Acabó de vestirse al tiempo que trataba de interiorizar que no tenía que darle cuentas a nadie.

Antes de salir de la habitación, se miró al espejo mientras repetía para sí: «Una noche sin remordimientos. Una noche para dejar de pensar. Una noche, al fin, para ser yo misma».

CAPÍTULO 6.

un día agotador y una noche para poder olvidar

Conforme iban pasando las horas, las ventas subían. La primera parte del recorrido había concluido y se trasladaron a la siguiente parada estando muy satisfechos con la aceptación del libro por parte de los lectores. El esquema se repitió: Adam no dejó de sonreír, firmar y hacerse fotos con todo aquel que se lo pedía. El temple del escritor estaba forjado tanto por la experiencia como por su forma de ser. Pocas cosas hacían que se alterara o perdiese la compostura. Menos aquel fatídico día en que encontró a su prometida en la cama con Asher, su mejor amigo y padrino de boda. Aquella escena le hizo olvidar de un plumazo los buenos modales. En cuanto su supuesto amigo se puso en pie y Alex lo vio desnudo, perdió el control y lo tumbó de un puñetazo. Cuando Ash se levantó para intentar devolverle el golpe, recibió otro en la mejilla contraria que lo dejó sin capacidad para reaccionar. Jess, destrozada porque los hubiera pillado in fraganti, ni se levantó de la cama que habían compartido durante tres años. Solo lloraba desconsolada, implorando que se detuviera y no continuara golpeándolo. Ella estaba defendiendo y rogando clemencia por un traidor, y eso le dolió aún más que verlos juntos.

Aquella fue la segunda vez que encontraba a la mujer de la que se había enamorado engañándolo. La primera, en el instituto, no había tenido más importancia que la del ego herido de un chaval de apenas diecisiete años. Ahí aún tenía la vida por delante. Y no es que ahora con treinta estuviera todo perdido, pero ya había cerrado su corazón a la posibilidad de encontrar lo que creía haber tenido con Jess: amor verdadero. Por eso, comenzó a escribir. Por eso, se creó una carrera como escritor de novela romántica en base a lo que había sentido por ella. En cambio, ahora, esquivaba con maestría y elegancia volver a enamorarse.

Después de la segunda presentación, Alex y Lucy fueron a almorzar. Eran casi las tres y media de la tarde, así que estaban agotados y hambrientos. Mientras decidían los platos, la editora recibió en su correo los informes de todas las ventas efectuadas hasta las seis de la tarde del día anterior. Con una enorme sonrisa, le comentó que superaban en un 15% las obtenidas en el mismo periodo de la cuarta novela. Eso significaba que estaba siendo un éxito rotundo y la mejor carta de presentación posible para la reunión del lunes.

Una alarma en el móvil de Alex le recordó que debía llamar a Maverick, su primo. Dos semanas atrás, habían quedado en verse aprovechando que el escritor iba a pasar un par de días en Nueva York.

Pensando en él, marcó el teléfono mientras esperaban los platos.

—¡Alex! ¿Qué tal todo? ¿Ya estás en la ciudad?

—Hola, Mav. Sí, llegué ayer.

—¿Cómo va la presentación del libro? ¿E Isaiah y la tienda?

—Impresionante. Esto está superando nuestras expectativas con creces. Y a Isaiah le va genial también. ¿Y tú en tu mundo de locos?

—Pues muy bien. Especialmente, desde que me hicieron socio en la empresa hace poco más de un mes. Sí, todo va genial.

Alex no se dio cuenta de la inflexión en el tono de Maverick. Él no se estaba refiriendo solo al trabajo. Una imagen de Sam se coló en los pensamientos del bróker y fue la culpable de que dijera esas palabras con una sonrisa en los labios.

—Pues me alegro por ti. Oye, ¿sigue en pie lo de esta noche? Quedamos hace semanas, aunque, si tienes algo, no te preocupes. En principio, me iba a ir mañana, pero me ha surgido una reunión. Lo más probable, es que vuelva el lunes a casa.

—No, no, quedamos esta noche. Nos vemos en el PDH sobre las diez y media, ¿te parece? Además, Sam me ha comentado que va a traer a unas cuantas chicas espectaculares.

—¿Sam? ¿Quién es Sam?

Maverick rio por la pregunta y el tono inquisidor.

—Samantha es una amiga muy especial. También es bróker y, bueno, ya la conocerás, ¡pero no pienso dejarte a solas con ella! Como te he dicho antes, va a traer a unas cuantas amigas, así que igual tienes suerte esta noche.

—Estoy deseando conocerla. Y, Mav, que sepas que yo tengo «suerte» a diario —respondió el escritor para dejar las cosas claras.

—¡Anda ya, fantasma! Seguro que no es para tanto.

Alex sonrió para sí. Tan solo Lucille conocía su agitada vida sexual, y ella se pasaba todo el tiempo que podía criticando su comportamiento. Alardear de ser un «Casanova» no era algo que le interesara. Si no sentía la necesidad de airear sus múltiples conquistas, menos aún estaba dispuesto a ser el típico hombre que llevaba la cuenta.

Conocer su suerte le era más que suficiente, y sus aciagas experiencias le habían dado la razón en que la mejor decisión que había tomado era la de vivir el día a día sin pensar en el futuro, al menos en lo que al amor se refería.

—No, no lo es —acabó diciendo.

—Bueno, entonces, ¿nos vemos allí?

—PDH, diez y media. ¿No es muy pronto?

—Luego iremos a un *pub* muy exclusivo y podrás emborracharte todo lo que quieras.

—Cuenta con ello.

Se despidieron y Alex volvió a la conversación que Lucy había comenzado antes de que llamara. Aún tenían un par de horas para reponer fuerzas antes de la última presentación, así que disfrutó de un almuerzo relajado lleno de buenas noticias, pero con la sensación de que, aunque todo parecía perfecto, no lo era en absoluto.

Tras acabar la jornada, regresaron al hotel. Estaba exhausto, pero muy feliz por cómo había ido el segundo día. La jornada se desarrolló casi de forma idéntica a la anterior: se habían comprado cientos de ejemplares y reservado otros tantos. Las ventas se iban incrementando a una velocidad de vértigo y, con cada ejemplar vendido, estaba un paso más cerca de convertir su novela en otro *best seller*.

Negoció consigo mismo descansar un par de horas antes de la cena, y sonrió al pensar en Maverick. Mientras recordaba la última fiesta a la que lo había llevado, acabó diciéndose que aquella noche, para compensar la anterior, tenía que ser memorable... en todos los sentidos.



Después de cenar con Lucille en el hotel, Alex se enfundó una americana oscura, vaqueros negros y camisa blanca, un clásico con el que había roto más de un corazón, y pidió un taxi para ir al Empire State. Al llegar, llamó a Maverick. Solo se permitía la entrada con una invitación, así que el bróker salió para darle la suya.

Al llegar a la mesa, Mav hizo las presentaciones de todos menos de Cassandra y Samantha, que habían ido un momento al baño. La camarera que se acercó para tomar nota no pudo evitar quedarse mirando al grupo que formaban esos cinco hombres, que no estaban nada mal. Aunque el que más le llamó la atención fue el recién llegado. Barba bien perfilada. Pelo castaño oscuro revuelto. Unos ojos verdes que parecían poder leer dentro de ti y una sonrisa encantadora ante la que seguro cualquier chica caería rendida. Cualquiera, incluso ella. Alex, de cuerpo atlético bien trabajado y porte casual, si se lo proponía, no solo era capaz de conseguir la atención de una mujer, sino también de encender su más oscuro deseo.

A los pocos minutos, el escritor quedó paralizado al ver a dos chicas impresionantes acercándose de forma decidida a su grupo. Mav se levantó para besar a la morena de ojos azul profundo, que llevaba el cabello hacia un lado rozándole los hombros. Alex la observó con atención porque algo le decía que la había visto antes, hasta que cayó en la cuenta de que era la menor de los Wallace. Acto seguido, se fijó en la otra chica que la acompañaba. Era arrebatadora. Tenía el cabello largo rubio ondulado, que le sobrepasaba casi la mitad de la espalda, y unos ojos grises que robaban el aliento. Alex retuvo el suyo al verla reír por una gracia que había soltado alguien. No sabía quién acababa de conseguir de ella esa espectacular sonrisa, pero la siguiente debía ser solo para él.

Mav rompió el embrujo haciendo las presentaciones.

—Adam —le nombró con su apodo profesional—, ven aquí. Ellas son Samantha y Cassandra Wallace.

«Cassandra... La hija mayor», pensó. El escritor reaccionó al instante y decidió desplegar todo el arsenal pesado. Ambas eran las hijas de Carmichael Wallace, dueño de la productora con la que tenía la reunión el lunes siguiente. Decidido a causar la mejor impresión, se presentó como lo que era aquella noche para todos: solo el primo de Maverick.

Samantha lo saludó y volvió con Mav a la mesa para sentarse con el resto del grupo. Cassandra, en cambio, se lo quedó mirando mientras trataba de disimular que estaba aguantando la respiración. Lo había reconocido al momento. Adam era el escritor de *best sellers* más cotizado de Estados Unidos, y solo tres pasos los separaban.

Deseaba hacerle miles de preguntas. Deseaba ser su representante para llevarlo a una cima incluso más alta de la que había conseguido para él Lucille Johnson, una de las mejores editoras del país. Deseaba trabajar codo con codo con uno de los hombres más atractivos que había visto en su vida. Mucho más que cualquier otro, incluso que Bill. Deseaba todo eso, hasta que Adam se presentó con la voz más profunda y sensual que había oído nunca.

Y, entonces, por primera vez desde que era capaz de recordar, deseó mucho más.

—Hola, llámame... Alex —reveló su nombre privado mientras le ofrecía la mano.

El escritor no sabía qué mosca le había picado para compartir aquel secreto que guardaba como un tesoro, pero se sorprendió a sí mismo al darse cuenta de que no se arrepentía de haberlo hecho. Algo que no podía explicar lo había llevado, casi obligado, a compartir con ella un trozo de su parcela más íntima. Cassandra, que con su mirada podía parar el maldito movimiento de las mareas, era aún una desconocida, pero necesitaba oír cómo sonaba su nombre en aquellos labios tan seductores.

—¿Alex? —repitió extrañada. A él su voz le resultó igual que un soplo de aire fresco mezclado con deseo—. Creía haber entendido que te llamabas Adam.

—Adam Alexander.

—Alexander...

El escritor notó un escalofrío recorriéndole la espalda cuando ella repitió su nombre.

Cassandra acababa de encenderlo con solo una palabra, y fue en ese momento cuando Alex recordó que estaba prometida con Bill Morris. No verla acompañada le resultó muy extraño.

Un pensamiento fugaz le ofreció dos opciones: o ella solo había salido a tomar una copa o ya no existía aquel compromiso. Antes de que Cassandra continuara, se dijo que tenía que averiguarlo.

—Es un nombre... Alexander tiene mucha fuerza —añadió Cass sin más pretensiones.

—Me alegro de que te guste. Te confieso que Adam es el nombre que utilizo de forma profesional. Por esa razón, solo mi familia y amigos me llaman Alex —dijo muy despacio mientras se aproximaba un poco más, aprovechando aquella sorprendente revelación.

—¿Y ya me consideras tu... amiga? —dijo Cassandra con las pulsaciones por las nubes al ver cómo acortaba la distancia.

—Bueno, Mav es mi familia, así que sus amigos son los míos.

—¿Familia?

—Primo. Además, creo que él y tu hermana tienen algo. Eso me parece un buen motivo para unir lazos. ¿No crees?

A Cassandra le pareció muy ingeniosa la manera que había tenido el escritor de buscar excusas para acercarse. Aquel hombre, por el que sentía de pronto una atracción brutal, parecía estar en su misma sintonía.

Por acto reflejo, Bill se le coló en la mente, como si tuviera que recordar que aún estaba comprometida. De pronto, dejó escapar un suspiro al recordarlos juntos en su ático. Pero, poco después, dibujó una sonrisa que derrumbó todas las defensas de Alex. Acababa de ser consciente de que era libre y que esa noche no tendría que rendir más cuentas que a ella misma.

—Está bien, Alex. Soy Cassandra —se acercó a su oído en un acto de atracción pura—, pero puedes llamarme Cass.

—Cass —repitió en su oído—, encantado de conocerte.

Tras separarse, se miraron un instante. Ambos sabían que con aquella mirada habían dicho mucho más.

Deseo. Interés. Curiosidad.

—Cuéntame algo de ti, Cass. ¿A qué te dedicas?

—Soy editora. Bueno, ayer lo era, pero me he quedado sin trabajo por motivos que no me apetece compartir. ¿Y tú, Alex? ¿Con qué inundas el mundo llamándote Adam?

Cassandra estaba dejándose llevar. Sabía que al día siguiente podía arrepentirse por haber actuado de esa manera. Pero el mañana estaba muy lejos, y ella no era capaz de apartar los ojos de los labios del escritor. Así que dio carpetazo a sus dudas para recibir con los brazos abiertos todo lo que le regalara aquella noche, que solo acababa de empezar.

Él sonrió ante la curiosa elección de palabras de ella, solo que no se dio cuenta de que lo había dicho a propósito. Debía de haber reparado en que Cass tenía que conocerlo a la fuerza dada su profesión, pero el escritor no era capaz de pensar en nada más que en perderse entre sus labios, solo que aún era muy pronto para dejar las cartas sobre la mesa.

Ambos estaban mostrando parte de su mano, pero a Alex aún le quedaba por averiguar si ella seguía o no comprometida.

—Soy escritor. —Al decirlo en voz alta, sonrió.

—Lo sé, Adam Wright. Adam... Alexander Wright.

—Si lo revelas al mundo —volvió a acercarse hasta casi rozarle el lóbulo de la oreja—, tendré que torturarte.

A Cassandra su amenaza le sonó de lo más atractiva. Aquellas palabras encerraban un

doble sentido, que se le antojó demasiado deseable como para pasarlo por alto. De modo que, aunque se sentía bastante oxidada, porque llevaba años sin tener que preocuparse por seducir a ningún hombre, se arriesgó a comenzar el juego.

Alex había despertado en ella una parte que no recordaba haber encendido nunca, así que le pareció de lo más interesante y necesario explorar aquellas sensaciones que, conforme avanzaba la conversación, notaba con mayor nitidez.

—Promesas, promesas. ¿Eres capaz de cumplir todo lo que dices, Alex?

—¿Eres libre, Cass? —se arrepintió nada más decirlo. Había dejado que su cuerpo tomara el control de su mente, y eso no podía volver a pasar.

—¿Cómo? —Ella tardó un par de segundos en entender a qué se refería—. Ah, como el mar, Alex. Libre como la brisa que acompaña las olas —se acercó un poco más—, «Libre como la brisa que envuelve tu aliento» —repitió la frase de la contraportada de su libro.

El pulso del escritor se disparó. Diciendo una sola frase de su novela, ella lo había llevado más lejos que ninguna de sus innumerables amantes.

—¿La has leído?

—No pienses que voy a revelarte todos mis secretos tan rápido. Antes tendrás que invitarme a una copa —respondió ella, apartándose apenas un paso.

—Está bien, Cass. Una... y las que hagan falta.

Ella dibujó media sonrisa y Alex se preguntó qué encerraba su expresión. En realidad, era fácil de adivinar: todo.

Ambos lo supieron al mismo tiempo mientras se miraban con la promesa de querer averiguar hacia dónde los llevaría la velada. Dejando atrás cualquier tipo de actitud infantil, Alex la tomó de la mano para regresar a la mesa con los demás.

A los pocos minutos, se incorporaron Olivia y Rachel, que no habían podido llegar antes. Ronda tras ronda, el grupo se fue fusionando gracias a las anécdotas que iban compartiendo, hasta lograr que la complicidad entre ellos fuera completa.

Antes de las doce, decidieron cambiar de local, ya que el PDH cerraba sus puertas a la hora mágica. La noche para todos, y en especial para Cass y Alex, solo acababa de empezar.

Y los dos estaban deseando comenzar a... bailar.

CAPÍTULO 7.

el cielo en todos los sentidos

La última parada era, sin duda, la que más les apetecía a ellas. Por mucho que lo intentaron, no fueron capaces de sonsacarle a Maverick cómo había conseguido pases VIPs para El Cielo, un local de moda con excelente música electro y techno, muy famoso por llevar a los mejores DJ a nivel internacional.

A la una de la madrugada, la disco estaba a rebosar. Todo el mundo bailaba como si el mañana no fuera algo inevitable que llegaría en pocas horas. Tras pedir una ronda, las chicas hicieron corrillo y comenzaron a hablar sobre qué les parecían ellos. Todas menos Samantha, que ya tenía a Maverick.

—Pero, bueno, ¿os habéis fijado en cómo se está comiendo con la mirada Adam a Cass? Si fuera tú, me volvía una «loba». Arggg —soltó Rachel en su línea de decir las cosas por las claras.

—¡Anda ya! Yo lo único que veo es que, tal vez..., puede que haya un poco de atracción. Pero solo se conocen de cuánto, ¿dos... tres horas? No sé de dónde sacas eso porque...

—Ah, Oli, ¡resume! —se quejó Rach—. Y, por favor, ¡si hasta los camareros saben que Adam quiere tema!

—La verdad, no creo que sea para tanto —replicó muy segura.

—Pues vete de cabeza al oculista. ¡Ves menos que un topo! —se burló Marcia, la mejor amiga de Samantha.

Todas rieron.

—A ver, chicas —interrumpió Sam—, aquí lo único que importa es lo que quiere Cass. Así que ¿tú qué dices, Pretty Woman? ¿Te atreves a subirte al coche del señor Lewis?

Ella bebió un sorbo de su cóctel mientras observaba con descaro a Alex. Se preguntó en qué momento había dejado atrás a Cassie para convertirse en Cassandra. Apenas habían pasado cuarenta y ocho horas desde que encontró juntos a Bill y Peyton, pero ya no se sentía igual.

Puede que fuera un cambio muy drástico. Incluso ella no paraba de preguntarse qué diablos estaba haciendo. Pero su mente solo era capaz de repetir un único pensamiento: «¿Y por qué no?».

Apuró la copa tras tomar la decisión de que solo iba a centrarse en dos cosas: que esa noche era libre y que iba a aprovecharla al máximo.

—¿Sabéis qué os digo? —acabó soltando en un arranque de espontaneidad—. Que prefiero ser esa «loba» de la que habla Rach y voy a comerme a Richard Gere.

Las cuatro la miraron con la boca abierta y comenzaron a reír a carcajadas. Acabaron rodeándola para felicitarla por tomar la decisión de dar un paso adelante para olvidar a Bill. Sam la abrazó para susurrarle que debía seguir su instinto y hacer lo que le apeteciera. Solo le pidió que la avisara si se marchaba con él.

Los chicos se acercaron tras el barullo que habían montado y cada uno llevó a la pista a su pareja de la noche. En un lateral, comenzaron a moverse con una música conducida por un DJ desconocido que los empujó a bailar cada vez más cerca por el volumen de gente.

Cassandra había perdido la cuenta de las copas que llevaba, y la suma había dejado de

importarle. Envalentonada por la conversación con su hermana y amigas, se dijo que esa noche era la primera real del resto de su vida, y la iba a disfrutar sin perder el tiempo en tener estúpidos remordimientos. Sí, había tomado unos cuantos cócteles y bailado, pero eso no era motivo para ser juzgada. Sam, Marcia, Rachel y Oli estaban haciendo lo mismo, aunque, claro, conforme pasaban los minutos, cada vez le era más difícil dejar de fijarse en los labios de Alex.

Sin poder contenerse, dejó escapar un largo suspiro que iba cargado de deseo. Sabía que aquello la acercaba sin remedio a perder la cabeza, pero, sobre todo a perder la ropa. Y ambas opciones eran igual de interesantes.

Él pareció entenderla sin haber dicho una sola palabra. Con decisión, se le acercó un poco más para compartirle algo al oído.

—Me estás volviendo loco con tu manera de mirarme y de... bailar.

A ella, sentir su respiración, le erizó toda la piel. Alex aprovechó ese acercamiento para seguir bailando a una mínima distancia. Algo que no le pasó desapercibido a Cassandra, que lo miró mientras respondía utilizando sus mismas armas.

—Alex, yo sé bailar de maravilla si me lo propongo.

Él la observó un instante antes de dibujar la mejor de sus sonrisas. Aquella respuesta dejaba una puerta abierta a una doble interpretación, aunque el escritor sabía muy bien lo que quería decir con sus palabras. El cuerpo de Cass le estaba hablando. La respiración entrecortada. El modo en que se humedecía los labios y los dejaba entreabiertos. De forma sutil, él se acercó aún más para sentir el calor que desprendía, y eso lo encendió hasta rozar el mismo fuego con la punta de los dedos.

En la siguiente canción, el DJ bajó un poco de intensidad el ritmo demencial que había impuesto durante la última hora. Pese a ser una música aún bastante estridente, a ella pareció no importarle y se fundió con la melodía al tiempo que se perdía en los ojos de él. En la mente se le agolparon decenas de fragmentos de sus libros y múltiples escenas de sexo. Suspiró al pensar cuántas veces se había excitado con sus historias. Sin darse cuenta, sus caderas respondieron a aquellos pensamientos acercándola peligrosamente a las de Alex.

Él sentía que era incapaz de apartarse. La pista estaba a rebosar, por lo que un par de veces se vio obligado a sostenerla por la cintura para evitar que chocaran. Le había costado toda su fuerza de voluntad separarse. No sabía por qué le atraía tanto. Después de lo de Jess, se había jurado que jamás se volvería a fijar en otra chica rubia, sin embargo, allí estaba, a punto de lanzarse como un guepardo a por su presa. Y su presa, esa noche, era Cass.

Alex no se detuvo a tratar de entender qué les estaba ocurriendo, pero era evidente que ella sentía lo mismo por él, y eso era en lo único que quería centrarse. Algo los atraía con fuerza, como si estuviesen sometidos al influjo de algún hechizo. Tal vez, fuera aquel hilo invisible del que la gente solía hablar, o quizás los estaba uniendo una energía impalpable que los invitaba a dejarse llevar para que olvidasen todo lo que los perseguía como una sombra tenebrosa. Daba igual el motivo, ambos sentían esa atracción brutal, y el punto de no retorno se estaba acercando a pasos agigantados.

El DJ se tomó un descanso. En todas las pantallas, apareció el vídeo de *One Love*, una antigua canción de David Guetta con Estelle, aunque una versión mucho más lenta que la original. La melodía comenzó a envolverlos y la letra parecía estar escrita para ellos.

Conforme avanzaban las estrofas, el ambiente de la disco cambió. Las luces se atenuaron y las sombras se adueñaron del recinto. De pronto, múltiples luces estroboscópicas iluminaron de forma intermitente las distintas pistas. La gente se agolpó aún más para aprovechar el ritmo, provocando que los dos no tuvieran más remedio que acercarse hasta casi tocar sus cuerpos.

Calor. Sensualidad. Desenfreno.

El local se caía abajo. Cass cerró los ojos a la vez que vocalizaba la letra sin poder recordar cuándo la había aprendido. Verla perdida en su mundo, disfrutando de un momento casi privado en medio de cientos de personas, hizo que algo se removiera dentro del escritor. Alex no pudo resistirlo y acabó colocando las manos en sus caderas, acercándola a su cuerpo hasta que la separación entre ambos fue solo un recuerdo. Ella abrió los ojos al notar su contacto. No dijo nada, solo sonrió. Sin sentir vergüenza, continuó cantando mientras dibujaba con sus caderas movimientos completamente desinhibidos, como si, con cada paso, alejara los demonios a su alrededor e invitara al escritor a formar parte de la nueva chica en la que quería convertirse. Sin saber de dónde le había surgido esa nueva faceta, aunque puede que la cantidad de copas que había consumido tuviera mucho que ver, se puso de espaldas a él y se pegó completamente a su cuerpo, rozando con intención cada parte de su anatomía. Alex colocó la mano a la altura de su ombligo para hacerla entender que aquel camino que estaba tomando acababa de volverse de un único sentido.

Con la piel hirviendo, las pulsaciones aumentando y el deseo volviéndose casi insoportable, le susurró:

—¿Estás segura, Cass? —dijo para darle a entender que se sentía a punto de explotar.

Ella giró la cabeza y él se acercó.

—¿Y tú, Alex?

Las palabras de Cassandra fueron el detonante para ambos. Sus respiraciones se volvieron más superficiales. El corazón bombeando con fuerza en sus pechos. La sangre a toda velocidad por sus cuerpos, llenando y despertando zonas que ansiaban liberarse, pero que, por el momento, seguirían sin tener aquella atención que pedían a voz en grito.

La canción avanzó y, mientras el resto saltaba al ritmo sensual de la voz de Estelle, Alex se vio azuzado a hacer algo que llevaba deseando desde que ella había pronunciado su nombre al conocerlo. Le dio la vuelta despacio, la sujetó por la parte baja de la espalda y la besó, preso de la excitación. Sin prisa alguna, acarició sus labios con los suyos. Solo rozándolos, para provocarla. Sus bocas, presas de una necesidad cercana a la exigencia, se unieron hasta no dejar duda de que la decisión ya estaba tomada.

Cass se fundió con su aliento para compartir una danza exquisita. Alex la llevó a descubrir lo que era el verdadero deseo más primitivo. Ella, dejando atrás cualquier tipo de pensamiento de culpa, enredó los dedos en el pelo del escritor para atraerlo aún más. Como respuesta, él se pegó a su cuerpo sin ningún tipo de vergüenza tampoco. Acercó las caderas de ella a las suyas para dejarle claro que sus intenciones iban mucho más allá de ese simple contacto.

Ritmo. Calor. Lascivia.

Al terminar la canción, la excitación de Cass estaba por las nubes. De hecho, no recordaba haber sentido ese tipo de necesidad de compartir su cuerpo con un hombre jamás. Ni siquiera pensó en Bill. Toda su atención se encontraba entre los labios de Alex y la zona abultada que estaba rozando sin pudor la unión de sus piernas. En realidad, no había pensado pasar la noche con nadie, aunque Samantha se lo había planteado abiertamente. Incluso le había dado alas para que hiciera lo que considerara mejor para ella. Si en algún momento había tenido dudas, ahora, tras esas leves caricias, sintiendo el calor que desprendían las manos de Alex, no podía pensar en nada que no fuera sentir su piel desnuda cubriendo cada centímetro de la suya. Su cuerpo le rogaba abandonarse al placer de lo prohibido, y eso era justo lo que iba a hacer.

Con la determinación encendiendo aún más cada parte de su cuerpo, Cassandra rompió el

beso para acercarse a su oído.

—¿Qué quieres, Alex?

—Quiero perderme dentro de ti toda la bendita noche.

Él rozó con los labios su cuello, deleitándose con la suavidad de su piel. Alex parecía haber olvidado quién era ella: la hija del productor de cine que le ofrecía la oportunidad de saltar a la gran pantalla y que podía abrirle las puertas a la fama mundial. De pronto, fue consciente de lo que le había dicho. Iba a disculparse cuando Cass se lo impidió volviendo a su boca. Sentía que por dentro se volvía líquida. Aquel beso fue tan intenso que acabó por arrancarle al escritor un sonido profundo. Esa respuesta la incitó a profundizar aún más para saber hasta qué punto la deseaba.

Alex, que nunca había perdido el control de ese modo, supo que, si no se iba con ella en ese momento, acabaría por llevarla a la zona más oscura de la disco para hacerla suya. Tenía la mente nublada y todos los sentidos exacerbados. Notar cómo ella le acariciaba la nuca mientras le mordía el labio inferior provocó que sucumbiera sin remedio. Sabía que nunca se le ocurriría hacer lo que acababa de pensar, pero si no le proponía pasar la noche juntos, lo más probable fuese que terminara desapareciendo por culpa de una combustión espontánea.

—Cass, tengo una habitación... —dijo él, incapaz de continuar con aquel juego sensual que lo estaba volviendo loco.

Alex sintió con una fuerza arrolladora que codiciaba su cuerpo. Su excitación. Aquella noche lo quería todo de ella.

Cassandra ladeó la cabeza con la mirada turbada por el deseo y le regaló la sonrisa que él estaba esperando. Con los labios entreabiertos, hinchados por los besos que habían dejado claras las intenciones de ambos, pensó que tal vez la combinación del alcohol, la música y el ritmo los había empujado a uno a los brazos del otro. Puede que aquello hubiera influido, pero debía ser sincera consigo misma: deseaba al escritor desde que él le había pedido que lo llamara Alex.

En realidad, todo lo ocurrido había sumado hasta llevarla a esa invitación, y se dijo el momento no podía ser más perfecto de lo que estaba siendo.

Sin pensárselo dos veces, tomó la decisión de que pasar una noche con él sería la guinda del pastel que le faltaba a su nuevo comienzo. Como si fuera natural en ella, puso el dedo en los labios de Alex y le indicó que la esperara allí. Él asintió como respuesta. Ella se dio la vuelta para buscar a su hermana y amigas. Quería contarles lo que estaba a punto de hacer, y se moría de ganas por salir de allí para descubrir qué se sentía al ser completamente dueña de su propia vida.

Al verlas, les hizo un gesto para que se acercaran. Las cuatro se arremolinaron a su alrededor.

—Chicas, me voy con Adam —dijo Cass sin revelar su verdadero nombre. Eso era algo que le había dicho en confianza, y no iba a compartirlo sin su permiso.

—¿Estás segura de que es lo que quieres hacer? —quiso cerciorarse Samantha.

—Creo que jamás he tenido algo más claro. Esto es algo que... necesito —confesó mientras miraba hacia él con media sonrisa, marcando así sus bonitas facciones—. No voy a dejar escapar esta oportunidad porque es lo que quiero.

Sam solo vio determinación en su expresión. Se fijó en el escritor y lo único que descubrió en ese hombre fue un fuerte deseo por su hermana.

Una noche para romper con el pasado.

Una noche para partir de cero.

Samantha se acercó y le susurró al oído que utilizara protección y que disfrutara como si

no hubiera un mañana. A Cass le hizo gracia su consejo, pero no dijo nada. Solo respondió dándole un abrazo rápido y se despidió de ellas lanzándoles un beso.

Alex aprovechó que ella hablaba con las chicas para quedar con Maverick en que lo llamaría en los próximos días.

Tras volver Cass, ambos se despidieron del resto y, sin perder más tiempo, salieron al cobijo de una noche que prometía estar llena de sorpresas.

Mientras caminaban cogidos de la mano, sintiendo esos nervios propios de la mezcla de excitación y las expectativas de unas horas de sexo sin compromiso, cogieron un taxi que los llevó al hotel.

Cassandra nunca había hecho nada parecido, pero estaba claro que esa noche no era ella misma. Alex, en algún momento entre tanta conversación, le había dicho que en un par de días regresaría a California. Aquello hacía que la situación fuera de lo más ideal. Por supuesto que no pensaba verlo otra vez. Que se marchara era un alivio. No entraba en sus planes preocuparse por tener que rechazarlo en el caso de que pretendiera pedirle una cita. Cass había dejado eso atrás. Ya no quería volver a enamorarse, pero tener sexo era otra cosa muy distinta. Y esperaba que él fuera el comienzo de una vida libre de amor, pero llena de deseo.

Alex pagó la carrera y después le ofreció la mano, a lo que ella aceptó enseguida. Al llegar a la habitación, él decidió romper el hielo proponiéndole tomar la última copa. Tras brindar por lo que seguro sería una noche memorable, apuraron la bebida de golpe y, en esta ocasión, fue él quien se lanzó hacia ella como si quisiera devorarla.

Sus bocas se unieron con una premura sin sentido. Como si el tiempo se comportara como su peor enemigo. Como si las siguientes horas no fueran suficientes.

Alex cerró los ojos mientras besaba aquellos labios que le sabían a pura ambrosía, a algo casi divino. La idea de que iba a perderlos para siempre se le cruzó por la mente unos instantes, pero dejó ese pensamiento al notar como Cass acompañaba la respiración con la suya y profundizaba el beso con mayor intensidad. El calor de su boca lo incendió, haciendo que las brasas que quedaban de la disco se volvieran llamaradas rogando por ser apagadas.

Él, sin poder resistirse ni un instante más, buscó la cremallera del vestido. Ella sonrió mientras se separaba un poco para poder subir los brazos.

—No tiene... —dijo mientras se mordía ligeramente el labio inferior.

Alex dejó escapar el aire entre los labios y, sin saber por qué, se arrodilló para coger el bajo del vestido. Conforme iba subiendo, dibujaba un camino de besos por el lateral del muslo de Cass, hasta que se incorporó y le quitó el resto de una vez para poder besarla de nuevo.

Cass se hundió en su boca con avaricia mientras trataba de desabrocharle los botones de la camisa. Después, se dirigió a la hebilla del pantalón. Entre risas, ambos lucharon para conseguir abrirla porque ella no había sido capaz. Tras lograr el objetivo, volvieron a unir sus labios y a acariciar con lentitud los recovecos de sus respiraciones, cada vez más agitadas por la anticipación de estar juntos.

Sin decir una palabra, él la cogió de la mano y la llevó hasta la gigantesca cama. Ella lo miró y elevó las cejas.

—¿Tienes...? —dejó la pregunta en el aire.

—Sí —contestó con voz ronca.

Alex abrió el cajón de la mesita de noche y sacó una caja de preservativos.

—¿Siempre vas preparado? —dijo Cass con el corazón a mil.

—Pues claro. Nunca sabes qué te va a regalar la vida.

—¿Es eso lo que soy para ti, Alex? ¿Un... regalo? —añadió muy despacio, mordiéndose

de nuevo el labio inferior.

—Y voy a desenvolverte ahora mismo.

Ambos sonrieron un instante antes de volver a arrasar sus bocas con llamas incendiarias. Cass se notaba la piel ardiendo. Aunque aquello era algo que deseaba con una intensidad brutal, se sintió abrumada porque, en ese instante tan delicado, se dio cuenta de que no había sentido esa atracción por nadie. No supo determinar si se debía a la forma que tenía Alex de mirarla, besarla o tocarla. Lo único de lo que estaba segura era que ansiaba su contacto como jamás había deseado a...

Y no pudo continuar con aquel pensamiento porque él le susurró algo en los labios que la provocó hasta tal punto que la separación de sus cuerpos se volvió insoportable.

—Eres puro fuego...

Mientras se deshacían de las pocas prendas que les quedaban, se deleitaron con la suavidad de la piel del otro y la excitación de ir conociéndose poco a poco en la oscuridad. Una nube de complicidad los unió, recordándoles que aquella noche ninguno se enamoraría, sin embargo, ambos se dejarían la piel en disfrutar de esas horas juntos como si el destino los hubiera unido para siempre.

Alex recorrió el cuello de Cass, dejando un reguero húmedo de besos ardientes. Bajó por el centro de su pecho y se deleitó saboreando la dureza que había creado con su roce. Ella dejó escapar un leve gemido. El placer que le estaba provocando no era comparable a nada que hubiera sentido antes. Alex continuó su descenso, besando, lamiendo, encendiendo cada centímetro que tocaba con el calor de su lengua y de sus manos.

Cass se abrió ante su experiencia, permitiéndose el abandono al erotismo para, en parte, olvidar y reemplazar algunos recuerdos. La boca de Alex la obligó a dejar de pensar mientras la acercaba peligrosamente al abismo. Sus dedos acompañaron el delicioso vaivén hasta que no pudo resistirlo más y alcanzó un orgasmo tan feroz que no pudo controlarse.

—¡Alex! —susurró presa del placer que la había consumido.

Durante unos instantes, pese al extenso bagaje que tenía en ese tipo de encuentros, él no supo cómo reaccionar. Era la primera vez que alguien decía su nombre desde lo más profundo de su ser al practicar sexo. Inevitablemente, la comparación con Jess se hizo presente. Apretó la mandíbula para apartar ese pensamiento. Cass no era ella, y aún tenía una larga noche para demostrarlo. Sin pensárselo dos veces, se colocó la obligatoria barrera y se hundió en ella, rozando casi el cielo. Cass movió las caderas para que pudiera acoplarse por completo y se dijo que aquel hombre era incomparable. Su corta experiencia se reducía a Bill, así que aquel encuentro con Alex estaba resultando de lo más esclarecedor en muchos sentidos. La pasión, la intensidad con la que la estaba devorando, la necesidad con la que le recorría el cuerpo con sus manos. Todo.

Justo cuando él se convulsionó en su interior mientras arrasaba su boca, se dio cuenta de lo mucho que se había perdido. Deleitándose en los efectos que aún le producían los rescoldos de lo que acababan de compartir, decidió que aquel era el momento perfecto para desterrar a su exprometido.

Esa noche era solo para ella. Para su cuerpo. Para su propio placer. Apartó los pensamientos que la estaban distrayendo y regresó al presente para centrarse, exclusivamente, en las sensaciones que Alex le estaba proporcionando, que ya la habían llevado a tocar las estrellas... un par de veces.

CAPÍTULO 8.

es mi vida

Eran cerca de las cuatro de la mañana cuando acabó el último asalto. La noche no podía dar más de sí, y Cassandra se dio cuenta de que había llegado el momento de irse. Sin decir nada, se levantó para recoger del suelo su ropa interior bajo la atenta mirada del escritor.

—¿Te vas? —preguntó Alex sin ningún tipo de inflexión en su voz.

—Es lo que se hace en estos casos, ¿no? Dormir juntos no estaría bien porque sería como compartir algún tipo de intimidad.

—¿Más que haber desaparecido dentro de tu cuerpo?

—Bueno, supongo que no.

—¿Y no te parece una estupidez?

—¿El qué? —preguntó ella sin saber a dónde quería llegar.

—Que la gente salga corriendo después de follar como locos. Como si dormir provocara la aparición de una unión invisible para siempre.

Cass lo miró y soltó una carcajada que hizo reír a Alex con la misma intensidad, hasta que ella se dio cuenta de la hora que era y movió las manos repetidas veces para que bajaran el tono.

—Esto es Nueva York —prosiguió el escritor—. Si quieres volver a tu casa, no te lo impediré, aunque me veré obligado a acompañarte porque no puedo dejar que vayas sola.

—¿Acaso crees que tienes que protegerme?

—Ni yo mismo caminaría solo por las calles a esta hora. Dormir juntos no hará que te enamores de mí.

—Así que dudas de tus capacidades —respondió ella al tiempo que tiraba su ropa interior de nuevo al suelo y volvía a la cama.

—¿Es que no te he demostrado esta noche suficientes veces mis... capacidades?

—No sé yo. Quizá con tanto alcohol me haya olvidado de alguna.

Alex no pudo evitarlo y acabó sonriendo. Cassandra era imprevisible, además de una amante excelente. «No sé con quién compararte», pensó, recurriendo a su particular criterio. Sin duda, aquella era la mejor noche que había tenido nunca.

Mientras besaba de nuevo sus labios, comenzó a medir con su conocido rasero hasta que se dio cuenta de que le era imposible establecer una medida porque ella había destruido la escala.



La luz del amanecer se coló por una pequeña abertura que había quedado entre las cortinas. Ella parpadeó despacio para acostumbrarse a la claridad. Giró la cabeza y vio a Alex a su lado. Rompiendo las reglas de lo que se suponía que era aquello, se había quedado toda la noche.

Sonrió al verlo dormir profundamente. La tenía abrazada por la cintura, y se sorprendió al notar cómo sus respiraciones estaban sincronizadas sin ningún motivo. Se sentía muy relajada, hasta que se sonrojó al recordar lo que habían compartido. La inevitable comparación con Bill la

hizo darse cuenta de lo poco que su ex se había esforzado en complacerla durante los últimos meses, incluso podría decir que nunca. Alex, por el contrario, no había dejado de preocuparse en conseguir que disfrutara al máximo y que alcanzara la cima múltiples veces. Sí, Alex era muy distinto a Bill, y eso fue lo último que le dio tiempo a pensar porque él se despertó tras una sacudida.

—¡Ey! ¿Estás bien? —preguntó Cass.

—Sí, solo ha sido una pesadilla.

—Espero que yo no saliera en ella.

—No, para nada. Por cierto, buenos días. ¿Te apetece una... ducha? —ronroneó mientras se acercaba para besarla.

—Creo que es justo lo que necesito para despertarme.

Ninguno de los dos se paró a pensar por qué habían dormido juntos. Menos aún, en analizar la complicidad que habían compartido sin ni siquiera tener que hablar. Tan solo se dedicaron a aprovechar los primeros rayos de sol disfrutando del cuerpo del otro una vez más, arropados por la seguridad de que aquello únicamente había sido un encuentro efímero sin sentimientos.

Tal vez solo fuera deseo. Un fuerte, profundo y arrebatador deseo. Puede que esa fugaz colisión de ambos apenas produjera una muesca insignificante en el recto camino de sus destinos. O, quizás, esa noche les había ayudado a reafirmar que su conclusión respecto al amor era justo la que debía ser. Ninguno se planteó indagar a qué venía esa necesidad surgida de la nada, pero eso no los detuvo porque decidieron aprovechar hasta el último instante antes de que ella cerrara la puerta de la habitación, dejando atrás mucho más que un simple amante de una noche.



A las nueve y media, Cassandra llegó a la casa de Samantha. Se dirigió a su habitación, pero ella aún no había vuelto. Supuso que había pasado la noche con Maverick. Recordar la suya con Alex la hizo sonreír.

Regresó a la cocina decidida a desayunar algo para despertarse. Mientras terminaba la tostada, se dijo que era domingo y que ya había llegado la hora de enfrentarse al resto de los Wallace.

Justo cuando apuraba el café, el móvil comenzó a vibrar. Miró la pantalla: su madre. Apretó los dientes. Grace solo había aguantado hasta las diez para llamarla. Resopló para aceptar que la tregua pactada con su padre había acabado. Inspiró dispuesta a lidiar con ella y mantenerse firme en su decisión. Descolgar la dejó a su merced, solo que esta vez Cass no iba a tener la respuesta que su madre esperaba.

—Hola, mamá.

—¿Cassandra? Al fin das la cara. Dos días sin hablarme. Estarás muy orgullosa de ti misma, ¿verdad?

—Pues sí, lo estoy —dijo con el corazón bombeando con fuerza.

—Ah, ¿sí? ¿Y de qué? ¿De avergonzar a toda la familia? Y, para colmo, tiras la piedra y escondes la mano. Porque, dime, ¿cuánto tiempo sopesaste el daño que nos ibas a hacer antes de enviar ese wasap?

—Horas, mamá. Lo creas o no, lo pensé durante casi ocho horas. Así que no te atrevas a decirme, como siempre, que este es otro arrebató de los míos.

—¿Así te comportas ahora? ¿Es que vas a empezar a faltarme el respeto?

—¿Y cuándo se supone que he hecho tal cosa?

—Lo que quiero que me digas es dónde te has metido estos días —preguntó Grace, sin contestarle a propósito para minar su fortaleza—. Bill me ha llamado sin parar. Ha ido a tu apartamento incontables veces, pero no estabas. El pobre lleva tratando de aclarar esta vergonzosa confusión desde el jueves por la noche.

—Mamá... —respondió, inspirando despacio para no perder tan pronto la paciencia.

—Dice que se te fue la cabeza. Insiste en que fue un malentendido. Quería explicártelo, pero, claro, ¡saliste huyendo como siempre! Eso es tan típico en ti. En vez de enfrentar el problema, corres asustada y metes la cabeza en la tierra como un avestruz.

—Mamá... —repitió Cass, sintiendo cómo su fuego interno se avivaba, insuflándole las fuerzas necesarias para defenderse más que nunca. Ya no saldría huyendo, sino que se enfrentaría con uñas y dientes a la ira de Grace.

—Hija, ya tienes veinticinco años. Más que suficientes como para poder afrontar de cara las vicisitudes de la vida y no esperar que los demás luchen por ti.

—Mamá, ¡basta ya! —dijo desde las entrañas, llena de rabia y frustración.

—Cassandra Carys Wallace, ¿cómo te atreves a levantarme la voz? —preguntó de forma retórica.

Cass se sintió extrañamente mejor. Esa era la primera vez que había encontrado el valor suficiente para cortar el discurso perfectamente ensayado de su madre. No sabía cómo lo había logrado, pero, hacerlo, le dio aún más fuerzas. Grace se sorprendió y disgustó a partes iguales. Aquella perorata tan bien diseñada se la había repetido desde que tenía uso de razón, y siempre funcionaba. De modo que, cuando su hija interrumpió su estudiada monserga, se sintió muy ofendida.

—¿Para que me escuches! ¡Bill te ha mentado! —respondió, manteniéndose en sus trece.

Cass temblaba de rabia. Estaba cerca de entrar en pánico, pero, al mismo tiempo, se sentía muy orgullosa de sí misma por haber replicado a «Medusa» sin titubear.

—¿A mí? ¿De qué estás hablando, Cassandra? ¡Suéltalo ya! —exigió Grace, perdiendo un poco la compostura.

—¿Es que no has entrado en el wasap de la boda?

—¿Yo? No, por supuesto que no. Bill me pidió que no lo hiciera porque me ha asegurado que te has inventado cada palabra.

—¿Que me he inventado cada palabra? ¡Es que lo vas a creer a él antes que a mí! —vociferó.

—¿Cassandra!

—¿Y te ha contado que los pillé follando como mandriles!? Peyton estaba desnuda encima de tu querida mesa de Bloomingdales y Bill...

Cass no supo dónde encontró el coraje para describirle a su madre un rápido esbozo de la escena que había visto en primicia de manera tan explícita. Al menos se había reprimido lo justo como para no repetir el diálogo que estaban compartiendo antes de que entrara en el salón.

—¿Cassandra! ¡Ve a lavarte ahora mismo la boca con jabón! —vociferó su madre, como si todavía fuera una niña pequeña.

—¿Es que no me has oído? ¡Bill me ha puesto los cuernos con Peyton! ¡Con Peyton!

—Pero ¿estás segura? —intentó cerciorarse Grace.

—No puedo creer que confíes en la palabra de ese mentiroso antes que en la de tu propia hija. ¿Que si estoy segura? Ya te lo he dicho: ¡los vi follando en la mesa donde pensaba invitarte a cenar cada Acción de Gracias! —respondió muy enfadada.

Un pequeño silencio le otorgó la primera victoria frente a la gran Grace. Esta no podía dar crédito a lo que decía, pero Cass, con la fuerza de sus palabras, consiguió cubrir una gran mentira con el fino manto que le proporcionaba la verdad.

—¿Con Peyton...? —dijo bajando la voz.

—Sí, mamá, con mi mejor amiga y dama de honor, Peyton Lewis.

—Bueno... —añadió, mientras se alisaba el pelo y carraspeaba de forma imperceptible—, por lo que me dices, parece entonces que no han sido muy discretos.

—¿Discretos? Mamá, eso era complicidad en estado puro. Lo que he visto me ha dejado claro que no era la primera vez.

—Ya. En fin, Cassandra, un pequeño desliz antes del matrimonio no tiene demasiada importancia. Y, si me apuras, después tampoco —soltó, volviéndose a peinar la preciosa melena dorada.

—¿Un pequeño desliz? Mamá, creo que no me has oído bien, ¡que Bill estaba dentro de Peyton diciéndole soeces al más puro estilo de «follicienta»!

—¡No se te ocurra volver a hablar de esa manera! —respondió Grace, subiendo el tono.

—¡Y tú no me digas que no tiene importancia que mi prometido me haya engañado!

—A ver, criatura, ¿acaso crees que las parejas se mantienen fieles de por vida? ¿Es que aún crees en Santa Claus?

Grace estaba que echaba chispas. Su hija Cassandra siempre había sido su patito feo y mayor quebradero de cabeza. Ahora estaba quejándose por algo tan insignificante como que su prometido le había sido infiel. Para ella, eso era lo normal antes de casarse, e incluso después; así que no veía el porqué de tanto lío. Intentaría hacerla entrar en razón y volvería a dormirse. Ese malentendido había estropeado su sueño varios días, y aún debía recuperar algunas horas para que su piel no perdiera elasticidad.

—Mamá, se supone que el matrimonio es para eso. De otro modo, ¿para qué iba a pronunciar unos votos y casarme?

—Vamos, vamos, Cassandra. El matrimonio son solo papeles. La vida es mucho más complicada y sencilla a la vez. Además, no hay que traumatizarse por algo tan nimio como una infidelidad. Pasas página y sigues adelante. Fuera dramas, que eso provoca que aparezcan arrugas, y ya tienes bastante con tener la cara llena de pecas.

Cass no podía salir de su asombro. Si no había malinterpretado las palabras de su madre, le estaba diciendo que olvidara lo ocurrido y continuara con la boda. Ni en un millón de años iba a hacer eso. Solo pensar en Bill y Peyton en plena batalla sudorosa hacía que se apoderara de ella un deseo irrefrenable de que ambos cayeran fulminados.

—Mamá, la boda está anulada.

—No puedes estar hablando en serio. Además, el artículo en el periódico está programado para dentro de un mes. Las invitaciones de boda se envían esta semana. La iglesia está reservada, el hotel, los desplazamientos de la familia, los...

—No me importa nada de eso. El lunes lo anularé todo. Si pierdo los adelantos de las reservas, lo consideraré el mayor regalo que me podía hacer el universo por haber descubierto con qué clase de hombre iba a casarme.

—¡Olvídate de eso, Cassandra! —gritó fuera de sí—. Vendrás a casa y llamarás a Bill para invitarlo a almorzar. Así podréis solucionarlo. Si quieres, puedes aclararlo más tarde con

Peyton. Su modo de comportarse me ha sorprendido, la verdad. Aunque, viendo a Bill, se comprende. Es muy atractivo, y probar la fruta prohibida, a veces, nos puede cegar.

Cass no podía creer lo que le estaba pidiendo. Perdonarlos no entraba dentro de sus planes dentro de los próximos cien años, así que no pensaba aclarar nada con Peyton y, mucho menos, con Bill. Suponía que su madre era capaz de hablar tan a la ligera porque nunca había pasado por nada parecido. Su padre, Carmichael Wallace, era el hombre más dulce, bueno y generoso de la historia. Grace no podía comprenderla ni saber cómo se sentía cuando jamás había sufrido tal humillación. De modo que, por segunda vez, no se amilanó y dijo aquello que le quemaba por dentro.

—No voy a hacer nada de eso, mamá. Por mí pueden quedarse juntos y follar lo que les venga en gana. Olvídate de continuar con la boda o de que hable con ellos para aclarar nada. Esto se ha terminado, y no se te ocurra pedirme que lo perdone. Tú no sabes qué es esto porque no has pasado por ello en toda tu vida.

—Por supuesto que sé de lo que hablo, Cassandra. Así que lo mejor será que dejes a un lado el drama y sigas adelante.

—¿Estás insinuando que papá te ha engañado? —susurró, intentando procesar lo que acababa de decirle.

Se produjo un silencio sepulcral al otro lado de la línea. Cass se acercó para abrir una ventana. De pronto, necesitaba respirar aire menos viciado. Una ligera brisa la obligó a apartarse la preciosa melena rubia de la cara mientras dejaba sus impresionantes ojos fijos en el horizonte, esperando la respuesta de Grace. Ese silencio era un pulso, y no estaba dispuesta a perderlo.

Su madre anduvo de arriba abajo por el dormitorio de su inmenso ático en Manhattan mientras sopesaba la respuesta. El tiempo ya hacía bastante que había cerrado esa herida, pero lo sucedido daba pie a que tuviera que sincerarse con Cassandra, algo que nunca imaginó que tendría que afrontar. La pequeña desavenencia con Carmichael quedó enterrada en el pasado, y jamás pensó que la compartiría con nadie más que con él. Todo ocurrió años atrás cuando atravesaron por un duro bache, resultado de una crisis matrimonial. Por aquella época, los mellizos, Caleb y Cassandra, eran adolescentes. Una confesión a tiempo y una disculpa sincera consiguió ser el bálsamo perfecto para que la vida de los Wallace retornase a su cauce. Aquello quedó olvidado y no volvió a repetirse esa bochornosa situación. Había sido un periodo difícil para la pareja, sin embargo, echando la vista atrás, no era capaz de recordar cuándo comenzó, ni tampoco los motivos. Lo único que importaba fue que lograron solucionarlo de manera satisfactoria y siguieron adelante, como siempre.

Grace volvió al instante presente y notó cómo el silencio de su hija empezaba a inquietarla más de lo que esperaba. Pese a su rigidez autoimpuesta, sobre todo en la educación de la pobre Cassandra, no podía comprender por qué mantenía esa actitud desafiante. Por qué, precisamente ella, había hecho aquella pregunta.

—Eso está fuera de lugar —intentó zafarse.

—No obstante, quiero saberlo. ¿Papá te engañó con otra mujer?

La voz de Cass dejó clara su determinación. Al entender que su hija no iba a darse por vencida, decidió que ese momento era tan bueno como cualquier otro para revelar la verdad. El bien mayor era lo único que importaba. Cassandra no podía anular la boda. Eso sería un escándalo, y no podía permitirle que los dejara expuestos a un ridículo innecesario.

—No, tu padre no me engañó.

Su hija respiró aliviada. El amor y el respeto que sentía por él se habría tambaleado al saber que había traicionado no solo a su madre con ese acto, sino a toda la familia.

Inspiró con la esperanza de encontrar algo de paz.

—Entonces, no sabes de lo que...

—Fui yo quien traicionó a tu padre —interrumpió Grace. Cass dejó escapar un suspiro de incredulidad—. Confesé mi pecado y pedí perdón. Él tuvo a bien perdonarme y olvidamos el error. Las personas se equivocan, Cassandra, y no hay razón para no dispensar al agraviante cuando las disculpas son sinceras y los deslices no se repiten.

Cass tuvo que sentarse en el sofá. Su madre, esa mujer que era la exquísitez personificada, la elegancia y la rectitud casi divina, que la había machacado cada día de su vida para que fuese perfecta, había cometido adulterio y le estaba pidiendo que perdonara a Bill igual que su padre había hecho con ella. Un vacío la llenó por dentro. No se veía capaz de hacer lo mismo. Perdonar a su prometido era lo último que tenía en mente, y no sabía qué responder a eso.

Otra pregunta salió de sus labios antes de poder retenerla.

—¿Cuándo...?

—Caleb y tú estabais cerca de cumplir los trece. No me enorgullece decir que me equivoqué, pero sí que rectifiqué a tiempo.

—¿Pero sí que rectificaste a tiempo? ¿Te estás oyendo, mamá? ¿Traicionaste a papá!

—Lo sé, y me censuro con dureza por ello. Sin embargo, no es necesario darle más vueltas. Aquello quedó zanjado de forma satisfactoria para ambos.

—No me puedo creer que seas capaz de decirlo con tanta frialdad e indolencia.

—¿Frialdad e indolencia? Cassandra, soy tu madre ¡y debes tenerme un respeto! —dijo Grace, sintiéndose humillada.

—¿Como el que tú le tuviste a papá? ¿Como el que Bill y Peyton han tenido conmigo?

—¡Eso ya no importa! Lo hecho, hecho está. Olvida lo ocurrido. Tu deber es permitirles que se disculpen para continuar con los planes que teníais en mente. Ofrecerás una disculpa por escrito a todos a los que les has revelado tu vida con tanta ligereza y les dirás que solo fue un malentendido, que la boda...

—¡La he anulado! ¿Me oyes? ¡Está anulada! —gritó Cassandra con todas sus fuerzas.

Su madre le estaba pidiendo algo imposible. La rabia la hizo levantarse y caminar de un lado a otro. Rebuscó por todas partes hasta que encontró un coletero y se recogió en un moño su melena tres cuartos. De pronto, la temperatura de su cuerpo había subido por la impotencia que estaba sintiendo.

—¡No digas tonterías! Todos esperan vuestro enlace, y nuestras amistades se burlarían en mi cara.

—¿Eso es lo único que te preocupa? ¿Lo que opinen los demás es más importante que la felicidad de tu hija? ¡Estoy destrozada! —reconoció al fin.

Cass, por mucho que lo intentó, no pudo contenerse y acabó sollozando. Buscaba desesperadamente algo de comprensión por parte de su madre. Comprensión que no llegó.

—Lo sé, niña, lo sé... Pero pasará, te lo aseguro. Tu padre pudo con ello y tú también podrás. Debes ser fuerte y superar este contratiempo.

—¿Fuerte? ¡Pues no lo soy, maldita sea!

—¡Cassandra! —se quejó, ya que su hija había subido de nuevo el tono.

—Sí. Soy Cassandra Carys Wallace, tu hija, ¡y tengo todo el derecho del mundo a no ser fuerte por una vez en mi vida! Quiero desmoronarme y sentir pena por mí misma porque ellos me han arrebatado los sueños y ¡mi futuro! ¿Me oyes? Mi futuro, ¡no el tuyo! Así que dame cinco malditos minutos para llorar mi pena y, por una vez en tu vida, ¡ten el suficiente corazón

para darte cuenta de que tengo derecho a estar destrozada!

—Ya veo que no se puede hablar contigo. Esperaré a que te calmes. No pienso seguir escuchándote así como estás. Te paso con tu padre. Quiere hablar contigo. Cuando entres en razón, llámame. Ahora, ¡levanta la barbilla y compórtate como una Wallace! —dijo Grace mientras se acercaba a su marido para darle el móvil.

Cass escuchó el intercambio de manos. También cómo le decía a su padre que ella era insoportable y que debía hacerla cambiar de opinión a toda costa. Con una actitud digna de una reina, salió de la habitación para perderse en el inmenso baño anexo.

Carmichael Wallace, con un nudo en el estómago tras oír cada una de sus frías palabras, la siguió con la mirada hasta que cerró la puerta. Amaba a esa mujer, de eso estaba seguro. De lo contrario, la habría abandonado hacía mucho. Sin embargo, resistió la humillación por sus tres hijos y eligió olvidar esa vil traición con aquel joven actor, que quedó en el olvido gracias a su influencia.

Aquello no le produjo el más mínimo remordimiento, y estaba seguro de que Grace tampoco lo sentía por haberse revolcado con aquel chico de veintitrés años. Al menos había conseguido hundir su carrera tras realizar unas cuantas llamadas a amigos y compañeros del gremio de toda la vida. Muchos de ellos le debían un favor a su padre, el director y productor de cine Caillen Wallace, y se lo había cobrado sin ningún tipo de pudor.

Inspiró para encerrar los recuerdos dolorosos bajo llave y se acercó el auricular al oído.

—Cassou, soy papá.

Ella se quedó paralizada al darse cuenta de que su madre había tenido aquella conversación delante de él.

—¿Papá? Estabas... ¿Has oído...? —dijo de forma entrecortada. Darse cuenta de que su madre había hablado con aquella frialdad estando su padre presente le rompió el corazón.

—Sí, hija. Tranquila, todo está bien —respondió Carmichael aguantando el tipo tras haber revivido la infidelidad de labios de su mujer.

—No, papá. ¿Cómo puedes decir eso? ¡Nada está bien! Mamá te... ¿Por qué? ¿Con quién?

—De eso hace mucho.

—¿Con quién, papá? ¿Amigo o actor? —Cass exigió una respuesta, incluso sin estar segura de si era capaz de hacer frente a esa información.

—Un actor. Muy joven. Hundí su carrera en el pozo más profundo y jamás ha vuelto a trabajar en la industria. No me enorgullezco de mis actos, aunque tampoco me arrepiento. Lo hice por mi familia, pero, sobre todo por mí mismo. Creo que se mudó a California para probar suerte, pero tampoco consiguió nada allí.

Carmichael se quitó las gafas y se masajeó el puente de la nariz. No esperaba tener esa conversación con su hija y, aún menos, que ella tuviera que pasar por lo mismo. Su opinión distaba mucho de la de Grace, por lo que no pensaba apoyar su decisión para que Cass olvidara todo y continuara con la boda.

Ella tenía derecho a decidir su propio camino, y lo que pensara su círculo de arpías no iba a suponer ninguna opinión a tener en cuenta.

—Papá, ¿cómo pudiste perdonarla? ¿Cómo pudiste olvidar?

—Mi memoria está intacta, Cassou, así como mi amor por mis tres hijos. Lo hice por vosotros, y no me arrepiento.

—Pero podías haberte divorciado. Hubiéramos seguido adelante, hubiéramos...

—Sufrido, llorado, sido de una forma muy distinta y no habríais creído nunca en el amor

—respondió Carmichael, intentando convencerse a sí mismo de que la decisión que tomó había sido la correcta.

—Yo ya no creo en el amor, papá. Jamás volveré a hacerlo.

—No digas eso, hija. Dime, ¿es cierto todo lo que has escrito en el wasap?

—Cada maldita palabra.

—Ya veo.

—¿Qué debo hacer? Mamá lleva toda la vida atosigándome con la rectitud, con ser suficiente, con ser perfecta.

—Tú eres perfecta tal y como eres, Cassou. Nunca lo olvides. Eres mi hija, y eres perfecta —dijo convencido—. En cuanto a qué hacer...

—Te aseguro que no me veo capaz de perdonarlos. Lo que se estaban diciendo, y lo otro... ¿Qué hago, papá? ¿Es que soy una mala persona por no querer perdonarlos y no aceptar ese tipo de vida para mí? ¿Cómo podría confiar de nuevo en Bill? ¿Cómo voy a volver a tocarlo si con solo pensar en él me recuerda a ella?

—Cassou, ¿qué quieres de verdad?

—Anular la boda e irme por un tiempo. Ahora mismo, solo puedo pensar en buscar un trabajo en cualquier ciudad para dejar de odiar cada calle de Nueva York. Quiero encontrar algo que me haga feliz.

Carmichael sintió un orgullo indescriptible por su hija. Cassandra, al fin, había salido del letargo al que la había sometido Grace y que él había permitido por no tener la fuerza suficiente para impedirlo. En ese instante, oyéndola con la determinación que le había faltado a él mismo años atrás, dijo en voz alta lo que había enterrado en el cajón de la valentía.

—¡Hazlo!

—¿Cómo?

—Que lo hagas, pese a que se me rompa el corazón por no tenerte cerca. La vida lo merece, hija. No le debes nada a Bill. No le debes nada a nadie. Ni a tu madre, ni siquiera a mí. Elige, es tu decisión.

—Papá, ¿lo dices en serio? ¿Tengo tu...? —Cass no pudo evitar que las lágrimas le cubrieran las mejillas y la voz le temblara—. ¿De verdad tengo tu apoyo?

Carmichael soltó una bocanada de aire al darse cuenta del daño que Grace le había hecho a Cassandra. Pensaba que, con su decisión de mantener el matrimonio, conseguía que la familia fuera sólida, que sus hijos lograrían ser felices y podrían alcanzar sus sueños sin tener que cargar con el lastre de la vergüenza por la infidelidad de su madre. Creía haberlo conseguido, pero quizás aguantar no había sido la mejor opción.

—Hasta que Dios me lleve de este mundo.

—Gracias, papá. No te puedes hacer una idea de lo que te lo agradezco. Ahora solo me falta hablar con Caleb.

—Yo me ocupo. Le diré que lo llamarás cuando estés preparada.

—Gracias... —dejó escapar como una plegaria.

—Una última cosa, Cassou.

—¿Qué, papá? —logró decir mientras sorbía con delicadeza.

El productor de cine, inspirado en parte por el valor que estaba mostrando su hija, pronunció las palabras que en su momento debió decirse a sí mismo y que estaban destinadas a otra persona.

—¡Manda al infierno a ese hijo de puta!

Cassandra no pudo resistirlo y se dejó caer de rodillas en el suelo sintiéndose

completamente agradecida a su padre mientras sollozaba. Recibir su apoyo y el de Samantha suponía un impulso a su capacidad de afrontar la marea de críticas y desprecio que estaba recibiendo por parte de la familia y conocidos de Bill. Puede que incluso fuera ya la comidilla de las celebridades que pertenecían al círculo de amistades cercano a su madre. Aunque eso había dejado de importarle al saber que no se enfrentaba sola a lo que estaba por venir porque, con ellos, podría vencer a los demonios y encontrar una nueva vida.

Ahora, solo le quedaba pendiente hablar con Caleb. Agradeció en silencio que su padre le hubiera echado un cable dándole un poco más de tiempo. Esperaba que su hermano estuviera de su parte y entendiera los motivos de la ruptura, pero no los tenía todos consigo. Su mellizo se parecía demasiado a su madre. Mucho se temía que le importara más su trabajo en la productora y sus relaciones personales y profesionales que defenderla ante el mundo. Lo más probable era que sopesara el escándalo inclinando la balanza para salvaguardar sus intereses, con lo que, tal vez, terminara anteponiendo el trabajo a la familia o, mejor dicho, a ella. Dejó a un lado esos pensamientos y se centró en lo que ya tenía: el apoyo de su padre y hermana.

Carmichael, que llevaba esperando un par de minutos a que se recuperara, no pudo soportarlo más.

—¿Cassou?

Ella se limpió las lágrimas con rabia y se puso en pie. Dejó escapar un suspiro y ratificó la decisión que ya había tomado.

—Sí, papá, voy a mandarlo al infierno ¡y que se pudra allí con la maldita Peyton!

Con esas palabras quedó sellada definitivamente la decisión de Cass y, con ella, el sueño de un destino lejos de la mentira y la traición. Al día siguiente, anularía ese futuro sin mirar atrás para comenzar uno nuevo. Aterrador, por supuesto, pero donde ella pondría las normas.

Y la primera la tenía muy clara: nada de amor.

CAPÍTULO 9.

UNA reunión provechosa y un almuerzo con amigas

Tras una jornada agotadora de domingo con Lucy para preparar la presentación de las novelas en la productora, el lunes por fin llegó. En cuanto traspasaron las puertas de las oficinas de Wallace Entertainment, una secretaria los recibió para acompañarlos a la sala de reuniones. Al entrar, ambos se quedaron sorprendidos. Carmichael Wallace y su hijo estaban sentados en la mesa, además de otros directivos que supusieron formaban parte de la junta.

Tras hacer las presentaciones, comenzaron. Si se hubiera encontrado en la selva rodeado de leones famélicos, no se habría sentido tan incómodo y atacado como en ese momento. Las negociaciones sobre la adaptación de los dos primeros libros estaban siendo despiadadas. La intención de la productora era tener en exclusiva la saga completa, pero solo iban a firmar en un principio por la primera y segunda novela. Según funcionara la recaudación en taquilla, continuarían grabando las siguientes entregas. Y eso era algo que la editora no estaba dispuesta a aceptar.

Tal y como le había pedido Lucille, Alex se mantuvo en silencio hasta terminar de oír cuál era la propuesta de los Wallace. Al acabar, ella solicitó un descanso para tomar café. Necesitaba hablar a solas con el escritor para aclarar algunas dudas que habían surgido a raíz del acuerdo al que pretendía llegar la productora.

—¿Qué te parece, Lucy? Hay algunos puntos que no veo nada claros —dijo Alex, algo sobrepasado por aquellos tiburones.

—En principio, creo que la oferta es correcta, pero tienes la última palabra. En ti está permitir una adaptación libre de tus novelas o exigir que sea fiel, diálogos incluidos. El contrato es muy agresivo, eso está claro, aunque pienso que, si conseguimos modificar algunos puntos, podría ser muy interesante. Sabes que, económicamente, es un salto astronómico en cuanto a tus ingresos actuales.

—Lo sé, pero lo que me da miedo es que hagan una parodia inconsistente de ambos libros y que destruyan a mis personajes por reventar la taquilla. Eso hundiría el resto de mis novelas. Además, podría perder muchos lectores potenciales por una mala adaptación. Te aseguro que he visto en cines algunas que eran para llorar. Me da pánico que eso llegue a pasarme porque podría acabar con mi carrera.

—Bueno, no creo que...

—¿Que no? ¿Qué me dices de *Cincuenta sombras de Grey*, *El código da Vinci* o incluso *El hobbit*?

—Alex, esos libros siguen siendo *best sellers* —respondió ella para defender su postura. Él la miró con el ceño fruncido—. Vale, reconozco que algunos han tenido unas adaptaciones bastante cuestionables —admitió al fin.

—Ya, por eso mismo no pienso aceptar solo dos libros. O compren los derechos de toda la saga o no hay trato.

—Es un riesgo muy alto, Alex.

—Y tanto. Pero, si doy el salto, que sea por todas las novelas, que conocemos de sobra lo que les ha pasado a algunas sagas. Recuerda *Eragon*, *El juego de Ender*, *Percy Jackson*...

—Que sí, que ya lo he pillado. Entonces, ¿todo o nada? —insistió Lucy para tenerlo

claro.

—Sí.

—Puedes perder. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, pero no me he dejado el alma y la vista en cinco libros para que lleguen ellos y los destrocen sin ningún miramiento. Es mi legado, aunque solo sean novelas románticas.

—No digas tonterías. Es tu género, y eres un puto *crack*. Ellos lo saben, por eso están siendo implacables.

—Lucy...

—Ya sé, ya sé —dijo, tras lo que apuró su café—. Está bien, señor Wright, pon tu mejor cara de póker porque me voy a convertir en el «Kraken» para conseguir lo que quieres.

Alex le ofreció su mejor sonrisa. Terminó también el café y volvieron a la sala de reuniones.

Lucille entró en modo despiadado para asumir que en sus manos se hallaba tanto el futuro de Alex como el de Elegant Books, porque aquel contrato salpicaba directamente a la editorial. Los beneficios que podían llegar a obtener se acercaban a siete, quizás ocho cifras, por lo que no era algo para tomar a la ligera. No obstante, entendía la preocupación de su representado por su legado y reputación. Una película lo podía llevar al estrellato o hundirlo en la miseria en solo un fin de semana, así que lucharía con uñas y dientes para que ambas partes quedaran satisfechas con el trato. Sobre todo Alex.

La decisión no fue fácil de tomar, pero, tras casi cuatro horas negociando, Lucille consiguió un acuerdo de lo más favorable: la adaptación fiel de la novela, además de un tanto por ciento bastante jugoso de la recaudación de la taquilla y del *merchandising*. El autor no era un novel que acababa de publicar su primer libro, sino un *best seller* reconocido, y esa baza fue la decisiva para que Carmichael, ignorando al resto, incluido su hijo, tomara la decisión de aceptar sus condiciones.

Al salir de la productora, el chofer de la limusina que los había acompañado desde que llegaron a la ciudad los llevó hasta el hotel para recoger las maletas.

—Lucy, he de admitir que eres un tiburón entre tiburones. Aún estoy en *shock* porque no me creo que hayan aceptado todas tus condiciones. ¿Pero cómo has conseguido que nos paguen tanto?

—Si te digo la verdad, ¡no tengo ni idea! —respondió antes de estallar en carcajadas—. Reconozco que siempre he sido una fiera en los negocios. Supongo que tengo buen olfato, y mi presencia ayuda a que me tomen en serio, ¿no crees?

Ella se señaló con la mano de arriba abajo. Lo cierto es que era una mujer preciosa, con ojos de color miel heredados de su abuela, de pelo oscuro alisado a conciencia y segura de sí misma. Nadie diría de ella que ya se acercaba a los cuarenta, algo que estaba haciendo con muchísima dignidad sin preocuparse lo más mínimo de las inevitables arrugas que comenzaban a aparecer en su rostro. Además, siempre había tenido las cosas muy claras. Su camino por la vida había estado lleno de rosas con inmensas espinas, pero, gracias a su fortaleza interior, había podido con todo aquello que trataba de cerrarle el paso. Ahora era un referente en el campo editorial, y su experiencia le daba la razón en cuanto una buena historia se le cruzaba por delante.

Por eso Alex había conseguido el éxito que merecía. Porque, al igual que ella, eran dos diamantes en bruto pulidos a base de esfuerzo y trabajo. Mucho trabajo.

—Pues no sabes lo feliz que me hace que seas tan feroz. Yo no hubiera conseguido ni la tercera parte. Gracias, amiga mía.

—Es un placer, Alex. Sé que es mi trabajo, pero también, como bien has dicho, somos

amigos. Y una hace todo lo que puede por sus amigos. Además, saben lo que tienen entre manos, y estas películas van a ser cinco bombazos.

Ambos rieron pensando en las posibilidades que les deparaba el futuro. No había sido una exigencia como tal, pero Alex había pedido, como favor personal, poder estar presente en la elección de los protagonistas. Tanto Carmichael como Caleb habían accedido a su petición, pero no podía tomar parte en la decisión del elenco.

De camino al aeropuerto, mientras Lucy hablaba con su marido confirmándole la hora a la que llegaban, el escritor se quedó absorto mirando las calles de Nueva York. Sin esperarlo, Cassandra se coló en sus pensamientos. Cerró los ojos y volvió al momento en mitad de «El Cielo» cuando la besó por primera vez. Inspiró y casi pudo oler el maravilloso perfume que descubrió en su delicado cuello. Sus ojos grises lo habían cautivado hasta el punto de no poder contener la necesidad de besarla. Y su sonrisa, limpia como el amanecer, le había calado hondo. Apoyó la cabeza en el respaldo mientras se recreaba en las curvas del cuerpo de aquella chica y en sus respiraciones entrecortadas justo en el momento que descubría su interior por primera vez. Recurrió a su peculiar rasero y no tuvo más remedio que recordar que no había sido capaz de compararla con nadie. Puede que tuviera que definirla con demasiados adjetivos como deliciosa, extraordinaria o sublime. Sintió una punzada en el corazón al darse cuenta de que ella había destruido la escala, y eso acababa de convertirse en un verdadero problema.

«Cass...», pensó, repitiendo su nombre casi como un mantra. Dudaba mucho de que volvieran a verse. Claro que él regresaría en algún momento a Nueva York. La redacción del contrato llegaría en pocos días y, tras leerlo con el abogado de la editorial para asegurar que todas las cláusulas eran correctas, tendría que volver para firmarlo, quedando su vida ligada a los Wallace durante un mínimo de tres años.

Solo que Cassandra no tenía nada que ver con la productora. En las webs que estuvo consultando el viernes se decía claramente que trabajaba con su suegro y su prometido. Ese pensamiento le hizo recordar cómo, en un momento de la noche, le había preguntado en el PDH si estaba libre y ella le había respondido con una frase de su libro. Sonrió para sí al revivirlo. Escuchar aquello de sus labios fue un alivio porque, por mucho que le atrajera, jamás pasaría la noche con alguien comprometido. Al revivir la velada, reparó en cómo había tenido que aguantar el tipo durante horas para no abalanzarse sobre ella. Sí, Cass era única, pero no volvería a caer en sus redes.

Al llegar al aeropuerto, Lucille lo tocó en el brazo, consiguiendo así que dejara atrás aquellos recuerdos.

—Alex, despierta. Tenemos que facturar.

—Tranquila, no me había dormido, solo he cerrado los ojos para descansar un poco.

Cogieron el equipaje y se dirigieron a los monitores para encontrar su vuelo. Una vez acomodados en los asientos de primera, Alex sacó el iPad para tomar algunas notas de varias escenas que se le habían ocurrido. Cuando se elevaron de la pista, miró por la ventanilla. En poco menos de seis horas, llegarían a Los Ángeles. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que no solo un mundo lo separaba de Cassandra, sino también su blindado corazón.



Rozando las doce, Cass llegó a la cafetería donde había quedado a comer con Sam y las chicas.

Se encontraba exhausta tras haber pasado la mañana anulando todo lo relacionado con la boda y necesitaba, más que nunca, compartir con ellas cómo se sentía y lo que tenía pensado.

—¡Cass, aquí! —dijo Rachel, levantando la mano.

—Hola, ¿cómo vais de tiempo? —preguntó ella.

—Yo de culo —respondió Sam—. Solo tengo media hora.

—Yo bien —señalaron Olivia y Rach.

—¿Qué era lo que tenías que decirnos que no podía esperar a esta tarde? —añadió Sam, masticando a toda prisa la ensalada de salmón.

—He cancelado todas las reservas de la boda —dijo con media sonrisa.

—¿Y...? Esa cara de «he hecho una fechoría» te está delatando —soltó Rachel antes de morder su burrito.

—Esta mañana me he presentado en el hotel donde se iba a celebrar el banquete. Tras esperar media hora a que llegara el responsable, lo he cancelado. —Cass se mordió el labio, pero no pudo contenerse y soltó una carcajada—. Se han quedado con el 10% de la reserva, ¡y eso lo pagó Bill!

De pronto, las tres aplaudieron mientras Rachel silbaba y golpeaba la mesa. La gente del restaurante de comida rápida ni se inmutó. Ese comportamiento era muy habitual en aquel establecimiento, así que los pocos presentes siguieron a lo suyo tras mirarlas solo un instante.

—¡Eres una *crack*! —gritó la profesora.

—Estoy muy orgullosa de ti. —Sam se levantó y le plantó un beso enorme en la mejilla.

—He de decir que me has dejado muy sorprendida. Jamás pensé que serías capaz de mandarlo a hacer puñetas, pero aquí ese hijo de perra ya no es lo importante. A mí lo que me interesa es que nos detalles, minuto por minuto, qué pasó el sábado por la noche con Adam.

—Oli haciendo gala de su capacidad de síntesis —se burló Rach.

—Argggg, ¡calla y déjala hablar! —se quejó la periodista.

—Como no os comportéis, os echo la soda por la cabeza, ¿entendido? —amenazó Sam.

—¡Sí, mamá! —respondieron las dos.

—Bueno, Cass, ¿nos cuentas las proezas del escritor? —añadió Olivia elevando ambas cejas.

Ella no tuvo más remedio que reír. Adoraba esos momentos estando las cuatro juntas, pero sabía que pronto se acabarían. Desterró ese pensamiento y decidió compartir algo jugoso para que dejaran de sonsacarla.

—Adam es... perfecto.

Cassandra no dijo nada más, sino que se dedicó a masticar despacio mientras las miraba con una expresión indescifrable.

—¿Nos tomas el pelo? —soltó Rachel—. ¿Que como folla? —añadió bajando la voz.

Las cuatro rieron por su pregunta nada discreta.

—¿Es que no me has oído? Que es... perfecto —dijo abarcando con sus delicadas manos un espacio determinado bastante específico.

—Sí, claro. —Olivia elevó un hombro en señal de incredulidad.

—Joder, me voy a apuntar que hoy conseguiste que Oli dijera solo dos palabras —declaró Rach convencida.

Una carcajada rompió el silencio que se había formado tras el comentario de Rachel.

—Fue increíble. No sé cuántas veces logró que me... Jamás había sido el centro de atención de nadie, ni siquiera de Bill, pero él lo consiguió, aunque ambos sabíamos perfectamente que solo era sexo. Adam hizo que me sintiera deseada, incluso podría decir

valorada. —Los ojos de Cass se empañaron un poco, pero ninguna dijo nada—. Se preocupó por mí para que todas las veces yo... —Dejó escapar un suspiro—. Pasamos la noche juntos y me quedé a dormir en su hotel hasta cerca de las ocho. Compartimos algo especial, algo distinto a lo que se suponía que era aquello. Pero no os confundáis, me siento de maravilla porque no tengo que dar explicaciones y no siento por él nada más allá del puro agradecimiento por haber hecho que me corriera incontables veces —añadió muy bajito con una sonrisa pícara.

Las tres se quedaron muy calladas. Aquella mujer que les estaba contando su primera noche de sexo sin compromiso no se acercaba ni de lejos a la chica que conocían. Parecía que, de pronto, fuera más madura. Más seria. Más segura de sí misma.

Como si hubieran hecho un pacto, las cuatro tomaron un sorbo de sus bebidas para digerir lo que acababa de contarles.

—Joder, Cass, me has puesto cachonda —dijo Rachel para deshacer aquel ambiente de pura envidia por la noche que había pasado su amiga.

—Como siempre, tan soez —se quejó Olivia.

—¿Y no te gusta ni un poquito? —preguntó Sam, que no podía creer que su hermana cambiara de la noche a la mañana con tanta facilidad.

—¿Gustarme? ¡Pues claro! Es guapísimo, y no olvido que tiene un cuerpo de infarto. Me encanta su barba recortada y su pelo despeinado, pero «Míster Polvo» es solo eso.

—¿Y cuándo vuelva a Nueva York? —insistió Sam—. Sabes que Maverick es...

—¿Y...? —la interrumpió ella—. Ya no estaré aquí.

Sus amigas la miraron con los ojos como platos. Ninguna conocía aún sus planes, así que el semblante de las dos cambió por completo al oír cuáles eran las intenciones de Cassandra.

—Entonces, ¿dejarás Nueva York? —dijo Rach en nombre de las dos.

—Sí, aunque aún no sé a dónde iré. Esta tarde tengo que llamar a Parker para cancelar mi contrato formalmente. Después de ser libre, me dedicaré a inundar el país con mi currículum. Así que deseadme suerte para encontrar algo lo antes posible.

—¿Y la productora? —preguntó Rachel.

—Lo último que necesito es ver a Caleb a diario. No, gracias.

—Tu hermano no es tan malo.

—Rach, mi hermano es una serpiente —respondió Sam por ella—. Bueno, chicas, me tengo que ir. A ver si quedamos antes de que Cass se vaya. —Miró a su hermana mientras dibujaba media sonrisa—. Estoy segura de que te saldrá algo pronto. Tu talento salta a la vista, y Parker lo va a lamentar más que nadie porque sabe lo que va a perder. Así que ve preparándote porque te veo haciendo las maletas antes de lo que piensas.

—No creo... —soltó Cassandra.

—Hazme caso, Pretty Woman. Te van a llover las ofertas.

Sam se despidió. Las tres permanecieron en la cafetería un poco más, rememorando la noche del sábado hasta que se acabó la hora del almuerzo.

De camino a casa de Samantha, Cass pensó en las palabras de su hermana. Lo cierto es que dudaba mucho de que le fuese tan fácil encontrar trabajo. No digamos ya como editora, que era un mundo tan hermético como complicado, sino en cualquier puesto relacionado con el gremio.

Tras vestirse con algo cómodo, cogió el portátil y abrió el currículum para actualizarlo. Miró el reloj, aún le faltaban un par de horas para su cita con Thunder. Tenía tiempo de sobra, pero no se veía capaz de enfrentarse a Parker. Así que, mientras terminaba de retocar las fechas en el documento, decidió darse media hora antes de hacer esa llamada.

Posponer lo inevitable solo empeoraría las cosas, y ella ya había dejado de esconder la cabeza como un avestruz.

CAPÍTULO 10.

una llamada inevitable Y UN CAMBIO NECESARIO

Cassandra, tras una última revisión, dejó el portátil a un lado. Había llegado el momento de hablar con su jefe. Antes de marcar, se levantó por un vaso de agua helada. Bebió un par de sorbos y volvió a sentarse en el sofá, tratando de buscar una estrategia para abordar el tema. Aún no sabía cómo iba a enfrentarse a la disputa que suponía que tenía garantizada con él, pero apartó los miedos a un lado e hizo la llamada.

—¿Cassandra?

—Hola, Parker.

—¡Al fin! ¿Se puede saber qué es lo que ha pasado entre Bill y tú? Nora lleva como loca desde la madrugada del viernes. No para de llamar a tu madre porque tú no le coges el teléfono —dijo con la voz muy seria—, y mi hijo está que no se le puede ni hablar.

—Bueno, es lo que suele ocurrir cuando te pillan in fraganti. Y discúlpame con ella, pero solo he hablado con mi familia porque no me apetecía tener que comentarlo con nadie más.

Él dibujó una mueca reprobatoria mientras pensaba que Cassandra quizás no quería comentarlo con nadie, pero bien que no había tenido reparos en hacerlo por escrito con todo lujo de detalles.

—Ya. Lo comprendo, no creas —acabó diciendo—. He leído con detenimiento tu wasap. —Carraspeó para evitar repetir lo que ella había compartido—. Después he hablado con Bill. Insiste en que todo ha sido un error, que malinterpretaste lo que... Bueno, lo que explicaste de forma tan detallada. —Nada más decirlo, cerró los ojos mientras le daba vueltas a si la versión de su hijo era del todo cierta.

Parker, que había comenzado la conversación tratando de refrenar su instinto de confiar en la palabra de Bill sin haber escuchado primero a su futura nuera, había acabado pensando si las cosas, quizás, fuesen diferentes. Algunas dudas comenzaron a mellar su confianza en la palabra de su primogénito. ¿Y si Cassandra no había mentido? ¿Y si lo que había descrito en ese wasap interminable no era más que la verdad? Se dio cuenta de que el caso se reducía a solo dos posibilidades: creía en su palabra o, por el contrario, en la de su hijo.

Bill le había jurado que todo era una invención. Peyton y él solo estaban tomando una copa cuando Cassie los vio. Cegada por los celos, había tenido una reacción exagerada ante una situación inocente entre amigos. Le aseguró que solo estaban allí para organizarle una sorpresa que, por su culpa, se había ido al traste. Parker analizó un instante su forma de actuar. En cómo se había dedicado a llamar a todo el mundo para intentar detener la avalancha de críticas. Le había insistido, una y otra vez, en que solo eran culpables de querer hacer un regalo. Y no había dudado en convertir a Cass en una histérica mentirosa, alegando, hasta la saciedad, que era solo un malentendido.

Ella dejó escapar un suspiro de cansancio al saber que el cínico de su exprometido estaba tratando de dejarla en mal lugar, pero no iba a amilanarse. Puede que en el pasado hubiera cedido al sentirse presionada. ¡Qué demonios! Incluso unos días atrás no hubiese sido capaz de contradecir a Peyton, mucho menos a Bill. Pero esa Cassandra ya no existía e iba a mantenerse firme en su decisión.

—Parker, no me importa nada lo que te haya contado Bill. Te aseguro que no es un error.

Los vi... —Se le quebró la voz solo un instante, pero se recuperó enseguida al sentir una rabia incontrolable—. Los vi desnudos, así que no cabe ninguna malinterpretación. Puedes creerme o no, me es indiferente. Lo único que voy a añadir es que reitero lo que te escribí: la boda está anulada y dejo el trabajo.

Cass soltó la última frase sin anestesia. Ni ella misma se creía que hubiera tenido el valor de decirlo en voz alta.

—¿Es eso cierto? Entonces, ¿mi hijo ha mentido?

—Es lo que acabo de decirte, Parker. Además, lo has leído...

—Sí, claro que lo he leído —la interrumpió—, pero Bill insiste en...

—¿Bill se estaba follando a Peyton en nuestra casa! ¡En mitad del salón! ¿Me puedes decir qué malentendido hay en eso? ¿Qué más necesitas de mí? ¿Un croquis?

Su suegro se sentó de golpe en la silla de despacho. Es cierto que le había concedido el beneficio de la duda a su hijo. Incluso había pensado que pudiera ser solo una pataleta de ella por algún capricho de última hora. Pero, en su fuero interno, sabía que eso era imposible. Desde que la conocía, Cassandra se había comportado de forma impecable. Era muy educada, seria y juiciosa. Siempre decía la palabra adecuada. En el trabajo, era una profesional excelente, y su olfato para descubrir nuevos talentos era infalible. Oír de sus labios lo mismo que decía el wasap lo convenció de que «el maldito malentendido» en el que insistía Bill no era verdad, sino que había sucedido tal y como ella lo había descrito.

—¿Si solo faltan tres meses para la boda! —dijo Parker casi en estado de *shock*.

—¿Crees que lo he olvidado? Yo no, pero, desde luego, él sí.

—¿Y vas a dejar tu vida y tu trabajo por... esto?

—Lo dejo por mí, Parker. Primero, porque me respeto y, segundo, porque no sería capaz de verlo a diario.

—Pero no puedes hacerlo. Te recuerdo que firmaste un contrato.

—¿Acaso vas a impedirme que me vaya porque tengo que cumplir una promesa? Tu hijo me hizo una, ¡y mira dónde estamos!

En ese momento, oyó una voz femenina gritando justo al otro lado. Era Nora, la madre de Bill, que, desquiciada, vociferaba que aquel wasap era una sarta de mentiras y que debía rectificar de inmediato. Por supuesto, no creía nada de lo que había escrito su nuera y exigía que se retractara o habría terribles consecuencias para ella y su familia.

Cass escuchó cómo Parker tapaba el altavoz con la mano para decirle a su mujer que se mantuviera al margen porque las cosas parecían que no eran como se las había explicado Bill. Estuvo a punto de colgar, pero su jefe la sorprendió con su propuesta.

—Necesito verte, Cassandra. Esto no es algo que podamos resolver por teléfono. ¿Podrías venir esta tarde a la editorial? —Trató de negociar porque así, con Nora gritándole cada dos minutos, era imposible aclarar nada.

—¿Ir a la editorial? Ni hablar. ¿Qué es lo que pretendes? ¿Hacerme una encerrona? Estoy segura de que Bill estará allí, y no quiero...

—Mi hijo no estará, eso te lo aseguro.

—No, lo siento. En este momento, no puedo confiar en tu palabra.

—Está bien, Cassandra, lo entiendo. Si lo prefieres, podemos quedar en alguna cafetería. ¿Mañana sobre las diez?

Ella no sabía qué responder. Por una parte, podría entregarle la renuncia en mano. Además, contar en persona lo sucedido quizás la ayudara a dejar algunos demonios atrás. Puede que su jefe no fuera el más indicado para hacerlo, pero quería solucionar lo del trabajo lo antes

posible. Así que se armó de valor y aceptó su improvisada invitación.

—Está bien. Mañana a las diez en el Starbucks del 1290 de la sexta avenida.

—Perfecto, mañana a las diez en el Starbucks del 1290 de la sexta avenida —repitió sin saber que alguien más estaba escuchando—. Allí estaré.

—Parker...

—¿Sí?

—Ven solo.

—Eso no hacía falta decirlo.

—Te llevaré mi renuncia por escrito.

A Morris no le dio tiempo de contestar porque ella ya había colgado. Cassandra no sabía qué le estaba sucediendo. Hacía mucho tiempo que no contradecía a nadie, y llevaba casi cuatro días siendo otra persona. Claro que esa no era una situación cualquiera. El que creía el amor de su vida, su media naranja, el hombre con quien iba a tener hijos, con el que iba a envejecer y ser feliz para siempre había derribado de un golpe todos sus sueños. De modo que supuso que el maldito Bill le había reactivado en lo más profundo de su ser el coraje necesario para afrontar todo aquello.

Después de hablar con su jefe, se había quedado helada. Una fuerte necesidad por notar los rayos del sol en la cara la hizo dirigirse hacia la ventana. Nada más abrirla, una brisa templada calentó todo a su paso. Todo, menos su corazón. Al poco la cerró, sintiéndose algo más calmada. Miró el reloj. Debía vestirse porque tenía una cita, y no quería retrasarse.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, entraba por la puerta de la peluquería Thunder Style, propiedad de una de las mejores amigas de Sam desde el instituto.

—Bueno, bueno, bueno. ¡No me creo que estés aquí para hacerlo! —dijo la chica con el pelo rojo como el fuego y las raíces de color amarillo intenso.

—Hola, Thunder. Pues créetelo porque...

—¡Espera un momento! ¿Y tus lentillas?

—En la basura.

La peluquera se acercó hasta ella para darle un enorme abrazo y un beso.

—Estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias, Thun. Oye, ¿me vas a contar algo de ese *look* tipo Leeloo de *El quinto elemento*? —bromeó Cass mientras jugueteaba con un pequeño mechón.

—Perdí una maldita apuesta con Never —dijo a la vez que señalaba con la cabeza a su empleado.

—Hola, Pretty Woman —respondió el acusado.

—Pero, Nev, ¿por qué? —Cass frunció los labios.

—La culpa es suya. La última vez perdí yo y me obligó a pasarme toda una semana como Leonardo DiCaprio en *El gran Gatsby*.

Los tres rieron a carcajadas.

—Bueno, Cass, siéntate aquí y dime qué quieres —dijo Thunder.

—Quiero volver a ser yo. Pelirroja y con el pelo rizado. Ah, y no olvides estas horribles cejas rubias. ¡Fuera! Lo quiero todo fuera. —Se quedó un momento mirándose en el enorme espejo—. Quiero que me saques algunas capas y recortes las puntas. Eso sí, no me pongas un color rojo estridente. Solo trata de sacar el mío natural. Te enseño algunas fotos antiguas y a ver qué puedes hacer.

Thunder le cogió el móvil y repasó varias veces una docena de fotos de Cass. Consultó con Never y entre los dos consiguieron el tono justo que buscaba su amiga.

—Perfecto, guapísima, ya lo tenemos. Cuando salgas de aquí, ten cuidado, ¡igual te para Richard Gere!

Volvieron a reír.

—¿Sabes que ese chiste está ya demasiado trillado? —se quejó ella haciendo un gracioso mohín.

—A mí no me la cuelas, así que te aguantas, «Julia».

—¡Ya quisiera esa ser tan guapa como nuestra Cass! —dijo Never mientras aplicaba un tinte fucsia a una clienta.

—Bueno, vamos al lío. —Se agachó hasta poner la cara a su altura, mirando ambas al espejo—. Estas a solo tres horas de volver a ser tú.

Cass se emocionó de verdad. De pronto, sus palabras le llegaron muy hondo y no pudo sino fruncir los labios para evitar que la emoción que reflejaban sus ojos estropeara el comienzo de algo bueno.

Thunder la besó en la frente y comenzó a dividir su cabello. Cassie desaparecía con cada aplicación de color, dejando paso a la verdadera Cassandra. Una sonrisa inundó su cara al darse cuenta de que eso no era solo lo que necesitaba, sino lo que quería con todas sus fuerzas.



Sobre las ocho de la tarde, Alex llegó a casa. La reunión con la productora y el vuelo habían terminado por agotarlo. Hizo un par de llamadas rápidas a su hermana y a Isaiah para decirles que estaba sano y salvo. Cenó un poco mientras veía algo en la televisión y, a las once de la noche, decidió que era una hora perfecta para irse a dormir.

El martes se levantó al amanecer lleno de energía. Estuvo escribiendo sin parar hasta casi las dos de la tarde. Apenas había descansado una hora para picar algo y darse un chapuzón rápido en la piscina. Su mente hervía con las ideas más descabelladas y se sentía muy satisfecho de las situaciones que les estaba imponiendo a sus personajes porque los estaba llevando al límite.

Mientras tecleaba sin parar, no podía dejar de reproducir las conversaciones con Cassandra y todo lo que habían compartido. Tomó notas de las sensaciones que le había causado a él y las reacciones que había tenido ella en cada momento. Por supuesto, no añadió su nombre a las múltiples páginas, aunque sí las llenó con notas muy explícitas. Tres horas después, apagó el portátil muy satisfecho por todo lo que había logrado avanzar en ese día. La sexta novela arrancaba con fuerza y, por mucho que no quisiera pensar en ello, Cass había sido su fuente de inspiración.

Cogió el coche para dirigirse a la casa de su hermana, ya iba siendo hora de recoger a su gata. Llevaba casi tres semanas fuera y la echaba de menos.

Al tocar el timbre, Alice lo recibió con una enorme sonrisa y un fuerte abrazo.

—¡Alex, por fin! Pasa, pasa... —dijo mientras lo abrazaba y le plantaba un beso en la cara.

—Hola, Wonderland, ¿dónde está el torbellino de mi sobrina? Me extraña que no esté gritando y dando saltos.

Alice se enterneció al oír cómo su hermano menor la seguía llamando con el mote que le puso de pequeños nada más leer juntos la novela de Lewis Carroll, *Alice in Wonderland*.

—He obligado a Zac a ir con Madison al centro comercial para que no vea cómo te llevas a Anora. Seguro que monta una escena digna de la mejor actriz de Hollywood cuando vuelva y vea que no está. No sé cómo mi hija se ha encariñado tanto con ella si yo no la puedo soportar. ¡Estoy harta de aspirar! ¿Es que compraste la gata que soltaba más pelo por metro cuadrado o qué?

El escritor se echó a reír y pasaron al salón, donde la aludida había tomado posesión de uno de los sofás y dormitaba relajada como si la casa fuera suya.

—Aquí estás, granujilla... —Alex la cogió en brazos y la gata lo miró con la indiferencia de saberse la dueña del mundo.

—Mírala, ¡es una tirana! —Ambos rieron de nuevo—. Bueno, en orden. Cómo está Lucille, cómo van las ventas y en qué ha quedado la reunión con la productora. ¿Te apetece un café?

—Claro. Venga, voy contigo a la cocina —respondió Alex. Alice encendió la cafetera espresso y sacó las tazas—. Lucy está genial, y cada día que pasa me doy más cuenta de que es única. Se comportó como una fiera y ha conseguido un trato impresionante. Ya veremos si los Wallace cumplen lo que nos comentaron, primero tenemos que leer con siete ojos todas las cláusulas. Y de las ventas casi no quiero ni hablar porque están yendo de maravilla.

—Pues me alegro por todo, pero ten cuidado. Los grandes solo quieren más dinero y, casi siempre, son los pequeños los que más sufren —dijo Alice mientras servía el café.

—Lo sé. Es normal que se preocupen por sus intereses como yo lo hago por los míos, pero no nos vamos a dejar engañar. Además, saben que, por cómo están posicionados los libros, la repercusión en taquilla puede ser inmensa. De modo que no creo que quieran perder la oportunidad de ganar un pastizal.

—Y tanto que no.

—¿Y vosotros? ¿Cómo va todo?

—Estoy como tú, ¡no quiero ni hablar! Zac está a punto de cerrar un contrato con una multinacional que tiene hoteles por todo el mundo.

—Pero ¡qué buena noticia! ¿Y cuándo sabréis algo más?

—El viernes tiene la reunión, así que ¡cruza los dedos! Si pudieras echarle una mano con algunos diseños, estaría genial.

—Pues claro, esta noche me pongo a ello.

—Alex, eso sería un cambio brutal para la empresa. Necesitaríamos alquilar una nave, maquinaria nueva, más personal...

Alice bebió un sorbo de café y se mordió el labio inferior por la emoción.

—Estoy seguro de que lo conseguirá. ¿Sabes cuántos modelos necesita?

—No, pero le vendrán bien todos los que puedas hacerle.

—Dile que cuente conmigo y que me llame cuando vuelva, así concretamos qué busca para perfilarlos al máximo.

—Eres el mejor hermano del mundo. Lo sabes, ¿verdad?

—Y el mejor escritor, no lo olvides.

Alice se puso a observar el techo a propósito. Después miró a Alex y ambos estallaron en carcajadas.

—Bueno, ahora cuéntame algo sobre las presentaciones. ¿Qué tal han ido? Y lo más importante, ¿has conocido a alguien?

Esta vez el que miró al techo fue él. Su hermana lo golpeó en el brazo para que lo soltara todo.

—Vale, vale. Eres como Lucy, ¡implacable!

—Toma, ¡pues claro! Soy tu hermana y quiero todos los cotilleos.

—Las presentaciones han ido mucho mejor que en las anteriores novelas.

—Oh, Alex, ¡cuánto me alegro!

—En cuanto al resto, como siempre.

El escritor fijó la vista en su taza medio llena y no pudo evitar formar una sonrisa.

—No te creo. Has conocido a alguien.

—¿Yo? —dijo alargando la palabra.

—Adam Alexander Wright, mírame ahora mismo a los ojos. —Él lo hizo con un gesto de burla—. ¡Su nombre!

—No es nadie. No fue más que una noche.

—Y Zac solo iba a ser un rollo de verano —puntualizó Alice.

—Primero, no quiero ni voy a volver a enamorarme y, segundo, es imposible.

—¿Imposible? ¿Por qué?

—Es Cassandra Wallace.

—¿Wallace? ¿De los Wallace... Wallace? ¿La productora?

—Sí, y ya conoces el dicho: «No cagues donde comes».

—Argggg, ¡qué soez!

—Lo sé, pero no puedo ni quiero arriesgarme a perder la oportunidad de firmar ese contrato. Mi trabajo es lo primero.

—Eso lo entiendo, y es completamente razonable.

—Exacto.

—Mírame, Alex.

Él lo hizo a regañadientes. Alice se quedó un momento en silencio, escudriñando los ojos de su hermano.

—¿Qué?

—La vida pasa en un parpadeo. No la pierdas por una cabezonería. Esa chica...

—Cassandra. Cass.

—Cass... —Alice volvió a morderse los labios mientras pensaba—. ¿Pasasteis la noche juntos?

—Sí.

—¿Solo?

—¿Sabes que podrías ser detective privado?

—Pues claro. ¿Quieres contestarme? —insistió ella.

—Se quedó a dormir.

—Alex, eso es...

—Eso fue un tremendo error —la interrumpió—, pero era de madrugada y no tenía ganas de coger un taxi para acompañarla a casa. Estaba rendido de todo el día. Solo se quedó a dormir en mi hotel, no le des más vueltas.

—Como quieras, pero déjame decirte una cosa más. Mamá y papá...

—No, Alice. Hoy no, por favor.

—Yo también los echo de menos, Alex. Por eso mismo, piensa que todo puede desaparecer de un momento a otro. Vive, ¡por favor!

—Vivo, Wonderland, solo que no del modo que te gustaría.

—Está bien, dejo de insistir.

—Gracias. Ahora me llevo a esta preciosidad antes de que venga Madison. Lo dicho, que

Zac me llame y me pongo con los diseños. Hoy he avanzado mucho con la nueva novela, así que puedo tomarme el resto de la noche libre.

—Estupendo. Anda, dame un beso.

Alex la abrazó y se despidieron. Diez minutos después, salía con Anora en el transportín. Al llegar a casa, sacó a la gata y la dejó a sus anchas. Después se dirigió a su despacho y encendió el portátil, conduciendo de vuelta se le habían ocurrido varias ideas y quería dibujarlas cuanto antes.

De pronto, un wasap rompió su concentración. Maverick le había enviado una foto con Cassandra y él saludando con sus copas. Sonrió y bloqueó el móvil. Dos minutos después, volvió a desbloquearlo.

Mirándola pensó en las palabras de Alice, pero no podía ser. Cass era una Wallace y sus novelas siempre estarían muy por encima de su corazón.

CAPÍTULO 11.

UNA ENCERRONA NO A PROPÓSITO

El martes, Cass se levantó muy temprano. Se preparó un café bien cargado, pero no comió nada. No podía. Tenía el estómago cerrado. Mientras pensaba en que en poco más de hora y media se encontraría con Parker, un miedo irracional la inundó. ¿Y si la traicionaba y aparecía con Bill? Trató de tranquilizarse porque él le había prometido que se presentaría solo. Y su jefe, hasta el momento, siempre había cumplido lo que decía.

Volvió al baño a echarse un último vistazo. Máscara de pestañas, un poco de colorete y su labial preferido. Sus diminutas pecas resaltaban mucho más sin aquella base de maquillaje tan cubriente, y parecía bastante más joven. Eso tendría que bastar porque había dejado de importarle lo que pensarán los demás. Sonrió al comprobar que su aspecto ya no era el de la perfección absoluta de la que tanto hablaban su madre y Bill.

Llegó unos minutos antes de la hora prevista. Miró hacia dentro y vio a Parker solo, sentado frente a una taza de café. Le extrañó ver al hombre con cara de preocupación, aunque la situación no era para menos. Bill los había sorprendido a todos por partida doble. Primero, engañándola, y, segundo, mintiendo con descaro sin ningún tipo de escrúpulos.

Inspiró con fuerza para darse ánimos, ya que estaba a un paso de dejar atrás su prometedora carrera. Sujetó con determinación la carta de renuncia y echó otro vistazo al interior de la cafetería para asegurarse de que Bill no estaba allí. Algo más tranquila, al cerciorarse de que no se encontraba entre los clientes, se decidió a entrar.

Nada más verla, Parker se puso en pie. La saludó con un gesto de cabeza y se ofreció a invitarla a lo que quisiera. Cass se extrañó de su amabilidad, pero le agradeció el detalle y aceptó un cappuccino para tener algo entre las manos. Su jefe asintió y le trajo la bebida. Tras sentarse, le dio un largo sorbo a su café.

—Cassandra... —comenzó el editor, realmente abrumado por las circunstancias—. No sé ni qué decir.

—Es que no hay mucho más que añadir.

—Has vuelto a tu color de pelo, y tus ojos...

—Sí, esta soy yo, Parker. Bill me anuló hasta ese punto, pero eso se ha terminado. En fin, como te prometí, aquí tienes la carta con mi renuncia.

—Ni puedes ni debes. Eres un activo muy importante para la editorial. Confío en tu buen criterio para encontrar historias excepcionales, y no te aconsejo que dejes que esto destruya tu carrera.

—Eso lo tenía que haber pensado Bill antes de comportarse como un conejo con Peyton.

—Cass no estaba dispuesta a sentirse mal por su decisión y respondió lo que sentía.

—No puedo creer que fuera capaz de engañarte y que después tuviera la poca decencia de contarnos esa estupidez.

—¿Qué estupidez?

Parker le compartió la coartada sin pies ni cabeza que había concebido su hijo. Cassandra solo negó al escucharlo y se decidió a preguntar algo de lo que acababa de darse cuenta.

—Tengo una curiosidad: ¿por qué has decidido crearme?

—Soy viejo, pero no tonto. Sé distinguir una mala historia nada más oírla, y Bill no es tan buen mentiroso como se cree.

Cass unió los labios en algo que Parker no supo definir si era una sonrisa, un gesto de resignación o de desprecio. Aparcó esa deliberación para más tarde, o quizás nunca, y esperó su respuesta.

—Lo sé.

—Además, quién se puede tragar que un jueves por la noche estés tomando una copa de vino con la dama de honor de tu boda para darle una sorpresa a tu prometida. Es infantil y poco creíble. —El editor bebió otro sorbo y Cass le dio la razón con un gesto—. Lo que sí me gustaría preguntarte es por qué fuiste al ático. ¿Sospechabas algo?

—No, claro que no. Esa tarde solo había ido al apartamento para llevar unos regalos. Mezclé las bolsas y me dejé la del manuscrito que estaba leyendo allí. Al llegar al aparcamiento de casa, me di cuenta. Decidí regresar por él para continuar avanzando con la historia, ya que me parecía que era bastante buena. Lo que jamás pensé fue encontrarme esa escena de porno barato. —Nada más decirlo, se arrepintió al ver la cara de su jefe—. Lo siento, Parker. Sé que tú no tienes la culpa. Ha estado muy mal por mi parte descargar en ti mi... profunda decepción.

—No hace falta que te disculpes, Cassandra. Si fuera al revés, no sé qué hubiera sido capaz de decirte.

Ambos bebieron para dejar pasar ese momento incómodo. Cass agradeció el calor que desprendía aquel maravilloso líquido y encontró el arrojo necesario para mantenerse firme. Miró el sobre encima de la mesa y lo acercó a Morris.

—Sabes que tienes un contrato por cinco años y aún te quedan...

—No me queda nada, Parker. Bill se ha encargado de arrebátarmelo todo. No quiero llegar a esto, pero si insistes en obligarme a cumplir esos dos años que me quedan, daré la exclusiva a bombo y platillo en todos los periódicos, incluidas las revistas del corazón. Sabes que tengo contactos y buenos amigos en los medios.

—No deberías amenazarme cuando estoy tratando de entenderte y ponerme en tu lugar.

—Pues hazlo, por favor, pero de verdad. Déjame ir. No me veo capaz de ver de nuevo a Bill, y, menos aún, de trabajar juntos en la editorial.

Parker pensó en las consecuencias de la renuncia de Cassandra. Dejar a una de sus mejores editoras no era lo que tenía en mente. El ojo infalible de su futura nuera no había parado de darles un *best seller* tras otro desde que comenzó a trabajar en la empresa y, por culpa de su hijo, la iban a perder para siempre.

De pronto, sintió una rabia que le llevó a decir algo para lo que ella no estaba preparada.

—Lo entiendo, Cassandra. Solo te pido que no dejes tu trabajo por ahora. Déjame unos días para pensar. Tómate un par de semanas de vacaciones pagadas. Considéralas un regalo por... por todo el daño que te ha hecho mi hijo, pero no te vayas aún. Encontraré una solución a este maldito embrollo.

—Parker, yo...

—Merece que lo desherede —dijo al pensar en Bill, frotándose la cara. Ella lo miró asombrada—. Sí, se merece un escarmiento. Para colmo, no puedo despedirlo. Mi mujer pondría el grito en el cielo, y solo puedo gestionar una hecatombe a la vez. Al menos puedo darte esas vacaciones.

—Gracias por el detalle, pero no puedo continuar viviendo en Nueva York. Tranquilo, estoy segura de que no tendrás ningún problema en encontrar otra editora. Además, ahora mismo, no sería capaz de leer ni una sola novela romántica más.

—Cassandra, solo puedo decir que lo siento.

Parker la apreciaba de verdad y no sabía muy bien cómo iba a afrontar su pérdida si finalmente cumplía lo que decía esa carta. La conocía desde que era adolescente. Sus familias habían coincidido en los Hamptons en numerosas vacaciones de verano y eran amigas desde hacía años. La unión de sus hijos era algo casi obligado. Primero, por la atracción que habían sentido desde que se conocieron. Segundo, y más importante, por el amor forjado a fuego lento hasta que llegó lo inevitable y se comprometieron. Ahora nada de eso tenía sentido. Pensar en que su hijo se había encargado de destruir todo lo que habían creado juntos hizo que se lo llevaran los demonios.

—Parker, no ha sido culpa tuya. Eso sí, te agradezco que estés de mi parte, o que al menos lo intentes. Pero mi decisión está tomada. Ahora mismo no puedo pensar en nada más que dejarlo todo y comenzar de cero.

—Está bien, Cassandra —aceptó Morris sin rechistar.

Esa respuesta afirmativa la cogió por sorpresa porque no esperaba convencerlo tan pronto. Aquello logró que algo se removiera en su interior y le proporcionó la entereza suficiente para darle una vuelta más de tuerca a la negociación.

—Pero si encuentro otro trabajo antes... —dijo casi como una amenaza.

El editor se quedó en silencio un instante mientras se planteaba una de las ideas más descabelladas que había tenido hasta el momento. Miró a su exnuera y decidió compartirla con ella.

—No mereces lo que te ha hecho Bill, Cassie. —Ella apretó la mandíbula al oír ese diminutivo, pero Parker no se dio cuenta y prosiguió—. Pero sí tener una oportunidad, así que déjalo en mis manos...

—¿En tus manos? —lo interrumpió—. Mira, Parker, yo creo que...

—¿Qué te parecería si te consiguiera una entrevista en Elegant Books?

La expresión de Cass cambió por completo. Sujetó su taza con firmeza y pensó con cuidado sus siguientes palabras.

—¿Lo dices en serio?

—No te prometo nada, pero Samuel es un buen amigo. Hablaré con él y haré todo lo posible para conseguirte una entrevista.

Ella lo miró sin saber qué pensar. Samuel Brown era el jefe de Elegant Books, la editorial más importante de todo el país y su mayor competidora. No podía creer que fuese a llamarlo y, menos, que le pidiera el favor de darle una oportunidad.

Lo miró con recelo hasta que acabó diciendo:

—¿El señor Brown es un buen amigo? Pensaba que era tu rival.

—Y en los negocios lo es, aunque eso nunca nos ha impedido continuar nuestra amistad a lo largo de los años.

—No es que dude de tu palabra, solo es que me resulta muy difícil de creer. ¿Qué ganas tú con todo esto? —preguntó escéptica.

El editor dibujó una sonrisa cansada.

—Cassandra, veo que no lo entiendes. Yo te aprecio de veras. Ibas a ser mi hija, pero nada es como uno quiere. No puedo cambiar lo que Bill ha hecho, aunque sí hacer bien las cosas y ayudarte con tu carrera.

Al decir esas palabras, su hijo apareció en el Starbucks y fue directamente hacia ellos. La cara de sorpresa de Parker no le dejó ninguna duda a Cass de que él no la había vendido. Aun así, no le quedó más remedio que enfrentarse a su ex en mitad de la cafetería. Justo todo lo contrario

de lo que deseaba hacer.

En cuando llegó a la mesa, el más joven de los Morris comenzó a discutir.

—¡Por fin das la cara, Cassie! ¿Por qué enviaste ese wasap difamándome? Por el amor de Dios, ¿qué es lo que te has hecho en el pelo? —preguntó Bill con un tono que hizo que todo el local se fijara en él.

—Haz el favor de bajar la voz —respondió Cass avergonzada.

—¿Y tú qué haces aquí? ¿Es que me has seguido? —preguntó Parker molesto por la interrupción.

—Mamá te oyó ayer y me llamó para avisarme. No puedo creer que no me hayas dicho que ibas a verla después de lo que ha hecho —escupió, mirándolo con desprecio. Después se dirigió a ella sin suavizar la expresión—. Y tú, aparte de mentir descaradamente, estarás muy orgullosa de ti misma por haber destrozado en tres días todo lo que había conseguido contigo. Con ese pelo pareces una salvaje. Para colmo, vas vestida de camarera y, cómo no, ¡las puñeteras Converse!

Cassandra se levantó de golpe para irse. No podía continuar allí escuchando cómo la humillaba. Pero Bill no estaba dispuesto a dejarla ir sin solucionar el caos que él mismo había creado y la sujetó por el brazo sin delicadeza.

—Suéltame ahora mismo —dijo ella con los ojos inyectados en sangre por la ira.

—No, Cassie —vocalizó muy despacio su nombre, casi como si fuera una burla—, ni hablar. Escúchame bien: vamos a casarnos en tres meses y se acabó. Escribirás otro wasap aclarando que todo lo que has dicho es mentira y te disculparás públicamente. No creas que puedes arrastrar mi nombre por el barro y que eso no va a tener consecuencias. Y volverás a tu aspecto de siempre, que pareces salida de un circo.

Ella no pudo evitar quedarse con la boca abierta ante lo que le estaba exigiendo Bill. Parker no se quedó atrás. El numerito que estaba montando su hijo había empezado a crear un ambiente de incomodidad en la cafetería. Vio cómo una trabajadora llamaba al encargado y este salía de detrás de la barra hacia ellos.

El editor pensó que su hijo había perdido la cabeza, así que decidió echarle un cable a Cassandra para terminar con ese sinsentido que los estaba dejando en evidencia.

—Suéltala ahora mismo, Bill. El encargado viene hacia aquí —advirtió su padre.

Este miró hacia atrás y vio la cara de pocos amigos de aquel mastodonte. Soltó el brazo de la que aún consideraba su prometida y elevó ambas manos en señal de que todo estaba bien.

Pese a su intento de disimulo, el trabajador se acercó a ellos y les advirtió que, a la más mínima subida de tono, los echaría de la cafetería. Los tres aceptaron de buen grado su advertencia y Bill cogió la primera silla libre para sentarse con ellos.

Con un gesto poco delicado, obligó a Cass a volver a su sitio. Su padre se quejó por su comportamiento y ella se frotó el brazo, bajando un instante la mirada. La antigua Cassie se habría conformado, pero ella ya no era esa persona. Y se dijo que no se saldría con la suya.

—Jamás vuelvas a ponerme la mano encima —le advirtió con un tono de voz que no dejaba dudas de que hablaba en serio—. Parker, ahí tienes mi renuncia. Y tú, traidor infiel —soltó imitando las palabras de Bill—, esta vez no se te ocurra detenerme porque gritaré a todo pulmón —añadió, sacando fuerzas de donde no sabía, llena de frustración e ira.

Cass estaba temblando de arriba abajo, pero no se amilanó y sostuvo la mirada de Bill. Siempre se había sentido débil. Siempre había evitado perder los nervios y dejarse llevar por la rabia. Siempre correcta, atenta y servicial. Un prototipo hecho a medida de lo que su madre quería, exigía y necesitaba. Sabía que Grace ansiaba una hija perfecta que la hiciera sentir

orgullosa de lo que había creado con sus propias manos, solo y exclusivamente, para hacer alarde de todo lo que consideraba como mérito suyo. Pero había algo que Cassandra ignoraba y es que ella, que debía quererla y protegerla de todo lo que quisiera hacerle daño, envidiaba en secreto su inteligencia, belleza y juventud. Algo muy poco apropiado para una madre. No obstante, la vida era la que era, y al menos Grace había utilizado lo último que le quedaba de decencia para ocultárselo a todos.

—Tú no vas a ninguna parte... —respondió el menor de los Morris.

—¡Y tú vas a callarte de una puta vez! —amenazó Parker a su hijo, sosteniéndolo del brazo.

Tras soltarlo de malos modos, miró a Cassandra un instante. Su expresión hablaba por sí misma. En ese momento, el editor comprendió que ella no había inventado ni una sola palabra.

—Vete, Cassandra. —Bill iba a decir algo, pero Parker no se lo permitió mirándolo con un gesto muy serio—. Recuerda lo que hemos hablado. Dame unos días y me pondré en contacto contigo. Descansa y aprovecha las vacaciones que te he dado.

—¿Vacaciones? ¿Es que vas a dejar que se vaya así? —se quejó Bill, perdiendo la compostura.

—¡Que cierres la boca! —respondió su padre bajando la voz.

—No, Parker —dijo Cass, mirando solo a su jefe. Ya no era capaz de soportar la presencia de su ex—. Creo que lo mejor será que yo...

—El lunes, Cassandra. Por favor, espera a que te llame antes de tomar cualquier otra decisión.

Ella, como única respuesta, apretó la mandíbula y asintió, mirando al que había sido su jefe durante tres años y amigo desde hacía más de diez. Se levantó con decisión y salió de la cafetería sin mirar atrás mientras oía cómo ambos discutían, intentando no elevar demasiado la voz. Aligeró el paso por si Bill se atrevía a seguirla y llegó hasta la boca del metro. Corrió escaleras abajo con la suerte de que el tren estaba en la vía. Entró y las puertas se cerraron.

Atrás quedaba una vida que ya no consideraba como suya. Y, por primera vez desde que tenía memoria, sonrió desde las entrañas sintiéndose dueña de su propio destino.

CAPÍTULO 12.

dos llamadas decisivas

A las once y media, Alex paró para tomar otro café. El ronroneo de Anora mientras jugueteaba enrollándose entre sus piernas terminó por desconcentrarlo. Miró hacia abajo y sonrió. Con cuidado, separó la silla de la mesa para cogerla en brazos.

—¿A que va a ser que Alice tiene razón? ¡Eres una granujilla!

La gata lo miró como si pudiera entender sus palabras y volvió a ronronear, zalamera. El escritor acarició su suave pelo y ella cabeceó contra su pecho aceptando los mimos.

Al llegar a la cocina, la dejó en el suelo. Ella caminó insinuándose hasta donde tenía el bol con el agua y Alex se preparó una enorme taza de café. Llevaba despierto desde la siete, escribiendo sin parar. Ya tenía anotaciones para seis capítulos, pero aún no había comenzado la historia en sí. Regresó al salón, seguido de su fiel compañera, y abrió el ventanal que daba paso al jardín. La temperatura era deliciosa. Tras saludar al jardinero, bebió un sorbo del maravilloso líquido que daba la vida. Cerró un instante los ojos y el olor a césped cortado lo transportó a otra época feliz donde no tenía preocupaciones.

Se agachó para jugar un poco más con Anora.

—Tengo que volver al trabajo, princesa. Cuida bien de la casa.

La gata se tumbó en el suelo boca arriba y el escritor le dio la última caricia. Volviendo hacia el despacho, su móvil sonó.

—Hola, Lucy. ¿Qué tal?

—Hola, Alex. Acaba de llamarme la secretaria de Carmichael Wallace para confirmarme que siguen redactando el contrato y que nos lo enviarán en unos días.

—¿Y solo te ha llamado para eso?

—Yo creo que ha sido para que sepamos que se lo están tomando en serio y para que no hablemos con otra productora. Esa es una muy buena señal de que están verdaderamente interesados, así que es el momento de no hacer concesiones.

—¿Concesiones? Pensaba que ya habíamos cerrado el trato en la reunión —dijo el escritor, extrañado por su comentario.

—En teoría sí, pero no estaré tranquila hasta que lo vea por escrito y hayamos repasado toda la letra pequeña. Al menos esto nos confirma que siguen trabajando en ello.

—Perfecto, Lucy. De todos modos, no voy a firmar nada hasta que lo lea el abogado.

—Me parece bien. Bueno, tengo algo más que decirte. Seguro que has oído alguna vez: «Lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas», ¿verdad?

—¡No!

—¡Qué sí! ¡Las Vegas!

—Pero ¿cómo? ¿Cuándo? —Alex no sabía ni cómo reaccionar.

—En principio, la convención es para octubre. Aún lo están organizando porque acaban de empezar a llamar a los autores. Todos *best sellers*. Me han dicho que volverán a ponerse en contacto conmigo a primeros de septiembre cuando sepan la fecha exacta. Por supuesto, ya he confirmado nuestra asistencia.

—Lo que tú no consigas...

—Para nada, Alex. Esto es tuyo, yo soy circunstancial.

—Ni se te ocurra decir eso. Si aquel día no me hubieses dado la oportunidad, no tendríamos esta conversación ahora mismo.

—Todavía recuerdo a Theo quejándose porque no iba a la cama. ¡Hasta las tantas me tuviste leyendo!

Ambos rieron con ganas.

—Bueno, ¿y cómo siguen las ventas? —Alex apuró el café.

—Disparadas. Parece que tengas a toda alma viviente leyendo la nueva novela.

—¡Ya me gustaría!

—Bueno, a finales de semana tendremos las cifras. ¿Te pasas por aquí y las vemos?

—Hecho. Por cierto, ya he comenzado a tomar notas para el nuevo libro.

—¿No me digas? ¿Tan pronto?

—El fin de semana me sirvió de inspiración —dijo pensando en la noche del sábado.

—Bueno, ¿me vas a decir de una vez con quién estuviste? Sabes que no soy cotilla, pero me sigue intrigando porque tu cara del domingo no tenía precio. Venga, ¡suéltalo ya! De verdad que prometo no criticarte.

—No. Sabes que, en eso, soy un caballero.

A Alex le fue imposible no pensar en Cass y terminó dibujando una sonrisa que, por suerte, no pudo ver su editora. Aunque ella le había insistido en que le dijera quién había sido la afortunada de la noche, él no quiso compartir esa información por dos razones: no volvería a verla y era la hija del productor con el que al día siguiente iban a tener la reunión. Demasiadas coincidencias como para no poner nerviosa a Lucy.

—Como quieras, pero sabes que soy una tumba. Además, tanto secretismo me hace sospechar que la conozco —insistió para pincharle.

—No la conoces, y es lo mejor.

Lucille soltó una carcajada que contagió al escritor.

—¡Ni que me importara! Solo pregunto para fastidiarte.

—¡Pues lo haces de lujo!

—Lo sé. Venga, nos vemos el viernes. Theo me ha dicho que la semana que viene podríamos quedar en casa con tu hermana. Se le han ocurrido unos diseños que quiere enseñarle a Zac. Además, tiene muchas ganas de ver a Madison.

Tras años de intentos, Lucille y Theo no habían podido tener hijos, así que la amistad con Alex había abierto la puerta a conocer a su familia y, con ellos, a Madison, la pequeña que lo había revolucionado todo. El escritor sabía que el deseo por ver a su sobrina no era solo de su marido, pero se lo calló porque había notado la inflexión en la voz de Lucy al hablar de la pequeña. Lamentaba que su amiga no pudiera ver cumplido su sueño de ser madre, pero a veces la vida es muy injusta y parece beneficiar al que menos lo necesita o merece.

—A mi cuñado le va a venir genial. Yo también me puse ayer con otros dibujos para la nueva temporada. ¡Nos tiene locos a todos!

—Sabes que a Theo le encanta dejar volar su lado creativo. ¡No es periodista por gusto!

Ambos rieron.

—Vale, ¿llamo yo a Alice o lo haces tú?

—No, tranquilo, la llamo yo. Le quiero comprar un par de cosillas a Mad y necesito saber la talla.

—Perfecto. Bueno, nos vemos el viernes.

—Escribe mucho, escritor.

—Ni lo dudes.

Alex colgó y se sentó en la mesa. Como era de esperar, Anora apareció por la puerta hasta colocarse en sus pies. Después de acariciarle un par de veces la cabeza, se metió de lleno en un capítulo al azar.

Pensar en Cass le había dado la idea para otra escena de sexo, e iba a disfrutarla al máximo.



Tras salir del infierno en el que Bill había convertido la reunión con su padre, Cassandra volvió al piso de Sam para recoger sus cosas. Ya había llegado el momento de dejar de esconder la cabeza.

Antes de salir, le envió un mensaje a su hermana para darle las gracias por su hospitalidad y decirle que la llamaría por la tarde. Al llegar a casa, sintió que, aunque despacio, todo comenzaba a encajar en su lugar. Puso una lavadora y abrió el portátil para buscar trabajo.

Las palabras de Parker se le colaron en la mente: «El lunes, Cassandra. Por favor, espera a que te llame antes de tomar cualquier otra decisión». No sabía qué hacer. Por un lado, quería buscar trabajo lo antes posible, pero, por otro, su jefe le había abierto una puerta que quién sabía si la iba a poder cruzar. Por lo pronto, tenía dos semanas de vacaciones pagadas, y no es que le hiciera falta el dinero precisamente. Su fideicomiso no era para tomar a broma. Además, en cuanto cumplió la mayoría de edad, tanto su padre como su abuelo le habían cedido un paquete de acciones nada despreciable, por lo que podía esperar una semana para conocer el desenlace de lo que le había ofrecido Parker.

Decidió posponer la búsqueda de trabajo y abrió el correo para revisar los mensajes cuando su móvil comenzó a vibrar. Al ver quién era, miró al techo y resopló. Se dijo que no podía eludir más su llamada. Ya se había dado el tiempo suficiente para coger fuerzas y su actitud estaba empezando a parecer ridícula.

Caleb solo era su hermano, y ella había dejado de ser una cobarde. Así que descolgó.

—Cassou, ¡por fin! Cinco días escondiéndote de mí, ya te vale. ¿Se puede saber dónde te has estado metiendo? —dijo con arrogancia y cierto tono de desprecio—. ¡Y cómo se te ocurrió mandar ese wasap a la familia! ¿Es que no tienes vergüenza? ¿Acaso no sabes comportarte? Porque mamá sí que te ha educado muy bien...

—¿Has acabado? —interrumpió Cass.

—¡A mí no me grites! He hablado con mamá estos días y está destrozada. ¿Cómo pudiste escribir esa tontería entre Bill y Peyton? ¿Es que no te parece que ya tienes bastante protagonismo siendo la novia como para tener que inventarte algo tan ridículo? ¿Es que necesitas todavía más atención?

—Cierra la boca de una vez o juro que te cuelgo y te bloqueo —dijo Cass con el cuerpo temblando, aunque consiguió que su voz permaneciera firme. No pudo evitarlo y se puso a caminar por el salón.

—¡A mí no me hables así! —vociferó Caleb.

Cass colgó la llamada e inspiró, apretando el móvil en la mano con ira. Su hermano era una fuerza de la naturaleza, pero ella, esta vez, iba a estar a la altura. Su móvil vibró.

—¿Te has atrevido a colgarme? —gruñó su hermano.

Cass se mantuvo en sus trece y colgó de nuevo. No estaba dispuesta a aguantar las

pataletas de su gemelo nunca más. Caleb repitió el mismo comportamiento hasta que, a la cuarta vez, respondió mucho más comedido.

—Cassou, no me cuelgues, ¿vale? Lo he pillado —dijo, intentando negociar.

—¿Estás más tranquilo?

—Sí —carraspeó—. ¿Me cuentas qué ha pasado?

—Claro que sí, pero no me interrumpas hasta que acabe.

—De acuerdo.

Cassandra dedicó los siguientes minutos a describirle todo lo que había sucedido, pero se guardó la infidelidad de su madre. Eso era algo muy delicado, y no le correspondía a ella decirlo sin antes consultarlo con su padre.

Caleb, que había comenzado como un energúmeno perdiendo los papeles, tras oír toda la historia, terminó dándole la razón.

—Lo entiendo, Cassou. Pero ¿por qué no lo has solucionado en familia? —preguntó el joven productor.

—Querrás decir «en privado».

—Pues sí, para qué mentir. Podías habernos llamado a cualquiera de nosotros antes de hacer esa locura que nos ha salpicado de arriba abajo.

—Pues mira, supongo que ver a Bill follándose a Peyton en mi casa no me pareció que fuera algo que se arreglase «en privado». Ambos merecían un escarmiento.

—Ya, pero...

—Pero ¿qué, Caleb? Bill era el hombre que debía protegerme, respetarme y serme fiel hasta que la muerte nos separara —respondió de manera sarcástica—. Todos debían conocer lo que me había hecho.

—Sí, Cass, vale. Pero podías haberlo solucionado con un poco más de tacto, ¿no te parece? —se quejó, frotándose la frente.

—Tacto... Ya. ¿Cómo no se me ha ocurrido? Supongo que me cegué cuando oí a Peyton decirle a Bill «Más fuerte» mientras él le respondía con voz de simio «¡Suplícamelo!». Sí, puede que eso me confundiera lo suficiente.

—¡Joder, Cassou!

—Eso exactamente, Cal. ¡Eso es lo que estaban haciendo como perros en celo en mitad del salón de mi casa! Así que no me digas que no lo pensé lo suficiente o me exijas saber por qué no escribí ese maldito wasap con más tacto. Rumié ambas cosas, ¡y durante horas! Así que dejémoslo estar. No quiero volver a hablar de esto porque te aseguro que estoy tan furiosa con ellos que podría hacer explotar un puto volcán.

—¡Ey! ¡No hables así!

—¿Cómo? ¿Como una mujer de verdad a la que han pisoteado?

—Ya, lo sé. Pero si Bill se disculpa, tal vez podáis arreglarlo.

Esa frase fue la detonante para que Cassandra estallara. Tras media hora discutiendo como una fiera con Caleb, lo dejaron en tablas. En cierto modo, era una victoria para ella. No se había rendido ni había caído en la misma trampa que le había querido poner su madre. Jamás iba a ofrecerle a Bill la oportunidad de disculparse o de retomar la boda. Menos aún, después del numerito de la cafetería delante de Parker.

No. Esta vez, era diferente.

Al colgar, Cass se dio cuenta de que acababa de romper el hechizo que la había llevado a tener un miedo irracional hacia su hermano. Caleb, que apenas era unos minutos mayor que ella, siempre había sido el fuerte, el decidido, el ojito derecho de su madre y preferido de todos. El

niño de la casa que siempre se salía con la suya y que, a su misma edad, era un prometedor director de cine, además de productor.

En cierto modo, siempre había sido su piedra en el camino. Daba igual lo que lograra, las notas que obtuviera o los reconocimientos por su trabajo: Caleb era el único que atraía sin esfuerzo las alabanzas de todos. Así que, sin darse cuenta, dejó de mostrar aquello por lo que se sentía orgullosa para dejar el camino libre al ego de su hermano. En realidad, se había engañado a sí misma diciéndose que ella no necesitaba esos cumplidos. Se convenció de que conseguir sus propósitos era más que suficiente en comparación con todo lo que cedía de sí misma para proteger a sus hermanos. Que, al final, tendría su recompensa. Hasta que vio a Bill, y todo perdió su sentido.

Cass dejó el móvil a un lado para prepararse el almuerzo. Mientras descongelaba un *risotto*, se dio cuenta de que lo ocurrido había despertado una parte de ella que jamás pensó que tendría. En poco menos de una semana, volvía a ser pelirroja, había dejado de llevar lentillas y se había enfrentado a su madre y hermano. Discutir no entraba en sus planes, pero poder hacer frente a lo que le viniera y luchar por su futuro era algo para lo que pensó que nunca estaría preparada.

Se quedó mirando su reflejo en el cristal del microondas, sintiéndose muy distinta. Había dejado de ser una marioneta para convertirse, a marchas forzadas empujada por las circunstancias, en la mujer que siempre había querido.

Aquello la hizo ser consciente de que todo el dolor y la rabia que la estaban consumiendo bien merecían la pena porque la habían llevado a encontrar algo tremendamente valioso.

Ahora era ella misma.

Ahora era la verdadera Cassandra.

CAPÍTULO 13.

Una noticia que lo cambia todo

El viernes por la mañana, Alex se acercó a Elegant Books para hablar con Lucille. Entrar en la editorial se había convertido casi como estar en casa. Todo el mundo con el que se cruzaba lo saludaba con admiración, pero él seguía sin creer que aquello estuviera sucediendo. Pese a llevar cinco años en la cima, nunca se había dejado arrastrar por los halagos. Sabía que un día podía estar en lo más alto y al siguiente que nadie recordara su nombre. Así que disfrutaba con creces de lo que le llegaba, pero la fama no se la tomaba demasiado en serio.

Tocó la puerta del despacho de su editora y un «adelante» se oyó al otro lado.

—Buenos días, «hormiguita trabajadora» —la saludó Alex.

Ella apartó la vista de la pantalla en cuanto lo oyó. Sonrió abiertamente, incapaz de retener la euforia que sentía, y se levantó para plantarle un beso en la mejilla.

—Buenos días, «mina de oro» —respondió emocionada.

—¿Y eso? Acabo de ponerme a temblar.

—Alex el libro es... tu Shangri-La. Ven, siéntate.

—¿Qué quieres decir?

Lucille volvió a la mesa y Alex, como de costumbre, se sentó en la silla de enfrente. Ella abrió el fichero que había recibido por la mañana. Los ojos del escritor se abrieron de golpe al ver la cifra astronómica que venía al final de la hoja Excel.

—Has triplicado las ventas con respecto a tu anterior libro en el mismo periodo, pero no solo eso. Las del resto de novelas han comenzado a subir hasta casi rozar las cifras de salida de publicación.

—Yo... no sé ni qué decir.

—Alex, esto es un antes y un después. Tenemos una baza de peso para exigirle mucho más a la productora. Quería pedirte permiso para llamarles y compartir estos datos. Lo que te ofrecieron no es suficiente, y ahora es el momento de luchar.

—¿Y si se echan atrás? —dijo preocupado por la posibilidad de perder la oportunidad de pasar a la gran pantalla.

—No lo harán, te lo aseguro. Hablaré directamente con Carmichael y, si es necesario, volveré a Nueva York. Esto debe modificar el trato por completo. Las cifras mandan, y estas son aplastantes.

El escritor revisó con detenimiento los números mientras Lucy permanecía en silencio. Confiaba plenamente en ella, y estaba seguro de que se dejaría la piel para conseguirle el mejor acuerdo. Dudó un instante. Lo que le había ofrecido Wallace Entertainment era una cantidad razonable hasta aquel lunes, pero era viernes, y todo había cambiado. Se dijo que tenía razón, ese era el momento de poner toda la carne en el asador. De modo que asintió, aceptando su propuesta.

—Hagámoslo. Si alguien puede conseguirlo, esa eres tú —dijo con media sonrisa.

—Lo veo, Alex. Lo veo de forma nítida —aseguró Lucille.

—Pues adelante. Haz esa llamada y ya veremos qué sucede.

—En cuanto sepa algo, serás el segundo en enterarte.

El escritor se despidió y dejó la editorial para volver a casa. Estaba pletórico. Ni en sus mejores sueños pensó que llegaría tan alto. De pronto, se dio cuenta de que su presente cambiaba a pasos agigantados, y que una firma podía mejorar su futuro para siempre.

Al aparcar en el garaje, prefirió dejar atrás aquellos pensamientos porque no quería romper la racha de suerte. Nada más entrar, Anora lo recibió exigiéndole alguna carantoña. No fue capaz de resistirse y la cogió en brazos mientras se dirigía al despacho. El subidón de adrenalina le había inspirado y necesitaba transcribir dos diálogos brillantes que se le habían ocurrido de vuelta.

Tras horas escribiendo, decidió parar porque la cabeza había comenzado a dolerle con fuerza. Recordó que esa noche había quedado, pero estaba demasiado exhausto como para poder salir. Por supuesto, sí que necesitaba celebrar la buena noticia que había recibido sobre las ventas, y con quién mejor que con su mejor amigo, Isaiah Simmons.

—Alex, ¿qué tal? ¿Sigue en pie lo de esta noche?

—Hola, Isaiah. Pues te llamaba para eso mismo. Quería asegurarme de que al final quedamos porque tengo mucho que contarte.

—Sí, claro. Me paso por tu casa sobre las siete y media, aunque espero poder escaparme antes. ¿Quieres salir a cenar o pedimos algo?

—Si me das a elegir, prefiero una pizza y una cerveza. Tengo la cabeza a mil y me duele un poco —dijo Alex, pensando en que tendría que recurrir a un analgésico si quería mantener los ojos abiertos.

—Entonces nos quedamos en tu casa. ¿Te has tomado algo?

—En cuento cuelgue. Igual me echo un rato, la luz me está matando.

—Sí, mejor. Oye, si no te importa, me quedo a dormir, ¿vale?

—Pues claro. ¿Mañana no abres la tienda?

—No, lo hace Logan. Yo tengo una reunión con un nuevo representante que quiere mostrarme un diseño de tabla novedoso y desde tu casa me coge mucho más cerca. Pero te lo cuento esta noche. Te dejo, que tengo un cliente.

—Hasta luego.

Alex dejó el móvil en la mesa del salón y cogió a Anora. Apoyó su frente en la de la preciosa gata mientras le susurraba, ya que su dolor de cabeza había decidido machacarlo a base de bien. La mascota ronroneó como respuesta y él la dejó en el sofá. Aceptó que no tenía forma de librarse de esa maldita molestia, así que se levantó y buscó una pastilla.

Aquellas dolorosas migrañas habían comenzado cuando descubrió a Jess siéndole infiel. Romper con su prometida no había supuesto ninguna diferencia, ya que no había logrado librarse de ellas, sino que, año tras año, habían aumentado en frecuencia e intensidad. Se había hecho un sinfín de pruebas y todas terminaban dando el mismo resultado: no le ocurría nada. Alice le había insistido en que debía olvidarse de aquella mala arpía y encontrar otra chica a quien amar. Quizás tuviera razón. Lo único que había hecho hasta el momento era encerrarse en sí mismo y volcar su rabia en sus novelas. Puede que fuese bueno compartirlo con alguien, pero, hasta el momento, no había sido capaz de hacerlo.

Sabía que eso era lo que lo estaba destrozando por dentro, pero jamás iba a reconocerlo. Tampoco tenía fe en que ninguna mujer consiguiera eliminar aquellos dolores de cabeza. No creía que nadie fuese lo suficientemente especial como para conseguirlo. Entonces, «ella» se le coló de nuevo en la mente.

Negó para borrar el recuerdo de la mejor noche de su vida y miró la hora: solo eran las cinco. Cerraría un poco los ojos y dejaría que la pastilla se llevara su dolor en más de un sentido.

Cass no era el remedio y nunca llegaría a serlo.



A las seis, Cassandra estaba viendo la televisión mientras esperaba a que Rachel y Olivia aparecieran en cualquier momento. Su móvil comenzó a vibrar. El corazón le dio un vuelco cuando miró la pantalla y vio que era Parker. El flash de una promesa improvisada de su jefe, justo en el último momento antes de dejar la cafetería, le pasó a toda velocidad por la cabeza.

Descolgó con el corazón retumbando con fuerza mientras rogaba porque no fuese Bill quien estuviera al otro lado de la línea.

—¿Parker? —dijo Cass algo recelosa.

—Sí, Cassandra. ¿Qué tal estás?

Ella suspiró con alivio al comprobar que no era su ex. Llevaba unos días bastante tranquila y no tenía ganas de volver a discutir por lo mismo.

—Hola. Estoy... —comenzó, sopesando su respuesta durante unos segundos—. Bueno, la verdad es que estoy mejor de lo que esperaba.

—Me alegro. Bill en cambio...

—Lo siento, pero no me importa —lo interrumpió bastante molesta—. Y te agradecería que no lo nombrases más.

Cass no estaba dispuesta a hablar de él bajo ninguna circunstancia.

—Disculpame. Tienes razón.

—Dime, ¿por qué me has llamado? —preguntó ella, deseando cortarlo cuanto antes.

—Te prometí cuando te fuiste de la cafetería que te conseguiría una oportunidad con Samuel Brown, y yo cumplo mis promesas. El próximo viernes, tienes una entrevista con él en Los Ángeles. Me he tomado la libertad de enviarte los billetes de avión por email, hotel incluido. Los gastos corren de mi cuenta. Es lo mínimo que puedo hacer por ti.

—No... no lo puedo creer. ¿Cómo lo has...?

—Te lo dije, Samuel es un buen amigo, y digamos que me he cobrado un favor. No puedo asegurarte nada, solo que te recibirá para conocerte. Por supuesto, le he hablado muy bien de ti, pero tendrás que ser una fiera y venderte como nunca para enseñarle lo que yo ya sé: que eres una de las mejores.

Cassandra se quedó en silencio sin poder creer que su jefe hubiese cumplido su palabra, y mucho antes de lo que pensaba. Le seguía resultando inverosímil que le importara tanto su futuro como para dejarla ir y cederla a la competencia. Nada podía predecir si con aquella entrevista lograría un trabajo, pero al menos Parker le había conseguido una posibilidad. Y esa era una puerta que estaba decidida a cruzar.

—Yo... no sé ni qué decir —susurró Cass con una mezcla de emoción y agradecimiento.

—Lo sé.

—Solo puedo darte las gracias, de corazón.

El experimentado editor tuvo que detenerse un momento.

—Cassandra, quiero que sepas que me duele en el alma lo que ha ocurrido. Te aseguro que, desde hace una semana, nuestra vida es un caos. Y en la editorial «todos» notamos tu ausencia —lo recalcó a propósito—. Pero, tranquila, nadie se ha atrevido a preguntar nada.

—Lo siento, Parker, no te mereces esto.

—No, quien no lo merecía eras tú. Yo solo he perdido a mi futura hija y a una excelente trabajadora, pero tú has dejado atrás mucho más. —No pudo evitar una ligera inflexión en su voz, de modo que carraspeó para disimular—. Creo que no hace falta que te recuerde que siempre puedes volver a la editorial. Tu puesto es tuyo si en algún momento lo quieres. Una sola llamada y te recibiremos con los brazos abiertos.

Cass no logró impedir que sus ojos se llenaran de lágrimas. Su jefe era una bellísima persona. De hecho, desde que lo conoció, siempre lo había comparado con su propio padre. De carácter eran muy parecidos, al igual que su madre y la de Bill, que se habían convertido en grandes amigas. Parecían dos calcos del mismo tipo de pareja, y supuso que esa similitud era lo que más pena le daba porque sabía que Parker, pese a querer mostrar una actitud de fortaleza, estaba sufriendo.

Ella intentó recobrar la compostura antes de continuar.

—Te lo agradezco de verdad, pero...

—Déjalo ahí, Cassandra, no hace falta que contestes. Ahora piensa que tienes la oportunidad de rehacer tu vida por el momento. Nadie sabe qué nos deparará el futuro, así que no cierres puertas. Entiendo tu decisión y, aunque Nora y mi hijo no serán tan magnánimos conmigo por lo que estoy haciendo, piensa que siempre tendrás la posibilidad de volver.

—No sé por qué eres tan bueno —dijo, conteniendo un millón de emociones.

—Primero, porque no merecías lo que ha hecho. Segundo, porque estoy seguro de que lo hubieras amado hasta el fin de tus días, y él es un miserable que no ha sabido aprovechar algo precioso. Sé que mi decisión me va a costar más de una discusión, pero habrá valido la pena si me llamas diciendo que el puesto es tuyo.

—Yo... Parker...

—Lo sé, Cassandra. Ve y triunfa, te lo has ganado con creces.

—Prometo que te llamaré para contarte lo que suceda, tanto para bien como para mal. Pero, lo siento, haré lo que esté en mi mano para conseguir el trabajo.

—Estoy seguro. Mucha suerte, y cuídate.

—Gracias. Tú también.

Cass colgó y se cubrió la cara con las manos al tiempo que las lágrimas corrían libremente. Durante un instante, se permitió sentir el dolor que había enterrado en lo más profundo. Se alegró de encontrarse aún sola, ya que así no tendría que explicar a las chicas qué le ocurría. Tras secarse las mejillas, se dio cuenta de que tenía una oportunidad para demostrar su valía, y eso era lo único importante. Mientras pensaba cómo iba a organizarse, revisó el correo. Abrió el que le había enviado su jefe con los billetes de avión, la reserva del hotel y los datos necesarios para acudir a la entrevista. Ella le escribió un corto pero efusivo wasap agradeciéndole de nuevo lo que había hecho.

Una vez más, se dijo que ese era su comienzo. Su oportunidad de dejar todo atrás. El timbre de la puerta sonó, impidiéndole así que reparara en algo crucial: que el trabajo por el que iba a luchar con uñas y dientes era justo en la editorial que publicaba las novelas del escritor con el que había exorcizado sus demonios.

Y ninguno de los dos estaba preparado para afrontar un... reencuentro.



Alex estaba profundamente dormido cuando el timbre sonó, logrando que se despertara. Como quien fuera no dejaba de llamar con insistencia, el escritor soltó una maldición.

—¡Joder, Isaiah! ¡Para ya!

Miró la hora: las ocho menos cinco. Su amigo se había retrasado un poco y eso le había dado la oportunidad de descansar algo más. Abrió la cancela y, mientras el surfista acercaba el coche a la entrada principal, se dio cuenta de que se sentía mucho mejor. El dolor ya casi había desaparecido. Lo saludó con la mano y se extrañó al verlo con varias bolsas de comida.

—¿Has asaltado un supermercado? —preguntó Alex riendo.

—Échale la culpa a Logan. Lo he mandado por cerveza y ha comprado esto.

—¿Y qué traes?

—Pues de todo: patatas fritas, nachos, salsas y mucha cerveza.

Entraron en casa y dejaron las cosas en la cocina. Alex buscó en el móvil el teléfono de la pizzería de siempre e hizo el pedido especial que tenían reservado para grandes ocasiones. Aún no había podido contarle a su amigo el proyecto con la productora ni que las ventas se habían triplicado.

—Dime, ¿qué celebramos? —preguntó con mucha curiosidad el recién llegado.

—He conseguido mi sueño —aseguró el escritor mientras le contaba lo sucedido en las últimas semanas compartiendo una cerveza helada.

—¡Joder, Alex! ¡Te felicito! De verdad, ¡eres un *crack*! —dijo Isaiah, chocando la botella—. ¿Triplicado? —preguntó, refiriéndose a las cifras que le había comentado Lucy.

—Triplicado, y gracias, pero dejemos ya de hablar de mí. Ahora te toca a ti. Dime, ¿qué tal va la tienda?

—De maravilla. Yo sí que he conseguido mi sueño. A final de año creo que seré capaz de terminar de pagar la hipoteca al banco.

—Sigo sin entender por qué no aceptaste mi dinero. Te hubieras ahorrado los intereses.

—Porque eres mi amigo y te quiero. Además, nunca dejaría que el dinero nos separara —interrumpió Isaiah seguro de lo que decía.

—Pero sabes que podría haberte ayudado. Es más, insistí en hacerte yo mismo el préstamo.

—Sí, lo sé. Eres muy generoso. Siempre lo has sido, desde que éramos unos críos. Sabes que el que me ofrecieras tu ayuda vale tanto como si me hubieras dado el dinero, pero esto era algo que tenía que hacer por mí mismo. Renuncié a una vida de locura en Nueva York porque casi acaba conmigo, y jamás habría permitido que arriesgaras tus ahorros en algo que no sabía si funcionaría.

—De bróker a surfista y, después, a dueño de una tienda de surf. Da igual las veces que lo hablemos, siempre me parecerá una locura.

—Ya. Me lo dices cada vez que puedes. Pero en Nueva York me moría. Te recuerdo que me pasé siete años durmiendo solo cuatro horas. Sufrí taquicardias y estrés hasta el punto de no poder respirar. ¿Y para qué me sirvió? Pues para acabar hasta arriba de pastillas y cosas de las que me arrepiento. Tenía cuanto había deseado: dinero, mujeres y poder. Todo aquello estuvo a punto de llevarme a la tumba. Por eso, cuando me vi en el hospital lleno de tubos, pensé: ¿qué cojones estoy haciendo con mi vida? Esa fue la razón por la que volví, lo sabes tan bien como yo.

—Sí, y siento mucho no haber podido ir a verte cuando ocurrió porque estaba al otro lado del país —se lamentó Alex al oír cómo su amigo recordaba su pasado.

—No te preocupes por eso.

—Bueno, no lo recuerdes más. Por mi parte, trataré de no pincharte con el tema. Lo que importa es que ahora estamos aquí, y me alegro mucho de que la tienda vaya tan bien, aunque tengo que reconocer que fue un riesgo enorme el que tomaste. Yo no sé si hubiera sido capaz de poner todo mi dinero y pedir al banco una hipoteca para montar una tienda de surf —reconoció el escritor.

—Pero tú no has visto aún la luz brillante al final del túnel como me pasó a mí. Eso te pone en perspectiva muchas cosas. —Ambos bebieron un trago para dejar atrás algunos demonios justo donde debían estar: en las sombras—. Bueno, lo pasado atrás se queda. Vamos a celebrar lo de tus películas y lo bien que va el libro. Además, tengo algo importante que contarte: he conocido a alguien.

—¿Y...? Venga, ¡no te quedes a la mitad y suéltalo ya!

—Fue hace un par de meses. Salimos a tomar algo por Sunset Strip, había sido un buen día y quise invitar a Logan y a Traecy a un par de copas. Allí conocí a una chica que estaba celebrando la venta de una propiedad. Digamos que choqué con ella para tener la oportunidad de preguntarle por qué sonreía tanto y fue... brutal. Me gusta, Alex. Me gusta mucho. —Isaiah negó un par de veces sin poder creerlo—. Solo hay un pequeño inconveniente: dice que soy insoportable.

El escritor lo miró con sorpresa antes de estallar en carcajadas. Isaiah era un afroamericano imponente de metro ochenta y cinco. Hijo de un general condecorado en la guerra del Golfo y de una activista profesora de Biofísica y Biología en la Universidad Caltech. Alex e Isaiah, desde primaria, se habían vuelto inseparables. Mientras que Alex estudió Bellas Artes, Isaiah se matriculó en Administración y Dirección de Empresas. Pese a que vivían a más de cuatro mil kilómetros de distancia, nunca habían dejado de ser amigos. Y, a raíz de las múltiples presentaciones del escritor, se habían visto en Nueva York a menudo en el pasado. El exbróker, después de perder el norte en pos de un ideal, decidió volver a casa y dedicarse a lo que había deseado desde que era adolescente: practicar surf y tener una tienda propia. Ahora, después de todo lo que había vivido, se quejaba porque la chica que le gustaba no le hacía caso, y Alex no podía tomarlo en serio porque sabía que ella caería rendida a sus pies.

—¡Venga ya! ¿Tú insoportable? ¿Pero le has enseñado tus abdominales? —preguntó sin poder parar de reír.

—Lo he intentado, ¡te lo juro! Solo que no me ha dejado. Aunque me puse una camiseta que me los marcaba bastante bien —añadió Isaiah también riendo.

—¿Entonces...?

—Mucho me temo que no voy a poder ligármela sin esforzarme, ¡y eso me mata! No he tenido que luchar por nadie desde... Joder, ¡no me acuerdo! —Volvió a reír con fuerza—. Sabes que las chicas siempre me dejan sus teléfonos con solo levantar una ceja, y ella tardó dos semanas en darme el suyo. ¿Te lo puedes creer?

Alex no era capaz ni de hablar oyendo a su amigo porque no podía parar de reír. El timbre de la cancela sonó: ya habían llegado las pizzas.

—Claro, la entiendo. ¿Tú has visto las pintas que llevas? Te vistes como si fueras un adolescente, sin preocuparte lo más mínimo por tu aspecto. Si la chica es ¿agente inmobiliaria? —preguntó Alex. Su amigo asintió—. Mírate, Isaiah. Para ir a la playa vas bien, para la vida real... no mucho.

—Joder con la ropa. ¡Y qué más da! En Nueva York, llevaba trajes de cinco mil dólares y recuerda cómo terminé. La ropa no te define, Alex.

—Pero no es solo lo que te importa a ti, amigo mío, también cuenta lo que le importa a

ella.

—Entonces, ¿tengo que dejar de ser yo mismo para gustarle? —se quejó el surfista.

—Tío, no me jodas. Tienes treinta años, ya no eres un crío.

Alex salió a pagar el pedido. Tras volver con las pizzas, estas impregnaron el salón de un olor maravilloso.

Anora se acercó a olisquear, pero el escritor fue tajante con ella y la apartó de forma cariñosa pero firme.

—No quiero volver a ser ese hombre trajeado sin alma —soltó Isaiah, cogiendo un trozo enorme.

—No creo que haga falta eso, pero sí que te pongas unos pantalones hasta los tobillos y una camisa en condiciones. No es necesario usar corbata para ir elegante, aunque lo que sí cambiaría, sin dudarlo, son esas chanclas de playa por unos zapatos. En serio, es que has pasado de ser un tocapelotas a tocártelas sin más. Y, seamos sinceros, eso a la mayoría de las chicas no les atrae. Si de verdad te gusta, vas a tener que poner de tu parte. No tienes que dejar de ser tú, pero sí creo que te hace falta un buen lavado de cara.

Isaiah miró al escritor y después a sí mismo. Las pintas de surfista dejado habían estado bien durante los últimos dos años, sin embargo, si quería que aquella chica de pelo castaño y ojos miel con figura de diosa del Olimpo se fijara en él, iba a tener que trabajar en su aspecto.

—¿Y un término medio? —dijo Isaiah más para él que para Alex.

—Podría valer, pero córtate un poco el pelo, que las rastas casi te llegan al hombro.

—Joder, tío, ¡eres implacable! —se quejó riendo.

—Si hubieras leído alguna de mis novelas, sabrías el prototipo de hombre que les gusta a la mayoría. Siempre hay excepciones, claro, pero mis lectoras se mueren por mis protagonistas, así que algo sé del tema.

—¡No pienso leerme un libro romántico en mi vida, aunque lo hayas escrito tú! —mintió el surfista para pincharlo.

—Pues la cagarás con ella. Quedas advertido. ¿Y cómo se llama la que va a hacer que te replantees tu vida?

Su amigo sonrió ligeramente.

—April... April Russell. Una preciosidad latina.

—Pues ya sabes. Si quieres conseguir a la chica...

—...déjate la piel —dijo Isaiah, terminando la frase—. ¡Dios! ¿Cuánto hacía que no decíamos eso?

—Uf, ¿desde el instituto?

Ambos se echaron a reír y terminaron de cenar. Alex tenía razón en una cosa: el amor no debería obligarte a cambiar, pero sí a querer lograr tu mejor versión. Él siempre había buscado la manera de hacerlo con sus personajes. Todas las veces había conseguido encontrar ese equilibrio perfecto entre salvaje y romántico, que era el que conquistaba a sus lectoras. En este caso, su amigo solo necesitaba un ligero cambio de vestuario, no de forma de ser.

Recogieron los restos y los llevaron a la cocina. Se echaron una copa de *bourbon* y volvieron al salón para ver algo en la tele. Mientras Isaiah se movía entre canales para buscar algo interesante en una de las plataformas, Alex pensó en qué hacía que sus personajes masculinos gustaran tanto. Se quedó perplejo al darse cuenta de algo que era evidente, pero que había pasado por alto: todos sus protagonistas eran un reflejo de sí mismo, y su manera de conquistar a la chica era de la forma que a él le hubiera gustado conocer al amor de su vida.

Dejó esos pensamientos a un lado y se concentró en la película que acababa de elegir su

amigo, aceptando que el sueño de encontrar a la mujer perfecta era una quimera, y él hacía mucho que había dejado de creer en cosas imposibles.

Justo en ese momento, en el que estaba seguro de que el amor no era para él, el recuerdo de la noche con Cass irrumpió sin pedir permiso. Tenía que reconocer que ella había sido perfecta en muchos sentidos, pero solo habían compartido una sesión de sexo memorable. Y cuatro mil quinientos kilómetros era una distancia insalvable, tanto o más que la que existía para alcanzar su corazón.

CAPÍTULO 14.

El cielo ya no es el mismo

El sábado, Cassandra volvió a quedar con Rachel y Olivia para ir a la disco El Cielo. También llamó a Sam, pero su hermana le comentó que no se uniría a ellas. Tenía planes con Mav, aun así, se pasaría por su casa para dejarle tres pases VIP. Por casualidad, alguien escuchó su conversación en las sombras, y decidió que les echaría un vistazo para asegurarse de que ninguna se pasaba de la raya. Sobre todo Cassou y Rachel.

—Cass, esta noche estás despampanante —dijo Rach.

—¿En serio? —preguntó ella.

—¡Y tanto! Ya te lo he dicho, pero que vuelvas a ser pelirroja te da un halo distinto. Algo así como salvaje. De las Highlands. Como una preciosa guerrera a punto de conquistar una colina —añadió Olivia.

Las tres rompieron en carcajadas.

—Oli, ¿no has pensado en escribir una novela? De verdad, creo que deberías dejar el periodismo y empezar a publicar como una loca.

—Mira que eres payasa. Hablo, sí, ¿y qué? ¿Acaso es que tengo que pagar por las palabras que digo?

—Haya paz, que siempre estáis igual —medió Cass.

—¡La culpa es suya! —dijeron a la vez las dos.

Rieron de nuevo.

—Bueno, chicas, a ver qué encontramos esta noche. Pero os advierto de una cosa: ¡hoy necesito ligar como sea porque llevo a dos velas demasiado tiempo!

—Pues vamos a hacer que sea tu noche, ¿verdad, Oli? —soltó Cass mientras terminaba de ponerse la máscara de pestañas.

—¡Ya te digo! —confirmó Olivia.

Treinta minutos después, se subieron a un taxi para darlo todo. Cassandra quería celebrar que tenía una entrevista, Rachel que iba a buscar un ligue de una noche y Olivia solo deseaba dejarse llevar.

A las dos de la madrugada, El Cielo estaba hasta los topes. Las tres llevaban bailando casi una hora junto a cientos de almas. Todos danzaban bajo la voluntad del DJ cuando este pinchó la canción *Give It To Me (Junkie Kid Remix)* ft. Nelly Furtado y Justin Timberlake. El sonido retumbaba con fuerza en sus cuerpos, y la sensación de rendirse a la música para poder olvidar era justo lo que Cass necesitaba. El lugar era el mismo, pero la situación, sin embargo, no se parecía en nada a la del fin de semana anterior. Cerró los ojos y se permitió recordar cómo las manos de Alex la recorrían mientras bailaban sin separación entre sus cuerpos. Se humedeció los labios con el pulso a mil y, por primera vez, deseó que el escritor estuviera allí para reproducir cada uno de los movimientos sensuales que habían compartido en la pista. Abrió los ojos de golpe. No esperaba tener esos pensamientos, así que acabó regañándose. Lo último que quería era volver a estar esclavizada por una relación. Ni siquiera para disfrutar de sus cuerpos. Una vez y adiós.

Cero remordimientos. Cero exigencias. Lo único que le apetecía era repetir lo que ocurrió con él. Sin dramas. Sin teléfonos a los que recurrir. Los roles que ambos habían interpretado esa

noche eran exclusivamente lo que ansiaba: dos adultos disfrutando de una magnífica sesión de sexo.

En ese momento, cayó en la cuenta de que Alex solo había sido un puente que había cruzado encantada, pero ¿por qué lo deseaba aún? Una voz entre el estruendo de la música la sacó del excitante recuerdo de los dos bajo la ducha.

—Cass, ¿tomamos algo? —gritó Olivia.

—¡Sí! —vociferó ella mientras dejaban atrás el bullicio demencial de la pista—. Dios, ¡estoy empapada! ¿Y Rach?

—Sigue con su cruzada de ligar esta noche, y creo que está a punto de elegir a su víctima entre esos dos que la están manoseando a base de bien.

Se dirigían a la barra cuando Caleb se interpuso en su camino. Las había oído a duras penas mientras caminaban, pero la información principal la tenía clara: Rachel estaba a punto de irse con uno de los chicos con los que estaba bailando de una forma que dejaba nítidas sus intenciones. Sin saber por qué, aquello le hizo hervir la sangre. Es cierto que ambos tuvieron un verano muy caliente unos cuantos años atrás, justo antes de terminar la universidad, pero él no había querido continuar porque no deseaba atarse a nadie. Era un Wallace, y tenía toda la vida por delante para conocer a decenas de actrices con ganas de triunfar.

Por supuesto, se lo había pasado muy bien, pero ahora no era el momento de recordarlo.

—Hola, Cass. Olivia...

Al mirar a su gemela, el joven productor se reprochó su actitud, ya que no sabía qué mosca le había picado. Desde la discusión, algo había cambiado en su interior. De repente, un fuerte sentimiento de protección hacia ella lo había golpeado. Claro que Cassandra no lo necesitaba. Le había demostrado con creces que podía valerse por sí misma. Aun así, cuando oyó de forma no intencionada a Sam en casa de sus padres que lo pasaran bien esa noche en aquella disco, donde sabía que la mayoría de la gente iba solo a buscar sexo, le revolvió las tripas. Como si de pronto se hubiera convertido en el hermano mayor, se vio obligado a presentarse allí para confirmar que ningún baboso pasado de copas se les acercaba... a ninguna.

—¿Caleb? ¿Qué haces tú aquí? —preguntó de forma despreocupada Cass, que aún no tenía idea de que él había ido allí solo con la intención de espiarla.

—Estoy con unos amigos —mintió, mirando hacia los lados como si los buscara—. Bueno, ahora no los veo. ¿Y vosotras? ¿Habéis venido las dos solas? —añadió tratando de disimular.

—No, Rach está en la pista, pero creo que se irá pronto y acompañada —apuntó Olivia con maldad.

—Cass, no sabía que habías vuelto a tu color de pelo. Y, además, sin lentillas. Estás... muy guapa —respondió él, ignorando a propósito el comentario de Oli.

—Gracias, Cal.

—¡Ey! ¿Queréis tomar algo? Venga, os invito... a las tres —se ofreció para unirse a ellas.

—¡Claro! —dijo Cass, que, por primera vez, se sentía a su mismo nivel—. Tres mojitos, ¿vale? Oli, acompáñalo tú. Voy a avisar a Rachel.

—Pero, Cass...

Ella se acercó a su amiga para hablarle al oído.

—Ni te inmites, pero creo que Caleb nos ha mentado —dudó un instante, pero, entonces, vio cómo su hermano solo tenía ojos para su otra amiga—. Fíjate, no deja de mirar a Rachel.

Olivia no pudo contenerse y volvió la cabeza hacia Cass.

—¿Qué dices?

—¡Que ahora nos vemos!

Cassandra no le dio la oportunidad de contestar. Regresó a la pista decidida a separar a su otra amiga de los dos buitres que estaban esperando convertirla en carnaza.

—¡Rachel, vamos a tomar algo! —gritó ella mientras la agarraba del brazo y la arrastraba lejos de aquellos dos.

—¡Cass, para! Pero ¿qué pasa? Estaba a punto de decidirme, uno de ellos está...

—Caleb está aquí —soltó ella de pronto.

—¿Qué?

—Me ha contado una excusa estúpida y se te estaba comiendo con los ojos. Ha ido a la barra con Olivia a por unas copas.

—Yo no quiero saber nada de tu hermano.

—¿En serio? —Cass se detuvo para darse la vuelta—. Llevas años colada por él. Conozco a Cal, y te aseguro que ahí hay algo. Mírame a los ojos y dime que no quieres intentarlo.

Rachel se quedó callada. Despegó los labios, pero no pudo decir que no. Cassandra se apiadó de ella. Sabía cuánto le gustaba aún su hermano. Si Caleb se había presentado allí con una excusa patética, significaba que algo distinto lo movía. Eso le dejaba en bandeja a su amiga la oportunidad de retomar el pasado y, tal vez, en esta ocasión, fuera distinto. De lo que sí estaba segura era de que no iba a dejar que se fuese sin intentarlo.

—Cass...

—Lo sé, preciosa. Si vuelve a hacerte daño, juro que le romperé las pelotas.

Rachel soltó una carcajada con los ojos brillantes. La música. La excitación. El miedo a que esa nueva posibilidad fuese solo un espejismo. Todo aquel caos la hizo romperse por dentro un instante, pero se recompuso enseguida porque lo vio acercarse con Olivia llevando un par de mojitos.

Caleb, que la había observado desde la barra, no tuvo más remedio que inspirar con fuerza. No entendía qué demonios le estaba pasando de pronto con Rachel. Hacía demasiado tiempo que lo habían dejado. Ni siquiera volvieron a estar ni una sola vez a solas después de romper. Simplemente, él se había alejado para seguir con la vida que deseaba. Pero, ahora, al verla rodeada de hombres dispuestos a todo con tal de meterse debajo de aquella maldita falda, que dejaba a la vista sus espectaculares piernas de diosa, lo había vuelto loco. No es que recordara lo que tuvieron, es que, de la nada, la chica que era la amiga de su hermana se había convertido en una mujer terriblemente deseable. Y no iba a dejar que nadie se llevara lo que una vez fue suyo, aunque no tuviera ningún derecho a reclamarlo.

A solo un par de pasos de que Caleb y Olivia llegaran hasta ellas, Rachel se volvió hacia Cass y le susurró al oído:

—No me dejes hacer ninguna gilipollez.

—Jamás, pero ¡a por todas!

Su amiga dibujó una gran sonrisa antes de darse la vuelta. Olivia, que la conocía tan bien como Cassandra, reconoció al instante su expresión de «vas a tener que ganártelo a pulso». No pudo evitarlo y terminó frunciendo los labios para mantener a raya la carcajada que le quemaba la garganta.

—Gracias, Olivia —dijo Rach, rechazando a propósito el ofrecimiento de Caleb, que se quedó con la copa a mitad de camino.

Cass se mordió el labio para no reír. Las tres se miraron apenas un segundo, pero, con

aquel barrido, se lo habían dicho todo.

—Hola, Rachel —la saludó él, acercándole el vaso para chocar con el suyo.

Ella lo miró y decidió no ser tan estricta, aunque no se lo iba a poner nada fácil. En realidad, aún no era capaz de asimilar que Caleb estuviera allí. Quizás, su hermana se había equivocado. Quizás, solo había ido allí para pasar la noche como ellas. Sin esperarlo, un mini ataque de celos la hizo darse cuenta de que él todavía le importaba. Sentimientos encontrados hicieron que se enfadara con ella misma. Quería que él volviese a estar interesado, pero, al mismo tiempo, no entendía por qué ahora y no seis años atrás.

Olivia la sacó de su quebradero de cabeza haciendo una pregunta realmente incómoda.

—Bueno, Caleb, ¿dónde está tu ligue de esta noche? Me extraña que no la tengas colgada del cuello medio borracha.

Rach la miró con los ojos como platos y Cass disimuló beber un sorbo. Sabía que, si lo hacía, terminaría escupiéndolo porque le estaba costando horrores aguantarse la risa. Quería muchísimo a su gemelo, pero no se había portado bien con ninguna de las dos. A su amiga le rompió el corazón y, a ella, la había ninguneado durante años. Que se presentara en la disco sin un séquito lo había delatado. Caleb necesitaba una dosis constante de halagos y palmaditas en la espalda. Jamás se hubiera quedado solo más del tiempo necesario, y ya llevaba casi veinte minutos con ellas sin molestarse siquiera en buscar a su grupo.

—Olivia, yo no tengo pareja.

—Será hoy. Tranquilo, date tiempo, no estás tan mal como crees —respondió ella, bebiendo de su mojito.

—Siempre tan amable...

—A lo largo de mi vida he tenido muchos maestros, ¿no crees?

Cass decidió parar la marea de comentarios mordaces de la periodista a su hermano. Allí lo único que importaba era que Rachel tenía la oportunidad de saber si quería comenzar algo con él. Llevaba guardando esos sentimientos demasiado tiempo, y había llegado la hora de exorcizar a los demonios de una vez por todas.

—Tengo una entrevista en California para trabajar en otra editorial. —Ni se molestó en decirle el nombre porque él nunca se había interesado por su trabajo.

—¿En California? ¿No será con Elegant Books? —respondió con genuino interés.

Ella se sorprendió de que Caleb la conociera.

—Sí, ¿cómo...?

—Esta semana, hemos cerrado un trato con uno de sus *best seller*. Así que en unos meses creo que reventaremos las taquillas a base de bien —dijo, bebiendo de su copa. No pudo aguantarse y acabó mirando a Rachel.

—¿Y con quién? —preguntó ella.

—Sabes que eso no puedo decirlo hasta que firmemos el contrato.

—Es verdad, papá y sus supersticiones. ¡Si seguro que ya lo sabe todo el equipo!

—Sí, pero ellos trabajan allí.

Cass apretó la mandíbula porque la respuesta de su hermano le caló hondo. Años atrás, intentó trabajar en la productora, pero Caleb no la tenía en cuenta para tomar decisiones. Ella trató de dirigir a los guionistas de una pequeña serie de televisión que tuvo mucho éxito, pero él, cuya confianza en su criterio era nula, no la había dejado sola en ninguna reunión. Había rechazado sistemáticamente todos los cambios que proponía y, de ese modo, el día a día se volvió tan insoportable que no tuvo más opción que buscar otro trabajo porque estaba a punto de tirársele al cuello. Fue entonces cuando Parker le ofreció un puesto en la editorial, y allí sí que

pudo forjarse un futuro. Hasta ahora.

Cassandra iba a contestarle, pero Rachel se le adelantó sin poder contenerse. Sabía lo mucho que aquella actitud de Caleb le hacía daño a su amiga. Si esa noche él estaba allí por ella para empezar algo, aunque aún tenía serias dudas, eso no impediría que le soltara lo que acababa de pasarle por la cabeza.

—Y sigues en tu línea de comportarte como un gilipollas. Cass es tu hermana, ¡por Dios!

Él la miró sorprendido. Rachel jamás le había hablado de esa manera. Claro que hacía mucho que no compartían nada más allá de los saludos de rigor. Todo por su culpa.

Verla con la fuerza de un ciclón le resultó de lo más interesante.

—¿A qué viene...?

—Mira, gracias por la copa, pero me vuelvo a la pista. Seguro que aún queda algún tío libre para pasar la noche.

Olivia y Cassandra se miraron. Aquella respuesta podía ser el detonante de mucho. Cass pensó que, si su hermano no reaccionaba en ese momento, es que había malinterpretado la situación por completo. Rachel se dio la vuelta con la determinación de perderse en la marea de cuerpos bailando. Apenas fue capaz de dar cuatro pasos cuando Caleb la cogió del brazo para llevarla lejos de dos pares de ojos que seguro le estaban taladrando la nuca.

—¿Pero se puede saber qué haces? —se quejó ella, tratando de soltarse sin éxito.

—¿A qué viene que seas tan borde conmigo? —dijo él, acercándose más de la cuenta.

—¿Borde?

—Sí. He venido en son de paz.

—No. Has venido a follar, pero no cuentes conmigo.

Caleb la miró a los labios y sintió como si una corriente eléctrica lo recorriera de pies a cabeza. «¿Qué cojones me pasa?», se dijo muy enfadado. Pero Rachel se encontraba demasiado cerca. Su olor era delicioso, y aquellos ojos de color verde oscuro con preciosas motas doradas lo estaban arrastrando a cometer una locura.

—No estoy aquí para eso —dijo él, peligrosamente cerca de su boca.

—No te creo...

Ella no pudo continuar porque la distancia que los separaba iba desapareciendo demasiado deprisa. El corazón le bombeaba tan rápido que la sangre corría a toda velocidad por sus venas. Entonces, cometió el tremendo error de mirar sus labios. Sin pensar más allá de los siguientes dos segundos, llevó la mano a la nuca de él y lo atrajo con tanta fuerza a su boca que chocaron como dos trenes de mercancías. Ella profundizó el beso con rabia. Exigía a la vez que ofrecía. Dejó de pensar y solo pudo perderse en las sensaciones nuevas que la experiencia de él le estaba proporcionando. Hundió las manos en su cabello y lo atrajo aún más, hasta que el aliento de uno se convirtió en el del otro.

Caleb, que no esperaba que ella permitiera que la besara, aprovechó el momento para dar rienda suelta a lo que llevaba deseando desde que había oído esa tarde a Sam hablar con Cass. El calor de la boca de Rachel lo estaba enloqueciendo. Sin poder mantener las manos a raya, las llevó a su cintura para atraerla aún más a su cuerpo. El fuego que desprendía su piel casi le quemaba la punta de los dedos, pero fue su determinación y exigencia lo que más le gustó. Temía que ella lo rechazara. Sabía que se lo había ganado a pulso. De modo que una pequeña llama encendió la hoguera de su esperanza.

Rachel estaba devorando con ansia su boca, y él le iba a demostrar que estaba dispuesto a jugar a lo grande.

—Tienes razón. No me creas... —dijo pegado a su oído.

—¿Qué demonios quieres, Caleb?

Él la miró a los ojos. Aquella pregunta implicaba mucho más que una noche. Mucho más que sexo fácil y efímero.

Rachel se había permitido aquel beso para descubrir qué buscaba el hombre del que aún estaba enamorada, aunque no estaba dispuesta a ceder su corazón sin una garantía. Tras abandonarse al deseo, se había dado cuenta de algo vital: aún lo amaba con todo su ser, pero se amaba más a sí misma. Y no iba a dejar que volviera a destrozarla por un mísero polvo.

Caleb, que mantenía aquel pulso sin esfuerzo, se perdió una vez más en los ojos de ella, que exigía una respuesta rotunda y a largo plazo. Al pensar apenas unos segundos, se dijo que tal vez no fuera tan mala idea intentarlo.

—Es lo que estoy tratando de averiguar —dijo con la intención de ser sincero en medio de un subidón de adrenalina—, pero te juro que solo quiero «averiguarlo» contigo.

—¿Una noche? —dijo ella, separándose.

—No, maldita sea, Rachel. Ahora mismo no te puedo jurar amor eterno, pero sí que como te acerques a cualquiera de los dos malnacidos que has dejado que te toquen, no responderé de mis actos.

Ella frunció los labios para no sonreír. Era la primera vez que él demostraba algo más. Algo, al fin y al cabo. Por el momento, le pareció suficiente, pero no iba a dejarse vencer tan pronto.

Se acercó al oído del productor y le dijo despacio:

—¿Y qué les harías si los dejara...?

Él inspiró con fuerza. Esa pregunta continuaba el juego, y él era un experto que siempre ganaba. Quizás, demasiadas veces.

—Si alguien quiere quitarme lo que es mío, lo destrozo.

Rachel lo miró porque aquella respuesta implicaba, de pronto, algo para lo que no estaba preparada.

—Yo no soy tuya.

—Aún no, pero lo serás cuando yo me entregue. Y te aseguro que me muero por hacerlo, si me dejas, esta misma noche.

—Así que lo único que quieres es follarme —respondió ella, alejándose otra vez.

Él se acercó y la rodeó con sus brazos. Regresó a su oído y le dijo lo que provocaba que su sangre estuviera a punto de evaporarse.

—Quiero entregarme hoy, mañana, pasado y dentro de un maldito año, Rachel —dijo muy consciente de lo que significaba aquello—. Jamás había sentido... Lo que te puedo asegurar es que cuando he visto a esos dos impresentables comiéndote con la mirada, me han entrado ganas de borrarles la maldita sonrisa de un puñetazo.

—¿Celos, Caleb?

—Les hubiera arrancado la puta cabeza.

Rachel se permitió de nuevo volver a su boca para arrasarla con la rabia de lamentar el tiempo perdido. Mientras sus lenguas bailaban con un ritmo que no dejaba duda de lo que ambos ansiaban, ella tomó una decisión. A pocos metros, Cass y Olivia habían visto cómo, de forma intermitente, se habían besado y separado. Las dos llevaban todo el tiempo especulando qué haría su amiga. Ambas, en el fondo, temían que Caleb le volviera a romper el corazón, pero solo Rachel tenía la última palabra.

Después de aquel tórrido beso, se acercaron hasta ellas para despedirse. Ambas la miraron con una expresión que no dejaba duda de lo que sentían: se alegraban por ella, pero que

no perdiera la cabeza.

Rachel, justo antes de irse, volvió a donde estaban.

—¿Estoy cometiendo una gilipollez? —le preguntó a Cass.

—Primero dime qué sientes.

—Que he de intentarlo. Puede que no salga bien, pero no quiero pasarme el resto de mi vida pensando que debí hacerlo. Te aseguro que no perderé la cabeza esta vez, pero sí que me muero por perder la ropa.

—Pues adelante, Rach —dijo Olivia—. Llevas años deseándolo, no te quedes con la duda. Además, el «kriptoniano» te está mirando como si fueras el tesoro de Sierra Madre.

Las tres rieron con ganas. Rachel las cogió de la mano y acabó despidiéndose con un beso. Caleb con un leve movimiento de cabeza, pero su expresión dejaba entrever algo más. Algo que solo pudo captar Cassandra.

Con las manos entrelazadas, desaparecieron entre decenas de personas que se estaban dejando el aliento en la pista.

—Bueno, Cass, ¿qué quieres hacer? ¿Buscamos un rollo o nos vamos? —preguntó Olivia.

—¿Qué quieres hacer tú? —esquivó ella.

—¿Yo? Irme a casa.

—¿En serio?

—¡Y tanto! Me niego a meter en mi cama a ninguno de estos tíos sudorosos.

Ambas soltaron una carcajada y se deshicieron de las copas en la primera mesa vacía que encontraron. Cassandra invitó a Olivia a que se quedara en su casa para no tener que atravesar la ciudad a esas horas de la noche. Ella aceptó encantada porque no le apetecía pasar la noche sola en su apartamento.

En el taxi, mirando por la ventanilla, Cass pensó en cómo había cambiado su vida en tan solo una semana. Aún tenía el pulso elevado por las vibraciones de la música. También por Rachel, que, por fin, había empezado algo con Caleb. Pero, más que nada, porque aquella noche no iba de camino a un hotel, si no de vuelta a su apartamento.

La velada había resultado muy distinta a lo que las tres esperaban. Tras hacer un repaso rápido, reconoció que había sido muy emocionante ver cómo su hermano se derretía por su amiga, pero algo no terminaba de encajar, y es que El Cielo ya no era el mismo sin Alex.

CAPÍTULO 15.

avanzando

Pasados siete días desde la entrevista con la productora, Alex estaba en plena ebullición de ideas para la sexta entrega, de la que ya llevaba cerca de ciento cincuenta páginas. No había olvidado a Cassandra ni su noche sublime. Ambas le servían de inspiración constante para nutrir la historia de detalles excitantes. Se estaba dejando la piel en cada página. Pero no quería reconocer que, sin ella, las dos escenas eróticas que había plasmado con espeluznante similitud a varios momentos compartidos con la chica de ojos grises y sonrisa arrebatadora no serían tan... interesantes.

Por la tarde, lo llamó Lucille para avisarle de que acababan de recibir el contrato de la productora, así que por la mañana se pasaría para tener una reunión.

A las nueve y media, ya estaba en la editorial para verse con Lucy, Samuel Brown y Spencer, el abogado de la empresa. Tras estar casi tres horas desentramando cada cláusula con lupa, llegaron a la conclusión de que había algunas inconsistencias que necesitaban ser aclaradas. El abogado les aseguró que era lo normal en estos casos. Las grandes compañías solían intentar alguna triquiñuela para dejar en el limbo determinados puntos, así eludían pagos no deseados. Aquel solo era el primer borrador, y aún tardarían unos días en rehacerlo con los cambios que había pedido el escritor.

Al abandonar la sala de juntas, Alex se despidió de Samuel y se dirigió con la editora a su despacho. Necesitaba hablar con ella.

—Tranquilo, Alex, seguro que Spencer soluciona todo en un abrir y cerrar de ojos. Lo conozco desde hace años. Como abogado, es implacable, así que no te preocupes lo más mínimo. El contrato será tal y como tú quieres.

—Lo sé. Lo que me extraña es que no hayan incluido todo lo que concretaste después con Carmichael. De todos modos, hasta que no me convenza, no pienso firmar nada —aseguró él.

—Por supuesto que no. A mí también me extraña que sus abogados no hayan hecho las modificaciones, pero, tranquilo, se arreglará. —Lucille notó un fuerte calambre en el abdomen e hizo una mueca que no pasó inadvertida al escritor.

Desde que volvieron de Nueva York, llevaba soportando aquellas molestias de forma intermitente. No les había hecho demasiado caso porque siempre desaparecían, pero ese dolor poco se asemejaba a los que había sentido hasta ahora. Era bastante más intenso. Tanto, que consiguió dejarla sin aliento.

—Lucy, ¿estás bien? —preguntó Alex preocupado.

—Espera, seguro que se me pasa —dijo tratando de reponerse.

—¿Te llevo al médico?

—No, ya... me duele menos. Es mi colon irritable, que últimamente está enfadado conmigo.

—¿En serio estás mejor? No tienes buena cara.

—¡Qué amable! Pero sí. —Hizo varias inspiraciones profundas para calmarse—. Poco a poco, se me va pasando.

—No me voy a ir de aquí hasta que llames a la consulta para una revisión. —Alex cruzó los brazos y se repantingó en la silla.

—¿Sabes que eres un grano en el culo? —Él sonrió abiertamente—. Vale, llamo, pero

seguro que no es nada.

—Por eso mismo. Así ambos nos quedamos tranquilos.

Lucy le hizo una mueca de burla mientras marcaba. La enfermera que la atendió no pudo hacerle un hueco antes de un mes, sin embargo, le insistió varias veces en que fuera a urgencias si empeoraba.

—¿Desde cuándo estás así? —preguntó el escritor.

—Desde el fin de semana pasado.

—¿En Nueva York? ¿Y te pasó en el hotel?

—Sí. Más o menos como ahora. No es nada, de verdad —quiso tranquilizarlo.

—Debiste decírmelo. Hubiera ido contigo al hospital.

—Sabes que soy muy dura. Seguro que solo es una tontería.

—Dirás lo que quieras, pero tu cara no mostraba eso.

—Vale —dijo alargando la palabra—. En serio, si me vuelve a ocurrir, le diré a Theo que me lleve. ¿Mejor?

—Sí. No quiero que le pase nada a mi editora favorita.

—Alex, soy tu única editora.

—Pues lo que he dicho.

Ambos rieron.

—Esta semana me voy a encerrar en casa para avanzar todo lo que pueda. Creo que tenemos que aprovechar la cresta de la ola. Puede que tenga la nueva historia en un par de meses.

—¿A qué tanta prisa? —dijo ella sin poder disimular la emoción.

—Te has delatado tú misma.

—¿Qué me ha delatado?

—Creo que acabo de verte el signo del dólar en los ojos.

—¿Se me han puesto de color verde?

—No, pero han brillado con mucha fuerza.

Volvieron a reír.

—Alex, sabes que no hay necesidad de que corras para sacar la nueva entrega, aunque me encanta que estés tan inspirado. De hecho, desde el sábado, pareces otro. De verdad, no quiero saber con quién pasaste la noche, pero ¿te has planteado la posibilidad de volver a verla?

—No, claro que no.

—Pues deberías. En serio, te veo cambiado, y tienes que reconocer que nunca has escrito tanto con tan poco... material. Así que no puedo dejar de preguntarme, ¿qué hiciste con ella que no hayas...? —Se quedó un momento callada—. No, mejor no me lo cuentes. —Movi6 ambas manos, rechazando la idea de averiguarlo.

Él la miró mientras dibujaba una sonrisa, pero su expresión decía mucho más de lo que quería mostrar.

—No voy a enamorarme de ella. Solo fue una noche... especial.

—¿Especial? ¡Que llevas ciento cincuenta páginas en una semana! ¿Es que no te ha dado el aire, has comido o yo qué sé?

Alex soltó una carcajada.

—Vale, lo admito. Me sentí atraído por ella nada más verla, y estar juntos fue... diferente. Pero no puedo, Lucy. Reconozco que es preciosa. Simpática. Me hizo reír como nadie con sus comentarios. Solo es que esto —dijo, señalándose el corazón— aún me duele.

—Vive, amigo mío. El alma se nos puede romper en mil pedazos, pero te aseguro que todos podemos reconstruirnos. Perder la oportunidad de conocer a alguien que merezca la pena

es una ofensa para todos aquellos que lo intentan y que jamás podrán sentir el verdadero amor. Si puedes encontrarlo, ¡échale pelotas de una vez! ¡Deja de ser un puto avestruz con la cabeza bajo tierra! Puedes llegar a formar una familia. ¿De verdad eres tan cobarde como para no intentarlo?

Los ojos de la editora brillaron. Sabía que se había pasado de la raya, solo que estaba harta de su actitud. La infidelidad de Jess le había dado pie a desconfiar del amor. Eso podía entenderlo, pero no que se negara a pasar página por miedo a que lo volvieran a herir. La mayoría, en algún momento de la vida, lidiaba con una decepción profunda o una traición inesperada, solo que luego luchaba por seguir adelante. Alex se negaba a arriesgarse de nuevo. Para Lucy, eso no era protegerse, si no dejar de vivir a propósito.

Él la miró mientras analizaba sus palabras. En el fondo, ella acababa de hacer diana, y eso fue lo que, en cierto modo, lo despertó.

—Tienes razón. Lo de... —no quiso ni nombrarla— me marcó de tal forma que no soy capaz de dejar atrás de aquella maldita habitación. No he sabido hacerlo de otro modo, y aún no veo la salida. Yo quería formar una familia, Lucy, pero ella me arrebató mis sueños. ¿En serio crees que soy un cobarde?

—Lo siento, Alex. No he debido decirte...

—No, respóndeme —pidió muy serio—. Trabajamos juntos, pero somos amigos. Y los amigos se dicen la verdad, aunque duela.

Ella inspiró mientras ordenaba en la mente lo que quería decirle. Iba a ser sincera, aunque trataría de no hacerle daño.

—Es cierto, somos amigos. Por eso mismo, me «duele» que sigas empeñado en esa postura de rabieta después de tantos años. No te digo que ahora salgas a la calle diciéndote «me voy a enamorar de la primera que pase», solo que te abras a la posibilidad de que alguien pueda ser...

—¿Mi media naranja? —la interrumpió.

—¡Qué tontería es esa! ¡Qué media naranja ni qué porras! —Ambos sonrieron—. Olvídate de eso. Quizás mi forma de ver las cosas te ayude, porque veo que la cultura popular te ha hecho mucho daño. Alex, las relaciones se trabajan para que funcionen. Las parejas se adaptan y el amor es algo que hay que cuidar con ganas a diario.

—El amor no debería ser algo que costara tanto, sino algo fácil que no requiera tanto esfuerzo.

—¿Y eso dónde lo has oído? Llevo quince años con Theodore, ¿crees que no hemos discutido? ¿Acaso piensas que nos amamos de forma incondicional desde el primer día? El amor, amigo mío, es como una planta. Hay que regarla con constancia o se marchita y muere. Es una burda comparación, pero tan cierta que asusta.

Alex no pudo contener el recuerdo de su relación con Jess.

—Tal vez no me esforcé lo suficiente con... porque lo di por hecho.

—O quizás fue ella la que olvidó que tú debías ser el único. —Se detuvo un instante antes de continuar—. Ahí fuera hay alguien que ama como tú, Alex. Tu forma de ver las relaciones enamora. No en vano te hice volver al día siguiente. No te dejé escapar porque plasmaste el amor tal y como lo había soñado desde la infancia. Te garantizo que en este mundo de locos hay una mujer que desea lo mismo que tú. Pero si no dejas de ponerte una venda en los ojos, te vas a perder lo maravilloso que es sentir que alguien te quiera sin restricciones.

—Pensaré en ello, Lucy. Es lo máximo que puedo decirte.

—Ya es algo —dijo ella con un tono mucho más conciliador.

—Eres demoledora.

—Entiendo que cada uno tiene su camino, pero me duele que seas tú mismo quien te construyes las barricadas. Si fuera al revés, me gustaría que me hicieras ver que estoy cometiendo un error.

—¿Como no ir al médico cuando tienes un dolor fuerte?

—Exacto. Yo te he hecho caso... —dejó en el aire.

—Lo he pillado, ¿vale?

—Vale.

Después de despedirse Alex, Lucille pensó en su conversación. Le había dicho que era un cobarde por no abrirse al amor, pero ella también lo era, ya que hasta ese momento había sido incapaz de aceptar que estaba desbordada. Pensó en cuánto trabajo había asumido en los últimos tiempos y, por fin, admitió lo que meses atrás le había dicho Samuel: que necesitaba ayuda. Decidió seguir su propio consejo y se dirigió al despacho de su jefe dándose cuenta de que, tal vez, las molestias que sentía solo eran un reflejo del estrés, pero debía bajar el ritmo o caería enferma.

—Martin —le preguntó al secretario de Brown—, ¿está reunido?

—No, Lucille. Puedes pasar.

—Gracias.

Ella llamó dos veces y entró en el despacho.

—Samuel, necesito hablar contigo.

—Claro, tú dirás.

—Ya va siendo hora de que contrates a alguien más —soltó sin anestesia—. Necesito con urgencia un ayudante. Parece que has decidido que puedo hacer el trabajo de tres personas, pero ya estoy llegando a mi límite, y te recuerdo que me dijiste hace un año que te pondrías a ello.

Lucille prefirió no compartir con él lo mal que llevaba sintiéndose desde que había vuelto de Nueva York. Esperaba que, bajando el ritmo, se mejorara como por arte de magia. Además, no quería admitir ni para sí misma que aquello podía ser algo más importante.

—Vaya, se ve que te he leído el pensamiento —dijo con media sonrisa. Ella hizo una mueca de no entender nada—. La semana pasada me llamó mi buen amigo, Parker Morris.

—¿De Anthares Books?

—Sí. Me ha pedido un favor y he accedido. El viernes entrevisto, nada más y nada menos, que a Cassandra Wallace.

—¿Cassandra Wallace? —repitió ella sin poder creerlo—. ¿Te refieres a la hija de...?

—Carmichael Wallace. Es su recién estrenada «exnuera».

—¿Ex?

—No me ha dado los detalles. Y, por supuesto, yo no le he preguntado. Aunque, por lo que me ha contado, es una leona —añadió recalcando las tres últimas palabras.

—No más que yo.

—Nadie es como tú, Lucille —dijo con un aspaviento de mano—, pero Parker me ha dicho que ella es la que ha descubierto a sus cuatro últimos *best sellers*, así que me la voy a tomar en serio.

—No creo que quiera un puesto a mi sombra —señaló la editora, cruzando los brazos.

—Ese no es mi problema. Lo único que puedo ofrecerle ahora mismo es ser tu ayudante. Solo tiene veinticinco años. Por muy lista que sea, no sabe tanto como tú. Tu experiencia y ojo clínico superan con creces al resto de mis editores. De modo que, si es lista, aceptará el trabajo.

Lucille asintió satisfecha. Llevaba diez años en Elegant Books y había descubierto cerca de cincuenta autores que habían cosechado éxito tras éxito. Entre ellos, a una mina de oro

llamado Adam Wright. No quería a nadie alrededor que no fuera, como mínimo, brillante.

De pronto, cayó en la cuenta de que Cassandra era la hija del productor de cine del que dependía Alex para conseguir su sueño, por lo que Samuel no podía tomarse aquella entrevista a la ligera.

—¿El viernes entonces? —quiso asegurarse Lucy.

—Sí, pero voy a hacerla sufrir un poco. No pienso aceptar a nadie mediocre. Quiero fieras en mis filas. Verdaderos trabajadores que se impliquen para hacer de la editorial la mejor de todas año tras año.

—No, si estoy de acuerdo contigo, pero parece que te has olvidado de un detalle importante: es la hija de los Wallace. Te la ha recomendado Morris, vale, ¿y si la idea es de ambos?

—No te entiendo.

—De Carmichael y Parker. Tú no sabes si ellos han hablado. Por lo que me dices, iban a ser suegros. Sí, sus hijos han roto por ahora. Pero ¿y si se reconcilian? El contrato de Alex...

—¿Y qué tiene que ver Wright con esto?

—Que está con nosotros. Es de los «nuestros» —dijo formando un par de comillas en el aire—. ¿Y si por no contratar a su hija lo castiga? Alex no se merece eso.

—Joder.

—Sí, joder.

—O sea, que da igual lo que sepa, la tengo que contratar.

—Sí, Samuel.

El editor se frotó la cara con energía. Acto seguido, llamó a su secretario a toda voz.

—¡Martin!

Él apareció al momento.

—Dime, Samuel.

—Tráeme un café cargado.

—Claro. ¿Quieres algo Lucille?

—Una botella de agua.

—Ahora mismo.

El joven salió pitando para traer lo que ambos le habían pedido.

—¿Crees que valdrá tanto como dice Morris? —preguntó Lucy.

—No tengo ni idea, aunque no creo que me haya mentido. —Se quedó un momento callado.

Martin volvió a entrar y dejó en la mesa el café junto con la botella de agua. Después, cerró al salir.

—Sabes que suelo leer algunos de los libros que publican. —Samuel asintió—. Si ella fue la que descubrió a E. J. Black-Storm, entonces, creo que nos será muy útil.

El editor bebió un largo sorbo de café y ella de agua.

—¿Crees que no debo ser duro?

—No, todo lo contrario. Debes ser despiadado. Si ella vale lo que dice Parker, lo demostrará.

—¿Y si no?

—¡Qué más da! La vas a contratar diga lo que diga. No podemos perder el acuerdo con la productora, ¿verdad? —añadió molesta. Él negó despacio.

—No le comentes nada a Alex —pidió muy serio.

—¡Claro que no! Él no la conoce. Además, cuanto menos sepa, mejor.

—Perfecto.

—Un momento, ¿crees que puede ser una espía? —añadió Lucy, frunciendo las cejas.

—No. Parker jamás me haría eso —respondió con seguridad.

Ella respiró aliviada.

—Vale. Bueno, no te queda otra. Pondré todo de mi parte para enseñarle cómo funcionamos y se tendrá que adaptar a mi ritmo en un mes.

—Venga ya, Lucille. Somos crueles, pero no tanto.

Ambos rieron con ganas.

—Está bien, jefe. Me vuelvo al despacho.

Ella regresó a su mesa y se metió de lleno en una novela de romance paranormal que tenía pendiente desde hacía meses. Estaba claro que necesitaba ayuda, aunque dudaba mucho de que esa tal «Cassandra Wallace» le fuera útil.

Sentía rabia porque Samuel tuviera que aceptarla debido a las circunstancias. Pensó que, con toda seguridad, solo sería otra niña rica con suerte. Ella había luchado sin descanso para llegar a donde estaba. Todo lo que tenía lo había ganado con mucho esfuerzo, año tras año. Enseñar a Cassandra no iba a ser fácil, pero no le quedaba otra. Dejó aquello a un lado para centrarse en el trabajo. Una nueva historia de vampiros la estaba esperando, y rogaba para que estuviese a la altura de lo que prometía la autora en su *briefing*.

Después de salir Lucille del despacho, Samuel se había quedado sopesando sus palabras: «¿Crees que puede ser una espía?». Pensó en su buen amigo y repitió para sí lo mismo que le había dicho a ella: que Parker jamás le haría esa faena. Aun así, abrió el navegador para investigar un poco sobre Cassandra porque no era capaz de dejar de darle vueltas a la conversación con Lucy. Decenas de páginas mostraban el noviazgo con Bill Morris. Indagando un poco más, llegó hasta una noticia filtrada por alguien cercano a la pareja, que aseguraba que la ruptura se debía a la infidelidad del hijo de Parker con la dama de honor principal.

Tras leer varios artículos más, fue a la página de Anthares Books. Lo que allí decía sobre ella le dio algo de perspectiva. Media hora después, regresó al trabajo convencido de que el favor que le había pedido su amigo nada tenía que ver con Carmichael Wallace o con la productora. Parker solo lo había hecho porque la apreciaba, y entendía que lo que había sucedido era razón más que suficiente como para que ella quisiera empezar de nuevo a más de cuatro mil kilómetros de su exprometido.

Se tranquilizó y se dijo que no la juzgaría hasta que Lucille y él la conocieran. Después, tendría que demostrar su valía como el resto.



El jueves por la tarde, Cassandra bajó del avión llevando consigo solo una maleta de cabina. La entrevista en Elegant Books era a las diez de la mañana, por lo que Parker le había proporcionado una noche en un hotel cercano. Dada la hora a la que debía estar en la editorial, no había combinación posible para llegar a tiempo si volaba el mismo viernes.

Cogió un taxi y se dirigió al Hilton Los Ángeles Culver City. La distancia entre ambos sitios apenas era de cinco minutos en coche, así que agradeció mentalmente a su exjefe el detalle. Una vez en la habitación, se dedicó a leer toda la información que quería mostrar en la entrevista. Tras eso, cogió el iPad. Quería repasar a conciencia todos los géneros que publicaba la editorial.

Ella estaba especializada en novela romántica, pero intentaría trabajar en cualquier otro género. No quería saber nada del amor por un tiempo o, con suerte, para siempre.

Nada más entrar en la web, el corazón comenzó a bombearle con fuerza. En el centro de la página principal, la novela que destacaba era la última de Adam Wright. Pinchó el enlace del autor y, sin saber por qué, guardó su fotografía en el dispositivo. Al darse cuenta de que aún no había comprado su nuevo libro, entró en Amazon y lo metió en la cesta para no olvidarse. Ya lo pediría cuando llegara a Nueva York.

Durante casi una hora, estuvo revisando los libros anteriores. Leyó de nuevo todas las sinopsis y recordó lo mucho que le habían gustado. La pluma de Alex era ligera. A veces, mordaz. Otras, elegante y sensual. Con el tiempo, había mejorado notablemente el estilo. Sus historias estaban llenas de tramas y personajes muy interesantes. Entendía por qué Lucille Johnson no lo había querido dejar escapar nada más descubrirlo. Al pensar en ella, se dijo que, si tenía suerte, puede que llegase a conocerla. Pero, para qué engañarse: lo más probable, si conseguía el trabajo, es que no coincidiera con ninguno de los dos.

Se tumbó en la cama sintiéndose algo nerviosa por la posibilidad de ver a Alex de nuevo. Tras suspirar, terminó diciéndose que debía poner los pies en el suelo. A los grandes autores los llevaban editores consumados, no los que contaban con poca experiencia como ella, aunque hubiese encontrado cuatro *best sellers* en los últimos tres años. Esperaba que eso fuera suficiente para la editorial más grande del país.

Acabó de repasar la web y, antes de apagar el iPad, volvió a mirar el perfil del escritor. El recuerdo de esa noche juntos regresó con fuerza. Se dejó llevar a través de los recuerdos hasta que sonrió al darse cuenta de que lo único que quedaba vivo era el buen sabor que le había dejado aquella velada llena de morbo y desinhibición. Nada más.

Se levantó para darse una ducha y bajó a cenar al restaurante del hotel. Nada más entrar en la habitación, repasó una vez más la documentación. Preparó la ropa y se metió en la cama con la incertidumbre de si lograría su objetivo. En cierto modo, no quería encontrarse con Alex, porque entonces sí que todo podría irse al traste. Aunque, viéndolo con perspectiva, nada iba a interponerse en su camino. Ni siquiera el mejor amante que había tenido hasta el momento.

CAPÍTULO 16.

una entrevista DESPIADADA

La noche pasó en un suspiro, más de lo que le hubiera gustado a Cassandra. Miró la hora: las seis de la mañana. Cansada de dar vueltas en la cama, apagó la alarma que tenía programada. Era incapaz de dormir.

Se dijo que su insomnio se debía la tensión de los últimos días, que le estaba pasando factura. Por supuesto, la entrevista con Samuel Brown también era un motivo añadido. Si conseguía el trabajo, aquello supondría el trampolín que necesitaba para comenzar un nuevo capítulo de su vida. Pero, en verdad, se estaba mintiendo. La razón principal era otra: la posibilidad de encontrarse con Alex. Cruzárselo en un pasillo no era algo para lo que estuviera preparada. Se quedó mirando al techo sabiendo que no podía engañarse a sí misma. Menos aún, en la oscuridad de la noche, cuando sus demonios estaban campando a sus anchas, amedrentándola.

Pensó una vez más en el escritor. Acabó maldiciendo porque se suponía que él iba a ser alguien con quien no volvería a tener ningún tipo de contacto. Ahora, debía enfrentarse a la posibilidad de verlo a menudo. Eso la fastidió, ya que aquello podría propiciar momentos incómodos, y no quería tener que estar alerta todo el tiempo en su puesto de trabajo. «Dios, ¡deja de darle tantas vueltas!», se recriminó. Encendió la luz para revisar WhatsApp y el correo. Después, se entretuvo viendo algunos vídeos en las redes sociales. Al final, desistió de continuar tumbada y se levantó para ducharse. Una vez vestida, bajó a desayunar. Apenas eran las siete y media de la mañana, de modo que tenía tiempo suficiente.

Un taxi la recogió en el hotel y, pocos minutos después, se encontraba delante del imponente edificio de oficinas de Elegant Books. Tras facilitarle una identificación en recepción, subió a la planta que le indicaron. Allí, Martin la estaba esperando para acompañarla hasta el despacho del señor Brown.

—Samuel, Cassandra Wallace está aquí —anunció el secretario.

—Adelante —dijo el editor.

Al entrar, ella se quedó paralizada al ver que junto al director estaba la editora de Alex.

—Samuel Brown —se presentó, ofreciéndole la mano.

—Cassandra Wallace.

—Lucille Johnson —añadió ella de igual modo.

Cass le dio también la mano y sonrió levemente. Él le ofreció sentarse con un gesto mientras se dirigía con Lucy hacia el otro lado de la mesa de reuniones que tenía a un lado del despacho. Los dos la miraron con una expresión severa, pero ella no se amilanó. Se repitió con determinación que estaba allí por trabajo, y haría todo lo posible para conseguir un contrato.

—Bien, Cassandra. Bonito nombre. No sé si sabes quién es ella —preguntó, mirando hacia su empleada— o si conoces su trabajo.

—Por supuesto, señor Brown.

—Samuel y Lucille. Aquí somos más informales.

—Gracias, Samuel. Lucille es una de las mejores editoras del país y es quien descubrió a Adam Wright, uno de los escritores de novela romántica más rentable de los últimos años.

—Vaya, veo que has hecho los deberes. Eso está bien —dijo, mirando a Lucy, que asintió

como respuesta—. Veo que has traído tu currícul.

—Sí —respondió, entregándole con seguridad un portafolio con toda la documentación que con tanto esmero había recopilado para intentar deslumbrarlo.

Él abrió la carpeta con parsimonia y la colocó entre los dos, pero no leyó ni una sola letra. Antes de continuar, miró a Lucille un instante.

—Voy a ir al grano, ya que nuestro tiempo es muy valioso —añadió con autoridad mientras la observaba intentando decidir qué camino tomar.

Ella se sintió un poco incómoda por el cambio de tono y de actitud de Samuel, pero entendía que ponerla a prueba era lo natural. Si de verdad deseaba optar por un empleo en la mejor editorial del país, iba a tener que esforzarse en demostrar cuánto. Las palabras de su jefe resonaron con fuerza: «... le he hablado muy bien de ti, pero tendrás que ser una fiera y venderte como nunca para enseñarle lo que yo ya sé: que eres una de las mejores».

—Quiero que te quede claro que estás aquí porque Parker es un antiguo amigo que me ha pedido el favor de que te contrate —prosiguió el editor—, pero no sé nada de ti. Voy a ser muy sincero: la persona que necesito no puede ser una chica con cara de ángel, sino una fiera que defienda y luche a muerte por nuestros autores. ¿Crees que puedes ser esa persona o solo estás aquí para tomar el sol?

A Cass le resultó muy curioso que Morris y él utilizaran la palabra «fiera» para referirse a su disposición tanto para conseguir el trabajo como para realizarlo. Aunque, lo que más le dolió, fue que Brown pensara que no estaba allí por su valía, sino por la relación con su exsuegro. Aquello la encendió por dentro. No había ido hasta allí para ser humillada o ninguneada por un desconocido. Se fijó un par de segundos en Lucille. Ella mantenía una pose de esfinge hermética de la que no pudo extraer ninguna opinión. Acto seguido, volvió al hombre en que había puesto sus esperanzas que, más que contratarla, parecía querer ridiculizarla.

Se irguió en la silla y la nueva Cassandra tomó el control para demostrarle que se había ganado a pulso aquella oportunidad.

—Te aseguro que soy esa persona, Samuel. Y no he volado casi cuatro mil quinientos kilómetros para tomar el sol. Estoy aquí porque ser editora es mi vida. Si quiere a una «fiera», la tiene justo delante.

La respuesta de Cass pareció gustarles a ambos, que cruzaron la mirada un instante antes de que él continuara.

—Muy bien. Cuéntame tu experiencia real y qué puedes ofrecerme para que olvide el motivo de por qué estás aquí. No formarás parte de mi empresa si me parece que no vales lo suficiente.

A Cassandra le sorprendió su respuesta. Parker la había enviado solo con la promesa de una entrevista, pero Brown parecía estar hablando de contratarla. Ahí solo cabían dos posibilidades: o había malinterpretado a su jefe o el editor estaba intentando que se acobardara.

De pronto, reparó en un detalle que había pasado por alto. Puede que Parker valorara su trabajo, pero aquella reunión parecía ser únicamente el cobro de un favor personal. Un favor de su exsuegro para lavar su conciencia por la infidelidad de su hijo. Sonrió para sí mientras se decía que había tocado fondo y que ya no le quedaba nada más que perder.

Darse cuenta de ello la hizo tranquilizarse. Nadie volvería a hacerla pequeña. Así que decidió poner toda la carne en el asador para demostrarle que era capaz de todo lo que el puesto requería no ya por una deuda, sino por sus propios méritos.

—Creo que ha habido un malentendido. Yo no he venido hasta aquí para mendigar un trabajo —soltó con determinación—. En respuesta a tu primera pregunta te diré que llevo casi

cuatro años haciendo algo que me encanta. He cosechado algunos éxitos para Anthares Books, aunque estoy segura de que eso ya lo sabes. Algo que quiero aclarar es que Parker solo me dijo que, por vuestra amistad, me había conseguido esta entrevista, cosa que le agradezco, pero nunca me aseguró, ni mucho menos, que me contratarías. Samuel, me has preguntado qué puedo ofrecerte para conseguir que olvides este favor. —Él asintió una vez—. Lo tengo muy claro: abre la carpeta y te hablaré de mi trabajo. Estoy convencida de que no te defraudaré.

Él miró a Lucille. Aún no le había contado a Cass qué puesto iba a ofrecerle, pero, primero, quería oír qué podía aportar. Durante los siguientes minutos, Cassandra les describió, punto por punto, todo su trabajo en la otra editorial. Ambos la escuchaban con mucha atención, pero Brown no estaba dispuesto a que ella fuera la mano derecha de Lucille sin antes comprobar si tenía la sangre y la determinación necesarias. Parker le había enviado todo su trabajo en cuanto hablaron, por lo que solo escuchó de sus labios lo que ya había leído con anterioridad. Viendo cómo se esforzaba por demostrar su valía, se dio cuenta de que, tal vez, la había prejuzgado por la situación.

Mientras Cass continuaba, Samuel y Lucy se miraban cada cierto tiempo. Los conocimientos de la chica eran mucho más de los necesarios para realizar el trabajo. Además, parecía tener carácter. El editor no tuvo más remedio que reconocer que le gustaba la pasión con la que estaba luchando, y terminó dándole la razón a su amigo cuando le dijo que mirara más allá de su apariencia y apellido.

Cass terminó su exposición y permaneció en silencio esperando la respuesta del editor. A Samuel, sin duda, le había empezado a interesar aquella chica, aunque se quedó un momento pensando en algo que no le cuadraba. De pronto, se dio cuenta de lo que era.

—Tienes un currículum impresionante para tu corta carrera. Verás, mi empresa se caracteriza porque sus trabajadores siempre dan lo mejor de sí. Mi editorial —dijo recalcando cada palabra— necesita compromiso, voluntad y corazón. ¿Crees que tienes lo que necesito?

—Sí, sin duda —respondió ella azuzada por su propio entusiasmo al haber explicado de manera impecable su trayectoria.

—Bien. Siento decirte que debo preguntarte algo muy personal porque el trabajo que voy a ofrecerte no es algo para tomar a la ligera.

—Adelante —dijo Cass, sin estar preparada realmente para su pregunta.

—¿De verdad te ves viviendo en Los Ángeles?

—Por supuesto.

—¿Y qué hay de tu boda? —la interrumpió—. No quiero que dentro de seis meses me vengas diciendo que lo has solucionado con Bill y que dejas el trabajo.

La expresión de ella cambió de forma radical. Aquellas preguntas estaban fuera de lugar en una entrevista de trabajo.

—No estoy dispuesta a hablar de mi vida privada.

—Si lo fuera, no estaría en internet. Si tu vida realmente fuera privada, no te lo habría preguntado. —Con esas palabras le dejó claro que no podía librarse de contestar—. Parker no me ha contado nada. Ha preferido que seas tú quien decida si quieres explicarme o no lo que ha pasado. Así que me pregunto por qué te deja ir estando comprometida con su hijo.

—No es de tu incumbencia...

—Te equivocas —la cortó—. Mi empresa es de mi incumbencia, y la vida de mis empleados también porque repercute directamente en su trabajo. Elegant Books no es una editorial cualquiera. Yo me preocupo de cada persona que está bajo mi techo, y tengo que saber si esto solo es una retirada momentánea por una riña entre enamorados o de verdad vas a cruzar

medio país para alejarte de Bill porque tienes un motivo de peso.

—Tú lo has dicho antes, mi vida está en internet. No voy a repetir lo que seguro ya sabes, pero sí te voy a dejar clara una cosa: no pienso volver ni a Nueva York ni con Bill.

Samuel se quedó callado un momento. Seguidamente, miró al Lucille y elevó ambas cejas.

A Cass le pareció que ese gesto había decidido su futuro.

—Está bien. El puesto que te ofrezco es el de ayudante de Lucille. Ella es mi mejor editora y necesita una persona que esté a su altura. Su mano derecha. Alguien en la que pueda confiar plenamente. De aceptar, comenzarás como editora júnior. Sé que en Anthares Books eras sénior, pero yo no te conozco como Parker. Tendrás un periodo de prueba de seis meses. Lucille te enseñará cómo trabajamos aquí y te evaluará. Si después de ese tiempo estamos satisfechos con tu rendimiento, cambiaremos el contrato.

—No es lo que esperaba, la verdad.

—Me imagino, pero es lo que puedo ofrecerte. Quiero que comprendas dos cosas: la primera, que este trabajo es para tomárselo muy en serio y, la segunda, que únicamente estás aquí por mi amistad con Morris porque no eres, para nada, el perfil que busco.

Lucille trató de continuar con su pose, pero las palabras de Samuel la molestaron. Nunca lo había visto proceder de ese modo. Su actitud le estaba pareciendo fuera de lugar. No conocía a aquella chica, sin embargo, Cassandra se había comportado tal y como desearían que lo hiciera cualquier candidato válido. Había demostrado con creces que sabía defenderse, y su currículum, además de ser impresionante dada su corta experiencia, excedía de lo necesario para obtener el empleo. Lucy no dijo nada, solo miró a su jefe, ya que parecía haber olvidado su conversación anterior. Brown captó la incomodidad de su mejor editora y acabó suavizando el tono.

—Lo que quiero decir —prosiguió él— es que necesito que me confirmes que no vas a volver a Nueva York a la primera de cambio. El puesto inicialmente es para un año, pero depende de tu valía que continúes con nosotros. Por eso he de estar seguro de que tu intención es quedarte y que no saldrás huyendo al primer chasquido de dedos de Bill. Parker no podía responderme a eso, aunque espero que tú sí.

Lucille bajó la mirada. Su jefe estaba haciendo lo opuesto a lo que le había pedido. A Cassandra no le sentó nada bien lo que había insinuado y no pudo mantenerse callada.

—Samuel, ¿para qué estoy aquí?

—No te entiendo.

—Claro que sí. Te estoy preguntando si ese puesto del que me has hablado existe o solo quieres humillarme.

—Yo no he hecho tal cosa, y por supuesto que el trabajo es real.

—Entonces, ¿por qué llevas desde que nos hemos sentado buscando la manera de demostrar que solo estoy aquí por una pataleta? —Cass no le dio opción a responder y continuó—. Quiero que sepas que yo también me tomo mi trabajo muy en serio. Te aseguro que mi decisión de dejar Nueva York no ha sido el resultado de una simple riña. Y que quede claro: jamás me iría al escuchar el chasquido de dedos de nadie.

Cass se detuvo un instante. Sin pensar en las consecuencias de sus palabras hacia su futuro jefe, los miró y tomó una decisión. Retiró la silla para levantarse. Sabía que acababa de perder la oportunidad laboral de su vida, pero no estaba dispuesta a aceptar ni un solo desprecio más.

—Siento haberos hecho perder el tiempo —añadió hecha trizas.

Samuel, que había estado muy atento a cada una de sus palabras, dibujó media sonrisa.

—¿A dónde vas Cassandra?

—Creo que no es necesario prolongar la agonía, ¿no crees?

—¿Y cómo pretendes comenzar a trabajar con nosotros si te vas sin conocer tu salario ni haber firmado el contrato?

Ella se lo quedó mirando con una expresión que obligó a Lucy ocultar una sonrisa.

—¿Cómo dices?

—¿Es que ya no quieres formar parte de Elegant Books? —insistió.

Antes de sentarse, Cass lo observó como si tuviera dos cabezas.

—No entiendo. Creía que...

—Me gusta tu fuerza y cómo te has defendido. Parker me prometió que eras justo la persona que necesitaba, pero reconozco que se quedó corto cuando me habló de tu experiencia.

—Buscó a Lucy con la mirada y asintió satisfecho—. Lucille necesita a alguien resolutivo, despierto y que pueda hacer frente a cualquier imprevisto. Creo que eres perfecta para estar a su lado hasta que puedas llevar a tus propios escritores cuando conozcas cómo funcionamos. Así que te pregunto, ¿de verdad quieres trabajar con nosotros?

Cass dibujó una tímida sonrisa antes de responder.

—Por supuesto, Samuel. Será un privilegio trabajar para Lucille.

Él miró a su empleada, dándole la palabra con un gesto.

—Bueno, gracias por tus palabras —respondió ella—. Cassandra, nos has enseñado en el papel tu experiencia, pero piensa que somos la mayor editorial del país. No sé cuál era el ritmo que te imprimían tus obligaciones en Anthares Books, solo quiero que sepas que aquí te exigiré el triple. Necesitaré que leas, corrijas y demás a una velocidad que puede que te abrume al principio, aunque estoy segura de que podrás adaptarte en poco tiempo si pones de tu parte.

Ella asintió sabiendo que sería capaz de hacerlo, ya que no le importaba llevarse trabajo a casa con tal de encontrar la mejor historia.

—Pondré todo de mi parte para estar a la altura —respondió emocionada—. Lucille, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Solo te centras en el género romántico o abarcas alguno más?

A la experimentada editora le sorprendió la pregunta, pero le contestó sin poder adivinar cuál era la preocupación de Cass.

—No, estoy centrada únicamente en romántica, como tú en Anthares Books. Aquí trabajamos del mismo modo. Cada uno de nosotros nos dedicamos a un género en particular porque es muy complicado apreciar los matices cuando cambiamos de registro.

La expresión de Cass se ensombreció. Soñaba con poder dedicarse a cualquier otro género, pero el destino parecía volver a jugar con ella. Adoraba las novelas románticas, solo que, después de lo de Bill, deseaba no volver a leer nada relacionado con el amor durante un tiempo. O nunca.

—Bueno, tenía la esperanza de poder alejarme un poco de ese género. Supongo que no hace falta explicar por qué.

Samuel y Lucille se miraron un instante. Él tomó el relevo de Lucy y dijo lo que supuso que ambos habían pensado.

—Entonces, me temo que tenemos un pequeño problema porque ese es el puesto que puedo ofrecerte.

Cass se sintió un poco derrotada. No le entusiasmaba nada la idea de tener que ocuparse de forma exclusiva de novelas románticas. Dedicarse a leer una y otra vez cómo los personajes

se enamoraban para conseguir su «felices para siempre» era lo último que le apetecía en ese momento, pero el puesto merecía la pena.

Cuando se dio cuenta de su diálogo interno, se regañó porque aquella era una oportunidad única para aprender de la mejor. Se dijo que la mala experiencia con Bill no iba a estropear eso también, y decidió cambiar aquellos pensamientos sombríos por unos más optimistas.

—Entonces, lo acepto. Te aseguro que no habrá ningún problema por mi parte —confirmó ella.

A Brown le gustó la respuesta. Acto seguido, cogió su currículum y leyó una simple línea de su carta de presentación: «...porque el amor es mi motor y mi guía, y soy capaz de ver en una buena novela romántica esa pasión en los personajes, en sus motivaciones y en el desenlace de las tramas para conseguir que la historia deje una huella profunda en el lector...». El editor no pudo evitar sonreír mientras leía el entusiasmo en las palabras de aquella joven.

Ella recordó que esa era una de las pocas frases que había mantenido de su primera versión y rogó porque no le pareciera demasiado cursi. No había querido eliminarla porque esa había sido ella hasta hacía muy poco: una enamorada del amor y de los finales felices. Se sorprendió al darse cuenta de que de aquella chica ya no quedaba nada.

—Cassandra, después de haber leído tu visión de lo que es una buena historia romántica, te voy a decir algo que tal vez hayas pasado por alto: todos hemos sufrido en algún momento de nuestras vidas. Debe de ser muy duro lo que te ha ocurrido, pero no permitas que eso destruya tu visión del amor. Eres muy joven. Piensa que tienes toda la vida por delante, y estoy seguro de que todo mejorará.

Cass dibujó una sonrisa educada. No estaba de acuerdo con él, pero aún no habían hablado de la parte económica ni firmado el contrato, por lo que no expresó su opinión, sino que prefirió darle la razón hasta que terminara de formalizar todo el papeleo.

—Gracias —terminó diciendo—. Espero que así sea.

—Créeme, solo date tiempo.

Durante los siguientes minutos, Samuel le detalló el contrato. Cassandra asintió cada cierto tiempo para indicar que le parecía bien.

—Bueno, entiendo entonces que aceptas el puesto —quiso asegurarse Brown.

—Sí, claro —ratificó ella.

—¿Cuándo podrías empezar? Lucille te necesita cuanto antes.

—Bueno, tengo todas mis cosas en Nueva York. Me hacen falta unos pocos días para encontrar casa y traer mis pertenencias.

—Vamos a hacer una cosa, pásate ahora por el Departamento de Recursos Humanos y firma el contrato. —Samuel abrió el primer cajón de la mesa y sacó una tarjeta—. En cuanto a buscar casa, ten, April es mi sobrina. Es agente inmobiliaria y puede echarle una mano. La llamo ahora para decirle que te pondrás en contacto con ella a lo largo de la mañana.

—Gracias. Lo haré en cuanto salga.

—Perfecto. Te doy dos semanas para incorporarte, pero si pudieras hacerlo en solo una, mejor que mejor —dijo Brown.

—Pondré todo de mi parte para conseguirlo.

Cassandra sonrió y asintió emocionada. Estaba feliz por haber conseguido el trabajo. No era el que había pensado, pero en unos meses ya habría demostrado su valía y, tal vez, podría tener un puesto más cercano a su experiencia.

Ahora solo podía centrarse en que ese era el primer paso para alejarse de su pasado. Sabía que le esperaban unos días muy movidos, pero eso eran minucias en comparación con poder

seguir adelante por sí misma sin depender de nadie.

—Muy bien. Por mí, hemos acabado. ¿Algo más que quieras añadir, Lucille?

—Sí. Como bien has dicho al principio, soy la editora de Adam Wright. Tendrás que adaptarte a su ritmo y estarás en cada una de las reuniones que tengamos. Por el momento, solo escucharás, pero no darás tu opinión sobre su nueva novela. Eso déjame a mí.

—Por supuesto —dijo Cass con contundencia sin querer detenerse a pensar lo que aquello iba a suponer para ambos.

—Bien, entonces, todo aclarado. Por mí, también hemos acabado.

—Estupendo —añadió el editor, que se levantó para pulsar un botón. Su secretario apareció a los pocos segundos.

—Dime, Samuel.

—Bueno, Cassandra. Bienvenida a la editorial —dijo, ofreciéndole la mano.

Ella se la estrechó con una gran sonrisa.

—Gracias por la oportunidad.

—Bienvenida, Cassandra —añadió Lucille.

—Martin, acompaña a personal. Dile a Blair que ahora la llamo.

—Claro.

Cass salió del despacho y siguió a Martin hasta recursos humanos. Allí leyó el contrato, que incluía todas las prestaciones que le había indicado Brown en la entrevista. Tras firmarlo, salió a la calle. Miró la hora: las doce de la mañana. Había pasado en Elegant Books casi dos horas. Paró un taxi y, de camino al hotel, marcó el teléfono de April. Mientras daba el tono de llamada, sentía cientos de mariposas en el estómago. Lo había logrado. En pocos días, su vida iba a cambiar por completo.

Nueva ciudad.

Nuevo trabajo.

Aquello era justo lo que necesitaba.

Justo antes de que la agente inmobiliaria respondiera, un pensamiento irrumpió con fuerza: tendría que ver a menudo a Alex. No sabía cómo se lo iba a tomar él, pero no le importaba. Ese trabajo era el billete a su nueva vida, y el escritor no significaba nada para ella.

Al menos eso fue lo que se repitió hasta escuchar la voz risueña de una chica al otro lado de la línea.

CAPÍTULO 17.

una nueva vida y un encuentro inesperado

Tras haber hablado con su tío, April se puso en marcha: debía buscar apartamentos para la nueva incorporación. Tenía cuatro opciones que tal vez pudieran interesarle. Las imprimió y esperó la llamada de la nueva empleada.

—April Russell.

—Buenos días, April. Soy Cassandra Wallace.

—Hola, Cassandra. Mi tío Samuel me ha comentado que te trasladas a Los Ángeles y que necesitas un piso.

—Exacto.

—¿Hasta cuándo vas a estar en la ciudad? Te lo digo porque tengo cuatro opciones y no creo que tarden mucho en ser alquiladas.

—Bueno, volvía esta tarde a Nueva York, pero puedo cambiar el vuelo para mañana o pasado.

—Eso estaría genial. Hoy puedo enseñarte tres viviendas. Podemos ver la cuarta mañana porque aún no tengo la llave.

—Vale, pues cambio el billete para mañana por la tarde. ¿A qué hora podríamos quedar?

—Si no tienes ningún plan, ahora me va bien. Vemos los dos primeros y esta tarde el tercero.

—Claro, ¿me envías la dirección? Ahora mismo, voy en taxi.

—Genial. Dame un minuto y te la mando.

—Ya la tengo. Nos vemos allí.

—Estupendo.

Cassandra colgó y le facilitó al taxista la nueva dirección. Mientras tanto, aprovechó para cambiar el vuelo. Como muy pronto, la opción que le daba la compañía era el domingo por la tarde. Así que aceptó sin mayor problema. Eso le daría la posibilidad de conocer un poco la ciudad y de ir adaptándose, aunque fueran solo unas pocas horas, a estar sola con sus pensamientos. Acto seguido, llamó al hotel para solucionar lo de su estancia.

Se bajó del taxi y, apoyada en un coche de color blanco, vio a una chica latina impresionante, con melena oscura ondulada y vestida con un traje de chaqueta impecable. Al verla con las fotografías de varios inmuebles impresos, supuso que era la agente inmobiliaria y se acercó hasta ella.

—Hola, ¿April?

—Sí, ¿Cassandra?

—Exacto.

Ambas se estrecharon la mano.

—¿Has podido cambiar el vuelo? —preguntó la agente.

—Sí, pero para el domingo por la tarde.

—Vaya, ¿no había para mañana?

—Pues no. Por lo visto, todo el mundo va a volar a Nueva York.

Ambas rieron por la mueca de la editora.

—Entonces, vas a trabajar con el tío Samuel.

—Así es.

—Mi tío es estupendo. Estoy segurísima de que te irá muy bien allí —respondió, metiendo la mano en el enorme *shopping bag*, donde parecía que llevara hasta el tesoro del Amazonas—. Bueno, ¿a qué hora has quedado para almorzar? Me imagino que tienes amigos en la ciudad, ¿no?

Cass sonrió con timidez.

—No, estoy sola. He venido exclusivamente para la entrevista de trabajo y pensaba volver en tres horas.

—¿Entonces estás sola hasta el domingo? —preguntó April como si eso fuera algo terrible.

—Bueno, sí. Pero no pasa nada.

—Ah, no. Hoy comemos juntas y así aprovechamos para ver antes los inmuebles.

—No hace falta. Seguro que tienes que hacer otras cosas.

—No, esta tarde la tenía libre. Además, tú necesitas ver pisos para venirte a vivir a la ciudad, y mi tío me ha insistido que es imperativo que comiences lo antes posible.

—Siento haber fastidiado tu tarde libre. Podría haber venido de nuevo la semana que viene.

—¡Ni te preocupes! Además, encontrar un apartamento decente no es tan sencillo. Oye, supongo que ya habrás conocido a Blair, ¿verdad? Como es la directora de recursos humanos de la editorial...

—Sí, claro. He firmado el contrato con ella hace un rato.

—Ambas somos muy buenas amigas. Yo también le encontré casa hace unos... tres o cuatro años —dijo frunciendo el ceño porque no conseguía sacar del bolso el enorme manojó de llaves—. Jamás lo confesaré, pero me hizo recorrer tres cuartas partes de la ciudad antes de decidirse. La cosa es que quedamos tantas veces que, al final, nos hicimos amigas. —Rio al recordar la odisea de encontrarle una casa—. Bueno, vamos a ver el primer piso de la lista antes de que te termine de contar toda mi vida. Siempre me sale la vena latina cuando me siento a gusto con alguien. La culpa es de mi madre, que habla por los codos.

—¿Eres latina?

—A medias. Mi madre es mexicana y mi padre estadounidense. La mujer de mi tío Samuel es la hermana de mi padre.

—Muy bien. Hum... April, ¿puedo serte sincera?

—Claro.

—¿Te importaría que nos saltáramos este apartamento y fuéramos a ver el mejor que puedas ofrecerme? Discúlpame, pero esta zona no es del tipo que busco —se sinceró Cass.

—Claro, te llevo ahora mismo. En realidad, tienes razón. Este piso es el que está más alejado de tu trabajo. He empezado por aquí porque está cerca de la playa. Pero no te preocupes, el que te voy a enseñar es un complejo nuevo que cuenta con bastantes servicios.

—No me importa recorrer un poco más para ir a la playa, solo es que este no me llama mucho la atención.

La agente inmobiliaria asintió sin molestarse y la invitó a subirse a su coche. La nueva ubicación le gustó mucho más a Cassandra. Se encontraba a solo diez minutos de la editorial. Los edificios eran mucho más modernos y había múltiples tiendas de todo tipo. El apartamento que le mostró April tenía una cocina abierta e integrada en el salón, dos habitaciones bastante grandes. Una de ellas, con baño en *suite* y vestidor. Aunque, lo mejor de todo era la terraza de casi cincuenta metros. Como extra, contaba con una plaza de aparcamiento. Y, además, la

comunidad disponía de dos piscinas, un gimnasio y peluquería.

El precio era el más elevado de los cuatro, pero entraba dentro de las posibilidades de Cassandra. Tras acabar de ver todo lo que ofrecía el complejo, fueron juntas a comer.

—¿En serio no quieres ver los otros apartamentos?

—Para nada —dijo Cass—. Este me ha encantado, y tiene una vista maravillosa con el mar a lo lejos.

—Bueno, si te soy sincera, este era el mejor de todos. Si te hubieras visto la cara cuando me has dicho que no te gustaba el otro...

—¡La zona era horrible!

Ambas rieron.

—No, para nada. Solo es la parte más antigua de la ciudad. Te lo creas o no, es la más codiciada por lo cerca que está de la playa. El piso estaba muy bien, pero es mucho más pequeño que el que te vas a quedar.

—Entonces, me alegro. ¡Tengo un millón de cosas para traerme de Nueva York!

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo April tras pinchar su ensalada.

—Claro.

—¿Por qué te mudas? ¿Te quedaste sin trabajo?

Cassandra la miró y solo vio interés genuino. Se encontraba a miles de kilómetros de casa. Pronto no podría contar con Sam, Rachel u Olivia más allá de una llamada. Necesitaba a alguien en la ciudad, una nueva amiga. Alguien que no conociera su historia y que pudiera darle una opinión sincera sobre la locura que había hecho de dejar todo atrás.

—¿Me lo preguntas en serio? ¿Es que no sabes quién soy? —dijo Cass con el corazón a mil.

—Pues no. ¿Acaso debería conocerte? Lo único que sé de ti es que eres la nueva editora que ha contratado mi tío. ¿No me digas que eres famosa?

—Algo así.

Mientras compartían el almuerzo, la familiaridad y amabilidad innata de April consiguieron que Cassandra se abriera. Poco a poco, le fue contando, aunque de forma escueta, por qué estaba allí y cuánto le había costado tomar la decisión de irse de Nueva York.

—Eres muy valiente, Cassandra.

—Por favor, llámame Cass.

—Me gusta, te pega mucho. —April se la quedó mirando con una sonrisa—. ¿Sabes una cosa? Definitivamente, necesitas una noche de chicas. Hoy no podemos contar con Blair porque tiene planes, pero yo he quedado con un chico que me está volviendo loca. Así que esta noche te vienes conmigo a celebrar que has conseguido el trabajo y que la vida siempre nos dará otra oportunidad.

—¿En serio piensas así? —dijo con los ojos brillantes—. Yo he dejado de creer en muchas cosas, sobre todo en el amor. Bill ha destruido la parte dentro de mí que pensaba que era posible vivir un cuento de hadas. Jamás volveré a enamorarme porque no me veo capaz de confiar en nadie de esa manera.

—Cass, preciosa, te aseguro que eso lo dices ahora porque estás herida. No te niego que tu ex ha sepultado esa parte de ti, pero solo por el momento. Creer que puedes renunciar al amor es como pensar que puedes vivir sin respirar. El amor es lo que nos mueve y sustenta. Has de conocer a mi madre y a mi abuela. Ellas son mujeres fuertes que han sobrevivido a un infierno. No digo que la traición de Bill sea algo para tomarse a la ligera, pero necesitas perspectiva... y tiempo.

—Tal vez tengas razón —respondió para dejar el tema.

Cassandra no pensaba igual que ella, pero no quería estropear la nueva amistad con una de las pocas personas que conocía en la ciudad.

—No me crees, tu cara me lo dice. No importa, poco a poco, verás todo de forma distinta.

—Eso espero.

—Confía en mí, será así.

Un mensaje llegó al móvil de Cass.

—Tengo que llamar a mi hermana. Me está preguntando qué tal me ha ido la entrevista.

—Claro, hazlo si quieres.

—Mejor le envío un mensaje. Prefiero llamarla más tarde porque sé que me va a hacer un interrogatorio —dijo sonriendo.

—Yo también le voy a mandar un wasap a mi chico. Quiero confirmar la hora a la que nos veremos esta noche.

—En serio, April, yo prefiero quedarme en el hotel. Estoy agotada de la entrevista, y seguro que él quiere estar a solas contigo.

—Pero ¿qué dices? ¡Si vamos en grupo! Uno —dijo enumerando con el dedo índice—, no pienso dejarte sola en la ciudad. ¿Por quién me tomas? Y, dos —añadió el dedo corazón—, mi madre me ha enseñado que nunca debes abandonar a una amiga. Además, tus ojos me están pidiendo que te ayude a olvidar el pasado.

—¿Ya somos amigas y mis ojos te hablan? —preguntó Cass, frunciendo los labios para aguantar la risa.

—Soy descendiente de un linaje de mujeres muy... especiales, de modo que confía en mí cuando te digo que necesitas una copa y bailar como una loca. Y por supuesto que ya somos amigas, así que déjate de buscar excusas: vas a venir conmigo esta noche y punto.

Cass se echó a reír y aceptó encantada. La fuerza y la labia de April le recordaban a Rachel y Olivia. En realidad, parecía que fuera la mezcla perfecta de ambas. Pensándolo un poco, cayó en la cuenta de que no había conocido a nadie tan cercano y familiar como ella desde hacía mucho. Y agradeció que fuese de esa manera porque le daba la posibilidad de no tener que partir del cero absoluto.

Pagaron la cuenta y la agente no consintió que Cass cogiera un taxi, sino que la acercó a su hotel mientras le iba soltando a toda velocidad cómo era el sitio donde iban a ir esa noche. Eso sí, evitó contarle que el grupo iba a ser solo de cuatro personas. No quería que se echara atrás.

—Gracias por traerme, pero no hacía falta —dijo la editora.

—Tranquila, me cogía de camino. Por cierto, luego te paso la ubicación de donde hemos quedado y nos vemos en la puerta.

—De acuerdo, pero no tengo nada que ponerme. Me va a tocar salir para comprarme algo decente.

—¡Anda! Se me ha olvidado que aún no vives aquí. A ver qué hora es: las cuatro y media. Tengo tiempo de sobra para prepararte el papeleo. Esta noche me recoge Isaiah, pero me llevo la documentación y me firmas el contrato para que puedas instalarte lo antes posible.

—Si me mandas la cuenta, puedo hacer la transferencia de los dos meses hoy mismo.

—Genial, te la paso luego por wasap. Siento no poder acompañarte para ir de compras, pero esta calle está llena de tiendas de muchos estilos. Seguro que encuentras algo diminuto y sexi para enmarcar tus curvas.

Ambas rieron.

—¡Ni hablar! —respondió Cass—. Aquí donde me ves, soy bastante vergonzosa.

—Pues entonces elige lo que te haga sentir bien. Pero si yo tuviera tu altura y tu cuerpo, ¡me los comía a todos! —Volvieron a reír—. Me voy pitando para formalizar el contrato.

—Estupendo. Nos vemos luego.

April se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Hasta luego, Pretty Woman.

Cassandra sonrió emocionada porque la había llamado igual que lo hacía Sam. Salió del coche y se despidió con la mano. No entendía por qué aquella chica se había abierto de esa forma tan rápida con ella, pero lo agradecía. Caminando por el bulevar, comenzó a pensar mientras miraba los escaparates. Tal vez Samuel le hubiera pedido que la ayudara a no sentirse tan sola en una ciudad nueva. Recordó cómo él le había insistido en que sus empleados le importaban mucho. Puede que ese fuera el motivo de fondo para que la agente inmobiliaria se hubiese comportado así.

Antes de entrar en una tienda, pensó que esa podía ser una razón, solo que algo le decía que April era demasiado natural como para fingir. En cualquier caso, no importaba el porqué. En un solo día, había conseguido trabajo, dónde vivir y una nueva amiga. Mientras entraba en el probador con tres modelos de infarto, acabó dándole la razón al recordar lo que le había dicho en el almuerzo: la vida siempre da otra oportunidad.

Pero ¿sería capaz de aprovecharla? Eso estaba aún por ver.

Tras pagar el vestido, regresó al hotel. Llamó a Sam y a su padre para darles la buena noticia. Su madre solo habló con ella un instante para recordarle que estaba cometiendo un error. Tras colgar, decidió enviarle un wasap a Caleb. No tenía ganas de escuchar otro rapapolvo por la decisión que había tomado. Por último, se puso en contacto con Parker para agradecerle todo lo que había hecho por ella. Su antiguo jefe rio satisfecho al ver que su amigo no lo había defraudado y le volvió a recordar a Cass que, aunque se alegraba que pudiera ver las cosas desde otra perspectiva, siempre tendría un trabajo para ella.

Acababa de encender el iPad cuando recibió la llamada de un número desconocido. Supuso que era April desde la inmobiliaria para pedirle algún dato más.

—Cassie, soy Bill. No me...

Pero no ella no le dio la oportunidad de continuar porque le colgó enseguida y lo bloqueó. Con las manos temblando, sacó del minibar una botella de agua. Ya habían pasado un par de semanas desde aquello, pero aún no estaba preparada para volver a discutir con Bill.

Inspiró despacio para dejar los miedos a un lado y volvió a revisar la página de Elegant Books porque necesitaba centrarse en otra cosa. Cerca de cuarenta minutos después, Cass se dejó caer en la cama agotada. Un wasap de April la activó de nuevo. Le había enviado una copia de la documentación que iba a llevarle esa noche y los datos bancarios. Se sentó con las piernas cruzadas y comenzó a leerlos.



Isaiah se despidió de sus empleados para dirigirse a su apartamento. Esa noche había quedado en recoger a April en su casa. Todo un logro dado lo hermética que se comportaba con él. Por un lado, estaba seguro de que le interesaba. Por otro, no tenía nada claro qué era lo que buscaba en un hombre.

De camino, llamó a Alex para confirmar dónde se verían. Por fin iba a presentarle a la

mujer que estaba haciendo que su vida fuera aún más interesante, solo que no tenía nada claro si lograría que ella sintiera algo parecido por él. Aquella chica mitad estadounidense mitad mexicana era un tifón, y había puesto su mundo patas arriba en solo unas pocas semanas. Aún era pronto para saber cómo sería esa noche, pero era su quinta cita y no sabía si esta vez también se le escaparía de entre los dedos.

Se miró en el espejo antes de salir. No tuvo más remedio que darle la razón a Alex. Había seguido su consejo y aquella mañana se había cortado el pelo. Dejar las rastas no le había resultado tan difícil, y tenía que reconocer que su nuevo aspecto le gustaba bastante más. La camisa azul marino que había elegido marcaba a la perfección los músculos de su trabajado torso, y los *jeans* oscuros le sentaban como un guante. Su reflejo le trajo un *flash* de su antigua vida en Nueva York. Aquello le erizó toda la piel. Ya no era ese hombre, pero verse vestido casi como entonces le mostró que ahora podía ser quien quisiera, y tenía que admitir que no estaba nada mal. Condujo hasta la casa de April. Ella apareció en un par de minutos. Cuando la vio salir, algo se removió en su interior. Se bajó del coche y la expresión de ella le confirmó que había acertado de pleno.

—¿Isaiah? —dijo con incredulidad.

—Sí, claro.

—Pero...

Ella no pudo terminar la frase. Estaba con la boca abierta mirándolo de arriba abajo sin cortarse ni un pelo.

—¿Te gusta? Si no, mataré a mi amigo. Me dio un consejo y le he hecho caso. En serio, ¿te gusta o no?

April sonrió al fin. El antiguo Isaiah le atraía, pero el chico que tenía delante se acercaba mucho más al tipo de hombre del que podría llegar a enamorarse.

—Estás muy guapo —acabó diciendo—, aunque antes también lo estabas. Espero que lo hayas hecho por ti y no por mí.

—Por ambos. Alex me recordó hace unos días que ya no soy un adolescente, y tiene razón. Soy un hombre que quiere conquistar a una chica y...

—Pero no has debido hacerlo solo por eso.

Isaiah avanzó un par de pasos hasta ella, provocando que April aguantara la respiración un instante. Sí, él le gustaba, tal vez mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir. Ambas versiones del mismo hombre le atraían, solo que la nueva había conseguido que su corazón bombeara bastante más rápido que la anterior.

Él acarició su mejilla mientras dibujaba media sonrisa. Sin poder esperar ni un momento más, se acercó a sus labios para besarla. Apenas fue un roce de unos segundos, pero suficiente como para que ella temblara de pies a cabeza.

—Soy un hombre que quiere conquistar a una chica —repitió—, y tus ojos me dicen que he tomado la decisión correcta. Anda, vámonos antes de que pierda la cabeza.

April no respondió. Para qué hacerlo. Isaiah la había descubierto, y negarlo no tenía sentido. Además, ella también estaba a punto de perder la cabeza por él.

—Por cierto —continuó—, estás preciosa.

—Gracias.

La acompañó hasta el coche y ella colocó el dossier con la documentación para Cassandra en el salpicadero mientras se abrochaba el cinturón.

—¿Y esa carpeta?

—Es para una chica que va a trabajar en la editorial de mi tío y le he encontrado un

apartamento esta mañana. Me ha sorprendido que eligiera el primero que ha visto, pero era el mejor que podía ofrecerle. Por cierto, la he invitado a que venga con nosotros. No conoce a nadie en la ciudad, y no me parecía bien dejarla sola en el hotel. Además, la pobre ha tenido que cambiar el billete de avión para ver los pisos y no vuelve a Nueva York hasta el domingo.

—Me parece perfecto. Así somos cuatro. Seguro que a Alex le encantan los nuevos planes. ¡Adora las encerronas!

—¡Ey! No es una encerrona, solo un cambio de última hora. Además, algo me dice que, si no es ciego, Cassandra le puede encantar. Es una chica preciosa y muy dulce.

—Seguro que le gusta. A Alex le gustan todas —se burló Isaiah.

—No seas tan malo. La verdad es que no me puedo creer que por fin me lo vayas a presentar. Así que es un escritor famoso.

—Mucho. Pero, por encima de todo, es el mejor amigo que alguien podría tener. Eso sí, si te enamoras de él, tendré que hacerlo desaparecer.

April dejó escapar una risa deliciosa que contagió al surfista.

—Lo tendré en cuenta.

Nada más aparcar, ella llamó a Cassandra. La editora acababa de llegar. April e Isaiah salieron a su encuentro.

—Dios, ¡estás guapísima! —soltó la agente inmobiliaria nada más verla. Se acercó y le dio un beso en la mejilla—. Isaiah, ella es Cassandra.

—Encantado —dijo, ofreciéndole la mano.

—Igualmente —respondió Cass.

—He traído la documentación. Vamos un momento al coche y lo dejamos todo firmado.

—Perfecto. ¿Has recibido el justificante de la transferencia?

—Sí. El contrato comienza el miércoles.

—Genial, así tengo unos días para hacer con más tranquilidad la mudanza.

Diez minutos después, volvieron a la puerta de la disco. Isaiah las dejó en un lateral para ir a buscar a su amigo. Entre la gente, se encontraba Alex. Cass no lo vio acercarse porque estaba hablando con April.

—Hola de nuevo. Os presento a Alex —dijo el surfista—, mi mejor amigo. Alex, esta preciosidad es April, mi chica —aclaró riendo—, y, ella, su amiga Cassandra.

Al verla, el mundo se detuvo un instante para el escritor. Era ella, la chica con la que había compartido aquella noche en Nueva York, solo que estaba distinta. Ahora, tenía el cabello pelirrojo, y el contraste con el gris de sus ojos le imprimía un aspecto más auténtico y salvaje. Cass contuvo el aliento porque la última persona que esperaba encontrar allí era a él.

Ambos avanzaron al mismo tiempo para darse la mano. Disimularon lo mejor que pudieron porque, como si con la mirada se lo hubiesen dicho todo, acordaron no demostrar que se habían visto antes.

—Encantado de conocerte, April —se presentó ofreciéndole la mano—. Cassandra...

Su voz reverberó en lo más profundo de Cass, que maldijo para sí porque el escritor era aún más guapo de lo que recordaba. Como si ya lo hubieran decidido, April e Isaiah fueron juntos de la mano un par de pasos delante de ellos para entrar en la disco. Sin preguntar siquiera, Alex hizo lo mismo con Cassandra, que se aferró a él por la marea de gente.

—Vamos a por una copa. Esperadnos aquí —dijo Isaiah.

—De acuerdo —respondió el escritor.

April se alejó con el surfista dejándolos completamente solos entre decenas de personas.

Cassandra se colocó de espaldas a ellos para mirar a Alex.

—No sabía que eras el amigo de Isaiah —quiso aclarar ella.

—Y yo pensaba que él venía solo con April. Te has cambiado el cabello.

—Este es mi color natural.

—Estás... arrebatadora.

—Gracias, Alex. En cuanto a ellos —dijo, mirando a la pareja—, prefiero que no sepan que nos conocemos.

—Sí, creo que es lo mejor.

La música subió aún más, impidiéndoles poder hablar sin elevar el tono. Alex se acercó a su oído para decirle que esperaran a otro momento para decidir cómo actuar, ya que no era plan de gritarse para trazar un plan. Unos minutos después, sus amigos volvieron con las copas sin tener idea de que los dos estaban lidiando una batalla contra ellos mismos.

Negar lo evidente no era nada fácil, y sus corazones se lo estaban recordando a ambos con fuerza.

CAPÍTULO 18.

TROPEZAR con la misma piedra

Los cuatro decidieron que era mejor apartarse de la pista para poder charlar y se dirigieron a una zona más tranquila para sentarse. Alex observaba a Cass de tal modo que su amigo Isaiah decidió hablar con él en privado. Quería decirle que se anduviera con ojo antes de cometer el error de relacionarse con alguien que iba a trabajar en el mismo sitio.

—Chicas, ¿os apetece otra copa? —preguntó el surfista.

—Margarita para mí —dijo April.

—Mojito —añadió Cass.

—Perfecto. Ahora venimos.

Él le hizo un gesto con la cabeza a Alex y los dos se dirigieron a la barra. Cuando estuvieron lo suficientemente separados, Isaiah aprovechó para prevenir a su amigo de embarcarse en algo de lo que después pudiera arrepentirse.

—Alex, ¿qué opinas de Cassandra?

—Es una chica muy guapa.

—¿Sabes ya dónde trabaja? —insistió el afroamericano tras pedirle al camarero las bebidas.

—No hemos hablado del tema, te recuerdo que la acabo de conocer. Yo tampoco le he dicho quién soy —mintió el escritor.

—Pues siento romper la magia, pero hoy la han contratado en tu editorial.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo ha contado April cuando la he recogido. Cass ha hecho hoy la entrevista y se muda aquí. Mi chica le ha encontrado piso, no sé si te he dicho que es agente inmobiliaria.

—Sí, claro. ¿Y sabes por qué ha pedido trabajar en Elegant Books? —preguntó Alex agobiado. De pronto, la conversación que tuvo con Lucille sobre que debía tener más cuidado con las *fans* le vino a la mente.

—Ni idea. Supongo que habría una vacante, ¿no?

—Hombre, ya. Eso también lo he deducido yo.

—Bueno, solo te lo digo para que tengas cuidado. Como me ha dado la sensación de que te la estabas comiendo con los ojos, he pensado que lo mejor era avisarte. Sé que no quieres nada serio con nadie. Por eso, no creo que liarte con alguien de la editorial sea una buena idea.

—No, claro que no.

Alex se quedó pensativo. Tenía que averiguar lo antes posible por qué Cass había decidido cambiar de trabajo y de ciudad. Esperaba que el motivo no fuese estar cerca de él, ya que eso supondría un verdadero problema. De todos modos, no tenían por qué coincidir. Además, su editora era Lucille, así que no había razón para preocuparse.

Nada más servirles las copas, volvieron a la mesa.

—Oye, ¿estás bien? Te has quedado muy callado —dijo su amigo.

—Sí, claro. Solo es que se me ha ocurrido una escena para la novela y la estaba repitiendo en mi mente para que no se me olvidara —mintió el escritor otra vez.

Media hora después, April estaba deseando bailar con su chico, así que los cuatro se

dirigieron a la pista.

Alex no dejaba de darle vueltas a lo que le había dicho el surfista. Cass no parecía ser una acosadora, por lo que la única razón para que hubiera hecho una entrevista era mejorar de puesto de trabajo. Trató de convencerse de que esa era la explicación más sensata, pero no podía quedarse con la duda, de modo que, cuando sus amigos se abrazaron para seguir el ritmo de la siguiente canción lenta, él aprovechó para bailar pegado a ella.

—¿Por qué estás en Los Ángeles? —preguntó con un tono más duro de lo que pretendía.

—Eso no es asunto tuyo, ¿no crees?

—¿Me has seguido desde Nueva York?

Cass soltó una carcajada porque le parecían ridículas sus preguntas y no sabía a dónde quería llegar.

—Ni por todo el oro del mundo, engreído. He venido a hacer una entrevista de trabajo.

—¿Y?

La voz rota de Harry Styles los acompañó con *Falling*. Cass miró alrededor. Isaiah y April se habían separado unos cuantos metros de ellos en la pista, por lo que decidió que podría hablar con él sin tapujos durante un par de minutos.

—He conseguido el puesto. Me mudo a la ciudad, pero te aseguro que tú no tienes nada que ver con mis decisiones.

Aquella respuesta le molestó un poco a Alex. Prefería que él no fuese la razón de que cambiara de ciudad, pero tampoco necesitaba saberlo con tanta precisión.

—¿Algo más? —dijo, esperando que ella le confesara que iba a trabajar en *Elegant Books*.

—Alex, no hay nada de mi vida que tengas que saber. No me debes nada ni yo a ti. Pensaba que lo habíamos dejado claro.

Las palabras de Cass calaron hondo en ambos. Una cosa era pensarlo, pero otra, muy distinta, era decirlo en voz alta.

La música cambió radicalmente y *Someone to you* de Banners inundó cada rincón, llevándose, con su ritmo pegadizo, el malestar que se había instalado entre ellos.

A Cassandra le encantaba esa canción, y no pudo evitar sonreír con ganas. Al mirar la expresión del escritor, algo cambió dentro de ella. No quería tener que dar explicaciones, pero debía admitir que estar con él era liberador porque no necesitaba ser alguien distinta.

Con Alex, era solo Cass, y eso la incitó a intentar suavizar la conversación. Aunque seguía sin saber por qué no quería decirle la verdad.

—Perdona, no quería ser tan brusca.

—No, perdóname a mí. No tenía la intención de interrogarte.

Ambos sellaron el momento con una simple sonrisa.

—Baila conmigo, Alex —dijo elevando los brazos para soltar la adrenalina.

Él no tuvo más remedio que seguirla. April e Isaiah se acercaron y los cuatro lo dieron todo saltando al ritmo de la música mientras tarareaban la canción sin pararse a pensar demasiado en la letra. Pese a que Cass y Alex se miraban y repetían el estribillo a todo pulmón, ninguno de los dos quiso darle importancia.

Nada más acabar, las luces bajaron un poco y el ritmo descendió con el fin de que las parejas pudieran dar rienda suelta a la necesidad de bailar juntos. Tras varias canciones lentas, Alex no fue capaz de retener una pregunta que englobaba algo más de lo que quería mostrar.

—¿Te lo estás pasando bien, Cassandra? —dijo muy despacio pegado a su oído.

—Sí, claro. —Él notó cómo ella formaba una sonrisa—. Alex, ¿qué quieres preguntarme

realmente?

Cass pareció haber olvidado el corto interrogatorio que acababa de hacerle. Su proximidad la estaba consumiendo. No entendía qué era lo que le pasaba con él. Supuso que las dos copas que se había tomado sin apenas cenar y el ambiente propiciaban que sintiera aquella brutal atracción. Aunque, para qué iba a mentir, el recuerdo de las horas compartidas en Nueva York seguía muy presente. Aún más, cuando él no dejaba de acariciar su espalda con una cadencia constante.

El calor que notaba por bailar tan juntos y la música lenta que taladraba sus oídos estaban avivando una necesidad que solo había experimentado dos semanas atrás, y esa noche se sentía particularmente atrevida. Puede que fuera el vestido que llevaba ceñido a su piel o que Alex no había dejado de vigilarla ni un momento desde que habían hecho esa pantomima de presentación. Por una cosa o por otra, su excitación estaba aumentando de forma peligrosa. La música, las luces, las decenas de cuerpos exudando sensualidad en sus movimientos... Todo. Miró hacia April y vio cómo se deshacía entre las manos de Isaiah. Apartó la vista de ellos y se centró en los labios del escritor. Mala decisión.

Selena Gómez azuzó la sangre de ambos con *Slow Down*, y el resultado fue inevitable: ambos acercaron sus cuerpos aún más, como si eso fuera posible. Alex, incluso recreándose en las curvas de Cass, no podía dejar de pensar en por qué ella no había querido decirle que iba a trabajar en su misma editorial. Mientras el ritmo los dirigía a su antojo, él se debatía entre volver al interrogatorio o devorar su boca, pero ella movía las caderas con tal soltura al ritmo de aquella maldita canción, que olvidó por qué necesitaba saberlo.

De pronto, *One Love* de David Guetta con Estelle comenzó a sonar. Era la misma versión que los había hecho dejarse llevar por sus instintos en Nueva York. Al mirarse, supieron al mismo tiempo que estaban perdidos, pero no les importó porque en sus sonrisas escondían una verdad: que solo buscaban lo mismo que la primera vez.

Cassandra se lanzó a su boca sin pensar en las consecuencias. Él, que había vuelto sin cesar a aquella habitación de hotel desde esa bendita noche, se dejó llevar. Como si buscaran el oxígeno en el aliento del otro, sus labios se abrieron para saborear el calor que escondían en su interior. Las manos de Alex aferraron con determinación su cintura y Cass hundió las suyas en su pelo para atraerlo aún más. La música se ralentizó, pero la sangre en sus venas corría a toda velocidad. Sus latidos se acompasaron a la nueva necesidad, que tal vez no fuese tan nueva. De una forma u otra, los corazones de ambos retumbaban con fuerza y sus cuerpos rogaban por algo más que un simple baile.

Cass cerró los ojos y se dejó la piel en disfrutar todo lo que le estaba entregando Alex. El sexo sin complicaciones era más excitante de lo que recordaba, aunque no debía olvidar que iba a trabajar en la misma editorial que él.

Al menos eso fue lo que se dijo hasta que el fuego en su interior la empujó a acercarse a su oído con las pulsaciones a mil.

—Alex, tengo una habitación... —susurró Cassandra utilizando las mismas palabras que él en *El Cielo*.

—Y yo mi casa —respondió el escritor con los ojos turbados por la lujuria.

—No quiero saber dónde vives. Esto solo es...

—Sexo —dijo él acabando la frase.

Ella asintió con la boca entreabierta. Alex la volvió a besar como si jamás hubiera sentido nada parecido por nadie. Ni siquiera por Jess. Y eso, en vez de asustarlo, le gustó.

Isaiah, que conocía a su amigo, había procurado apartarse con April todo lo que podía.

Pero había llegado un punto entre Alex y Cass que era imposible que su chica no se diera cuenta.

—No me lo puedo creer. ¿Has visto a esos dos? —dijo ella, tratando de mirar hacia otro lado.

—¿Cómo no verlos?

—Vamos, no conozco mucho a Cass...

—Pero yo sí a Alex —la interrumpió—. Esto es lo normal con él. Las mujeres caen como moscas. Tiene un halo que las atrae sin remedio.

—Pues no me parecía que ella fuera de las chicas de una noche.

—¿Y qué malo hay en eso? Si es lo que ambos quieren, no veo el problema. La vida es corta, ¿para qué esperar?

—Para que sea especial.

—Míralos, April. ¿Crees que esta noche no va a ser «especial» para ellos?

—El sexo sin sentimientos no es lo que busco —dijo mirándolo a los ojos.

—¿Y quién dice que yo no tenga sentimientos?

La piel de April se erizó por su respuesta. Isaiah se quedó un instante callado mientras se centraba en observar su reacción.

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella al fin.

—De que estoy loco por ti, April. No quiero una noche contigo, las quiero todas. Estoy muerto de miedo. Nadie me había hecho plantearme un mañana, y pensar solo en «ese mañana» me asusta porque necesito mucho más.

—Isaiah...

Ella no pudo contenerse y arrasó su boca como jamás se había permitido por temor a que él no sintiera lo mismo. Apenas llevaban viéndose dos meses, pero el surfista se le había metido bajo la piel, y no deseaba únicamente el amor de una noche. April no era de esa manera ni tampoco buscaba algo simple. Puede que aún fuese demasiado joven para un «para siempre». Con veintiséis años, tenía toda la vida por delante. Sin embargo, eso no implicaba que no tuviera claro lo que quería.

—¿Esto significa que te intereso un poco? —preguntó él, ya que no esperaba esa reacción por parte de ella.

—Esto significa que has pronunciado las palabras mágicas.

—No estoy fingiendo, April. No pienses que lo he dicho para que...

Ella puso un dedo en sus labios.

—Lo sé, y eso es justo lo que estaba esperando.

Con su respuesta, había abierto la puerta a la posibilidad que él ansiaba con todo su ser. Puede que fuera el ambiente, o que sus amigos estaban a un paso de irse de la disco para pasar la noche juntos. No importaba el motivo, Isaiah se moría por desnudarla y parecía que ella estaba pensando en lo mismo.

—¿Te apetece... irte? —preguntó él con los latidos retumbándole con fuerza en los oídos.

—Vamos a mi casa. Demuéstrame lo loco que estás por mí —dijo ella con el deseo corriendo por sus venas.

Isaiah le dio un beso rápido y la cogió de la mano con determinación. Apartaron como pudieron a las parejas que les impedían el paso y llegaron hasta Alex y Cass.

—Nosotros nos vamos —dijo el surfista.

April lo miró un instante y después le hizo un gesto a Cassandra para poder hablar con un poco más de intimidad.

—Oye, ¿todo bien?

—Sí. Hum... Discúlpame, no suelo comportarme así, pero Alex...

—Ya, tiene un halo que te atrae sin remedio. —April respondió utilizando las mismas palabras que Isaiah.

—¿Crees que no debería irme con él? Sé que lo acabo de conocer y que igual me estoy precipitando.

—¿Tú qué quieres hacer, Cass?

—Me gusta, y, después de lo de Bill, solo quiero pasármelo bien sin dramas de por medio. Te aseguro que jamás he sido chica de una noche, pero llevo tanto tiempo atada a una mentira que...

Cassandra no pudo continuar. Compartir ese tema tan íntimo con April en mitad de una pista de baile, llena de personas desconocidas, la devolvió de golpe a la realidad. La agente inmobiliaria pareció leerle la mente y no la dejó seguir por ahí.

—Ey, tienes todo el derecho del mundo a hacer lo que te plazca. No pienses que te juzgo o que voy a cambiar la opinión que tengo sobre ti porque quieras pasar la noche con Alex. A la única que debe importarle es a ti. Si es lo que te apetece, ¿a qué esperas?

—Sé que nos hemos conocido hoy, pero voy a trabajar en la editorial de tu tío. Si se entera de esto...

En ese momento, Cass fue consciente de lo que implicaba irse con el escritor. April parecía muy amable, pero si le contaba a Samuel Brown que se había ido con un hombre nada más conocerlo, no sabía cómo se lo iba a tomar. Aunque no fuera de su incumbencia lo que hiciera en su tiempo libre, odiaba la idea de ser prejuizada.

—Cass, hasta hoy, yo no conocía a Alex. No voy a decirle a nadie lo que haces o dejas de hacer. A ver, sé que apenas hemos compartido unas pocas horas, pero ya te considero una amiga. Y las amigas no cuentan secretos ni se traicionan.

—Como se nota que no conoces a Peyton.

—¡Ni quiero! —Ambas rieron—. Te dejo, me voy con Isaiah a vivir mi propia noche salvaje. Deja de darle vueltas y vive, Pretty Woman.

Esta vez, fue Cass quien le dio un beso a April en la mejilla.

—Gracias.

—Eso sí, llámame mañana, que quiero saber que sigues viva.

—Eso está hecho.

Se dieron un abrazo y volvieron con ellos. Isaiah y ella se despidieron para comenzar una nueva etapa en su relación. Alex se acercó a Cass y le ofreció la mano.

—¿A tu hotel? —quiso asegurarse.

—A mi hotel. Pero solo es...

—Sexo —dijeron a la vez.

Salieron de la disco hacia el coche de Alex. Cassandra se sorprendió al ver que tenían el mismo modelo, solo que ese era gris oscuro metalizado.

—No me lo puedo creer —dijo con una expresión que él no llegó a entender.

—¿A qué te refieres?

—Yo también tengo un Dodge Challenger, pero el mío es rojo con el capó negro.

—¿Lo dices en serio?

Ella asintió sin poder disimular su asombro por la coincidencia. Finalmente, sonrió.

—Bueno —continuó Alex—, está claro que tenemos buen gusto. ¿No te parece?

Cassandra no supo discernir si se refería solo al coche, aunque no se molestó en

preguntarle porque estaba más interesada en llegar a su habitación para averiguar si la imaginación del escritor había mejorado tras su último encuentro.

—Y tanto. ¿Nos vamos? —añadió ella, elevando una ceja.

—Ahora mismo.

Alex, tras comprar protección, condujo lo más rápido que pudo hasta llegar al hotel. Aparcó cerca y ambos pasaron con indiferencia para no llamar la atención. Eran pasadas las tres de la mañana, así que el recepcionista solo los saludó con un gesto de cabeza.

Al llegar a la habitación, ella abrió la puerta. Nada más pasar, él la cerró. Sin mediar palabra, se abalanzaron el uno sobre el otro para arrasar sus bocas. No tenían tiempo que perder. La necesidad por desnudarse se había disparado en cuanto se habían quedado solos. Alex bajó las manos hasta el filo de su minivestido y lo subió lentamente, recreándose en tocar con la punta de sus dedos la piel que iba dejando al descubierto. Ella levantó los brazos y el vestido cayó al suelo. Después, Cass desabrochó cada botón de su camisa mientras le lamía el cuello para hacer que su sangre se encendiera. Antes de poder siquiera quitarle los pantalones, Alex la cogió en brazos. Se fundió con su boca mientras la llevaba a la cama. En pocos segundos, se quitó la prenda y se tumbó a su lado para recorrer cada centímetro de su piel con los labios.

Cass le quitó el precinto a la caja de preservativos. Sacó uno y lo abrió con los dientes.

—¿Preámbulos? —preguntó él con la mirada completamente nublada por el deseo.

—En el segundo asalto, ¿te parece? —dijo ella con media sonrisa.

Cass le pasó la envoltura mientras se deshacía de su ropa interior. Él hizo lo mismo y se colocó la barrera entre ambos. Alex había olvidado lo delicioso que era deslizarse dentro de ella, y se recreó en cada movimiento hasta que no hubo distancia que salvar entre sus cuerpos. Como si no guardaran ningún secreto, ambos se acompañaron con la misma exigencia. Reclamaban al tiempo que se entregaban sin reservas.

El ritmo aumentó hasta un punto que Cassandra no pudo contenerse. Se dejó ir hasta que un orgasmo brutal la consumió por completo. Al notar cómo vibraba bajo su cuerpo, Alex empujó con más intensidad para enterrarse en ella. Cass dejó escapar un gemido que provocó que él se convulsionara con fuerza. Durante unos segundos, cayó sobre ella hasta que reaccionó, apoyándose en sus manos.

—¿Todo... bien? —preguntó sin saber por qué.

—Todo muy bien, Alex, pero creo que necesito una ducha —reconoció ella divertida.

—Me parece una idea magnífica.

Él se puso en pie y le ofreció la mano. Cass se levantó y se dirigieron al baño para continuar bajo el agua con el ansiado segundo asalto.

Una noche más de sexo.

Una noche más de... algo.

CAPÍTULO 19.

No te enamores de mí

A las diez en punto de la mañana, el móvil de Cass sonó. Miró la pantalla y no reconocía el número. Durante unos instantes, pensó en no contestar, pero después recordó que podía ser April por algo relacionado con el apartamento.

—¿Diga?

—Buenos días, ¿Cassandra Wallace?

—Sí, soy yo.

—Le llamo de la agencia de viajes. Ayer habló con mi compañera y quedaron en que, si había una cancelación, le avisaríamos. No sé si sigue interesada.

—Sí, claro que sí.

—Estupendo. Una pareja ha anulado su reserva y tenemos dos asientos libres en primera. ¿Quiere entonces que le cambie el vuelo de mañana a hoy? El único inconveniente es que sale a la una y media.

—Hum, sí. Prefiero coger ese vuelo.

—De acuerdo. En unos minutos le llegará la documentación por email.

—Muchas gracias.

—A usted.

Nada más colgar, Cass se giró hacia el otro lado de la cama. Alex estaba mirándola muy serio.

—¿Te vas hoy? —preguntó sin mostrar ningún tipo de emoción.

—Me han llamado de la agencia y me pueden cambiar el vuelo. Le he dicho que sí. Necesito volver para hacer un millón de cosas. Hago la maleta y me marchó al aeropuerto.

—¿Por qué tanta prisa?

Ella lo miró de tal forma que provocó que Alex dibujara media sonrisa.

—Ya, no es asunto mío —se respondió él mismo.

—Así es, pero vuelvo porque mi jefe me ha pedido empezar cuanto antes. De modo que he de llamar a una empresa de transportes para que traiga todas mis cosas desde Nueva York hasta aquí, incluido mi coche.

—Lo entiendo. Venga, haz el equipaje. Yo te llevo al aeropuerto.

—No hace falta. Puedo coger un taxi.

—Lo sé.

Cass asintió y comenzó a vestirse a toda prisa. Él hizo lo mismo. Una vez terminada la maleta, comprobó que no se dejaba nada. Bajaron a recepción y, terminado el *check out*, subieron al coche.

—Gracias, no tenías por qué acercarme —dijo ella.

—Somos amigos, ¿no crees? Haría lo mismo con Isaiah.

—¿En serio?

Cuando se dio cuenta de su elección de palabras, Alex soltó una carcajada.

—¡No, claro que no! Haría lo mismo «por» Isaiah, no «con» Isaiah. No sabía que eras tan puntillosa. Ya veo que he de tener mucho cuidado con lo que digo delante de ti, «editora».

—Lo siento, «señor escritor», es la costumbre. Pero, tranquilo, yo también me equivoco.

—En mi defensa diré que apenas he dormido, y es culpa tuya.

—¿Culpa mía? ¿Quién pensó que pedir fresas con champán al servicio de habitaciones a las cinco de la mañana era una buena idea?

—Que yo sepa, no te quejaste ni una sola vez cuando paseé mi lengua por donde iba dejando gotas de champán. Y devoraste tres fresas en un abrir y cerrar de ojos.

—Normal, estaba famélica de tanto ejercicio. ¿Cómo es que tienes tanta energía?

—Soy joven y nado a diario.

Cassandra se detuvo un instante a sopesar qué significaba que «nadara» a diario. No pudo contenerse y lo repitió en voz alta.

—¿«Nadas... a diario»? —recalcó cada palabra.

—Oye, no seas mal pensada. En casa, tengo piscina. Nadar es literal. No me refería a otra cosa. Al menos no con esa expresión.

—Vamos, que te has mantenido célibe desde la última vez que nos vimos.

Alex soltó una carcajada, pero ella tenía razón. De hecho, no se había dado cuenta de que, desde esa noche en Nueva York, no había salido a ninguna parte porque no dejaba de escribir. Tampoco había sentido la necesidad de ir de caza con Isaiah. Supuso que el motivo era que su amigo estaba pillado con April y tampoco se había dado la ocasión.

Por supuesto que no iba a revelarle aquel pequeño secreto, así que por única respuesta sonrió y siguió atento a la carretera.

—Lo que yo te decía —añadió Cass—. Ves, somos iguales. El compromiso es un error. ¿Fidelidad? ¿Qué es eso? —terminó susurrando mientras miraba por la ventanilla.

Él leyó entre líneas. No le preguntó a quién se refería, pero no hacía falta. En Nueva York, Cass le aseguró que era libre, así que su compromiso con el tal Bill Morris se había anulado, posiblemente, por su infidelidad. Claro que no estaba del todo seguro. Decidió que más tarde buscaría en la red si había alguna noticia al respecto. Lamentaba, en cierto modo, que ella todavía estuviera sufriendo. Su tono también había dejado al descubierto cierto rencor, pero, más que nada, dolor.

Alex la entendía mejor que nadie, solo que no iba a seguir hablando del tema porque sabía lo mucho que le costaría dejar aquello atrás. De pronto, entendió el motivo de que hubiera hecho una entrevista en otro estado lo más alejado de su hogar y familia. Cassandra quería dejar atrás todo lo relacionado con su vida anterior, y él solo había aparecido en el momento perfecto para ayudarla a olvidar al hombre que había destruido sus sueños.

Descubrir que solo sería alguien más en su vida no le molestó en absoluto. Eso era ella para él, así que el trato le pareció justo.

—Esta es la salida del aeropuerto. ¿De qué terminal sales?

—De la 3.

—Vale. Aparco y te acompaño.

—No, Alex. No sé qué crees que tenemos, pero me parece que estás malinterpretando esto —dijo señalándose con la mano. Primero, a ella y, después, a él.

—No. Para mí solo somos dos personas adultas que practican sexo por diversión sin amor de por medio. No me interesan las relaciones de pareja. Pensaba que no hacía falta aclararlo, que ambos sabemos lo que hacemos. Disculpa si te he hecho creer...

—Tranquilo. Me quitas un peso de encima. A mí tampoco me interesa tener una relación. Ni ahora ni nunca. Vamos, mucho tiene que cambiar mi vida para que mi opinión sea distinta.

—Entonces, estamos de acuerdo. Me gusta ser «tu amigo», pero, antes de irte, necesito pedirte algo. Es muy importante para mí.

—Tú dirás —soltó intrigada.

—Aunque sé que los dos lo tenemos claro, te pido que no te enamores de mí, Cass —instó convencido. Ella lo miró un instante, pero no respondió—. Tú lo has dicho antes y te doy la razón: no quiero una relación. Ni ahora ni nunca. No creo en el amor y, mucho menos, en la fidelidad. Dicho esto, te aseguro que me encanta tener sexo contigo. No recuerdo haberlo pasado tan bien desde hace mucho. Pero solo es eso, no siento nada más.

—Me parece perfecto, Alex. Yo espero lo mismo de ti: que no te enamores de mí. Tampoco creo en el amor. Pensar en que alguien te quiera para siempre es absurdo. La idea infantil de que el destino te presente a la persona que va a estar contigo el resto de tu vida es una estupidez supina. Así que si quieres compartir una noche de sexo, por mí, bien, pero jamás sentiré nada más por ti. —Él asintió—. ¿Sabes?, me alegro de que lo hayamos aclarado.

Ambos sonrieron y aceptaron lo que era ese extraño pacto. Sexo sin amor. Ahora bien, ¿sin complicaciones? Eso solo el tiempo lo diría.

—Bueno, ¿qué me dices? ¿Me dejas acompañarte o te dejas sin más? —preguntó él de nuevo.

—¿Qué te apetece de verdad?

—Ir contigo. Necesito desayunar lo que sea donde sea. ¡Me has dejado seco!

—¿Yo? No sé de qué hablas.

Alex aparcó. Se quitó el cinturón y, sin mediar palabra, sujetó a Cass de las mejillas para hundirse en su boca.

—Hablo, Cassandra, de que si no tuvieras que volar, te llevaría de vuelta al hotel para terminar la caja de preservativos.

Ella soltó una carcajada.

—Señor Wright, no haga promesas que no pueda cumplir.

Esta vez fue Cass quien se abalanzó para arrasar sus labios como si no fueran a verse nunca más. En ese momento, mientras profundizaba el beso, se dio cuenta de que no le había dicho que iba a trabajar en su editorial. No sabía cómo se lo iba a tomar Alex, así que decidió posponer la noticia para cuando volviese, o, incluso, para cuando lo tuviera delante en el despacho de Lucille.

No pudo evitarlo y sonrió. Él lo notó al instante.

—¿Qué? —preguntó desconcertado.

—He de reconocer que besas de maravilla —dijo para salir del paso.

—Olvidas que tú formas parte, y eso lo hace sublime.

—Hum... sublime. No está nada mal —añadió divertida.

Aquella respuesta les hizo cambiar el chip. Por fin habían dejado claro qué era lo que sentían el uno por el otro: absolutamente nada. Ambos se tranquilizaron porque necesitaban resolverlo cuanto antes.

Tras desayunar, Alex se despidió de Cass. Ella cruzó los arcos para la zona de embarque. Mientras caminaba, decidió llamar a April. Esperaba que ya estuviese despierta, si no, le dejaría un mensaje en el contestador. No quería irse sin despedirse de ella.

—Hola, Cass. ¡Estás viva!

Ambas rieron.

—Pues claro. Adivina dónde estoy.

—No sé.

—En el aeropuerto. Me han llamado esta mañana y me han conseguido un asiento gracias a una cancelación de última hora.

—Entonces, ¿vuelas ya?
—A la una y media.
—Estupendo, así puedes ir arreglando las cosas cuanto antes.
—Exacto. April, espero tenerlo todo listo entre el martes o miércoles. En cuanto hable con la empresa de transportes, te digo algo.
—Perfecto. Cuando sepas tu vuelo, dímelo. Recuerda que el piso está amueblado, pero tendrás que comprar lo básico. Menaje, tostadora, sábanas, toallas...
—Dios, no había pensado en eso.
—No te preocupes. Dime qué día vuelves y te hago un hueco para acompañarte y comprar lo que necesites.
—¿Harías eso por mí? —preguntó Cass emocionada.
—Pues claro, ¡somos amigas! —dijo con voz cantarina.
—De acuerdo. Te aviso en cuanto tenga el billete. En serio, April, muchas gracias por todo.
—No las merece. Oye, ¿qué tal... anoche?
—Impresionante. Alex no sé parece a nadie que haya conocido. Pero no pienses cosas raras, solo queremos pasarlo bien y listo.
—¿Y lo pasasteis bien?
—¡Serás cotilla! ¿Y tú con Isaiah?
—¿Quién es la cotilla ahora?
Cass soltó una carcajada. Le encantaba la energía de la agente inmobiliaria y se alegraba mucho de haberla conocido.
—Bueno, ¿veredicto? —acabó diciendo la editora.
—Uf.
—¿Grado «uf»? Entonces, ¡estamos igualadas!
Ahora la que rio con ganas fue April. Pese a haber compartido muy poco con Cass, se sentía muy a gusto con ella. De pronto, se acordó de Blair y decidió que, cuando volviera, iba a proponer una quedada de las tres para una noche de chicas.
—Bueno, te dejo. Voy a llamar a la agencia de mudanzas. A ver si pueden venir lo antes posible para empaquetar mis cosas.
—Estupendo. Nos vemos en unos días. ¡Un beso!
—¡Otro para ti!
Cassandra colgó con una sonrisa. Abrió el navegador y comenzó a buscar una empresa dispuesta a guardar su vida en un mínimo de cajas para llevarlas a su nuevo hogar. El coche sería otro inconveniente, porque habría que enviarlo por tren. Dejó de darle vueltas y decidió llamar a su padre. Seguro que él podría echarle una mano sin el inconveniente de escuchar reproches continuos por cambiar de ciudad.



Alex se subió a su Dodge convencido de que había actuado con sensatez. Cassandra le atraía lo suficiente como para compartir una segunda noche con ella, pero nada más. Se alegraba de haber aclarado las cosas y, con ese pensamiento, llamó a Isaiah.

—¿Qué tal, semental? —dijo el surfista con sorna.

—Claro, que tú eres un monje tibetano. ¿Has dormido algo?

—Lo justo para coger fuerzas.

Ambos rieron.

—¿Dónde estás? —preguntó el escritor.

—En casa. Iba a ducharme para ir a la tienda. ¿Y tú?

—De vuelta del aeropuerto. Cass ha cambiado el vuelo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿En serio... puedo?

—¿Qué es lo que quieres saber? —dijo Alex intrigado.

—Conocías a Cassandra, ¿verdad?

El escritor se quedó callado un instante. Su amigo lo conocía mejor de lo que creía. Aquello le pareció un inconveniente, ya que no quería compartir esa información con nadie por el momento.

—¿Eres brujo?

—Solo a tiempo parcial. ¿Quién es?

—¿Por qué piensas que la conozco?

—Venga, Alex. Esa chica no sabía disimular, y, si me apuras, tú tampoco. Os estabais devorando con los ojos desde que os presenté, y reconoce que en la pista tampoco os cortasteis un pelo. Recuerda que te he visto ligar desde que éramos unos críos y sé cómo se comporta una chica cuando te besa por primera vez.

—No sabía que te fijaras tanto.

—Y no lo hago, pero no soy ciego.

Alex sopesó si contarle a su amigo quién era ella. Tampoco es que tuviera que mantenerlo en secreto. Nunca serían nada. Eso ya lo habían dejado claro. Lo que no entendía era por qué le estaba costando tanto compartirlo con Isaiah cuando jamás le había ocurrido antes.

Se sacudió ese pensamiento y decidió actuar como siempre. Cassandra era una más y, como tal, debía clasificarla. Podía mentir a su amigo todo lo que quisiera, pero no a sí mismo. Un pequeño malestar se instaló en el centro de su pecho porque solo quería sentir por ella indiferencia, aunque su cuerpo le estaba diciendo algo muy distinto.

—¿Recuerdas que te conté que en Nueva York conocí a una chica con la que pasé la noche? —acabó diciendo.

—Sí, claro. ¿Fue Cass?

—Sí, pero, por favor, no se lo cuentes a April. Yo creo que ella no se lo ha dicho.

—No, por supuesto que no.

—Gracias.

—Alex, ¿te has dado cuenta de que es la primera chica con la que pasas dos noches desde lo de...?

—Ya, pero te aseguro que no significa nada. Ella es fuego, y a mí me gusta quemarme. Lo que sí te pido es que no le des importancia. Es solo compañía de una noche.

—Dos noches.

—Aunque sean veinte. No voy a enamorarme de ella. De hecho, le he pedido que no se enamore de mí, y le ha parecido bien.

—Joder. Por favor, dime que no le has dicho a Cassandra esa gilipollez.

—¿Por qué? Ambos tenemos claro lo que somos. Amigos que comparten unas sesiones de sexo increíble. Solo eso.

—Seguro. Mira, Alex, te lo voy a decir por las claras: los hombres y las mujeres no pueden ser amigos. Familia, sí. Compañeros de trabajo, también. Pero ¿amigos? No.

—Yo no pienso igual que tú.

—Lo que tú digas. Cuando termines con el corazón hecho trizas, hablamos de nuevo.

—Yo no me voy a enamorar de Cass ni ella de mí.

—Qué va. Olvidaba que vosotros sois «diferentes».

—Espera un momento. Acabo de llegar a casa y voy a aparcar.

—Vale.

Alex terminó la maniobra y cogió el móvil. Estaba agotado de la maratón de sexo con Cass, pero no iba a dar su brazo a torcer con Isaiah. Su amigo se equivocaba con respecto a lo que tenía con ella, y no iba a colgar sin dejárselo completamente claro.

—Ya. Oye, aclárame una cosa. ¿Tú no tienes ninguna amiga? —preguntó el escritor con ganas de pincharle.

—«Nop».

—¿Y entonces April qué es?

—Mi chica. Se lo dije anoche. ¿Por qué crees que nos fuimos tan pronto?

—Para celebrarlo.

—Ahí lo tienes. La primera celebración.

—Enhorabuena.

—Gracias. Ha costado, pero no me quejo porque ha merecido la pena.

—Te gusta, ¿no?

—Algo más. April es como una mañana de primavera. Fresca y deliciosa. Me hace reír como nadie. Pero, más que nada, es cómo me mira. Por cierto, gracias por sugerirme el cambio de imagen.

—De nada. Anoche me sorprendiste para bien. ¿Qué le pareció a ella?

—Le encantó. Y, para qué mentir, me gusto más ahora. El cambio me ha hecho ver que ha llegado el momento de dejar atrás esa fase. Reconozco que el punto medio es mucho mejor, y creo que me voy a quedar ahí.

—Me alegro.

—Oye, Alex, sé que estás empeñado en no enamorarte. Y hasta cierto punto lo entiendo, pero ¿estás seguro de que Cass no merece la pena? No la conozco. Bueno, ni April tampoco. Solo tengo la referencia de veros juntos y...

—Isaiah, es una gran chica, pero no. Y te pido por favor que no hablemos más del tema.

—Sabes que va a trabajar en tu editorial.

—Ella no me lo ha contado, y no sé por qué. Supongo que no quería que pensara que me estaba acosando.

—¿Y quién iba a pensar esa gilipollez?

—No es tan descabellado. Hay psicópatas por todas partes y gente que se obsesiona con otras personas. ¿Es que no has visto ninguna película del tema? —dijo Alex para justificarse.

—Sí, claro. Cass no casa con ese perfil.

—¡Pero si no la conoces!

—Si lo fuera, no te habrías acostado con ella dos veces. ¿No crees?

El escritor carraspeó y, acto seguido, apretó la mandíbula porque su amigo lo había pillado de lleno.

—*Touché*.

—Bueno, te dejo. He de irme. Esta noche también he quedado con April. ¿Quieres

venirte?

—No. Estoy hecho polvo y quiero descansar.

—De acuerdo. Nos hablamos, ¿vale?

—Claro.

Alex colgó y cogió en brazos a Anora. Notar su ronroneo lo tranquilizaba, y el sermón de su amigo lo había sacado, en cierto modo, de sus casillas.

Se dirigió a su dormitorio para darse una ducha. Mientras acariciaba a la gata, le iba diciendo lo equivocado que estaba Isaiah sobre las relaciones. Cassandra sí era su amiga. Una de esas que la gente catalogaba como «especial». De pronto, aquella etiqueta le molestó. No era especial para él. Solo era una amiga y punto.

Con ese pensamiento, dejó que el agua le eliminara los restos de una noche «sublime». Una que, sin duda, no había sido una más, pese a que él se empeñara en grabárselo a fuego en la mente para no reconocer que ella era de todo menos «su amiga».

CAPÍTULO 20.

un último vistazo al pasado

Cassandra llegó a casa rozando la una de la madrugada. El vuelo había salido con un poco de retraso, aunque había sido relativamente bueno. El maldito cambio horario, pese a ser de solo tres horas, la estaba matando. O tal vez fuera que la noche anterior no había dormido casi nada.

Cerró la puerta y miró alrededor. Ahí estaba su antigua vida. Una que, de pronto, le pareció vacía. Dejó la maleta a un lado y fue hacia la nevera para coger un botellín de agua. Estaba sedienta porque había ido a toda velocidad para llegar a la cola de los taxis. Tras una hora de trayecto, al fin, había llegado. Pese a casi no poder tener los ojos abiertos, decidió darse una ducha rápida. Las prisas por coger el vuelo a tiempo no le habían dejado más opción que vestirse a todo trapo para salir pitando hacia el aeropuerto. Bajo la cascada de agua, repasó la noche anterior. Inevitablemente, llegó hasta el momento en el que Alex le pidió que no se enamorara de él. «Serás engreído», pensó molesta. Por descontado, ella estaba segura de que no iba a hacerlo, solo que le había parecido fuera de lugar que él se lo pidiera de forma tan explícita.

Tras ponerse una camisola cómoda, se fue a dormir. Por la mañana, llamaría a su familia. A fin de cuentas, eran las personas que más quería en el mundo y los necesitaba para embalar su vida lo antes posible. Al tiempo que cerraba los ojos, pensó en Caleb y en Rachel. Tenía que preguntarle a ella qué tal iba todo. También debía llamar a Olivia, quería quedar con sus amigas de nuevo antes de volver a Los Ángeles. Y, así, haciendo una lista mental de todo lo que necesitaba dejar solucionado, se quedó dormida.

A las doce de la mañana, su móvil sonó. Era Samantha.

—¿Diga? —dijo con una voz de ultratumba.

—¿Cass? ¿Aún estás dormida?

—Anoche llegué a la una y me dormí cerca de las dos.

—¿Al final pudiste volver ayer? ¿Cómo es que no me dijiste nada? Oye, pues entonces, me visto y voy a tu casa. Tengo ganas de verte. Después, almuerzo familiar. Hoy no te libras de venir. Desde que te has «rebelado», mamá me tiene los puntos puestos. ¡Es horrible!

Cass sonrió por el tono que había empleado.

—Vale. Voy a prepararme un café, estoy destrozada.

—¿Sabes? Me alegro mucho de que hayas conseguido el trabajo. Sin duda, te lo mereces.

—Gracias, pero solo es de ayudante. Al menos por ahora.

—Bueno, sí, aunque piensa a largo plazo. Seguro que pronto cambiarás de puesto y serás editora senior. Es normal que quieran conocer antes cómo trabajas.

—Tienes razón. Además, un año pasa volando.

—Exacto.

—Bueno, ya salgo.

—Vale, ahora nos vemos.

Cass entró en la cocina y encendió la cafetera. Tres minutos después, estaba degustando un café caliente y espumoso. Tras comer dos tostadas con mantequilla y mermelada, se sintió mucho mejor.

Media hora después, Sam estaba en la puerta.

—Dios, ¡estás hecha unos zorros! ¿Se puede saber qué hiciste ayer? —preguntó nada más

verla.

—Hola a ti también —dijo Cass, dándole un beso en la mejilla.

—Bueno, sí. Hum... ¡qué bien huele a café! ¿Me haces uno?

—Claro.

Samantha le pidió que le contara de nuevo la entrevista. Cass lo hizo encantada y añadió que ya había encontrado un apartamento estupendo en una zona bastante buena de la ciudad. Le habló de April y de que había salido con ella el viernes por la noche.

—Qué bien que hayas hecho una amiga tan pronto —expresó Sam, bebiendo un sorbo.

—April es un torbellino. Si te la tuviera que describir, diría que es una mezcla entre Rachel y Olivia.

—Pues menuda combinación.

—Es muy amable y cariñosa.

—¿Algo más que contar? Te veo radiante, ya me entiendes —añadió elevando las cejas antes de volver a su café.

—No se te escapa una.

—Sabes que no.

—El destino es caprichoso. April sale con un chico y adivina quién es su mejor amigo.

—Pues... ni idea.

—Adam Wright.

—¿El primo de Maverick? No te creo.

—Ni yo misma me lo creo.

—Un momento... —Se quedó pensativa. Al instante, entrecerró los ojos, atando cabos—. ¡Has vuelto a pasar la noche con él!

—Podrías ser detective. Sí, pasamos la noche juntos.

—Por eso tienes esa cara de zombi. Te has soltado la melena, ¿eh, Pretty Woman?

—Eso parece.

—¿Y te gusta? Lo digo porque ya son dos noches seguidas.

—¿Seguidas? ¡Si han pasado dos semanas!

—Pero no has estado con nadie más, ¿a qué no?

—Eso es circunstancial. Lo bueno es que hemos aclarado que ninguno de los dos queremos nada más que sexo. El problema es que voy a tener que verlo a menudo en el trabajo.

—¿Por qué...? ¡Ah! ¡Publica en la editorial que te ha contratado!

—Dios, Sam, ¿eres adivina?

—No, solo inteligente.

—Ahí te doy la razón.

—Bueno, Cass, es pronto para pensar en nada. Tú diviértete, aunque sé precavida.

—Siempre lo he sido: protección y medicación.

—No me refería a eso, que también. Es solo que te conozco un poco —bromeó—, y dudo mucho de que no te enamores de él.

—Para ser tan «inteligente» tienes una memoria bastante cortita. Te lo dije y mantengo mi palabra: no pienso volver a enamorarme de nadie.

—¡Qué pesadita estás con el tema! Bueno, allá tú. De todos modos, es pronto para coronar a otro rey.

—Y dale. Vamos a dejarlo, ¿te parece?

—Perfecto. Ahora, vístete. Nos lo vamos a pasar de lujo en el almuerzo.

—No me lo recuerdes.

Al poco, ambas salían en el coche de Sam hacia la casa de su niñez. El apartamento en pleno corazón de Nueva York era exquisito, sin embargo, Cass, nada más entrar, sintió como si el aire fuera más denso y agobiante.

—Hola, Cassou —dijo su padre.

Ella le dio un fuerte abrazo y un beso.

—Hola, papá.

—¡Ey! ¡Que estoy aquí! —se quejó su hermana.

—Te aguantas —bromeó Cass sin soltar a Carmichael.

Él abrió el otro brazo y Sam formó parte de aquel trío tan particular.

—Cassandra, por fin te has dignado a venir a verme —escupió con malicia Grace.

—Hola, mamá. —Se separó de su padre y se acercó a ella para darle un beso en la mejilla.

—¿Pero qué te has hecho en el cabello?

—He vuelto a ser yo. Así que no me machaques con esto porque no voy a ceder.

—Pareces una salvaje de las Highlands.

—Puede que lo sea. Recuerda que tengo sangre escocesa.

Grace hizo un mohín de reprobación.

—Cada vez te pareces más a tu abuela.

—Gracias por el cumplido. Ahora, incluso, me gusto más —respondió Cass con una sonrisa mordaz.

—Entonces, ¿es definitiva tu mala decisión de mudarte a Los Ángeles?

—Sí, te lo repetí ayer cuando hablamos.

—Ya, pero tenía la esperanza de que hubieras recapacitado y retomaras tu verdadera vida.

—¿De ayer a hoy?

—La sensatez nunca llega tarde —agregó, alisándose el cabello.

—En eso te doy la razón.

Ambas se miraron. Cassandra, por primera vez, le sostuvo el pulso sin desfallecer.

—Bueno, ¿ha llegado ya Caleb? —dijo Grace para cambiar de tema.

—Hola, mamá —saludó con sorna Sam.

—Contigo no quiero hablar.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Cass sin entender nada.

—Tu hermana, al igual que tú, se ha empeñado en no hacerme caso.

—Quiere presentarme a mi «futuro marido».

—¿Cómo?

—Chicas, vale ya —interrumpió Carmichael—. Grace, Cassou se muda a Los Ángeles y Sam no va a conocer al hijo del gobernador. Caso cerrado.

Justo en ese momento, apareció Caleb. Al verlos, no tuvo más remedio que sonreír. Sabía que había llegado tarde al primer asalto.

—¡Qué caras tan alegres! —ironizó—. Estas reuniones familiares cada vez son más amenas.

Se acercó a su madre para darle un beso en la mejilla. Después, hizo lo mismo con su padre.

—Tus hermanas han perdido la cabeza —se quejó Grace.

—Mamá, deja que cada uno viva su vida —añadió el mayor de los tres.

—¿Para que arruinéis todo lo que he trabajado con vosotros?

—Grace... —dijo Carmichael en un tono que hizo que su mujer se pensara dos veces las

siguientes palabras.

—Está bien. Allá cada uno con sus miserias.

—Y que lo digas —apostilló Cass.

Su madre la miró con altanería.

—¿Qué dices?

—¿Comemos? —interrumpió Carmichael, que no estaba dispuesto a almorzar en mitad de un campo de batalla.

—Está bien —acabó diciendo Grace.

Una vez sentados a la mesa, Carmichael le pidió a Cass que le repitiera cómo había ido la entrevista. Sin poder evitarlo, lo hizo con verdadero entusiasmo mientras pasaban al segundo plato. Momento en el que aprovechó para pedir ayuda.

—A ver, necesito que me echéis una mano con la mudanza —dijo con el convencimiento de que solo podría contar con su padre y Sam.

—Claro, Cassou. Cuenta conmigo —respondió al instante Caleb—. Si quieres, empezamos esta misma tarde. ¿Vas a llamar a Rachel y a Olivia? Entre todos, seguro que terminamos antes.

Cassandra miró a su gemelo como si fuera un ser llegado de otro planeta. Jamás pensó que se ofrecería. Aunque al oír el nombre de Rachel en la conversación, entendió su repentina amabilidad. Eso significaba que aún seguía interesado por ella.

—Me parece genial —dijo para aprovechar la ayuda sin importarle el motivo—. Les voy a mandar un wasap, a ver si no tienen planes.

—Yo creo que no —respondió él enseguida—. Vamos, que no creo.

—Ya —dijo Cass, escribiendo a toda velocidad—. Bueno, ya me responderán cuando puedan. Otra cosa: papá, necesito una compañía de transportes para la mudanza. ¿Sabes de alguna?

—Cariño, tenemos una productora. Claro que sí. Mañana se lo digo a mi secretaria. Ella lo arreglará todo, no te preocupes.

—¿Y mi coche?

—Lo pueden llevar en el mismo tráiler. Eso sí, van a tardar, al menos, tres o cuatro días, quizá más. No lo sé.

—No importa, papá. Mientras lleguen, genial.

—Pues yo me encargo.

—Gracias.

—¿Ves, Cassandra? Al final, siempre nos toca a los demás hacer lo que te corresponde —malmetió Grace.

—¡Esto es el colmo, mamá! ¿Es que acaso no puedo pedir ayuda ni a mi propio padre? —respondió subiendo el tono—. Si alguno de vosotros necesitara la mía, se la daría sin preguntar ¡porque eso es lo que hacen las familias!

—A mí no me levantes la voz. Desagradecida.

—¡Y a mí deja de tratarme como si fuera una cría o no supiera conducir mi vida! Soy tu hija. Sangre de tu sangre. Si no puedes quererme, al menos, respétame.

Grace la miró con verdadera rabia porque su hija había dado en el clavo. La seguía considerando como si fuera una adolescente sin voz ni voto. Pero, lo que realmente había terminado de molestarla, era que hubiese destruido la apariencia que tanto esfuerzo le había costado cambiar para que su aspecto ridículo dejara de parecerse a un personaje de novela barata. Algo que Cass había detestado siempre.

—Sí, ya sé que para ti es mucho mejor airear tus trapos sucios que mantener una conversación civilizada —acabó diciendo su madre con desdén.

—¿Quieres aceptar, de una vez por todas, que he roto con Bill y que no voy a volver con él? —dijo Cassandra, perdiendo la compostura.

—No puedo. Tu comportamiento con tu prometido me ha dejado claro que no he conseguido educarte como es debido.

—Por el amor de Dios, Grace, ¡cállate!

—No, Carmichael. ¿Es que no te has dado cuenta de que nos ha hundido? ¡Somos el hazmerreír de nuestras amistades! Y no hablemos de mi familia.

—Sí, mejor no hablemos de ellos —la interrumpió su marido.

—¿Qué quieres decir?

—Que Cassandra obró de la manera correcta. Romper con Bill es lo mejor que le ha podido pasar en la vida porque una infidelidad aniquila la confianza y el amor. Así que cierra la boca y ¡deja a nuestra hija vivir como le dé la real gana! —acabó gritando.

Grace lo miró con odio. Esa respuesta la dejaba en evidencia delante de Cass, ya que era la única que sabía lo de su desliz.

—No vuelvas a hablarme de esa manera —respondió en un tono que helaba la sangre.

—Y tú deja de criticar a Cassou.

El silencio de todos se llevó los restos de la discusión, pero no la quemazón por las medias verdades.

Un mensaje en el móvil de Cass distendió un poco el ambiente enrarecido.

—Es Rachel, dice que puede venir esta tarde para echarme una mano con la mudanza.

—Estupendo —respondió Caleb.

—Yo no puedo, Cassandra, y tu padre tampoco. Tenemos una reunión con la presidenta de la ASC^[1] a las seis —dijo Grace en un tono mucho más conciliador—. Vamos a organizar un evento para recaudar fondos. —Carmichael la miró y suspiró—. Pero, si quieres, puedo llamar a Margaret y quedamos otro día para ponernos de acuerdo. Así podemos echarte una mano.

—No, mamá. Eso es mucho más importante que mi mudanza. De todos modos, te agradezco de corazón que te hayas ofrecido.

Grace asintió mientras dibujaba una sonrisa triste. Todos captaron el cambio en su semblante. Solo había pasado medio año desde que Grace había perdido a una de sus mejores amigas por culpa de un tumor. Cass entendía lo mucho que significaba para ella ayudar a miles de mujeres que se encontraban en su misma situación con las generosas donaciones, así que su respuesta había sido completamente sincera.

—¿Café? —preguntó Sam para dejar atrás ese recuerdo.

—Claro —fue la respuesta general.

Una hora después, Cass iba en el coche de su hermana de vuelta a su apartamento. La discusión con su madre la había dejado agotada.

—Vas muy callada —dijo Samantha.

—Mamá me supera.

—Jamás había visto a papá tan enfadado. No me ha dado tiempo a decir nada. Iba a defenderte, pero él se me ha adelantado.

—Gracias, Sam. No sé por qué me exige tanto. Es como si le molestara cada cosa que hago o digo.

—No, Cass.

—Claro que sí, y no sé por qué. Es muy frustrante.

—Yo tampoco lo sé. Oye, ¿no te ha parecido muy raro que Caleb se ofreciera para ayudarte? El gran director de cine... —dijo con voz cantarina para burlarse.

Ambas rieron.

—Quiere ver a Rachel —soltó Cass como si nada.

—¿A Rachel? ¿Para qué?

—¿Es que no te lo he contado?

—¿El qué?

—El sábado pasado él y ella...

—¡No! ¿Y cómo no me lo has dicho?

—No me he acordado con tanto lío. Bastante tengo con lo mío, ¿no te parece?

—Pues sí. ¿Y qué tal?

—Rach aún no me ha comentado nada. Así que eso solo tiene dos explicaciones: o no quiere gafarlo o ha ido como el culo.

—Optó por la segunda. Acuérdate lo que pasó entre ellos.

—Caleb la dejó.

—Ya, por eso mismo. ¿Y se liaron?

—Supongo que sí por cómo se estaban devorando en la pista.

—Bueno, a ver qué nos cuenta.

Sam dejó el coche en la otra plaza de aparcamiento que tenía su hermana. Subieron al piso y se fueron directamente al dormitorio. Lo que quería decidir primero Cass era la ropa que iba a llevar en las maletas.

Media hora después, llegaron Caleb y Rachel. Olivia tardaría un poco más.

—Hola, chicas —saludó la profesora—. Ah, ¿qué haces tú aquí?

—He venido a ayudar.

—Esa sí que es buena —añadió Rach. Él sonrió—. Espera, ¿en serio estás aquí por Cass?

—Pues claro, es mi hermana —se justificó.

—Ya.

Caleb la cogió con suavidad del brazo y la llevó a la cocina.

—¿Se puede saber qué te pasa? Ayer te llamé tres veces y no me contestaste.

—No eres de los que pilla una indirecta, ¿verdad? —dijo ella con retintín.

—¿Indirecta? ¿Es que he hecho algo que te haya molestado?

—Tú sabrás.

—¿Yo? A ver, el jueves nos vimos y todo fue bien. El viernes también...

—Eso lo dirás tú.

—¿Quieres hablar claro?

—Mira, Caleb, no sé cómo es estar con una chica en tu mundo. En el mío, la gente no recibe llamadas de diez mujeres distintas en una misma noche.

—Rach, sabes que yo no he sido monje.

—No, si yo tampoco. Pero una cosa es salir con gente y otra es que te llamen delante de mí para invitarte a follar como conejos.

—No me fui con ninguna de ellas. Joder, ¡si estuvimos juntos toda la noche!

—Sí, pero los mensajes que recibías no eran para todos los públicos.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Leí uno cuando fui a la cocina.

—¿Miraste mi móvil? —dijo él levantando la voz.

—Mensaje de la zorra PinkiMama22: «Estoy deseando golpearme con el cabecero de la

cama otra vez, ¿vienes?». ¿Pero qué clase de tías conoces?

—Es una antigua amiga. Siempre nos vemos cuando viene a Nueva York. Es una broma entre nosotros.

—Me parece perfecto, ¡pero yo no tengo tiempo para esto!

Cassandra y Samantha los habían oído gritar desde el dormitorio, así que decidieron cortar esa discusión cuanto antes.

—¡Ey! ¿Qué ocurre? —dijo la editora, mirando a Caleb con cara de pocos amigos.

—Nada, es algo entre Rachel y yo —replicó él.

—No si os ponéis a gritar como locos en mi casa.

—Perdona, Cass —se disculpó—. Mejor voy a la habitación con vosotras antes de que mande a la mierda al gilipollas de tu hermano.

—¡Rach! —se quejaron los tres.

—Vale, sí, perdón. Ahora me dices en qué te ayudo —expresó mirando a Cassandra.

Rachel se fue hacia el dormitorio sin mirar atrás. En realidad, había visto múltiples mensajes de distintas chicas ofreciéndose sin pudor a Caleb. No pudo averiguar ningún nombre porque todas tenían un pseudónimo. En realidad, lo que más le había molestado era que él, en ningún momento, se disculpara con ella o les respondiera a aquellas mujeres algo parecido a una negativa. Es cierto que habían pasado las noches del jueves y viernes juntos, pero la del sábado no, y eso le hizo pensar que su relación no era tal, sino que de nuevo era solo la segunda opción. Y eso sí que no lo iba a aguantar.

Al poco, Olivia llegó con las cajas que le había pedido la editora. Había encontrado de camino varias tiendas abiertas pese a ser domingo, así que los cinco se separaron y se distribuyeron por las habitaciones metiendo en ellas lo que Cass iba colocando en montones.

A las nueve y media, decidieron parar hasta la tarde siguiente. Caleb se despidió de ellas sin poder aclarar nada con Rachel. Cass llamó a un restaurante e hizo un pedido a domicilio mientras terminaban de rellenar algunas cajas más.

Cuando acabaron, las cuatro se sentaron rendidas.

—¿Qué ha pasado con Caleb? —preguntó Olivia, que había llegado tarde a la discusión.

—Lo de siempre —dijo Rachel, tras explicarle a su amiga lo que había pasado.

—¿Y estás segura al cien por cien de que el sábado se fue con alguna de ellas? —insistió la periodista.

—Pues no, pero no hay que ser física nuclear para saber sumar dos más dos —se quejó ella.

—Rach, te doy la razón en que mi hermano es para exponerlo en un museo de los horrores, pero no creo que te mintiera. Sabes que puede estar con quien le dé la gana. De hecho, lo ha estado. ¿Para qué iba a fingir?

—Ya, Cass. Eso lo sé. Solo es que me mata que no las bloquee. Dejé que siguieran mandándole mensajes.

—¿Y les contestaba?

—No, esa es la cuestión. No les decía nada.

—¿Te apetece darle el beneficio de la duda? —preguntó Sam.

—No lo sé.

—Pero lo quieres o no —acabó diciendo Olivia.

—Sí, por eso estoy tan cabreada conmigo misma. Veo la maldita piedra y me vuelvo a caer de bruces como una idiota.

—Bueno, Rachel, puedo hablar con él y preguntarle —dijo Cass—. El caso es: ¿puedes

confiar en su palabra?

—No lo sé. Estoy hecha un lío. Pero dejemos de hablar de mí y brindemos por ti. ¡Por Cass! ¡Por su nuevo trabajo, nuevo apartamento y nueva vida!

—¡Por Cass! —las cuatro chocaron las bebidas y tomaron un sorbo.

Cassandra las miró con lágrimas en los ojos. Aquella era una despedida en toda regla. Sus amigas y su hermana habían prometido volver para ayudarla con algunas cosas, pero ya no las tendría cerca.

—Gracias, chicas. —No pudo evitarlo y acabó llorando.

Las tres se miraron y la abrazaron con mucho cariño. Una nueva etapa comenzaba para Cassandra, y todas la echarían muchísimo de menos.

CAPÍTULO 21.

la nueva cassandra

La mañana siguiente fue una verdadera locura. La secretaria de Carmichael había solucionado a primera hora todo el tema de la mudanza y, a las doce del mediodía, Cass ya tenía a cuatro personas llevándose las pocas cajas que había empaquetado. Como si dirigiera una orquesta perfectamente sincronizada, les indicaba qué quería llevarse.

A última hora de la tarde, toda su vida estaba organizada en cincuenta cajas. Apenas se había llevado menaje, solo un par de tazas que tenían un significado especial porque eran las que siempre utilizaba cuando tomaba café con su hermana. Sam se las había regalado un día cualquiera, sin ningún motivo. Justo antes de envolverlas con sumo cuidado, leyó la frase que había pedido imprimir: «Brindemos para que Pretty Woman siempre encuentre a su Edward Lewis». Sonrió con cariño pensando que jamás se cumpliría aquel deseo, puesto que no volvería a enamorarse.

Antes de marcharse el equipo, firmó la documentación y el encargado le aseguró que, si todo iba según lo previsto, llegarían el viernes por la tarde o el sábado por la mañana. Cass se despidió de ellos y rezó para que todo llegara bien, sobre todo el coche.

Su móvil vibró. Era un wasap de Rachel diciéndole que iba de camino a su casa. A los quince minutos, estaba en la puerta.

—Hola, Rach.

—Hola, ¿sabes que tu hermano es gilipollas? —dijo sin respirar.

—Pues claro. He vivido con él, ¿lo recuerdas?

La profesora soltó su bolso de malos modos en un sillón y se dejó caer en el sofá.

—¿Te puedes creer que me ha contado una historia sin pies ni cabeza sobre lo de los mensajes?

—A ver, pero ¿qué esperabas?

—No deberías haberme dejado que me fuera con él. Insiste en que lo estoy sacando todo de quicio. Que me he vuelto paranoica por los celos.

—¿Y es así? —preguntó la editora preocupada por ella.

Rachel cerró los ojos y frunció el entrecejo. Cuando miró a Cass, los tenía brillantes.

—No soporto la idea de que pueda...

—¿Pasarte lo mismo que a mí? —dijo Cassandra, acabando la frase.

Rachel asintió despacio—. No soy la más indicada para decirte que todo va a salir bien. Lo único que puedo hacer es hablar con Caleb, pero eso tampoco te garantiza nada.

—Qué consuelo.

—Es que no lo hay.

—Cass, creo que estás siendo demasiado negativa. No todos los hombres son infieles. Seguro que encuentras a alguien en quien poder confiar.

—¿Como tú con mi hermano?

—No te reconozco. Tú eras la romántica del grupo. Siempre decías que el amor estaba por todas partes. A ver, aunque me cuesta un poco, pienso que ahí fuera existe un hombre para mí que va a quererme por encima de todo.

—Entonces me alegro por ti.

—Estoy segura de que también lo habrá para ti.

El timbre de la puerta sonó. Cass se extrañó porque no esperaba a nadie. Al abrir, Sam y Oli entraron cargadas con varias bolsas de comida.

—¡Hola! —dijeron las dos.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Cassandra emocionada.

—No creerías que íbamos a dejarte sola despidiéndote de una casa medio vacía, ¿verdad? —respondió Sam.

—Sois las mejores.

—¿Cómo estás, Rach? —dijo Oli.

—Pues mal. Os lo he resumido en el wasap.

—A ver, poner que mi hermano es un gilipollas no aporta nada nuevo —bromeó Sam.

—No creo que pueda soportar ser una más.

Las siguientes dos horas se las pasaron despotricando de Caleb y de todos los hombres del planeta. Sam reía con ganas con las ocurrencias de Olivia, pero se negaba a aceptar que no existiera alguien especial con el que compartir su vida en un futuro. Tal vez no fuera Maverick, aunque pensar en la posibilidad de no verlo más consiguió que su corazón protestara.

El martes por la tarde, repitieron la quedada y, por el momento, se despidieron de Cass. Al día siguiente, volaba a Los Ángeles y necesitaba dormir. Tenía que estar en el aeropuerto a las cinco de la madrugada, por lo que debía levantarse, como muy tarde, a las dos y cuarto.

Nada más facturar las dos pesadas maletas, en las que había metido un millón de cosas, fue directamente a Starbucks a tomar un café *latte* con vainilla bien cargado de azúcar. Se caía de sueño, pero aún le faltaba más de una hora para que empezara el embarque.

Decidió consultar Amazon y vio que en su cesta tenía algo añadido. Al abrirla, sonrió. Era la nueva novela de Alex. Con tanto lío, había olvidado comprarla. La dejó allí para pedirla en cuanto supiera la dirección del apartamento.

Sentada en su asiento de primera clase, le envió un mensaje a April diciéndole que aterrizaría sobre las once, hora de Los Ángeles. Sabía que debería habérselo dicho antes, pero no quería comprometerla. Pasaría por su oficina a recoger la llave e iría en taxi a su nuevo hogar.

Una vez despegó el avión, se quedó mirando las nubes blancas que se divisaban por la ventanilla. Absorta en el precioso azul del cielo, se atrevió a hacerse una pregunta que llevaba posponiendo desde aquella noche por miedo a saber la verdad: ¿había amado alguna vez a Bill? Inspiró despacio y la respuesta fue afirmativa. Sobre todo al principio de la relación. Pero no encontró el verdadero motivo de ese sentimiento porque no era capaz de discernir si lo había querido por el hombre que era o solo había deseado lo que suponía que significaba estar con él. En ese momento, al sincerarse consigo misma, reconoció que ya no le importaba y decidió no volver a pensar en ello.

La azafata la sacó de su burbuja de autorreflexión al ofrecerle una bebida. Cass eligió un café con leche y un sándwich caliente. Antes de beber el primer sorbo, hizo el gesto de brindar con el aire y, volviendo a mirar el precioso cielo, selló ese pacto en silencio. Tras desayunar, cerró los ojos para descansar un poco. Se colocó sus AirPods Pro, que cancelaron buena parte del ruido ambiente. Sin darse cuenta, se quedó dormida, hasta que una azafata le tocó en el hombro para que pusiera el asiento en posición vertical, ya que estaban a punto de aterrizar.

Una hora después, iba en el taxi de camino al centro de la ciudad. Miró el wasap y vio que April le había respondido diciéndole que la llamara en cuanto pudiese.

—Hola, Cass. ¿Qué tal el vuelo?

—Pues no lo sé. Me he quedado dormida la mayor parte.

Ambas rieron.

—Qué bien. Entonces no se te ha hecho tan pesado. Te acabo de enviar la dirección de tu piso. Pregúntale al taxista cuánto podéis tardar en llegar. Vamos, más o menos.

—April, dice que unos quince o veinte minutos. Hay un poco de tráfico.

—Vale, pues espérame allí. Voy de camino. Hoy no tengo visitas programadas, con lo que puedo pasar el día contigo.

—Pero, April, ¿y no va a decir nada tu jefe?

—Bueno, la inmobiliaria es de mi padre, así que no creo que me regañe demasiado por ayudar a una clienta a instalarse.

—Ah, no lo sabía.

—¿No? Entonces se me habrá olvidado decírtelo. Bueno, nos vemos en un rato.

—Hasta ahora.

Cass aprovechó para enviar un wasap al grupo familiar diciendo que ya había aterrizado y que llamaría en cuanto pudiera. Cuando el taxi se detuvo, April ya se encontraba esperándola. Como un torbellino, se dirigió hacia ella para darle un abrazo y un beso en la mejilla. La editora sonrió y le devolvió el abrazo. La familiaridad de la agente le gustaba, y con ese contacto logró que Cassandra olvidara que se encontraba completamente sola en una nueva ciudad.

Comieron juntas y, por la tarde, fueron de compras para que Cass conociera un poco más la zona. Tras dar dos vueltas para subir todo lo que la editora había comprado, ambas terminaron sentadas en el salón con un refresco con hielo entre las manos.

—Mil gracias, April. Sin ti, no habría podido encontrar ni la mitad de cosas.

—De nada, guapísima. ¿Cuándo te llega el resto?

—Entre el viernes y el sábado. La empresa me ha asegurado que se pondrá en contacto conmigo antes para que esté en casa.

—Estupendo.

—Mañana llamaré a Samuel para decírselo. Me gustaría empezar cuanto antes.

—Bueno, sí. Pero primero tendrás que asentarte, ¿no?

—Prefiero trabajar mientras. Si no, voy a estar dos días mirando cuatro paredes. Además, llevo cerca de tres semanas de vacaciones, ¡me aburro como una ostra!

Ambas rieron.

—¡Anda! Que si yo pudiera tener tres semanas de vacaciones, ¡me iba a quejar!
—bromeó April.

—Bueno, no lo han sido del todo.

La agente inmobiliaria cerró los ojos y se dio un coscorrón mental.

—Perdona, Cass. He sido una insensible.

—No lo has hecho a propósito.

—Para nada —dijo con el corazón. Las dos sonrieron para zanjar el asunto—. ¿Quieres que te ayude a ir sacando las cosas de las bolsas?

—¡Claro que sí! ¿Pero tú has visto lo que me has obligado a comprar? ¡Si hay instrumentos infernales de cocina que no he visto en mi vida! —se quejó Cass bromeando.

—¿Obligarte yo? Has sido tú, ¡que te gustaba todo lo que veías! Anda, levanta. Vamos a poner un lavavajillas con todo. Oye, he pensado que, si te parece bien, podíamos hacer una noche de chicas con Blair para ayudarte cuando lleguen tus cosas.

—Te lo agradezco mucho, April, pero no puedo pedirle eso a Blair. Solo la he visto una vez, al firmar el contrato. Y, si me apuras, a ti tampoco. No quiero abusar de tu amabilidad. En serio, me has ayudado muchísimo. Doy gracias por haberte conocido. Dudo mucho de que

hubiera podido arreglar mi traslado en menos de una semana sin ti, pero no me parece bien pedirlo eso.

La agente inmobiliaria se acercó a ella y la abrazó.

—Cass, no me imagino cómo de mal has debido de sentirte para embarcarte en esta locura. Yo no sé si hubiese sido capaz de dejarlo todo atrás, pero tú, pese a estar muerta de miedo —Cass sonrió—, lo has hecho. Mi madre es mexicana, así que mi familia y yo creemos en Dios. Estoy segura de que Él nos ha puesto en el mismo camino por una razón. Sé que puedes hacerlo sola, pero ¿en serio quieres?

—No sigas, que me vas a hacer llorar. No quiero hacerlo sola —dijo con los ojos brillantes—. Gracias, April.

—De nada, Pretty Woman.

—¿Sabes que mi hermana lleva llamándome así desde siempre?

—¿De verdad?

—Por mi color de pelo. De pequeña, vi la película y me obsesioné con Vivian porque también era pelirroja. Además, conseguía a su «príncipe azul» por quien era, pese a su pasado.

—Adoro esa película, pero déjame decirte que tú eres mucho más guapa que Julia. Tienes una belleza natural que roza lo... salvaje, solo que en el buen sentido. Te hace fuerte, decidida.

—Pues créeme, no soy nada de eso.

—¿Cómo qué no? ¿Es que no recuerdas lo que has hecho?

—Sí, bueno...

—Oye, ¿y Alex? ¡Cuéntamelo todo!

Cass rio con ganas al ver su expresión exagerada.

—Estuvo muy bien —respondió, apartando la mirada.

—¿Bien? A mí no me engañas. Y, por cierto, mientes fatal.

La editora dejó de meter los cubiertos en el lavavajillas para mirarla con cara de no entenderla.

—¿Por qué dices eso?

—Vosotros os conocíais de antes. Él es escritor y tú editora. Pero no es por eso, es por cómo ambos contuvisteis la respiración al veros, y cómo os besasteis luego.

—¿Y sabes todo eso por cómo lo besé? —se burló Cass.

—No es asunto mío, pero ¿ya le has contado dónde vas a trabajar? He estado investigando un poco. Imagina mi sorpresa cuando leí que la editorial que publica sus libros es la de mi tío. Até cabos y ¡voilà!

—¿Sabes que me recuerdas a mi amiga Olivia? Es periodista. Te pareces tanto a ella ¡que me has puesto los vellos de punta!

April rio abiertamente, satisfecha por haber acertado de pleno con sus sospechas. Cass había esquivado su respuesta, con lo que supo que tenía razón.

—Soy un «as» —dijo, pasándole un enorme bol para ensaladas—. ¿Y bien? ¡No me dejes en ascuas!

—Vale, «pequeña Sherlock». Nos conocimos en Nueva York hace tres semanas. La noche del jueves anterior descubrí a mi ex con mi dama de honor, a él me lo presentaron dos días más tarde. Ambos estamos solteros y la atracción fue brutal. Supongo que sentí la necesidad de vengarme de Bill, aunque no creo que fuera eso exactamente. Alex es muy atractivo y yo... solo quería olvidar. Jamás pensé que volvería a verlo, pero mi exjefe me consiguió la entrevista, y el resto ya lo conoces.

—Madre mía, ¡menuda historia! Isaiah me ha dicho que eran inseparables de niños y que

luego, cuando él se mudó a Nueva York, se hizo muy amigo de su primo. Creo que se llama...

—Maverick —terminó Cass.

—¡Sí! ¿Acaso lo conoces?

—Adivina quién sale con mi hermana Samantha.

—¡No! ¿En serio?

—Y tanto.

—¡Qué culebrón! —dijo riendo con ganas—. Por favor, esto es una súper coincidencia. O sea, que la diosa Destino está tejiendo un bonito tapiz con vuestros inciertos caminos utilizando hilos muy resistentes. Es genial, ¿no te parece?

—No sé de qué estás hablando.

—Hace tiempo leí un libro precioso sobre vidas pasadas y un hechizo. Decía que nuestro destino se decide con puntadas en un enorme tapiz para que vivamos la vida que nos corresponde. Bueno, la historia es más o menos así, pero mucho más elaborada.

—Pues no me suena de nada.

—Te lo busco porque estoy segura de que te va a encantar. La cuestión es: ¿te has dado cuenta de lo enrevesada que es la vida?

—Eso no te lo discuto.

—Pues ¿sabes lo que te digo? Que hacéis una pareja increíble. Sois la combinación perfecta de polos opuestos que se complementan para hacer un todo. Algo así como el yin y el yang.

—Lo dudo mucho. Además, ninguno de los dos estamos interesados en tener pareja. Lo que compartimos, por decirlo de alguna manera, fue solo sexo.

—Tiempo al tiempo.

—No quiero volver a enamorarme. Alex es un chico muy simpático, pero no hay ni va a haber nada entre nosotros.

—¿Nada? Pues qué pena.

—No para mí, ni para él tampoco. Quiero pasar página, divertirme y vivir sin restricciones. El amor es el peor grillete que existe. Te deja ciega y te desgarran por dentro cuando te lo arrebatan. No quiero volver a sentirme como cuando vi a Bill con Peyton. Jamás.

April prefirió no insistir ante la expresión que tenía Cass. Se la veía muy herida, y no era para menos. No sabía qué ocurriría entre Alex y ella, pero eso ya se vería. Además, Cassandra tenía razón en algo: merecía divertirse después de tanto dolor.

—Me parece bien —acabó diciendo—. Dios, ¿es esta hora? Tengo que irme porque he quedado con Isaiah.

—Mil gracias por ayudarme, de verdad.

—De nada, bonita. Te llamo mañana y me cuentas qué ha pasado con el trabajo, ¿te parece?

—Estupendo.

Se despidieron con un beso. April salió corriendo hasta el ascensor. Cass, tras recoger los embalajes para reciclarlos, buscó un restaurante que sirviera a domicilio. Hizo el pedido y se sentó en el sofá para llamar a Sam. Solo llevaba unas pocas horas en Los Ángeles, pero ya la echaba de menos.

CAPÍTULO 22.

una cita fallida y... Cass

A las nueve de la noche, Alex pasó a recoger a una chica que había conocido en una exposición el domingo anterior. Necesitaba sacarse a Cassandra de la cabeza. Aunque al escribir era su musa, no podía dejar que ese sentimiento evolucionara a algo que solo podría llevarlo a un lugar en el que se había jurado que no volvería estar.

Aparcó relativamente cerca de la dirección que le había dado ella y le envió un wasap para indicarle que había llegado. Salió del coche y se apoyó en la puerta para esperarla. Cuando la vio, sintió que ese era quien quería ser: un hombre sin complicaciones que se lo pasaba de maravilla cada vez que le apetecía. La mujer que se acercaba era muy atractiva, incluso más de lo que recordaba. El cabello ondulado le caía en cascada por los hombros. Su figura delgada de reloj de arena estaba enmarcada por un vestido ceñido que resaltaba sus curvas a la perfección. Unos labios rojos intensos contrarrestaban el suave maquillaje de sus preciosos ojos. Y para completar su impoluto aspecto, unos tacones de infarto con los que caminaba como si fuese en zapatillas.

Cara era el prototipo de mujer que cualquier hombre desearía tener al otro lado de la cama. Alex sonrió y ella bajó la mirada como si ese gesto hubiera sido ensayado miles de veces para causar el efecto deseado. Funcionó, ya que él se acercó a ella para besarla en la mejilla.

—Hola, Cara.

—Hola, Adam.

—Estás... impresionante.

Ella lo miró satisfecha, pero no le devolvió el cumplido. Era de esas chicas que conocían su valor. Y no estaba dispuesta a colocarlo a su altura, cuando pensaba que lo mínimo que podía hacer él era darse cuenta de la suerte que tenía por haber sido elegido.

—Tengo una reserva en Raffaello. Es mi restaurante prefe...

—¿Un italiano? —lo interrumpió ella.

—Sí.

—Yo no como hidratos. ¿Has visto mi cuerpo, Adam?

Él subió la comisura al ver su expresión de «¿estás loco?». Ella lo miró, esperando una respuesta.

—Seguro que tienen ensaladas.

—Más les vale, ¿no crees? —añadió, recorriendo con la palma de la mano su silueta.

Alex sonrió como única respuesta. Por supuesto que no le pasó desapercibida su insinuación, sin embargo, algo en ella no terminó de atraerle. Se dijo que era una tontería. Aquella chica solo era otra más de una lista que no tenía numeración, aunque eso no significaba que fuera a engrosarla a toda costa.

—¿Nos vamos? —dijo él para dejar atrás ese detalle.

—Claro.

En el restaurante, después de lidiar con el camarero para que su cena fuera de lo menos calórica posible, el escritor decidió cambiar de monotema para intentar conocerla un poco más con el fin de olvidar la obsesión que tenía con la comida.

—Háblame de ti, Cara. ¿En qué trabajas?

—Soy encargada de una tienda de moda. De lujo, claro.

—Muy bien.

—¿Y tú?

—Soy escritor.

—¿En serio? Qué aburrido, ¿no? No me imagino pasarme todo el día delante del ordenador tecleando sin parar.

—Bueno, aburrido no es —respondió él muy serio.

—No, claro —rectificó ella al ver su expresión—. Lo que quería decir es que yo no podría hacerlo. Me gusta demasiado salir, el sol, la playa... Soy muy activa y voy al gimnasio a diario. Este cuerpazo no se mantiene solo, ¿sabes?

—Ya. ¿Y el arte? ¿Qué fue lo que más te gustó de la exposición?

—¿Te cuento un secreto? Fui solo porque a mi amiga le encantan esos eventos. A mí no me dicen nada. De hecho, no sé a qué venía tanto revuelo con ese cuadro que solo tenía una línea. Se suponía que representaba el horizonte, al menos fue lo que me explicó la autora, pero yo solo veía una pincelada mal dada. ¡Y eso costaba tres mil dólares! Vale, sí, la recaudación era para una buena causa. Lo del cáncer y todo eso está muy bien, pero era una locura de precio. Desde luego, puede que me haya confundido de profesión porque menuda tomadura de pelo...

Alex la dejó hablar mientras degustaba sus *fettuccine al salmone*. Cara no era para nada el tipo de chica que le había parecido en un principio. Conocerla en la galería había sido muy excitante. Allí se había mostrado mucho más interesada por aquel mundo y por el significado de la exposición, pero, tras llevar juntos apenas una hora, estaba seguro de que lo único que quería de ella era disfrutar de un par de asaltos y nada más. Sobre todo porque él era quien había adquirido el cuadro que estaba criticando para ayudar a la ACS^[2].

Mientras seguía hablando, decidió mirarla con otros ojos. Quizás estaba siendo un poco exigente con ella, solo que no dejaba de mover los labios y eso lo estaba molestando más de lo que quería admitir. De pronto, se dio cuenta de que estaba deseando terminar la cena para tenerla desnuda y callarla a base de orgasmos.

La idea le gustó bastante más que su conversación y se dijo que, tal vez, la noche terminase siendo entretenida, aunque sabía, a ciencia cierta, que jamás volvería a quedar con ella.

—¿Qué tal tu ensalada? —dijo el escritor a fin de que dejara el tema del cuadro de una bendita vez.

—Deliciosa. ¿Quieres un poco? —preguntó ella con una voz tan dulce que Alex sintió que se pegaba al asiento.

—No, gracias. A mí me gusta la lechuga aderezada —soltó él mordaz.

—¿Por qué? El aderezo le aporta un mínimo de cuatrocientas cincuenta calorías inservibles a las verduras y necesitas al menos tres entrenamientos de más de hora y media para contrarrestar los estragos que hace la salsa en tu cuerpo. Además...

Alex estaba a punto de pedir una ensalada con ración doble de aceite para cerrarle la boca. Agotado por tanto parloteo, terminó su copa de vino de un solo trago. Y eso fue el colmo.

—Es como lo de tu cena de esta noche. ¿Pasta y vino? La suma de ambas cosas puede ser, perfectamente, más de mil trescientas calorías. No sé cómo puedes mantener un peso adecuado comiendo así. La verdad es que te sobran unos cinco kilos, pero te los perdono. Ahora que nos hemos conocido, voy a enseñarte a comer como es debido...

Alex sacó el móvil del bolsillo y abrió los ojos de golpe.

—¿Qué pasa? —preguntó ella al ver su expresión.

—Lo siento mucho, Cara. Acabo de recibir un wasap de un amigo. Se ha caído por la

escalera y me ha pedido que lo lleve al hospital. Parece que se ha hecho un esguince y no puede caminar.

—Oh, ¿en serio? ¿Y no puede ir nadie más? Pensaba que esta noche tú y yo... —Dejó el resto en el aire mientrasladeaba la cabeza y pestañeaba con una lentitud estudiada.

—Quizás en otro momento. Como comprenderás, esto es más importante —respondió tajante.

—Sí, claro. Solo es que me apetecía pasar la velada contigo.

Alex aprovechó que un camarero pasaba en ese momento a su lado.

—La cuenta, por favor.

—Ahora mismo, señor. ¿Todo bien? ¿No desean postre o café?

—No, tengo que guardar la línea.

El chico asintió y se fue a por la factura.

Tras pagar, el escritor la subió en un taxi y le dio cincuenta dólares al conductor para que la llevara donde quisiera. Se despidió de ella sin ningún tipo de promesa de quedar de nuevo o de llamarla. Cara se extrañó de su comportamiento, pero tampoco le importó. Llamó a unas amigas y se fue directamente a la zona de copas para seguir con ellas el resto de la noche.

Mientras Alex conducía de vuelta a casa, se regañó por haber actuado de una forma tan estúpida. Normalmente, no quedaba con nadie para cenar, sino que de la disco iba al apartamento de la chica o a un hotel. Nunca a su casa. Ese era su santuario. El lugar donde podía descansar con su preciosa gata. Solo invitaba a su familia o a sus amigos más íntimos. Al pensar en ello, un recuerdo fugaz en medio de la pista invitando a Cass a ir a su casa lo golpeó de lleno.

Se preguntó qué demonios significaba eso y por qué le había brindado la posibilidad de formar parte de su mundo, aunque fuera solo por una noche. Supuso que la excitación le había nublado por completo el raciocinio.

Y era natural. La belleza de Cass superaba cualquiera que hubiese conocido. Su sonrisa lo desarmaba. Su boca era una explosión de lujuria sin reservas. Ella era puro deseo, fuego, pasión, ardor... Cuando llevaba casi una docena de adjetivos para definirla, cayó en la cuenta de que ese diálogo interno no casaba con el tipo de relación que entraba en sus planes.

Aparcó y, nada más entrar en casa, Anora lo recibió con un ronroneo quejicoso, como si le estuviera echando en cara que la tenía desatendida. Alex la cogió en brazos y la besó en la cabeza.

—Solo te quiero a ti, zalamera. Anda, vamos a la cocina a por un helado de chocolate. Total, me sobran cinco kilos. Uno más, ¿qué importa? —dijo mientras la gata lo miraba con indiferencia.

Alex dejó escapar una risa cansada y abrió el congelador. Echó el helado en un bol y se dirigió al salón para ver algo en la televisión. La noche había sido un desastre y quería olvidarla a toda costa.

Cogió el mando y comenzó a buscar qué ver en una plataforma hasta que Cass se le coló de nuevo en la mente. La pregunta de por qué le había propuesto ir a su casa regresó con fuerza. No podía entenderlo. Si ella hubiese aceptado, las cosas podrían haberse complicado innecesariamente. Se dijo que no se dejaría llevar por el deseo. Al menos, en el aeropuerto, ambos habían aclarado el tema de lo que tenían.

Aquello lo tranquilizó un poco. No renunciaría a tener sexo con ella, solo debía estar más atento para no cruzar la línea.



Al día siguiente, Cassandra llamó a la editorial a las nueve en punto de la mañana. Habló con Samuel para confirmarle que ya estaba en Los Ángeles y que podía incorporarse antes de lo que pensaba. El editor la invitó a acercarse a partir de las doce para ir asentándose en el puesto. Debido a que Lucille estaría ocupada gran parte de la mañana y no podría atenderla, le propuso que hablara de nuevo con Blair por si tenía que cumplimentar algún documento más. Ella aceptó y quedó en que estaría sin falta a esa hora.

A las nueve y media, Alex cruzó las puertas de la editorial. Tenía una reunión para revisar la segunda propuesta del contrato con la productora. Se dirigió al despacho de Lucy y ella lo acompañó a la sala de reuniones. En esta ocasión, la lectura fue mucho más rápida, puesto que Wallace Entertainment había cumplido con sus exigencias corrigiendo todos los errores de la versión anterior. Tras asegurarle Spencer que todo era correcto, Alex firmó el contrato. Se sentía eufórico y preocupado a partes iguales. Aquello lo ligaba con la productora durante años. Sus cinco historias iban a ver la luz, y esperaba que fuesen todo lo fieles que había exigido para que sus personajes cobraran la vida que él les había otorgado.

Se despidió del abogado con una gran sonrisa. Samuel y Lucille salieron con él para celebrarlo. Media hora después, Alex y el editor se quedaron hablando en la cafetería. Lucille volvió a su despacho y llamó a Blair para avisarla de que ya había vuelto. Ya podía reunirse con Cassandra si ya había terminado con el papeleo.

Cass se despidió de Blair con una sonrisa. Una vez que terminaron de revisar la documentación y de cambiar el día de inicio de contrato, estuvieron hablando de lo complicado que era encontrar un apartamento en la ciudad y de cómo April las había ayudado a ambas.

Era cerca de la una menos cuarto cuando Lucille avisó de que ya estaba libre. Cass caminó por el pasillo y llamó a la puerta.

—Buenas tardes, Lucille.

—Hola, Cassandra. ¿Ya te incorporas? ¿Has encontrado piso?

—Sí, el mismo viernes fui con April a ver uno que me gustó. Arreglamos el papeleo y volví a Nueva York para solucionarlo todo cuanto antes. Y... aquí estoy.

—Vaya —dijo asintiendo despacio—, eso significa que tienes ganas de empezar.

—Sí, muchas.

—Muy bien, pues coge esa silla y vente a mi lado. Empecemos por el principio.

Durante la siguiente hora y media, Lucille le estuvo enseñando *grosso modo* cómo trabajaban en Elegant Books. Ella era la jefa del Departamento de Romántica y tenía a cincuenta editores a su cargo. Ahora cincuenta y uno, si incluía a Cass. Pero, de momento, ella solo sería su ayudante para aprender desde cero. Cassandra no la interrumpió ni una sola vez. Solo estaba atenta a todo lo que decía y tomaba notas esquematizadas. A Lucy le empezó a gustar su forma de organizarse, aunque, más que nada, la velocidad a la que era capaz de asimilar lo que le iba contando. Una llamada las sacó de su burbuja de concentración.

—Dime, Samuel. Sí, claro. No sabía que seguía aquí. ¿Las dos y cuarto? Ni me había dado cuenta. ¿A comer? Claro. Dile que venga y los presento. No, esta tarde no puedo. Mejor que venga mañana. Sí, se lo digo. Hasta ahora. —Lucille colgó y miró a Cass con una enorme sonrisa—. ¿Estás preparada?

—¿Para qué?

—Adam Wright está a punto de llamar a esa puerta. —En ese momento, dos toques sonaron—. ¡Adelante!

Alex entró mirando a Samuel mientras ambos reían por algo que ellas no llegaron a oír.

—Bueno, Adam, aquí la tienes. La nueva editora ayudante de Lucy, Cassandra Wallace.

Alex, al oír su nombre, volvió la cabeza. El mundo se paró al verla sentada al lado de su editora con una libreta en la mano.

—Adam es nuestro escritor estrella, aunque supongo que eso ya lo sabes —añadió Lucy mientras se ponía en pie.

Cass se levantó un instante después y sonrió nerviosa por las circunstancias.

—Sí, claro. Encantada, señor Wright —se presentó ella ofreciéndole la mano de manera formal.

—Por favor, llámame... Adam, Cassandra —dijo él para disimular mientras se la estrechaba.

A ambos, el corazón les retumbaba con fuerza. A ella, porque no le había confesado que el puesto que iba a desempeñar era el de ayudante de Lucille y, a él, porque esperaba verla en algún momento en la editorial, pero nunca se le hubiera ocurrido que estaría relacionada directamente con su trabajo.

—¿Ves, Cassandra? Aquí somos una familia —añadió Samuel—. Por cierto, me alegro de verte tan pronto y de que hayas podido solucionarlo en un tiempo récord. Vi a April el domingo. Me dijo que habías elegido un apartamento muy bonito.

—Sí, he tenido mucha suerte. Y, bueno, lo he arreglado todo lo más rápido que he podido. Tenía muchas ganas de empezar a trabajar —dijo ella mirando a su jefe.

—Ni que lo digas. Bueno, hoy ha sido una toma de contacto. Blair me ha dicho que tu contrato comienza el lunes, así que mañana no vengas si no quieres. De todos modos, habla con ella para pagarte estas horas.

—Gracias, Samuel. Si no te importa, me gustaría venir también unas pocas horas mañana. Si a Lucille le parece bien, claro —dijo Cass, mirando a su jefa inmediata.

—Por mí, estupendo. ¿De once a dos? A primera hora tengo una reunión y por la tarde también, pero al otro lado de la ciudad. Con lo que solo nos deja tres horas.

—Perfecto. Aquí estaré.

—¡Estupendo! Alex, te dejo un momento con nuestra nueva editora antes de salir a comer. He de mirar un par de cosas con Lucy.

El escritor apretó la mandíbula para no sonreír. Brown, ajeno a que sus palabras habían tenido una interpretación distinta a oídos de ambos, se quedó esperando su respuesta con un gesto amable.

—Claro, Samuel. Así podemos ir conociéndonos mucho mejor —añadió con retintín. Algo que únicamente captó Cassandra.

—¿Vamos a mi despacho? —dijo el editor mirando a Lucille.

Ella asintió y los dos salieron, dejándolos solos entre cuatro paredes, sin sospechar que allí se quedaban dos titanes a punto de explotar. Y cada uno convencido de que sus motivos eran los únicos que importaban.

CAPÍTULO 23.

yo tengo la razón

El escritor se acercó a la puerta y la cerró. A ella no le gustó ni un pelo ese detalle. Aquel era su puesto de trabajo, y no iba a arriesgarlo el primer día por su culpa.

—Hola, Cass... —dijo él muy despacio nada más darse la vuelta.

—¿Por qué cierras? —soltó muy seria.

—No quiero que oigan lo que tengo que decirte.

—¿Y qué tienes que decirme? Estoy aquí para trabajar, nada más. Y otra cosa, para ti, como para el resto, soy Cassandra. Tu editora.

—Ayudante de editora —puntualizó él para fastidiarla.

—Soy editora senior. Este puesto es solo temporal.

—¿Por qué no me contaste que ibas a trabajar aquí? Y, para colmo, como ayudante de Lucille. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Que tengo cómo ganarme la vida? —ironizó ella.

—No, que tendremos que vernos a diario.

—¿A diario? ¿Vienes todos los días?

—Es una forma de hablar. No seas tan literal.

—Adam —recalcó su nombre—, ahora este es mi puesto de trabajo. Lo que ocurrió en Nueva York... Lo que ha ocurrido entre nosotros solo ha sido un intercambio tácito entre dos adultos que sabían a lo que iban. Nadie tiene por qué saberlo, y no va a volver a repetirse. Otra cosa, mi profesionalidad es indiscutible, así que créeme cuando te digo que no estoy aquí para nada más que no sea trabajar. ¿Me he explicado con claridad?

Esa última frase despejaba la duda de Alex. Cass no estaba allí por él, sino por el empleo. Inspiró molesto, aunque aún no entendía bien por qué. Se limitó a mirarla sin decir nada porque estaba decidiendo qué le parecía todo aquello. Primero, no sabía cómo afrontar que iban a estar unidos a nivel profesional, pero, más que nada, se enfadó consigo mismo porque la atracción que sentía por ella se había exacerbado desde la última vez sin motivo alguno. Quizás la cita nefasta de la noche anterior tuviera algo que ver, aunque el aspecto de Cass era lo que realmente estaba haciéndole perder la cabeza.

Verla allí sentada, con su impresionante cabello ondulado, rojo como el amanecer, sus preciosos y enormes ojos grises y esa actitud de que ese era su sitio, lo hizo reaccionar de un modo que nada se acercaba a como era él en realidad.

—Me lo podrías haber contado el viernes, ¿no crees? ¿A qué viene este juego? ¿Por qué me lo ocultaste? Que yo recuerde, tuviste más de una ocasión para decírmelo —dijo muy cortante.

—¿Y para qué? Hubieras puesto esa cara, y yo solo quería divertirme. Adam —volvió a decir su nombre profesional a propósito—, no pienses ni por un instante que he aceptado este puesto para estar cerca de ti. Lo creas o no, las circunstancias me han empujado a aprovechar esta oportunidad. Te aseguro que jamás pensé que esta sería mi vida, pero, por desgracia, no controlamos nuestro destino —dijo con cierto pesar.

Alex notó el cambio en su timbre de voz y sintió aquella sensación familiar de dolor por la traición. Sin esperar, comprendió a Cass. Ella lo había dejado todo por olvidar, y tenía que

asumir que él no era el motivo.

—En eso tengo que darte la razón —acabó diciendo.

Se miraron y sonrieron al mismo tiempo, sellando así, como empezaba a ser su costumbre, un pacto silencioso al entender la situación.

Cass volvió a su silla y él se sentó enfrente. En silencio, volvieron a mirarse. De forma inevitable, los recuerdos de las horas que habían compartido regresaron con fuerza a la mente de ambos.

Ella trató de respirar despacio porque el corazón le iba a mil. Sin embargo, bajo su punto de vista, Alex parecía muy tranquilo, como si encontrarse ante ella no le provocara ningún tipo de sensación más allá de la molestia que le había causado no estar al tanto de que iba a trabajar allí. Esto la irritó mucho más que si hubiera manifestado algún tipo de interés por continuar en la línea de seguir viéndose como simples amantes, pero él ni siquiera había contestado a su negativa. Analizó a toda mecha lo que aquello significaba y acabó por colocarse una máscara de indiferencia para no descubrir su molestia.

El escritor no parecía estar afectado, así que ella no le daría la satisfacción de mostrarse débil.

—Cass —prosiguió Alex—, hay algo que necesito dejar claro antes de que vuelva Lucille, y es que puedes estar tranquila con respecto a nosotros. —Ella lo miró sorprendida por el cambio de conversación—. Mi vida privada es justamente eso: privada. Creo que podremos trabajar sin problemas porque somos adultos, y lo que hemos compartido no deja de ser un par de noches más.

En cuanto Alex dijo esas palabras, se sintió confundido. No sabía por qué le había salido con esa respuesta hiriente. No venía a cuento, pero en su mente, Cass le había ocultado algo sin razón. En Nueva York había creído que jamás volvería a verla. Después, al coincidir por segunda vez, todos esos recuerdos lo habían empujado irremediablemente a una segunda noche de sexo. Una que, si tuviera que calificar, ganaba con creces a la primera. Pero aquello solo era sexo. Algo que compartían lejos de la realidad, del trabajo y del día a día. Ahora, sin embargo, ella formaba parte de su mundo, y eso lo había fastidiado y asustado a partes iguales. De pronto, se había sentido acorralado porque esa situación los obligaba a verse aunque no quisieran. Por ese motivo, había sentido la necesidad de quitarle importancia a aquella intimidad calificando sus encuentros como solo «un par de noches más».

El problema es que Alex se había arrepentido al instante de decirlo, pero el daño ya estaba hecho.

—Una de muchas, ¿verdad? —dijo ella con una mezcla de rabia y desilusión.

Cass lo miró con despecho. No entendía a qué venía que le molestara tanto que la considerara como una simple muesa en el cabecero. Sin duda, para ella, él lo había sido. Aunque no se lo iba a decir porque Alex era la única suya hasta el momento. En realidad, dos muestas, pero no iba a engrosar su ego mostrando sus cartas.

—Lo mismo que yo para ti, ¿no es así?

Se miraron sin saber por qué estaban recriminándose el uno al otro algo en lo que estaban de acuerdo. Aquel par de noches habían sido memorables para ambos, pero ninguno estaba dispuesto a admitirlo.

—Creo que será mejor que nos ciñamos al trabajo —dijo ella, tratando de zanjar el asunto.

—Estoy de acuerdo, «pelirroja». Pareces otra desde que te has cambiado el color de pelo. Aunque reconozco que este halo salvaje que te rodea te hace aún más interesante.

Cassandra lo miró furiosa. Que la llamara salvaje la hirió profundamente. Aquello era lo que le criticaba su madre desde niña, y justo ese había sido el motivo de obligarla a teñirse el cabello para dejar de ser ella misma porque parecía no ser suficiente.

Alex podía ser el escritor más famoso de la historia, pero no estaba dispuesta a aceptar ningún apelativo por su parte. Mucho menos, uno relacionado con su aspecto.

—No se te ocurra llamarme de otro modo que no sea por mi nombre —soltó furiosa.

—Cass...

—¡Cassandra! Para ti, soy Cassandra, Adam —dijo una vez más para herirlo.

A Alex le sentó como un jarro de agua fría que lo llamara de nuevo por su nombre profesional. Eso marcaba la distancia que quería entre ellos, sin embargo, le fastidió mucho más de lo que esperaba.

—Solo era una apreciación, Cassandra —añadió con malicia—. La primera vez que te besé, tenías el cabello rubio. Aunque la última...

—Alex, ¡no quiero que hables de eso nunca más! —lo regañó subiendo el tono.

—Al menos me vuelves a llamar Alex.

Ella cerró los ojos un momento para recomponerse. Desde luego, no iba a ser nada adecuado que le lanzara la grapadora a uno de los escritores más reputados del país en su primer día de trabajo.

Inspiró profundamente para tranquilizarse y volvió a mirarlo.

—Hablemos solo de trabajo, ¿de acuerdo? —intentó negociar—. No quiero que vuelva Lucille y nos encuentre discutiendo. No sabría cómo explicarlo, y creo que tú tampoco.

—Está bien. Tienes razón —aceptó él para suavizar el momento—. Hablando de trabajo, «editora», supongo que ya habrás leído mi última novela.

—Pues no —respondió ella imitando la misma altanería que le había visto a su madre a lo largo de los años.

—Pero el resto sí, ¿verdad? —dijo Alex, mostrando una sonrisa maliciosa.

A Cassandra aquella expresión de satisfacción no le sentó nada bien. No quería estropear su primer día en la editorial. De hecho, ya se había mordido la lengua en un par de ocasiones, pero ver la cara de Alex la había terminado de sacar de sus casillas. Sin poder controlarse, canalizó la ira que estaba sintiendo en un comentario mordaz para bajarle los humos.

—Solo leí la primera cuando era estudiante, aunque me aburrí tanto por las situaciones tan poco creíbles que decidí no comprarme la siguiente. Y una vez comencé a trabajar, no tenía tiempo para dedicarme a otros manuscritos que no fueran los de mis propios escritores —mintió a propósito para destrozar su ego.

Un sentimiento de victoria calentó el corazón de Cassandra, aunque se arrepintió en el acto, ya que su comportamiento no estaba dejando en buena posición su profesionalidad.

Sus palabras hirieron el orgullo del escritor, al que le pareció que eso decía muy poco de ella. El detonante había sido escucharla decir que su historia era aburrida. En realidad, se asemejaba un poco a lo que su cita de la noche anterior había comentado. Alex no sabía si le estaba diciendo la verdad o solo lo había hecho para molestarlo. De cualquier modo, no iba a aceptar trabajar con alguien que ni siquiera se había interesado en leer su obra.

Antes de continuar, la observó con mucha atención. No la conocía del todo, pero sí lo suficiente como para entrever que no había dicho la verdad. Para desgracia de Cass, no era demasiado buena mintiendo, sobre todo porque la forma de mirar hacia sus manos de forma intermitente la delataba sin remedio. Alex lo captó enseguida y decidió divertirse a su costa. Solo un poco, pero lo suficiente como para dejarle claro que él tenía todas las de ganar en ese pulso.

—¿Y cómo se supone que vas a representarme si no sabes ni cómo escribo? —preguntó haciéndose el ofendido.

—Yo no te voy a representar, para eso está Lucille. Pero no te preocupes, me pondré a leerlas enseguida. No quiero que pienses que no puedo hacer bien mi trabajo. —Cass se defendió. No estaba dispuesta a que pusiera en tela de juicio su capacidad.

—Eso aún no lo sé porque no te conozco —respondió para ofenderla sin saber por qué. Esa chica no se parecía en nada a la mujer con quien había compartido dos noches de ensueño—. Aunque tengo serias dudas de que puedas hacerlo. Te recuerdo que acabas de criticar mi primera novela: un libro que me hizo llegar a *best seller* con solo veinticinco años.

—No era mi intención...

—Sí que lo era —añadió, echándose hacia delante en la silla—, y no estoy dispuesto a que mi trabajo sea un campo de batalla. Para que lo sepas, puede que no haya sido el más joven en alcanzar la cima, pero llevo manteniéndome en ella desde que se publicó esa novela que acabas de despreciar con tanta facilidad. Para colmo, has dicho que las situaciones que describí fueron tan poco creíbles que te impidieron leer la siguiente entrega, ¿verdad?

Alex, al interiorizar sus palabras, cayó en la cuenta de lo mucho que ese comentario le había dolido. No había sido su intención en un principio ser tan brusco con ella, pero el ego tomó el control de sus palabras y cambió lo que iba a decir por algo mucho más serio.

—Bueno, yo... —dijo Cass, admitiendo que se había pasado de la raya.

—Esas escenas tan poco creíbles —continuó Alex con la sangre hirviendo— han sido las responsables de que decenas de parejas se enamoren de verdad. No te puedes hacer una idea de la cantidad de correos de agradecimiento que he recibido de muchos de mis lectores diciéndome que han reproducido alguna de esas escenas, esas que te han parecido tan aburridas, y que, gracias a ellas, han conseguido el ansiado «sí, quiero».

—Vamos, Alex. Yo no quería...

Cassandra suspiró. Sabía que le había hecho daño criticando una de las mejores novelas románticas que había leído nunca. Así que decidió disculparse para comenzar de nuevo. Necesitaba que aquella conversación no terminara dejando en entredicho su profesionalidad de la que tan orgullosa estaba.

—No querías, ¿qué? —respondió de malos modos.

—Siento haber ridiculizado tu libro. No me pareció aburrido, de verdad, solo es que me ha molestado la prepotencia con la que me has hablado. No hace falta que te inventes nada para justificar que era una buena historia.

Esa frase terminó de enervar a Alex. Pensaba que ella, en cierto modo, también estaba bromeando, pero no iba a aceptar en su círculo de trabajo a alguien que no creía en su obra. En ese momento, Lucille entró en el despacho y los vio muy serios. Cosa que le extrañó bastante.

—Alex, ya he acabado. Podemos salir a almorzar.

—Lucy, creo que esto no va a funcionar —dijo, mirando a Cassandra.

—No te entiendo —respondió ella, volviéndose hacia su nueva ayudante—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Mucho me temo que esta relación profesional es inviable —dijo con una expresión que no dejaba dudas de que estaba molesto.

En ese momento, Alex miró a Cass convencido de que no quería verla nunca más ni dentro ni fuera de la editorial.

—¿Cassandra? —preguntó Lucille con los ojos muy abiertos.

—Creo que deberíamos hablar en privado —interrumpió Alex a la editora, poniéndose en

pie y dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Lucy sin entender nada.

—Cassandra viene de otra editorial y no conoce mi obra. O, mejor dicho, solo ha leído mi primera novela, y de eso hace años, ¿verdad? —Cass ni se movió—. Sé que tú eres mi editora y ella solo es tu ayudante —añadió para herirla—, pero no puedo confiar en alguien que no cree en mi trabajo. Ten por seguro que si mi carrera hubiera dependido de ella, yo no estaría hoy entre los cinco mejores de Estados Unidos —dijo sin inmutarse.

Alex reconoció que no le gustaba nada la mujer despiadada que tenía delante. Era demasiado distinta a la chica con la que había reído y compartido una complicidad como no recordaba. No sin cierto malestar, se vio obligado a catalogarla como «una más», una que olvidaría lo que tardara en salir por la puerta.

Lucille, con el semblante muy serio, se dirigió a ella después de escuchar a Alex. Lo conocía desde hacía casi seis años y jamás lo había visto tan enfadado.

—Será mejor que te expliques, Cassandra —dijo expectante mientras exigía con la mirada una respuesta inmediata.

Ella se levantó y rodeó la mesa. Pedir unas disculpas sinceras era lo único que podía salvarla del despido inmediato, y no estaba segura de si ni siquiera eso le iba a servir.

—Lucille, yo... Adam, siento mucho todo lo que he dicho. Ha habido un momento en la conversación en la que me he sentido atacada y he respondido de malas maneras criticando una novela impecable. Por favor, acepta mis disculpas y volvamos a empezar.

Cass lo miró suplicante, sintiendo cómo los nervios devoraban su interior. Estaba a solo una respuesta del despido. Había puesto todas sus esperanzas en una única carta, y su mente la había traicionado metiéndose con el escritor equivocado.

Alex se quedó inmóvil sin decir nada. Solo la observaba, sopesando su decisión. Su cara mostraba que estaba realmente arrepentida y, verla bajar un instante la mirada en señal de derrota, le hizo sentirse un miserable. Con ese simple gesto volvió a ver a la chica de El Cielo y no a la mujer cruel que lo había ridiculizado.

Inspiró despacio y decidió perdonarla en ese mismo momento. Quizás él también se había sobrepasado, pero no iba dejarla ir de rositas, de modo que ideó algo para divertirse, una vez más, a su costa.

—Acepto tus disculpas, Cassandra, pero estarás de acuerdo conmigo en que esas situaciones inverosímiles, de las que tenemos distintos puntos de vista, son completamente plausibles para enamorarse. No son aburridas para nada, ¿verdad?

Lucille volvió la cabeza hacia ella sin poder creer lo que acababa de oír. Si aquello era lo que le había insinuado al escritor, era comprensible que él no quisiera verla ni en pintura. No podía continuar sin asegurarse y decidió salir de dudas.

—Cassandra, ¿qué le has dicho exactamente a Adam?

—Nada, Lucy, solo ha sido un malentendido, ¿a que sí? —dijo mirando a Cass con cara de no haber roto un plato.

Ella ni se dio cuenta. El temor por perder su empleo la tenía bloqueada. De modo que solo pudo asentir como respuesta con una expresión de preocupación que tocó la fibra sensible del escritor.

Alex, al verla, reconoció para sí que había sacado las cosas de quicio, así que decidió parar, aunque se le ocurrió algo para ponerla en un aprieto. Algo a lo que no podría negarse si quería solucionar las cosas.

—Bueno, creo que podemos olvidarnos de todo esto con una cena. Nosotros siempre

solucionamos todo con un buen plato de pasta y un vaso de vino. ¿Verdad, Lucy?

Cassandra no pudo evitarlo y lo miró con la boca abierta. Lucille, que creía conocerlo muy bien, pensó que aquello para Alex significaba que quería arreglar las cosas. Miró a su ayudante y le pareció que realmente estaba arrepentida de haber dicho esos comentarios tan poco acertados. Ella no iba a poder acompañarlos esa noche porque tenía otro compromiso, pero le pareció bien que limaran las asperezas.

—Bueno, me parece una idea fantástica, ¿a que sí, Cassandra? —La miró para dejarle claro que tenía que volver a disculparse con él—. De este modo, podéis conoceros un poco mejor. A partir de ahora, tendréis que trabajar muy de cerca, y no veo mejor momento de empezar a estrechar lazos para que las rencillas desaparezcan. Además, no hay nadie como Alex eligiendo restaurantes. Eso sí, ojo con decir lo que pensamos sin haberlo sopesado, al menos, dos veces. Hay que tener cuidado con la sinceridad porque es muy traicionera. ¿Me explico?

—Sí, Lucille. Yo... lo siento de veras —volvió a disculparse.

—Ya está todo aclarado, Cassandra —dijo Alex con una expresión mucho más cercana al hombre que apenas conocía.

—En la próxima, cuenta conmigo —añadió Lucy mirando al escritor—. Y, Cassandra, tienes una semana para leer las novelas de Alex en tu tiempo libre, ¿queda claro?

—Por supuesto, Lucille.

—Estupendo entonces. Todo aclarado. Dale tu teléfono a Alex para que podáis quedar. Y vámonos ya, que Samuel nos está esperando para almorzar y me matará si llego tarde a la reunión que tengo luego.

Cassandra se tragó su orgullo además de su rabia y le dio el número al escritor, que lo guardó en su móvil.

—Te mando un mensaje esta tarde —dijo Alex con un tono mucho más amable—. ¿Alguna intolerancia?

—No que yo sepa.

—Perfecto. Nos vemos luego —añadió sin dobleces.

—Hasta mañana, Cassandra —se despidió Lucille.

Cass cogió su bolso y salió del despacho detrás de los dos.

—¿Bajas con nosotros? —preguntó la editora.

—Voy a hablar con Blair, se me ha olvidado preguntarle una cosa.

—Hasta mañana entonces.

Alex asintió y se dirigió con Lucy al ascensor. Cassandra caminó deprisa hacia el baño y se encerró con las manos temblando. Bajó la tapa para sentarse y dejó que las lágrimas rodaran libremente. Sentía que el mundo estaba contra ella. Y no podía volver a Nueva York. Eso conllevaría admitir que se había equivocado de pleno. Algo que no estaba dispuesta a aceptar. Se regañó por haberle hablado así a Alex. En el fondo, Lucille tenía razón: la sinceridad no era buena consejera.

Pero Cass no había sido sincera, sino que había decidido atacarlo porque él la había herido diciéndole que solo era «una más». No sabía cómo se le había ocurrido abandonarse al orgullo, pero que Alex le dijera aquello la ponía de nuevo en un lugar demasiado cercano a lo que Bill había hecho con ella al traicionarla con Peyton.

Miró la hora: ya llevaba diez minutos allí dentro, más que suficiente para que ellos se hubieran ido. Se secó las lágrimas antes de salir. Abrió el grifo y se limpió con agua los restos de maquillaje. En eso, entró Blair.

—¡Anda! ¿Qué haces aquí todavía?

—Necesitaba entrar un momento antes de salir —se excusó Cass.

—¿Mañana vienes o ya empiezas el lunes?

—No, mañana vengo de once a dos. Me ha comentado Samuel que te lo dijera para que computes las horas.

—Claro, antes de irte, pásate y me las firmas. Ya las incluiremos en la primera nómina, ¿te parece?

—Sí, perfecto.

—Oye, ¿han llegado ya tus cosas? Me dijo April que nos tocaba ayudarte a desembalar —añadió Blair, aceptando que no podía negarse.

—En serio, no hace falta. Lo haré sola poco a poco.

—No digas tonterías, Cassandra. Yo soy de Minnesota, ¿sabes? Sin April, no sé lo que hubiera hecho porque tampoco conocía a nadie en la ciudad. Ahora que recuerdo, incluso obligó a su hermano para ayudarnos a montar un mueble —añadió riendo.

—No sabía que tenía un hermano.

—Son cinco en total, pero yo te hablo de Gabriel. Es dos años mayor que ella, y guapísimo. Te lo tiene que presentar.

—Me parece bien.

—Bueno, te dejo, que estoy en mi hora de comer.

—Claro, nos vemos mañana.

—Sí, adiós.

Cassandra fue hacia el ascensor con otra actitud. Blair había sido muy amable con ella y, pese a ser un poco más seria que April, sin duda, le había gustado esa cercanía.

Salió de la editorial y paró un taxi. Ahora solo le quedaba arreglar las cosas con Alex en una cena que no sabía cómo iba a resultar.

CAPÍTULO 24.

NO DEBERÍAS APOSTAR SI NO QUIERES PERDER

De camino a casa, Cassandra recibió una llamada de la secretaria de su padre. Necesitaba la nueva dirección para facilitársela a la empresa de transportes. Acababa de colgarles y le habían asegurado que el tráiler iba adelantado con respecto a lo previsto, así que le pidió que estuviera atenta. La volvería a llamar por la mañana para confirmarle la hora de entrega. Ella le agradeció que la avisara y colgó un poco más tranquila al saber que pronto estarían sus cosas.

Dejó el bolso en el pequeño recibidor para dirigirse a la nevera a por un botellín de agua. Estaba sedienta. El calor de principios de junio era muy superior a lo que se esperaba. Aunque, para qué mentir, la cita de trabajo con Alex seguro que tenía mucho que ver.

Repasó su comportamiento en la editorial y, tras reconocer una vez más que había cruzado el límite, se regañó severamente por haber reaccionado con el corazón y no con la cabeza. Cerró los ojos y se pasó la botella fría por la frente. Sentía rabia y fuego por todo el cuerpo, pero nada tenía que ver con cómo él la hacía sentir.

No podía permitirse el lujo de perder el trabajo, así que se dijo que en la cena volvería a pedirle disculpas al escritor pagado de sí mismo. Se paró en seco y volvió a regañarse porque aún no lo tenía delante y ya estaba perdiendo el control. Maldijo para sí por haberse dejado llevar nada más conocerlo. «No debería haberme acostado con él», se repetía una y otra vez. Pero esa noche iba a ser diferente. Mostraría su mejor imagen corporativa, volvería a disculparse y su relación se ceñiría a una estrictamente profesional. Nada de besos. Nada de sexo. La Cassandra que había cometido el error de meterse bajo sus sábanas acababa de desaparecer para dejar paso a la editora que había cruzado casi medio país para encauzar su camino. Y así, sin almorzar siquiera, porque había perdido el apetito por sentirse tan mal consigo misma, decidió echarse un rato para tratar de borrar las últimas dos horas.

Un mensaje la despertó a las cinco y media. Miró la pantalla y el corazón le dio un vuelco: era un wasap de Alex. Le pedía su dirección. Tenían reserva a las siete, así que la recogería sobre las seis y media. Ella le respondió que mejor quedaban en el restaurante porque había salido de compras. El escritor se limitó a facilitarle la ubicación, pero, al minuto, le llegó otro mensaje diciéndole: «No llegues tarde, Cassandra».

Ella estuvo a punto de estampar el móvil contra el suelo. Ese hombre había pasado de excitarla a sacarla de quicio. Se levantó refunfuñando. «Ahora entiendo cuando dicen que del amor al odio solo hay un paso, ¿o era al revés?», masculló para sí. Se dirigió al armario y miró las prendas que había colgado. Un bonito vestido fluido de flores fue el elegido junto a unas zapatillas de esparto bastante cómodas. Se dio una ducha rápida y volvió a maquillarse, pero de forma muy sutil. Buscó una empresa de taxis y concertó uno para las seis y veinte.

Llegó cinco minutos antes de la hora prevista y, tras pagar la carrera, miró hacia el cartel para leer el nombre: Raffaello Ristorante. Se tranquilizó al comprobar que estaba en el sitio correcto. Buscó entre la gente, pero no lo vio. Supuso que estaría aparcando cuando apareció otro taxi. Se extrañó al verlo bajar, ya que antes se había ofrecido a pasar por su casa para recogerla.

—Hola —dijo Cass—. ¿Y tu coche?

—Cuando iba a subirme, me he dado cuenta de que una rueda estaba pinchada. Como no

me daba tiempo llamar al seguro para llevarlo al taller, he venido en taxi.

—¿Y no tienes una de repuesto?

—Sí, claro, pero también está pinchada. —Ella frunció los labios para no reír—. Lo sé, soy un desastre, pero mañana lo solucionaré.

—Si yo no he dicho nada —se defendió Cass.

—Ni falta que hace —respondió sonriendo—. ¿Entramos?

—De acuerdo.

Un *maître* los recibió y, tras comprobar la reserva del escritor, los llevó a la mesa que había elegido. Cass miró alrededor. Era un restaurante bonito, sin muchas pretensiones. Un camarero les facilitó la carta mientras preguntaba qué les apetecía para beber.

—¿Lambrusco? —preguntó Alex.

—Sí, claro.

—Bien, una botella, por favor.

—Perfecto, señor.

Cassandra se dio cuenta del hambre que tenía nada más empezar a leer la carta. De pronto, recordó que no había almorzado. Eso le hizo entender por qué se le estaban antojando todos los platos.

—¿Qué te apetece? —preguntó el escritor—. Tranquila, tienen ensaladas —añadió sin pensarlo debido a la cita de la noche anterior.

Alex había llevado a Cassandra al mismo restaurante que a Cara. En realidad, su intención era poner a la misma altura a dos chicas con las que únicamente tenía la intención de mantener sexo consentido y nada más. Podría haber ido a cualquier otra parte, pero su cabezonería por demostrarse a sí mismo que Cass era otra más lo había impulsado a cometer esa falta de tacto que se acercaba peligrosamente a un error de principiante.

—Como entrante, perfecto. Elige la que te apetezca, me parecen todas deliciosas —respondió ella.

El escritor levantó la vista de la carta sorprendido por su respuesta.

—¿Algo más?

—¿Has estado aquí antes? Es para saber cómo son las raciones. Hoy no he almorzado, así que tengo un hambre que me comería hasta las piedras de las pirámides.

—Sí, alguna vez he venido con amigos. Las raciones son muy generosas.

—¡Estupendo! Creo que me voy a pedir *Rigatoni All'Amatriciana*.

—Esos están muy buenos —dijo sorprendido porque ella no estuviera preocupada por las calorías.

—¿Y tú qué te vas a pedir?

—*Farfalle Dello Chef*.

—¿Me los dejarás probar? Me encanta conocer platos nuevos.

—Claro que sí —respondió él con una gran sonrisa.

El humor de Alex comenzó a mejorar. Había ido con el único fin de ponerle las cosas claras, pero la naturalidad de Cass lo estaba desarmando por momentos.

El camarero abrió la botella de lambrusco y se la dio a probar al escritor. Tras asentir, sirvió las dos copas. Acto seguido, apareció otro camarero que tomó nota de los platos. Como aperitivo, cortesía de la casa, les sirvieron una cestita con varios trozos de *focaccia*. Cassandra se lanzó a por uno cubierto de aceitunas verdes.

—Hum... ¡Qué rico! —dijo cerrando los ojos.

Él sonrió al ver su expresión de felicidad. Miró hacia su plato e hizo el gesto de levantar

las cejas en señal de asombro. Llevaba años saliendo con chicas que jamás se acercaban a una migaja de pan, y allí estaba Cass, disfrutando de una porción sin hacer un maldito drama por las calorías. Escogió un trozo con tomatitos y cebolla, y disfrutó de la esponjosidad de la receta perfectamente ejecutada.

—¿Qué tal está el tuyo? —preguntó golosa.

—Buenísimo, ¿quieres probarlo?

—¡Claro! Ten el mío, ¡está espectacular!

Se intercambiaron las raciones y terminaron con ellas de un bocado.

—Sí que es espectacular —dijo Alex mirándola de otro modo, uno muy diferente al que debería para poder mantenerse en un plano meramente profesional.

En eso, dejaron sobre la mesa una *Insalata alla Faccia Bella*. Alex le hizo un gesto para que se sirviera. Tras sentirse un poco más reconfortada después de haber comido algo, Cass decidió que había llegado el momento de aclarar las cosas. Lo que traducido en su cabeza significaba que debía volver a pedirle disculpas y reconocer que sí había leído sus cuatro primeras novelas.

Según las circunstancias, dar a tiempo un paso atrás podía suponer una victoria. Y la única que buscaba ella era la de seguir en la editorial.

—Alex... he de decirte algo —comenzó Cass.

—Adelante —respondió él con el corazón un poco más templado al escucharle decir su nombre.

—Quiero disculparme de nuevo por mi falta de tacto esta mañana. No debí dejarme llevar.

—¿Por qué lo hicis...? —Se detuvo al darse cuenta—. Entiendo. Me lo merecía, yo tampoco debería haberte dicho lo de...

—No sigas. No hace falta repetirlo. Después de hoy, he de reconocer que Lucille tiene razón: la sinceridad puede ser traicionera. En este caso, yo no dije la verdad porque estaba dolida.

—Cass...

—No, Adam. Ese es el caso, que no puedo ser Cass. Desde hoy, para ti, soy y siempre seré Cassandra. Debemos olvidar esas dos muescas en el cabecero de nuestras camas —bromeó ella, aunque a él no le hizo gracia esa etiqueta ni que lo llamara por su nombre profesional— porque no sé la política que tiene la editorial con respecto a las relaciones. De hecho, Blair no me ha comentado nada, pero da igual. La nuestra será únicamente profesional. Por ahora, solo soy una ayudante. Algo que me duele porque en Nueva York tenía el mismo puesto que Lucille —dijo con pesar—. En cambio, aquí, he de empezar de cero. Y lo comprendo. Han de saber cómo trabajo. Además, era el único empleo disponible y, por eso mismo, no quiero estropear esta oportunidad.

—Lo entiendo, de verdad. Me fastidia porque juntos somos...

—Lo sé, pero no podemos volver a repetirlo.

Ambos sintieron una punzada a la altura del corazón. Aquello era una despedida y, como tal, debían aceptar que esas noches quedarían en el recuerdo.

—Está bien, Cassandra. Comencemos de nuevo —dijo, ofreciéndole la mano por encima del bol de ensalada. Ella sonrió y se la estrechó para cerrar el pacto. Después, brindaron.

—Bien, ahora que somos profesionales —continuó Cass—, ya puedes confesar que esta mañana te inventaste lo de los correos de los lectores con lo de enamorarse reproduciendo las citas de tus novelas.

—Yo no me he inventado nada. Es cierto que me los han enviado. De hecho, me los pasa Lucille porque algunos llegan a la editorial. Otros los escriben en las redes y en las reseñas de Amazon. No sé cuántos mensajes puedo tener, pero creo que pueden llegar a los cien o algo así.

—No me lo puedo creer —dijo ella, bebiendo otro sorbo del vino espumoso.

—¡Ni yo! —exclamó él riendo abiertamente—. ¿Te imaginas?

—Bueno, tu forma de escribir enamora, Adam.

A Alex le seguía sin gustar que lo llamara por su primer nombre, pero no le quedaba más remedio que aceptar que aquello no era una cita, sino una reunión de trabajo. Sabía que jamás llegarían a nada más. Y la culpa no era de nadie, excepto suya. Si eso lo tenía claro, entonces, ¿por qué sentía ese malestar?

—Gracias. Significa mucho para mí que me digas eso.

—Solo soy sincera. Vaya, ¡tenía que haberlo pensado dos veces!

Ambos rieron al recordar las palabras de Lucy. Él cogió su copa y volvió a brindar con ella.

—Cuando se trate de decirme lo bien que lo hago, no te reprimas.

—Por supuesto, «señor escritor» —dijo Cass, dándole la razón y volviendo a brindar—. Oye, ¿me enseñas uno de esos mensajes? En serio, me cuesta creer que alguien se enamore por reproducir la cita de un libro.

—Es que mis lectoras son muy atrevidas. Espera, voy a buscar uno.

El camarero retiró los platos de la ensalada para sustituirlos por los principales. Cass atacó el suyo y acabó por dejar escapar un ruidito de placer tras el primer bocado.

Alex la miró y apretó la mandíbula para no decir nada. Su espontaneidad lo estaba destrozando, así que se obligó a prestar atención a la pantalla del móvil para buscar uno de los comentarios.

—Aquí tienes. Es el primero que recibí. De hecho, fue este lector quien inspiró a otros muchos para hacer lo mismo. Léelo y me dices.

Ella, divertida, le arrebató el teléfono y devoró en un suspiro el mensaje de agradecimiento de aquel chico por su novela. Se deshacía en elogios por haber creado unos personajes tan reales y, sobre todo por haber conseguido que su novia, ahora prometida, le insistiera en leer la historia. Le aseguraba que jamás le había interesado el género, pero que por ella, quien le repetía sin descanso que ese era el tipo de relación que buscaba, se decidió a leerlo.

Cassandra le devolvió el móvil reconociendo que estaba emocionada por el entusiasmo del chico, pero sabía que jamás se dejaría engañar por ese maldito sentimiento de nuevo.

—Solo se me ocurre decir una palabra: alucinante.

—¿A que sí? ¿Te imaginas que la gente no parara de reproducir las citas de mis novelas para enamorarse?

—¡Claro! Pero ellos lo tenían fácil, ya estaban saliendo juntos. Me da que eso tiene mucho que ver. Además, por lo que he leído, parece que el chico tampoco se esforzaba demasiado por la relación.

—¿Crees que no podría enamorar a cualquier chica solo reproduciendo esas citas?

—¡Pues claro que no!

—Brindemos por ello —dijo Alex, chocando la copa con ella y apurándola—. Al fin estamos de acuerdo en algo. Ups, se ha acabado la botella. —Le hizo un gesto al camarero y este acudió enseguida—. Otra de lambrusco, por favor.

—Claro, señor.

—Oye, ¿no crees que nos tendríamos que pasar al agua? —preguntó Cass sin estar

convencida.

—Ahora cuando traiga el vino, pediré una botella.

—Vale —añadió y terminó de un sorbo su copa—. ¿Sabes? Creo que deberías probarlo.

—¿El qué?

—Eso de enamorar a una chica con tus citas —lo picó ella—. Aunque algo me dice que no funcionaría.

—Ah, ¿no? ¿Eso piensas?

—Sí. He de admitir que eres muy bueno en el papel, pero dudo mucho de que sirviera en la vida real.

—¿Y lo que te acabo de enseñar?

—No podemos saber con seguridad si han sido tus novelas o que ambos se preocuparan por la relación.

—No estoy de acuerdo en absoluto —dijo, cambiando radicalmente de opinión. Aquella negativa insistente de Cass volvió a herir su ego.

—¿Pero hace un momento no me has dicho lo contrario? —se burló ella.

—Sí, pero acabo de darme cuenta de que es posible. De hecho, estoy convencido de que cualquier chica se podría enamorar de mí reproduciendo esas citas.

Ella decidió callarse para no soltar una carcajada. No quería entrar de nuevo en conflicto con el escritor, pero su prepotencia la sacaba de quicio. Se mordió la lengua un par de veces hasta que, de pronto, se le ocurrió una idea brillante.

—¿En serio?

—Sí.

—Muy bien. Entonces elige a cualquier chica del restaurante y demuéstremelo —lo retó ella.

—Soy bueno, pero ni siquiera yo podría enamorar a una chica en una sola cena...

—No digo eso. «Digo» que elijas a la chica que quieras y reproduce las citas de tus libros, a ver si se enamora. Te aseguro yo que no.

—No deberías apostar si no quieres perder, Cassandra.

—No voy a perder.

—De acuerdo, pero yo no voy a enamorarme. ¿No te importa que le haga daño a alguien por el mero hecho de divertirnos?

—Adam, ninguna mujer es tan simple, así que no tienes ninguna posibilidad.

—Bien, acepto el reto. ¿Cualquier chica del restaurante?

—Sí, cualquier chica —dijo Cass, mirando alrededor.

El escritor adelantó la mano y ella se la estrechó para sellar el trato. Él levantó su copa y, una vez más, volvieron a brindar.

Cassandra no pudo contenerse y terminó sonriendo mientras barría el local buscando una víctima. Alex también sonrió, pero tenía la vista fija en ella.

—Bien, ¿a quién vas a elegir? —preguntó intrigada.

—A ti.

—Yo no puedo entrar en la apuesta. Soy quien la hace.

—Eso no es lo que has dicho. Te recuerdo que me has dejado libertad para elegir a cualquier chica del restaurante.

—Sí, ya, pero...

—Nos hemos dado la mano. Eso es tan válido como un contrato.

—Yo no voy a entrar en este juego —dijo molesta.

—Entonces, reconoce que has perdido.
—No pienso hacer tal cosa. Además, no hemos definido qué apostamos. Con lo que no es válido.

—De acuerdo, dime qué quieres.

—Que no pienso participar —insistió ella.

—Entonces —repitió a propósito—, he ganado.

—Ni hablar.

—Pues participa, ¿o prefieres meter la cabeza bajo tierra como un avestruz?

Aquellas palabras hirieron profundamente a Cass. Él, sin saberlo, se había burlado de ella utilizando algo a lo que su madre acudía una y otra vez para dejarle patente su poca determinación. Esa frase era su «criptonita». Apartando de un manotazo el consejo de Lucille, se lanzó a la batalla sin haberlo sopesado ni un solo instante.

—¿Quieres jugar? —Él asintió una vez—. Muy bien, juguemos. Me has dicho qué quiero, ¿verdad?

—Así es.

—Quiero el cinco por ciento de todo lo que ganes este año con la venta de tus novelas, de las cinco, y lo quiero por escrito.

Alex la miró a los ojos para saber hasta qué punto la veía implicada en aquella locura. Le gustó ver que estaba dispuesta a todo con tal de ganar, y eso lo llevó a decir una insensatez.

—De acuerdo.

—¿Aceptas? —preguntó ella con los ojos como platos.

—Sí. A cambio, si pierdes, quiero una noche de sexo contigo. Una noche... sin amor.

Cass no pudo contener la rabia que sintió por dentro y escupió lo primero que se le pasó por la cabeza.

—¿Estás loco? Ni por un millón de dólares pasaría de nuevo la noche contigo. Mejor dejemos el tema. Como broma, ya es suficiente.

—Entonces acabo de ganar. Retirarse de una apuesta es perder en el acto. Así que, brindo por ello. —Levantó la copa, pero, esta vez, ella no.

—¿Lo estás diciendo en serio?

—Totalmente. Es más, mañana me paso por la editorial, así le cuento de primera mano a Samuel y a Lucy que he ganado esta apuesta.

—No te atreverás...

—¿No? ¿Estás segura?

Cass lo miró sin decir nada. Apuró el vino y sonrió.

—Está bien, Adam. Acepto —dijo, ofreciendo de nuevo la mano. Él se la estrechó sin pensarlo.

—¡Esto hay que celebrarlo! —Cogió la botella y la terminó entre las dos copas, tras lo que volvieron a chocarlas y a beber.

—Sabes que vas a perder, ¿verdad? —soltó ella con una expresión de victoria.

—No puedo esperar a verte desnuda de nuevo. Así que lo dudo mucho. Voy a utilizar la artillería pesada, por lo que ve aceptando la derrota. Después, puede que te cueste más.

—Eso ya lo veremos.

El camarero retiró los platos y les trajo la carta de postres.

—¿Te apetece algo? —preguntó Alex pensando por adelantado que ella se iba a negar.

—Estoy entre el tiramisú y los *cannoli*.

—Pidamos los dos, así los probamos. ¿Te parece?

—Claro, pero vas a perder la apuesta —dijo convencida.

—Aún no hemos comenzado, así que puedo ser yo mismo sin fingir.

—¿Ves? Todos los hombres mienten y solo buscan una cosa.

—Cassandra, yo te dije que quería tener sexo contigo nada más conocerte. Y que yo sepa, nunca te he mentado.

—Date tiempo...

El camarero volvió a aparecer y tomó nota.

—No todo el mundo miente. —Alex, al decirlo en voz alta, recordó las palabras de Isaiah—. Quiero decir, que ya no puedo fingir, me conoces más de lo que deberías para hacer esta apuesta.

—¿Y tú no a mí? ¡Si lo hablamos en el aeropuerto! Yo no voy a enamorarme de ti, y te recuerdo que fuiste tú quien me lo pidió. ¿Te das cuenta de lo incongruente que es lo que me propones?

—Por eso tiene gracia, porque me voy a tener que comer mis palabras, pero tú también.

Los postres tenían una pinta increíble. Cass acercó su plato para que Alex lo probara.

—Dios, esto tendría que ser ilegal. Oye, si me regalas un tiramisú como este, igual me enamoro —se burló ella mientras hacía desaparecer una porción en su boca.

Cass bromeó, pero él sintió que aquello lo removía por dentro, y todo centrado en el mismo lugar.

—Anotado.

Tras pagar la cuenta, salieron del restaurante. Apenas eran las nueve menos cuarto, y la noche aún estaba por llegar.

—¿Te apetece tomar una copa en algún lugar tranquilo? Aún no hemos establecido los puntos de la apuesta —sugirió él, más que nada, para fastidiarla.

—Sí, claro, no me vaya a enamorar de ti sin saber cuáles son las normas —respondió con sarcasmo.

Ambos se echaron a reír porque aquella conversación iba de mal en peor.

—Anda, venga, te voy a llevar a un sitio que me gusta mucho.

—¿Haciendo trampas, señor Wright?

—Tranquila, no lo necesito.

Ella lo miró con una mueca de reprobación al tiempo que él paraba un taxi. Alex sabía exactamente donde continuar aquella «reunión de trabajo» que se había convertido en una cita muy diferente a la que ambos habían pensado.

De camino a Long Beach, mientras Cass miraba por la ventanilla aprovechando que él le indicaba al taxista dónde quería ir, se dijo que tenía que estar muy atenta para establecer los términos de aquel absurdo acuerdo porque no estaba dispuesta a enamorarse. Su diálogo interno no dejaba dudas de que ganaría esa apuesta. Estaba tan ofuscada en dejar en ridículo al escritor que no reparó en que jamás debería haber aceptado ese trato.

Ciega de necesidad por bajarle los humos a Alex, se olvidó de un detalle importante: que el orgullo, regado generosamente con un buen vino espumoso, era un enemigo acérrimo de la sensatez. Pero ella quería ganar a toda costa, casi tanto como él, y aquella noche ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder ni un ápice de terreno.

CAPÍTULO 25.

Una apuesta nada ortodoxa

El *pub* que había escogido Alex era uno de tipo *chill out*. La terraza estaba decorada con decenas de enormes macetas de hoja verde que hacían destacar el blanco impoluto del mobiliario de mimbre. El suelo, de césped artificial, daba la sensación de estar en mitad del campo, y las cientos de diminutas luces que adornaban las distintas pérgolas hacían que pareciera un lugar mágico.

—Adam, este sitio es... precioso.

—Es mi lugar preferido en Long Beach. Además, la música es suave y no hace falta levantar la voz.

—Me encanta. Gracias por haberme traído.

—De nada. ¿Qué te apetece beber?

—Un mojito.

Él solo sonrió.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Siempre pides mojitos. ¿No te gustaría probar otra cosa?

—Es que me encanta el sabor de la hierbabuena.

Nada más serviles las copas, Alex propuso un brindis. A Cass le hizo gracia que pidiera lo mismo que ella después de haberle preguntado si quería algo distinto.

—¡Por nuestro acuerdo!

Ella se echó a reír, no obstante, chocó el enorme vaso de mojito contra el de Alex y bebió un sorbo que le supo a gloria.

—¿A que está delicioso? —preguntó Cass.

—La verdad es que está muy bueno.

—Ves, por eso lo pido. ¿Para qué cambiar?

—Pues para descubrir cosas nuevas. A veces puedes encontrar algo distinto que te guste mucho más que lo que pensabas que era excepcional.

Cassandra se lo quedó mirando un instante porque le pareció que esa respuesta no tenía nada que ver con la bebida.

—Bueno, abrirme según a qué experiencia es algo que aún me cuesta. Tal vez la próxima.

—Brindo por ello también. —Y volvieron a beber.

—Vale, ahora dime qué es lo que tienes pensado para la apuesta. No quiero desplumarte cuando gane y que luego me vengas diciendo que he hecho trampas.

Alex soltó una carcajada. Ella terminó riendo también. Una brisa fresca y salada les acarició el rostro, haciendo del momento algo único.

—Bien, volvamos a la premisa. Tú crees que nadie se puede enamorar con mis historias —dijo él. Cass asintió para darle la razón—, así que estamos aquí para demostrar mi teoría contigo.

—Cosa que veo fuera de lugar.

—¡Ey! Eres tú la que me ha retado.

—Sí, pero sigo pensando que deberías escoger a cualquier otra chica. Desde «ya» te puedo asegurar que no me voy a enamorar de ti.

—Pues yo pienso todo lo contrario. Estoy convencido de que todo el mundo puede enamorarse con mis novelas. Que si las lees y reproduces las citas tal y como vienen descritas, no podrás evitar caer rendida a los pies de quien sea. Incluso de los míos.

Cass no pudo evitarlo y acabó dibujando media sonrisa.

—Me parece muy engreído por tu parte. Pero, oye, no seré yo quien rompa tu burbuja. —Bebió un largo sorbo—. Eso sí, pienso comprarme algo espectacular cuando cobre tu cheque. Voy a ganar, luego no me digas que no te advertí que no funcionaría.

—¿En serio crees que no?

—Claro que no.

—¿Y por qué no? —insistió Alex—. ¿Sabes que eres un poco incongruente? Primero me dices que mis escenas no son creíbles, que nadie puede enamorarse con ellas, que las situaciones que describo son inverosímiles. Después has admitido que escribo bien...

—Ya, Adam —lo interrumpió—, pero describir una escena perfecta no es para nada real. Siempre hay variables que la pueden estropear.

—¿Por ejemplo?

—Un bebé llorando, un accidente de coche, la lluvia, una pareja que discute... Hay cientos de cosas.

—Bien, mejor me lo pones. Reproduciremos las citas como las describo y nos adaptaremos a lo que suceda. Aun así, te aseguro que te enamorarás de mí.

—Lo dudo mucho.

—Perfecto. Entonces, ¡ demuéstalo!

—Arggg, está bien. ¡Qué pesadito! Bueno, dime, ¿cómo quieres hacerlo? —preguntó cansada por su insistencia infantil.

—Muy fácil. Reproduciremos las escenas románticas de mis novelas tras leerlas. Cuando acabemos, te aseguro que será imposible que no sientas nada por mí. Piensa que te daré la oportunidad de tener todas las citas de mis libros, incluido el último.

—Adam, acabo de mudarme y mi sueldo da pena.

—No te preocupes por eso, todo correrá por mi cuenta. Si una historia no fue suficiente para tocar tu corazón, a ver si cinco lo son. Si al final no estás enamorada de mí, te daré ese cinco por ciento del total de mi beneficio neto.

—Te confesé que sí me habían gustado —dijo como disculpa.

—Entonces, con más razón.

—¿En serio quieres seguir con «esto»?

Un camarero se acercó para servirles una segunda copa. Cassandra lo miró sin recordar en qué momento las había pedido Alex, pero él no le dejó tiempo para pensarlo porque respondió con verdadero entusiasmo.

—¡Claro que sí! Creo que jamás he querido demostrar algo tanto como «esto». Además, me veo en la necesidad de recordarte que has retado a uno de los mejores escritores de romántica del país, es decir, a mí. Ahora no puedes echarme atrás. Acepta la apuesta o ríndete. Da igual. El resultado será el mismo tarde o temprano: pasarás otra noche conmigo.

Ella se vio acorralada, más que nada, por la cantidad de alcohol que había ingerido, que no le permitía pensar con claridad. Miró a Alex y no tuvo más remedio que afrontar que había cometido uno de los peores errores de su vida. Respiró despacio para tratar de centrarse. Fue cuando se dio cuenta de que sus propias palabras la habían llevado a ese punto.

Iba a retractarse, pero, entonces, él sonrió de manera triunfal. Ya se veía vencedor. Aquello le revolvió las tripas y borró de un plumazo sus dudas. Se dijo que podría con aquel

maldito engreído y que ganaría la apuesta, ya que estaba segura de que jamás volvería a enamorarse.

—Muy bien, Adam. Acepto el reto siempre y cuando asumas todos los gastos.

—Por supuesto.

—Me asombra tu generosidad y te la agradezco, pero creo que has olvidado las localizaciones de las citas. Muchas de ellas se desarrollan en otros estados. A no ser que quieras reproducirlas solo en Los Ángeles.

—Cassandra, una apuesta es una apuesta, así que no te preocupes por los detalles. Me encargaré personalmente de las reservas y de que todo sea perfecto. Al fin y al cabo, he de conseguir que te enamores de mí.

Ella dibujó una sonrisa que encerraba la seguridad que sentía por saber que iba a ganar. Alex captó enseguida lo que estaba pensando y también sonrió. Acercó su copa a la de ella y brindaron de nuevo.

Las siguientes dos horas se las pasaron hablando de las citas y del número que sería perfecto para que él tuviera la oportunidad de ganar. Copa tras copa, fueron desglosando los términos, mientras reían sin parar, al tiempo que escribían un burdo contrato en servilletas de papel. Hicieron dos copias y las firmaron. Cada uno pensaba que ganaría la apuesta, y eso les dio la confianza para mantenerse en sus trece de seguir adelante.

A las doce, decidieron terminar la cita y regresar a casa. Cass trabajaba al día siguiente y él debía continuar con su novela.

Al salir, solo quedaba un taxi en la parada. Un problema con el que no habían contado.

—¿En qué zona vives? —preguntó Alex.

—A unas veinte manzanas de la editorial.

—Mi casa está mucho más cerca, pero no me parece bien dejarte sola en el taxi.

—Ya soy mayorcita. No te preocupes.

A él esa opción no terminaba de convencerle. Una cosa era que no tuvieran nada, pero dejarla sola a esa hora en un taxi no entraba dentro de lo que era capaz de aceptar. Algo irónico, puesto que la noche anterior lo había hecho con su otra cita. Pero Cass no era Cara, y pensar en que le pasase cualquier cosa hizo que se le ocurriera una idea que le pareció brillante.

—¿Y si duermes en la habitación de invitados? Tengo cuatro, puedes elegir la que quieras.

—No me parece bien —dijo sin estar convencida.

Alex lo notó. A él le pasaba lo mismo, ya que la cantidad de alcohol que habían ingerido estaba haciendo estragos en sus cuerpos. Ninguno de los dos era consciente de lo mucho que se habían extralimitado, pero se estaban divirtiendo tanto desarrollando un plan sin pies ni cabeza que no echaron cuenta de que se habían sobrepasado.

—¿A qué hora tienes que estar en la editorial?

—A las once.

—Siempre me levanto a las siete para trabajar. Llamaré al seguro para que lleven el coche al taller. Si está a tiempo, te acercaré yo, si no, podemos llamar a un taxi. Desde aquí, son cuarenta minutos hasta tu casa más o menos, y eso sin encontrar tráfico en el centro.

Ella sopesó su estado y terminó negociando consigo misma que su invitación era de lo más sensata. Dormiría en cualquier habitación que le dejase y mañana cogería un taxi hasta su casa.

—Acepto. Creo que he bebido demasiado y es mejor no tentar a la suerte.

—Me parece perfecto.

Caminaron hasta la parada y Alex le facilitó su dirección al taxista. Pagó la carrera y la invitó a pasar. Cassandra miraba alrededor con curiosidad. Le pareció que el camino de baldosas claras era precioso, y las plantas que lo delimitaban hacían del sitio algo muy especial.

—Tienes una casa muy bonita.

—Gracias.

Continuaron hasta pasar al lado del coche y Cass vio uno de los neumáticos completamente vacío.

—Así que este es el causante de que yo esté aquí.

Alex rio con ganas. La asociación de ideas de aquella chica cada vez lo sorprendía más.

—Puede que sí. —Sacó las llaves del bolsillo y abrió la puerta—. Adelante, estás en tu casa.

—Muy amable.

Nada más entrar, Anora se acercó como de costumbre. Cass, se enamoró de ella solo con verla. Se agachó hasta ponerse a su altura y acercó muy despacio la mano para permitir que la gata la oliera.

—Hola, preciosidad. ¿Cómo te llamas? —dijo ella con voz dulce.

—Anora —respondió Alex.

La gata se acercó a Cass y acabó por rozar su cabeza con la mano. Acto seguido, se dirigió a sus piernas y repitió el mismo gesto.

La editora le habló en voz baja.

—¿Me dejas entrar en tu castillo?

Como si la gata la hubiera entendido, ronroneó mientras la miraba. Cass, con movimientos lentos, la cogió en brazos y la acarició debajo del cuello. El felino respondió ronroneando más fuerte. Alex se quedó maravillado al ver cómo su invitada acercaba su frente a la de Anora y la gata, como si la hubiese conocido desde siempre, permitía ese contacto íntimo sin protestar.

—Gracias, Anora —acabó diciendo mientras se volvía hacia él—. Tu gata es un amor. Disfruta de su compañía porque el tiempo pasa volando.

—Me acabas de dejar sin palabras. Jamás la había visto comportarse así con nadie. Bueno, solo conmigo o con Madison. —Ella lo miró sin saber a quién se refería—. Mi sobrina de cinco años.

Cassandra le dedicó una sonrisa sincera que destruyó la primera de las muchas defensas del escritor. Anora no era capaz de apartar la vista de ella y rozaba su pequeña cabeza contra el hombro de la editora como si quisiera demostrarle que le pertenecía.

—Hace años, tras insistir hasta la saciedad que quería una gata, mi padre me llevó a un refugio de animales. Quería enseñarme cuántos regalos de Navidad eran abandonados en cualquier parte y que, si adoptaba a uno de ellos, tendría que alimentarlo y cuidarlo yo sola. Recorriendo las distintas jaulas, vi una camada de gatitos. La más delgadita y pequeñita fue la que se acercó hasta mí. Acerqué la mano y me lamió el dedo. —Cass dijo esas últimas palabras con un nudo en la garganta—. Desde ese momento, Cassiopea y yo fuimos inseparables.

—¿De qué raza era?

—Una mezcla de muchas. No tenía pedigrí, pero sí mi amor incondicional. Así que ya sabes, ama a esta «zalamera» —añadió, mirando a la gata—, todo lo que puedas.

Después, Cass se giró hacia a Alex y le sonrió con la pena del recuerdo. Él se acercó y cogió a Anora. Tras darle un beso en la cabeza, la dejó en el suelo.

—¿Te apetece una última copa?

—Creo que debería irme a dormir, pero la acepto.

Él entendió el porqué de aquella respuesta. Cass necesitaba dejar atrás ese momento antes de ir a la cama.

—No puedo hacerte un mojito.

—Cualquier cosa estará bien.

Tras darle la bebida, el escritor le pidió a Alexa que reprodujera algo de música suave. Cass se apoyó en el sofá y se deshizo de las zapatillas de esparto. Caminó hasta quedarse en mitad del salón. Descalza, cerró los ojos y comenzó a moverse al ritmo suave de *If you love her* de Forest Blackk. Él se quedó paralizado al verla. Ella sonreía mientras los rizos rojos de su cabello enmarcaban su preciosa cara. Estaba disfrutando de la canción hasta que abrió los ojos como buscándolo.

—Baila conmigo, Alex.

Él no respondió. No podía. El corazón le retumbaba como una apisonadora en el pecho, y el nudo en la garganta, que había aparecido de la nada, lo obligó a mantenerse callado. Pese a todo, se acercó sin apartar los ojos de la editora. Le quitó el vaso para dejarlo encima de la mesa y comenzó a bailar con ella.

Sus manos recorrieron lentamente la espalda de Cassandra y, en respuesta, ella se pegó a su cuerpo como si fuera algo natural. Elevó los brazos para acariciar con la punta de sus dedos la nuca de Alex y, sin decir nada, lo atrajo hacia sí para besarlo, dejándole claro que aquel momento no era uno más. Él respondió sin pensárselo dos veces, puesto que lo estaba deseando incluso más que ella. Sus bocas se volvieron exigentes, reclamando algo que no casaba con lo que ambos habían pactado.

Mil besos no fueron suficientes. Cass ansiaba más, y Alex rezaba para que ella no se detuviera, sin embargo, no podía seguir sin preguntarle si estaba segura. Sabía que se iba a arrepentir por detenerse cuando lo que deseaba era llevarla en brazos hasta su cama, pero él no era de ese modo, así que utilizó los últimos resquicios de cordura que le quedaban para hacer una pregunta que podía romper el hechizo.

—¿Estás segura, Cass? Si me pides que me detenga, lo haré —dijo con el corazón a punto de estallar.

Ella dejó a la mitad una sonrisa antes de lanzarse a su boca como única respuesta. Alex la cogió en brazos sin separarse y la llevó a su habitación mientras se decía que aquello solo era sexo. Solo sexo y nada más. Cass ni se paró a pensar en qué era lo que sentía. Estaba poseída por el deseo y en lo único que podía centrarse era en perderse en su aliento y devorar aquellos labios que la volvían loca.

Alex encendió la luz y la dejó en el suelo.

—Dame un momento —dijo antes de desaparecer tras una puerta.

Cass supuso a por lo que había ido y se giró hacia la cama. El cabecero era de madera blanca imitando a una pieza antigua desgastada. Se acercó hasta ella y se quedó observándola mientras reía bajito. En esto, entró él.

—¿Por qué ríes?

—No sé, imaginaba que tu cabecero estaría lleno de muescas.

—Jamás había invitado a nadie a mi cama.

Ella lo miró y elevó las cejas, mostrando así que no lo creía.

—¿Soy la primera?

—La única.

Aquella respuesta obligó a Cass a inspirar un poco más fuerte de lo que esperaba. Alex

era bueno, y eso que aún no habían comenzado con la apuesta. Al darse cuenta de que esa noche la iba a pasar con él, se dijo que disfrutaría del sexo, pero no del hombre.

—¿Qué? —preguntó confuso al ver su expresión.

—Bueno, «señor escritor», demuéstreme qué hace que sus lectoras caigan «rendidas a sus pies».

Alex se acercó para hundirse en sus labios con una necesidad arrolladora. Ella respondió con la misma intensidad, pero sabiendo que no dejaría su alma entre aquellas sábanas.

Esa noche de sexo tenía que ser «una más», e iba a dejarse la piel en demostrárselo a sí misma.

CAPÍTULO 26.

no puedes echarte atrás

Cass tardó unos segundos en descubrir qué era ese sonido que le estaba taladrando la cabeza. Parpadeó despacio hasta que estuvo lo suficientemente despierta como para comprender que aquel maldito timbre era la alarma de un móvil. Se giró y vio a Alex tratando de apagarlo sin éxito.

—Maldita sea, ¡cállate de una vez! —refunfuñó con la voz ronca.

—¿Qué hora es? —preguntó desubicada.

—Las siete. Tengo que llamar al seguro para que lleven el coche al taller.

—Dios, me va a explotar la cabeza. ¿Cuánto bebimos?

—Toda la puñetera destilería de California.

Se miraron y soltaron una carcajada, a lo que ambos fruncieron el entrecejo a la vez por el esfuerzo de oír algo un poco más alto que un susurro.

Cassandra cerró los ojos, lamentando la elección y la cantidad de alcohol que había mezclado. Él pareció leerle la mente porque asintió sin ella haber dicho nada.

—¿Qué?

—Estoy de acuerdo contigo, no deberíamos haber bebido tanto. Hemos de recordarlo para la próxima vez —dijo convencido, frotándose la cara con energía para lograr despejarse—. ¿Ducha y café?

—Por favor...

Cassandra se incorporó y vio algo en el cabecero. Sonrió mientras lo acariciaba al tiempo que negaba con la cabeza tras recordar lo ocurrido.

—¿Qué? —preguntó Alex al verla.

—Esta muesca hecha con bolígrafo. Juraría que no estaba anoche.

—Y no lo estaba. Me exigiste que te trajera algo para escribir y la dibujaste sin preguntarme. Muy seria, soltaste algo parecido a: «Esto es para que no olvides que yo he sido la primera» —dijo con sorna.

Ella volvió la cabeza con brusquedad para mirarlo porque no sabía de qué hablaba, hasta que una imagen volvió nítida a su cabeza después del primer asalto.

—¿He estropeado tu cabecero? Tranquilo, te compraré otro.

Él soltó una carcajada, a lo que se paró de golpe por el dolor de cabeza.

—En serio, no hace falta.

—Igual se puede quitar con algún producto. ¿Tienes algo para que lo limpie?

—Ni hablar. Es un recuerdo. Mi primera... muesca.

Ella se quedó callada sin saber muy bien a qué venía eso, pero la necesidad de utilizar con urgencia el baño borró cualquier otro pensamiento.

—Voy a... —dijo, señalando la puerta entreabierta.

—Claro. Y yo voy a hacer esa llamada.

Cass le sonrió y recuperó del suelo su camisa. Se la puso y se perdió tras cerrar la puerta. Sentía náuseas por todo lo que había bebido, pero no tanto como para vomitar. Miró hacia la ducha y no se lo pensó dos veces. Abrió el grifo y se metió bajo una cascada de agua caliente con los ojos cerrados para intentar que aquel martilleo cesara. De pronto, notó las manos de Alex

masajeándole la espalda.

—¿Mejor? —preguntó en voz baja.

—Infinitamente. Recuérdame no volver a beber.

—Lo mismo digo. Cuando tengamos las citas, hemos de tener cuidado y controlarnos más.

Aquella respuesta hizo que Cassandra se irguiera de golpe. Las palabras: apuesta, citas, contrato y firma volvieron en tropel para recordarle que la noche anterior había vuelto a cometer un error. Uno del que tendría que zafarse lo antes posible porque chocaba directamente con su nuevo puesto y con... todo.

—Lo de anoche fue una broma —trató de disimular—, ¿verdad?

—¿La apuesta? —preguntó Alex. Ella asintió varias veces—. No, para nada. Tengo un contrato tuyo firmado que dice lo contrario. Así que pásame el champú, voy a lavarte el pelo.

Ella lo hizo como si no se diera cuenta de que aquella ducha nada tenía que ver con sexo, sino con algo mucho más íntimo y cercano a que él consiguiera su propósito.

—A ver, Alex...

—Adam —se burló diciéndole su nombre profesional.

—Adam Alexander, no voy a participar en ninguna apuesta. Dios, qué me estás haciendo.

—Masajeándote el cuero cabelludo. Y siento darte malas noticias, firmaste un contrato.

—¡En la servilleta de un *pub*!

—¿Y qué? Es válido y vinculante, así que no te puedes librar —añadió con un tono de voz cálido y demasiado cercano—. Ponte debajo del agua y pásame el acondicionador.

Ella estaba tan confundida que lo hizo sin protestar. Pensaba todo lo rápido que su capacidad le estaba dejando para tratar de buscar una salida a aquel acuerdo.

—Bueno, podríamos olvidarlo, ¿no crees? Además, ya hemos pasado la noche juntos.

—Esta noche no era por la apuesta —respondió muy serio—. Esta noche ha sido porque nos apetecía.

—Vale, en eso te doy la razón. Pero ¿qué más da?

—A mí sí me importa, y la culpa es tuya por haberlo llevado al terreno personal.

—¿Cómo? No entiendo.

—Cassandra —pronunció su nombre como si lo acariciara—, en Nueva York tuvimos una noche de sexo impresionante. Después, lo repetimos tras tu entrevista, esa de la que no quisiste contarme nada. Imagina mi sorpresa cuando te vi ayer en la editorial. Al presentarte Samuel como la ayudante de Lucy, pensé de inmediato que iba a ser imposible que esto saliera bien. Con todo, me dije que quizás pudiera funcionar. Pero me diste justo donde más me duele al criticar y menospreciar mis novelas...

—Otra vez lo estás sacando de quicio —se defendió ella.

—No, y lo sabes. Cuestionaste mi forma de trabajar, quién soy y cómo me presento ante el mundo.

—No era mi intención.

—Yo creo que sí.

Alex se detuvo un momento para tratar de no ser demasiado brusco con lo que iba a decirle porque seguían desnudos en la ducha, aunque prefirió no guardárselo porque su trabajo era lo único que le importaba.

—Cass, reconozco que ayer hubiera hecho lo imposible para que te despidieran, pero me eché atrás gracias a tu disculpa, que sentí como sincera.

—Así fue, te lo aseguro —respondió de inmediato.

—Por eso propuse la cena, porque quería darte una segunda oportunidad.

—Vaya, ¡qué generoso eres! —dijo ella de forma mordaz.

—Lo soy.

Cassandra lo miró sintiendo rabia. Por mucho que le fastidiara la actitud del escritor, tenía algo de razón: su boca la había llevado a estar en la cuerda floja. Debía parar y mantener lo que pensaba bajo llave. Cualquier otro comentario ingenioso y perdería su trabajo, además de toda credibilidad como editora.

—Quiero dejarte algo claro para que no haya ningún malentendido entre nosotros —continuó él mientras se enjabonaba.

—Tú dirás —respondió ella haciendo lo mismo.

—Yo no soy petulante. Ayer no tenía la intención de buscarte un lío. Solo es que debes recordar que este es mi trabajo y que he de protegerlo de cualquiera que no crea en mí. No es nada personal contra ti, te lo aseguro, pero sí lo es cuando se trata de salvaguardar mi sustento. Te lo repito, necesito a mi lado alguien que crea en mí y no que cuestione mis historias más allá del hecho de ayudarme. ¿Lo entiendes? Lucy lo hace. El caso es, ¿puedes tú?

—Sí. Claro que sí —respondió Cass, que comenzó a comprender el alcance de su desatinado comentario.

—¿Y crees que podrás confiar en mi trabajo? —insistió él, sujetándola de los hombros.

—¿Eso significa que tengo que mentirte?

—¿Mentirme?

—Yo debo confiar en tu trabajo, pero ¿confiarás tú en el mío?

—No te entiendo.

—Adam —dijo despacio con el mismo tono que él había empleado antes—, me exiges que confíe en tus historias, pero no te das cuenta de que la confianza que me pides es un camino de dos sentidos. Tú también debes creer que mi criterio te ayudará a mejorar. Si te sugiero algunos cambios o te doy mi opinión sincera de que alguna trama no funciona, ¿te fiarás de que lo hago para ayudarte y no por menospreciar tu trabajo?

—Aún no lo sé —se sinceró el escritor.

—Entonces, solo tenemos dos opciones —dijo Cass, segura de sí misma—. ¿Me frotas la espalda?

—Claro, pásame el gel. ¿Y qué dos opciones son? —preguntó mientras le recorría la piel con sus versadas manos y hacía que se derritiera bajo su tacto.

—O confiamos en que ambos somos profesionales y que puedo aprender mucho de Lucy, o hablamos con Samuel para decirle que no podemos trabajar juntos, con lo que tendré que buscar otro empleo o... volver a Nueva York. —Esto último lo dijo con una voz de derrota que no le pasó desapercibida al escritor.

Alex, mientras le retiraba los restos de jabón, se quedó callado pensando en sus palabras. Es cierto que no sabía cómo sería trabajar con ella, pero Brown le había vendido a la nueva empleada como el diamante que llevaban esperando desde hacía mucho tiempo. Incluso le había mostrado algunos de los autores que había descubierto y ayudado a convertir en *best seller*. La había igualado a Lucille en sus inicios. Así que, tras sopesarlo de nuevo, algo le dijo que tenía que confiar en el criterio del experto editor.

—¿Adam? —preguntó Cass extrañada de que no le respondiera con otro comentario ingenioso o hiriente.

—Me quedo con la primera opción. Hagamos que esto funcione, Cassandra. No vuelvas a Nueva York.

Cuando oyó su decisión, ella se dio la vuelta. Le sonrió un poco al principio para después hacerlo abiertamente. En ese gesto, el escritor reconoció a la chica que le habían presentado en La Gran Manzana y con la que había compartido una de las mejores noches de su vida, provocando que una segunda barrera de defensa cayera de golpe sin darse cuenta.

—Te agradezco que me des la oportunidad. No debía haber dicho esas cosas horribles sobre tu novela —reconoció Cass.

—¿De verdad que solo has leído la primera? —dijo Alex, cerrando el grifo y saliendo a por una toalla limpia para ella. Después, se colocó la suya alrededor de la cintura.

—Gracias. Bueno, para serte sincera, puede que ayer adornara un poco la verdad.

—¿A qué te refieres? —preguntó sin entenderla del todo.

—A que puede que tal vez haya ojeado alguna más.

Alex, sorprendido por su revelación, la miró bajando un poco el mentón mientras elevaba las cejas.

—¿Solo alguna más?

—Vale —alargó la palabra a propósito—. Lo reconozco, me las he leído todas. Bueno, tengo pendiente la última. Con la mudanza, aún no he tenido tiempo para comprarla.

—Ahora te firmo un ejemplar y te lo llevas. Pero ¿qué me dices del resto? —preguntó con mucho interés.

Al escritor le resultó bastante más placentero de lo que esperaba saber que Cass había leído sus anteriores novelas. De pronto, conocer su opinión le parecía algo esencial. Y deseó con todas sus fuerzas que, precisamente a ella, le gustaran.

—Son... fantásticas. Ya lo he dicho, ¿contento?

—Mucho, pero me gustaría que fueras más concreta. Te aseguro que no quiero que me regales los oídos, pero me gustaría escuchar una valoración un poco más profesional.

Ella comprendió, en cierto modo, que a Alex le preocupara su punto de vista. Como ayudante de su editora, podía influirla sin mala intención. Y un mal consejo podía ser la diferencia entre una buena historia o una nefasta.

—Creo que tu forma de describir cada escena es incomparable. Los personajes parecen cobrar vida con cada diálogo. Entran ganas de viajar a cada lugar que compartes y de comer cada plato que nos enseñas. Pero es tu visión del amor lo que te ha hecho llegar a la cima, porque cualquiera que conozca a tus protagonistas será incapaz de no caer rendida a sus pies. Derek, Dylan, Dwayne, Douglas... Todos tienen un denominador común, y es que todos aman sin reservas. Se muestran tal y como son sin dobleces, son fieles hasta las últimas consecuencias y se desviven por la chica hasta lograr que los amen de tal forma que desees ocupar su lugar. En cuanto a la técnica...

—Me vale, Cassandra. Gracias.

—¿Por qué?

—Por decirme lo que sientes de verdad.

La editora sonrió con el corazón y Alex tuvo que inspirar un poco más fuerte para no lanzarse hacia ella para besarla.

—¿Y si mintiera? —añadió para pincharle.

—No eres tan buena mintiendo.

El escritor se acercó e hizo algo que le encantó a Cass: le tocó con la yema del dedo la punta de la nariz.

—¿Así que crees que no soy tan buena trolera como tú?

—Pues no.

—Oh, sí. Oh, cómo me gusta. Sí. Así, no pares. Oh, oh —repitió parte de los gemidos que había expresado aquella noche.

Alex soltó una carcajada y terminó por darle un beso rápido en los labios.

—¿Ves? Lo que yo te diga. Eso no se parece nada a lo que dices cuando estás a punto de tener un orgasmo. ¿Desayunamos?

—¡Serás!

—Muy atractivo —comenzó Alex, caminando por el pasillo—, un amante increíble, un escritor inigualable...

Cass fue corriendo hacia él y comenzó a pellizcarle por todas partes. Alex no podía parar de reír porque tenía muchas cosquillas, y ella lo utilizó en su contra.

—Engreído —pellizco—, pagado de ti mismo —otro pellizco—, antipático al máximo...

A ella no le dio tiempo a darle otro más porque él se revolvió y la sujetó por las muñecas con una mano, mientras que con la otra se vengaba haciéndole lo mismo.

Una llamada al portero electrónico acabó con aquella escena tan en la línea de lo que negaban que fuese: íntima.

—Vienen a recoger el coche.

—Genial, ¿lo tendrán a tiempo? Si no, me voy en taxi. Se me está haciendo un poco tarde.

—¿Preparas café? A ver qué me dice. La cocina está por ahí.

—Claro.

Media hora después, Alex volvió. Cass estaba entretenida mirando su móvil.

—¿Ya se lo han llevado? —preguntó mientras se levantaba para calentar las tostadas.

—Sí, pero no lo tendrán hasta mañana. Así que luego pedimos un taxi.

—De acuerdo.

—Adam, he estado pensando en lo de ayer y, como creo que ya lo hemos solucionado... En resumen, que no quiero seguir adelante con lo de la apuesta —dijo, tras lo que bebió un sorbo de su taza.

—Bueno, entiendo tu punto de vista, pero tienes un contrato firmado.

—¡Y dale! Pero ¿por qué quieres continuar?

—Porque «Mi corazón herido clama venganza». —Alex empleó una de las frases más famosas de su primera novela—. Así que la apuesta sigue en pie. A no ser que prefieras que lleve el contrato ante un juez y determine que tienes que cumplirlo.

Cassandra lo miró sin entender a qué venía tanto interés por ganar, y solo por el mero hecho de tener la razón.

—Así que ahora recurres al chantaje. Genial. Es justo lo que estaba deseando tener en mi segundo día de trabajo —ironizó ella, recogiendo todo el pelo con un bolígrafo que encontró en la encimera.

—Yo no lo veo así, solo es que me muero por demostrarte lo equivocada que estás —dijo Alex, al que no le pasó desapercibida la línea del cuello de Cass al apartar su cabello.

Su imagen acalorada le hizo recordar el momento que la tuvo por primera vez entre sus brazos. Su respiración, ahora entrecortada por la rabia, no estaba mucho de la que le había visto mientras compartían esos besos demenciales con los que más de una vez había fantaseado en las últimas semanas, pese a que se negara a admitirlo. Besos que había podido repetir en dos ocasiones más, pero aquello solo era una cifra sin importancia y que no venía al caso. Sonrió al darse cuenta de que estaba perdiendo el hilo de la conversación porque esta Cassandra era aún más arrebatadora que la chica que había conocido en Nueva York, y le pareció de lo más

seductor que ella no fuera consciente. Después de la ducha, su piel sin maquillaje había dejado al descubierto cientos de diminutas pecas que hacían de su semblante casi el de una bruja irlandesa. Una bruja que lo sacaba de sus casillas a la mínima de cambio y a la que le encantaría desnudar de nuevo en ese mismo momento.

Ajena a las reflexiones caóticas del hombre que tenía enfrente, continuó la discusión sin pararse a pensar en las inmensas ganas que sentía de besarlo y de abofetearlo a partes iguales.

—O sea, que te he pedido perdón y no ha servido para nada. ¿Se puede saber qué más quieres? —se quejó ella.

—Te lo dije anoche: demostrarte que con mis libros la gente es capaz de enamorarse.

—Pero ¿por qué? —insistió.

—Porque dijiste que nadie podría, y no estoy de acuerdo. Esto es culpa tuya. Me has desafiado, y lo menos que puedo hacer es aceptar el reto.

Alex la miró de tal manera que provocó que Cass volviera en un instante a la pista de El Cielo, o incluso a la noche anterior. Con la rabia instalada en su pecho, no tuvo más remedio que morderse la lengua para evitar ir hacia él. Se moría por lanzarse a su boca para demostrarle la ira y la excitación que sentía. Aquella reacción, que le pareció una de las más locas y sin sentido que se le habían ocurrido nunca, hizo que se enfadara consigo misma. Él la estaba mirando como si le leyera el pensamiento, pero debía recordar que era un cliente de la editorial.

Indudablemente, necesitaba sexo fácil tras lo de Bill, pero no volvería a ser con el hombre que la estaba observando como si pudiera verla desnuda. Saber que ya había caído en sus redes tres veces la enfadó mucho más. Así que aceptó el reto porque había dejado de ser aquella mujer que escondía la cabeza en el suelo para no afrontar los desafíos.

—¿Sabes qué te digo? Que me parece muy bien. Adelante. Hagamos esa estupidez de las citas. Pero te garantizo una cosa, «señor escritor», y es que: por mucho que lo intentes, no conseguirás que me enamore de ti.

—Eso ya lo veremos. Y me parece un golpe bajo que utilices el nombre de mi primera novela en mi contra —se quejó Alex exagerando el gesto, cuando no le había importado lo más mínimo.

—No me has dejado otra opción. Además, hay algo que has pasado por alto. ¿Y si eres tú quien se enamora de mí? —contraatacó Cass.

—Eso no va a pasar. Yo soy el escritor y conozco mi obra.

—Y yo la chica que rompió hace un mes su compromiso y ya no cree en el amor. —Cass se arrepintió al instante de haberle contado algo tan personal—. Olvídalo. Lo que quiero decir, es que tu teoría no funcionará conmigo. Vas a perder el tiempo y me quedaré con ese cinco por ciento que has aceptado darme sin pararte a pensar en que puedo resistirme a tus encantos sin problemas.

Cassandra maldijo por lo bajo porque ese hombre era su talón de Aquiles. En una sola frase, le había revelado que había roto su boda, que no creía en el amor y que reconocía que él tenía potencial, pero que no era suficiente para que ella diera su brazo a torcer.

Alex se sintió identificado por lo que acababa de confesar en un momento de rabia. Por fin, había podido confirmar que el motivo por el que ella había aceptado el trabajo era el que pensaba. No sabía qué le había ocurrido para tener que cancelar la boda. Recordó que había supuesto que era una infidelidad por parte de él, pero no estaba seguro de que fuera por eso. De lo que no tenía duda era que no sería algo sin importancia.

Aquello lo hizo bajar un peldaño en su afán de quedar por encima de ella todas las veces y la sorprendió con una respuesta sincera.

—Siento mucho que anularas tu compromiso.

—Yo no, pero no quiero hablar de eso —dijo Cass algo seca—. Volviendo a tu fantástica idea. ¿Cuándo quieres empezar con esto? Lo digo para acabar cuanto antes y recuperar mi vida.

—El fin de semana que viene —respondió Alex sonriendo—. Te mandaré un wasap con los capítulos que debes leer para refrescar la memoria.

—Lo que faltaba. Ahora me vas a inundar con mensajes. Hay que ver lo que has liado para tener mi teléfono. Si lo querías, habérmelo pedido. No era necesario montar este numerito —se burló ella, que parecía haber olvidado que fue Lucille quien le pidió que se lo diera.

Su altanería repentina le molestó al escritor, quien respondió sin pensar en las consecuencias.

—Tranquila, si hubiera querido tu número, te lo habría pedido en Nueva York.

Aquel comentario hirió a Cassandra en lo más profundo y Alex se arrepintió nada más decirlo. Se sintió rastro al ver su cara porque su última intención era sonar como un maldito perdonavidas.

—Cass, lo siento. Yo no...

—Soy Cassandra —lo cortó—. Y da igual. Yo tampoco te lo hubiera dado porque solo eras el de transición —respondió para dejarle claro lo que había sido aquello.

Acalorada por el café y la discusión, se pasó el dorso de la mano por la frente. Se notaba hirviendo por la rabia. Mientras se fijaba en la cara de pocos amigos del escritor, se dijo que no sabía cómo iba a aguantar los siguientes meses si tenía que tratar con ese hombre que la sacaba de quicio. Aquella maldita apuesta lo había complicado todo, pero no pensaba enamorarse de él. Solo con imaginar la posibilidad de que intentara algo romántico hizo que sonriera porque le parecía ridículo. De pronto, se sintió mucho mejor. Alex no podría con ella, ya que no había nada que la empujara a sentir algo distinto por él que no fuera deseo, y eso no tenía nada que ver con el amor.

Volvió a soltarse el cabello para recogerse de nuevo. Se lo quedó mirando, pero, esta vez, creó una barrera invisible para distanciarse. Alex solo era un cliente, e iba a tratarlo como tal.

—¿No dices nada? —añadió ella, él se había quedado callado.

—Creo que nos lo vamos a pasar muy bien en las citas, Cassandra —dijo con un tono burlón.

—¿Pero de verdad quieres seguir adelante con eso? —respondió malhumorada.

Era el tercer intento de Cass por romper el trato. De la nada, pensar en verlo más veces de las profesionalmente necesarias la sacaba de sus casillas, pero él no estaba dispuesto a dejar que se saliera con la suya.

—Más que nunca —respondió con media sonrisa.

—¿Y cuánto se supone que vamos a estar así? No puedes retenerme eternamente. Tengo... necesidades —expuso con el único propósito de fastidiarle.

Alex entendió a qué se refería. Saber que ella quería sexo le excitó y molestó a la vez porque, tal y como lo había dicho, él no estaba incluido en esos planes. Así que se le ocurrió una idea aún más descabellada que la primera, porque saber que pudiera estar con otro hombre mientras se veían le resultó inaceptable.

—Seis meses —soltó sin pensarlo.

—¿¡Seis meses!? ¿Estás loco?

—Te recuerdo que has firmado un contrato y has de ser justa con él para saber si funciona. Durante seis meses, ninguno de los dos podrá tener citas. Si lo hiciéramos, no

estaríamos dándole al desafío la oportunidad que se merece, ¿no crees? Y no cederé ese cinco por ciento si no has puesto todo de tu parte.

En cuanto lo dijo en voz alta, a Alex le pareció lo más estúpido que se le había ocurrido nunca. Se había convencido de que ella no le importaba lo más mínimo, y la estaba obligando a renunciar al sexo porque no soportaba que se viera con otro hombre. Se enfadó consigo mismo. Aquello no tenía ni pies ni cabeza, sin embargo, no estaba dispuesto a ceder.

A pesar de la locura que suponía su exigencia, a Cass le pareció razonable. Descabellado, pero razonable. Salir con otras personas alejaría su atención del juego, y debía confirmar como fuera que lo que él había propuesto era una estupidez. Tener seis meses para centrarse en sí misma era algo que no se había planteado. Pensó un instante en ello y le gustó la idea. Sobre todo porque garantizaba que él tampoco podría estar con otra chica, y eso le resultó de lo más placentero. Aunque no pudo decidir si era por orgullo o por el simple hecho de fastidiarlo.

Lo miró a los ojos y le ofreció la mano.

—Muy bien, señor Wright, trato hecho. Durante seis meses, intentará enamorarme reproduciendo las mismas citas que aparecen en sus cinco novelas y yo, por supuesto, trataré de no hacerlo. Ambos pondremos todo de nuestra parte y, si no lo consigue, me cederá el cinco por ciento neto de sus ganancias anuales a la finalización de nuestro contrato en una servilleta. Eso sí, tendremos que buscar un par de jueces completamente imparciales. No quiero que se eche atrás cuando consiga demostrarle que su propuesta era una locura y que he ganado limpiamente —dijo Cass sin creer la insensatez que estaba a punto de aceptar por haber firmado algo bajo la influencia de litros de alcohol.

Alex dibujó una enorme sonrisa por la perorata que le había soltado y le dio la mano en señal de acuerdo.

—Acepto las condiciones, señorita Wallace. Elegiremos un testigo cada uno y ellos serán los que decidan quién ha ganado.

—Me parece bien. ¿Qué? —preguntó al ver su expresión.

—Estoy pensando en lo que me vas a dar cuando pierdas, porque vas a perder.

—¿Yo? ¡Yo no te voy a dar nada! ¡Esto es el colmo! Me lías en algo que es una completa locura, crees que vas a lograr ganarme y encima te voy a deber algo!

—Acabas de describir justo lo que ha pasado y lo que va a pasar. Y sí me deberás algo.

—Te veo muy seguro de ti mismo para no conocerme de nada. —Cassandra lamentó haber dicho esas palabras nada más terminar.

—De casi nada, Cass, de casi nada, pero lo suficiente. —Alex le sostuvo la mirada y, de pronto, volvió a sonreír—. Te recuerdo que mi premio será pasar otra noche contigo. Una en la que estés tan entregada como las tres anteriores —añadió para amedrentarla—. Sin amor, por supuesto, sin ningún sentimiento excepto el del fuego con el que quiero que me quemes tal y como ya lo has hecho. Solo eso.

Cassandra se mantuvo callada porque no sabía qué responder. Un *flash* de esa propuesta volvió con fuerza. Si ganaba, su cuenta bancaria engrosaría con un buen pico, pero, si perdía, el premio era una noche con él. Alex la había amenazado con llevarla a un tribunal si no cumplía con el acuerdo, pero dudaba de que fuese capaz de hacerlo. Solo había sido una bravuconería porque necesitaba tener razón.

Ladeó un poco la cabeza y bajó la mirada mientras decidía qué hacer. Por un lado, podría renunciar y darse por vencida, y dejar que el maldito escritor se saliera con la suya. Por el otro, si aceptaba ese reto tan absurdo, lo dejaría en evidencia, y eso sí que le pareció una motivación suficientemente atractiva como para continuar. Estaba segura de que no se enamoraría de él. En

seis meses, todo acabaría y, lo mejor de todo, habría demostrado que no tenía razón.

Levantó la vista de golpe y la fijó en el escritor, que aún esperaba su respuesta.

—Trato hecho, Adam.

—Me parece perfecto, Cassandra.

—Muy bien. Ahora llama a un taxi. A las once tengo que estar en la editorial y he de cambiarme de ropa.

—Ahora mismo. ¿Sabes? Estoy deseando empezar, y no olvides escoger al juez más despiadado.

—Tranquilo, que encontraré uno.

Alex cogió su móvil mientras la miraba sintiendo una satisfacción desmedida. Ella terminó el café y puso la taza dentro del lavavajillas. Tras quitarse el bolígrafo del pelo, lo dejó donde lo había encontrado. Acto seguido, peinó sus preciosos rizos con los dedos. En eso, Anora se acercó a sus piernas y ella la acarició con dulzura.

Alex sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda. Cassandra estaba en su cocina con su preciosa gata. Sin esperarlo, tuvo un *déjà vu* de aquella instantánea, como si la editora ya formara parte de su vida. Se regañó por pensar aquella tontería. Ella no significaba nada para él. Solo había aceptado una absurda apuesta. Sin embargo, algo le dijo que aquel juego sería su perdición porque daría igual cuál fuese el resultado: él iba a perder de todas formas.

CAPÍTULO 27.

Las riendas de mi futuro

Cassandra entró en su apartamento a las nueve y media. Dejó el ejemplar firmado por Alex en la mesa y se fue directa a la cama para descansar un poco. Cuando sonó el despertador, protestó. Aun así, se puso en pie para vestirse y llamó a un taxi. A las once menos diez, ya estaba en la oficina de Lucille. La editora acababa de terminar una reunión y le agradó ver que, pese a ser una Wallace, llegaba a su hora. Aquello le pareció una buena señal, pero, más que nada, se alegraba de poder ahorrarse un discurso matutino para concienciarla de lo importante que era la puntualidad.

—Buenos días, Lucille.

—Hola, Cassandra. Venga, coge una silla.

Ella dejó sus cosas en el perchero y se sentó junto a la editora.

—Lucille, hoy viene el tráiler con mis cosas. Si no te importa, dejo el móvil con sonido para que puedan avisarme de cuándo llega.

—Claro, sin problemas. Este fin de semana toca mudanza, ¿no?

—¡No me lo recuerdes!

Ambas rieron porque sabían el esfuerzo que suponía recolocar una vida en un nuevo hogar.

—Bueno, sigamos por donde nos quedamos ayer.

Durante las siguientes tres horas, solo pararon diez minutos para tomar un café. Lucille le explicó por encima la estructura empresarial de Elegant Books. Cass se tranquilizó al ver que era similar a la de Antares Books, así que no le supuso mayor problema entenderla. Eso sí, se sintió un poco abrumada al ver el volumen de trabajo que manejaba su jefa, que triplicaba el suyo en Nueva York, pero no debía preocuparse porque ella solo estaba de apoyo. En cierto modo, se alegró de no tener que asumir más que una ínfima parte de todo lo que manejaba Lucille y de disponer de varios meses para aprender su forma de llevar a los escritores.

—Vale, esto es, en esencia, de lo que soy responsable —dijo la editora jefe—. Ahora, hablemos de Adam Wright. ¿Qué tal vuestra cena de anoche?

Cassandra no sabía si Alex tenía tanta confianza con ella como para contarle lo sucedido, pero, por la cara de Lucille, dedujo que solo le estaba preguntando si habían arreglado las cosas.

—Fue muy bien. Me volví a disculpar y le confesé que sí he leído sus primeras cuatro novelas. La quinta la tengo en casa y la empezaré este fin de semana.

Lucy la miró con cierto reparo al no entender por qué había mentido a propósito a un escritor reputado.

—Cassandra, dime la verdad. ¿Vosotros ya os conocíais?

—Hum..., bueno.

—A ver, lo que hagas fuera de las puertas de la editorial en tu tiempo libre no es de mi incumbencia. La experiencia me dice que a veces es mejor ignorar ciertas cosas. Pero que te quede muy claro, cuando yo no estoy, tú eres mi cara y mi voz. Todos los escritores —recalcó las tres palabras— son mi prioridad. Ellos son nuestro sustento y debemos tratarlos con respeto y profesionalidad.

—Esa es mi única intención.

—Bien. Dicho esto, Adam es un hombre muy especial. Su pasado ha hecho de él lo que es, de modo que ten mucho cuidado con lo que dices sobre su forma de escribir o lo que opinas de sus historias. No darás ninguna valoración que no hayas compartido antes conmigo, incluso si él te lo pide, y recuerda que soy yo la que tiene la última palabra. Piensa que sus cinco libros son los más vendidos en Estados Unidos, así que acepta que tu criterio, hasta que no llevemos un tiempo prudencial trabajando juntas, quedará en entredicho porque no te conozco. No es nada personal, quiero que lo entiendas.

—Sí, Lucille. Trataré de ser lo más aséptica posible y de dar solo mi opinión como profesional. Sé que llevo poco aquí, pero puedo separar mis gustos personales de la corrección.

—Lo veremos con el tiempo —puntualizó—. Por ahora, Adam está con la promoción de la quinta novela. Sé que ya lleva más de cien páginas de la nueva, así que él decidirá cuándo quiere compartirla. Es un privilegio que se ha ganado a pulso. Otra cosa, como sabrás, ya ha firmado el contrato con vuestra productora. En las próximas semanas, tendremos que volar a Nueva York por el tema de los *castings*. ¿A qué viene esa cara?

—No sabía que la productora de mi padre le hubiese propuesto adaptar la primera novela.

—¿La primera? Cassandra, Adam ha firmado un contrato para sus cinco novelas. ¿Es que no te han dicho nada?

Ella se quedó muy seria pensando qué responder a eso. De pronto, el recuerdo de la conversación que tuvo con Caleb la hizo entender a qué escritor se refería.

—No, yo no trabajo para Wallace Entertainment —dijo negando con media sonrisa—. Me alegro mucho por Adam.

—Me asombra que no te lo hayan contado —dijo Lucille recelosa.

—Mi padre siempre cumple una premisa ante un contrato: nunca habla de él con nadie fuera de la compañía hasta que lo ha firmado.

—Bueno, Adam lo hizo ayer, justo antes de conocerte.

—No he tenido tiempo de hablar con mi padre, pero, al trabajar aquí, supongo que ya estaré al tanto de cómo va avanzando el proceso. —Una llamada las interrumpió—. ¿Te importa que conteste?

—No, claro.

—¿Diga? Sí, soy yo. Sí, el 1993, apartamento 18B. ¿A las cuatro? Perfecto. Gracias.

—¿Tus cosas?

—Sí —respondió aliviada—. Espero que todo llegue bien. Salieron el martes. No me puedo creer que las vaya a tener ya esta tarde.

—¿Solo cuatro días desde Nueva York? ¿No es mucho recorrido para un solo conductor?

—Sí, por eso contraté dos, para que pudieran intercambiarse.

—Muy previsora. Bueno, Cassandra, lo dejamos aquí. Descansa lo que puedas, que supongo que será poco, y nos vemos el lunes a las 9.

—Muy bien. Buen fin de semana.

—Igualmente.

Cass dejó el despacho sintiéndose de maravilla. Lucille era una profesional cuyos conocimientos superaban con creces los suyos. Aquello la hizo sentir que estaba en el lugar correcto, y que, por fin, dirigía las riendas de su futuro.

Tras comentarle a Blair que esa tarde llegarían sus cosas, la invitó a pasarse por su casa cuando mejor le viniera. Ella le aseguró que estaría allí a las seis, pero que no olvidara llamar a April porque, ya que la había metido en aquel lío, no se iba a librar de ayudarlas a mover cajas. Cassandra le aseguró que pediría una cena digna de una reina y se despidieron hasta la tarde.

Nada más llegar a casa, le envió un mensaje a la agente inmobiliaria, quien le aseguró que estaría allí en cuanto terminara con la última visita. A las cuatro y cuarto, el timbre de la editora sonó. Tras un sinfín de idas y venidas, tenía las cincuenta cajas repartidas por la habitación de invitados, el salón y la terraza. Se arrepintió al instante de no haber hecho una criba más severa, pero ya no había remedio. Una vez firmado el albarán de entrega, uno de los conductores bajó su coche del tráiler y le entregó las llaves. Ella les dio una propina de cien dólares a cada uno agradeciéndoles que todo hubiese llegado bien. Ninguno de los dos hombres quería aceptarla, pero Cass insistió. Ambos se despidieron con una sonrisa. Ahora les tocaba un pesado viaje de vuelta a Nueva York.

Después de aparcar en su plaza de aparcamiento, subió a su nuevo hogar. Eran cerca de las seis cuando April y Blair aparecieron en la puerta con una botella de vino para celebrar que su nueva amiga ya era, oficialmente, una «angelina». Al final de la noche, después de haber abierto las primeras quince cajas y de colocar decenas de libros en las estanterías, las tres se comportaban como amigas de toda la vida mientras cenaban. Claro que la botella de Bollinger Special Cuvée que les tenía Cass, más la que habían llevado ellas, tuvo mucho que ver.



La semana siguiente pasó volando. Cassandra comenzaba a adaptarse a la forma de trabajar de Lucille, y Alex no se puso en contacto con ella hasta el jueves por la tarde. En un wasap muy conciso, le decía que tenían que posponer el comienzo de la apuesta por motivos familiares. Quedó en llamarla en cuanto pudiera para establecer los días a fin de elegir los jueces, pero, más que nada, para no romper los planes de ninguno de los dos. La verdad era otra y muy simple: al escritor no le había gustado ni un pelo cómo se había sentido con ella después de la noche que habían compartido. La naturalidad de Cass en su parcelita privada lo había asustado mucho más de lo que podía asimilar, por lo que prefirió mantenerse alejado un tiempo prudencial con el fin de centrarse y recuperar el control.

Los días pasaron a una velocidad de vértigo. Alex se volcó en la nueva novela. La historia parecía escribirse sola. Sus páginas encerraban temor, risas, sexo y mucho amor. Los personajes habían cobrado vida bajo las pulsaciones de sus dedos en el teclado y, sin darse cuenta, en poco menos de tres semanas desde su vuelta de Nueva York tenía más de media novela terminada.

Quince días más tarde, llamó a Lucille para comentarle lo avanzado que llevaba el libro y que necesitaba su ojo experto para asegurarse de que las distintas tramas eran interesantes. Como creador, él tenía la última palabra, pero siempre había confiado en ella, y la editora nunca se equivocaba. Quedaron en reunirse ese jueves para revisar el manuscrito. A regañadientes, aceptó que Cassandra también leyera la primera versión. Como ayudante de Lucy, debía aprender todo lo posible. Y una segunda opinión podía aportar una perspectiva diferente.

Tres días después, a las nueve y media de la mañana, Alex ya se encontraba en el despacho de la editora. Cassandra tenía un pequeño cubículo en la sala principal y estaba esperando a que la avisaran para unirse a la reunión. Cuarenta y cinco minutos después, Lucille la llamó.

—Buenos días, Adam —lo saludó.

—Buenos días.

—Bien, Cassandra, Adam y yo hemos repasado los puntos que considero necesarios que revise. Ahora, nos gustaría conocer tu opinión. Ya veremos luego cómo mejorar algunos párrafos.

—De acuerdo.

Cassandra, que el día anterior ya lo había comentado con Lucille, comenzó diciendo que el argumento le parecía muy interesante y creíble. Desglosó las tramas y, por último, dio su opinión sobre qué le parecían cada uno de los personajes. Había uno en concreto, siempre bajo su punto de vista, que necesitaba un poco más de fuerza porque, cuando aparecía, la velocidad de la historia se ralentizaba, haciendo que su lectura fuese un poco más complicada. Ella se guardó el que le parecía un poco pesado, pero en su primera valoración prefirió ser más prudente de lo normal. Alex era un escritor de éxito, y tampoco era cuestión de ridiculizar algo que aún estaba en pleno proceso creativo.

—Bueno, Adam, ¿qué me dices? ¿Hemos acertado con Cassandra o no? —dijo Lucille con media sonrisa.

—Sí, ya veo que Samuel y tú tenéis buen ojo —respondió con un tono de voz que encerraba una pequeña molestia.

Cass los miró sin entender a qué venía esa apreciación. Lucy aclaró enseguida aquel comentario.

—Bueno, editora, has repetido, punto por punto, cada error que he visto en el texto. Te agradezco que hayas sido mucho más sutil que yo al analizar a «Ginebra». Ese personaje me ha tocado las narices, así que Adam lo va a revisar porque, cuando ella aparece, el ritmo es insufrible.

—Vale, Lucy, lo he captado —se quejó él, que no quería seguir hablando del tema, y, mucho menos, delante de Cassandra.

Una llamada interrumpió la reunión.

—¿Sí? Claro, ahora mismo voy. Dadme cinco minutos, voy a mirar un asunto con Samuel.

Ellos asintieron y Lucy cerró la puerta al salir.

—¿Qué te ha parecido la novela? La verdad —dijo Alex.

—Todo lo que he dicho era mi apreciación real sobre el texto. Lo siento, pero coincido con Lucille, ese personaje necesita un cambio para que fluya con el resto.

—Lo revisaré a fondo y aligeraré sus comentarios.

—Creo que así mejorará mucho y la historia avanzará a buen ritmo.

Se miraron el uno al otro sin decir nada. Llevaban un par de semanas sin verse, y parecía que aquella insensatez de la apuesta se había diluido con el día a día.

Cassandra se relajó un poco al ver su buena disposición, hasta que Alex rompió la tregua.

—No se me ha olvidado lo que tenemos... pendiente. Es solo que estos días he tenido varios compromisos ineludibles.

—¿Con ineludibles te refieres a que te has acostado con medio Malibú antes de comenzar la apuesta? —lanzó Cass como si fuera un dardo envenenado.

—¿Celos, Cassandra?

—Más bien, repulsión.

Alex sonrió ante su respuesta.

—Para tu satisfacción y tranquilidad, te diré que pasé todo el fin de semana con mi hermana, su marido y mi sobrina. Era el cumpleaños de Madison. Ha cumplido seis años.

—Oh... Pensaba que... Bueno, felicidades —respondió sin saber qué más añadir.

—¿Has elegido ya un juez?

—Mañana voy a proponérselo a una amiga. Supongo que me llamará tarada y se reirá de mí. Pero, por intentarlo, que no quede —dijo Cass con un gesto de burla.

—Yo tengo que hacer algo parecido.

—Se lo vas a proponer a Isaiah, ¿verdad?

—Era fácil de adivinar.

—Yo se lo pediré a April.

Alex soltó una carcajada porque la elección era de lo más descabellada. Su mejor amigo y la chica con la que había comenzado a salir en serio decidiendo si Cass se enamoraría de él.

—Ey, ¡no te rías! —se quejó ella—. Si estuviéramos en Nueva York, tendría más opciones. Aquí solo conozco a April y a Blair. Como comprenderás, no se lo voy a contar a Lucille.

—No, mejor que no.

—Exacto.

En esto, la editora entró en el despacho. Ambos la miraron y notaron algo extraño en ella. Tenía la cara algo pálida y parecía que estaba esforzándose por mantenerse en pie.

—¿Todo bien? —A Lucille no le dio tiempo de decir nada más porque se desmayó.

Alex se levantó de la silla lo más rápido que pudo y consiguió que no diera con la cabeza en el suelo.

—¡Lucy!

Cassandra corrió a su lado sin saber qué hacer.

—¡Pide una ambulancia! —la instó él, que aún sostenía a la editora entre sus brazos.

—¡Ahora mismo!

Ella abrió la puerta del despacho, gritando que llamaran de inmediato a una ambulancia. Martin y Samuel, que estaban hablando al otro lado del pasillo, corrieron a su lado.

Al ver en el suelo a Lucille, el editor reaccionó en un segundo.

—¡Llama a urgencias! —gritó a su secretario, quien salió disparado hacia su mesa—. ¿Qué ha pasado?

—No sé, Samuel. Ha entrado en el despacho y se ha desplomado —explicó lo mejor que pudo Alex.

—Tumbala en el suelo y sujétale las piernas —dijo Cass.

El editor se agachó y palmeó con ligereza sus mejillas para tratar de despertarla.

—Lucy, Lucy...

Ella parpadeó un par de veces antes de abrir los ojos. Los tres tenían el corazón en un puño. En el exterior del despacho, se arremolinaron algunos empleados. Uno de ellos fue a avisar a Blair, que acudió en pocos segundos.

—¿Por qué estoy en el suelo? —logró decir a duras penas.

Hizo el intento de incorporarse, pero Alex se lo impidió.

—No, Lucy, no te muevas. Hemos llamado a una ambulancia. Llegará enseguida.

—¿Cómo estás, Lucille? —preguntó Blair, que se había arrodillado a su lado.

—Me duele...

—¿Qué te duele? —preguntó Samuel muy preocupado.

—El abdomen.

Alex la miró y se enfadó consigo mismo por no haberla obligado a ir a urgencias cuando llamó al médico para pedir una cita.

—Lleva varias semanas con un dolor intermitente. Tenía cita con el médico a finales de

mes —explicó el escritor con la voz quebrada.

Samuel se puso en pie y caminó hacia la puerta.

—¿Cuánto falta para que llegue la ambulancia? —gritó a Martin.

—Están de camino. Los volveré a llamar —dijo el secretario con la angustia instalada en la cara.

A los pocos minutos, llegaron los paramédicos. Tras un reconocimiento básico, le pusieron una vía y se la llevaron al hospital. Samuel había insistido en ir con ella, pero Alex se lo impidió porque quería ir él con Lucy en la ambulancia.

El editor aceptó a regañadientes, ya que no era momento para discutir. Miró a Blair y le pidió que lo llevara en su coche. Él estaba tan nervioso que no se veía capaz de conducir. De camino, llamó a Theodore, el marido de Lucy, para contarle lo que había sucedido.

El escritor, destrozado por verla semiinconsciente y con un rictus de dolor, la acompañó durante todo el trayecto mientras le sujetaba la mano e iba diciéndole con voz calmada que todo iba a salir bien.

Cassandra, que los había visto marchar con el corazón en un puño, había vuelto al trabajo como todos, pero era incapaz de concentrarse. Miró el reloj y decidió enviarle un mensaje a Alex preguntándole cómo estaba. Él respondió que aún no sabían nada. Así que solo podían esperar.

Unas horas más tarde, después de realizarle el protocolo de pruebas establecido, un médico apareció con una expresión seria. Llamó a la familia de la paciente y los cuatro se acercaron. Alex, Samuel y Blair no se habían separado de Theodore ni un momento.

El doctor Wood les aseguró que Lucille se encontraba bien, solo que tenía que bajar el ritmo porque su embarazo era de riesgo. La placenta se había desprendido un poco y por eso se había producido una pequeña hemorragia. El médico les explicó que era normal que se hubiera desmayado porque la tensión se le había desplomado y que lo mejor que habían hecho era llevarla al hospital.

Theodore lo miró sin poder creer lo que le estaba diciendo y no tuvo más remedio que interrumpirlo.

—Doctor, no... no puede ser. ¿Qué embarazo? ¿No se habrá equivocado de paciente? Soy el marido de Lucille Johnson —dijo su nombre para asegurarse de que no era un error.

—Sí, señor Johnson, su mujer es Lucille. Acabo de reconocerla y le puedo garantizar que los análisis son correctos. Está embarazada de, aproximadamente, diez semanas.

—No... eso es... ¿Está embarazada? —insistió.

—Sí, pero, como le he dicho antes, es de riesgo.

A Wood no le dio tiempo de terminar la frase porque Theodore lo abrazó con fuerza.

—¡Gracias, doctor! ¡Gracias! ¿Puedo verla?

—Claro... —respondió sonriendo. Estaba acostumbrado a ese tipo de reacciones por parte de los familiares cuando compartían una buena noticia—. Sígame, por favor. Solo usted, el resto debe permanecer en la sala de espera.

Los tres le dieron la enhorabuena y volvieron a sentarse mientras observaban cómo se dirigían hacia a un *box*. Alex aprovechó ese momento para enviarle otro mensaje a Cass diciéndole que Lucille estaba mejor y había pasado el peligro inicial. También que Samuel le pedía que informara a los compañeros. Ella le respondió dándole las gracias, que daría las buenas noticias y mandó un beso a la editora de parte de todos.

Lucille, que ya había recuperado la consciencia y se encontraba tumbada en la camilla, al ver a Theo, se sintió mucho más tranquila.

Tras explicarle el médico lo que le había sucedido, ella no pudo evitar hacerle un batallón

de preguntas.

—A ver, a ver. No puedo estar embarazada. Es... imposible —aseguró Lucille, tocándose de forma inconsciente la barriga.

—Señora Johnson, le voy a decir lo mismo que a su marido: las pruebas son correctas y no hay otra interpretación posible. Está de casi diez semanas.

—No, usted no lo entiende. Nos dijeron que no podíamos tener hijos, así que no tomamos precauciones...

—Cariño —dijo Theodore con la voz quebrada, mirándola emocionado—, es un milagro.

—Pero... entonces, ¿eso significa que vamos a ser padres? —preguntó sin poder creerlo.

—Bueno, el embarazo es de alto riesgo. Debe entender que, al haberse desprendido en parte la placenta, la probabilidad de que lo pierda es muy alta. No hay garantías de que llegue a término. Mi recomendación es que, si de verdad quieren tener una posibilidad, deberá permanecer en reposo absoluto durante los próximos siete meses. Conozco a un especialista muy bueno en este hospital que puede llevarle el embarazo. Me pondré en contacto con él para que les haga un hueco. Lucille —dijo con un tono que no le gustó a la pareja—, tiene que ser consciente de que permanecer en cama tanto tiempo la debilitará y pondrá a prueba su paciencia. Será durísimo, eso sí que se lo garantizo, pero la recompensa tal vez sea tener a su bebé entre los brazos. Dicho esto, es necesario que le quede muy claro que aunque lo haga todo bien, aunque se sacrifique y no cometa ningún error, puede que lo pierda.

—Pero existe una posibilidad de que lo tenga... —respondió ella con lágrimas en los ojos.

—Sí, alguna hay.

Theodore y Lucille se miraron y no pudieron contener la emoción mientras se abrazaban. Qué más daban unos pocos meses de sacrificio si podía ser madre. De pronto, nada más importaba en su mundo.

El doctor Wood les comentó que en unos minutos la subirían a planta y se despidió de ellos para contactar con el especialista.

En cuanto estuvo instalada en su habitación, Lucy le pidió a su marido que llevara a Samuel, Alex y Blair. Quería agradecerles lo que habían hecho por ella y también darles una noticia que nunca imaginó que podría compartir: estaba embarazada.

El sueño de Theo y ella estaba a punto de hacerse realidad, y ahora tocaba tomar una decisión importante. En realidad, fue la más fácil de su vida: iba a aparcarse su carrera profesional durante el tiempo necesario para que su bebé naciera sano y fuerte, y esperaba que tanto Samuel como Alex lo entendieran.

CAPÍTULO 28.

una propuesta imposible de rechazar

A la mañana siguiente, Cassandra, llegó antes de las nueve. Se había pasado toda la tarde y buena parte de la noche pensando en cómo estaría Lucille. Lo sentía por ella de verdad, pero no pudo evitar agobiarse porque, si la editora se daba de baja, temía que ya no la necesitaran en la editorial.

Nada más dejar sus cosas en su cubículo, Martin la avisó de que Samuel quería hablar con ella. A Cass le dio un vuelco el corazón. No sabía qué iba a decirle, pero la preocupación por ser despedida se instaló en su mente como si la hubiera grabado a fuego.

—Buenos días, Samuel —dijo con el semblante serio.

—Hola, Cassandra. Pasa y siéntate. —Ella lo hizo enseguida—. He de hablar contigo de algo muy importante.

—Sí, claro. Solo... ¿Cómo está Lucille? Acabo de llegar y no me ha dado tiempo de hablar con nadie.

—Ella se encuentra bien. Por eso mismo te he mandado llamar. Verás, lo que voy a contarte es solo para ti por el momento, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —repitió ella, esperando a que él se explicara.

—En unos días, enviaremos un comunicado a toda la empresa porque se trata de algo delicado, y solo lo haremos cuando tengamos la seguridad de que todo está como tiene que estar. Así que te pido discreción y tranquilidad.

—Claro, Samuel.

Cass estaba deseando que soltara lo que fuera a decirle de una maldita vez porque estaba a punto de un colapso.

El editor, que no paraba de pensar en cómo iba a solucionar la papeleta que se les había presentado, no se dio cuenta de que no dejaba de dar rodeos.

—Lucille está embarazada —soltó al fin.

—Esa es una noticia maravillosa.

—No tanto. Su embarazo es de alto riesgo y deberá permanecer en cama hasta el parto. Lo que me lleva a un dilema porque necesitamos a alguien que ocupe su puesto hasta que regrese.

—Claro, lo entiendo. Voy a perder mi empleo, ¿verdad? —dijo ella con el corazón destrozado.

—¿Qué? No, Cassandra. Estás aquí porque quiero proponerte que sustituyas a Lucille el tiempo que esté de baja.

—Si no llevo ni dos semanas en la editorial...

—Lo sé. Ayer volví a hablar con Parker y me aseguró que podías hacerlo. Sé que a Lucy no le ha dado tiempo de explicarte todo el entramado del puesto, pero eres la persona que más sabe de cómo lo lleva.

—Bueno, quiero ser sincera, su forma de trabajar es muy similar a la mía en Antares Books, pero el volumen que gestiona es casi el triple. Aún le quedaban muchos puntos por enseñarme, con lo que...

—Eso se puede solucionar —la interrumpió—. Lucille me ha asegurado que podrá conectarse algunas horas en remoto para que tengas su agenda, pero deberás asumir todo lo que hacía ella de golpe. Dime, Cassandra, ¿te ves capaz de ocupar su lugar estos meses?

—Sí, claro que sí —respondió sin dudar ni un instante.

—Estupendo —dijo el editor, que acababa de quitarse un peso de encima al evitar el tenerse que buscar otro sustituto temporal—. Coge tus cosas e instálate en su despacho. Hasta que regrese, será el tuyo.

—¿Pero a ella le parecerá bien?

—Cassandra, Lucy solo tiene una preocupación en este momento. Te aseguro que no le importará lo más mínimo.

—Compréndeme, Samuel. Tenía que preguntarlo.

—Eso dice mucho de ti. —El editor sonrió porque le había gustado el detalle—. Bueno, ahora, ve a instalarte. A las diez y media, vendrá Adam Wright para hablar del tema. Te pondrás en contacto con el resto de los escritores a lo largo de la semana para comunicarles que, por motivos de salud, sustituirás a Lucille en el puesto hasta que se recupere, pero no comentes lo de su embarazo.

—Por supuesto que no.

—Cuando termine mi reunión con Adam, le diré que se pase por el despacho de Lucille. Quiero decir, tu despacho. Revisa la agenda de presentaciones con él. Creo que entre septiembre y octubre tenía un viaje programado. Lucy me comentó algo, pero estaba esperando que le confirmaran la fecha.

—Claro, Samuel. Me pondré a ello.

—Otra cosa, cuando acabes con Adam, habla con Blair para el cambio de contrato, sueldo y prestaciones.

Ella se lo quedó mirando porque no se esperaba que se lo ofreciera hasta probar su valía.

—Pensaba que ese iba a ser mi contrato hasta final de año.

—Esa era la idea, pero las circunstancias son las que son. Tienes la oportunidad de demostrar lo que vales. —La miró a los ojos—. Sé que no van a ser fáciles las próximas semanas. De hecho, te contratamos para que Lucy se liberara un poco de carga. Ahora tengo que buscarte un ayudante a ti, pero, hasta que encuentre a alguien adecuado para tu puesto, puede que pasen dos o tres semanas más.

—Lo haré lo mejor que pueda, Samuel.

—Estoy seguro. Intenta sobrevivir este tiempo, ¿de acuerdo?

—Claro que sí.

El editor se levantó y le ofreció la mano. Ella se la estrechó y cerraron el trato. Después, le dio las llaves del despacho de Lucy y del aparcamiento privado para que ocupara su plaza. Cass sonrió por la confianza depositada en ella, se despidió de su jefe y se dirigió a su cubículo para recoger cuanto allí tenía.

Jamás pensó ocupar el puesto de editora jefe, pero la vida es caprichosa y a veces recompensa las plegarias de aquellos que piden un milagro, tal y como había hecho Lucy.



Martin avisó a Samuel que Alex había llegado. El editor lo hizo pasar y le pidió que se sentara

para hablar de cómo iban a cambiar las cosas en los próximos meses.

—Hola, Samuel. Menudo día el de ayer —dijo el escritor, acomodándose en la silla.

—Y que lo digas. Hace un rato, Theo me ha enviado un mensaje diciéndome que Lucy sigue bien.

—Qué buena noticia. Yo los llamaré esta tarde. No quiero agobiarlos.

—Claro. Bueno, te he hecho venir porque esto cambia las cosas a corto plazo. Siendo optimistas, Lucille estará fuera un mínimo de diez meses o un año. La conozco desde hace mucho, y sé cuánto han sufrido Theodore y ella al saber que no podían tener hijos. Con esto lo que te quiero decir es que puede que pida algo más de excedencia o que, directamente, no vuelva en varios años para disfrutar de su maternidad. Es algo que entiendo y respeto. Por supuesto, le concederé lo que necesite porque es una gran amiga.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—Que me he visto en la necesidad de contratar a otra editora. Creo que he encontrado a alguien con el mismo olfato que Lucy y cuya incorporación es inminente —aclaró Brown.

—De acuerdo. ¿Y ya has decidido quién va a sustituirla? Supongo que tirarás de alguien del departamento. Si puedo elegir, me quedo con Ben Allen. A Lucy siempre le ha gustado su forma de trabajar, y creo que podemos encajar bien juntos.

—Ya, pero me he decidido por alguien que tiene más experiencia en llevar equipos de trabajo. Quiero dejar claro que nadie puede sustituir a Lucille y que, en cuanto pueda volver, tiene las puertas abiertas, pero la editorial necesita continuar y a vosotros —dijo, señalando con la mano a Alex, pero refiriéndose a todos los escritores—, os hace falta alguien cualificado para que os represente. No hemos llegado a donde estamos por tomarnos las cosas a la ligera.

—Eso ya lo sé, Samuel. ¿A quién has elegido entonces? —preguntó sin poder imaginar la respuesta.

—A Cassandra Wallace.

El escritor abrió los ojos de golpe. Aquello supondría estar con ella los fines de semana para las citas de la apuesta, además de verla en la editorial mucho más a menudo cuando revisaran todo lo relacionado con las novelas. Se negó en rotundo porque aquello iba a obligarlo a tener un trato constante con una chica que le atraía demasiado. De hecho, la última semana no había dejado de pensar en ella, así que comentó con el editor sus reservas con respecto a que sustituyera a Lucille.

—¿Estás seguro de esto, Samuel? Cassandra no lleva ni un par de semanas. Tan solo la he visto dos o tres veces en la editorial.

Alex se cuidó mucho de puntualizar dónde para no caer en una mentira. Aunque más bien era para tratar de olvidar las noches que habían compartido.

—Ya sé que lleva poco con nosotros, pero Lucille está muy satisfecha con sus resultados y me ha asegurado que está capacitada para desempeñar el puesto porque tiene experiencia. Además, le ayudará en todo lo que pueda. Solo te pido que le des una oportunidad. Si en un mes no te convence, le pasaré tu cuenta a Ben. ¿Te parece?

El escritor lo miró y acabó por aceptar su propuesta. En realidad, el día anterior había coincidido con la valoración de Lucy casi al milímetro, así que se dijo que debía confiar en el experto editor y probar qué tal les iba trabajando juntos.

—De acuerdo. Un mes, si no, trataré con Ben hasta que Lucy vuelva.

—Muy bien. Bueno, le dije que te pasarías por su despacho para que revisaras el calendario de presentaciones hasta final de año y lo de Las Vegas.

—Lucy me dijo que sabría algo más en septiembre, y faltan más de dos meses para eso.

—Es verdad. Bueno, mirad su agenda por si tenéis que consultarle algo. De todos modos, vamos a intentar que se conecte lo menos posible. Necesita descansar y centrarse solo en que el pequeño crezca. Dios, espero que todo salga bien.

—Yo también, Samuel.

—Es tan dura como un diamante, pero se hace querer.

—Y que lo digas.

—Bueno, ¿qué despacho es el de Cassandra?

—Se ha quedado con el de Lucy.

—Vaya, no me lo esperaba —se quejó el escritor algo ofendido.

—No es su despacho, solo va a calentar la silla. ¿Me explico?

—Sí, pero no sé qué pensará ella de eso. A mí, me molestaría.

—Alex, Lucille es insustituible, pero no puedo tener un Departamento de Romántica sin un jefe.

—Lo sé, Samuel. Discúlpame.

—No hace falta.

Ambos se despidieron con un apretón de manos y Alex se dirigió al que ahora se había convertido en el despacho de Cassandra.

Ella estaba revisando los correos electrónicos cuando él tocó en la puerta dos veces antes de abrirla.

—Adelante —se oyó al otro lado.

—Hola, Cassandra —dijo a la vez que la cerraba.

—Buenos días, Adam.

El escritor no era capaz de acostumbrarse a que lo llamara de ese modo, pero se mordió la lengua para no pedirle que dejara de hacerlo.

—Enhorabuena. Ya tienes las llaves del castillo, ¿eh?

Ella no supo bien qué quería decir con esas palabras, así que prefirió preguntarle con amabilidad para no empezar con mal pie en su nuevo puesto.

—Jamás sería capaz de ocupar una silla que no me corresponde. Samuel solo me ha ofrecido una sustitución, no el trono de la reina. Cuando vuelva Lucille, ya veremos qué ocurre. Igual ya no soy necesaria y me quedo sin trabajo.

Aquellas palabras hirieron a Alex. Es cierto que le había molestado que ella ocupara el lugar de Lucy, pero no quería que se fuera.

—Lo siento, es que me ha sorprendido que sea a ti a la que ha elegido cuando hay otros editores en el departamento.

—Yo le he dicho a Samuel lo mismo, pero soy la única que tiene experiencia en equipos de trabajo. En Nueva York, dirigía a quince editores. Aquí son muchos más, de modo que pondré todo de mi parte para que el departamento funcione como siempre.

Alex se la quedó mirando un momento, asimilando sus palabras. La mujer que tenía delante era capaz de hacerle perder la cabeza con solo una sonrisa, pero allí era una trabajadora que se mostraba segura de sí misma como cualquier profesional que luchaba por su empleo. Igual que hacía él. Eso le gustó lo suficiente como para darle una oportunidad.

—De acuerdo, Cassandra. Ayer me agradó y molestó a partes iguales tu valoración.

—¿Dije algo fuera de lugar? —preguntó preocupada.

—No, acertaste de pleno. Por eso me sentó tan mal, porque coincidiste con Lucille en todo.

Ella dibujó una sonrisa que acabó por lograr que él la imitara.

—Entonces, ¿aceptas que trabajemos juntos?

—Sí, «editora».

—Bien, «señor escritor». Ahora que todo está aclarado, podemos seguir adelante —dijo ella con confianza—. Tengo los informes sobre las ventas. Si te parece, vamos a echarles un vistazo. Cualquier duda la apunto y se lo pregunto a Lucille cuando nos reunamos.

—Me parece bien.

Alex fue capaz de notar el momento exacto en el que ella se puso la máscara de trabajo. Cass había cambiado su actitud y tono de voz a uno mucho más profesional, muy parecido al que empleaba Lucy cuando hablaban de cosas importantes. Mientras él prestaba toda su atención a lo que le decía, se dio cuenta de que había tomado la decisión correcta al hacerle caso a Samuel. Por un instante, sopesó la posibilidad de cancelar aquel reto estúpido que le había propuesto, pero rechazó la idea enseguida. Sabía que Cass pondría todo de su parte para no enamorarse, y eso le empujó a mantener la apuesta. Pese a que ella se había disculpado por aquel comentario, su cabezonería había removido algo dentro de él que lo había impulsado a no ceder.

Cassandra continuaba comentando algo sobre las estadísticas de ventas. Las cifras eran mucho mejores de lo que esperaba, pero no pudo seguir prestando atención a los números porque solo era capaz de mirar aquellas preciosas pecas que enmarcaban sus pómulos y pequeña nariz. Cass tenía una belleza natural arrebatadora. Varios rizos se le habían soltado del recogido improvisado y le daban un halo de misterio que le pareció capaz de quitar el aliento a cualquiera que tuviese ojos en la cara.

Ella hizo un comentario y después se echó a reír. Alex la imitó por acto reflejo, maldiciendo por dentro porque tal vez su idea de demostrar que sus historias podían enamorar a alguien puede que lo traicionara. La miró por última vez antes de repetirse que debía ganar el reto, pero, sobre todo tenía que conseguir que ella lo amara. No porque quisiera sentir algo por la chica que tenía delante, sino porque no le había gustado nada que Cass lograra, en pocos minutos, separar su corto pasado juntos para adentrarse de lleno en el trabajo. Y eso le había fastidiado porque él, pese a que llevaba varias semanas intentándolo, aún no lo había conseguido.

Después de su pequeña incursión en unos pensamientos nada apropiados para un ambiente laboral, Alex regresó a la reunión de trabajo.

—Ves... —dijo ella, señalando una cifra en la pantalla—. Este pico tengo que confirmarlo con Lucille, pero creo que es justo cuando comentaste en Nueva York que no ibas a dar más entrevistas ni hacer más presentaciones. Eso azuzó a la gente a comprar la novela como si no hubiera un mañana con tal de que se la firmaras. Lucille me comentó algo sobre el viaje de Las Vegas en octubre. Creo que es una oportunidad idónea para asegurarte el *best seller*. Tus fans se van a volver locas cuando sepan que vas a conceder otra ocasión para verte.

—Genial. Cuando lo hables con Lucy, me dices. Yo me pasaré a verla a finales de la semana que viene.

Ella miró el reloj y se dio cuenta de que llevaba cerca de una hora hablando. El tiempo para comer casi había pasado, sin embargo, él no la había interrumpido. Eso la hizo pensar que quizás no lo estaba haciendo mal del todo. Aquello le dio una idea. Dado que Alex había podido comprobar su profesionalidad, se dijo que aquel era un buen momento para enterrar el hacha de guerra. Lo invitaría a almorzar y aprovecharía la oportunidad para mejorar aquella relación extraña que habían decidido mantener antes de empezar con las citas.

—Estupendo. Alex, son las tres menos cuarto. ¿Te parece que vayamos a almorzar? No sé si ya se te ha ocurrido algo para Ginebra, pero podemos hablar de ello. ¡Igual te inspiro! —bromeó.

Alex no tuvo más remedio que sonreír. Ella llevaba siendo su musa desde Nueva York, pero parecía que no se había dado cuenta al leer el manuscrito.

—Me parece bien —dijo él, aceptando su propuesta.

—Deja que llame un momento a Samuel para decírselo.

—Claro.

Tras informar a su jefe de que ambos se iban a un almuerzo de trabajo, salieron hacia el restaurante que estaba concertado con la editorial. Una vez sentados, él le hizo la pregunta que estaba temiendo Cass desde que lo había visto esa mañana.

—Bueno, ¿qué te parece la quinta entrega? Aún no me has dicho nada. Ni siquiera una triste crítica —bromeó Alex.

Ella se mordió el labio inferior y negó un par de veces. En realidad, no sabía dónde meterse.

—Lo siento. Aún no he podido empezarla, pero te prometo que me la leeré este fin de semana.

—Sin presión, de verdad. Sé lo ocupada que vas a estar a partir de ahora, pero estaría bien que lo terminases antes de cualquier presentación. Sobre todo la de Las Vegas.

—Te dije que me lo leería, y yo cumplo mis promesas.

—Me parece genial. Por cierto, te invito yo a comer para celebrar que es tu primer día como editora jefe.

—Te lo agradezco, pero esto lo paga la empresa al ser un almuerzo de trabajo. Además, ya te tocará invitarme en la pantomima esa en la que se te ha ocurrido embarcarnos. —Cass se tapó la boca con la mano y negó de nuevo—. Lo siento...

—Está claro que soy capaz de sacar lo peor de ti, pero no me rindo. Venga, elige qué vas a pedir, mientras te cuento qué se me ha ocurrido hacer con la maldita Ginebra, a ver si así dejas de odiar todo lo que escribo.

—Yo no odio tus libros —respondió Cass rápidamente.

—¿Y a mí?

—¿Por qué? ¿Debería?

—Teniendo en cuenta que nuestro trabajo depende de ello, espero que no —bromeó él de nuevo.

—Yo no te odio, Adam. Ni a ti ni tu trabajo. Sé que nuestras circunstancias son un poco... diferentes. Lo cierto, es que no sé cómo gestionar todavía esta situación. Comprende que jamás pensé que te volvería a ver, ¡y mira dónde estamos! —se sinceró Cass.

—Lo sé. Por cierto, este fin de semana hablaré con Isaiah. Con lo que ocurrió ayer con Lucy, aún no he tenido tiempo.

—Ni yo tampoco. Hoy tengo noche de chicas. Por cierto, quería preguntarte si hay algún problema en contárselo a Blair. Lo digo porque es la directora de recursos humanos. También viene April, así las risas están garantizadas en cuanto les cuente la locura que vas a obligarme a hacer.

—¡Ey! Yo no te obligo. La culpa es tuya por firmar un contrato.

—Podríamos romperlo —replicó ella con la esperanza de hacerlo entrar en razón.

—¿Y perderme toda la diversión? Ni hablar. En cuanto a contárselo a Blair, por mí, no hay problema. Pero mejor entérate antes de si hay alguna cláusula que te impida «interactuar» con los escritores.

—¿En plural?

—¿Tengo que recordarte lo de los seis meses?

—No, solo lo he dicho para que tú no lo olvides.

Alex levantó el refresco y brindó con el de Cass.

—Luego tengo que ver a Blair por un tema y le preguntaré sobre las relaciones. Si el contrato con la editorial me lo prohíbe, no seguiré adelante. Mi trabajo es lo primero, Alex —se le escapó—. Perdón, Adam.

Aquel error le gustó tanto al escritor que dijo algo sin pensar.

—Si la editorial no lo permite, no lo haremos.

—Gracias.

Cassandra sonrió de una forma tan cercana que obligó a Alex a beber de nuevo por miedo a lanzarse hacia ella para besarla. Maldijo por lo bajo y se obligó a centrarse. Ese era un almuerzo de trabajo y no podía romper el acuerdo que tenía consigo mismo de colocar su carrera por delante de todo.

Tras terminar, se despidieron. Ella se dirigió a recursos humanos con la esperanza de que no permitieran las relaciones personales entre empleados. Una vez firmado el nuevo contrato, Blair le soltó la bomba: la editorial no solo no prohibía las relaciones, si no que las fomentaba porque Samuel estaba convencido de que un ambiente feliz era mucho más productivo. La editora se despidió de ella hasta la noche y salió derrotada hacia su nuevo despacho.

Nada más sentarse en la silla, cogió el móvil para enviar un mensaje que aseguraba el comienzo del juego.

Cass_16:40

Tú ganas, «señor escritor». Habla con Isaiah.

Él, tras leer el wasap, fue incapaz de retener una sonrisa. Cogió a Anora y se la colocó encima de las piernas. Pensó una réplica a la altura y la escribió a toda velocidad.

Alex_16:46

Iré enfriando una botella de Dom Pérignon para celebrar mi victoria.

Esa respuesta la hizo sonreír. Sabía que el juego estaba a punto de comenzar y le hizo gracia que él se sintiera tan seguro de sí mismo. Bloqueó su móvil pensando que no debía perder los nervios. Enfadarse no le serviría de nada, así que se dijo que disfrutaría del camino.

Cuando tuvieran los jueces, podrían definir los términos con más exactitud. Pensó en el número de citas. Alex tenía, al menos, treinta en los primeros cuatro libros, y eso era inviable. Rebuscó en su bolso y encontró el maltrecho contrato. No recordaba cuántas habían establecido. Al ver remarcado el número diez, se dijo que era una buena cifra. Dejó a un lado aquella insensatez y volvió al trabajo. Aún le quedaban unos minutos para salir y quería aprovecharlos escribiéndole un correo a Lucille. Le deseó que todo saliera muy bien y volviera pronto a casa. Asimismo, incluyó un informe de todo lo que había hecho para que lo leyese cuando pudiera. Ante todo, necesitaba demostrarle que podía confiar en ella y en su capacidad.

Le dio a enviar y recogió sus cosas. Una noche de chicas la estaba esperando, y rezó para que una de ellas aceptara un acuerdo de locos.

CAPÍTULO 29.

UN RAPAPOLVO NECESARIO

Después de dejar a Cassandra en la puerta de la editorial, Alex subió a su coche para volver a casa. Iba dándole vueltas a aquel personaje que no había convencido a ninguna de las dos cuando recibió una llamada.

—Hola, Theo.

—Hola, forastero.

—¡Lucy! ¿Cómo estás?

—Mucho mejor. Me han traído en ambulancia después de darme el alta. Ya llevo un rato en casa.

—¿No es muy pronto?

—El obstetra dice que, al no haber sangrado y no necesitar suero, lo mejor era volver a casa para estar tranquila. La semana que viene vendrá para un chequeo. Quiere tenerme vigilada.

—Entonces —Alex carraspeó—, ¿todo va bien?

—Gracias a Dios, sí.

—No sabes cuánto me alegro, Lucy. Vas a ser la mejor madre del mundo. Estoy seguro.

El escritor escuchó cómo ella dejaba escapar un suspiro.

—Con llegar a ser madre, me vale. Por cierto, ¿a dónde vas?

—De vuelta a casa.

—¿Te apetece pasarte? Solo llevo dos horas en mi habitación ¡y ya me estoy subiendo por las paredes!

Alex soltó una carcajada.

—Claro que sí. Oye, ¿y Theo?

—Ha hablado con su jefe y va a trabajar en casa hasta que vengan mis padres desde Indiana.

—¿Y qué tal se lo han tomado?

—Mi madre lloró y mi padre abrió una botella de no sé qué.

Ambos tradujeron la emoción en risas.

—Bueno, voy para allá. Cuelga, que no quiero que te canses.

—Vale. Gracias, Alex.

—Un placer.

El escritor no pudo contener una sonrisa. Lucille estaba mejor y su embarazo continuaba. No había mejores noticias que esas. El teléfono volvió a sonar y Alex contestó con un tono muy cariñoso.

—Hola, Wonderland. ¿Qué tal va todo?

—Hola, guapetón. Pues muy bien, por eso te llamaba —respondió su hermana, incapaz de disimular la emoción que sentía.

—¿Sabéis algo por fin?

—¡Lo hemos conseguido, Alex! ¡El contrato es nuestro! —gritó a todo pulmón.

—¡Enhorabuena! ¡Me alegro muchísimo! Oye, pero ¿no os lo iban a confirmar hace un par de semanas?

—Sí, eso fue lo que nos dijeron en un principio.

—¿Y por qué han tardado tanto?

—Las malas lenguas dicen que, a última hora, uno de los socios quería enchufar a un amigo, pero sus diseños no estaban a la altura de lo que exigía el consejo. Por lo que ha podido averiguar Zac, después de eso, ha habido una reestructuración de la directiva y a ese socio lo han invitado a irse porque había aceptado un soborno. Bueno, no es que me alegre, pero, el caso es que lo hemos conseguido nosotros.

—¡Y os lo merecéis! Habéis trabajado muy duro para sacar la empresa adelante.

—Gracias, «Peque», pero te debemos mucho. Dos de los cinco diseños que han elegido para el año que viene son tuyos. Así que ya me dirás qué te debo.

—¿A mí? Nada. Bueno, tal vez estaría bien que dejases de llamarme «Peque», ¡que ya tengo treinta años!

—Ni hablar. Tú siempre serás un mocoso para mí —rio con ganas—, así que olvida que te llame de otra forma.

—Menuda condena tengo contigo.

—¡Calla, trolero! —Ahora rieron los dos—. Sabes, creo que mamá y papá estarían muy orgullosos al ver cómo hemos podido desenvolvernos en la vida.

Alex inspiró sintiendo una pena desgarradora al recordarlos, pero, por Alice, sacó fuerzas para bromear, como tantas veces, y alejar de ellos las nubes de pesadumbre por su terrible pérdida.

—Claro que sí. Aunque no sé si a papá le hubiera gustado leer las escenas picantes de mis novelas.

—¡Serás tonto! —dijo con voz temblorosa.

Ambos rieron de ese modo forzado que busca ayudarte a salir de un momento de tristeza. Una vez más, guardaron los recuerdos de una vida olvidada a la fuerza para no sufrir. Siempre los tendrían presentes, sin embargo, los hermanos habían llegado a un acuerdo silencioso para no hablar demasiado de sus padres porque era extremadamente doloroso.

—Oye, ¿vas conduciendo? —preguntó ella, cambiando de tema a propósito.

—¿Ahora te das cuenta? —dijo para picarla.

—Pues sí. ¿Y a dónde vas si puede saberse?

—Iba a casa, pero me ha llamado Lucy.

—¿Sí? ¿Está mejor? Pensaba mandarle luego un mensaje a Theo. Menudo susto el de ayer, pobrecita. ¿Sigue en el hospital?

—No, ya está en casa. Me ha pedido que vaya a verla, de modo que me pasaré antes por Diddy Riese Cookies para comprarle un enorme surtido de sus galletas preferidas.

—Eres un sol. Coméntale que la llamaré mañana para saber cómo sigue y que le mando un beso muy grande.

—Descuida, se lo diré.

—Bueno, te dejo. Tu sobrina me va a arrancar el brazo porque quiere bañarse en la piscina.

—Dale un beso de mi parte a Maddie y mi enhorabuena a Zac —dijo con una sonrisa.

—Eso está hecho. Un beso.

—Otro para ti.

Alex colgó la llamada sintiéndose muy feliz por su hermana y cuñado. Ese contrato haría crecer su empresa y les abriría puertas para a otras igual o más importantes. No podía estar más agradecido porque su felicidad era lo que más le importaba, además de llegar a ser *best seller* por quinta vez consecutiva, por supuesto.

Tras comprar las galletas, se dirigió a la casa de Lucille. La asistente le abrió la puerta y, nada más pasar, oyó la risa tan característica de su editora. Algo que hizo que se sintiera feliz y aliviado de que estuviese mejor después del susto del día anterior.

Siguió a la chica hasta el dormitorio. Allí encontró a Lucy al teléfono. Nada más verlo, le saludó con la mano. Tras un par de frases, se despidió de la persona con la que estaba hablando.

—¡Ven aquí que te dé un abrazo! —dijo ella con musicalidad, mostrando una amplia sonrisa.

—Pero bueno, ¡si estás preciosa! —comentó él, lleno de alegría al ver el semblante de su amiga, que no se parecía en nada al que tenía cuando se despidió de ella en el hospital.

—Échale la culpa a las hormonas. Por lo visto, desde que mi cuerpo se ha enterado de que estoy embarazada, ha tomado el control. Aunque te aseguro que, si fuera por mi mala leche, ¡tendría la apariencia de la bruja de Blancanieves!

Ambos rieron a carcajadas.

—¡Qué cosas tienes! Venga, la verdad, ¿cómo te encuentras? —quiso saber Alex.

—Por ahora, bien. El obstetra que me vio ayer ha venido también esta mañana. Me ha asegurado que todo está en su sitio. La placenta no se ha vuelto a desplazar y el latido del bebé es fuerte.

—Me alegro mucho, Lucy.

—Gracias, pero no hablemos más de ello, ¿vale?

—Lo entiendo. —Ambos sellaron el pacto con una sonrisa—. Esto es para ti: una caja entera de tus galletas preferidas. Así puedes dulcificar a la bruja que llevas dentro —bromeó el escritor.

—¿En serio? ¡Muchas gracias! —dijo abriendo el precioso envoltorio y cogiendo una—. ¿Quieres?

—No, son todas para ti.

—Vale, tú te lo pierdes. Ahora —le dio un mordisco a la galleta—, hablemos de trabajo. Dime, ¿cómo va todo entre Cassandra y tú? Ayer, después de que te fuiste del hospital, hablé con Samuel y Blair. La he recomendado porque estoy convencida de que puede sustituirme durante el embarazo.

—Bueno, ella ha aceptado el puesto. Aunque supongo que ya lo sabías, ¿verdad?

—Pues claro. Samuel llamó esta mañana a Theo para que me lo contara, pero es que era previsible.

—¿Por qué ella? Podrías haber elegido a Ben o a cualquier otro.

—Alex, parece que no te das cuenta. Es una Wallace. Puede que no trabaje con su familia, pero no podemos fastidiar tu contrato.

—¿Es esa la única razón?

—No, hombre, claro que no. El miércoles me dio el informe de tu manuscrito y tengo que admitir que me sorprendió porque parecía que lo había escrito yo misma. Cassandra no tiene mi experiencia, pero sí buen criterio. En unos años, será una editora excepcional.

—¿Y no te da miedo que pueda quedarse con tu puesto? —preguntó preocupado.

—A ver, Alex, ni que yo viera el futuro. Creo que juntas podremos formar un buen equipo después de... Bueno —dijo moviendo las manos para dejar el tema—, ya lo pensaremos cuando llegue, ¿te parece?

—Claro que sí.

—Ahora, sin más dilación, ¡cuéntame todos los cotilleos!

Ambos se echaron a reír.

—Por dónde empiezo...

Alex no era dado a airear nada personal, pero el día anterior había temido por la vida de la editora. Ese miedo real a perderla le había hecho darse cuenta de que Lucy era mucho más que una amiga. Y, por ese motivo, decidió confesarle la peculiar relación que tenía con Cassandra.

Lucille no daba crédito. Ella era la chica con la que él había pasado esa noche en Nueva York, y, para terminar de complicarlo, habían compartido otras dos más. La editora se quedó paralizada cuando acabó de contarle el acuerdo al que habían llegado. Él le aclaró que no habría ningún problema con la editorial porque Cassandra ya lo había consultado con Blair. Por último, y lo más difícil para el escritor, fue revelarles cuál sería el premio que había exigido si ella perdía: otra noche de sexo sin amor.

—Alex, no sé ni por dónde empezar. Lo primero que puedo decirte es que olvides ahora mismo esa apuesta y que le pidas disculpas por la estupidez infantil que se te ha ocurrido. Mándale una cesta de frutas como gesto de bienvenida y aclárale que ha sido todo una broma o una novatada —dijo la editora de forma tajante.

—¿Y por qué iba a hacer eso? Yo no creo...

—Mira, Alex —lo interrumpió—, no quiero ni puedo exaltarme, pero he de decirte que te has vuelto loco con tanta noche desenfrenada. Entiendo que te molestara que mintiera cuando dijo que no había leído tus novelas. Incluso que te diera una pataleta porque las criticó de alguna manera. Estuvo fuera de lugar: sí. No fue profesional: eso también te lo compro. ¿Pero obligarla a firmar un contrato?

—En una servilleta.

—¡Aunque fuese en papel higiénico! ¡Todo es vinculante, por el amor de Dios! ¿Y cómo se te ocurrió aceptar ese cinco por ciento? ¿Es que has perdido la cabeza?

—No te alteres, por favor. Hasta que lo he hablado contigo, me parecía buena idea.

—Eso es porque no dejas que la sangre circule hacia arriba —dijo ella muy seria.

Alex, sin poder contenerse, soltó una carcajada.

—La he cagado. —La miró arrepentido.

—Y de qué manera.

—No sé por qué me sacó de quicio que insultara mi trabajo —reconoció el escritor.

—No creo que fuera para tanto. Incluso así, te aguantas. Eres escritor, ya tienes la piel muy dura. ¿Qué más te da una crítica?

—Es que no puedo soportar que gane este pulso. Me dijo que con mis historias nadie podría enamorarse, y sabes la de correos que hemos recibido diciendo lo contrario. Romper el contrato supone que le doy la razón, y eso no va a pasar —acabó diciendo.

—Pero ¿te estás oyendo? ¡Que no tienes quince años! ¿Es que ella no se disculpó?

—Sí, dos veces —reconoció el escritor.

—Entonces, ¿qué más quieres? ¿Que te haga una genuflexión? Acaba ya con esta tontería. Ella podría demandarte a ti o a la editorial por coacción, acoso o ¡qué sé yo! Ahora mismo no puedo ni pensar —añadió, dándole otro enorme mordisco a la galleta que tenía en la mano.

—Y yo no voy a hacer lo que me pides. Algo en ella me enerva, y no puedo soportarlo.

—¡Pues te aguantas!

—¿Y si no quiero? —preguntó él, mirándola con rabia.

—Alex, hace un momento me has dicho que la has cagado. ¿A qué viene ese cambio? ¡Que la que está hormonada soy yo!

—Ya lo sé, pero es que esto me supera.

Lucille se quedó callada mirándolo. Mientras, se acariciaba el mentón con los dedos índice y pulgar tratando de pensar qué decir. Después, se llevó por instinto las manos a su aún plano abdomen. Ese gesto hizo que él dibujara una sonrisa sin darse cuenta.

De pronto, ella cayó en la cuenta de algo y todo cobró sentido.

—Ya sé por qué no quieres —aseguró la editora.

—Ah, ¿sí?

—Te gusta —dijo muy despacio—. Esa chica... ¿te gusta! —Y se echó a reír.

—Dios, Lucy, el embarazo te ha robado toda la capacidad para razonar. ¡Cassandra me saca de quicio! ¿Es que no has escuchado nada de lo que te he dicho? —respondió él con un tono indignado.

—Claro que sí —se le escapó otra risa—. Por eso mismo, estoy segura de lo que acabo de decirte. Reconoce que el Alex de hace cinco años jamás hubiera hecho un trato semejante. ¿Una noche de sexo por un cinco por ciento de sus ganancias? Dilo en voz alta: un cinco por ciento contra un polvo. —Al repetirlo, una idea cobró fuerza por encima del resto—. Un momento, a ti no te gusta esa chica, ¿estás loco por ella!

Él la miró sin decir nada mientras pensaba que no podía estar más equivocada. Por supuesto, no iba a discutir con Lucille por razones obvias, pero le dejaría claro que él no sentía nada por ella.

—Creo que no has entendido mi punto de vista. Yo no siento por ella nada distinto al deseo. Lo reconozco. Tal vez me haya excedido porque me molestó su forma de burlarse de la novela. Solo es que necesito demostrarle que tengo razón.

—Ya, Alex. ¿Y qué hubieras hecho tú? ¿Te recuerdo lo que le dijiste? En el aeropuerto, tras haber pasado una segunda noche brutal con ella, le soltaste que no se enamorara de ti. Y, en mi despacho, para cubrirte de gloria, que solo era «una más». ¿Acaso me lo invento? Porque eso es lo que me has contado.

—Sí, lo admito. No estuvo bien de mi parte, ¡pero ella debería haber sido más profesional!

—Y yo debería haberme quedado embarazada hace diez años y no estar ahora pendiente de un hilo para no perder a mi bebé, ¡pero esa es la vida! Alex, entra en razón. —Lucille respiró una gran bocanada de aire porque se encontraba exhausta.

—Lucy, perdona. No tendría que habértelo contado. ¿Te encuentras bien? —se preocupó el escritor.

—Sí, solo estoy cansada. No es nada. —Inspiró despacio—. Alex, si quieres hacer esto, por tus razones, hazlo, pero a título particular. No se te ocurra decírselo a Samuel ni lo relaciones con la editorial.

Él se la quedó mirando y frunció el ceño.

—Nunca he tenido la intención de hacer eso.

—Mejor, porque todo empezó en el entorno laboral y ella podría demandarte. ¿Te ha pedido en algún momento que lo anuléis?

En esta ocasión, el escritor unió los labios y asintió varias veces antes de contestar.

—Tres veces.

—Bueno, ahí tienes las respuesta. Ella no quiere hacerlo, solo la obligas porque ha herido tu ego.

—Señor...

—Exacto, Alex —añadió Lucy.

—Está bien. Hablaré con ella y anularé todo esto —dijo con voz derrotada.

La editora lo miró y no pudo aguantar una sonrisa. Su amigo estaba empeñado en negar lo evidente y sabía que, por mucho que le insistiera, no iba a ceder, así que decidió echarle una mano.

—O no, pero háblalo antes con ella. Si te dice que quiere anularlo, ya sabes la respuesta. Pero ¿quién sabe? A lo mejor le pica la curiosidad de si eres capaz de enamorarte de ella. Además, está ese cinco por ciento.

—No creo que lo haga por dinero.

—¡Dios de mi vida! ¡Pues claro que no! Lo hace para cerrarte la boca, que parece que estás ciego. ¡La trataste como «una más»!

—Ella hizo lo mismo conmigo.

—Piénsalo bien, y, cuando lo hayas hecho, piénsalo un poco más. Ella está herida, Alex. Su prometido se acostó con otra. Lo leí hace una semana en internet. El tal Bill le puso los cuernos con su dama de honor. Hay que ser hijo de perra...

—Ya, ¿y qué tiene que ver eso conmigo?

—¡Qué la comparaste con nada! Esto es «solo sexo» —dijo imitando su voz—. ¿Pero a dónde vas con eso a estas alturas? Madura, Alex, estás más cerca de los cuarenta que de los veinte. El tiempo va hacia adelante, nunca hacia atrás.

—¿Qué quieres decirme?

—Que hagas lo que te dé la gana. Aunque no olvides esto: si seguís adelante, lo harás sin amenazarla con cambiar de editora. Será solo una apuesta entre... lo que sea que seáis. La semana que viene quiero veros a los dos en una videollamada con Samuel. Después, te contaré mi percepción. Aunque, oyéndote, algo me dice que ella está igual que tú.

—¿Igual que yo?

—¡Enamorada, por Dios! ¿Pero se puede saber qué hicisteis aquella noche? —Lucy se tapó los ojos con la mano cuando se dio cuenta de lo que había preguntado—. Perdona, las hormonas me tienen loca y ya no sé ni lo que digo. Claro que sé lo que pasó. El caso es: ¿por qué lo habéis repetido dos veces más?

—Pues no lo sé. Supongo que me gusta... ya sabes. Ella es distinta. Es preciosa, y su maldita sonrisa me deja sin defensas. Esta estúpida apuesta surgió porque no podía admitir que ella tuviera razón. Y porque no soporto que no vea lo mejor que hay en mí.

Lucille lo miró y negó repetidas veces.

—Y eso, para ti, ¿no es amor? —ironizó divertida.

—¡Claro que no! —Volvió a defenderse el escritor.

—Alex, cada uno elige a quién ama, y hay infinitas formas de amar. Todas son válidas, pero te aseguro que no es sencillo encontrar a alguien que ame exactamente como tú lo haces. Cuando conoces a esa persona, es como si pudieras mantener entre tus manos un copo de nieve sin derretirse. Si la dejas escapar, tarde o temprano, te darás cuenta de que has cometido el mayor error de tu vida. Algo me dice que Cassandra es esa persona para ti. Sé que estoy especulando porque no os he visto juntos, pero te estoy oyendo y me es suficiente.

—No estoy de acuerdo contigo. Ella no es para mí, solo es que... Da igual, Lucy. Creo que será mejor que me vaya y te deje descansar —añadió para zanjar el tema.

En ese momento, Theodore entró en la habitación. Saludó a Alex y después se acercó a la cama para darle un beso a Lucille.

—¿Cómo está mi chica? —dijo mostrando en pocas palabras el amor que sentía por ella.

—Bien, tranquilo.

—Bueno, tortolitos, os dejo —dijo Alex, acercándose a Lucy para darle un beso en la

mejilla. Después, se despidió de Theo.

Antes de salir de la habitación, ella lo hizo detenerse un momento para hacerlo reflexionar.

—Alex, piensa en lo que te he dicho. Llámala lo antes posible para aclararlo. Nos vemos la semana que viene.

Él solo asintió y se despidió levantando la mano. Cuando llegó al coche, comenzó a darle vueltas a la idea de hacer las cosas bien, tal y como le había aconsejado su amiga. Miró la hora, eran las seis pasadas. Pensó en llamar a Cassandra para solucionarlo, pero necesitaba asentar aún la posibilidad de que ella quisiera anular la apuesta. Y todavía no estaba preparado para eso.

Arrancó el motor, incorporándose a la carretera. De camino a casa, se le ocurrió que podría pedirle opinión a Isaiah. Estaba seguro de que su punto de vista le daría una nueva perspectiva de todo el asunto y, de este modo, podía retrasar un poco más el momento de tener que dar su brazo a torcer y acabar con todo ese lío.

CAPÍTULO 30.

¿Quieres dejarlo?

Isaiah estaba atendiendo a un cliente cuando su móvil vibró. Le indicó a Logan que siguiera con él y se dirigió a la trastienda para hablar con el escritor.

—Hola, Alex. ¿Cómo va todo? —preguntó el surfista con su típico tono desenfadado.

—Bien, bien. ¿Y tú?

—Pues llevamos un día de locos. Parece que media ciudad se ha levantado con la fantástica idea de pasar por aquí y arrasar con todo lo que encuentra a su paso —bromeó el excorredor de bolsa—. Pero, en serio, no imaginaba que tener su marca en la tienda iba a suponer tanta diferencia. Es brutal.

—No tengo idea de lo que me hablas.

—¿Es que no te lo he dicho? Pues culpa mía. ¿Recuerdas que hace unas semanas, cuando me quedé a dormir en tu casa, al día siguiente tenía una cita con un nuevo patrocinador?

—Sí, claro.

—No quería decir nada porque me daba miedo gafarlo, pero la reunión fue con ORO Surfboards.

—Venga ya, ¿en serio?

El afroamericano soltó una risa ronca y profunda.

—Sí, Alex, ¡con ORO! ¿Te lo puedes creer? Solo llevamos una semana con ellos y la diferencia es impresionante.

—¡Eres el puto amo del surf! ¡Esto hay que celebrarlo! —El escritor rio con fuerzas porque se sentía verdaderamente emocionado por su amigo—. Lo has logrado, Isaiah. No te puedes hacer una idea de cuánto me alegro. ¡Hoy es un día de grandes noticias!

—¿Alguna que pueda saber?

—Zac y Alice han conseguido el contrato con la multinacional que te comenté, y Lucille ya está en casa y se encuentra mejor.

—Entonces tenemos que vernos luego para celebrarlo.

—Eso está hecho.

—¿Algo más? Joder, ya son casi las siete. Espera que me despida de Logan, he de descansar un par de horas antes de volver. —Tras hacerlo, regresó a la conversación—. Ya estoy.

—Vale. El caso es que te he llamado porque necesito que me des tu opinión sincera sobre algo. Lucy me ha dado la suya, pero no termina de convencerme.

—Espera un momento, voy a entrar en el coche. Dime, ¿en qué lío te has metido esta vez?

—¿Por qué piensas eso? —se quejó Alex.

—Porque te conozco desde hace demasiado. Venga, sácalo, a ver si podemos solucionarlo.

El escritor se pasó los siguientes minutos contándole lo que había sucedido. Isaiah no salía de su asombro porque, en esa ocasión, su amigo sí que había llevado su necesidad de ganar siempre a otro nivel. El surfista no podía ver su expresión mientras hablaba, pero sí oír su tono de voz. Le picó la curiosidad por saber quién era esa chica. Aún no se lo había dicho, pero, por cómo estaba hablando de ella, parecía que ganarle significaba mucho más para Alex de lo que

quería admitir.

—Bueno, ¿qué opinas? ¿Crees que he metido la pata? —preguntó el escritor, ansioso por saber su opinión.

—Eso es poco. ¿Pero cómo se te ha ocurrido semejante estupidez?

—¿Tú también crees que me he pasado?

—¿Pasado? Alex, has dado dos vueltas de más. Espera, que estoy aparcando.

Isaiah metió el coche en el garaje y subió a su apartamento. En eso, Alex llegó a su casa e hizo lo mismo. Saludó a Anora y se dirigió a la cocina a por un botellín de agua.

—Lo que te iba diciendo: has perdido el norte.

—¿Es que a nadie le queda nada del gen de la aventura? —se quejó el escritor.

—¿Y a ti del de la sensatez? Alex, eso te lo podría comprar si tuviese diez años, pero es que tengo treinta. ¡Como tú! ¿Recuerdas lo que me dijiste hace unas semanas sobre mi aspecto? Pues esto es lo mismo. Mira, lo siento, tengo que darle la razón a Lucy. A todo esto, me has contado lo de la apuesta, pero no a quién se lo has propuesto.

—A... Cassandra.

—¿Cassandra... Cassandra?

—Has dicho lo mismo dos veces.

—Gilipollices. Primero, pasáis la noche en Nueva York. Segundo, te la presento y mientes para disimular que no os conocéis, pero volvéis a acostaros. Y, ahora, me dices que, después de un tercer revolcón, la obligas a continuar con una apuesta que me parece una insensatez.

—¿Por qué todo el mundo se empeña en repetirme lo que le cuento?

—¡Porque estás mal de la cabeza! Mira, el único consejo que puedo darte es que hables con ella y dejes esto atrás. Dile que solo era una broma, como te ha dicho Lucille, una novatada.

—Es que no puedo. ¡Me supera!

—Pero ¡qué perra has cogido! Espera, ¡tú estás enamorado de ella!

—¡Que no, Isaiah! No me vengas con lo mismo que me ha dicho Lucy.

—Está bien. No te pongas así. Me has pedido mi opinión y te la he dado —puntualizó su amigo.

—¿Y la opción de que formes parte del jurado?

—¿Qué jurado?

—Pues que tú opines si ella se ha enamorado de mí tras reproducir las citas de los libros.

—¿Y yo qué voy a saber si no la conozco? No puedo mirarla y decir: sí, está enamorada. ¿Sabes que esto es una locura?

—Lo sé, pero, también, que quiero hacerlo. Sus palabras me han abierto una herida y, si renuncio a continuar, no creo que pueda cerrarse nunca.

—Demasiado novelesco, incluso para ti.

—Te estoy hablando en serio, Isaiah.

—Vale. Entiendo que sus comentarios te partieran en dos, pero solo es una crítica más. Tu piel está mucho más curtida que eso, Alex. Si a ella no le parecen plausibles tus escenas de amor, ¡te la tiene que traer al paio! Vale, iba a trabajar contigo y lo que te dijo estuvo fuera de lugar, ¿y qué? Se disculpó, ¿no? Pues caso cerrado.

—Hablas exactamente como Lucille.

—Pues con más razón nos tienes que hacer caso. Pasa página o lo vas a pagar muy caro.

—Un cinco por ciento no es poca cosa.

—No me estoy refiriendo al dinero —interrumpió Isaiah—. No creas que no vas a pagar, aunque ella pierda.

—¿Por qué dices eso?

—Porque si esa chica no te importara lo más mínimo, no estaríamos teniendo este diálogo de besugos.

—¿Que a mí no me gusta, Isaiah! Solo... que no quiero que se salga con la suya.

—¿Qué suya? ¿Ponerte los puntos sobre las íes? A todo esto, si aceptara, yo sería tu juez. ¿Y el de ella?

—Se lo va a proponer esta noche a April.

—No jodas, Alex. Yo no quiero discutir con ella sobre esto y me estás poniendo en una situación muy difícil.

—No lo harás, te lo aseguro. Vosotros solo os ceñiréis a decir la verdad, es decir, lo que percibís al vernos juntos.

—O sea, o que Cassandra está enamorada de ti y echáis un polvo, o que tú estás enamorado de ella, le pagas un pastizal y echáis un polvo. ¿Te das cuenta de la gilipollez que quieres hacer? ¿En serio vas a seguir adelante con esto?

—Sí, quiero seguir con la apuesta —aseveró Alex.

—Joder, y April seguro que hará de su juez. Lo veo venir.

—Lo siento, Isaiah.

El surfista dejó escapar el aire entre los dientes. Estaba molesto por la estupidez que se le había ocurrido a su amigo, pero prefería estar a su lado antes que dejarle cometer una locura mayor.

—Está bien, Alex. Seré tu maldito juez, pero te digo lo mismo que Lucille: su trabajo tiene que estar al margen de esta apuesta. Y debes asegurarte de que ella quiere hacerlo, si no, se acabó.

—De acuerdo. Voy a llamarla, a ver qué decide.

—En serio, no te entiendo. A veces eres un témpano de hielo. En cambio, otras eres el fuego del infierno; aunque tengo que reconocer que hacía mucho tiempo que no veía esta decisión en ti. ¿Sabes qué te digo? Que estoy deseando que me cuentes lo que opina Cass.

—Para ti, Cassandra.

Isaiah soltó una carcajada porque sabía cómo iba a terminar esa locura de apuesta. En cierto modo, se moría por ver cómo Cassandra ganaba. Ella era la única chica que había deseado el perfecto mundo de fantasía que había creado su amigo para no sufrir, y ya iba siendo hora de que volviera a abrir su corazón para encontrar aquello que negaba desear con todas sus fuerzas: un amor verdadero.

—Está bien, Alex, para mí siempre será Cassandra.

—Te llamo luego y quedamos para esta noche —respondió el escritor sonriendo.

—De acuerdo. Otra cosa, cuando hables con ella, intenta que no se te vaya la cabeza.

—No prometo nada.

Alex colgó y se preparó un café. Mientras sacaba de la nevera algo para picar, recordó las palabras de Isaiah. De pronto, sintió que se estaba equivocando, pero no era capaz de distinguir si era por continuar con el juego que había inventado de la nada o por hacerle caso a sus mejores amigos ofreciéndole la posibilidad a Cassandra de dejarlo.

No elegiría nada hasta hablar con ella, aunque algo le decía que no cancelaría la apuesta porque Cass era la única que podía salir ganando con cualquiera de los dos resultados. Eso lo animó, ya que su meta ahora estaba más clara que nunca: quería compartir esa noche con ella sin

importar quién ganara. De hecho, se había convertido en algo más que un divertimento. Ahora lo consideraba una necesidad, y estaba seguro de que ella no podría resistirse a sentir lo mismo cuando terminaran de reproducir la última cita de su quinta novela.

Miró la hora: las siete y media. Supuso que Cassandra ya estaría en casa, con lo que no tenía excusa para retrasar aquella conversación. Por un lado, quería llamarla para salir de una buena vez de la espiral sinsentido a la que la había empujado. Por otro, no deseaba perder la oportunidad de probarse a sí mismo si lo que le decían sus fans era cierto.

Estaba decidido a cumplir lo que debía hacer, sin embargo, se quedó paralizado observando el móvil como si fuera un objeto extraño. Sin tocarlo siquiera, lo dejó encima de la mesa del salón para volver a la cocina. Llenó un vaso de agua helada y se la bebió de golpe. Sentía que algo le quemaba por dentro, pero no era capaz de definir qué, si rabia o... Rabia. Definitivamente era rabia. Ahora bien: saber por qué la sentía era harina de otro costal.

Se quedó delante del teléfono y se rascó la nuca, como si en ese acto tan típico suyo pudiera encender la neurona que le iba a ayudar a encontrar las palabras adecuadas para que ella continuara con esa apuesta.

Por un momento, pensó si sería capaz de pedirle disculpas y todo lo demás. Las opiniones de Lucille y de Isaiah le volvieron a la mente en tropel, golpeándolo con fuerza. Puede que uno de ellos estuviera equivocado, pero que ambos hubieran reaccionado de la misma manera no le dejaba ninguna duda sobre que su propuesta era una auténtica locura.

Fue hacia las formidables puertas francesas que daban paso al porche y, a los pocos metros, a la piscina de agua salada enmarcada por un césped reluciente. Se fijó en su casa, en todo lo que había conseguido con cada uno de sus libros. Una enorme propiedad, el coche de sus sueños, prestigio editorial... Una buena vida a base de mucho esfuerzo y sacrificio, pero Cass lo había despreciado con sus comentarios mordaces.

Con la mirada perdida entre tanta belleza, algo en su interior se activó para darle el empujón que necesitaba. No se consideraba un cobarde por haber esperado unos minutos más. Solo estaba retrasando un poco lo que debía hacer porque, en lo más profundo de sí mismo, quería continuar con ese juego. Y deseaba que ella también.

Dibujó un gesto de determinación y marcó su número.

—¿Alex? —dijo ella, golpeándose con la palma de la mano en la frente—. Quiero decir, Adam.

—Hola, Cassandra —respondió él vocalizando muy despacio, sin entender la razón de sentirse tan molesto por oírle pronunciar su nombre.

—¿Por qué me has llamado?

Nada más decirlo, Cass cayó en la cuenta de que era su editora y que los escritores solían ponerse en contacto casi a cualquier hora del día cuando tenían alguna duda. Al menos todo el tiempo que había trabajado en Anthares Books había sido así.

—Disculpa, aún estoy aterrizando en mi nuevo puesto —dijo para autoconvencerse de que él no la había llamado por otro motivo que no fuese el laboral—. Dime, ¿qué necesitas?

Él inspiró un poco más profundo para comenzar aquella conversación que le resultaba tan difícil. Deseó que ella quisiera continuar tanto como él, sin embargo, sabía que Cassandra diría que no. Aun así, hizo lo correcto.

—Cass —dijo a propósito. A ella se le erizó toda la piel, pero no lo corrigió—, quería pedirte disculpas por... por todo lo ocurrido. No debí enfadarme contigo por decirme aquello ni tampoco forzarte a aceptar mi propuesta. Lo que sí quiero que tengas claro es que jamás tuve la intención de hacerte cumplir el contrato ante un juez. Crucé la línea, y siento haberte puesto en

esta situación.

Cassandra se mantuvo un instante callada mientras asimilaba sus palabras. No esperaba que el escritor la llamara y, aún menos, que lo hiciera por ese motivo.

—Bueno, agradezco tus disculpas. Aunque, para ser del todo justa, no se puede decir que yo estuviera demasiado acertada con lo que te dije.

—No hace falta que me pidas perdón otra vez. Ya lo hiciste en la editorial...

—No iba a pedirte perdón —lo interrumpió.

—¿Es que siempre tienes que decir la última palabra?

—¿Y tú?

Cassandra cerró los ojos con fuerza y se sujetó el puente de la nariz. Ese hombre conseguía sacarla de sus casillas con poquísimo esfuerzo. De pronto, el ambiente del salón le resultó demasiado viciado.

Aire, necesitaba aire, de modo que se decidió a salir a la terraza. Una brisa templada la saludó y un pensamiento de que el tiempo en junio en California era magnífico se le coló en la mente. Alex permanecía en silencio, y ella se limitó a mirar hacia la piscina comunitaria.

Cambió la expresión al ver a los niños jugar mientras salpicaban agua por todas partes. No se detuvo en analizar por qué esa imagen la hizo sonreír, lo importante es que consiguió apaciguar su estado de ánimo cercano a la ebullición.

—Perdona, Alex —acabó diciendo su nombre, también a propósito. Él tuvo la misma reacción que ella antes—. No sé por qué pierdo la paciencia contigo de esta forma. No es algo que diga mucho en mi favor, pero voy a poner todo de mi parte para que no vuelva a suceder.

—Bueno, tengo que admitir que yo tampoco soy un mar en calma. —«Y me encanta hacerte rabiar», reconoció, pero solo para él mismo.

Ambos, por primera vez desde aquella noche en Nueva York, rieron con cierta serenidad. Una pequeña tregua entre tanto tira y afloja.

—Dime, ¿por qué me has llamado realmente? No creo que sea solo para disculparte. —Cass era demasiado inteligente como para creer que ese fuera el único motivo.

—Vaya, veo que no se te escapa una.

—Claro que no. Recuerda que mi trabajo es casi como el de un detective. He de ver aquello que no encaja, ya sea en tu novela o en lo que me dices —dijo con cierto grado de satisfacción.

—Yo no cometo errores en mis novelas —respondió él, algo pagado de sí mismo.

—Y yo solo me despierto con el canto de los pájaros.

Ambos se quedaron en silencio un instante antes de romper en carcajadas. Alex no supo por qué le respondió de forma tan pedante ni ella porque se inventó ese comentario sarcástico.

—Vale, tú ganas... por ahora —dijo él, alargando las dos últimas palabras a propósito. Ella, en respuesta, dibujó una sonrisa pícar—. Te he llamado para disculparme, eso era necesario, pero también para darte la opción de que, si no quieres seguir adelante con la apuesta, eres libre de anularla.

—¿Lo dices en serio? —preguntó bastante sorprendida.

—Por supuesto. Cuando varias personas, a las que admiras mucho y que además son tus mejores amigos, te dicen que te has equivocado es hora de dar marcha atrás. He visto desde otra perspectiva nuestra conversación del jueves y me parece que nuestra reacción fue desmesurada.

Cass tuvo que darle la razón: ambos se habían comportado como dos adolescentes y no como los profesionales que eran.

—Sí, estoy de acuerdo. Está claro que no hemos tenido el mejor comienzo. Si te parece

bien, y no te resulta demasiado engorroso cambiar tus planes, me gustaría que vinieras el lunes a la editorial para hablarlo cara a cara.

—Cass, no necesito verte para saber que estás diciendo la verdad. Confío en ti, es lo menos que puedo hacer si eres mi editora.

Alex fue sincero. Se había dado cuenta de que confiaba en ella, pese a que la conocía muy poco, profesionalmente hablando. Teniendo en cuenta lo ocurrido la última vez que habían quedado fuera del trabajo, se preguntó si era demasiado pronto para concederle tanto. Pero Lucille había visto algo en ella, y eso era más que suficiente para él.

—Si soy tu editora... —repitió—. ¿Eso significa que ya no quieres otro editor o que me despidan? ¿Una tregua al fin?

—Esto no es una tregua, Cass, es el fin de la guerra —dijo convencido—. Estoy seguro de que seremos capaces de adaptarnos en el trabajo. No creo que Lucille te hubiera recomendado para su puesto si dudase de tu profesionalidad. ¿Me equivoco?

—¿Fue Lucille quién me recomendó? —preguntó muy sorprendida.

—Pensaba que lo sabías. Por supuesto, Samuel siempre tiene la última palabra. Así que, si ellos han depositado su confianza en ti, yo no voy a ser menos.

Cass dejó escapar un suspiro de liberación porque aquello significaba el inicio de un periodo distinto entre los dos.

—Gracias, Alex. Te aseguro que lo haré lo mejor que sé —dijo ella, creyendo cada palabra. Al oír cómo pronunciaba su nombre, él sintió un escalofrío—. Y si hay algo que no te parezca bien, creo que podremos solucionarlo. ¿Verdad?

Al oír sus palabras y tono de voz, el escritor tuvo que aceptar que había algo entre ellos. No era amor, eso lo tenía claro. Al menos no por su parte, aunque Lucille e Isaiah insistieran en lo contrario. Pero ese «algo», que no sabía cómo definir, comenzaba a significarlo todo. Y eso no era lo que buscaba porque aún no estaba preparado para dejar atrás el pasado, pese a que lo deseara con todas sus fuerzas.

—Cass, siempre podremos arreglar los problemas si ambos ponemos de nuestra parte.

La declaración de Alex sonó a algo más profundo, pero ninguno quiso darle más importancia que la de un comentario para querer dejar atrás un momento incómodo y una respuesta fuera de lugar.

—Te lo agradezco, de verdad —dijo ella sonriendo—. Entonces, ¿quieres dejarlo? No, eso no es lo que iba a decir. ¿Puedo anular la apuesta? —preguntó con cierta reticencia.

Cass no podía creer que fuera tan sencillo dejar aquello atrás dada la insistencia con la que la había perseguido Alex. Le parecía demasiado extraño que él diera su brazo a torcer sin más.

—Respondiendo a tu primera pregunta, te diré que no. No quiero dejarlo. En cuanto a la segunda, sí, puedes anularla si es lo que deseas. Aunque... —carraspeó— aunque me gustaría proponerte que siguiéramos adelante con ella, pero tendríamos que hacer algunos... cambios.

Su comentario picó la curiosidad de Cass. Por una parte, le parecía una apuesta ridícula. Por otra, y esa era la más sorprendente porque no había dejado de intentar que la cancelara, no había nada que le apeteciera más que comenzar aquel juego absurdo con él. No estaba enamorada del escritor. No, no era eso. Pero estaba tan segura de que iba a ganar, y el dinero no tenía nada que ver en su motivación, que eso la empujó a no rechazar la oportunidad de poder aplastar su ego.

Así que, siguiendo la línea de decisiones impulsivas que la estaban caracterizando en las últimas semanas, Cassandra acordó consigo misma que escucharía su nueva propuesta.

—¿Algunos... cambios? —preguntó, intentando no mostrar el inmenso interés que sentía—. Dime, ¿qué se te ha ocurrido esta vez?

Él se echó a reír, sabiendo que esa respuesta dejaba abierta la puerta a una posibilidad. Con el corazón bombeando a toda máquina, se dijo que Cass era una caja de sorpresas. Podía haber rechazado su oferta. Sin duda, eso hubiera sido lo más sensato, pero algo le decía que ella no era de las que se echaban atrás. Y aunque, en realidad, apenas se conocían, la conexión entre ellos empezaba a ser muy fuerte.

—Primero, romperemos el contrato. Si hacemos esto es porque nos apetece, no porque te sientas presionada.

—De acuerdo. Sigue.

—La apuesta continuará siendo la misma. Tendremos dos jueces y acataremos su decisión. Si me enamoro de ti, te pagaré ese cinco por ciento. Pero, si te enamoras de mí...

—Tendré que darte una noche de fuego —acabó ella la frase.

—¿Una noche de fuego?

—De sexo ardiente, pasional y desinhibido. Una noche como las otras, ¿no? ¿Cómo dijiste? Algo así como una noche en la que esté tan entregada como las que ya hemos compartido. Sin amor, sin ningún sentimiento excepto el del fuego con el que quieres que te queme, tal y como ya lo he hecho. Solo eso... —repitió más o menos las palabras de Alex, aunque después añadió una frase de cosecha propia que hizo tambalear la determinación de ambos por ganar—. Una noche lenta y abrasadora en la que te entregaré mi cuerpo, mi deseo y mis fantasías más oscuras. Una que difícilmente podrás olvidar.

Cass no supo por qué lo describió de ese modo, pero aquello hizo que ambos regresaran a la habitación 512 del hotel Four Seasons mientras sus respiraciones aumentaban de cadencia y sus cuerpos subían de temperatura. Alex se apoyó con fuerza en uno de los enormes sillones de mimbre que había en el porche e imaginó cómo sería esa noche. Ella tenía razón, no iba a poder olvidarla.

Sin esperarlo, se vio deseando que sucediera lo antes posible porque eso significaría que había ganado. Pero ya no le importaba tener razón, sino tenerla entre sus brazos.

—Sí. Hum... —acertó a decir Alex.

Cassandra se humedeció los labios. Despacio, se frotó el cuello con la mano. Sentía calor, mucho calor. Lo cierto es que ambos lo sentían. Cerraron los ojos un momento para recomponerse y dejar de imaginar la escena que ella acababa de describir.

—Volviendo a los jueces —añadió ella para salir de ese momento que los había excitado por igual—, ¿puedo entonces pedírselo a April?

—Claro, yo cuento ya con Isaiah. He pensado que, si no tienes planes, mañana podríamos vernos los cuatro para desayunar.

—¿Mañana? ¿Quieres empezar mañana?

—¿Por qué no?

—Es que no he tenido tiempo de leer la novela y aún no hemos decidido las escenas. —Cass entró en pánico porque una cosa era decir que aceptaba la apuesta y otra, muy distinta, comenzarla.

—Si quieres, lee solo el capítulo que corresponda. Son unas doce páginas.

—Pero me gustaría volver a leerla desde el principio. Creo que es lo justo para que la apuesta sea lo más fiable posible. ¿No te parece? Tus novelas no se merecen menos.

Alex sonrió ante su respuesta. Tal vez esa excusa fuese solo para retrasarla. Aunque, pensándolo mejor, tenía parte de razón.

—Te lo agradezco mucho. Algo me dice que eres muy concienzuda, solo es que no quiero alargar esto más de seis meses por lo que me comentaste de tus... necesidades. —Él, satisfecho consigo mismo, trató de que su tono no sonara demasiado... lo que fuera.

—Sí, es verdad.

Cass volvió a pasarse la mano por el cuello, tratando de tragar una madeja de sentimientos contradictorios. Tras ponerlos en orden, se dio cuenta de que no eran tan opuestos como había pensado en un principio, ya que todos se reducían a uno muy concreto: ganar a Alex.

—Está bien —continuó ella—. Hablaré con April y, si acepta, empezaremos mañana.

—No sé si recuerdas dónde tenían la primera cita mis personajes.

—Sí que me acuerdo a dónde iban Tina y Derek. Tengo memoria fotográfica —dijo con cierto grado de vanidad, aunque ligeramente emocionada mientras mantenía a raya una sonrisa.

El lugar elegido por el escritor era uno de los favoritos de Cassandra en Long Beach. De repente, no podía esperar a pasar el día tal y como lo había descrito Alex. No sabía qué era lo que tendría en mente, pero recrear la escena no iba a ser fácil, aunque estaba segura de que ambos harían todo lo posible por acercarse.

Alex inspiró sin poder distinguir qué tipo de sensación estaba sintiendo. Era la mezcla de muchas, eso sin duda.

—Vaya, eso no me lo esperaba. ¿Y recuerdas todo con increíble... nitidez?

Ella frunció los labios porque algo le decía que él no se estaba refiriendo al libro.

—Casi todo lo que me interesa. Lo que no, lo desecho como una novela barata.

Ahí estaba la nueva Cass. Esa que había permanecido tanto tiempo en las sombras y que ahora reclamaba su lugar con una fuerza arrolladora.

Alex decidió sentarse y tamborileó los dedos en la mesa, pensando una réplica a su altura.

—Entonces me esforzaré en crear nuevos recuerdos contigo que sean memorables. Al fin y al cabo, mi único propósito es ser como Dereck para conseguir que te enamores de mí.

—Te veo muy seguro de ti mismo.

—Si no lo estuviera, nada de esto tendría sentido. ¿No crees?

—Es que no lo tiene, Alex. Eso lo sabes, pero por algún motivo retorcido quieres seguir adelante y yo he picado, aún no sé por qué. Supongo que ganarte es la mejor recompensa, y no olvidemos ese cinco por ciento. —Se echó a reír.

—Sí, sí, tú riéte. Ya veremos quién ríe el último.

—He de dejarte. Tengo noche de chicas en casa de April y aún he de pensar cómo voy a convencerla para que forme parte de esto.

—Muy bien. Ahora llamaré a Isaiah. Después te envío en un wasap el lugar y la hora.

—Perfecto. Otra cosa, Alex. Algunas de las escenas acaban en sexo. Te aclaro desde ya que eso no va a pasar. Una cosa es compartir algunos besos y otra, muy distinta, es tener sexo contigo cada dos por tres.

Alex se sorprendió al oírla. En ningún momento había pensado en que se besarían, porque lo de no tener sexo lo tenía claro desde el principio. Pero ella había abierto la posibilidad de llegar hasta ese dulce final que describía en las primeras citas y, si podía besarla, eso lo haría estar un paso más cerca de ser el único ganador.

—No, claro que no. —Carraspeó levemente—. Yo entendía que con los besos era suficiente. No me parecería bien forzar otro tipo de situación. Mi intención no es hacer que te sientas incómoda. Es más, si algo no te gusta, te agradecería que lo dijeras con total confianza. Esto es una apuesta amigable. Algo para... divertirnos.

Esto último se le escapó al escritor, pero, en vez de que Cass se sintiera molesta por sus

palabras, estas surtieron el efecto contrario.

—Es justo lo que pensaba, Alex. ¡Divirtámonos! Lo haremos lo mejor que podamos y nuestros amigos decidirán quién gana.

—¿No te sentirás incómoda porque volvamos a besarnos? —Esa pregunta iba con doble intención.

—Eso lo tenía asumido desde que se te ocurrió esta locura. ¿Cómo vas a enamorar a alguien sin besarlo? No tendría mucho sentido. Podría gustarte, claro, pero hay momentos, cuando las palabras son inútiles para expresar lo que estás experimentando, que solo la piel puede mostrar todo aquello que sientes por la otra persona. Y no me estoy refiriendo a... ya sabes.

—El amor comienza con un beso —dijo Alex más para sí que para ella.

—El amor comienza cuando necesitas respirar en los labios de la persona que tienes delante. Ese momento, al cerrar los ojos, en el que únicamente sientes su piel, el calor de la vida concentrado en un acto tan íntimo, primitivo... Un instante en el que dejas de ser tú para abandonarte a la llama que te quema por dentro. Si alguien es capaz de conseguir eso de ti, no te confundas. No es sexo, es amor.

Ambos hicieron uso de un silencio necesario para recuperarse de las palabras de Cass, hasta que Alex rompió la magia del momento.

—¿Lo querías mucho?

Ella volvió al salón y cerró la cristalera.

—Eso creía, pero no. La adolescencia te idiotiza y eres capaz de ver al Príncipe Azul en la rana más verde. Luego todo se complica hasta que te das cuenta de que lo que creías ver no era la Luna, sino una triste roca maquillada de mentiras.

—Lo siento mucho, Cass. Lo siento. —Él solo pudo decirle esa disculpa que sonó vacía, aunque no lo fuera en absoluto.

—Lo superaré, Alex. Gracias, de verdad.

—¿Estás segura de seguir adelante con... esto? —dijo, ofreciéndole la posibilidad de cancelar todo aquello.

Después de escuchar el dolor en sus palabras, Alex no era capaz de insistirle en que continuaran.

—Sí, claro, ¿por qué no? Citas y besos, pero nada más. Me has retado y he aceptado por... —Cass no sabía qué la había llevado a acceder a aquel juego, así que dijo lo que había modelado en su mente como razón de peso—. Tengo que demostrarte que no voy a enamorarme de ti, y no veo otro modo de conseguirlo. Quiero que utilices todo tu arsenal contra mí. Si puedo con eso, ganaré. Y te aseguro que va a ser así.

—Eso ya lo veremos el veinticinco de diciembre. Seis meses a partir de mañana. ¿Trato hecho, Cass?

—Trato hecho, Alex.

Ambos colgaron convencidos de que iban a ganar la apuesta. Y uno de ellos perdería, porque, aunque no querían verlo, solo podía haber un único vencedor. La cuestión era: ¿quién?

CAPÍTULO 31.

¿te has vuelto loca?

Nada más colgar, Cassandra recibió otra llamada de un número desconocido. Había olvidado pedirle el suyo a Blair, así que supuso que sería ella.

—¿Diga?

—Cassie, por favor, no cuelgues —dijo Morris con voz anhelante.

—Deja de llamarme, Bill. ¡No quiero hablar contigo!

Colgó lo más rápido que pudo y, acto seguido, bloqueó el número. Era la segunda vez que su exprometido trataba de hablar con ella, pero Cass no estaba dispuesta a dejar que le explicara por qué demonios le había mentado todo ese tiempo. Como si de pronto sintiera su aliento pegado en la piel, se dirigió al baño para darse una ducha. Necesitaba que el agua se llevara esa sensación de estar unida aún al ogro de sus pesadillas.

Sobre las ocho de la tarde, llegó a la casa de April. Se sentía emocionada porque esa era la primera noche oficial de chicas con sus nuevas amigas tras la mudanza. El torbellino de la agente inmobiliaria había creado un grupo de WhatsApp con las tres y cada día se iban contando cómo les había ido.

La editora agradecía el trato tan cercano de las dos, quienes la habían integrado en sus vidas sin darle otra opción, porque le estaban haciendo la transición mucho más fácil. Siempre tendría a su familia, a Rachel y a Olivia, pero ya no sería lo mismo. En la última semana, había llamado a Samantha un par de veces. La echaba mucho de menos, y escuchar que su relación con Maverick se iba haciendo más fuerte la emocionó, pero también le hizo pensar que Sam era demasiado joven para comprometerse.

Tocó el timbre, April abrió la puerta y la recibió con una bonita sonrisa. Cass, antes de dejar el bolso, le pasó una enorme caja con dulces que había comprado en una pastelería cercana.

—Dios, Cass, ¿¡por qué has traído esto!? Por tu culpa voy a engordar un kilo —dijo con ojos golosos.

—Bueno, no sabía qué te gustaba y he visto que tenían buena pinta. Sé que dijiste que no comprara nada, pero mi madre es sureña y me ha inculcado que, cuando te invitan, has de llevar algo en las manos —respondió con otra sonrisa.

—Oficialmente, ¡adoro a tu madre! —Ambas rieron—. Anda pasa, ponte cómoda.

El timbre sonó de nuevo. Era Blair, que entró con cara de cansancio y la moral bastante baja.

—Hola, chicas. He estado a punto de no venir. La vida es un auténtico asco —soltó en tropel, sacando de su enorme bolso dos botellas heladas de prosecco y entregándoselas a April.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Cass preocupada.

—Mejor os lo cuento cuando lleve, al menos, dos copas.

Pasados cincuenta minutos, casi tenían devoradas las dos pizzas que habían calentado en el horno y estaban a punto de terminar la primera botella de vino espumoso. April sacó los pastelitos que había traído Cass y Blair puso ojitos a uno de crema bañado en chocolate.

—Como soy la anfitriona, me veo en la obligación de abrir la ronda de cotilleos. Sabéis de sobra que llevo varios meses con Isaiah, ¿verdad? —Ellas asintieron—. Pues os confieso que las cosas entre nosotros se están volviendo más... serias.

—No me puedo creer que yo aún no lo conozca y Cass sí —dijo Blair antes de zamparse un pastelito de frambuesa con *chantilly*.

—La culpa es tuya por tener un supernovio que te lleva de escapada cada bendito fin de semana. ¡Así no hay forma de quedar contigo! —se quejó la agente inmobiliaria.

—Ya —expresó Blair con un tono que no le pasó desapercibido a las dos—. Bueno, has dicho que las cosas se están volviendo más serias, pero creo que ahí hay algo más, ¿a que sí?

Cass se quedó observándolas mientras apuraba su segunda copa. Cogió un *éclair* relleno de crema pastelera y lo engulló de una vez.

—Sí, «Sherlock». Ya os he contado que es el dueño de una tienda de surf. Es guapísimo y tiene un cuerpo de infarto, pero la cuestión es que no sé si es el hombre que me conviene.

—¿Por qué? —Esta vez la que se adelantó en preguntar fue Cassandra.

—Porque es surfista, y yo soy muy mayor para estas cosas.

—¿Mayor? Pero ¿cuántos años tienes? —quiso saber Cass.

—Veintiséis, y Blair veintiocho. ¿Y tú?

—Veinticinco. Tenemos toda la vida por delante. ¡Brindemos por ello! —dijo Cass, elevando su copa.

Las tres chocaron sus bebidas. Después, rompieron en carcajadas.

—A ver, yo os he visto juntos solo una vez, pero a mí me parece que te gusta bastante. De todos modos, aquí lo único que importa es lo que sientes por él —dijo Cassandra, y bebió otro largo sorbo.

—Uf, lo único que importa no, hay más cosas que... Bueno, da igual. Dejemos de hablar de mí. Venga, Blair, tu turno: suelta ya qué es lo que te pasa. ¿Es por Stephen? —preguntó April mientras mordía una tartaleta de moras.

—«Elemental, querido Watson» —respondió ella con una expresión de indecisión—. Llevamos juntos dos años. Todo va bien, pero solo eso: bien. No me malinterpretéis, lo quiero. Estoy enamorada de él, pero ahí está el problema, que creo que él no.

—¿Pero qué dices, Blair? ¡Stephen te adora! —añadió April, reaccionando como si su amiga se hubiese vuelto loca.

—Lleva unas semanas muy raro. Envía mensajes mientras cree que no lo veo y ríe con sus respuestas. El otro día estaba encargando algo, pero no pude enterarme porque salió a la terraza mientras bajaba el tono para que no lo oyera.

—¿Sabes que ves fantasmas donde no los hay? Te aseguro que Stephen está completamente enamorado de ti —insistió.

Cassandra miraba a una y a otra de forma intermitente. Aún no conocía a la pareja de Blair, con lo que no podía opinar. Así que se ciñó a beber otro sorbo y a deleitarse con un pastelito de moka.

—¿De verdad lo crees? Yo... no lo sé. En las últimas semanas, es como si se esforzara aún más en que nuestra relación vaya bien. Me regala flores casi a diario, y el viernes en el que te conocí —dijo mirando a Cass—, no pude quedar con vosotras porque me había organizado una escapada a Terranea en Ranchos Palos Verdes.

—Dios, Blair, ¡no nos lo restrigues encima! —se quejó April.

—¿Y eso qué es? —preguntó la editora con los ojos entrecerrados.

—Es un resort carísimo que está a una media hora de aquí —añadió la agente inmobiliaria—. ¡Tendrás queja! —añadió, mirando a Blair.

—No, si fue perfecto. Ese es el caso. Fue perfecto, pero faltaba...

—¿El qué? —preguntaron las dos.

—¡Un anillo! ¡Maldita sea! Llevamos juntos dos años —repitió— ¡y aún no me ha pedido que me case con él! Por eso estoy así, porque no puedo esperar más. Me estoy acercando a los treinta y quiero tener familia, hijos, fiestas de cumpleaños con... piñatas ¡y una casa con porche! —soltó casi sin respirar con lágrimas en los ojos.

Cass y April se miraron un instante antes de que la mexicana contestara con mucho tacto.

—Esa es una vida muy bonita, Blair.

—Mi intención es la de continuar trabajando después de casarme, incluso tras haber tenido hijos, pasado un tiempo prudencial, claro. ¿Es mucho lo que pido o me convierte en una mujer de los años cincuenta?

—Menuda tontería —dijo Cass sin dejarla acabar—. ¿Sabes por qué me mudé a California?

Blair negó despacio. April se mantuvo callada.

—Hace más o menos un mes, sorprendí a mi prometido con mi dama de honor en mitad del salón de la que iba a ser nuestra casa. Hasta ese momento, yo deseaba con todas mis fuerzas un cuento de hadas. Marido, casa, hijos, trabajo y viajes. En ese orden. Pero todo se fue al infierno. Lo que quiero decirte con esto es que nadie tiene derecho a juzgarte por tus sueños. Puede que, para otra persona, lo que has dicho sea dar un paso atrás en esta sociedad que nos están imponiendo a la fuerza demasiados *lobbies*, pero ¿quién se cree con el derecho de opinar sobre cómo quieres vivir tu propia vida? Eso solo puedes decidirlo tú, y yo te apoyo porque la felicidad no está en contentar a nadie más que a ti misma. A partir de ahí, puedes hacer grandes cosas.

—Dios, Cass, me has hecho llorar —dijo April—. Yo quiero todo lo que has dicho: vivir mi propio sueño y que nadie me obligue a tomar la decisión que alguien que no conozco ha establecido que es la correcta.

—Exacto —prosiguió la editora—. En mi caso, por un lado, mi madre me exigía que fuera «la mujer de», que no necesitaba trabajar porque mi marido ganaba más que suficiente y estaba mal visto en su círculo de amigas. Por otro, mi hermana pequeña, Samantha, me decía que jamás dejara de trabajar, bajo ningún concepto. Sé que me adora tanto como yo a ella, pero no paraba de martillearme con el tema de que tener hijos antes de los treinta y cinco era un suicidio laboral.

—Lo siento, Cassandra —expresó Blair, cogiéndole la mano para darle ánimos.

—La cuestión es que nunca me preguntaron qué era lo que yo quería, y os aseguro que, hasta el momento en el que los sorprendí, mis sueños se asemejaban mucho a los tuyos, Blair. Perdonad, me estoy yendo por las ramas.

—No te preocupes, Cassandra —contestó April.

—Exacto. Sigue, por favor —añadió la de recursos humanos—. ¿A dónde quieres llegar?

—A que pienses qué quieres sin temer la opinión de nadie. Cuando todo aquello pasó, me di cuenta de que había perdido años de mi vida amando una mentira. Comprenderlo me destrozó de tal manera que acordé conmigo misma no volver a enamorarme nunca.

—¿Nunca? —dijeron a la vez.

—No.

—Eso es muy duro. Yo no podría —admitió April.

—Ni yo —añadió Blair.

—Dadme un minuto, voy a por la otra botella —dijo la agente—. Para encajar esta confesión, necesito rellenar mi copa.

—Por mí, perfecto —aceptó la editora.

—Un momento, Cassandra.

—Por favor, llámame Cass.

—Muy bien —prosiguió Blair—. Antes has dicho que... Bueno, que aquello que pasó fue lo que te abrió los ojos a rechazar el amor y que no quieres volver a enamorarte.

—Exacto.

—Y, en todo esto, ¿dónde entra Adam Wright?

—¿Por qué me preguntas...?

—Porque hace un par de horas llamé a Theodore para saber cómo estaba Lucille. Ella acabó poniéndose al teléfono, y me ha contado en un suspiro una apuesta enrevesada en la que quiere demostrar que tú te puedes enamorar de él con las citas de sus novelas.

—¿Qué? —dijo April, elevando la voz.

—¿Y cómo lo sabe Lucille? —añadió Cass con un tono agudo.

—Eso mismo le he preguntado yo. Por lo visto, Adam se lo ha contado cuando ha ido a visitarla esta tarde.

—Alucino con el «bendito» escritor —dijo Cass muy molesta porque esa parte la había olvidado a propósito en la disculpa—. Y prefiero no comentar nada de ese tema —añadió, bebiéndose la copa de golpe. Acto seguido, la volvió a rellenar.

—Pero ¿de qué estáis hablando? —quiso saber April.

Blair iba a decir algo cuando una Cassandra desinhibida se le adelantó.

—Que Adam es un escritor presuntuoso que escribe de maravilla, y que, también, me pone de los nervios. —Un sorbo bastante largo.

Tras dejar escapar un simpático «hip», Cass comenzó a soltar la lengua sin recordar dónde estaba el límite.

—¿Os podéis creer que me ha retado a enamorarme de él leyendo sus libros? —prosiguió, resoplando con fuerza mientras hacía una burla con la lengua—. ¡Es de lo... locos! ¡Anda, si es lo que acabas de contar! —Rio un poco más de la cuenta, cogió la botella y se rellenó una vez más la copa—. Pues yo no pienso enamorarme de él ni de nadie. —Un largo sorbo. Hip—. No, nada de amor. Por muy bien que bese, porque besa de maravilla, ¿sabéis?

April iba a decir algo, pero no le dio tiempo.

—Vaaaaale, síiii, lo reconozco: Alex —se equivocó al decir su nombre, puesto que tanto alcohol había comenzado a nublar peligrosamente sus reflejos— es puro fuego en la cama. Seguro que os preguntaréis que cómo lo sé. —Hip. Hip—. Pues... lo sé... porque nos hemos acostado tresssss veces. —Las dos amigas se miraron—. Sí, tressss veces. —De pronto, se puso seria—. Jamás había sentido nada parecido, ni siquiera con... —Hizo una trompetilla con los labios—. ¡Qué le den! —Apuró la copa—. ¡Ja! Enamorarme yo, ¡será creído! ¡Ni en un millón de años! Y si pierdo, y os aseguro que no voy a perder, yo no le tengo que pagar con dinero como él a mí —chasqueó la lengua—, «nop», él quiere de mí otra noche de sexo. Enamorarme yo... —repitió—. Va a perder como un *perededor peredido*... —Hip.

Las dos se miraron de nuevo y, al mismo tiempo, le quitaron la copa de la mano. Cass cerró los ojos e hizo una mueca extraña.

—Pero ¿quiénes son Adam y Alex? —le susurró April a Blair.

—Mucho me temo que son el mismo. Adam Alexander Wright.

—Dios, ¡es verdad! Si me lo dijo Isaiah. Te juro que me había perdido por completo. ¡Maldito vino! —se quejó April.

—Anda, prepara un café bien cargado para las tres, que yo también estoy un poco mareada —pidió Blair.

—Ahora mismo.

Al oler el café, Cass abrió los ojos y sonrió.

—¡Qué bien huele, April!

—Me alegro. Ahora, tómatelo. Me parece que no eres consciente de lo que has dicho —respondió la agente inmobiliaria.

Tras beber más de media taza, comenzó a sentirse ella misma. De pronto, recordó todo lo que había salido por su boca. Blair le pidió que le contara con tranquilidad lo que había pasado con Adam en su despacho porque aquello había surgido en el trabajo y necesitaba conocer el acuerdo al que habían llegado. Lucille le había hecho un resumen, pero quería estar segura de que la editorial no estaba implicada de ningún modo.

Blair se tranquilizó un poco al conocer que aquel acuerdo no tenía ninguna relación, sin embargo, le pareció algo descabellado e infantil.

—A ver, voy a ser todo lo suave que pueda, sobre todo porque este vino me ha tumbado. ¿Es que te has vuelto loca? ¿Cómo se te ha ocurrido aceptar algo semejante? Y, nada más y nada menos, que con el escritor más reputado de la editorial que, para colmo, ¡ha firmado un contrato con la productora de tu padre! ¿Ves el conflicto de intereses o te hago una lista para que lo tengas por escrito?

—Lo sé. ¡Soy lo peor! Bill me ha destrozado la vida y parece que solo estoy trabajando con uñas y dientes para terminar de fastidiármela —dijo Cass con los ojos llenos de lágrimas. Sin duda, el alcohol no había desaparecido del todo.

—Venga, tranquila. Seguro que se soluciona —la consoló April, echándole una mirada reprobatoria a Blair.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Hija, tienes razón, pero tampoco hacía falta machacarla, ¿no te parece?

—No era mi intención, pero es que esto es demasiado.

—Ya lo he arreglado, Blair —la interrumpió Cass—. Alex me ha llamado esta tarde y se ha disculpado. Por cierto, ¿se puede saber qué vino era ese? Me he emborrachado con lo poco que he bebido... —añadió, tomando otro sorbo de café mientras se pasaba la mano por la frente.

—¿Con lo poco que has bebido? —April se echó a reír—. Cass, te has zampado un prosecco como si fuera agua. Creo que no sabes que los espumosos se suben mucho más rápido que el resto de vinos.

—¿Y tú cómo lo sabes? Dios, me va a explotar la cabeza. —Cass se la sujetó con ambas manos mientras cerraba los ojos unos segundos—. No vuelvo a beber mientras me acuerde.

—Tomamos nota, pero sigue con lo que nos estabas contando. Acabas de decirnos que ya lo habéis arreglado y, otra cosa, ¿por qué lo llamas Alex? Te lo pregunto porque él tardó un año en decirme que ese era su nombre privado —soltó Blair impaciente.

Cassandra no tuvo más remedio que aceptar que se había dejado llevar por el alcohol y que no había vuelta atrás. Llevaban cerca de tres horas haciéndose confesiones, y no tenía sentido tratar de adornar la verdad cuando ya la había mostrado tan alegremente.

Suspiró y volvió a pasarse la mano por la frente para ordenar sus ideas.

—Fue él quien me pidió que lo llamara así cuando nos conocimos en Nueva York hace casi un mes. Alex y yo después tuvimos el encontronazo en la oficina que ya os he contado. Tras disculparse por todo este embrollo, me ha asegurado que no cambiará de editora. En cuanto al contrato, ya lo hemos roto. Así que no hay ningún documento de por medio. Va a ser algo privado entre nosotros, pero la apuesta sigue en pie. Solo tengo que elegir un juez porque él ya tiene el suyo decidido.

—¿Qué? —expresaron a la vez April y Blair.

—Pues que no hemos anulado la apuesta. Y quiero dejar claro que el trabajo nunca ha tenido nada que ver. El caso es que, si gano, me dará el cinco por ciento de sus beneficios netos de este año.

—No lo entiendo —dijo Blair—. ¿Lo vais a hacer de todas formas?

—¿Por qué? —preguntó April, que cogió otro pastelito de trufa de la bandeja y se lo comió de un solo bocado.

—Por el dinero, claro... —se excusó Cass para salir del paso. En realidad, no quería confesarles que sus motivos nada tenían que ver con eso.

Blair y April se miraron y dijeron a la vez:

—¡Mentira!

—¡No! ¡Claro que es por el dinero! —insistió Cassandra.

—Eres hija de Carmichael Wallace: no necesitas dinero —dejó caer Blair. La editora la miró con los ojos como platos—. Vamos, Cass, que te hemos visto en la alfombra roja durante años. Si buscas tu nombre en internet, salen un millón de entradas con información de todo tipo, incluida tu inminente boda con Bill Morris, que ha sido cancelada por la razón que nos has contado.

Cassandra la miró y permaneció callada. Puede que fuera el poco alcohol que aún permanecía en su cuerpo, o que su familia estuviera a más de cuatro mil kilómetros de distancia, pero no pudo evitar que sus ojos se volvieran a llenar de lágrimas.

En un abrir y cerrar de ojos, tanto April como Blair se acercaron a ella para abrazarla.

—Ey, no llores, Cass. No hace falta que nos lo cuentes —la reconfortó la agente inmobiliaria, acariciándole el pelo.

Blair la miró con los ojos como platos, pero April frunció el entrecejo y negó con una mueca de reprobación.

—¿Sabes? —continuó ella con voz dulce—. Mi madre siempre ha dicho que las almas que necesitan consuelo encuentran a aquellas que pueden dárselo. Acabo de darme cuenta de que nosotras somos esas para ti, Cass, aunque, más que nada, creo que estás aquí para hacer algo importante. Por ejemplo, Blair necesitaba oírte decir que debe seguir sus sueños y yo... Bueno, ¡conseguir un alquiler más! —Las tres rieron—. Nada ocurre por nada, todo tiene una razón de peso. Puede que ahora no la distingas porque las hierbas han crecido demasiado, pero estoy segura de que conseguirás alcanzar el llano y lo verás todo mucho más claro.

Las otras dos la miraron sosteniendo una sonrisa.

—¡Qué filosófica! —terminó diciendo Blair.

—Ríete lo que quieras, pero son las enseñanzas de las mujeres de mi familia. Te aseguro que pocas veces se equivocan. La cuestión es: ¿de verdad quieres hacerlo? Y, algo más importante, ¿a quién vas a elegir de jurado? —preguntó April, cogiendo otro pastelito más de crema de fresa.

—Sí que quiero hacerlo, y la razón es muy sencilla. —Cass tomó aire porque iba a confesar el verdadero motivo de llevar adelante la apuesta—. Como os he dicho antes, Alex me saca de quicio, pero, al mismo tiempo, me atrae como un maldito imán. Su prepotencia es exasperante, sin embargo, cuando me besa, estoy a su merced. Esta tarde ha ocurrido algo curioso. Cuando ha definido los términos del «juego», ha añadido un punto que no existía en la primera versión. No sé si es que antes estaba implícito o ha sido cosa de última hora.

Las dos la miraron expectantes.

—¿Y...? —preguntó April, que se moría de curiosidad.

—Ha añadido que si él se enamora de mí, me dará ese cinco por ciento.

—¿Pero esa no era la apuesta del principio? —preguntó Blair, confusa.

—No, la única que tenía que enamorarse era yo. En ningún momento era una condición que él se enamorara porque tenía muy claro que no lo iba a hacer.

—No entiendo nada —admitió April—. ¿Y eso qué significa?

—No lo sé, ¡esa es la cosa! Pero lo que sí tengo claro es que quiero verlo tragarse sus palabras y aceptar la derrota, lo que me recuerda que necesito un juez —añadió, sonriendo hacia ella.

—¿Yo? ¿Me eliges a mí? —dijo emocionada. Cass asintió.

—Pues claro, ¡tú fuiste mi primera amiga en Los Ángeles! Y Blair —añadió mirándola—, la segunda.

—Eres un amor, Cass. ¿Y él a quién ha escogido? —quiso saber la agente inmobiliaria, tamborileando con los dedos en sus rodillas.

—A Isaiah —respondió dibujando una mueca cómica.

Las tres rompieron en carcajadas a la vez.

—Entonces, ni una palabra más. ¡Yo seré tu paladín! —April se levantó y elevó los brazos formando una gran uve.

—Pero tú no eres un caballero que defiende a una dama —se burló Blair.

—¿Cómo qué no? ¡Yo defenderé la verdad de Cassandra! Qué mayor honor y causa noble: preservar la justicia y asegurarme de que este duelo sea honrado para conseguir que la dama se lleve su premio, es decir, ¡un pastizal!

Tras soltar otra carcajada, cogieron sus tazas de café y brindaron con camaradería. Una nueva alianza se había llevado a cabo, y Cassandra solo pudo sonreír porque acababa de darse cuenta de que, en ese diminuto salón, había encontrado en un tiempo récord algo mucho más valioso que el dinero: el apoyo y la amistad de dos chicas que la habían aceptado con los brazos abiertos por ser ella misma.

—¿Os he dicho ya que sois estupendas? —dijo Cass con verdadera emoción—. Me habéis acogido con mucho cariño, y sé que han pasado poco más de un par de semanas, pero ya os considero mis amigas. —Estiró las manos y ellas se las cogieron de inmediato—. Gracias por darme tanto en tan poco tiempo.

April tiró de ella y de Blair para ponerse de pie y las abrazó.

—No sigas, que me vas a hacer llorar. Además, ¡no veo el momento de que Isaiah también se quede con un palmo de narices!

Mientras las tres reían a carcajadas por la situación tan absurda que estaba a punto de comenzar, Cassandra cerró los ojos para reproducir en su mente cómo sería decirle a Alex que había perdido la apuesta.

El sentimiento de triunfo se desvaneció al recordar cuál sería el pago si él ganaba. Inspiró profundamente al volver a la última noche y a los cientos de besos que ya habían compartido.

Abrió los ojos de golpe y se sorprendió al reconocer que Alex estaba cerca de ser su talón de Aquiles, y que seis meses podían ser toda una vida si no protegía su corazón.

CAPÍTULO 32.

los jueces

Cassandra despertó con una buena resaca. Sin duda, la noche anterior le estaba pasando factura. No entendía por qué, desde que había dejado Nueva York, se estaba excediendo de aquella manera. Después de lavarse la cara con agua fría para despegar los ojos, se miró al espejo. Agradecía no haber vomitado, ya que el café de April cortó a tiempo los efectos devastadores de ese maldito prosecco, aunque no la había librado de tener aquel dolor punzante en ambas sienes.

Fue a la cocina para beber un poco de agua. Desbloqueó el móvil y tenía un mensaje de Alex. La primera cita comenzaría a las once, pero había quedado con Isaiah una hora antes para que tanto él como April pudieran conocer al dedillo los términos de la apuesta. Sonrió al ver la lista de cosas que le había enviado para que no las olvidara. Pulsó el enlace que incluyó para ver el sitio y guardó la dirección. Aún no había tenido tiempo de hacer un reconocimiento por la zona, así que le gustó que quedaran en un lugar cercano a una de las playas que estaba deseando visitar.

De pronto, recordó que no había leído las páginas que le había indicado el escritor. Miró la hora y suspiró aliviada porque solo eran las ocho y veinte. Gracias a que se había programado una alarma, tenía tiempo de sobra para leer el capítulo, pero antes decidió enviarle un mensaje a April para decirle dónde habían quedado. A los pocos minutos, recibió la respuesta de su amiga diciéndole que ella la recogería porque luego había quedado con sus hermanas para ir de tiendas.

Cass buscó el libro en su Kindle y fue directamente a la parte que debía repasar. Hacía bastante tiempo que lo había leído y, aunque recordaba la historia, la descripción de la cita de los protagonistas la emocionó tanto como la primera vez. A Tina la había descrito como una chica alegre y descarada. Dereck, en cambio, era un chico tímido que había superado sus miedos para pedirle salir. El día que Alex narraba era perfecto. Los diálogos estaban llenos de chascarrillos, bromas con doble sentido y miradas que hablaban por sí solas. Cuando acabó de leerlo, se dio cuenta de que, aunque sus descripciones eran inspiradoras y conseguían que desearas formar parte de esa escena, distaban mucho de ser reales. Al menos para ella.

Se enfadó de nuevo al darse cuenta de que Bill le había robado esa parte de sí misma. Le había arrebatado la capacidad para confiar en que el amor pudiese ser verdad. Durante unos instantes, lo odió con todas sus fuerzas porque la chica que creía en cuentos de princesas se había esfumado en ese maldito piso de dos millones de dólares.

Apagó el Kindle y decidió que el domingo lo dedicaría a leer el principio del primer libro hasta llegar a la siguiente cita que decidiera Alex. Después, atacaría la quinta novela. Se dijo que la tendría acabada antes del martes.

Tras ponerse un bikini en tonos verdes, se colocó unos vaqueros cortos y una camiseta blanca con un hombro descubierto. Se echó un vistazo y le gustó el resultado. Una vez vestida, buscó una cesta para la playa. Metió la toalla, pero no encontró el bronceador del cuerpo por ningún sitio. Por lo menos sí había traído el del rostro. Supuso que cerca de la cafetería habría decenas de tiendas, ya compraría un vestido suelto y otras chanclas.

Mientras peinaba su descontrolado pelo rizado, recordó por qué comenzó a alisárselo. Aquella imagen que le devolvía el espejo era muy diferente a la que siempre pensó que tendría, sin embargo, le gustó mucho más que la que había aceptado solo para satisfacer a su madre y

exprometido.

Volvió a refrescarse la cara, se pasó una máscara de pestañas *waterproof* y terminó con un simple brillo de labios. Parecía una niña con esas preciosas pecas repartidas por toda la cara, y es que aún lo era en gran medida. En alguna parte de su interior, la pequeña Cassandra lloraba por haberse equivocado en muchas de sus decisiones, pero la nueva Cass, más madura y decidida, intentaba consolarla como podía. Un nudo en la garganta le recordó que la vida no era fácil. La situación que la había llevado hasta ese momento era muy dolorosa, y estaba segura de que no la merecía, sin embargo, eso no le había impedido al destino hacerla pasar por ese infierno.

Apagó la luz del baño y un mensaje la sacó de su momentáneo pozo de lamentaciones. Era April diciéndole que ya había llegado y la esperaba en la entrada del aparcamiento. Con una sonrisa en los labios, le envió un wasap para decirle que bajaba en seguida.

—Hola, Cass. ¿Qué tal te encuentras? ¡Menuda cara de resacosa me traes!

—Hola, April. Me he tomado un analgésico porque me va a estallar la cabeza, pero me encuentro mejor de lo que esperaba. Eso sí, ¡no me vuelvo a acercar a un prosecco durante el resto de mi vida!

Ambas rieron.

—Bueno, qué me cuentas, ¿estás nerviosa?

—¿Yo? —contestó Cass alargando bastante la pregunta—. ¿Por qué iba a estar nerviosa?

—Mujer, tienes que reconocer que vamos a una cita poco común. Por cierto, tengo mucha curiosidad por ver cómo va a actuar Isaiah —dijo April con cara de pilla.

—Y yo, pero, sobre todo estoy frita por ver cómo Alex os cuenta la apuesta. Me va a costar lo mío no soltar una carcajada.

—Toma, ¡y a mí! Oye, ¿sabes de lo que me he dado cuenta? Que desde que te conocí, nuestro querido escritor te pidió que lo llamas Alex. ¿No te dice nada?

—¿A mí? —trató la editora de disimular—. Pues no. Supongo que le caí bien desde el principio.

—Ya, ¿y por qué has puesto esa cara?

—¿Qué cara?

—Vamos, Cass. Solo sus amigos íntimos lo llaman de ese modo. ¿Tú estás segura de querer seguir con esto?

—Pues claro, ¿a qué viene tanto lío? April, si tienes algo que decirme, suéltalo ya por las claras porque mi cerebro no da para más.

—Como dice mi abuela: ¡Dios de mi vida! ¿En serio hace falta que te lo explique? Alex está interesado en ti.

—No sabes de lo que hablas.

—¿Y por qué no lo llamas Adam como hizo Blair durante un año?

—Porque fue él mismo quien me lo pidió.

—Resumiendo: se coló por ti en solo cinco segundos.

—¿Qué? —dijo Cass en un tono que hizo reír a April—. No, ¡no es nada de eso!

—Ya, lo que tú digas. Y ahora eres su editora, ¿verdad?

—Sí, pero eso es circunstancial.

—¿Y no sería más razonable llamarle por su nombre profesional?

—Pero ¿qué perra has cogido con el nombre?

—¿Yo? Ninguna.

April se mordió la lengua para no seguir pinchándola y terminó de aparcar. Antes de

salir, se giró hacia Cass.

—Está bien, tú ganas. Aquí y ahora dime que no te gusta, que no estás interesada en él lo más mínimo. Solo haces esta majadería por un dinero que no necesitas. No, espera: lo haces por el mero placer de ganar —dijo con un tono sarcástico que molestó bastante a la editora.

—Así es. Lo único que quiero es ganar para bajarle los humos de escritor pagado de sí mismo que cree que lo sabe todo.

—Claro, porque siendo tú su editora es justo lo que tienes que hacer. No, si lo entiendo, es lo natural —ironizó. Cassandra frunció los labios en un gesto de molestia—. Bien, aquí tienes mi veredicto sin verlo siquiera: vas a perder. No, peor aún: ya has perdido. Yo que tú me iría preparando para una noche de sexo impresionante.

—Pero ¿qué tontería es esa? —la interrumpió muy digna—. ¡Yo no pienso perder! —respondió levantando demasiado la voz—. Si vas a entrar ahí con esa actitud...

—Recuerda que yo no te voy a juzgar a ti, Cass, eso lo hará Isaiah. A mí me toca decidir si él se ha enamorado de ti o no.

Cass bajó la mirada y acabó por censurarse. April solo le estaba dando su opinión, y ella se había dejado llevar porque, aunque no quisiera confesarlo, estaba nerviosa. Pese a que pensara que su amiga estaba equivocada, porque el amor jamás había formado parte de aquella ecuación, no significaba que pagara con la agente inmobiliaria lo que fuese que sentía.

Inspiró profundamente y se frotó las sienes.

—Lo siento, no debería haberte respondido así. No sé por qué me ha molestado tanto. En fin, tienes razón. Tú lo evalúas a él e Isaiah a mí.

—No pasa nada, Cass, pero ten cuidado. Lo que te voy a decir es solo un consejo: cuida de tu mente y de tu corazón, si no, el juego dejará de ser lo que te has empeñado en creer que es.

Cassandra la miró y asintió, entendiendo su advertencia.

—Tendré mucho cuidado, lo prometo.

—Muy bien. Anda, vamos a desayunar con tu «protagonista de telenovela y su compadre», que deben de estar esperándonos.

—¿Qué? No te entiendo —dijo Cass con una mueca graciosa.

—Por Dios, ¿es que nunca has visto un culebrón latinoamericano?

—Bueno, sé lo que son, pero nunca he visto ninguno. ¿Qué es eso de compadre?

—Compadre es como su mejor amigo en latino. Anda, «gringa», tira para dentro.

Ambas rieron y entraron en la cafetería. Alex e Isaiah habían llegado hacía unos minutos. El surfista estaba hambriento. Esa mañana había ido a montar unas pocas olas antes de abrir la tienda y aún no había desayunado. Sus dos empleados tendrían que capear el temporal hasta que él volviera, así que esperaba que esa curiosa reunión no durara demasiado porque el trabajo era lo primero.

Alex, por su parte, tenía una mezcla curiosa de nerviosismo y expectación. Después de una semana muy productiva, en la que había escrito casi seis capítulos de la nueva novela, se dio cuenta de que la experiencia que estaban a punto de comenzar le iba a servir para otras muchas escenas en las que describiría el enamoramiento inicial desde una nueva perspectiva. En sus otros libros había recurrido a la imaginación y a su experiencia personal en distintas épocas de su vida, pero algo le decía que Cass iba a ser una fuente infinita de inspiración. Su forma de ser, de expresarse, de reaccionar ante las circunstancias que iban a compartir, incluso su forma de moverse. Todo. Se empaparía de toda su esencia para utilizarla como cualquier personaje secundario.

Isaiah dijo algo sobre el menú que estaba mirando, pero Alex no lo escuchó porque vio el

momento exacto en el que Cassandra entró con April y el mundo pareció ralentizarse. Un pensamiento se le grabó a fuego en la mente al verla caminar: «No, Alex, ella nunca podría ser un personaje secundario». Su respiración se aceleró y, sin ni siquiera saber por qué lo hizo, sonrió. Se levantó y dibujó la sonrisa más sincera y sentida de toda su vida.

Cassandra revisó el local y lo encontró mirándola. La sonrisa de él activó la suya por acto reflejo.

Sin molestarse en dirigirse a su amiga, dijo:

—Ahí está Alex...

April giró la cabeza en la misma dirección hacia la que miraba Cass y, al verlo, se quedó de piedra. La expresión del escritor distaba mucho de alguien indiferente, más bien, era todo lo contrario. A su lado, se encontraba Isaiah, que fijó su mirada en ella como si fuese la única persona dentro de la cafetería. A la agente inmobiliaria la situación se le antojó retorcida, y un pensamiento sobre que el destino era un crupier que repartía las cartas a su antojo le pareció lo que mejor podía describir aquella escena.

Cassandra avanzó hacia Alex como la polilla que se siente atraída por la luz. La cuestión era si al final se quemaría. Ella estaba segura de que no sentía nada por el escritor y su diálogo interno solo repetía que debía ganarle como fuera. Decidir no enamorarse de una persona era tan fácil como respirar, así que se convenció de que no tenía nada de lo que preocuparse porque April estaba completamente equivocada.

Alex, por su lado, pensaba que esa sonrisa que le había dedicado ella era el mejor comienzo que podía tener. Lo había visto infinidad de veces en sus fans, por lo que pensó que ya tenía medio camino ganado. Tan solo debía insistir seis meses y la tendría justo donde quería.

Al oír sus propios pensamientos se extrañó, pero no tuvo tiempo de analizarlos porque ella fue la primera en saludarlos.

—Buenos días.

—Buenos días —respondieron ellos.

April sonrió, pero no dijo nada. Aunque, en el último momento, se acercó a Isaiah para darle un corto beso en los labios.

—¿Nos sentamos? —propuso Alex.

—¿Os importa que pidamos el desayuno antes de comenzar? —dijo Isaiah, mirando un instante a su chica—. Necesito algo de cafeína y azúcar antes de escuchar vuestra diatriba sobre lo interesante que es esta apuesta, que para mí es un sinsentido.

—Pues no estoy de acuerdo —respondió April—. A mí me parece un juego maravilloso en que alguien va a perder o, tal vez, perdáis los dos.

Cass la miró y después se detuvo en Alex.

—¿Cómo vamos a perder los dos? —preguntó ella con un tono muy particular—. O gana él o gana yo.

—Insisto, ¿y si perdéis los dos? O, dicho de otra manera, ¿y si ambos... ganáis?

—No puede haber dos vencedores —intervino Isaiah.

—Ah, ¿no? —dijo divertida la joven agente. Los tres negaron—. ¿Y si los dos os enamoráis? Que yo sepa, vuestro infalible acuerdo no contempla esa posibilidad o, al menos Cass no me ha aclarado nada del tema —dijo mostrando una cara angelical, a lo que la editora le devolvió una mirada asesina—. Esa opción os dejaría a ambos como ganadores. Ella cobraría el cinco por ciento de tus ganancias y tú te llevarías esa noche de sexo por la que no duermes.

En ese momento, apareció una camarera. Mientras ellos pedían como si no hubieran comido en días, sobre todo Isaiah, April se limitó a un zumo de naranja y Cassandra a un

cappuccino, ya que no estaba para introducir en su cuerpo más elementos que la alteraran. Con Alex tenía más que suficiente, y ahora se le había sumado April, porque su locuaz discurso había dejado al descubierto un resultado en el que ninguno de los dos había pensado.

Tras tomarles nota, la chica se dirigió a la barra.

—Bueno, antes de nada, quiero deciros que, tanto Cassandra como yo, hemos roto el contrato que firmamos, ¿de acuerdo? —Sus amigos asintieron—. Dicho esto, me parece que todos sabemos más o menos de lo que trata la apuesta —comenzó Alex, pasando por alto las palabras de la medio mexicana a propósito—. Cass y yo habíamos concretado que reproduciríamos todas las citas de mis cinco libros, pero nos dimos cuenta de que son demasiadas para poder hacerlas en solo seis meses. Además, hay algunas que se ubican en otros estados y en un par de países, por lo que es inviable hacerlas todas.

April e Isaiah se miraron mientras sostenían la sonrisa. La pareja se había dado cuenta de que el escritor había ignorado la deducción de ella, pero, de momento, decidieron callar. Como si de un pacto secreto se tratara, se dedicaron solo a observar a los protagonistas. Al fin y al cabo, como «jueces» de esa locura, debían estar atentos a todo lo que dijeran, más que nada para reírse después de lo que pactaran allí. No les parecía una situación adulta, sino una pataleta de dos personas muy cabezotas con ganas de vencer por la mera satisfacción de poder restregárselo en la cara al otro. Y parecía que los únicos que no se daban cuenta de que eso les iba a explotar en la cara eran ellos dos.

—Entonces, ¿has decidido ya cuántas citas van a ser? —preguntó Isaiah, intentando con verdadero estoicismo no soltar una carcajada.

La camarera sirvió el desayuno y April aprovechó para dedicarle una enorme sonrisa de agradecimiento que le sirvió de tapadera para disimular una carcajada por la situación.

El surfista se fijó en ella y se mordió el labio con fuerza para no explotar.

—Sí —respondió Alex, completamente ajeno a lo que estaba pensando su amigo en realidad—, diez en total.

La editora asintió como si aquello fuera un dato de vital importancia. April dio un sorbo al zumo y después se dedicó a jugar con el vaso, respirando muy despacio. Pese a que, en un principio, le había parecido muy emocionante formar parte, ahora, al ver cómo ellos se lo tomaban tan en serio, no era capaz de seguir pensando del mismo modo. Estaba a punto de reírse con todas sus fuerzas y sabía que, si eso pasaba, Cass no se lo perdonaría.

—Claro, claro, no podéis hacerlas todas —respondió Isaiah, mirando a April directamente. Sabía que la estaba llevando al límite, pero no podía evitarlo. Era eso o romper a reír.

—¿Y has decidido ya cuáles haremos? —Cass solo tenía ojos y oídos para Alex. Su reputación estaba en juego y quería estar muy atenta porque no estaba dispuesta a perder.

—Si te parece bien, elegiré dos citas de cada libro. Quedaremos una vez cada dos o tres semanas por el tema de cuadrar las presentaciones, y para que me dé tiempo a organizar las reservas en hoteles y restaurantes. La última cita, la diez, que debería ser en San Valentín, había pensado adelantarla a Nochevieja para no alargar el tiempo de la apuesta un par de meses más. Aunque después me he dado cuenta de que tampoco creo que quieras viajar a París en esa fecha porque supongo que estarás con tu familia. De modo que, si no tienes inconveniente, podemos posponerla una semana. Sé que esto estira un poco el tema, así que, antes de nada, quería saber tu opinión.

—¿París? ¿La última cita es en París? —preguntó Cass.

—Aún no has leído la novela.

—No tengo excusa, pero es que ha sido una semana de locos con lo de Lucille. Sé que te prometí leerla este fin de semana, pero aún no he podido empezarla.

—Cass, no pasa nada, en serio. Además, después de lo que le ha sucedido a Lucy, sería un maldito hijo de perra si no lo tuviera en cuenta. Si te digo la verdad, prefiero que no la leas hasta que sea su momento. Así creo que te sorprenderá todavía más. Piensa que tengo que organizar diez citas en cuatro ciudades distintas y dos países en Europa. La culpa es mía por recorrer el mundo con mis historias. ¡Me va a salir por un pico! —Alex se echó a reír, sin embargo, el dinero no le importaba lo más mínimo.

Aquella risa del escritor fue el detonante para que April e Isaiah rompieran en carcajadas. Ambos se miraban con incredulidad ante lo que estaba pasando. Para ellos, sus amigos habían perdido la cabeza, aunque parecía que ninguno era consciente.

Cassandra solo sonrió, ya que estaba tratando de recordar los lugares que salían en las cuatro novelas que ya había leído, sin embargo, solo era capaz de pensar en la última cita. Siempre había querido ir a París, pero Bill odiaba cruzar el Atlántico, por lo que terminaban en cualquier destino menos en el que a ella le apetecía. En cambio, ahora, Alex iba a recrear la cita de sus sueños y, pese a que no sería igual que pasar ese día con el amor de su vida, era lo mejor que el maldito destino le podía ofrecer. Quizás habría estado bien ir sola o con sus amigas, pero con él iba a ser mucho más peculiar y divertido. Se lo quedó mirando con otros ojos, unos que le decían que aquella apuesta era una de las mejores cosas que le habían pasado en la vida porque podría conocer una docena de lugares distintos sin discutir. Pensó en el día que seguro ya le tenía preparado y miles de mariposas revolotearon a la altura de su estómago, ya que estaba deseando comenzar.

No obstante, no iba a dejar que él lo notase, con lo que terminó con el momento mágico recurriendo a un comentario mordaz.

—Bueno, recuerda que apostamos que tú lo pagarías todo. ¿Crees que podrás o necesitarás que te preste algo de dinero? —le picó Cass a propósito.

—Tranquila, puedo con todo —respondió Alex con el único propósito de dejarle claro con sus palabras que no solo se refería a un tema económico.

—No te lo tengas tan creído, «señor escritor». Vas a perder y mucho. Dinero y... ego. Uf, no creas que lo voy a sentir porque disfrutaré como nunca cuando te oiga decir: tú ganas —soltó ella, esbozando una sonrisa cuasi maquiavélica.

Cassandra ya había dejado de preguntarse por qué sentía esa necesidad de vencerlo por encima de todo. Ahora, su único objetivo era lograrlo y, Alex, con su magnífica mirada de «te desnudaría sin dudar», no iba a impedirselo.

«Por mucho que lo intentes, no conseguirás que me enamore de ti», se repitió Cassandra mientras el escritor terminaba su café con esa actitud de «ya lo veremos» que la sacaba de quicio.

—Bien, chicos. En vista de que ambos habéis decidido ignorar las palabras de April, a la que, por cierto, le doy la razón, os digo que me tengo que ir —dijo el surfista, mirando a su chica.

—Gracias, Isaiah —respondió ella, guiñándole un ojo—. Pienso igual. Son casi las once y si llego tarde, ¡mis hermanas harán un bolso con mi piel!

Una risa compartida distendió un poco el momento incómodo que había creado el exbróker con su comentario.

—Sí, bueno, una hora no ha dado para mucho. Y no he ignorado a April, solo que me parece imposible que se dé esa posibilidad —puntualizó Alex, que miró a Cass.

—Yo pienso igual —añadió ella—. Perdona, April, pero es muy poco probable que

ninguno de los dos se enamore, así que ni me lo había planteado, y creo que Alex tampoco.

—Exacto. Bueno, ¿tenéis lo suficiente para poder juzgar el inicio? —preguntó el escritor.

—Por mí sí. Veo claramente que Cassandra no siente nada por ti. Por las circunstancias con Lucy, se ha convertido en tu editora, pero eso no cambia mi percepción. Por mí, «el juego» puede comenzar —declaró Isaiah muy solemne con una expresión muy seria, aunque, en realidad, había fruncido los labios para no soltar una carcajada.

—Pienso lo mismo —dijo April, mirando a Alex también con el gesto austero—. Tú tampoco sientes nada por Cass y creo que podéis empezar en cuanto nos vayamos.

—Genial, ahora solo falta que, cuando terminemos la última cita, quedemos para determinar el veredicto. Podríamos vernos al día siguiente de volver de París. Supongo que lo entendéis. —Alex quería asegurarse la victoria, y la mejor manera era que su amigo viera a Cass justo cuando regresaran para confirmar que estaba enamorada.

—Por mí está bien —respondió Isaiah.

—Igual por mi parte. Así podremos dar nuestro veredicto con más exactitud —dijo April, tras lo que se mordió el interior de ambas mejillas por culpa de la expresión de su chico, que no tenía desperdicio. Eso sí, más tarde se lo haría pagar.

—Perfecto. Pues ya podemos empezar con la primera cita, Cass. «Pago» y vuelvo en un momento. —Alex recalcó lo de pagar, mirándola a los ojos.

Ella no pudo evitarlo y dibujó una mueca de complacencia sarcástica. Ese día iba a ser muy interesante porque, si repetía con exactitud lo que había leído, se lo pasarían de maravilla.

April e Isaiah se despidieron y salieron juntos. Los dos estaban deseando comentar lo que acababan de vivir allí dentro.

CAPÍTULO 33.

Yo soy mucho más que un surfista

Nada más salir, April e Isaiah se aseguraron de que sus amigos habían dejado de prestarles atención. A cobijo detrás de un stand de gafas de la tienda de al lado, comenzaron a reír. Aquel desayuno había sido uno de los más extraños que habían tenido en su vida.

Ella, en varias ocasiones, trató de decir algo, pero le faltaba el aliento. Del esfuerzo, se le saltaron las lágrimas y terminó por apoyarse en su chico mientras trataba de recomponerse.

—Shhh, para, por favor. Como salgan, ¡nos van a pillar!

—En serio, he tenido que utilizar toda mi fuerza mental para no soltar una carcajada ahí dentro —admitió él.

—Oye, ¿a ti te parece normal lo que van a hacer estos dos? —preguntó April, tratando de parar de reír.

—A mí me parece que están locos y no de manicomio, sino el uno por el otro. Creo que Cassandra ya ha perdido, pero es que Alex también. ¿Tú has visto cómo se miraban?

—Claro que sí, pero ambos están demasiado ofuscados para reconocerlo.

—¡Exacto! ¡Todo esto para demostrar que el otro no tiene razón! Alex es mi amigo, pero si le escucho decir una sola vez más la palabra «apuesta»... ¿No te parece que todo esto es un pretexto para poder pasar más tiempo juntos sin aceptar que ya se han enamorado? Desde mi punto de vista, lo que necesitan es otro revolcón, pero si lo que buscan es una excusa para hacerlo, ¡allá ellos!

—¡Ey! Tienes que ser imparcial. Cass no siente nada por Alex, me lo ha asegurado, así que no puedes prejuizarla. Has de esperar a la última cita para dar tu veredicto.

—¿Mi veredicto? —Él ladeó la cabeza y comenzó a rascarse el puente de la nariz—. April, tú conoces a Cassandra desde hace solo dos o tres semanas, ¿verdad?

—Bueno, sí.

—Digamos, tres semanas.

Ella le dio la razón con un gesto.

—¿A dónde quieres llegar?

—Pues que yo conozco a Alex desde el instituto. Créeme, Cassandra no tiene ninguna posibilidad de ganar. Si no está enamorada ya, que lo dudo mucho, él... Mejor no te lo digo.

—¿Qué? Oye, ¡no puedes hacerme esto! No puedes empezar a decirme algo y callarte luego —se quejó ella.

—Si te lo cuento, estaría dándole ventaja a la oponente, y no voy a traicionar a Alex. Aunque, claro...

—¿Qué?

—Si quisieras presentarme a tu familia o, al menos, a tus hermanos, quizás podría contarte algo que no lo perjudicara.

—¿Ya quieres que te presente a mi familia? —dijo empleando un tono de voz demasiado agudo. A él le hizo gracia su reacción—. Isaiah, no creo que sea buena idea. Es muy pronto. ¡Si apenas hace un par de meses que salimos! ¿A qué viene tanta prisa? Además, yo... Nuestros mundos son muy diferentes.

—Pues juraría que, cuando nos besamos, no piensas lo mismo —puntualizó con media sonrisa.

—Isaiah...

—April, ¿por qué no quieres? Y no creo que el tiempo sea el motivo. ¿Qué más da un mes o un año? —Ella bajó la mirada—. No es eso, ¿verdad? Te avergüenzas de mí. Admítelo.

—No, ¡por Dios! ¡Yo no me avergüenzo de ti! ¿De dónde has sacado esa estupidez? Es por mi madre, que es muy exigente y no sé si le va a gustar que seas...

—¿El qué?

—Dios, Isaiah. ¡Surfista! Vale, lo de mi madre es una excusa. Soy yo. No me fío de los surfistas.

Él dejó escapar un suspiro de alivio.

—¿De verdad que solo es por eso?

—¡Pues claro! ¿Por qué otra cosa iba a ser?

Isaiah endureció el semblante y se señaló a sí mismo.

—Quizás no soy del color adecuado.

April se quedó con los labios entreabiertos al entender sus palabras. Se le formó un nudo en el estómago e hizo lo que el corazón le exigió: subió las manos a su cara y, tras ponerse de puntillas, tiró de él para besarlo en mitad de la calle.

—Escúchame bien, «señor surfista» —dijo imitando a Cass—, eso jamás sería un impedimento para amarte. ¿Me has oído? ¡Jamás!

Él sonrió con timidez y tragó el enorme nudo que se le había formado en la garganta por el temor a no ser suficiente.

—Te quiero.

—¿Qué?

—Que te quiero, April, con todo lo que soy. Hago surf porque en Nueva York me moría. Durante cinco años, fui bróker. Tomé decisiones de las que me arrepiento. Por eso volví a casa, para hacer algo que me hiciera bien y me ayudara a convertirme en el hombre que debí ser desde un principio.

—¡Repíttemelo! —exigió ella con una sonrisa.

—Te quiero —repitió lentamente.

—Y yo a ti —susurró con el corazón a mil.

April, emocionada, volvió a besarlo mientras se decía que había sido una estúpida por casi darle a entender a aquel hombre maravilloso que no era adecuado.

—Está bien. Ven esta noche a recogerme e iremos a cenar a casa de mis padres. Eso sí, es fin de semana de familia, lo que significa que estarán mis tíos y primos. Seremos unos veinticinco, abuela incluida. Así que, si quieres arrepentirte, aún estás a tiempo —añadió ella, dibujando una enorme sonrisa.

—No me lo perdería por nada del mundo. Bien, después de la cena, te contaré lo que sé —negoció Isaiah.

—¿Y tu lealtad hacia Alex? —preguntó sorprendida.

—Compartiré una verdad. Eso no es traición. Además, te aseguro que a él no le importará porque sabe que va a ganar. Y aunque se lo digas a Cassandra, no habrá ninguna diferencia.

April se quedó pensando y miró hacia dentro de la cafetería. Allí seguían los dos, riendo. Desde fuera, parecía que congeniaban muy bien. Quizás, demasiado.

—Vale, pero no quiero esperar a esta noche. Dime lo que sabes ahora, si no, ¡voy a pasar un día de perros tratando de adivinar qué es!

Ambos rieron.

—De acuerdo, te lo diré, pero solo porque te quiero —dijo despacio.

April no pudo mantener la emoción y se mordió el labio inferior.

—Y yo a ti —repitió emocionada.

—Bien, lo que te voy a contar es de un valor incalculable.

—¡Quieres escupirlo ya! —se quejó ella con una mueca divertida.

—¿Literal o...?

—¡Qué gracioso eres! Venga, dime lo que sabes o ¡le diré a mi abuela que te eche una maldición para que no puedas montar una ola durante el resto de tu vida!

—Me encanta cómo me amenazas —replicó Isaiah riendo. April frunció el ceño, a punto de perder la paciencia—. Venga, ya te lo digo. Cassandra va a enamorarse de él sin remedio, y no será por la tontería esa de reproducir las citas de los libros. Alex es... ¿Cómo te lo diría? Tiene... Posee... un aura especial. Es lo que definiríamos como el chico perfecto. Para que lo entiendas, él es mucho mejor que los protagonistas de sus novelas. Es guapo, amable, gracioso... Es el tipo de amigo que todos querrían tener. Un hombre de pies a cabeza que fue traicionado. Pero esa es otra historia.

April lo miró sorprendida.

—Qué curioso que lo compares con sus personajes. ¿Es que has leído sus novelas?

—Pues claro que sí. Es mi amigo, y he de confesar que he copiado alguna cosilla para ligar. ¡Te aseguro que me ha funcionado todas las veces! —Ambos rieron—. Lo que estoy intentando decirte es que él es «*The guy*» —dijo, dibujando unas comillas en el aire—. «El elegido», «El único». Una máquina de enamorar sin pretenderlo, y eso es lo que lo hace más especial aún. Todas las chicas se mueren por él, solo que Alex ya no cree en el...

—¿En qué? ¿En qué no cree? —insistió April, completamente alucinada de la descripción que había hecho de su amigo.

En ese momento, Cass y Alex se levantaron de la mesa para dirigirse a la salida. Isaiah cogió a April del brazo y tiró de ella para entrar en la tienda. No quería que los vieran, así evitarían preguntas incómodas, como, por ejemplo, por qué ambos llevaban veinte minutos de pie hablando en la puerta de la cafetería cuando habían tenido tanta prisa por irse.

Cuando el surfista se aseguró de que iban hacia el lado contrario, se giró hacia April.

—No puedo decírtelo, pero, créeme: ella no tiene ninguna posibilidad —agregó.

—Te veo muy seguro de sus cualidades. Y, sí, es cierto que conozco desde hace muy poco a Cass, pero he visto la determinación en sus ojos. No te niego que él sea «el mejor», no obstante, no hay nada más duro que un corazón traicionado. No te digo que Alex no tenga recursos y mucha experiencia, solo que yo no apostaría todo mi dinero por él. Lo que me has contado no cambia nada. Es más, aunque se lo dijera a Cass, no creo que cambiase nada. Como mucho, que intente protegerse un poco más, solo eso.

—April —dijo Isaiah, moviendo la cabeza despacio—, no puedo negar que tu razonamiento es válido, pero a tu amiga no le va a servir de nada.

—Eso ya lo veremos.

—Sí, lo veremos. ¿Esta noche, a las ocho?

—Mejor a las siete, pequeño *Goofy*.

—¿*Goofy*? Para nada. Aquí tienes a un *Regular*. Soy zurdo, y me siento más seguro adelantando el pie izquierdo. Me sorprende que conozcas los términos.

—Por favor, ¡que soy angelina! ¿Acaso crees que nunca he montado una ola o que no conozco a nadie que viva montado en una? Mi hermano pequeño es un verdadero prodigio. El

año pasado quedó segundo en la clasificación y este año puede que gane... —April se arrepintió nada más decirlo.

—¿Segundo? Un momento, ¿tu hermano es Leo Russell?

—Sí, claro.

—April Russell. Entonces, ¿tu padre es Leonard Russell! —dijo muy emocionado.

A ella le hizo gracia ver la cara que había puesto Isaiah. Su padre llegó a ser un surfista muy famoso a mediados de los ochenta. Creó un nuevo tipo de tabla y ganó seis campeonatos. A finales de los noventa, un accidente acabó con su carrera al golpearse la rodilla contra una roca. Aquello le provocó una lesión permanente. A raíz de no poder continuar, decidió comenzar con el negocio inmobiliario, pero pronto se cansó y dejó la empresa en manos de las dos hermanas mayores de April.

La familia estaba dividida entre el restaurante de su madre y la inmobiliaria, hasta que ella se unió a sus hermanas y Gabriel, que solo le llevaba un año, comenzó a trabajar en un periódico local. De los cinco hijos, solo el más pequeño tuvo la inclinación de seguir en el mundillo.

Leo fue un enamorado del mar desde que empezó a caminar, y siempre estaba pegado a su padre para aprender cualquier cosa relacionada con el surf. Acababa de cumplir los catorce, pero ya se veía que tenía la destreza de Leonard en sus venas, y estaba dispuesto a ganar el campeonato junior de ese año.

—Elemental, querido Watson —se burló ella.

—Pero ¡si me has dicho que no te gusta el surf!

—No, yo nunca he dicho eso. Solo me he quejado de que eres surfista. A mí me gusta el surf. Me subí a mi primera tabla cuando apenas tenía dos años.

—Entonces, no lo entiendo. ¿Qué problema hay con que yo...?

—Pues que, con lo que tengo en casa, es más que suficiente. ¿No te parece?

—Te has burlado de mí —se quejó Isaiah, endureciendo la expresión.

—Yo no me he burlado ni de ti ni de nadie. Lo que ocurre es que no voy contando por ahí quién es mi padre ni presumo de sus logros.

—¿Y por qué me has dicho que no te puedes fiar de un surfista cuando él es uno famoso?

—Porque no se puede. Conozco cómo son. Hasta que mi padre se destrozó la rodilla con aquella roca, su única obsesión era encontrar la siguiente maldita ola más alta para probarse a sí mismo. Ese tipo de personas suelen olvidar hacer la compra del supermercado, estar a tu lado cuando soplas las velas de tu tarta de cumpleaños o recogerte del colegio cuando tienes cinco, seis, siete, ocho...

—Lo he pillado.

—No, creo que no. Las disculpas sinceras siguen siendo vacías si nunca cumples lo que prometes, aunque asegures que no va a volver a suceder. Jamás he entendido la relación de mis padres. A estas alturas, doy gracias porque ya soy adulta con una vida propia y no he de hacerlo. La cuestión es que sí se quieren, pero mi madre ha sufrido durante años el abandono de mi padre porque su pasión por el surf superaba al resto. Yo tengo claro que no quiero nada parecido. Un trofeo no sustituye ni un abrazo ni un beso.

—Lo siento, April. No tenía ni idea.

—¿Por qué ibas a saberlo? Esa parte no le atrae a nadie. A la gente lo único que le interesa es conocer cómo su escuela triunfa y sus *Goffy* dejan en buen lugar al equipo. Hasta ese punto persiguió su sueño. Primero, creó la inmobiliaria. Al poco, se cansó de ella y la dejó en manos de mis dos hermanas mayores. Después, cuando Leo comenzó a destacar, abrió una

escuela con el único fin de que mi hermano triunfara. Y Dios sabe que lo conseguirá porque es imparable.

—¿Y tu hermano cómo es?

—Es un calco de mi padre. Lo quiero mucho, pero tiene agua de mar en las venas, así que no hay nada que hacer.

Ambos sonrieron.

—Yo no soy él, es lo único que te puedo decir. Me gusta el surf desde que tengo uso de razón, pero, si esto no funciona, tendré que volver a Nueva York para ser un bróker desgraciado con una vida que no tendrá sentido.

—No seas exagerado.

—Para nada. Toda mi familia está deseando que fracase, así serán libres de regodearse en mi cara soltándome el consabido «te lo dije».

—Me habías contado algo, aunque no sabía...

—Los sueños de una persona no tienen por qué coincidir con los de otra, pero eso no significa que deban cegarte hasta el punto de no darte cuenta de todo lo que es importante a tu alrededor. ¿Entiendes a qué me refiero?

—Sí, y espero que puedas cumplir tu palabra —dijo April lanzando un ultimátum velado.

—Eso solo podrás saberlo si me das la oportunidad.

Ella lo miró y algo le dijo que sus ojos no mentían. Al menos no en eso. Lo sopesó un momento antes de responder.

—Ya te la he dado, Isaiah. Solo tú puedes decidir si quieres aprovecharla.

Él puso un dedo en sus labios para que no continuara.

—No me amenes antes de tiempo, April. Dame el beneficio de la duda, por favor.

Ella negó un par de veces y cerró los ojos. Le había prejuzgado por su trabajo, por aquello que le encantaba, y se dio cuenta de que estaba siendo injusta al condenarlo sin dejarle que demostrara si sería capaz de mantener su palabra.

—Está bien, lo tienes.

—Entonces, ¿a las siete?

—Sí.

Esta vez, fue él quien la tomó de la cara y la atrajo hacia sí para despedirse con un leve roce de labios. Aquella conversación había esclarecido algunas cosas y proporcionado el verdadero inicio de una relación, que había comenzado con cierta inestabilidad por las reservas de la agente inmobiliaria hacia la profesión del exbróker.

April fue hacia su coche con la sensación de que Isaiah sí que parecía ser algo más que solo un surfista. Se mostraba como un hombre que tenía claro lo que quería, sin embargo, la cuestión era si, al final del día, ella iba a estar por encima del resto de sus prioridades.

Salió del aparcamiento diciéndose que ellos podían ser diferentes. Algo muy dentro la impulsaba a pensar así. Y April, jamás erraba con sus corazonadas.

CAPÍTULO 34.

la primera cita

Tras despedirse de sus amigos, Cass y Alex decidieron quedarse un poco más en la cafetería porque, en realidad, ninguno de los dos sabía cómo comenzar una cita programada. La apuesta les había arrebatado la posibilidad de ser espontáneos y de disfrutar la magia que se siente al conocer lo nuevo del otro. Todo se iba a reducir a representar un papel frío e impersonal basado en las páginas de un libro. Y, por mucho que les costara a ambos reconocerlo, no iba a ser nada sencillo.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó ella.

—Tranquila, tengo el día más o menos organizado. —Alex sacó de su mochila un ejemplar de su libro *Conseguiré que te enamores de mí* y lo abrió. Algunas páginas estaban dobladas y, en cada una, había subrayadas unas cuantas frases.

—Te lo has tomado muy en serio.

—Por supuesto. Has leído el título, ¿verdad? Dereck sintió un flechazo que rompió todos sus esquemas en cuanto al amor se refiere cuando conoció a Tina. Aunque no lo tenía nada fácil, ya has leído el final: logró que ella se enamorara de él perdidamente. Y es que la chica no tenía ninguna oportunidad porque ambos estaban hechos el uno para el otro desde el principio, pese a que ella lo negara continuamente.

—Sé lo que estás intentando hacer, y no te va a funcionar. Además, no olvides que tú inventaste a Tina: un personaje que estaba deseando enamorarse, todo lo contrario a...

Cass se detuvo en el último momento. Se regañó porque no podía estar recordándole lo mismo todo el tiempo. Esa era su principal baza: saber que él no tenía ninguna posibilidad por todo lo que había sufrido con Bill. Además, reproducir las escenas de un libro, por muy románticas que fueran, jamás sería como vivirlas de forma natural sin artificios. Aquello estaba enfocado en conseguir algo de ella que no estaba dispuesta a entregar: su corazón. Y, por eso, su contrincante iba a perder.

—Todo lo contrario a ti, ¿verdad? —Él acabó la frase—. Dejaré de decir que voy a ganar y tampoco que lo que intento demostrarte es algo con lo que te llevarás una sorpresa. Solo trata de divertirme, Cass, si no, esto se va a volver un verdadero infierno para los dos.

Ella lo miró, interiorizando sus palabras. Él tenía razón. Ambos sabían qué hacían allí, y no podían pasarse los próximos seis meses con un tira y afloja para demostrar que el otro estaba equivocado. Si bien lo que se le había ocurrido a Alex era una locura, ella la había aceptado a pies juntillas y debía llevarla hasta las últimas consecuencias.

—Lo siento. Tienes razón. Aunque me esté echando algo de tierra encima, te diré que me es muy difícil creer en el amor, por eso tengo tan claro de que vas a... Bueno, ya sabes a qué me refiero.

—Sí, claro. Volviendo al tema que nos compete —dijo él con una mueca divertida para que se pasara ese momento incómodo—, ¿has traído todo lo de la lista?

—No, para nada. Me falta el vestido de playa, el bronceador, unas chanclas decentes y algo para picar —confesó Cass.

—¿No tienes...? Acabas de mudarte —susurró mirando hacia el techo, dándose un coscorrón mental—. Perdona, lo había olvidado.

—No pasa nada. Supongo que habrá alguna tienda cerca para comprar lo que me hace falta.

—Sí, claro. Justo saliendo a la izquierda hay una con todo para la playa. Si quieres, nos vamos. Tengo ganas de nadar un poco.

—En cuanto a eso, yo no puedo permanecer mucho al sol porque estoy llena de pecas. A no ser, claro, que me «bañe» primero con protector solar —comentó ella, preocupada por quemarse.

—Tranquila, contaba con ello.

Se levantaron y salieron de la cafetería riendo sin notar que sus amigos se habían escondido en la tienda de al lado. Al entrar en el establecimiento, Cass eligió todo lo que necesitaba en menos de diez minutos. Incluso se compró una segunda toalla de playa. La suya era bastante más pequeña que la que había visto en esa tienda, y le pareció una buena idea tener algo más con lo que cubrirse por si acaso. Cuando fue a la caja, Alex quiso pagar, pero ella le dejó claro que eran cosas personales y no se lo permitió.

Cruzaron para llegar al paseo marítimo y caminaron unos minutos hasta la zona que venía descrita en la novela. La playa, como en sus páginas, estaba repleta de familias y grupitos de jóvenes que intentaban destacar por encima del resto. Solo que la realidad no era tan idílica como su descripción, ya que no cabía ni un alfiler.

Cass aguantó la risa lo mejor que pudo. Eran casi las doce del mediodía y apenas había sitio para poner una toalla, cuanto menos, dos. Alex se giró hacia ella y se disculpó con la mirada porque no esperaba que hubiera tanta gente. Desde que tenía piscina privada, no iba a la playa por las aglomeraciones. Algo que detestaba.

—Anda, chico de campo, te voy a enseñar cómo una neoyorquina se abre camino entre la multitud. —Cass, sin darle tiempo a responder, le cogió de la mano y tiró de él entre la marea de gente.

—¿Estás segura de lo que haces?

—¡Claro! ¿Pero tú no habías nacido en Los Ángeles? —respondió ella sin mirarlo, ya que tenía toda la atención puesta en encontrar un hueco para poder sentarse.

—Te confieso que hace años que no vengo a la playa. No me gusta para nada la arena. ¡Se mete en todas partes!

Ella se paró en seco y se dio la vuelta para mirarlo.

—Entonces, ¿por qué la has elegido? —preguntó Cass a punto de soltar una carcajada por su cara de agobio.

—Porque era muy romántica.

—Noooo, si se ve el día tan romántico que vamos a pasar con las cinco mil personas que van a compartir la cita con nosotros.

Cassandra no pudo evitarlo y comenzó a reír. Alex se dio cuenta de que los planes se le estaban yendo al traste hasta que ella cambió de expresión y tiró de él con todas sus fuerzas.

—¡Corre, esa familia se va! —Se echó a la carrera hasta llegar al sitio donde había visto el posible hueco—. ¡Hola! Disculpa, ¿os vais ya? —preguntó a la mujer que estaba tratando de retener a dos pequeños sin mucho éxito.

—Hola, sí. Ellos son mis nietos. Me voy a llevar a estos dos diablillos con sus padres si consigo ponerles la ropa. ¿Es que queréis nuestro sitio? —preguntó la señora.

—Nos vendría de perlas —agradeció Cass con la mirada.

—Si me ayudas a vestirlos, ¡es todo tuyo!

—Alex, coge al más pequeño, yo me encargo del otro.

La escena no se parecía en nada a lo que el escritor tenía en mente. Pensaba que la playa estaría despejada para ellos, que se darían un chapuzón glamuroso y que luego irían a un restaurante cercano en el que tenía hecha una reserva para almorzar tranquilos, tal y como estaba descrito en su novela. Pero la situación no se parecía en nada a lo que había imaginado. La arena hervía, la playa estaba a reventar y se encontraba corriendo detrás de una promesa cercana a mejorar la marca de Usain Bolt, que solo quería volver a la orilla. Una vez que consiguió atrapar al bendito niño, se lo entregó a su abuela, que lo regañó con razón. Tras una lucha por acabar de vestirlos, ayudaron a la mujer a recoger todo lo que había traído y se despidieron de ella como si ya la conocieran de toda la vida.

—Lo siento. Esto no se parece en nada al capítulo de mi libro. Así no creo que puedas... —dijo Alex, aún más agobiado.

En realidad, la estaba mirando casi desesperado. Se moría de calor, y estaba sediento de tanta carrera. Tenía arena en zonas que no entendía cómo había llegado allí si aún no había conseguido ni sentarse, y apenas les quedaba hora y media para ir a comer. La cita era un caos y, con cierto pesar, reconoció que aquello no podía enamorar a nadie.

Cass, tras estirar su toalla, lo miró. Sin amedrentarse, cogió la de él y la extendió al lado de la suya. Después de guiñarle un ojo, se quitó la camiseta y los pantalones. Sabía que su talla no era la que se suponía que debía tener para una playa de California, pero Alex ya la había visto desnuda. Eso supuso un alivio porque no hacía falta que se preocupara por su aspecto habiendo compartido ya tanto.

—Anda, ¡no seas tan derrotista! Es la playa, ¿qué esperabas? Venga, *best seller*, deja el pesimismo y vuelve a la apuesta. ¿Qué tocaba ahora? —dijo Cass divertida mientras se esparcía el bronceador por la cara, procurando no dejar nada sin cubrir.

Alex se la quedó mirando un poco más embobado de lo que esperaba de él mismo, que debía ser nada. Se sacó la camiseta y buscó el bronceador en su mochila.

—Toca «bañarte» con crema por todas partes, ¿no fue eso lo que dijiste? —se burló él, señalando el bote que tenía en la mano.

—Sí, pero del tuyo no. Toma el mío, que es de protección cien.

—No sabía que hacían protectores tan altos —respondió, abriendo el bote que le había pasado Cass para que se lo aplicara en la espalda.

—Eso es porque no te salen manchas con cualquier cosa. A mí me aparece una nueva peca por cada minuto al sol si no uso protección. Además, tengo la piel muy sensible, por lo que me da miedo quemarme. Maldita sea, ¡nos hemos olvidado de comprar una sombrilla! —dijo ella algo angustiada, mirando hacia la zona donde estaba la tienda en la que acababan de estar y sopesando cuánto tardaría en ir y volver.

—Te propongo una cosa. Te pongo la crema, nos damos un chapuzón y después nos vamos a almorzar. Tenemos reserva en Cantalini's Salerno Beach. Al menos ya sé que te encanta la pasta y los postres italianos.

—Ya, se ve a la legua. —Cassandra no pudo disimular el tono de voz a tiempo y optó por no añadir nada más.

Alex, al escucharla, paró de ponerle el protector e hizo algo para lo que no estaba preparada. Dejó caer el bote en la toalla, la sujetó de la cintura y le dio la vuelta para que lo mirara a la cara.

—Eres perfecta tal y como eres. No tienes que justificarte o esconderte de nadie, mucho menos de mí. Tu ex es un auténtico hijo de puta si te hizo creer que no eras suficiente o que tenías que cambiar de aspecto. Para mí, eres una mujer preciosa con un cuerpo espectacular. Esto

no tiene nada que ver con la apuesta, sino con lo que acabas de decir. No te das cuenta, pero más de un baboso te está comiendo con los ojos. —La miró sin darle la oportunidad de dudar de sus palabras.

—Sí que es un auténtico hijo de puta —dijo ella con los ojos brillantes.

Alex no supo si fue el reflejo del sol en los ojos grisáceos de Cass o que sentía cómo su piel desnuda ardía entre sus manos. Puede que fuese solo por la proximidad de sus cuerpos o por haber sentido el dolor en sus palabras, pero algo lo hizo olvidar que estaba en su propia apuesta y la besó.

El calor de los labios de Cassandra le recordó algo que había olvidado, aunque no se detuvo en averiguar qué era. Su único objetivo se reducía a que la mujer que tenía entre sus brazos dejara de pensar en el pasado y sintiera cómo era capaz de despertar el deseo en un hombre solo por ser ella misma.

Cassandra no se lo esperaba y, durante un instante, se quedó quieta, hasta que el aliento de Alex la transportó a la última noche que habían compartido juntos. El escritor no fue capaz de reprimirse y acabó volcando en aquel beso la rabia que sentía por el dolor que ese malnacido le había provocado más el deseo arrollador que sentía por ella. Cass se perdió en el interior de sus labios. El calor de su boca la encendió por dentro, olvidando, por un instante, dónde se encontraban.

Unas carcajadas los devolvieron a la playa. Ambos se separaron al darse cuenta de que estaban dando un espectáculo un tanto fuera de lugar.

—Lo siento, esto estaba escrito en la novela —dijo él para intentar de disimular.

—Sí, claro —susurró Cass, intentando olvidar el deseo que le estaba recorriendo todo el cuerpo—. No pasa nada. Ya habíamos hablado sobre que eran necesarios y entraban dentro de la apuesta.

Ambos se agacharon para recoger el bronceador y se golpearon en la frente al hacerlo.

—¡Ay! —dijeron los dos.

—¡Dios! Esto es... ¿Te has hecho daño? —preguntó avergonzado, dándose cuenta de que la cita parecía una de las películas antiguas que veía su madre sin parar cuando él era pequeño: ridícula y manida.

—No, tranquilo, tengo la cabeza muy dura. —Ella rio con fuerza porque la situación era absurda.

Alex no pudo evitarlo y soltó una carcajada. Acto seguido, la cogió en brazos y se la puso al hombro para llevarla a la orilla. «Si todo está perdido, ¡qué más da!», se dijo sabiendo que de esa cita lo único que iba a conseguir de ella era su deseo, pero no su amor.

Cassandra gritaba, pero no podía patalear por miedo a darle a alguien. Sin darle tiempo a pensar o concederle algún tipo de tregua, Alex entró en el mar y la lanzó al agua. Eso venía descrito en su historia, así que tenía la excusa perfecta. Se alegró de hacerlo porque sabía que aquello la enfadaría y eso los ayudaría a alejarse del momento de pena mezclada con excitación que acababan de compartir.

En verdad, no sabía cómo le había afectado a ella aquel beso, no obstante, tenía que reconocer que a él sí que lo había dejado con ganas de mucho más.

Mientras Cass tosía para expulsar el agua que había tragado y gritaba algo similar a una amenaza, Alex se preguntó por qué la había besado. Podía mentirse y buscar una excusa en lo evidente: que estaban representando una escena. Pero, en honor a la verdad, tuvo que admitir que la razón era otra: no había podido soportar la profunda tristeza en su voz y en sus ojos. Eso lo había enfurecido. Aunque tenía claro que no sentía por ella nada más allá del deseo y que

tampoco se enamoraría, verla sufrir le había hecho hervir la sangre.

Para el consagrado escritor, Cassandra era una mujer espectacular que no debía avergonzarse ni de su cuerpo ni de nada. Saber que se había sentido menospreciada de algún modo lo había sacado de sus casillas. Podía haberle dicho cualquier cosa para hacerla sentir mejor, pero lo único que se le había ocurrido era demostrarle lo deseable que era. Pese a que su comportamiento no había sido el más adecuado, se sorprendió al no sentirse arrepentido por haberlo hecho. Besarla era un extra, una oportunidad para dejarse llevar y conseguir una victoria.

Ese fue su pretexto para aliviar su conciencia porque no quería pensar más en ello. De modo que, con esa duda resuelta, volvió a la apuesta.

—¿Estás bien? —le preguntó a Cass mientras reía abiertamente.

—¡Eres un tramposo! ¡Ya verás cuando te pille! —dijo ella divertida.

—¡Inténtalo! —la retó Alex.

Durante más de media hora, estuvieron jugando como niños haciéndose ahogadillas. Por supuesto, eso aparecía en el libro, pero ninguno se acordó porque estaban disfrutando del sol, el mar y la compañía, pese a que todo fuese una mentira.

Tras secarse, recogieron y se dirigieron al paseo marítimo. Alex hizo sentarse a Cass en un banco y sacó una botella con agua de mar.

—¿Y eso?

—Para quitarte la arena de los pies. Mi madre siempre lo hacía con mi hermana y conmigo cuando éramos pequeños —dijo mientras derramaba el agua.

—Me dejas sin palabras. Mi madre jamás se dignó a ir a la playa con nosotros porque temía que le salieran manchas por el sol. En cambio, yo me pasaba en el agua todo el tiempo que podía cuando íbamos en verano de vacaciones a los Hamptons. Eso sí, gastaba unos cuatro botes de protección para no achicharrarme. La verdad es que me hubiese gustado compartir eso con ella, pero está claro que tu madre no se parece en nada a la mía.

El escritor la miró sin decir nada. Su semblante se había endurecido un poco y ella lo notó. Él se sentó a su lado y se limpió de la misma manera. Tras tirar la botella en una papelería cercana, se acercó.

—¿Nos vamos?

—Sí, claro —respondió ella—. Alex, espera un momento. ¿He dicho algo que no debía?

Él se detuvo para pensar cómo explicarle que no quería hablar del tema. No encontró las palabras adecuadas porque no las había. Al menos no las que a él le hubieran gustado, así que se ciñó a la verdad.

—Mis padres eran maravillosos y ya no... Los echo de menos cada día y, si no te importa, prefiero no hablar de ellos.

Caminaron en silencio hacia el restaurante. Cassandra entendió el porqué de su cambio de humor y sintió un vacío enorme al ver que Alex, de pronto, había perdido esa manera de ser tan desenfadada y bromista que lo caracterizaba. Durante un par de minutos, buscó cómo decirle que lo sentía, pero todas las palabras que le venían a la mente le parecían vacías y gastadas.

Mientras avanzaban, se dio cuenta de que, aunque estaban allí por una estúpida apuesta, de algún modo, ya consideraba a Alex su amigo. Esto la hizo decidirse a hacer lo que el corazón le pedía a gritos. Así que se paró en seco y lo sujetó de la muñeca, obligándolo a detenerse. Él se extrañó por ese contacto, hasta que ella lo abrazó con todo el cuerpo mientras le susurraba al oído que lo sentía.

Alex se quedó rígido al interiorizar sus condolencias. Hacía mucho tiempo del accidente, pero el dolor siempre estaba ahí. No supo cómo reaccionar, solo asintió y ella se separó sin

mostrar ningún tipo de rencor por su rechazo.

—Dime, ¿está muy lejos el restaurante? —preguntó Cass para obligarlo a volver al presente.

—No, a solo diez minutos andando.

—Pues vamos, ¡qué me muero de hambre! Además, te recuerdo que pagas tú, así que me voy a pedir postre y café.

Ambos rieron. Él un poco menos, pero ella no se lo tuvo en cuenta.

Una vez sentados a la mesa, un camarero les entregó la carta. El menú era espectacular y todos los platos parecían deliciosos. Tras pedir la comanda, ambos se dedicaron a recordar pasajes del libro.

—Deberíamos haber pedido los platos que pusiste —dijo Cass.

—No pasa nada. Lo que has elegido creo que tiene mejor pinta. —Rieron los dos—. No hace falta que sea al pie de la letra, aunque me gusta lo concienzuda que eres al intentar recrear mis pensamientos más... retorcidos —bromeó.

—Los detalles son esenciales. Un escritor de renombre como tú debería saberlo —ironizó ella, tratando de mostrarse seria.

—¿Sabes una cosa? Siempre te esfuerzas en quedar por encima de mí e intentas, por todos los medios, dejarme en mal lugar.

Cassandra dejó de comer y lo miró pensativa.

—¿En serio? Si lo he hecho, no ha sido a propósito. De verdad que lo siento, porque no es mi intención hacerte sentir mal.

—Pero, no obstante, lo haces. O es lo que yo percibo. Creo que consigo sacar lo peor de ti por alguna razón que desconozco. Lo que me gustaría saber es por qué.

—No puedo contestar a algo que no sé. Lo que sí te puedo decir es que te conocí en el peor momento de mi vida y te utilicé para una venganza cuyo desenlace salió de una manera muy distinta a la que esperaba.

—Explícate, por favor —pidió él.

—Llevo dándole vueltas al hecho de por qué tengo la necesidad de... Bueno, de...

—¿Machacarme sin piedad?

—Algo así. ¡Dios! Suena fatal, ¿verdad? —dijo ella a la vez que se tapaba la cara con la mano.

—Venga, no te ocultes y suelta lo que llevas dentro. Esto es la guerra, y tú eres una contrincante dura de roer.

—No tanto, no creas. A ver, Alex, tienes que comprenderme. No esperaba volver a verte. En todo caso, no tan pronto. Mucho menos, ser tu editora. ¡No me digas que el destino no es un poco retorcido!

—¡Y más!

Ambos rieron de nuevo, haciendo que la incomodidad que comenzaban a sentir se disipara. El camarero se acercó para retirar los platos y les preguntó si querían postre. Cassandra lo rechazó y solo pidió café. Alex lamentó que lo hiciera, pero no quiso insistirle. Ella estaba saliendo de su pesadilla personal a su manera. Recordarle el tema, podría disgustarla, y eso era lo último que quería. Por lo que él se ciñó a pedir lo mismo.

—Bueno, ahora que somos un poco más amigos, me vas a explicar por qué me has besado en la playa —dijo Cass, tomando un sorbo de café.

Alex no esperaba aquel comentario, y, mucho menos, que le preguntara por el beso. Pensaba que, con la explicación que le había dado antes era suficiente, pero estaba claro que no

había sido así. Tenía dos opciones: inventar una excusa patética, como era que solo se había ceñido al libro, o decir la verdad.

Tras mirarla a los ojos, se decidió por la segunda.

—Se ve que alguien te ha repetido esas palabras demasiadas veces sin tener en cuenta tus sentimientos. He sido capaz de notar tu dolor en el tono de tu voz y en tu cara. Quizás no fuera la forma más adecuada, pero es que todo lo que soy me decía que debía mostrarte lo preciosa y deseable que eres, por lo que he usado la novela como excusa para hacerlo. Cass, ambos sabemos que lo que hemos compartido ha sido solo para divertirnos, sin embargo, tengo que admitir que en Nueva York tuve mucha suerte. Te aseguro que había decenas de hombres dispuestos a ocupar mi sitio sin pensárselo dos veces, pero me elegiste a mí y...

Alex dejó las palabras en el aire porque no sabía bien qué quería decir. Por supuesto, deseaba dejarle claro que él también la había elegido aquella noche porque era una mujer impresionante, solo que su intención no era llevarlo mucho más allá de lo que había significado: tan solo sexo sin compromiso.

Ella bebió otro sorbo y suavizó su expresión.

—Entiendo lo que quieres decir. Gracias por tratar de hacerme sentir mejor. Sí, siempre he tenido alrededor aleccionadores para enderezar mi vida. Todo por mi bien y en mi beneficio, solo que lo único que conseguían era hundirme más. Trato de hacerlo lo mejor que puedo. No soy perfecta ni pretendo serlo. Hubiera deseado que me dejaran en paz, aunque, dada la cercanía, era imposible.

Ambos se miraron porque la cita estaba llegando a su fin, al menos tal y como describía en el libro, y no había sido tan sencilla como esperaban. Cassandra había compartido su dolor por haberse sentido menospreciada al no cumplir los cánones exigidos por su madre y exprometido, y Alex el de la pérdida de sus padres. Confesiones que ninguno esperaba revelar nunca. Y aunque solo habían enseñado una ínfima parte de sus secretos más personales, ambos se sintieron mejor tras haberlos compartido.

Alex la miró y entendió que, de quién hablaba, era alguien muy importante en su vida, pero no se atrevió a preguntar. Si Cassandra se lo contaba alguna vez, sería por iniciativa propia. Fue, en ese momento, cuando cayó en la cuenta de que ella no había mencionado nada sobre sus padres y, de algún modo, se sintió agradecido porque no había querido hurgar en la llaga.

—Lo siento —dijo, tratando de reconfortarla de alguna manera.

—No pasa nada. Bill, mi ex, era condescendiente, pero, la que realmente me hundía era... es... mi madre —soltó al fin—. Ella es la perfección, y yo su peor versión con diferencia.

—No estoy de acuerdo —interrumpió Alex—. No conozco a tu madre, pero de lo que sí estoy seguro es de que la superas con creces en todos los sentidos.

Cassandra no respondió. No podía. Cualquier cosa que añadiera iba a dejar en mal lugar a su madre. Eso no diría mucho de ella, pese a que solo se había ceñido a la verdad. Al final, dijo lo único que se le ocurrió para salir del paso.

—¿Pides la cuenta?

—Claro.

Alex hizo una señal y el camarero se acercó. El escritor pagó el almuerzo y ambos salieron en silencio.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Cass, queriendo olvidar los últimos diez minutos de conversación.

—En principio, esto era todo en ese capítulo. —Alex no quería dejar a Cass porque la veía algo triste y porque no le apetecía acabar aún con la cita—. Después de almorzar, Tina se va

porque tiene que trabajar por la tarde y no quedan en verse hasta la semana siguiente.

—Tienes razón. Entonces, ¿ya está? —preguntó ella de forma retórica. Sin duda, no le parecía suficiente.

—Solo si tú quieres. Por mí, compramos una sombrilla y volvemos a la playa. O podemos pasear y cenar juntos.

—¿Estás intentando alargar esta cita para tener ventaja? —Cass negó, reproduciendo un sonido divertido de reproche con la lengua—. ¿Es usted un tramposo, señor Wright?

—Uno de los peores —añadió, dándole la razón mientras sonreía.

—Está bien. Compremos la sombrilla, pero yo te invito a cenar. El resto del día no cuenta porque no está en el libro —negoció Cass, ofreciéndole la mano.

Alex sonrió y la aceptó, cerrando el trato. Volvieron a la tienda que habían visitado esa mañana y compraron la sombrilla, bebidas y algo más para picar. El escritor se preguntó por qué la había convencido tan rápido y dedujo que se lo estaba pasando tan bien como él y, aunque sabía que esa cita había acabado con un saldo negativo en su cuenta, no le importó demasiado. Había podido conocerla un poco más, y eso valía lo suficiente para las futuras citas en las que pensaba emplearse a fondo.

Cassandra, sin embargo, sabía de sobra por qué había aceptado continuar con aquella farsa. Primero, no quería pasar el resto del día sola y, segundo, necesitaba conocer al verdadero Alex, no al escritor de éxito que quería ganar a toda costa. Aquel beso había despertado en ella algunos sentimientos, pero ninguno se acercaba al amor. Pasión, ardor, fuego y lujuria, sobre todo mucho de lo último. Con él había compartido tres noches inolvidables: unas realmente abrasadoras y nuevas para ella.

Mientras el escritor iba comentando algo sobre la firma de libros en Las Vegas, ella pensó en la verdadera razón de por qué él había exigido que ninguno tuviera sexo con nadie. Las palabras de April volvieron a su mente en tropel: «Alex está interesado en ti». Desechó la idea en el mismo instante en el que la pensó porque le pareció ridícula. Aun así, decidió prestar mucha más atención a los pequeños detalles y, más que nada, en la forma que tenía de mirarla. No era capaz de descifrar qué había detrás porque él le parecía hermético. Sí, antes la había besado de una forma que nada tenía que ver con aquel ridículo juego. Ese beso era el de un hombre que sentía rabia y algo más, pero nada que se acercara a un sentimiento distinto del de un interés puramente sexual.

De pronto, se sintió agotada por tener que estar alerta a todo lo que pasaba y negoció consigo misma concederse una tarde de tranquilidad para poder disfrutar simplemente de la compañía del nuevo «amigo» que tenía al lado. El sol fue testigo de sus risas junto a sus comentarios mordaces hasta desaparecer en el horizonte y la noche los acompañó hasta el momento justo en el que Alex la dejó en un taxi.

No hubo beso de despedida, aunque no fue por falta de ganas.

CAPÍTULO 35.

¡sorpresa!

El domingo, Cassandra se despertó con una sensación incapaz de definir. Por un lado, estaba agotada por el día de playa. Por el otro, no se arrepentía en absoluto de haber aceptado algo tan loco como aquel juego.

Con una taza de café recién hecho entre las manos, se quedó absorta mirando a la nada hasta que su móvil comenzó a sonar.

—¡Ey! Forastera, ¿cómo va todo? —dijo ella.

—Hola, Pretty Woman —respondió Sam—. Pues bien, y supongo que a ti también te va de maravilla porque no hablo contigo desde hace una semana.

—Lo sé, pero es que llevo unos días de locos.

Cass le hizo un resumen a todo trapo de lo que había sucedido en el trabajo con la editora jefe, pero no fue capaz de contarle lo de la apuesta con el escritor.

—Entonces, ¿un año? —preguntó Samantha.

—En principio, pero todo depende de Lucille.

—Bueno, siento mucho que tenga que pasarse el embarazo en cama, aunque eso te ha dado la oportunidad de demostrar lo que vales, ¡y estoy segura de que después tu jefe no te va a dejar escapar!

Ambas sonrieron.

—Ya veremos. Ahora, háblame de ti. ¿Qué tal todo con Maverick?

—Uf, Pretty Woman. Mav es muy especial. Aún nos estamos conociendo, pero me siento muy bien con él.

—Sam, no hay prisa. Tú disfruta del momento.

—Exacto. Bueno, ¿y tú? ¿Has visto ya a tu escritor favorito? Mav me ha dicho que tu editorial es quien publica sus libros. Por cierto, me he comprado el primero y Derek es el hombre de mis sueños. En cierto modo, se parece un poco a Maverick. A ver, solo llevo ocho capítulos, pero Alex escribe de maravilla.

—Y, ahora, yo soy su editora.

—No me lo puedo creer. O sea, ¡que tenéis que trabajar juntos!

—Pues sí. Corrijo su manuscrito y le doy mi opinión. Vamos, lo mismo que hacía en Nueva York con los otros escritores.

—Bueno, Cass, lo mismo no, que os habéis visto desnudos. Sé que solo ha sido una vez, pero ¿no te resulta algo incómodo? Ya sabes...

—Sam, tengo que contarte algo, pero, por favor, deja que termine antes de gritarme, ¿vale?

—¿Gritarte? ¿Qué has hecho?

Cassandra acabó reuniendo el valor suficiente y le confesó todo lo que había compartido con el escritor desde que había llegado a California. Samantha no era capaz de contestar porque la mujer al otro lado de la línea sonaba igual que su hermana, pero su comportamiento poco se acercaba al de la persona que conocía.

—¿Qué opinas? —preguntó temiendo su respuesta.

—Pues... Dios, me has dejado sin palabras. Podría decirte que hasta entiendo que te

hayas acostado tres veces con él porque hay que reconocer que es súper atractivo, pero, de ahí a la apuesta, te juro que me pierdo. Dime la verdad, ¿por qué has seguido adelante?

—No lo sé, Sam.

—No, ni hablar. Esa respuesta no me sirve.

—Yo no tengo por qué darte explicaciones —se defendió Cass.

—Y no es eso lo que te estoy pidiendo. Soy tu hermana y, por lo mucho que te quiero, necesito entender qué te ha llevado a actuar de esa manera. El dinero no es el motivo, eso es evidente. Y dudo mucho que sea solo por «Bajarle los humos», tal y como acabas de decirme. Has apostado tu cuerpo, Cass, por eso te lo voy a volver a preguntar: ¿por qué has seguido adelante?

—¡Que no lo sé!

—Pues a mí solo se me ocurre una respuesta.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es?

—Será verdad, ¡pues que te gusta!

—¿Qué dices?

—Vamos, Cass, a mí me puede sentar fatal que alguien quiera quedar por encima de mí o que tenga una necesidad casi patológica de dejarme por los suelos. Vale, sí, pero jamás apostaré una noche de sexo por cerrarle la boca. ¿Comprendes?

—Sam...

—¿Qué pensarías de mí si hiciera eso con Maverick?

Cassandra se quedó un instante callada sin saber qué responderle. Su hermana tenía razón. La excusa que había fabricado en su mente no se sostenía, de modo que acabó por decir parte de la verdad para salir del paso.

—Mamá y Bill me arrebataron la fuerza de voluntad. Ellos exigían y yo acataba. No tengo excusa. La culpa no es suya, sino mía. Les dejé manejar a su antojo, y ahora esos años me parecen una ilusión porque una sola imagen borró de un plumazo quien era. Siento por Alex una atracción irrefrenable. Pero lo mismo que la siento, me niego a que otro hombre se salga con la suya porque, entonces, volvería a perderme. Si él me pidiera otra noche, se la daría sin pensarlo —dijo con la voz quebrada—, aunque ahí nunca estará mi corazón porque Bill lo destruyó.

—Dios, ¿aún sigues así?

—¿Y cómo quieres que siga?

—Acepto que quieras divertirme, pero, créeme, te estás engañando a ti misma.

—¿Qué quieres decir?

—Que tu corazón ya tiene nuevo dueño.

—Lo sé, y soy yo.

—Vale, entonces, ¿por qué te fuiste a cenar con Alex?

—Pues... para no estar sola. Solo lo conozco a él, a April y a Blair, y ellas ya tenían planes.

—De acuerdo, pero podías haber vuelto a casa o salir por ahí, pero no lo hiciste. Cass, sabes que te quiero muchísimo y que pienso que debes hacer aquello que decidas que es mejor para ti, pero déjame decirte esto sin haberos visto: ambos vais a perder.

—No me puedo creer que hayas dicho lo mismo que April.

—¿April quién era?

—La agente inmobiliaria que me encontró el apartamento.

—Es verdad. ¿Sabes qué te digo? Que esa chica me gusta porque tiene sesera.

—Se lo diré de tu parte.
—También se lo podría decir yo en persona si me la presentas.
—¿Cómo?
—¡Sorpresa! Las chicas y yo vamos a ir a verte en dos semanas. Rachel comienza las vacaciones de verano y Olivia se va a pedir unos días libres porque le deben no sé cuántas horas, lo mismo que a mí.
—¿En serio vais a venir?
—¡Pues claro!
—¡Sois las mejores!
—Lo sabemos. —Ambas rieron—. Cass, ¿le has contado a Rach o a Oli lo de Adam... Alex? Dios, ¡qué lío!
—No, aún no.
—No lo hagas por teléfono. Hazme caso. Mejor cuando lleguemos.
—Está bien. ¿Vas a ir a casa a almorzar?
—Sí, y llevo a Maverick.
—¿De verdad?
—Ya te he dicho que es bastante especial.
—Me alegro mucho por ti, Sam.
—Gracias.
—Oye, dile a mamá y papá que los llamaré la semana que viene. Y no les cuentes nada del nuevo puesto. Quiero hacerlo yo, pero hoy estoy agotada.
—De acuerdo. Un beso.
—Otro para ti.

Cassandra colgó sintiéndose muy emocionada porque, en un par de semanas, tendría a Sam, Rachel y Olivia bajo su techo. Durante un momento, pensó en lo que le había dicho y no podía darle la razón a su hermana con lo de Alex. Su corazón no le pertenecía a nadie más que a sí misma y, con ese pensamiento, cogió la novela de su némesis. Tenía todo un día para imbuirse en la nueva historia y no había nada que le apeteciera más. Bueno, tal vez sí, pero iba a contentarse con leerlo de manos de uno de los mejores del género.



Alex estaba enfrascado en un diálogo cuando recibió una llamada de Isaiah. Antes de descolgar, sonrió sabiendo el motivo.

—Buenos días —dijo el escritor.
—Sí, sí. ¿Qué tal ayer?
—¿Ni un triste saludo?
—No tengo tiempo. En quince minutos, voy a la playa. Hoy comienzo a dar clases de surf a media docena de adolescentes. Según como vaya, quizás contrate a otro profesor.
—Oye, no sabía que te ibas a dedicar a la docencia.
—Bueno, yo no diría tanto. Es más bien un primer contacto con las tablas y las olas. Si ya quieren dedicarse profesionalmente, pueden apuntarse a una academia —explicó el surfista.
—Claro.
—Pero, vamos, la principal razón es que los padres descansan y yo me gano un extra.

—Pues muy bien.

—Al grano: ¿qué tal la cita? ¿Ya la has enamorado? —Isaiah frunció los labios para no soltar una carcajada.

—¿Te digo la verdad?

—Claro.

—Fue un verdadero desastre.

Alex le resumió la odisea de la playa y el almuerzo. Al llegar a la parte de la cena, su amigo no tuvo más remedio que interrumpirlo porque no entendía aquel cambio de planes.

—Espera, espera. Entonces, ¿tuvisteis dos citas en el mismo día?

—No, claro que no. El resto de la tarde solo éramos dos amigos que decidieron volver a la playa y después salieron a cenar.

—Joder...

—¿Qué pasa?

—Nada, hombre. Es que, como estoy hablando contigo, por poco se me olvida coger la parafina para las tablas —mintió.

Isaiah no sabía cómo decirle a su amigo que estaba perdidamente enamorado de Cassandra y ella de él. Esperaba equivocarse porque, de lo contrario, ambos iban a sufrir mucho al acabar si no aceptaban que estaban hechos el uno para el otro. Pero la cabezonería es una insensata que te empuja a no cambiar de opinión, y de eso los dos poseían demasiado.

—Ah, pues menos mal. Mira a ver si necesitas algo más.

—Es lo que estoy haciendo. Dame un minuto —dijo mientras repasaba la lista para asegurarse—. Ya está.

—Bueno, y tú, ¿qué tal con April? ¿Quedasteis?

—Anoche fui a cenar a la casa de sus padres.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo fue?

—Pues habían montado una fiesta enorme, o lo que ellos llaman: la reunión semanal para ver a la familia. En serio, era como en el cine. Estaban todos los tíos, primos, hijos, nietos. ¡Yo qué sé!

Alex soltó una carcajada.

—¿Cuántos erais?

—Creo que unos treinta o treinta y cinco. Perdí la cuenta después del segundo chupito de mezcal.

—A ver, a ver, pero ¿cuánto hace que conoces a esa chica?

—Entre que empezamos a tontear y salir, casi tres meses.

—¿Y ya te ha presentado a su familia?

—Sí.

—¿Cómo ha conseguido obligarte?

—¿De qué hablas? He sido yo quien le ha chantajeado para que me la presentara.

—¿Por qué?

—Porque me he enamorado de ella. April me hace reír. Me ha deslumbrado su forma de ser, cómo ve la vida, piensa, siente... Además, es la chica más bonita que he visto nunca y, cuando está cerca, el resto se vuelve borroso porque solo ella brilla. Ayer le dije que la quería, y ella me lo dijo a mí.

—No me lo esperaba.

—Ya, lo sé. Alex, divertirse está muy bien, pero me niego a no estar con la persona que amo por la falsa ilusión de que la vida que llevo es mucho mejor. Yo aspiro a mucho más, y

ahora sé que es junto a April.

—Me alegro por ti.

—Gracias. Otra cosa y te dejo. Dentro de dos sábados, es su cumpleaños y necesito que me ayudes a buscarle algo bonito.

—Por favor, dime que no vas a comprarle ya un anillo.

—No, hombre, no. ¿Qué quieres, que salga huyendo? Pensaba en una pulsera, o una cadena con algo simbólico. No tengo ni idea, así que búscame un hueco esta semana y vamos juntos a una joyería.

—De acuerdo, aunque te advierto que tampoco tengo mucha idea.

—Sí, pero cuatro ojos ven más que dos.

—Eso es irrefutable.

Ambos rieron.

—Otra cosa, Alex. April me ha pedido que te diga que estás invitado.

—Vale. Dile que iré, no quiero perderme tu cara con toda su familia alrededor.

—¿Sabes que te estás volviendo aún más cínico?

—¡Y yo a ti te veo el año que viene casado y con un crío!

Isaiah soltó una carcajada, aunque la imagen que formó en su cabeza con el comentario de Alex no le desagradó en absoluto.

—Ah, se me olvidaba. ¿En tu segunda novela no había una cita que se desarrollaba en un cumpleaños? O igual es en otro libro.

—Sí, en *Conseguiré que seas mía*, Dylan invita a Lena a pasar un fin de semana en las Rocosas por el cumpleaños de su hermano pequeño.

—¿Ves? Yo recordaba algo de eso.

—¿Pero tú no decías que no habías leído mis novelas?

—¡Pillado!

—Entonces, ¿lo has hecho?

—Claro que sí. Y siempre lo haré porque eres mi mejor amigo.

—Me has dejado sin palabras.

—Eso me cuesta mucho creerlo. —Ambos rieron—. Además, he de confesar que he copiado alguna que otra cosilla para ligar. Debes saber que tu método es infalible. ¡A mí me sirvió con April!

—¿En serio? Pues me alegro.

—Bueno, volviendo al cumpleaños, ella me ha dicho que llamaría esta mañana a Cassandra para invitarla. Además, la necesita para llevar a cabo un secreto que no puedo revelar y que va a ser algo muy especial.

—Vaya, ahora sí que no te puedo decir que no. —Rieron de nuevo—. Hablaré con Cassandra y aprovecharemos la fiesta.

—Agradécemelo porque acabo de ahorrarte un pastizal.

—¿Eso crees? Ahora tengo que comprarle un regalo a April, y soy malísimo para elegirlos. A Jess un año, como regalo de Navidad, le di una de esas cajas de experiencias. Le faltó poco para lanzármela a la cabeza.

—No me hables de esa arpía que me pongo de mala leche. ¡Y olvídate ya de ella! Ahora tienes que centrar todos tus esfuerzos en Cassandra. No va a ser fácil ganarte su corazón —dijo para picar al escritor y que dejara atrás a su ex de una vez por todas—. Además, tienes que admitir que, en cuanto al amor se refiere, estás más oxidado que las compuertas del Titanic.

—Yo soy infalible. Una cita más y ya habré ganado. Sobre todo si ocurre algo especial en

un momento en el que las defensas están bajas porque tiene puesta toda su atención en otra cosa.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo cuál?

—Pues cualquier fiesta en la que se lo está pasando bien, cuando ve a un bebé recién nacido, mirarla a los ojos en una boda justo cuando la pareja se está dando el «sí, quiero»... Hay cientos de oportunidades que puedes aprovechar.

—Joder, Alex, sí que eres bueno.

—Lo sé.

—Pillarla con las defensas bajas. ¡No se me había ocurrido!

—Oye, ¿tú no tenías que irte?

—Sí, pero aún no ha llegado ningún puñetero padre con su hijo. La puntualidad brilla por su ausencia.

—La gente es muy informal. Bueno, te dejo. Hoy voy a casa de Alice a pasar el día con ellos.

—Salúdalos de mi parte y dales un beso a Wonderland y a Maddie.

—Eso está hecho.

—Oye, si al final aprovechas el cumpleaños, ¿cuál será la siguiente cita?

—Aún no lo he decidido. Además, pensaba hacerlas en orden con las novelas, pero no creo que vuelva a darse otro tan concurrido como el que creo que será el de April.

—Eso te lo aseguro. De todos modos, tú eres el que eliges las citas, ¿o me equivoco?

—No, yo las elijo. Tengo que decírselo a Cass porque ha de leerse ese capítulo.

—Pues listo. Oye, te dejo, que acaban de llegar todos en tropel.

—¡Suerte con ellos!

—Creo que más bien voy a necesitar un crucifijo.

Los dos se echaron a reír con ganas. Alex colgó con una sensación extraña. Por un lado, quería ser fiel a cada libro y seguir la línea temporal de cada pareja, pero, por otro, le parecía una tontería no aprovechar un evento que era bastante complicado de reproducir y que fuese real. Así que tomó la decisión de que la siguiente cita sería en el cumpleaños de April.

Con ese pensamiento, miró la hora: las once y media. Aún tenía unos minutos antes de marcharse. Buscó el teléfono de Cass para llamarla. Cuanto antes conociera los nuevos planes, mejor.

—Buenos días —dijo ella sorprendida. No esperaba que él la llamara.

—Hola, Cass. Verás, ha surgido un evento que me viene al pelo para una nueva cita. Lo único que ocurre es que no es de la primera novela, si no de la segunda.

—Ah, bueno. Pero eso no importa, ¿no? Todas son, en teoría, primeras o, como mucho, segundas citas, así que no lo veo mal. En todo caso, tú eres el que decides cuál quieres que hagamos.

—Perfecto. ¿Has hablado con April?

—Sí, hace un rato. Esta mañana no para de llamarme todo el mundo.

—Entonces, ya te habrá invitado a su cumpleaños.

—Sí, es dentro de dos semanas. Aunque no sé si voy a poder ir porque vienen mi hermana y dos amigas de Nueva York. —Cass obvió a propósito compartirle el favor que le había pedido la agente inmobiliaria—. Por supuesto, las ha invitado a ellas también, pero no sé si les apetecerá ir.

—Bueno, yo te quería proponer que leyéramos el capítulo de *Conseguiré que seas mía* cuando Dylan invita a Lena a pasar el fin de semana en las Rocosas por el cumpleaños de su hermano pequeño.

—Sí, lo recuerdo. Bueno, más o menos.

—Hay una gran celebración, y ellos se besan por primera vez.

—Es verdad.

—Si estáis todas invitadas, nos vendría genial aprovechar la fiesta porque sería real. ¿Entiendes?

—Claro. Tranquilo, se lo propondré a las chicas. No creo que haya ningún problema.

—Perfecto. Cass, quería decirte que ayer fue un día... —se quedó pensando la palabra adecuada— diferente.

—Y que lo digas.

—Siento que la cita fuera un desastre.

—Alex, no lo fue... para nada. Me divertí mucho luchando para vestir a aquellos dos corredores de fondo.

Ambos rieron.

—Bueno, espero que la siguiente sea mejor.

—Traducción: a ver si en la siguiente consigues ganarme. Chico, siento decirte que estás a millones luz de la meta.

—Hum... así que no te importa darme pistas. Ya estoy más cerca de lo que creía.

—¿Qué vas a hacer hoy?

—En cuanto cuelgue, voy a casa de mi hermana a pasar el día con ellos. ¿Y tú?

—Yo tengo entre manos la novela de un escritor muy cargante y prepotente. Llevo cinco capítulos y es muy decepcionante —se burló.

Alex dejó escapar una carcajada.

—¿Cargante y prepotente? Pues no lo conozco.

—Piensa, piensa, que no es tan difícil. —Ambos rieron de nuevo—. Ya sé que me dijiste que no lo leyeras hasta llegar a esas citas, pero no me parecía bien porque Lucille me pidió que lo hiciera.

—Tienes razón. Bueno, «editora», ya que has empezado, ¿qué opinas del comienzo?

—Por desgracia, no puedo poner ni una queja, y mira que me he esforzado en buscarle fallos. Pero no, me está gustando mucho por ahora.

—Igual no es tan malo el escritor.

—No lancemos las campanas al vuelo tan pronto.

—De verdad, espero que te guste —respondió él muy serio.

A Cassandra le dio un vuelco el corazón al oír el cambio de tono. En esas palabras no solo estaba el escritor, ahí había mucho más. En esa corta declaración estaba el hombre. De pronto, sintió que era Alex quien le pedía una oportunidad, no Adam Wright. Eso provocó que su pulso se acelerara porque no estaba preparada para eso.

Cerró los ojos un instante.

Aquello, únicamente, había sido un pensamiento estúpido y sin sentido. Así que respondió algo en su línea mordaz e hiriente para mantener su coraza intacta.

—No prometo nada, «señor escritor». Eso sí, he de reconocer que te noto un poco más empalagoso que en las anteriores. ¿Será que quiere enamorarse y está buscando una excusa?

Con eso, Cass rompió la magia del momento. Alex volvió a reír y ambos dejaron atrás aquel instante que podía haber inclinado la balanza hacia uno de los dos antes de tiempo.

—Tanto como ir al dentista para sacarme todas las muelas.

Cassandra rio sin querer detenerse en lo que había sentido.

—¡Menuda comparación!

—Bueno, Cass, he de irme. Si puedes confirmarme lo del cumpleaños, te lo agradezco. Si no, tendré que buscar otra cita.

—Tranquilo, seguro que vamos.

—Perfecto —repitió—. Pasa un buen domingo.

—Igualmente.

Ambos colgaron con una sonrisa. Ninguno podía negar que no se divertía con el otro, pero de ahí a que hubiese algo distinto era impensable.

Cass abrió la novela y comenzó el capítulo seis. Donovan, el protagonista, no dejaba de negar que quisiera a Emily. A ella le fastidió que él fuese tan cabezota porque se veía claramente que ya estaba loco por ella. Y así, con un pequeño malestar mientras devoraba las páginas para llegar al momento en el que él admitiera que estaba enamorado, transcurrió su domingo.

Alex, tras despedirse de su gata, condujo hasta la casa de Alice. Allí pasó gran parte del día jugando con Madison en la piscina y dibujando algún que otro boceto para Zac.

Justo antes de dormir, ambos miraron al cielo. Cassandra desde el balcón y Alex desde el porche. Pese a haber disfrutado de un buen día, ambos volvieron a la conversación que habían compartido sin poder evitarlo. No había sido nada memorable, pero sí elocuente y divertida.

Tras volver al interior, ambos se dirigieron a sus respectivos dormitorios sin querer darle vueltas al asunto, pero convencidos de que, en la siguiente cita, lograrían su objetivo.

CAPÍTULO 36.

el cumpleaños de april

Las dos semanas siguientes, fueron tan agotadoras como se esperaban. Lucille solo había podido conectarse unas pocas veces, las suficientes como para poner a Cassandra al día de todas las reuniones pendientes con los escritores y demás presentaciones en la ciudad. Por el momento, todo parecía bajo control. No había ninguna publicación programada hasta dentro de tres semanas, de modo que tenía tiempo para leer sin tantas interrupciones.

Alex, tal y como le había pedido Lucy, se pasó una mañana por la editorial. Quería tener una reunión con ella y Cassandra para hablar de las ventas. Lucille, aun estando solo conectada *online*, en cuanto los vio juntos, tuvo una corazonada de lo que había entre los dos. Como no estaba del todo segura, se lo guardó para sí, pese a que el escritor le había pedido que se lo contara. El único consejo que le dio la experimentada editora fue que tuviera los ojos abiertos, pero le aseguró que estaría allí cuando la necesitara. Aunque Alex no comprendió a qué se refería, decidió no insistir para no alterar a la futura mamá.

Cassandra había contado los días para que Samantha, Rachel y Olivia llegaran. El sábado, sobre las ocho y media, hora de California, recibió un mensaje de su hermana diciendo que ya habían embarcado. Eso suponía que aún le quedaban unas tres horas para ir al aeropuerto a recogerlas. Estaba muy emocionada porque sabía que iban a ser unos días moviditos, pero no había nada que le apeteciera más. Cuatro chicas en dos habitaciones. Al menos el apartamento contaba con dos baños, si no, hubiese sido una locura total.

A las diez y media, antes de salir, llamó a April.

—Buenos días, cumpleaños. ¡Feliz cumpleaños!

—¡Ey, Cass! Muchas gracias. Oye, ¿tu hermana y amigas?

—Ya están de camino. A las once saldré para ir a recogerlas.

—Genial.

—¿Todo bien? Ya sabes.

—Sí, Cass. Muchas gracias porque, sin ti, no hubiera quedado tan espectacular. Tienes mucha imaginación. En serio, deberías dedicarte a escribir. Has creado un precioso cuento de hadas.

—No creo que fuese capaz de escribir, pero siempre me ha encantado la decoración.

—Pues podrías hacer ambas cosas. Nos vemos a las ocho y media. Aunque, si podéis estar un poco antes, mejor.

—Claro, sin problemas. Oye, April, ¿estás segura de que al final no vendrá tu tío Samuel?

—Segurísimo. Ya me han llamado mi tía y él para felicitarme. Les da mucha pena no venir, pero como la fiesta la he organizado en el último momento por lo que ya sabes, ellos ya tenían otros planes. Te aseguro que hacía mucho que no organizaba algo así, pero no lo cambiaría por nada.

—Que sepas que eres la mejor.

—Gracias, Cass.

—Bueno, te dejo. Me voy a recogerlas. Un beso.

—Otro para ti.

Cass bajó al aparcamiento y subió a su coche. El familiar ronroneo consiguió que sonriera, pero no lo hizo solo por eso. Durante siete días, estaría rodeada de su familia, porque Sam y las chicas, que la habían apoyado sin condiciones ni reproches, significaban todo para ella.

A las doce y media, las vio caminando hacia la salida. Sin poder aguantar un solo segundo más, en cuanto cruzaron, corrió hacia ellas. Las tres la abrazaron con fuerza.

—Dios, no puedo creer que estéis aquí —dijo Cass, dejando libres dos lágrimas que recorrieron a toda velocidad sus mejillas.

—Calla, por favor, ¡qué me vas a hacer llorar! —se quejó Olivia.

Después de otro enorme abrazo de oso de las cuatro, se dirigieron al aparcamiento.

—Bueno, contadme qué tal va todo —pidió la escritora con una enorme sonrisa.

—Empiezo yo —dijo la periodista—. Mi vida no ha cambiado absolutamente nada desde que te fuiste. Fin del informe.

Todas rieron.

—¡Qué mal está la cosa! Oli, ¿tú resumiendo? —se burló Cass.

—Y tanto.

—Vale, sigo yo. —Tomó el turno Samantha—. Me han ascendido en el trabajo y creo que me estoy enamorando de Mav. Y como ha dicho Oli: fin del informe.

Más risas.

—Enhorabuena por el ascenso, Sam. En cuanto a Maverick...

Cassandra no supo cómo continuar. No es que no se alegrara por ella, pero tenía miedo de que le hicieran daño.

—Cass, respira, que no eres tú la que se está enamorando —se mofó su hermana.

—Ya, pero eres muy joven. ¿Lo has pensado bien? No hace falta que te recuerde mi experiencia, ¿verdad?

—Maverick no es Bill y, perdona que te lo diga, pero estoy harta de este maldito jueguecito que te has montado para demostrar que no necesitas el amor en tu vida. Yo no soy tú, Cass. Haz lo que te dé la gana, pero no se te ocurra juzgarme por desear que alguien me ame.

Un silencio incómodo se coló en el coche y ninguna fue capaz de decir nada. Un semáforo sirvió para dar pie a una disculpa necesaria.

—Lo siento, Sam. No me hagas caso. Estoy muy feliz por ti, por todo, en serio.

—Vale. Disculpas aceptadas. Ahora, cuéntales tu genial idea.

—¿Qué idea? —preguntó ella sin entender.

—La apuesta, Pretty Woman. La famosa apuesta.

—¿De qué está hablando? —preguntó Rachel.

Cass dejó escapar un suspiro. Empezaba a estar cansada de que todos tuvieran algo que decir acerca de sus decisiones. Sus dos amigas no paraban de instigarle para que lo contara, de modo que acabó haciéndolo. Ninguna de las dos supo qué decir. En eso, Cassandra aparcó en el garaje y las cuatro subieron a su apartamento.

Una vez instaladas Rachel y Olivia en la habitación de invitados, la editora pasó con Sam a su habitación para que dejara la maleta.

De vuelta al salón, Cass preparó café. Sentadas cómodamente en el sofá, sus dos amigas no pudieron aguantar la presión de mantenerse calladas. Ambas hicieron un frente común para mostrarle su preocupación por la extraña decisión que había tomado.

Tras una pequeña discusión, bastante parecida a la que había tenido con April y Blair, incluso con Sam, acabaron por aceptar que su decisión era inamovible.

—Bueno, haz lo que veas, pero me sorprende mucho que actúes así —opinó Olivia.

—Pienso igual que ella —le dio la razón Rachel—, aunque qué sé yo de relaciones de pareja.

—¿A qué viene eso? —preguntó Cass.

—Pues a que Caleb está muy pesadito con lo nuestro. Reconozco que ha cambiado. Borró de un plumazo decenas de contactos de «conocidas» con las que solo... ya sabéis. Se lo agradezco, aunque no sé si estoy preparada para tener celos. ¡Es agotador! Él no para de decirme que veo fantasmas donde no los hay. Puede que sea así, pero no soy capaz de olvidar lo que te ha pasado, Cass, y me niego a que me ocurra lo mismo.

—Lo entiendo, Rach —respondió ella.

—Es mi hermano y lo quiero, pero dudo que pueda mantener su palabra —añadió Sam.

—Lo sé. Por eso estoy pensando en romper con él.

El móvil de Rachel comenzó a sonar. Ella miró la pantalla: era Caleb. Las tres se mantuvieron en silencio mientras su amiga decidía qué hacer.

—No quiero contestar —acabó diciendo.

—Pues ponlo en silencio y ¡disfrutemos del día! —dijo Cass muy emocionada—. Estáis aquí. Os aseguro que no me lo creo, así que dejemos los dramas. Poneos vuestro bikini más sexi y vámonos a la playa.

Las tres rieron al ver la mueca que había hecho la editora.

—Oye, ¿y esta noche tenemos que ir a ese cumpleaños? —preguntó Olivia, que no acababa de ver qué harían ellas allí.

—Sí. Va a pasar algo precioso, pero no quiero contároslo para que os llevéis la sorpresa. Además, Alex y yo tendremos la segunda cita. Ya me he leído el capítulo, y no tiene nada que hacer.

—Bueno, Cass, ¿y qué le llevamos a April? No la conocemos, y yo no voy a presentarme sin nada —dijo Sam.

—Pues cualquier detalle. Iremos después de compras, seguro que encontramos algo.

Tras un par de horas en la playa, las cuatro se fueron a comer. En una de las tiendas encontraron algo perfecto para la agente inmobiliaria y regresaron para descansar un poco. Cass, antes de comenzar a vestirse, le envió un wasap a Alex para recordarle que se verían en casa de April, ya que iba a ayudarla con la decoración.

A las ocho menos cuarto, ya estaban en la puerta. Un chico muy guapo, que se presentó como el hermano mayor de April, las invitó a pasar. Mientras Gabriel les decía que esperaran un momento para avisar a la culpable de todo aquello, las hizo sentarse en una de las mesas que estaban aún por montar. Ellas se quedaron impresionadas al ver que el jardín ya estaba terminado. Docenas de guirnaldas de colores se encontraban por doquier. Un enorme cartel de cumpleaños colgaba en un lateral y las numerosas mesas, muchas de ellas ya vestidas con manteles de tonos vivos, comenzaban a rellenarse gracias a la marea incesante de invitados que no dejaba de colocar platos, cada uno más apetecible que el anterior.

April apareció de la nada con Isaiah y se abrazó a Cass como si llevara una eternidad sin verla.

—¡Qué bien que hayáis llegado tan pronto! —dijo emocionada.

—Claro, pero está casi todo hecho, ¿en qué te podemos ayudar?

Una vez terminadas las presentaciones a todo trapo, les acercó más manteles. Después, las llevó dentro de la casa, donde fue presentando sin ningún orden especial a cuanto familiar se iba cruzando en su camino. Una hora después, acabaron de preparar la sorpresa final. Estaban

muy emocionadas y esperaban que todo quedara perfecto. Poco tiempo después, el resto de los invitados llegó.

April, de mano de Isaiah, sintiéndose muy emocionada por tener a tantos familiares y amigos allí, volvió a saludar con mucho cariño. Tras un pequeño discurso de agradecimiento, la fiesta comenzó oficialmente.

Alex, que se había mantenido alejado de Cass hasta el momento, ya que ella no había dejado de ir de un lado a otro ayudando a colocar los últimos detalles, decidió acercarse.

—Hola, Cass —dijo con una gran sonrisa, besándola en la mejilla.

El escritor, al darse cuenta de lo que había hecho, se quedó paralizado. «¿A qué ha venido eso?», se regañó. Ella, sin embargo, no pareció darle importancia y le devolvió el beso con total naturalidad.

—Hola, Alex. ¿Has visto lo precioso que está el jardín?

—Sí, que lo está. No se parece mucho al de la novela, pero servirá, ¿no crees?

—¿Bromeas? ¡Este es mucho mejor! —respondió con verdadero entusiasmo—. Adoro el colorido. Es tan alegre... Me hubiera encantado tener alguna vez una fiesta así.

—¿No has tenido fiestas de cumpleaños? —preguntó bastante sorprendido.

—Sí, claro, pero en plan hollywoodiense. Glamour, plata, oro, blanco... ¡Aburrido! —susurró, haciendo un mohín tan gracioso con la nariz que hizo reír a Alex—. Este es más bonito y familiar.

El escritor observó cómo miraba hacia todas partes con una preciosa sonrisa en los labios, y su cara, iluminada por la ilusión, le pareció la más bonita que había visto nunca. Una sensación nueva inundó su pecho, haciendo que el pasado, de pronto, fuera un poco más lejano. Alex dejó escapar un suspiro cargado de emociones que no guardaban relación con la apuesta, solo que no fue consciente porque solo tenía ojos para ella.

Unas risas cercanas lo hicieron reaccionar, de modo que carraspeó y miró hacia ese lado.

—Hola, Adam —dijo Samantha, dándole un beso en la mejilla—. ¿Qué tal todo?

—Hola, Sam. Muy bien. ¿Qué tal Maverick?

—Fastidiado porque estoy aquí de vacaciones sin él.

Ambos rieron.

—Hombre, el protagonista de la novela... —soltó Rachel mordaz.

—Hola, Rachel —dijo él con media sonrisa.

—Hola, Adam. —Olivia se acercó y lo saludó con un beso.

—Así que les has contado la apuesta. —Miró a Cass divertido.

—Pues claro, necesitaba su opinión. Además, pensé que no te importaría, ya que tú se lo has soltado a mi jefa sin consultarme.

Alex abrió los ojos de golpe.

—¿Y tú cómo te has enterado?

En esto llegó Blair y contestó antes de que Cass pudiera hacerlo.

—A Lucy le faltó tiempo para contármelo cuando la llamé para ver cómo estaba y yo se lo dije a Cass —puntualizó a su espalda.

El escritor se dio la vuelta y la vio.

—Así que he sido traicionado.

Ellas rieron.

—¡Y tanto! —respondió April.

—Dejando a un lado las locuras de estos dos —prosiguió Blair—, quiero presentaros a Stephen. Ellas son Cassandra, Rachel y Olivia. Y ellos, Alex e Isaiah.

—Me alegra conoceros a todos. —Saludó a ellas con un beso—. Alex, Isaiah —dijo, ofreciéndoles la mano.

—Bueno, chicos. Pasadlo bien —interrumpió April—. Voy a saludar a otros amigos. En un ratito, la tarta y, después, ¡a bailar!

El grupito improvisado se deshizo para repartirse entre las distintas mesas donde degustaron las delicias de la cocina de M.^a José, la madre de April.

La cita entre Cass y Alex se desarrolló con bastante similitud a la descrita por el autor. Risas, buena compañía y mucha comida.

Hora y media más tarde, Gabriel, Leo y Leonard sacaron la enorme tarta de cumpleaños. Tras cantar más o menos desafinado la melodía de Feliz Cumpleaños, April sopló las velas. Todos la vitorearon para felicitarla y repartieron decenas de trozos de pastel en un tiempo récord.

Poco después, cuando la mayoría ya había satisfecho su parte más golosa, el ambiente se relajó. De pronto, las luces se apagaron, dejando solo cientos de bombillas led diminutas repartidas por el jardín. Aquella escena parecía sacada de un cuento. Un foco iluminó a Stephen, que llevaba un micro en la mano. Blair, que había sido separada de él con la excusa de que ayudara a Cassandra con la colocación de los regalos, se quedó sin palabras. Él hizo un gesto con la cabeza y la famosísima *L.O.V.E.* de Frank Sinatra comenzó a sonar.

Blair, sin entender qué significaba aquello, se vio arropada por April y Alex, mientras que Cassandra, Samantha y las dos hermanas mayores de la agente inmobiliaria se colocaban en parejas a un lado y al otro de Stephen portando un enorme cartel cada una.

En cuanto él comenzó a decir la primera letra, L, Cass giró su cartel y apareció la letra en grande. Lo mismo ocurrió con las siguientes, O, V y E, de modo que Stephen se vio enmarcado por aquella preciosa palabra con la que estaba declarando cuánto la quería.

Blair, con un nudo en la garganta y los ojos empañados, subió ambas manos a la altura de los labios sin poder creer que aquello fuese lo que estaba pensando. Sus dudas se disiparon cuando, al repetir Stephen el estribillo, detrás de cada cartel apareció la pregunta que llevaba esperando desde hacía mucho: «*Will You Marry Me?*».

Stephen le dejó el micro a Cass y avanzó hasta Blair, hincó una rodilla en el suelo y repitió:

—¿Quieres casarte conmigo, Blair? —preguntó al tiempo que abría una cajita con un precioso anillo en su interior.

—Claro que sí —respondió ella con los ojos llenos de lágrimas.

Él le colocó el anillo y se levantó para besarla delante de todos. Una euforia momentánea copó el silencio que se había creado para llenarla con aplausos, risas y palabras de felicitación por parte de los presentes.

Mientras sus amigas se acercaban para felicitar a la feliz pareja, Olivia se alejó un par de pasos sin poder reprimir sus emociones. Gabriel, que no había dejado de observarla toda la noche y con quien había hablado sin cesar mientras terminaban de preparar las mesas, se acercó a ella al ver su reacción.

—¡Ey! ¿Te encuentras bien? —le preguntó al ver que estaba secándose las mejillas.

—Ha sido precioso, ¿no crees?

—¿El qué? ¿La pedida?

—Sí —dijo, sorbiendo discretamente.

—Sí que lo ha sido. April llevaba semanas conspirando con Stephen sin saber qué hacer, hasta que hablaron con Cassandra y a ella se le ocurrió esta locura al enterarse de su cumpleaños. Han montado esto en un tiempo récord, te lo aseguro. Y, dime, ¿conoces a Blair desde hace

mucho?

—¡Qué va! Desde hace un rato. Samantha, Rachel y yo hemos llegado esta mañana y volvemos el viernes que viene a Nueva York.

—¿A Nueva York? —añadió con un tono de decepción.

—Sí.

—Bueno, entonces, si no la conoces, ¿por qué estás así?

—Porque he soñado con un momento como ese desde que era una niña. Encontrar a alguien que te ame tanto que quiera pasar el resto de su vida contigo.

—¿Un alma gemela?

—Sí, pero creo que la mía ya está con otra porque no hay forma de conocer a nadie que despierte mi interés.

—Bueno, no te preocupes. Mi abuela tiene un dicho para esto: «Un clavo saca otro clavo».

—¿Y eso qué significa?

—Que otro hombre puede sustituir al que buscas —dijo con una enorme sonrisa.

—Supongo —sonrió también—, pero no sería lo mismo.

—¿Por qué no?

—Porque no podría amarlo de la misma manera. Gabriel, el amor es como una estrella fugaz: rara vez podrás ver la misma dos veces.

Él se la quedó mirando muy serio, pensando en sus palabras.

—Entonces, creo que estoy igual que tú. Aunque yo no creo que exista alguien perfecto para cada uno de nosotros, sino alguien que esté dispuesto a regalar su tiempo porque, lo que ofreces, merece la pena.

—Según lo que dices, el amor es un trueque.

—Pues claro. ¿Cómo voy a amar a alguien si no recibo nada? Así no funcionan las relaciones, o al menos es como yo lo veo.

—No te falta razón. ¿Sabes una cosa? Creo que he estado demasiadas veces en el lado que no ha recibido nada.

—¿Y te ha gustado?

—¡Ha sido un asco! —Ambos rieron al tiempo que se miraban a los ojos—. Bueno, pensándolo bien, creo que voy a hacerte caso. Me voy a buscar otro clavo, pero, esta vez, ¡que sea guapo!

Gabriel sonrió y ella no tuvo más remedio que apartar la vista. Aquel chico era distinto, pero acababa de conocerlo. Además, vivía demasiado lejos como para pensar en nada más que en compartir una conversación con él o una copa, quizás dos.

—Bueno, ahora, la pregunta típica: ¿a qué te dedicas? —dijo ella para conocer un poco más de aquel medio latino con los ojos del color del chocolate.

—Soy periodista. Trabajo en *Los Angeles Times*.

—¿En serio?

—Sí, claro. ¿Y tú?

—También soy periodista. *The New York Times* —dijo con verdadera satisfacción.

—Me acabas de dejar impresionado. Oye, ahora que lo pienso, ¡igual tú eres mi clavo!

Olivia soltó una carcajada. Estaba acostumbrada a que los chicos se le insinuaran, pero Gabriel se las había ingeniado para hilar mucho más fino, algo que le gustó bastante más que el trillado «eres preciosa».

—Bueno, si no hay más remedio...

—Anda, ven, vamos a felicitar a los novios.

—Claro. Oye, ¿los conoces desde hace mucho?

—¿A Blair? —Ella asintió—. Bueno, mi hermana le buscó casa cuando se mudó a la ciudad. De eso hace... Pues... no sé, creo que April acababa de empezar en la inmobiliaria —resopló—, unos tres o cuatro años.

—Entonces, hace bastante tiempo.

Gabriel sonrió con picardía y le propuso sin venir a cuento:

—Por orden: felicitaciones, bailamos hasta que no puedas más y copas mientras te puedas mantener sentada —dijo, ofreciéndole la mano.

—Vaya, ¡sí que podrías ser mi clavo! —bromeó Olivia, que, en el fondo, lamentó que la distancia impidiera que aquello no pudiera llegar a más.

Con una sonrisa en los labios, se pusieron en la cola para felicitar a los futuros novios.

—Felicidades —dijo Cass, besando a ambos—. ¿Te ha gustado, Blair? —preguntó, mirando después a la agente inmobiliaria.

—Ha sido precioso —respondió ella con los ojos brillantes—. Y, April, ¡eres una loca maravillosa! Pero ¡te hemos robado todo el protagonismo!

—Te aseguro que no podría estar más contenta, ¡y no me has robado nada! —aseguró emocionada—. Stephen y yo llevábamos semanas pensando qué hacer hasta que le dije a Cass que hoy era mi cumpleaños y tuvo esta fantástica idea.

—Pues un millón de gracias a todos porque jamás lo olvidaré —añadió Blair abrazando a las dos.

Tras felicitar Alex a los novios, se llevó a Cass a un lado del jardín. Una deliciosa brisa movía los cientos de farolillos cuando los primeros compases de *The way you look tonight* de Frank Sinatra comenzó a sonar.

Ella no pudo evitarlo y terminó diciéndole tres palabras que se estaban haciendo recurrente.

—Baila conmigo, Alex.

—Si no hay nadie bailando —respondió, mirando hacia los lados.

—¿Y qué? Frank me llama —añadió Cass, ofreciéndole la mano.

—¿Frank?

—Shh...

Cass se acercó y apoyó la mejilla en la de Alex mientras él la abrazaba hasta unir sus cuerpos en un ritmo lento. Ese contacto hizo que ambos sintieran un escalofrío.

—No sabía que te gustaba Frank Sinatra. Me resulta curioso.

—Mi abuela lo adora. Cuando era pequeña, la visitaba muy a menudo, y siempre escuchaba el mismo CD. Yo me enfadaba con ella porque quería oír algo distinto, pero ella decía: «Deja que Frank te enamore». Y esa sí que es una curiosa elección de palabras, ¿no te lo parece?

—Mucho. ¿Y qué opina de que te hayas mudado a Los Ángeles?

—Aún no la he llamado. Mis abuelos son escoceses, igual que mi padre. Hace unos seis años, regresaron para cuidar de mi bisabuela hasta que...

—Vaya, lo siento —la interrumpió para que no acabara la frase.

—Gracias, Alex. Nosotros fuimos el verano anterior a que ella... Bueno, era una mujer muy fuerte, y le debo mi segundo nombre.

—¿También tienes dos nombres? —preguntó él, separándose para mirarla a los ojos.

—Pues claro, «señor escritor», Cassandra Carys.

—Muy bonito.

—Entonces, ¿tus abuelos viven ahora en Escocia?

—Sí. Mi bisabuelo tenía una gran fortuna. A principio de los años cuarenta, mi abuelo le rogó que lo ayudara para mudarse a Estados Unidos porque tenía un sueño: quería ser productor de cine y esa era la única forma de conseguirlo.

—¿Y no en California? ¡Si Hollywood está aquí!

—Ya, pero él estaba enamorado de la ciudad. Además, en esa época, muchas producciones se rodaban allí y no en los estudios, así que acertó de pleno y triunfó a lo grande.

—Vaya, estoy impresionado.

—Tuvo una visión de futuro increíble, y con cinco millones de libras en los bolsillos pudo hacerla realidad.

Ambos rieron sin prestar atención a que el resto de la fiesta continuaba a su ritmo. Samantha, que hablaba animadamente con Rach, April y Blair, se la quedó mirando.

—Chicas, no os giréis, pero Cass está bailando con Alex —dijo ella con disimulo.

Rachel, que la tenía en su campo de visión, la observó un instante y bajó la mirada mientras negaba despacio.

—¿Qué? —le preguntó April, que estaba de espaldas a la pareja.

—Yo ya sé cómo va a acabar la apuesta, y me temo que Cass lo negará hasta el final.

Blair y April se giraron sin poder evitarlo. Ellos continuaban bailando al son de la música mientras ignoraban a las personas que había a su alrededor.

—Dios, Cass... —dijo la cumpleañera.

—Exacto —añadió Sam.

—Chicas, o ayudamos a estos dos o van a acabar destrozados —opinó Rachel.

—Alex lo pasó muy mal hace tiempo —comenzó Blair, que no era capaz de apartar la vista de la pareja—. Le ocurrió lo mismo que a Cassandra —añadió, mirando a la hermana de la editora—. Samantha, tú la conoces mejor que nosotras, ¿qué ves?

—Lo mismo.

—Entonces, tenemos que conseguir que tengan su final feliz —dijo Blair muy emocionada.

—Te oigo y no me lo creo —se burló April.

—Supongo que el anillo me ha dado confianza. —Le guiñó un ojo a su amiga.

—Ah, el anillo de poder...

Las cuatro rieron.

—Bueno, ahora toca pensar cómo vamos a ayudar a esos dos —soltó Sam. El resto le dio la razón, pero permanecieron calladas porque no sabían por dónde empezar.

Al otro lado del jardín, Alex acababa de contarle por encima unas pocas ideas a Cass para uno de los capítulos de la nueva novela. A ella le entusiasmaron porque las escenas prometían mucho.

—Bueno, «editora», ¿qué te ha parecido la cita? ¿Estoy un paso más cerca? —bromeó él.

—Tan cerca como lo está la Tierra de la Luna.

Alex soltó una carcajada y ella acabó por unirse.

—¿Sabes que no tienes corazón? Otra chica ya estaría lanzando pétalos de rosa en el suelo por donde piso —se quejó él, fingiéndose ofendido.

—¿Y tienen que ser rosas? Hombre, ¡con la de flores bonitas que hay! Bueno, si los pétalos fueran de tela hasta lo podría pensar, pero naturales ni hablar, que lo dejan todo perdido.

Cass lo miró y apretó la mandíbula para tratar de mantener una pose seria, pero no lo

consiguió y acabó riendo con ganas.

—¡Eres única para romper momentos mágicos! ¿Acaso no te ha emocionado la pedida de Blair?

—Pues claro que sí. Me he alegrado mucho por ella. ¿Y a ti te ha gustado lo de que fuéramos girando los carteles al ritmo de la música?

—Ha quedado impresionante.

—Fue idea mía.

—¿En serio? No dejas de sorprenderme.

—Eso es para que te des cuenta de que sí que tengo corazón, lo que ocurre es que está fuera de servicio.

Alex entendió sus palabras y asintió levemente.

—Detesto que esté fuera de servicio porque conozco el motivo, pero no lo cambiaría por nada porque así he podido conocerte, Cass.

—¿Está perdiendo la apuesta, «señor escritor»? —preguntó ella con un nudo en la garganta.

—No, «editora», para nada.

La noche avanzó y, poco antes de acabar la fiesta, Alex se despidió de Cassandra sin darle el beso que aparecía en la escena. A ella le extrañó que se marchara sin más, pero él, enfadado consigo mismo por haber bajado las defensas a propósito para comprobar su reacción, se dijo que ella no estaba aún preparada para reconocer las señales.

Caminó lo más rápido que pudo hasta llegar a su coche y salió como alma que lleva el diablo para arrasar la primera tienda de licores que encontrara. Necesitaba convertir aquel maldito comentario en un lejano recuerdo, y solo podría conseguirlo enterrándose bajo capas y capas de alcohol.

CAPÍTULO 37.

¿mexicano o japonés?

Durante toda la semana, Cassandra tuvo la sonrisa instalada en la cara. Por la mañana, Samanta, Olivia y Rachel salían para hacer turismo y, por la tarde, cuando la editora regresaba del trabajo, iban a la playa y después a cenar a un restaurante distinto cada noche.

Olivia se saltó tres cenas porque Gabriel no dejaba de invitarla y era incapaz de decir que no. No eran nada, sin embargo, quería pasar más tiempo con él. El periodista lamentaba que volviera a Nueva York tan pronto y, en el fondo, ella también. La noche que se despidieron no hubo promesas, solo compartieron un beso cargado de sentimientos incipientes con tintes de tristeza por el inevitable adiós.

Los momentos que pasaron juntas fueron maravillosos. Ninguna volvió a sacar el tema de la apuesta, cosa que Cassandra agradeció. La noche del cumpleaños, sus cuatro amigas y Sam habían hecho un pacto: dejar de insistirle para que acabara con aquello. Lo que habían visto mientras bailaban no tenía otra interpretación. Se amaban, pero ninguno iba a dar su brazo a torcer. Así que decidieron que el tiempo pusiera cada cosa en su lugar.

Unos días más tarde, Alex la llamó para verla en la editorial. Le había enviado un par de días antes los siguientes diez capítulos y quería revisarlos con ella.

—Hola, Alex —dijo al verlo entrar en su despacho.

—Hola, Cass.

Ambos sonrieron al darse cuenta de que habían dejado atrás a Adam y Cassandra. La siguiente hora y media, ella le fue mostrando las correcciones y aquellos puntos que consideraba necesarios que el escritor trabajara un poco más.

A Alex le gustó mucho el informe tan detallado y tomó algunas notas para que no se le olvidaran las ideas que le habían surgido a raíz de su conversación.

—En general, me ha gustado mucho cómo ha avanzado la trama. Le he consultado a Lucille y ambas opinamos igual, así que piensa los posibles cambios de los que hemos hablado. De todos modos, ante cualquier duda, me llamas y lo vemos.

—Perfecto. Les echo un vistazo cuando llegue a casa y cambiaré esa escena que me has señalado. Creo que va a quedar mejor con lo que me has dicho.

—Gracias. Aun así, no quiero influirte. La historia es tuya. Tómate siempre lo que te digo como una sugerencia. ¿De acuerdo?

—Claro. Bueno, el sábado te recogeré sobre las seis para ir al cine y cenar. Es el capítulo veintiocho.

—Algo sencillo. Me gusta.

—Necesito tu dirección —añadió él, elevando las cejas.

—Primero mi teléfono, después mi dirección... Ves hacia dónde va esto, ¿verdad?

El móvil de Alex sonó y comprobó que ella le había enviado un wasap con la ubicación. Él se levantó para dirigirse a la puerta, pero, justo antes de salir, se dio la vuelta y le dijo:

—Claro que lo sé, Cass.

El escritor se fue sin añadir nada más, dejándola con la sensación de que, en cierto modo, él había ganado aquel pulso.



Cassandra se levantó el sábado sintiéndose bastante mal. Se tocó la frente y parecía tener décimas. Cada mes, su menstruación era diferente, pero, eso sí, nunca la defraudaba. Conocía a muchas mujeres que jamás habían sentido ni un mísero calambre. Ella, sin embargo, era todo lo contrario. Cuando no le dolía una cosa era otra y, lo peor de todo, es que los medicamentos no la aliviaban lo suficiente.

Con el cuerpo tembloroso, se dirigió a la cocina repitiéndose su famosa frase: «¡Qué bonito es ser mujer!».

Antes de preparar el desayuno, se tomó un antiinflamatorio. Tenía escalofríos, pese a estar a veinte grados. Ventajas de ser una de las afortunadas que, pasados alrededor de veintiocho días, sentían que todo su cuerpo se desgarraba por la ira de los dioses.

Tras tomar un café y una tostada, volvió a la cama. Dormiría lo máximo posible hasta la hora de almorzar. Después, según se encontrara, se daría de margen hasta las cinco de la tarde. Temía tener que cancelar la cita con Alex, pero, a veces, las circunstancias mandan. Lo cierto era que esperaba mejorar lo suficiente como para salir. Le apetecía mucho cenar en el restaurante que había reservado el escritor, solo que, si continuaba así, mucho temía que no sería capaz de poder aceptar la invitación.

Programó una alarma y cerró los ojos. El dolor no remitía, así que dudaba mucho de que lograra dormir. Pasados cuarenta minutos, la pastilla le hizo efecto y el cuerpo cedió lo justo para sumirse en un mar de sueños húmedos donde el protagonista de todos era el escritor.

Cass, arropada por la capa de protección del otro lado, se dejó llevar para cumplir sus fantasías. Allí no había consecuencias. Allí podía ser ella misma. Así que se perdió entre los labios del falso Alex deseando no despertar nunca.



El auténtico acababa de colgar a Isaiah tras otra conversación repetitiva donde el surfista le había insistido en que debía pasar página de lo de Jess y darse cuenta de que Cassandra merecía la pena. Por supuesto, añadió el consabido: «Que iba a cometer el error de su vida dejándola escapar y que, por una cabezonería, no quería admitir que ya estaba enamorado de ella». El escritor, que empezaba a estar harto de oír lo mismo, se convenció de que su amigo estaba desvariando. Después del cumpleaños de April, había vuelto a convencerse de que a él no le interesaba Cass más allá de compartir esa noche de sexo. Todo se reducía a tener razón, no a tenerla entre sus brazos. Puede que el engrosar su ego tuviese algo que ver, pero ¿amor? Ni hablar.

Estaba terminando de recoger la cocina cuando recibió una llamada.

—Hola, Cass.

—Hola... —respondió ella con un tono más bajo del normal.

—Ey, ¿te encuentras bien?

—No, Alex. Te llamo para cancelar la cita.

—¿Estás enferma?

—No exactamente, pero tengo muy mal cuerpo. Pensar en salir hace que me ponga a temblar.

—Cass, ¿qué ocurre de verdad?

—Nada, solo que no estoy bien.

—Sabes que debes cumplir con la apuesta, y el restaurante de hoy está reservado desde hace semanas —mintió.

—Pues lo siento, pero no puedo.

—¡Esto no funciona así! —dijo con repentina rabia.

Alex sabía que su tono estaba fuera de lugar. Pero, después de la conversación con su amigo, quería demostrarse una vez más que él no sentía nada por ella.

—Creo que lo mejor será que cuelgue antes de que alguno de los dos diga algo de lo que podamos arrepentirnos —añadió Cass sin entender a qué venía esa reacción.

—Si cancelas la cita, daré por ganada la apuesta porque...

—Pero, bueno, ¿es que vives debajo de una piedra o qué? Me siento mal, como cada mes desde que era una adolescente, porque la maldita diosa Destino decidió que mi cuerpo me odiaría durante días ¡y no habría medicamento que me quitara el dolor! ¿Te ha quedado claro o tengo que hacerte un croquis?

Alex se esperaba cualquier excusa menos esa. Cass no quería esconderse, solo tenía la menstruación. Cerró los ojos, sintiéndose como un completo imbécil.

—Lo siento, Cass. No he caído...

—¡Pues claro que no! Como todos los hombres, tienes la inmensa suerte de no pasar por un infierno cada mes. ¿Pero tú no tenías una hermana? —gritó más de la cuenta. Él se quedó callado al entenderla—. Dios, perdona, soy una mujer adulta y debería ser capaz de hablar abiertamente del tema. Me duele la...

—No, perdóname a mí —la interrumpió—. Soy un idiota que tendría que dejar de mirarme el ombligo y recordar que necesitas momentos de intimidad. Tranquila, voy a anular la reserva, pero no te vas a librar de mí.

—Te lo agradezco de verdad porque no me encuentro bien para salir. ¿Qué es eso de que no me voy a librar de ti?

—Si no puedes ir a la montaña, yo puedo llevártela.

—No te entiendo.

—Que compro la cena y voy a tu casa.

—A ver, es todo un detalle, pero tengo una pinta horrible y no tengo ganas ni de mirarme a la cara.

—Te recuerdo que soy yo quien te tiene que enamorar, no tú a mí.

—¡De eso nada! Tú cambiaste las reglas y ahora tienes que apegarte a ellas. Así que no seas tramposo, que yo también tengo que enamorarte —se quejó Cass. Él no respondió a eso. Sabía que ella tenía razón, pero no estaba dispuesto a admitirlo—. Solo cambia la reserva para la semana que viene a otro restaurante.

—Si quieres tenemos una cita más, pero me niego a cancelar esta porque creo que es muy importante —insistió.

—Alex, que no.

—¿Te puedo hacer una pregunta? Pero tienes que responder sin pensarlo.

—A ver, ilumínate.

—¿Mexicano o japonés?

—Mexicano, por supuesto, pero sin picante.

—¡Perfecto!

—¿Qué? No, Alex.

—Cass, permíteme llevarte la cena. No quiero imponerme, solo acompañarte cuando no te encuentras bien. He sido un estúpido y...

—¿Estás haciendo esto para acumular más puntos? —lo interrumpió pensando que solo le importaba ganar.

—Siempre, pero no hoy. No así.

—Pues no lo hagas.

—Está bien. Que te mejores, hablamos la semana que viene.

Cassandra colgó pensando que ella era la estúpida. Tenía que haberle dicho que sí, que le apetecía cenar con él, pero su maldito ego había hecho de las suyas porque era incapaz de mantener la boca cerrada.

Pasados unos minutos, se dirigió a la cocina y abrió la nevera. De pronto, nada de lo que allí había le parecía apetecible. Ahora solo era capaz de pensar en comida mexicana. Una llamada de April la devolvió al momento presente, pero, cuando colgara, haría un pedido a domicilio.



Alex, decidido a no darse por vencido tan pronto, llamó a Isaiah para pedirle el teléfono de April, quería hacer un pedido en el restaurante de su madre. Al surfista no le sorprendió que se molestara en hacer eso por ella, aunque no dijo nada. Mientras marcaba, el escritor solo tenía en mente disculparse con Cass. Sabía que no se quedaría a cenar con ella, pero eso no significaba que no pudiera llevarle una bolsa enorme de deliciosa comida como disculpa. Después regresaría a casa, claro. Su intención no era molestarla, pero sí quería tener un detalle amable.

Tras contarle a la agente inmobiliaria sus intenciones, ella llamó al restaurante para que fueran preparando el encargo. Acto seguido, se puso en contacto con Cass para mantenerla al teléfono. Necesitaba tiempo para recogerlo e ir a su casa. Cuarenta y cinco minutos después, entró en el complejo sin tener que llamar, ya que un vecino salía justo cuando él llegó. Alex no entendía por qué, de pronto, sentía el corazón a mil. Se sacudió aquellos nervios y tocó el timbre.

Cassandra, que aún seguía hablando con la agente inmobiliaria, se sorprendió al verlo.

—April, tengo que dejarte. Alex está en la... puerta.

—Espero que todo te sepa a gloria.

—¿Qué...?

Pero su amiga ya había colgado. Cass solo pudo mirar al hombre que estaba observándola como si aún no hubiera decidido algo importante. Y lo cierto es que así era. Cuando Alex la vio sin una pizca de maquillaje, llevando un cómodo pijama corto y el pelo recogido en un moño, del que se le habían escapado algunos mechones, de nuevo, su corazón comenzó a latir con fuerza. Esa era la auténtica Cassandra. Esa era la mujer que estaba deseando vencer y contra la que luchaba con uñas y dientes para no enamorarse.

—Alex, ¿qué haces aquí? —preguntó sorprendida.

—Solo he venido a traerte la cena. Me ha parecido un gesto bonito que no tuvieses que

cocinar. Ten, disfrútala.

Con una sonrisa que Cass no pudo descifrar, le pasó tres bolsas repletas de recetas increíbles.

—Pero, Alex, ¡si aquí hay comida para varios días!

—Esa era la intención. Que te mejores.

Él se dio la vuelta, pero ella lo detuvo con otra pregunta.

—¿No te quedas?

—Me pediste intimidad. Hoy solo soy el chico de los recados.

La editora miró las pesadas bolsas y respondió:

—¿Picante?

—Ni pizca.

Cassandra sonrió e hizo un gesto con la cabeza para invitarlo a entrar. Alex no se lo pensó dos veces y pasó con un nudo en el estómago, que decidió que solo se debía al olor de la comida, no a que aquella preciosa chica acababa de destruir todas sus defensas.

—¿Nachos y guacamole?

—Y quesadillas, tacos al pastor, enchiladas...

—Dime que has traído pastel de tres leches.

—¿Lo dudas?

—Maldita sea, April es una traidora, pero adoro a su madre. Por culpa de M.^a José, creo que voy a perder la apuesta.

Alex la miró con los ojos como platos hasta que ella soltó una carcajada. Al final, él también acabó riendo. La reacción de Cassandra provocó que el ambiente se volviera relajado e íntimo.

Demasiado como para ganar una apuesta.

Demasiado como para no enamorarse.

CAPÍTULO 38.

La mejor cita de mi vida

Al ir a dejar las bolsas en la encimera, Cass vio su reflejo en el microondas. No tuvo más remedio que echarse a reír porque su aspecto no podía ser más de andar por casa.

—Menudo *glamour* —se burló de sí misma mientras se señalaba de arriba abajo.

—Estás... arrebatadora —respondió Alex, tratando de no reír.

—Bueno, está claro que con estas pintas no voy a enamorarte, así que lávate las manos y saca un par de platos de ese mueble.

—A la orden —dijo divertido.

—¿Qué te apetece beber?

—Como el alcohol está descartado, porque supongo que necesitas antiinflamatorios —ella asintió mientras lo miraba muy atenta—, me he tomado la libertad de traer refrescos de varios tipos. Todos me los ha recomendado April.

—Mmm... ya veo. He de hablar con ella muy seriamente. Si has conseguido pasarla a tu bando, ¡eso es traición!

—Lo que sea por ganar —dijo él, subiendo varias veces las cejas.

Los dos soltaron una carcajada y continuaron poniendo la mesa. El escritor no había mentido: aquello era todo un banquete. Mientras degustaban los distintos platos, la velada avanzó con más complicidad que nunca. Ninguno dejaba de repetirse que allí no había nada y que solo eran un hombre y una mujer tratando de ganar un pulso. Sin embargo, el destino guarda en secreto sus planes y no suele contentarse con el libre albedrío, sino que juega con su propia mano y, cuando reparte las cartas, sabe con antelación quién va a ganar porque es un auténtico tramposo.

Tras acabar la cena, Cass preparó café para acompañar la deliciosa tarta. Se sentaron en el sofá y ella, impaciente, probó el primer bocado de aquel maravilloso dulce.

—Esto tiene que ser un pecado o algo así.

—¿Te gusta?

—¿Bromeas? Sabes que soy una incondicional de los dulces. De hecho, en mi familia, a todos nos encantan, menos a mi madre, por eso de guardar la línea. Jamás la he visto comer ni un solo hidrato.

Cuando Cass se dio cuenta de que se había ido de la lengua, se detuvo en seco. Si se hubiese tomado un par de copas, podría haberle echado la culpa al alcohol, pero un refresco con sabor a naranja no le servía de excusa.

—¿Qué? —preguntó él para disimular.

Alex sabía que ella no quería compartir nada de los suyos, pero aquella noche parecía que los dos tenían las defensas algo más bajas que de costumbre.

—No me hagas ni caso —terminó por decir—. La tarta está deliciosa.

—Y que lo digas.

Eran solo las nueve y media cuando acabaron con el café. Cass le propuso ver algo en la televisión y él aceptó de buena gana.

—¿John Wick o Los Bridgerton? —preguntó ella, tratando de aguantar la risa.

—Los Bridgerton, por supuesto —se burló él.

Cass sonrió, pero eligió a Keanu Reeves. Pasados veinte minutos, la editora miró la hora mientras entrecerraba los ojos, como si estuviera calculando algo. Al hacer lo que a Alex le pareció una suma mental, vio cómo ella resoplaba.

—¿Qué ocurre?

—Me duele a rabiar y no me toca la pastilla hasta las once.

—Lo siento. ¿Puedo hacer algo?

—Pues no creo.

—Espera, acabo de recordar... Ven, tumbate y coloca tus piernas sobre las mías.

—¿Qué?

—Hazlo, Cass. Sé de algo que puede mejorarte. Venga, confía en mí, aunque solo sea una vez —pidió Alex.

—Está bien, pero ojito con lo que haces.

Él dibujó una sonrisa por la expresión que formó en su cara.

—¿Estás más cómoda?

—Hombre, pues claro.

—Bien, ahora... la magia.

Ante la sorpresa de Cass, Alex le subió la camiseta. Iba a colocarle la palma de la mano en el abdomen, pero ella le dio un manotazo y se sentó de golpe.

—¿Se puede saber qué pretendes? —dijo elevando la voz.

—Necesitas calor en la zona. Te aseguro que eso te aliviará. Y no pensaba meterte mano.

—Pues cualquiera lo diría por cómo has intentado tocarme.

—Anda, ven. Te he visto mucho más desnuda que ahora, así que no hace falta que te pongas tan digna.

—¿Siempre tienes respuesta para todo?

—Casi siempre. Venga, tumbate y déjame intentarlo. Si en cinco minutos no mejoras, lo dejamos. ¿Vale?

Ella lo miró con cara de pocos amigos, pero lo cierto era que tenía tantos calambres que no perdía nada por probar lo que Alex le estaba proponiendo.

—Bueno, pero cuidado con bajar más de la cuenta. Aún no has ganado la apuesta.

—Buena puntualización, aún... —dijo guiñándole un ojo.

—Porque me duele mucho, que si no...

Cassandra volvió a estar tumbada con las piernas sobre las de él. Esta vez, como ya estaba prevenida, se dejó hacer. Alex le bajó un poco el pantalón de pijama y le colocó la mano justo debajo del ombligo. El calor que desprendía hizo que ella se relajara un poco pasados unos segundos. La sensación era muy agradable, y tuvo que admitir que aquello le estaba sirviendo, pese a parecerle algo de lo más simple.

Se mantuvieron en silencio unos minutos mientras Keanu abrazaba a su perro. Alex la miró un instante y sonrió para sí satisfecho.

—¿Mejor?

—Sí, gracias —respondió con suavidad—. ¿Cómo lo sabías?

—Mi padre siempre se lo hacía a mi madre cuando... Una vez se lo comenté a mi exprometida. Le solía doler bastante, pero, cuando se lo propuse, me soltó que le parecía una tremenda estupidez y nunca me dejó.

Alex se puso muy serio de repente. Cass notó cómo la mano que le estaba cubriendo el abdomen se le tensó al hacer aquella confesión tan íntima. El escritor la miró sin saber qué hacer, pero ella no dijo nada. Solo se quedó callada, esperando a que se abriera. Si quería contarle algo

de su pasado, era él quien debía decidir cuándo.

Sin saber por qué, Cassandra no pudo evitarlo y colocó una mano sobre la suya, como si con ese gesto le confirmara que a ella no le parecía una estupidez. Aquel detalle tuvo un gran significado para Alex. La expresión de aceptación de Cass no le pasó inadvertida e hizo que él también se relajara.

—Hace años, estuve prometido —comenzó sin que ella se lo pidiera—. Se llamaba... Se llama Jess. Nos conocimos nada más comenzar en la universidad. Nos complementábamos muy bien y acabé enamorándome. Vivimos juntos varios años hasta que, un día, le pedí matrimonio. Un mes antes de la boda, la pillé en la cama con Asher, mi mejor amigo y padrino.

Alex se detuvo porque no sabía cómo continuar. Cass, por instinto, entrelazó los dedos con él y le apretó un poco la mano para darle fuerzas.

—Lo tumbé de un puñetazo y, cuando fue a devolvérmelo, lo noqueé. Ella lloraba pidiéndome que no le hiciera daño porque se había enamorado de él. Después me confesó que ese fin de semana iba a romper nuestro compromiso.

Cass ni respiraba. Solo le quedaba la voluntad suficiente para aguantar las lágrimas. Sin más, el mundo de Alex había comenzado a tomar forma ante ella. Su actitud ante la vida, la manera de afrontar lo que le llegaba y las muchas mujeres que habían pasado por su cama. Todo para acallar aquel recuerdo tan doloroso. A todo eso, debía añadir que había perdido a sus padres en un accidente de coche. Aquello fue demasiado para Cassandra en el estado en que se encontraba, con las hormonas tomando el control de su cuerpo. El dolor de Alex la atravesó y se unió al suyo propio.

Como si no pudiera dominar la mente, la imagen de Bill y Peyton volvió con fuerza, así como la traición y la pena por haber perdido tantos años creyendo una mentira.

—Lo siento, Alex. Lo siento muchísimo. Te comprendo mejor de lo que crees. Sé cuánto duele, pero llegará un día en que te levantarás y te dirás que de menuda te has librado.

—Eso espero, pero aún no he conseguido llegar hasta ahí.

—¿Recuerdas la noche que nos conocimos en Nueva York?

—Cómo podría olvidarla.

—Aquel jueves, cuando encontré a Bill, mi prometido, con mi mejor amiga y dama de honor...

—Cass, no hace falta.

—Lo que quiero decir es que sé lo que duele —repitió—. Puedo entender tu rabia y desesperación. Entregar tu corazón y que alguien lo desprecie de ese modo es insoportable, pero hay que salir adelante. Tú mereces el esfuerzo, Alex. Debes decirte lo mucho que vales y repetirte una y otra vez que seguro que hay alguien ahí fuera que no solo te recompondrá, sino que te ayudará a hacer de ti tu mejor versión. Estoy convencida de que tenías que pasar por ello para encontrar a la mujer de tu vida.

Él apretó los dientes mientras aguantaba el tipo. El corazón comenzó a latirle con fuerza y lo único que consiguió hacer fue inspirar al tiempo que la miraba tratando de subir una barrera entre ambos.

Fracasó.

—Gracias. Estoy seguro de que tú también encontrarás al hombre de tu vida.

La cara de Cass enmarcó una gran sonrisa.

—¡Pero cómo eres capaz de decirme eso! ¿Ese no tendrías que ser tú? ¡Que te estás echando tierra encima!

Ella no pudo aguantarse y soltó una carcajada. Alex se le unió para dejar pasar aquel

momento tan íntimo y revelador.

—Maldita sea, ¡soy un desastre!

Volvieron a reír.

—¿Por eso comenzaste a escribir? —preguntó Cass tras hacer un cálculo mental para cuadrar los años que habían pasado.

—Eres muy observadora.

—Si la conociste en la universidad, vivisteis un par de años y hace cinco publicaste tu primera novela que, como poco, tardaste entre seis y doce meses en escribirla, mandarla a todas las editoriales...

—No, solo a una.

—¿Me estás diciendo que solo la enviaste a Elegant Books?

—No la envié, me presenté al día siguiente de terminar de revisarla con una copia impresa en la mano. En aquella época, yo estaba... Bueno, mejor dicho, no estaba. Cuando la acabé, se la di a leer a mi hermana. Lloró, rio y se emocionó hasta tal punto que me exigió publicarla. Por entonces, yo trabajaba con mi cuñado y estaba a dos velas. Él acababa de comenzar con su empresa: una pequeña imprenta que se dedicaba, sobre todo a personalizar posavasos de papel. Cuando Alice y yo hablamos sobre qué debía hacer con la novela, yo estaba tan destrozado que me dediqué a garabatear sobre algunas muestras en blanco. Mi cuñado los iba dejando por todas partes por si le venía la inspiración. Ni recuerdo cómo llegué a diseñarlos. La pena me corroía, pero, cuando Zac vio los cinco bocetos que había hecho, se quedó de piedra.

—¿Sabes dibujar? —Cass lamentó haberlo interrumpido.

—Estudié Bellas Artes, pero dejé de dibujar porque todo me recordaba a ella.

—No tenía ni idea. Por favor, sigue.

Él sonrió. Era la primera vez que compartía su historia con alguien fuera de su círculo cercano, y se dio cuenta de que se sentía mejor conforme lo dejaba salir, así que no se detuvo.

—Aquellos bocetos fueron un éxito rotundo. Zac los presentó a todos los clientes que tenía con sus logos incorporados. Varios hoteles quedaron encantados con las propuestas y consiguió los contratos. Poco a poco, se corrió la voz y el negocio despegó.

—Me alegro mucho.

—De eso hace casi seis años. Ahora tienen una empresa mediana que funciona muy bien. De vez en cuando, mi cuñado me pide algún nuevo diseño, y he de reconocer que me gusta hacerlos.

—Es increíble. ¿Y no te has planteado hacer una exposición?

—Mis dibujos no son tan buenos —dijo él con verdadera modestia.

—Si son la mitad de buenos que tus libros, podrías convertirte en un icono. Escritor y dibujante. ¡Las chicas caerían como moscas! —bromeó ella, elevando las cejas varias veces.

Alex soltó una carcajada. No conocía esa faceta de bromista de Cass, y empezaba a gustarle mucho. Demasiado.

—Nunca me lo he planteado, pero lo de las chicas no estaría nada mal. Voy a buscar mis cuadernos de bocetos...

Acabaron riendo de nuevo.

—Hay una cosa que estoy deseando saber porque me causa mucha curiosidad. ¿Cómo lograste publicar con Elegant Books?

—Es que si te lo contara, tendría que matarte. —Más risas—. Esa es una muy buena historia, solo que no la he compartido más allá de mi familia y amigos muy cercanos. No quiero que se divulgue porque los *haters* están deseando conocer algún trapo sucio para tergiversarlo y

hacer un mundo de un grano de arena.

—No me lo cuentes si no te sientes cómodo, pero quiero que sepas que todo lo que hemos compartido y vamos a compartir en privado, quedará solo entre nosotros.

Él la miró un instante. Aquella cita no era nada parecido a cómo había esperado. Cassandra seguía tumbada en el sofá con las piernas sobre las suyas. Sus manos entrelazadas aún seguían encima de su piel. El ambiente era íntimo, cómplice, natural. Alex no fue capaz de imaginar otra situación más ideal que diera pie a un mar de confesiones. Hizo una foto mental de aquel momento con ella mientras se decía que esa escena debía aparecer en su próxima novela.

—Fue un lunes. La editorial aún estaba cerrada, así que me quedé en una cafetería cercana esperando a que abriera. Aunque era muy temprano, el manuscrito me quemaba en las manos. Veinte minutos después, vi a dos chicas que se quedaban en la puerta para fumar. Pagué el café y fui directo hacia ellas pensando que allí estaba mi destino. Eran Lucille y Blair.

—No me lo puedo creer —dijo ella con la piel erizada.

Él sonrió, mostrando aquellos hoyuelos con los que había logrado tanto desde pequeño.

—Estaba temblando. En mi mente, no paraba de reproducir que iba a conseguir hablar con la persona adecuada y que le encantaría mi novela.

Cassandra no dijo nada. Solo se llevó la otra mano a los labios. Alex cambió la postura de la suya, entrelazándola aún más con la de ella.

—Así que, pese a estar muerto de miedo, me presenté a ambas diciéndoles que quería entregar mi novela para que la consideraran como candidata para publicarla.

—¿Le dijiste eso a Lucille? —preguntó con los ojos como platos.

—Pues claro. Tenía un objetivo, y la vergüenza no me iba a detener. Así que Lucy, con esa forma de ser tan sutil que la caracteriza, me dijo que no aceptaban manuscritos en papel, que debía entrar en la web y enviarlo por el formulario de la plataforma. Que tuviera paciencia porque tardarían entre seis meses y un año en ponerse en contacto conmigo. Y eso solo en el caso de que estuvieran interesados.

—Qué mal...

—Y tanto. Como podrás imaginarte, mi mundo se derrumbó. Sabía que mi historia era muy buena, de modo que me negué a irme de allí con las manos vacías. Al menos alguien debía atenderme. Pensé que con la verdad, quizás lograra traspasar aquella maldita puerta. Miré a Lucille a los ojos y, sin apartar la vista ni titubear, le dije que mi alma estaba plasmada en aquellas páginas. Le solté que sabía que su editorial publicaba romances, pero yo les traía el amor puro, la traición más desgarradora que jamás leerían y un final con el que soñarían durante el resto de su vida.

»Ambas se miraron y yo no me amilané, sino que seguí dando motivos para que me permitieran tener una oportunidad. Continué con algo como que Tina y Derek no eran personajes, sino personas que respiraban, lloraban y reían conmigo. Añadí: «Por favor, permíteme tener la oportunidad y conseguiré que te enamores de mí». Cuando dije el título del libro, le di la vuelta a la copia impresa que tenía en la mano y fue cuando ambas lo leyeron.

—Alex... —Cass tenía los ojos llenos de lágrimas sin saber por qué—. Es como lo que se me ocurrió a mí para la pedida de Blair.

Él asintió mientras inspiraba despacio para recomponerse. Aquello cambió su vida para siempre y, verdaderamente, parecía un cuento hecho realidad. El héroe conseguía su propósito, solo que esa vez no tenía que salvar a una dama en apuros, sino que forjaba su propio destino y el de miles de lectoras que no volverían a ver el amor del mismo modo.

—Exacto. Bueno, Blair se volvió hacia Lucille —prosiguió el escritor— y le dijo que si

ella no me daba esa oportunidad, dejaría de hablarle para siempre. Lucy tiró al suelo el cigarrillo que no se había podido fumar y, tras pisarlo, me dijo: «Espero que lo que tengas ahí sea el *best seller* del año. Desde luego, labia no te falta. Venga, entra conmigo. Vamos a mi despacho». La seguí sin decir una sola palabra porque temía despertarme. Me senté mientras ella dejaba su bolso de malos modos encima de la mesa y alargaba el brazo pidiéndome el manuscrito. Recuerdo cómo su dura expresión iba cambiando conforme leía. Llevaba treinta minutos sin parar, cuando levantó la cabeza y me miró. «Dime que el resto es tan bueno como los dos primeros capítulos». Te juro que no me lo podía creer.

—¿En serio se leyó dos capítulos delante de ti?

—Sí. Yo le respondí algo parecido a que era mucho mejor. Lucy me observó con descaro y terminó diciendo: «Dame tres días. No envíes el manuscrito a otra editorial». Yo le respondí que trato hecho, pero que solo esperaría esos tres días.

—Le echaste...

—De todo, Cass. Puse mi mejor cara de póker, aunque por dentro tenía el corazón a punto de explotar.

—No era para menos, Alex. ¿Pero tú sabías quién era Lucille?

—¡Qué va! Ni siquiera estaba seguro de que trabajaran en la editorial, solo tiré una moneda al aire y acerté.

—Es alucinante. Sigue, sigue... —lo instó ella, provocando que ambos rieran.

—Cuando se lo conté a Alice, no podía creerlo. Me dijo que no me preocupara, que seguro me llamaría al tercer día, pero se equivocó. A las nueve de la mañana siguiente, Lucy estaba al teléfono pidiéndome que fuera a la editorial de inmediato. Lo que tenía que decirme debía ser en persona. Hablé con mi cuñado y salí como alma que lleva el diablo hasta allí. Cuando entré en el despacho, Lucille estaba muy seria y tenía una mano encima de mi manuscrito. Como podrás imaginar, casi me da un infarto. Pensaba que iba a decirme que era una basura. Que debía dedicarme a otra cosa, pero, de pronto, sonrió.

—Oh, Alex —dijo Cass mientras volvía a apretarle la mano que continuaba entrelazada con la suya—. ¡Qué emocionante!

—Y más. Me dijo que estaba muy enfadada conmigo porque, el día anterior, no había podido hacer otra cosa que leer la novela. Me reprochó haberla mantenido despierta hasta las tres de la mañana y, que si tenía un aspecto deplorable, era culpa mía. Después calló, esperando mi respuesta. Me armé de valor y le solté: «Me alegro de que tengas este magnífico aspecto por mi culpa. Espero que hayas reído, llorado y...». Entonces, me interrumpió y me dijo: «Todo, Adam. Has conseguido que desee que Derek exista y que quiera pasar el resto de mi vida con él. Mentiste cuando me aseguraste que el resto era mejor, es mucho más que eso». Asentí despacio con un nudo en el estómago y ella volvió a sonreír. Después, comenzó a hablar de revisiones, maquetación, portada, contraportada... y, por supuesto, de un contrato. A los seis meses, se publicó y llegó a número uno de ventas en menos de una semana.

—Te confieso que me lo compré al segundo día de publicarlo. Cuando leí la sinopsis, me atrapó por completo. Yo aún estaba en la carrera, y lo devoré en una noche. Le doy la razón a Lucy, yo también quiero un Derek para mí —reconoció ella mientras cerraba los ojos e imaginaba al personaje cobrando vida.

—Yo soy Derek —dijo de pronto Alex—. No lo creé. Todas las escenas que comparto con Tina son reales, diálogos incluidos. Es a ella a quien tuve que inventar desde cero. Mi modelo de referencia, como habrás adivinado, no se acercaba para nada a la mujer de quien hubiera deseado enamorarme. —Bajó la mirada y se pasó la otra mano por la nuca varias

veces—. Soy un iluso porque jamás la conoceré. Solo está en mi mente. Pero al menos puedo soñar con ella.

Cass soltó su mano para incorporarse. Se puso en pie y tiró de él. Después hizo algo que Alex no esperaba: lo abrazó con fuerza. Con todo el cuerpo. Con el alma.

—Lo harás, Alex. La encontrarás, confía en mí. Ella aún no lo sabe, pero estoy segura de que se enamorará de ti sin remedio y que llegará el día en que os abrazaréis sintiendo cómo vuestros corazones laten al mismo ritmo.

Él se aferró a ella maldiciendo la hora en la que se le ocurrió aquella apuesta. Acababa de entender que no quería a una mujer hipotética, sino a ella. La quería con todo su ser. Centrado en sentir su piel, fue consciente de que Isaiah tenía razón. Cass era la mujer de su vida, pero, antes, tenía que estar seguro de que podría amarla por sí mismo y no por un juego infantil. Mientras él se sumergía en sus pensamientos, un par de lágrimas rodaron por las mejillas de Cassandra. No había sido capaz de evitarlo, de perderse entre los brazos del verdadero Alex. Aquel que jamás la amaría. Aquel que jamás se enamoraría de ella.

Intimidad. Complicidad. Dos corazones ignorantes de que habían comenzado a latir juntos. Sin pensarlo siquiera, acercaron las mejillas y acabaron besándose. Un beso lento, sin un fin determinado. Como si descubrieran sus bocas por primera vez, se abandonaron al aliento del otro y al calor que desprendían sus cuerpos, unidos aún por sus brazos. Ambos sabían que era necesario que se detuvieran, pero eligieron mandar la apuesta al diablo porque sus bocas estaban hambrientas de amor.

Aquella burbuja perfecta de sentimientos había detenido el tiempo. Sin permitirse ir más allá del fuego de sus labios, continuaron devorándose como si el mañana no fuera importante.

El momento fue perfecto, hasta que un fuerte dolor sacó a Cass de aquel embrujo, devolviéndola a la realidad donde Alex no formaría nunca parte de su vida y su cuerpo rogaba por un antiinflamatorio.

Despacio, rompió aquel maravilloso beso y el hechizo con el corazón destrozado.

—Necesito una pastilla —dijo con voz temblorosa.

—¿Te ha vuelto el dolor?

—Sí. ¿Me das un momento?

—Claro.

Cassandra se dirigió a su habitación y cerró la puerta. Entró en el baño y se miró al espejo.

—No puedes enamorarte de él —se regañó mientras se secaba otro par de lágrimas que se le habían escapado.

Cuando regresó al salón, vio a Alex con un vaso de agua.

—No sé dónde tienes las pastillas. Tómatela y vete a dormir. Es tarde, y tengo que volver a casa.

—Claro. Me ha encantado esta cita. Sin duda, mucho mejor que la de la playa —bromeó ella.

—No me la recuerdes.

Ambos sonrieron y él se despidió. Al cerrar la puerta, los dos llegaron a la misma conclusión: esa había sido la mejor cita de sus vidas.

Cass se dijo que no quería perder. Aquello supondría pasar una noche con él, pero ¿qué ocurriría con el resto? Ella ya las quería todas.

Tumbada en la cama, se convenció de que debía dejar de sentir por el momento y cayó en un sueño profundo donde Alex volvía a besarla.

Él bajó en el ascensor dándole vueltas a lo que había ocurrido aquella noche. Nada más entrar en el coche, llamó a Isaiah.

—Ey, ¿qué tal la cita? —preguntó su amigo.

—Tenías razón. He perdido la apuesta.

El surfista soltó una carcajada y el escritor no tuvo más remedio que reír. Acababa de descubrir que amaba a Cassandra, y ahora debía hacer todo lo posible para que ella perdiera también.

CAPÍTULO 39.

UNA BODA, una proposición y un mar de celos

Después de esa noche, Cassandra y Alex se comportaban de manera distinta. Sutil, apenas imperceptible, pero ambos sabían que las reglas del juego, pese a ser las mismas, habían dejado de importarles si su intención era ganar.

Las siguientes tres citas fueron muy especiales. En la cuarta, visitaron la Reserva Natural Estatal de Point Lobos. En la quinta, el Observatorio Griffith para ver la puesta de sol y, aprovechando la presentación que tenía Alex en Las Vegas, dedicaron parte del último día como sexta cita para ver las fuentes del Bellagio, *The Strip* y *Fremont Street Experience*.

En realidad, todo entre ellos iba de maravilla. Las citas aportaban a cada lado razones de peso para lograr vencer al otro, sin embargo, a solo cuatro de acabar aquel peculiar juego, el ganador no estaba definido.

Desde el cumpleaños de la agente inmobiliaria, habían pasado más de tres meses. El embarazo de Lucille seguía adelante, el bebé era mucho más fuerte de lo que parecía en un principio, aunque la editora no quería pensar demasiado en ello por miedo a que sus ilusiones desaparecieran de un instante a otro. Por otro lado, Blair se dedicó a preparar la boda junto a April y Cass, sus dos mejores amigas, que no dudaron en ayudarla con las invitaciones, regalos y mil cosas.

Bill había llamado a Cass casi todas las semanas, pero ella había colgado y bloqueado cada número. Ya no sabía cómo conseguir que la dejara en paz, pero no estaba dispuesta a permitirle volver a entrar en su vida.

A primeros de noviembre, a solo una semana de la boda, Cass estaba revisando la campaña de publicidad de uno de los escritores a su cargo cuando recibió una llamada que no esperaba en absoluto.

—Hola, Parker —lo saludó con cariño.

—Hola, Cassie, soy Bill. ¡Por favor, no cuelgues!

Oír su voz la hizo retroceder de nuevo hasta aquella maldita noche y sintió una rabia desmedida. Habían pasado meses desde la última llamada, y no entendía a qué venía que volviese a las andadas. Ya estaba cansada de huir, así que decidió hacerle frente para acabar con ese acoso intermitente de una vez por todas.

—Tienes que dejar de llamarme, Bill. Rompí contigo hace casi seis meses, ¡olvídame ya! —dijo muy seria.

—No me pidas eso. Te echo tanto de menos que me estoy volviendo loco. Por favor, necesito hablar contigo.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente.

—Pues yo tengo una curiosidad: cuando te follabas a Peyton, ¿también me echabas de menos?

—Cassie, por favor.

—¿Por favor? ¿Qué favor, Bill? Lo nuestro se acabó. No entiendo por qué no te das por vencido.

—Hace poco oí a mi padre hablar con Samuel Brown. No sabía que te habías mudado a Los Ángeles —dijo, ignorando el comentario de Cass.

—Bill, no tengo tiempo para esto.

—Te quiero, Cassandra. Me he dado cuenta de que te quiero de verdad. Me comporté como un gilipollas. No te lo merecías, y te aseguro que ella nunca significó nada, solo era sexo.

—Ya me has dicho lo que querías. Mi respuesta sigue siendo no.

—Cassie, he intentado seguir adelante, pero no puedo. No he devuelto los regalos, ni he cambiado nada de la casa porque sigo queriendo casarme contigo. Perdóname, por favor. Siento no haber valorado lo que teníamos. Te juro que trataré de mejorar y de demostrarte que eres la única mujer que me importa.

—Bill —dijo con la voz rota—, basta.

—Te quiero, siempre te he querido. La gente se equivoca, y yo me comporté como un malnacido, pero he cambiado. Solo... déjame verte.

—Sabes que vivo en otra ciudad.

—Volaré a Los Ángeles.

—No, Bill...

—Por favor, Cassandra —suplicó con un tono que consiguió tocar el corazón de la editora—. Solo quiero verte, aunque sea una última vez.

Cass sopesó su petición. En realidad, rechazar su propuesta se acercaba a meter la cabeza debajo de la tierra. Una vez más, se dijo que ya no era esa persona y decidió aceptar para que entendiera que jamás volvería con él.

—Hotel Ritz-Carlton, el próximo sábado. En la cafetería, a las doce.

—Allí estaré.

—Sabes que no vas a hacerme cambiar de opinión.

—Lo sé, pero quiero mirarte a los ojos y decirte que lo siento.

Ella inspiró un poco más fuerte al oír sus palabras. Bill parecía realmente arrepentido, y esa sería su oportunidad de cerrar aquel episodio de su vida para siempre.

—Bill.

—¿Sí?

—No te retrases o me iré.

—Lo sé, Cassie.

Cassandra colgó y dejó el móvil en la mesa con las manos temblando. Sin pensárselo dos veces, fue al despacho de Blair. Necesitaba hablar con ella, ya que no comprendía por qué acababa de darle a su ex la posibilidad de disculparse.

Tras contarle la conversación, la de recursos humanos no salía de su asombro e hizo la misma pregunta a la que no dejaba de darle vueltas Cass.

—¿Por qué has quedado con él?

—Tengo que hacerle entender de una vez por todas que ya no lo quiero. No deseo hacerle daño, pero sí que vea que lo nuestro se acabó. Necesito cerrar ese ciclo sin salir huyendo ni meter la cabeza bajo tierra como un avestruz —dijo dibujando media sonrisa.

—Pues lo veo bien. Si te ayuda a seguir adelante, creo que es una buena idea.

—Es el día de tu boda, pero llegaré a tiempo.

—La ceremonia es a las seis. Recuerda que tienes que estar en la iglesia a las cinco. ¡Y no se te ocurra llegar tarde!

—Claro que no. Nos vemos en el almuerzo.

—Hasta luego.

Cass salió del despacho de Blair sintiéndose un poco mejor. No le contaría a nadie más que había quedado con Bill, y, mucho menos, a Alex. Hablar con su ex le había abierto la herida, y se había dado cuenta de que, para avanzar, necesitaba cerrarla a su modo. Con este pensamiento, regresó a su mesa para sumergirse de nuevo en el trabajo.



Alex estaba releendo el último capítulo de su nueva novela y seguía sin convencerle el final. De hecho, el nombre de la protagonista tampoco le decía nada. Aún no lo tenía claro, y cada vez se sentía más frustrado porque esa historia no estaba a la altura de las otras. Algo le decía que lo mejor era esperar, que no se lanzara a publicarla porque iba a ser un fracaso. Todo se reducía a los últimos tres capítulos. A Cass y a Lucy les encantaba el resto, así que ¿qué demonios le pasaba que no era capaz de cerrarla?

Miró la hora y apagó el ordenador. Isaiah estaba a punto de llegar para almorzar, por lo que llamó al restaurante de M.^a José para hacer un pedido.

A las dos y media, Isaiah tocó el timbre.

—Hola, Alex. He coincidido con el repartidor en la puerta —dijo, mostrando la bolsa.

—Hola, gracias. Venga, pasa.

—Bueno, ¿me vas a decir para qué me has hecho venir?

El escritor lo miró con cara de preocupación mientras fruncía los labios sin saber cómo empezar.

—No me gusta el final de la novela. No soy capaz de terminarla y ¡no entiendo qué diablos me pasa!

—Vale. —El surfista elevó las cejas sin saber a dónde quería llegar.

—No hay chispa, ¿sabes? Es... como si faltara algo.

—¿Más sexo?

—No, de eso va sobrado. El protagonista la ama, pero parece que tiene un maldito bosque de espinas en mitad de la garganta y no es capaz de expresar lo que siente —dijo mientras caminaba de un lado a otro.

El surfista se quedó pensando un momento hasta que entendió que no estaba hablando de la novela, si no de sí mismo.

—Alex, voy a ser muy directo. Han pasado cuántos, ¿cuatro... cinco meses? Quizás ha llegado el momento de quemar el bosque y afrontar que un cinco por ciento es una nimiedad en comparación a pasar el resto de tu vida con la mujer que quieres, ¿no te parece?

Él se paró en seco. Apretó la mandíbula e inspiró buscando una respuesta.

—He perdido la apuesta —dijo por primera vez después de habérselo confesado aquella noche tres meses atrás. Como si diciéndolo en voz alta de nuevo exorcizara los demonios que lo mantenían sujeto a las tinieblas.

—Lo sé, ya me lo dijiste en verano, pero no has querido volver a hablar del tema desde la cena en su casa. ¿Por qué?

—Porque, en el fondo, no quiero enamorarme.

—Sí quieres, pero estás muerto de miedo.

Alex asintió despacio mientras trataba de asimilar la verdad. Aquella que había rechazado durante tanto tiempo.

—Llevo negándome estos sentimientos desde aquella noche en Nueva York. ¿Qué ha cambiado? —Lanzó la pregunta más para sí mismo que para Isaiah.

—Tú eres el que ha cambiado, y ha sido gracias a ella. Respóndeme a algo en lo que llevas mucho sin reparar: ¿cuánto hace que no tienes migrañas?

Alex lo miró y no pudo contestar porque la última que recordaba era cuando regresó de La Gran Manzana.

—Casi cuatro meses.

—Exacto —añadió el surfista, mordiendo un burrito.

—Te juro que no sé qué hacer. Llevo tanto tiempo rechazando sentir que no sé cómo manejar esto que me está comiendo por dentro.

—Con la verdad, amigo mío. Cassandra solo quiere oírtelo decir.

—¿Es que crees que a ella le importará?

—Alex, ella está tan enamorada de ti como tú de ella. Confía en mí.

—Tú lo ves demasiado claro, y yo solo pienso que ella va a volver con Bill en cualquier momento porque soy un farsante que la lleva rechazando desde que la conocí. ¡Soy un puto gilipollas!

—Ella jamás volvería con ese tío. No digas tonterías.

—¿Cómo pude decirle que no se enamorara de mí? He sido un completo idiota.

—Vale ya, ¿de acuerdo? Has tardado lo tuyo en darte cuenta, lo reconozco, pero habéis tenido seis citas increíbles. Ahora toca sacar fuerzas para conseguir a la chica. Deja las dudas a un lado ¡y lucha!

—¿Y cómo? Estoy tan bloqueado que no sé ni cómo empezar.

—El sábado tenéis la séptima cita en la boda, ¿verdad? —Alex asintió—. ¿Recuerdas cuando me dijiste que hay decenas de ocasiones para bajar las defensas de una chica?

—Sí, claro.

—Pues tienes dos oportunidades perfectas. Cuando Blair y Stephen se estén dando el «sí, quiero», mírala a los ojos. La otra es muy fácil, dile lo que sientes en el primer baile.

—No creo que con Cass funcione. Es demasiado lista.

—Cassandra te corresponderá. Hazme caso.

—La quiero, Isaiah.

—Lo sé.

—La quiero de verdad, y no me había dado cuenta. Me muero por pasar el resto de mi vida con ella y no sé cómo decírselo. Soy un maldito escritor ¡y no sé cómo sacar de aquí —se señaló el corazón— lo que siento!

—Incluso un «te quiero» puede fallar, pero un anillo disipará todas sus dudas. Y no creo que haya mejor momento para pedírselo.

—¿No es demasiado pronto?

—No, si ella dice que sí.

—No, si ella dice que sí —repitió Alex despacio mientras dibujaba una sonrisa.

El escritor se levantó para hacer un café. De pronto, aceptar que había perdido la apuesta había dejado de importarle porque estaba a punto de declararse a la chica de sus sueños.



El sábado, Cassandra se levantó muy temprano para llevar unos adornos de última hora a la iglesia. Durante toda la semana, no había dejado de hablar con Blair y April sobre qué le iba a decir a Bill. Pese a que ellas le habían insistido en que se lo contara a Sam y a las chicas, Cass prefirió no hacerlo hasta que todo hubiese acabado.

A las doce menos cinco, apareció en la cafetería. Estaba convencida de que no iba a aparecer porque quedar a esa hora implicaba que hubiese volado el día anterior, y dudaba mucho que Bill se tomara tantas molestias. Recorrió las mesas y el corazón le dio un vuelco al verlo levantarse. Estaba endiabladamente guapo. Vestía informal, una camisa blanca y unos vaqueros azul oscuro. El cabello ligeramente mojado, y una sonrisa que la desarmó sin esperarlo.

—Hola, Cassandra —dijo con voz aterciopelada.

—Bill...

—¿Nos sentamos?

Ella asintió y el editor llamó al camarero.

—¿Qué te apetece? —preguntó con mucha amabilidad.

—Una soda.

—Dos sodas, por favor —le pidió al camarero.

—Bien, ya me tienes delante. Acabemos de una vez con esto —dijo ella muy cortante.

El camarero les sirvió las bebidas y Cass casi se lanzó a por la suya para tomar un sorbo porque, de pronto, tenía la boca seca.

—Lamento profundamente lo que te hice, Cassandra.

Ella se dio cuenta de que había dejado de llamarla Cassie. Aquello le gustó, pero no iba a suponer ninguna diferencia.

—Más bien, sientes que te pillara.

—No. Llevo meses dándole vueltas. Incluso cuando se acercaba el día de nuestra boda, tenía la esperanza de que volvieras. Marqué mil veces tu teléfono desde decenas de lugares distintos, pero la mayoría colgaba porque no sabía cómo decirte cuánto lo sentía.

—¿La mayoría? Bill, ¡me has llamado casi todas las semanas desde que rompimos!

—Lo siento, Cassandra, me moría por hablar contigo. Ahora lo único que sé es que no debí mentirte ni engañarte.

—¿Por qué lo hiciste? Yo te quería y deseaba construir una vida juntos.

—Lo hice porque... se dio. No la busqué, o tal vez sí. Ya no recuerdo cómo empezó.

—¿Tan poco te importaba Peyton? Si no me respetaste a mí ni a ella, ¿qué era lo que buscabas entonces?

—Un polvo fácil.

—Al menos has sido sincero.

—Es lo que pretendo. Por cierto, estás muy guapa. Ya no te recordaba pelirroja.

—Me viste en la cafetería el día que quedé con tu padre.

—Ese día te dije cosas horribles y no me perdono haberte sujetado del brazo. Estaba fuera de mí y lo siento.

—Bill, he de irme.

—Cassandra, he volado hasta aquí porque quiero decirte...

—Nada. No hay nada más que decir. Lo nuestro se acabó.

—No me doy por vencido.

—Hazlo o desperdiciarás tu vida. Adiós, Bill —dijo levantándose.

Él no respondió, sino que se la quedó mirando unos segundos diciéndose que aquello no había acabado. Metió la mano en el bolsillo y comprobó que allí seguía lo que había guardado

con ahínco. Desbloqueó su móvil y abrió una aplicación para localizarla. Cassandra no le había dado ninguna oportunidad para hacerle la pregunta más importante de su vida, así que la seguiría hasta encontrar el momento perfecto y conseguir que ella volviera a decir «sí, quiero».



Alex llevaba todo el día pensando cómo confesarle a Cass que la apuesta había acabado. No le importaba reconocer que había perdido y, en cierto modo, le divertía admitir que él se había dado por vencido antes que ella.

Nada más llegar a la iglesia, la vio. Llevaba el pelo en un semirrecogido y su vestido del color de las lilas se ceñía como un guante a sus soberbias curvas. El escritor se quedó sin aliento porque parecía que fuese la primera vez que reparaba de verdad en lo maravillosa que era.

Cass se giró un momento y lo vio. Le dedicó una amplia sonrisa y caminó hacia él.

—Hola, Alex —dijo con emoción en la voz.

—Hola, Cass. Estás... impresionante.

—Tú también estás muy guapo. Anda, ven, que te necesito. Como Blair me lio para ser dama de honor, me toca hacer el camino hasta el altar, pero el primo de Stephen que debía acompañarme ha cogido una gripe o algo así y no viene. Así que tú irás conmigo. ¿De acuerdo?

—Sí, claro.

—¿He sonado muy mandona?

—Solo un poco —respondió Alex sonriendo—. ¿Estás bien?

Cass quería contarle que había cerrado por fin el capítulo de Bill, pero no sabía cómo. En cierto modo, prefería dejarlo atrás sin más y olvidar de una vez aquella pesadilla. Así que optó por dejar de lado la conversación que había tenido con su ex aquella mañana.

—Todo mejorará —acabó diciendo ella.

—¿Es por la boda?

—No, estoy muy feliz por Blair. Olvídalo, ¿vale? —dijo con una sonrisa que el escritor percibió como falsa.

—Está bien, pero me debes el primer baile.

—Eso está hecho.

La música comenzó a sonar y las seis damas de honor, entre las que se encontraban Cassandra y April, tomaron posición junto a los familiares del novio. Antes de que las puertas se abrieran, Alex miró a Cass y solo fue capaz de susurrarle dos palabras que encerraban una promesa.

—Todo mejorará.

Ella le sonrió, pero no pudo decir nada. La música comenzó a sonar más fuerte y el cortejo avanzó hasta el altar. La ceremonia fue preciosa y cuando la feliz pareja se intercambiaba los anillos, Alex fijó la mirada en Cassandra, que pareció entender lo que él intentaba decirle sin palabras.

Nada más acabar, todo fue un caos de pétalos de flores, besos y reparto de familiares en cualquier coche en el que quedara un sitio disponible. Alex y Cass junto a April e Isaiah compartieron el del escritor. De camino al hotel donde continuaría la celebración, los cuatro iban comentando lo bonita que había sido la ceremonia y lo preciosa que estaba la novia.

El escritor se encontraba cada vez más nervioso. La cena estaba acabando. Los padrinos

ya habían dado el discurso y algunos familiares también habían aportado su granito de arena en dedicarles con palabras que les deseaban toda la felicidad del mundo. Muchos de los trabajadores de la editorial estaban allí, incluyendo a Samuel, pero no le importaba porque declararse a Cassandra era su prioridad.

Tras cortar la tarta, Blair les hizo una señal a Cass y a April para que la acompañaran a repartir unos detalles. Isaiah aprovechó el momento para hablar con Alex.

—Ey, ¿todo bien? Te veo un poco pálido.

—Estoy a punto de un ataque al corazón.

—Traes el anillo, ¿verdad?

—Sí. April ha sido de mucha ayuda. Recuérdate que le haga un regalo cuando vuelva a poder respirar.

El surfista se echó a reír.

—Tranquilo, Alex. Ella dirá que sí.

—Pues no lo sé, pero no quiero quedarme con la duda.

Las luces bajaron y las chicas volvieron a la mesa.

—Creo que está a punto de comenzar el baile —dijo April.

—Pues yo necesito ir al tocador —comentó Cassandra, que no aguantaba ni un momento más—. Tardo un minuto.

—Sé puntual. Recuerda que tu primer baile es mío —comentó Alex.

—Lo sé, «señor escritor».

Cassandra salió a toda prisa del enorme salón hacia el laberinto de pasillos donde se encontraban los aseos. Tras lavarse las manos, se retocó la pintura de labios. Se echó un vistazo rápido y salió. De regreso, antes del último giro, encontró a Bill. Se quedó sin palabras porque no entendía cómo la había encontrado.

—Cassandra.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—Esta mañana no me has dado tiempo para decirte lo que siento.

—Venga, Bill. ¿A qué viene esto? Sabes que he cortado contigo definitivamente, ¿qué más quieres?

—A ti, Cassandra. Ya te lo he dicho, te quiero... a ti.

Alex, empezó a impacientarse. Aún no había comenzado el baile, pero Cass no regresaba, y ese momento era demasiado importante como para que se lo perdiera.

Miró a April, que no dejaba de vigilar la puerta.

—Oye, ¿no está tardando Cass demasiado? —preguntó extrañada.

—Sí, lleva casi quince minutos —dijo el escritor preocupado.

—¿Le habrá sentado algo mal? —sugirió Isaiah.

—Puede ser —respondió ella—. Espero que no se haya quedado encerrada. Mejor voy a ver qué ocurre.

—Voy contigo por si fuera eso —se ofreció Alex.

—De acuerdo.

—Venga, os acompaño. De todos modos, pensaba ir —añadió el surfista.

Los tres salieron hacia el primer pasillo cuando la vieron con un chico. Este, de pronto, hincó la rodilla en el suelo y le ofreció un anillo mientras le pedía que se casara con él.

April dejó escapar un «¡Ah!» y se cubrió los labios con las manos como respuesta a esa escena tan surrealista. Isaiah miró a su amigo, que acababa de quedarse paralizado.

—Alex... —dijo Cass al verlo—. Esto no es...

Bill giró la cabeza y los vio.

—¿Cuándo habéis vuelto? —preguntó el escritor con un tono que encerraba decepción, rabia y celos.

—¡Yo no he vuelto con Bill! Se ha presentado aquí sin preguntarme —trató de defenderse.

Tras la nueva negativa de Cassandra esa mañana, Morris se había quedado en la cafetería mientras le daba vueltas a cómo iba a recuperarla. Había volado con la única intención de pedirle que se casara con él, pero ella lo había rechazado sin darle la oportunidad de preguntárselo. Una vez en su hotel, no había parado de vigilar sus movimientos hasta que vio cómo su ubicación se quedaba fija en una iglesia. Aquello lo desquició porque pensó que podía estar a punto de cometer un error. Bajó a toda prisa a recepción y detuvo un taxi, que lo llevó hasta la dirección que marcaba el GPS. Después de eso, la siguió hasta el hotel y esperó a encontrar el momento adecuado para declararse.

—¿Y este quién es? —preguntó Bill al tiempo que se ponía en pie para mirarlo a la cara.

—Es... —Cassandra no supo cómo definirlo, y eso destrozó a Alex.

—¿Es que has perdido la cabeza, Cass? —dijo April sin poder entender a su amiga.

—¡Yo no tengo la culpa de esto! —respondió ella elevando la voz incluso más de lo que esperaba—. Bill, ¡márchate! Ya no sé cómo decirte que lo nuestro se acabó, pero no voy a permitir que arruines mi vida ni la posibilidad de ser feliz. —Esto último lo dijo mirando a Alex.

El escritor comenzó a comprender la situación, pero aquello no cambiaba el hecho de que el momento mágico que esperaba compartir con ella se hubiera esfumado de un plumazo. Así que decidió irse porque la otra opción que le quedaba era darle un puñetazo al maldito desgraciado que había arruinado sus planes.

Miró a April y dijo muy serio:

—Despídeme de Blair, por favor. Tengo que irme.

Cassandra corrió hasta conseguir detenerlo sujetándolo por el brazo.

—Alex, ¿a dónde vas? —dijo sin entender nada.

—Soluciona «esto» —enfaticó— y hablamos la semana que viene.

—No te vayas, por favor. «Esto» no es...

El escritor la miró un instante y luego clavó los ojos en Bill.

—¿No es qué, Cassandra?

—Yo no amo a Bill —añadió con los ojos brillantes.

—Y yo no puedo seguir sin que cierres tu pasado.

—Alex...

Él negó apretando la mandíbula y se dio la vuelta para salir del hotel. Isaiah le dijo a April que volvería enseguida y siguió a su amigo hasta el aparcamiento.

—¡Alex, para!

—¿Qué? —gritó el escritor lleno de rabia.

—¿A dónde vas? ¡Cassandra está dentro! ¡Te necesita!

—Acaba de pedirle que se case con ella.

—¡Y ella lo ha rechazado!

—No puedo, Isaiah.

—Si no vuelves ahí dentro, te vas a arrepentir.

—Si vuelvo ahí dentro, voy a matar a Bill. Así que deja que me vaya antes de que haga algo de lo que sí voy a arrepentirme.

Isaiah lo miró y, en cierto modo, comprendió a su amigo.

—Conduce con cuidado.

—Descuida.

Alex se dio la vuelta y caminó hasta su coche. El surfista le despidió con la mano antes de regresar al hotel. Allí, Cassandra discutía con Bill, y April ya no sabía qué hacer.

Isaiah llegó justo a tiempo para oír algo que iba a cambiarlo todo.

—¡Márchate de una vez, Bill!

—¡Lo haré cuando me digas quién es ese gilipollas!

—Alex es el hombre del que estoy enamorada, así que vuelve a Nueva York ¡y déjame en paz de una vez!

—¿Estás enamorada de él?

—¡Sí!

Bill se quedó callado un instante. Miró alrededor y solo encontró a la pareja que estaba apoyando a Cass. De pronto, se sintió como un idiota y, cuando volvió a fijarse en ella, vio la determinación en sus ojos.

—Está bien, Cassandra. Me vuelvo a Nueva York. Pero quiero que sepas que estás cometiendo el peor error de tu vida, y no pararé hasta que te des cuenta.

El editor la dejó sin darle la oportunidad de responder. Salió del hotel y paró un taxi para regresar al suyo.

April se acercó a su amiga y la abrazó mientras ella sollozaba en su hombro. Isaiah lamentó que Alex no se hubiera quedado a su lado porque sabría de primera mano lo que sentía Cass por él, pero ese momento había pasado y puede que, después de cómo había afrontado todo aquello, no volviera a repetirse.

CAPÍTULO 40. CHANTAJE

El taxista llevó a Bill hasta la puerta de su hotel, aunque, en el último momento, cambió de idea. Necesitaba pensar, pero no quería hacerlo en una fría habitación de hotel, así que le preguntó al hombre por un bar tranquilo dónde pudiera tomar una copa. Media hora después, estaba sentado en una barra pidiendo un Jack Daniel's doble.

Eran cerca de las once y media de la noche. El bar estaba poco concurrido, solo unas cuantas almas solitarias buscando ahogar sus penas. Muchos de ellos ya llevaban el tiempo suficiente como para haberse dado cuenta de que no iban a encontrar la solución en el fondo de sus copas, pero parecía que ninguno estaba dispuesto a aceptarlo. Después del tercer *whisky*, Bill tampoco había encontrado una.

El camarero que le había servido la copa cogió el mando a distancia para buscar otro canal. De pronto, se detuvo ante una noticia y soltó una maldición nada elegante.

—¿Todo bien, amigo? —preguntó Morris, mucho menos borracho de lo que debería.

—¿No ha visto la noticia? Los malditos Wallace van a llevar a la pantalla no sé qué mierda de saga.

Bill volvió la cabeza hacia la televisión y vio al escritor. Un rotativo informaba que la productora comenzaría el rodaje de la adaptación de su primera novela a primeros de año.

—Hijo de puta...

—¿Quién? ¿Carmichael Wallace?

—Me refería al escritor. ¿Y tú de qué conoces a Carmichael?

—Me jodió la vida hace diez años. Yo era actor, ¿sabe?

—¿Y cómo lo hizo?

—Es una larga historia.

—Tengo todo el maldito tiempo del mundo para oírla. Ponme un Jack, y sírvelo otro. Yo invito.

El camarero formó una sonrisa y rellenó las dos copas, deseando contarle a ese generoso desconocido su camino truncado al estrellato.



Tras refrescarse un poco, Cassandra salió al pasillo. Allí la seguían esperando April e Isaiah con cara de preocupación.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó la agente inmobiliaria.

—Sí, pero he cometido un error. Debí contarle a Alex que Bill había venido a hablar conmigo. Me dijo que quería disculparse en persona y, antes de darme cuenta, me estaba pidiendo volver. No entiendo cómo ha dado conmigo si yo no le he dicho dónde iba a estar.

—Es fácil, Cass. Tu GPS —explicó April.

—¿Tú crees?

—Si no, ha estado siguiéndote todo el día.

—¡Dios!

Isaiah trató de mantenerse callado, pero lo que le había dicho Cassandra a su ex cambiaba demasiadas cosas como para no preguntarle.

—¿Es cierto lo que le has dicho? ¿Estás enamorada de Alex?

—¡Isaiah, este no es el momento! —se quejó April.

—Ahora no quiero hablar de eso —dijo Cass—, y te pido que no le digas nada a él. ¿De acuerdo?

—No, claro que no —se negó Isaiah.

—¿Es por la apuesta? —preguntó Cass desbordada.

—No, Cassandra. Es porque él tiene que saberlo. Créeme, ¡tiene que saberlo! —repitió muy exaltado.

Isaiah se moría por decirle que Alex también estaba enamorado de ella, pero eso era algo que debía confesarle su amigo.

—De acuerdo. Pero, por favor, dame unos días. Hablaré con él en cuanto ponga en orden mi cabeza. Ahora mismo, no puedo ni pensar.

—Tranquila. Tómame el tiempo que necesites, aunque sería mejor decírselo antes de la próxima cita.

—Está bien, Isaiah. Lo haré la semana que viene.

—Vale, Cassandra, pero no lo retrases más.

—Será mejor que volvamos dentro —dijo April.

Ellos asintieron y los tres regresaron al salón, donde Blair y Stephen estaban bailando su primera pieza como marido y mujer.



Alex entró en casa dando un portazo. La rabia le quemaba por dentro y Anora, que pareció entenderlo, se acercó hasta él maullando.

—No estoy de humor —dijo mirándola.

La gata colocó una pata sobre su zapato y volvió a protestar. Ese gesto hizo que el escritor sonriera con cansancio. El felino comenzó a trepar por su pantalón y él acabó cogiéndola en brazos tras dejar la bolsa con las botellas en el recibidor.

—¿Sabes lo que cuesta este traje, granujilla?

Ella ronroneó, como si respondiera que le daba igual. Alex se dirigió a su habitación y la dejó encima de la cama. Se cambió de ropa y regresó al salón. Era incapaz de pensar. Menos aún, de dormir.

Durante un momento, sopesó dar unos largos en la piscina, pero estaban a trece grados y no era cuestión de coger una gripe por muy enfadado y decepcionado que estuviera. Para colmo, ya no le apetecía tomar ni una mísera copa.

«Yo no amo a Bill», las palabras de Cass volvieron con fuerza.

—¿Y qué demonios significa eso? —preguntó mirando hacia el porche iluminado por decenas de luces diminutas.

Anora maulló de nuevo. Él terminó por claudicar y, con cariño, volvió a cogerla en brazos.

—Dice que no ama a Bill. ¿Tú la crees? —La gata ronroneó mientras frotaba su cabecita

contra el pecho de Alex—. Ya, yo tampoco.

El escritor se quedó allí de pie sabiendo que la apuesta ya no tenía sentido. Tras verlos juntos, se convenció de que ella aún amaba a su ex, y él jamás podría competir con la posibilidad de recuperar lo perdido.

«Si Jess se hubiera disculpado...», dejó ese pensamiento en el aire. Unas pocas gotas de lluvia comenzaron a golpear los cristales. Viendo cómo empapaban el porche, se dio cuenta de que aquello ya no le importaba lo más mínimo.



Bill se pasó todo el vuelo de vuelta a Nueva York pensando qué iba a hacer con la información que aquel camarero, llamado Rob o Bob, le había vendido por solo dos mil dólares. Mientras jugueteaba con el *pendrive* moviéndolo entre sus dedos, no paraba de darle vueltas a cómo iba a utilizarlo. Se dijo que tendría que habérselo mostrado a Cass. Amenazarla con hacerlo público hubiese sido de lo más efectivo, pero ¿y si a ella no le importaban las consecuencias y se negaba a aceptar su propuesta? Al no estar completamente seguro, se esforzó en buscar una manera para que le fuera imposible rechazarlo porque ahora, más que nunca, iba a luchar con uñas y dientes para recuperarla.

Una vez más, recordó el momento en el que había oído a su padre hablar de ella con Samuel. Percibir en su voz ese orgullo y emoción por lo bien que le estaban yendo las cosas, cuando él llevaba cuatro meses aguantando las miradas reprobatorias de todos, había sido el detonante para empezar con todo aquello. Ya tenía suficiente. Había llegado el momento de resurgir de sus cenizas, y la mejor manera no podía ser otra que de mano de Cassandra perdonándolo públicamente. Pese a que había hundido su reputación, pensar de nuevo en ella le había hecho ver que aún la quería. A su modo, pero la quería. Por ese motivo, se decidió a entrar en el despacho de su padre para cogerle el móvil a fin de poder llamarla. Nada había salido como él esperaba, pero ahora tenía una baza que podía devolverle lo que siempre consideró como suyo, y no iba a desaprovechar esa ventaja.

Un par de horas después, tras haberle servido la azafata un cóctel, una idea tomó fuerza. Concluyó en que era brillante y que tenía muchas posibilidades de funcionar. Quizás esa fuera la peor solución que se le podría haber ocurrido, pero no iba a permitir que aquel «escritorucho» triunfara a costa de su suegro y se quedara con su chica después de toda la humillación que había sufrido.

Tras aterrizar, se dirigió a su piso con la seguridad de que aquello le funcionaría. Al día siguiente, mientras desayunaba, repasó el plan que había elaborado la noche anterior. Estaba convencido de que Cassandra aceptaría sin dudarlo, y Caleb se convertiría en su mejor aliado a no ser que prefiriera que todo saliera a la luz.

Nada más llegar a la editorial, imprimió unas copias y le dijo a su secretaria que volvería antes de comer. Después, se dirigió a Wallace Entertainment. Le esperaba una conversación muy interesante con Caleb, en la que pensaba devolverle al joven productor el título de futuro cuñado.

—Señor Wallace, el señor Bill Morris está aquí. Dice que tiene una cita con usted.

—Rose, dile a ese indeseable que se vaya por donde ha venido.

Bill hizo caso omiso y el productor oyó por el interfono cómo su secretaria trataba de impedir que su excuñado entrara en el despacho. Segundos después, Morris abrió la puerta. Una acalorada Rose miró a su jefe con el rostro avergonzado. Él hizo un gesto con la mano para que

saliera.

—Hola, Caleb —dijo el editor con una sonrisa indescifrable.

—Hola, hijo de puta —replicó con frialdad.

—Curiosa elección de palabras —añadió Bill mientras dejaba un sobre de tamaño folio sobre la mesa.

—¿A qué debo tu desagradable e inapropiada visita?

—Quiero casarme con Cassie, y tú vas a ayudarme.

Caleb soltó una carcajada. Pensó que estaba bromeando, pero Bill tenía un extraño brillo en los ojos y una expresión de seguridad que no le gustó un pelo.

—No sé qué te ha llevado a pensar esa gilipollez, pero ni se te ocurra acercarte a mi hermana.

—Este fin de semana he estado con ella en Los Ángeles, pero eso no importa. Abre el sobre —lo cortó sin dejar de mirarlo.

Caleb frunció los labios. El tono que había empleado Bill no dejaba dudas de que lo que había traído era importante. Sacó el contenido y una docena de fotos de su madre le quemaron los ojos. Se veía que las imágenes tenían unos años, pero no había dudas de que era ella.

Grace aparecía desnuda en toda clase de posturas, que no dejaban margen a la imaginación, con un hombre mucho más joven que ella. El productor tuvo la esperanza de que fueran antes de casarse con su padre, pero los anillos en su dedo eran la prueba de que había sido infiel.

Se pasó la mano por la cara y miró al hombre que tenía enfrente, que mantenía una expresión fría y calculadora.

—¿De dónde has sacado esto?

—Eso no importa. Solo son copias. Los originales están en un sitio seguro. Aunque lo mejor de todo es la superproducción de hora y media donde la «interpretación magistral» de ambos no tiene desperdicio.

—¿Y qué cojones quieres, Bill? ¿Dinero?

—Te lo he dicho antes, quiero a Cassie.

—Ya tienes a la zorra de Peyton.

—Eso se acabó. Además, nunca significó nada para mí —lo volvió a interrumpir el editor.

—No entiendo nada. Tú no quieres a Cass, y puedes tener a quien te dé la gana.

—Lo sé, pero yo sí que aún la quiero. Y no voy a permitir que Adam Wright se quede con todo. Eso no va a pasar.

—¿Me estás diciendo que todo esto es por putos celos de un cabrón «folla zorras»?

—Cuidado, Caleb. Mira las fotos. No soy el único que «folla zorras», ¿no te parece?

El productor clavó los ojos en su excuñado con verdadero odio. En el fondo, su argumento no tenía ninguna validez, puesto que su madre se había comportado del mismo modo.

—¿Y qué propones?

—Algo muy sencillo. Le pedirás a Cassie que vuelva conmigo.

—Tienes que estar de broma. ¿Es que crees que ella va a hacerme caso?

—Cassie te hará caso porque la vas a amenazar con cancelar el contrato con Wright. Si ella no vuelve conmigo, su «amiguito» se quedará sin la gran pantalla.

—Esos contratos están firmados. Yo no puedo...

—A ver, Spielberg, voy a dejártelo muy claro: o Cassie vuelve conmigo o empapeló

Nueva York con esas fotos. Ella ha arruinado mi reputación, pero, si nos casamos, lo pasaré por alto. Con eso quedará limpio mi nombre, ya que estará implícito que me ha perdonado. Si ella cumple, puede que incluso me piense darte algún original. No todos, claro, no sea que pierdas la motivación. Eso sí, Cassie jamás debe volver a ver o hablar con ese gilipollas.

—¿Crees que voy a condenar a mi hermana a una vida de mierda contigo? —escupió Caleb con ganas de matarlo.

—Eso, o todo el mundo conocerá al dedillo la anatomía de tu «intachable madre».

—¿Y yo que pensaba que erais uña y carne?

—¿Quién dice que yo no la aprecie? Lo hago, pero mi felicidad está por encima de todo.

—¡Tú no amas a Cass!

—Yo sí la quiero, pero ni que hiciera falta para solucionar esto. Ella es mía, y tú sabes que no tienes escapatoria. Sopesa tus opciones y dame una respuesta mañana.

—Bill, no puedes...

—No, querido «cuñado», puedo y lo haré. Hasta mañana.

El editor salió del despacho sin darle la oportunidad a una réplica. Mientras regresaba a su coche, pensó en las palabras de Caleb sobre que no la quería, y no era cierto. La deseaba de nuevo, y no dejaría que ella se acercara a ese escritor al que había mirado a los ojos para decirle que ella no lo amaba a él. Eso cambiaría en cuanto Caleb la amenazara, y no podía esperar a que Cassandra estuviera entre las cuerdas.



El día anterior, Alex no se encontraba con el humor necesario para tener ninguna conversación con Cass. Había pasado un domingo terrible y quería dejarlo atrás. En cuanto se despertó el lunes, se dijo que debía solucionarlo. De modo que, a las doce de la mañana, se presentó en el despacho de la editora dispuesto a enterrar un hacha de guerra que estaba cubierta de una pátina de celos demasiado evidente. Al menos desde su punto de vista.

—Hola, Cass. ¿Podemos hablar? —dijo nada más saludarla.

—Hola —respondió sorprendida al verlo—. Perdona, ¿teníamos una cita? —Comenzó a revisar su agenda.

—No, pero necesito aclarar contigo lo de la boda y no quería que pasara ni un día más.

—Alex, siento mucho no haberte contado que Bill me llamó la semana pasada. Insistió en que nos viéramos. Quería disculparse en persona y yo, en cierto modo, necesitaba cerrar de una vez esa etapa. No sabía que iba a seguirme hasta el hotel y, mucho menos, que montaría ese numerito. Solo quiero aclararte que jamás volveré con él.

—Cass, siento mucho haberme enfadado sin razón. No me debes ninguna explicación, pero te agradezco mucho que me lo hayas contado. Supongo que me enfadé porque tenía muchas ganas de bailar... contigo.

—Entonces, ¿todo bien? —preguntó, dibujando una tímida sonrisa.

—Sí, todo bien.

—Hoy me es imposible porque esta tarde tengo la presentación de otra autora en una librería del centro, pero ¿podríamos quedar mañana por la tarde? Te invito a cenar a mi casa. Me

gustaría contarte algo que creo que es... importante.

Alex cambió la expresión a una mucho más amable y esperanzada.

—Claro que sí. ¿Mexicano o japonés?

Ambos sonrieron.

—Italiano, e invito yo. ¿A las siete?

—De acuerdo.

El escritor se marchó del despacho sosteniendo una sonrisa. No sabía qué iba a decirle ella, pero él no dejaría escapar la oportunidad de confesarle que la amaba.



Veinte minutos después, Cassandra estaba enfrascada corrigiendo un capítulo de una novela cuando recibió la llamada de su hermano. Le extrañó, ya que ambos estaban en horario laboral. De pronto, se asustó porque pensó que quizás había pasado algo malo.

—Hola, Caleb —dijo con la voz preocupada.

—Hola, Cassandra. ¿Tienes un minuto?

—Claro. ¿Qué pasa? ¿Papá y mamá están bien? ¿Y Sam?

—Sí, ellos están bien. Tengo que... Es algo relacionado contigo.

—¿Conmigo?

—Mira, Cassou, lo voy a decir sin rodeos. He hablado con Bill y quiere volver contigo. Creo que ha llegado el momento de que lo perdones y te cases con él.

Cassandra se quedó callada un instante porque estaba convencida de que no había entendido a su hermano.

—¿Hola? —preguntó Caleb.

—Sí, estoy aquí. ¿Esto es una broma?

—No, no lo es.

—Entonces es que te has vuelto loco.

—Cassou. Hay cosas que... Debes entender en parte a Bill. Sabes que los hombres tenemos más necesidades, y él solo...

—¿Que yo no voy a volver con Bill! Y, si tiene necesidades, que se aguante como el resto. ¡Yo también las tengo!

—Cassandra, ¡tienes que casarte con él y punto! Deja de pensar solo en ti por una vez.

—Escúchame bien, Caleb, ¡estoy a punto de colgarte! ¿Se puede saber a qué viene esto ahora? Si sabes lo que me hizo, ¿cómo eres capaz de decirme...?

—Si no te casas con él, romperé el contrato con Adam Wright.

Ella se calló al oír esa amenaza. Su hermano era muy exigente, de eso no tenía duda. Además, siempre había procurado dejarla en su lugar, pero aquello no tenía sentido y comenzó a sospechar que algo no andaba bien.

—Sé que no soy tu hermana preferida, pero estoy segura de que jamás me amenazarías sin una razón de peso. ¿Qué ocurre, Caleb?

—Cassou...

—Es Bill, ¿verdad?

—No, no es eso. —Trató de mantener un tono que no lo delatara, pero Cassandra era su gemela y nunca le había funcionado con ella.

—Ninguno de los dos sabe mentir, Caleb. ¡Dime qué ocurre!

—No puedo. Si te lo cuento, lo sacaré a la luz.

—Ahh... Te ha amenazado —acabó por entender—. ¿Con qué? ¿Qué tiene de nosotros? No hipotecaré mi vida si no me lo dices.

Caleb sopesó sus palabras y acabó por ceder porque aquello era demasiado importante como para callárselo.

—No es de nosotros, es de mamá —terminó confesando.

—¿De mamá? ¿Qué tiene de mamá?

—Fotos con un chico con el que...

—No puede ser. —Cassandra conectó la confesión de la infidelidad de su madre con aquellas fotos—. ¿Y cómo las ha conseguido él?

—Ni idea, pero tengo un muestrario suyo a todo color. Deben de haber pasado unos diez o doce años. Ella aparece mucho más joven.

—¿Y qué pretende hacer con ellas?

—Parafraseando sus palabras, empapelar Nueva York con las fotos si no te casas con él. Dice que te quiere, pero a mí no me engaña. Te vio con Adam Wright. Te aseguro que lo que tiene es un puto ataque de celos. Esto solo es un pulso para demostrar que le perteneces.

—¿Que me vio con Adam? ¡Pero si apenas fueron cinco minutos!

—Pues creo que fueron suficientes y que eso lo volvió loco. Dime, ¿tienes algo con él?

—Aún no.

—Pues tu ex no piensa lo mismo. Te aseguro que el Bill que ha venido a amenazarme hace menos de una hora es un hombre marcando territorio.

—Caleb, no me puedo casar con él.

—Entonces, ahora sí que hundirás a la familia porque, si no lo haces, sacaré a la luz un vídeo de mamá.

—¿Un vídeo?

—De hora y media.

—¿Es que te lo ha enseñado? —preguntó muy angustiada.

—No, solo me lo ha dicho.

—¿Y tú lo crees?

—Cassou, aunque no lo tuviera, con las fotos es más que suficiente.

—Dios...

—Solo tenemos dos opciones: o aceptas el chantaje y te casas con él o hablamos con mamá y papá de esto y afrontamos el escándalo. Te adelanto que esto sepultará la credibilidad de la productora y pondrá en tela de juicio todo el trabajo del abuelo y de papá.

—No puedes hacerme responsable de esto, Caleb. ¡No puedo casarme con Bill!

—Entonces todo se va a ir a pique.

A Cassandra se le llenaron los ojos de lágrimas. Se encontraba entre la espada y la pared. Su hermano tenía razón. Rechazar a Bill suponía destruir a la familia. Casarse con él implicaba una vida de miseria, pero los suyos y la productora estarían a salvo de las críticas. En ese momento, pensó en su padre y en lo que supondría para él que todo el mundo conociera la infidelidad de su madre. Carmichael había callado durante años la vergüenza y había perdonado a Grace para que la familia no se rompiera. No es que a Cassandra su madre no le importara, pero fue el pensar en el dolor de su padre lo que hizo que tomara una decisión terrible.

De pronto, pensó en Alex y que al día siguiente iba a confesarle que lo amaba, pero esa conversación jamás tendría lugar.

El mundo volvía a girar, pero esta vez el eje la anclaba a la sombra de su maldito exprometido.

Se limpió las mejillas con rabia y respondió aquello que iba a destrozarle la vida para siempre.

—Está bien, Caleb. Bill gana. Me casaré con él.

—No, Cass, perdóname. Jamás debería haberte pedido esto. Hablaremos con papá y mamá...

Pero su hermano no pudo continuar porque ella le había colgado. El productor cogió la taza de café que tenía encima de la mesa y la estrelló con rabia contra el suelo. Acababa de pedirle a su hermana que entregara su vida para protegerlos a todos y, por primera vez, sintió asco de sí mismo.

CAPÍTULO 41.

TENEMOS QUE HABLAR

Cassandra pasó una tarde de perros. Mientras trataba de poner buena cara a la autora que estaba entusiasmada con la presentación de su libro, no dejaba de pensar cómo iba a poder afrontar el futuro que le exigía Bill.

No aceptar su amenaza supondría la hecatombe. El mundo se enteraría de que su madre le fue infiel a su padre y aquello los salpicaría a todos sin remedio. En una sociedad donde cada día se desayunaba con un escándalo nuevo, serían la comidilla durante semanas. Sabía que, tarde o temprano, ninguno recordaría aquella noticia porque la prensa siempre estaba ávida de nueva carnaza, pero su familia ya no sería la misma.

Pensó en su madre, y la rabia se apoderó de ella. Hasta cierto punto, sabía que merecía pasar la vergüenza por haber traicionado una promesa, pero, si esas fotos veían la luz, ¿qué quedaría de su padre después? Cass adoraba a Carmichael, y este lo había sacrificado todo por ellos. Si él había sido capaz de aguantarlo, ella no iba a ser menos. Se dijo que lo haría por él, porque su padre era el mejor hombre del mundo y no se merecía vivir aquella humillación pública.

Esa noche la pasó entera dándole vueltas a lo que podía hacer. Por mucho que buscó una salida distinta a la que le exigía Bill, no encontró ninguna, pero sí descubrió que el dolor por perder a Alex se había vuelto insoportable. A las seis de la madrugada, dejó su habitación para salir a la terraza. El frío la golpeó en la cara para recordarle que solo había dos salidas. Cerró los ojos y aceptó que, una vez más, estaba atrapada bajo el yugo de Bill. Por fin tendría lo que había deseado con tanto ahínco en los últimos meses: una vida de sexo sin amor.

Cerró la terraza y se dirigió a la cocina para hacerse un café. Cogió el móvil y desbloqueó un contacto. Miró el reloj: las seis y veinte. Una hora perfecta para despertar a un demonio.

—¿Diga? —preguntó un somnoliento Bill.

—Tú ganas.

—¿Cassie?

—Cassandra. Desde hoy y por siempre, para ti, seré Cassandra.

Morris aún se estaba despertando, pero, de pronto, entendió lo que ella había querido decir.

—Yo gano, ¿eh? Ya veo que Caleb no ha podido mantener la puta boca cerrada.

—Eres un desgraciado. Pero, tranquilo, tendrás tu recompensa —escupió con rabia.

—Cassandra, no quiero que las cosas sean así. Yo...

—No me importa nada lo que tú quieras. Me casaré contigo y me darás todas las copias que has conseguido.

—Creo que no entiendes la gravedad del asunto, Cassandra —pronunció lentamente su nombre—. Tú no pones las reglas, cariño. Así que mucho cuidado con lo que dices.

—Es eso o no me casaré contigo. No pienso vivir bajo la amenaza constante de que vayas a publicar lo que sea que tengas.

—Te lo repito —añadió endureciendo el tono—, tú no pones las reglas.

—Muy bien, publícalas, pero jamás me tendrás.

Ella sabía que aquel farol era insostenible, pero debía intentarlo. A Bill le hizo gracia su

patético ultimátum, sin embargo, le pareció que era más razonable contentarla y darle la satisfacción de que había ganado en parte en vez de mantenerse en sus trece. Al fin y al cabo, solo quería recuperarla porque se había convencido de que, volviendo con ella, todo se solucionaría. Tal vez le entregara algunos originales, pero nunca se desprendería de aquel vídeo tan revelador.

—Está bien, Cassandra —repitió su nombre pronunciando cada sílaba aún más despacio que la vez anterior—, tú ganas. Pero que te quede clara una cosa, no te daré nada hasta después de la boda, y ahí no hay negociación. O lo aceptas o mañana las redes echarán humo.

Cass se quedó un momento callada. Clavó la mirada en la taza y movió el café, que a esas alturas se había quedado frío. Apretó la mandíbula como solía hacer y asintió aceptando la derrota.

—«Sí, quiero» —dijo con un tono mordaz que no dejaba duda del desprecio con el que había impregnado aquellas dos palabras.

—Muy bien, «amor mío», ¿cuándo vas a volver?

—Necesito un mes para cerrar todo aquí —mintió ella. Pensó que, si ganaba tiempo, tal vez pudieran contratar a alguien que buscara las malditas fotos y el vídeo.

—Siete días, ni uno más. Entiendo que has de despedirte de tus «nuevos amigos», pero cuidado con lo que haces porque vuelves a ser una mujer comprometida.

—¿Es que acaso me vas a ser fiel? —se burló ella.

—Aunque no te lo creas, es mi intención.

—¿Hasta que la muerte nos separe?

—Hasta que seas complaciente.

—Bill, sabes que esto es un error. Y si solo te mueven los celos, nos vas a hacer a los dos muy desgraciados.

Morris se levantó de la cama y se dirigió al salón donde Cass lo había encontrado con Peyton.

—Siempre te he querido, Cass. Puede que a mí manera, pero eso no diluye el amor que siento por ti. Ese escritor no tiene nada que ver. Solo lo he utilizado como excusa porque sabía que si él entraba en la ecuación, tú aceptarías sin pensártelo dos veces.

—Acepto por mi familia.

—También, pero tu voz te delata porque nunca has sabido mentir. Además, te recuerdo que me dijiste que era el hombre del que estabas enamorada.

—No entiendo nada, Bill. Me tenías y lo sacrificaste todo por un polvo. Y ahora, que eres libre, ¿te has dado cuenta de que me quieres?

—Eso y que estoy cansado de que todo el mundo me juzgue por una infidelidad.

—Es que fuiste infiel. ¿Qué esperabas?

—¡Pero ya es suficiente! La puñetera prensa no se cansa ni deja de decir que he perdido la oportunidad de mi vida. No aguanto cómo me miran mis amigos y en el trabajo.

—Tú eres el único responsable de esto.

—Lo sé, pero tú lo vas a solucionar.

—No funcionará, Bill.

—Eso ya lo veremos en la próxima alfombra roja.

—¿Y cómo pretendes que la gente crea que te he perdonado?

—Muy fácil. Has leído cientos de historias, inventa una para nosotros y conviértela en un cuento de hadas.

—Jamás volveré a quererte. Como mucho, tendrás mi desprecio.

—Podré soportarlo, cariño. Lo que no puedo aguantar son las críticas de los demás.

—Dudo mucho que resistas un «para siempre».

—En realidad, no necesito tanto. Tal vez tres años.

Cass encontró un resquicio en el muro de piedra de la determinación de Bill y se le ocurrió que aquello podría no ser definitivo, así que probó suerte porque no tenía nada más que perder.

—¿Es un trato?

Morris se quedó callado, pensando en lo que le acababa de proponer. Sopesó el futuro. Pese a que él sí que sentía por Cassandra algo cercano a su definición de amor, sabía que ella no volvería a quererlo. Tres años era un plazo razonable para recuperar su corazón. Y, si no lo conseguía, la dejaría libre, pero ya nadie recordaría el pasado.

—Bill, ¿tenemos un trato? —insistió ella.

—Sí, Cassandra. Rebajaré tu castigo a solo tres años.

—De acuerdo, aunque sin hijos.

—Desde luego que no.

—Volveré en una semana.

—Y anunciaremos nuestro compromiso y que todo está olvidado. Van a ser los tres mejores años de nuestra vida.

—Recuerda una cosa, Bill: no sé mentir.

—Pues vas a tener tiempo de sobra para aprender. Te veré pronto.

Cassandra colgó y retuvo una arcada. No podía creer que Bill hubiera accedido a acortar la maldita condena, pero supuso que lo que buscaba no era recuperarla a ella, sino cesar la marea de críticas. Cerró los ojos diciéndose que aquello solo era otro acuerdo. Un sacrificio necesario para obtener un fin.

Cogió la taza llena de café helado y lo tiró en el fregadero. Después, fue directa a la ducha para tratar de olvidar que en pocas horas tendría que decirle a Alex que anulaba la apuesta y que no iba a cumplir con su parte.



Alex salió de casa para cenar con Cass. Condujo todo el camino pensando que, después del postre, le confesaría que estaba enamorado de ella, que las citas habían acabado y que era la ganadora. En realidad, no le importaba haber perdido porque esperaba que le correspondiera. Isaiah estaba convencido de que Cassandra sentía lo mismo que él, así que, en realidad, todo parecía salir a pedir de boca.

Cerca de las siete, aparcó. Cogió la botella que había comprado para celebrar el final de la apuesta y, con una gran sonrisa, llamó a la puerta. En cuanto vio la expresión de Cass, supo que algo no iba bien.

—Hola, Alex.

—Hola... —dijo, acercándose para darle un beso en la mejilla, pero, por primera vez, Cass se lo impidió adelantando su mano para poner distancia entre ellos.

—¿Qué ocurre? He traído *champagne*. Será mejor que la metas en la nevera.

—No creo que sea necesario. Pasa, por favor.

—Cass, ¿qué es lo que ocurre?

—Mejor nos sentamos. Tenemos que hablar.

Esas tres palabras le cayeron al escritor como un jarro de agua fría.

La expresión de Cassandra no auguraba nada bueno. Aun así, decidió no tratar de adivinar y acabó por sentarse en el sofá justo en frente de ella.

—¿Te apetece un café? —le ofreció muy seria.

—Estoy bien, gracias. Oye, ¿a qué viene esa cara? ¿Ha pasado algo malo? ¿Es por tu familia?

Cass apretó los dientes y, simplemente, lo soltó.

—Alex, la apuesta se ha acabado. No voy a continuar porque regreso a Nueva York. Bill y yo vamos a casarnos.

Alex la miró como si lo que hubiese oído fuera una broma.

—¿Qué dices?

—Ayer por la noche volvió a llamarme —mintió—. Me he dado cuenta de que todavía lo quiero —dijo apartando la mirada y con el corazón a punto de explotar en mil pedazos.

—No te creo.

Cassandra frunció los labios y tragó esa maldita madeja de espinas que empezaba a ser demasiado familiar, solo que ahora era por un motivo muy distinto: estaba perdiendo a Alex, y el dolor que sabía que le causaría iba a ser irreparable.

—Lo que tú creas, no importa —decirlo en voz alta hizo que el pulso se le disparara.

—Pero tenemos un contrato.

—No, esto es solo una apuesta entre amigos. Los dos nos enfrascamos en una cruzada para demostrar algo que es imposible. Esto siempre ha sido un juego infantil porque ambos sentimos heridos nuestros egos.

—Sí que teníamos un contrato, Cass. Podría llevarte a juicio y te obligaría a cumplirlo.

—Alex se frotó la frente al darse cuenta de lo que había dicho.

Ella no respondió al instante. No podía. Le costaba tragar y las manos le temblaban. Un sudor frío le recorría la espalda, pero respiró despacio para continuar con aquella farsa que iba a destrozarse la vida ambos.

—Haz lo que creas que debes, no puedo impedírtelo; pero yo vuelvo a Nueva York.

—¡Si aún nos quedan tres citas! ¿Por qué lo haces? Dime la verdad.

—Te lo he dicho. Bill y yo hemos solucionado nuestros problemas —repitió, manteniéndose en sus trece.

—Cass, te juro que no te entiendo. Ayer me dijiste que jamás volverías con él. Por el amor de Dios, ¿que se folló a tu mejor amiga!

—Eso no te incumbe. Y déjame recordarte también lo que tú me dijiste: no tengo por qué darte explicaciones. Es mi vida y ya está hecho. Mañana me despediré de la editorial. En unos días, podrás ver la noticia a todo color.

—¡Tú no lo amas! ¡No creas que no lo sé! —gritó Alex fuera de sí, incapaz de aceptar que Cass volviera con él.

—¿Y quién eres tú para darme lecciones? Reconócelo de una vez: ¡sigues enamorado de Jess!, pero tu orgullo de macho herido no es capaz de aceptar que todos hacemos sacrificios y tragamos hiel para seguir adelante, queramos o no. Búscala y cástate con ella.

—¿De qué diablos estás hablando? ¡Yo jamás volveré con Jess! Ni la quiero ni voy a quererla porque...

—¡Pues haz lo que veas, pero no me impongas tus reglas porque he de volver!

Cass se levantó para que él no viera que había comenzado a llorar. Se limpió a toda prisa

las lágrimas y fue hacia la cocina para servirse un vaso de agua.

Alex, que estaba demasiado ofuscado como para reparar en el dolor con el que Cassandra había impregnado sus últimas palabras, no se dio cuenta. Él, que se había engañado todo ese tiempo diciéndose que no la amaba, se enfadó consigo mismo porque había perdido la oportunidad de confesarle lo que sentía por un maldito giro del destino. Lo que había empezado como una simple apuesta había acabado en un deseo profundo por tenerla de nuevo entre sus brazos. Saber que se le estaba escapando de entre los dedos hizo que algo parecido al terror lo golpeará con fuerza. Cass se iba para siempre, y él perdería de nuevo al amor de su vida. Pero que el infierno lo acogiera porque no iba a dar su brazo a torcer ni rogaría por las sobras de otro.

Si ella quería irse, dejaría la puerta abierta.

—¡Pues hazlo! —vociferó envenenado por la ira—. Vuelve con tu prometido «Follador de arpías». Fue así cómo lo definiste, ¿verdad?

—¡Qué fácil es esto para ti! Me miras como si tuvieras derecho a juzgarme, pero te olvidas de algo importante: ¡que yo no te debo nada!

Cassandra dejó el vaso vacío en la encimera de forma tan brusca que el sonido estridente sorprendió a los dos.

—Solo cumplir un acuerdo. Pero he sido un necio, tu palabra no vale nada.

—Cuidado, Alex. Una estupidez más y te echo de mi casa.

—¿Estupidez? Rompes el contrato porque ¡has perdido! Y no me mires así, teníamos un contrato aunque ahora digas que no. Te has enamorado de mí en solo siete citas y estás aterrada. No me creo que vayas a volver con Bill, esto solo es una invención para salir corriendo.

—Jamás pensé que fueras tan simple. ¡Esto no tiene nada que ver con la apuesta! Y no he perdido nada porque yo no te quiero, Adam —dijo a propósito—. Nunca te he querido y nunca te querré.

Cassandra sabía que aquello lo destrozaría. No estaba segura de que él sintiera algo por ella, pese a la insistencia de April. Pero necesitaba romper con él, y la única manera que se le ocurrió fue herirlo en lo más profundo de su corazón.

La expresión de Alex se endureció porque eso no le dejaba ninguna posibilidad de poder estar juntos. Parecía que a ninguno de los dos le quedaba nada más por decir, aunque era una falacia, puesto que ambos guardaban dentro algo decisivo, solo que el silencio fue la única respuesta que estuvieron dispuestos a dar.

Aun estando a miles de kilómetros de distancia en ese momento, sus corazones latían acompasados, solo que no al del amor que compartían, pese a negarse mutuamente que así era, sino al son del dolor y la decepción. Y ese ritmo rara vez puede cambiar el compás.

Alex acabó por ponerse también en pie y se quedó mirándola mientras trataba de entender qué le había dicho Bill para convencerla. Ella solo le devolvía determinación, y eso acabó por destruirlo, haciendo que la rabia tomara el control de sus decisiones y sus palabras. Algo por lo que más tarde se arrepentiría, pero era incapaz de irse sin decirle a Cassandra lo que sentía.

—Te equivocas, Cassandra. Me quieres, y lo más difícil que tendrás que asumir el resto de tu vida es que no conseguirás olvidarte de mí. Y aunque ahora creas que Bill es tu mejor opción, pronto te encontrarás sola en tu magnífico apartamento preguntándote por qué tu «perfecto marido» se retrasa otra vez.

—Creo que ha llegado el momento de que te vayas antes de que digas algo de lo que realmente puedas arrepentirte.

—Te conozco mejor de lo que crees. Aunque tu cara me dice que vas a casarte con Bill, tus ojos no son capaces de mentir.

—¿Ahora eres adivino?

Alex pasó a su lado y abrió la puerta. Antes de salir, se dio la vuelta y añadió la última gota de veneno para herirla. Lo más triste fue que solo trataba de retenerla, aunque no sabía cómo.

—No, Cassandra, no soy adivino. Soy un maldito trolero y reconozco a mis iguales.

Ella lo miró un instante. Allí estaba el hombre de sus sueños. Había encontrado un amor sincero, dulce y sencillo de manos de quien menos esperaba, pero el destino se la había vuelto a jugar, y esta vez no había escapatoria. Así que tragó un puñado de clavos para dejarle claro que aquello era el final.

—Ese es tu problema, Alex. Piensas que estoy mintiendo porque tu vanidad no acepta que yo sea capaz de perdonar y olvidar. Nadie es un ejemplo de perfección y «nadie» —repitió— tiene derecho a juzgarte cuando lo único que hace es huir como un niño herido en vez de aceptar que lo que más desea es que lo amen con todas sus fuerzas.

—¿Crees que estoy huyendo? ¡Eres tú la que se va!

—Así es, he de volver y tendrás que asumirlo.

—Sabes que me debes una noche. Has perdido y me la debes —dijo desesperado porque no encontraba la forma de convencerla.

—Lo sé, pero nunca la tendremos.

—Enhorabuena, futura señora Morris. Espero que Bill pueda darte aquello que mereces.

Alex salió y cerró con un pequeño clic. En realidad, quería haber destrozado la puerta, pero eso no cambiaría lo ocurrido. Llamó al ascensor y bajó notando cómo el mundo, de nuevo, se abría bajo sus pies.

Nada más verlo salir, Cassandra sintió como si alguien le arrancara el corazón del pecho. Bill se saldría con la suya, y ella debía regresar para compartir una vida de mentiras por un capricho, por celos y por venganza.

Sin ser capaz de permanecer ni un minuto más en su piso, cogió el bolso y bajó al aparcamiento. Su Dodge Challenger le dio la bienvenida y el familiar rugido le devolvió a una noche, meses atrás, cuando su corazón y sueños se hicieron mil pedazos. Se sentía rota por dentro y el mundo, de pronto, se volvió muy pequeño. Sin apenas poder respirar, solo deseaba escapar de aquella pesadilla, pero no tenía otra salida. O puede que sí, solo que las consecuencias serían terribles.

Alex, que aún se encontraba en el portal, quería volver a su coche, pero era incapaz de moverse. Solo tenía una idea en la cabeza: que debía regresar al piso para confesarle cuánto la quería. Mientras se devanaba los sesos pensando en cómo hacerlo, la vio salir del aparcamiento como alma que lleva el diablo. Sin pensarlo dos veces, cogió el móvil, pero, cuando iba a llamarla, algo lo detuvo. Algo demasiado parecido al miedo de ser rechazado una vez más. Apretó la mandíbula con fuerza y subió a su coche, dejando atrás no solo al amor de su vida, sino a la mujer que le había devuelto lo que Jess le robó años atrás: la capacidad de enamorarse. Cassandra se la llevaba consigo a Nueva York, y aquello lo hacía volver a hundirse en el abismo del dolor. Y ya no regresaría de allí porque había tenido más que suficiente.

Mientras Cass conducía sin rumbo fijo, el sol desapareció en el horizonte y, con él, las esperanzas de tener el futuro con el que había soñado, que distaba una vida del que la estaba esperando a más de cuatro mil kilómetros. De nuevo, los demás decidían su destino. Con este pensamiento y la rabia instalada en su interior, consumió calles y calles mientras las manos le quemaban porque deseaba llamarlo y decirle la verdad para buscar juntos una solución. Pero se estaba engañando, Alex no la amaba y Bill no cedería.

Decenas de lágrimas luchaban como fieras por salir, solo que ella no se lo permitió.

Subió la música y dejó que *Fix you* de Coldplay la atravesara como si cada palabra fuera una daga. Nadie la recompondría porque el futuro que la esperaba era una pesadilla hecha realidad.

Dejó que la rabia fuese su compañera y, mientras se perdía por las calles de Malibú, fue consciente de algo aterrador: había perdido la apuesta y no podía compartirlo con Alex. Lo amaba con toda su alma. Sin darse cuenta, se había enamorado de él como jamás pensó que llegaría hacerlo. Pero la triste realidad era que ya no tendría la oportunidad de descubrir qué había en el corazón del hombre que había desestabilizado su mundo ni tampoco lograría saber si sentía lo mismo por ella.

Bill, una vez más, le había robado el futuro.

Al tiempo que daba rienda suelta a un millar de sentimientos confusos, recordó las terribles palabras que se habían dicho. Cuánta razón tenía, pero nunca llegaría a saberlo. Caleb le había dejado claro que tenía prohibido volver hablar con él. Incluso compartir un solo instante, ni siquiera en público. Su «prometido» así se lo había exigido si no quería que aquellas malditas fotos vieran la luz.

Sin pretenderlo, destrozada por haber perdido de nuevo el amor de su vida, terminó dándole vueltas a cuántos amaneceres necesitaría para que la sogas que la estaba estrangulando cediera. Tres años era demasiado tiempo, y Alex jamás la perdonaría.

Pensando que el destino era en demasiadas ocasiones un ser cruel y despiadado, pisó a fondo y acabó diciendo en voz alta:

—No conseguiré olvidarte, Alex, pero te aseguro que tú tampoco conseguirás olvidarte de mí. Así que bienvenido al infierno.

CONTINUARÁ...

ACERCA DE LA AUTORA

Nacida en Málaga, Manuela Ramírez es una autora de romance y fantasía. Sus libros te sumergen en historias llenas de romanticismo, que hacen posible la creencia de que se puede encontrar el amor verdadero a la vuelta de la esquina. Sus personajes son accesibles, divertidos y muy apasionados. La complicidad entre ellos te transporta a un mundo en el que la lealtad, la amistad y la confianza plena son los pilares básicos para que el amor triunfe, pese al bagaje nada sencillo que arrastra cada uno. La autora sella el destino de todos, incluso el tuyo, con la seguridad de que el final será justo el que desees porque, en su universo literario, la luz siempre triunfa sobre las tinieblas.

Tras escribir varios borradores, en 2020 su mundo se paralizó por muchas razones. Fue entonces cuando tomó conciencia de que cada momento cuenta, así decidió volcarse en la historia que llevaba rondándole en la cabeza desde finales del año anterior hasta lograr acabarla.

Todas sus novelas están disponibles en Amazon, kindle y kindleunlimited. Por ahora, tiene publicadas las siguientes: *Oculto en mis recuerdos*, que pertenece al género de fantasía romántica. *Hasta que me perdones* y *Hasta que te perdones, Alan*. Una bilogía cargada de oscuridad con un romance contemporáneo arrebatador.

Como finalista en varios concursos de microrrelatos de terror, entre otros: la antología de *Letras de tinta. Antología 2021* y con «Una noche cualquiera» en la antología *Crónicas MicroVampíricas*.

Manuela está volcada en la creación de nuevas historias que te lleguen al alma. Con las que te puedas enamorar y con las que las horas, leyendo sus páginas, pasen volando. Y espera, de corazón, que disfrutes con cada una de ellas.

Puedes seguirla y contactar con ella en:

Instagram: @manuelaramirez_escritora

TikTok: @manuelaramirez_escritora

Facebook: Manuela Ramírez

Blog: <https://manuelaramirezescritora.wordpress.com>

Allí encontrarás todos sus relatos, novedades e información sobre sus libros y próximos proyectos.

^[1] American Cancer Society (Sociedad Americana Contra El Cáncer).

^[2] American Cancer Society (Sociedad Americana Contra El Cáncer).